This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

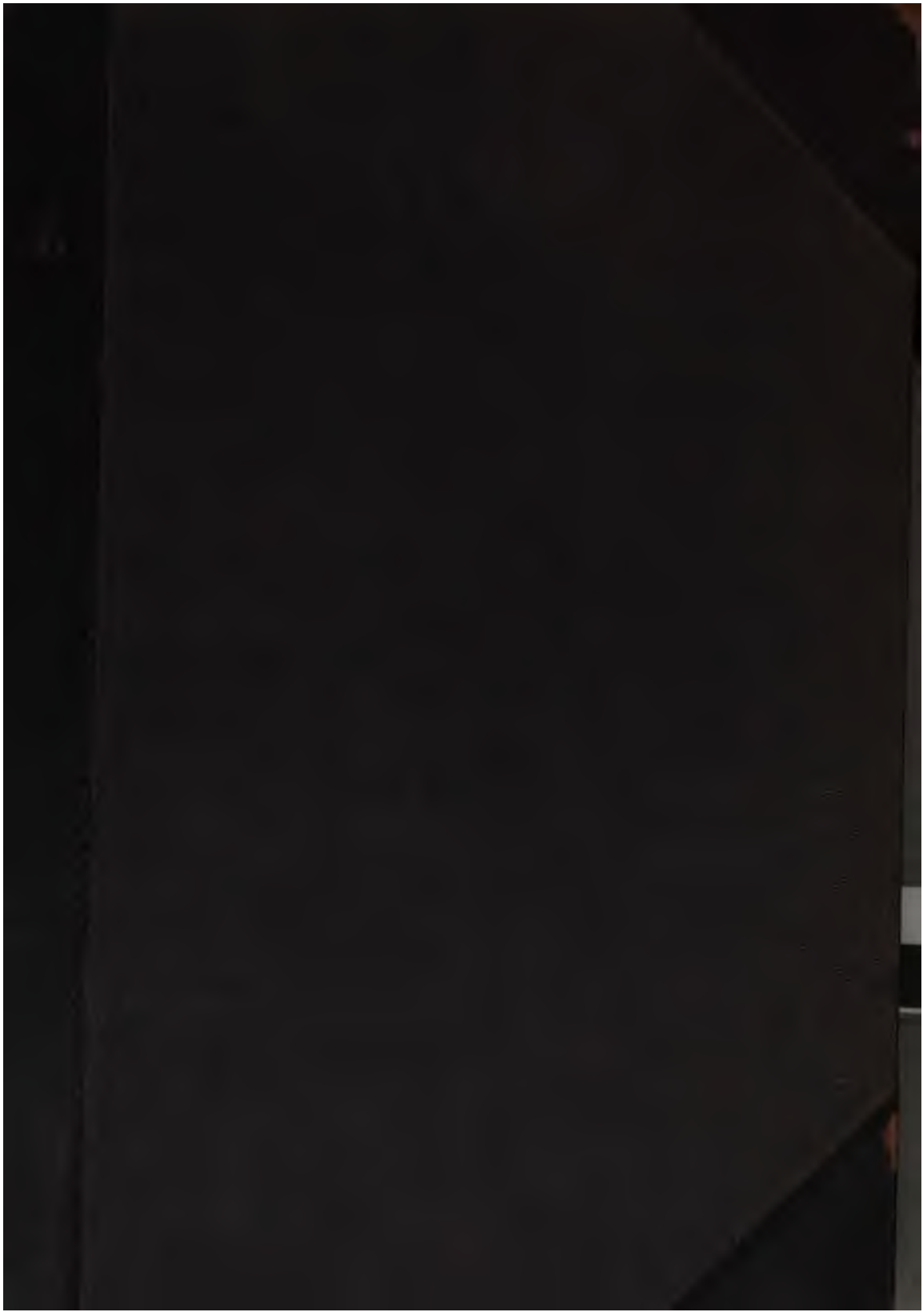
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



600108130J

LA

CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

---

i. 2

LA

CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

62

[illegible]

LA

CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

POR

D. EMILIO CASTELAR.

110. m.

TOMO III.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ CAÑIZARES.
Calle del Barco, núm. 20, bajo.

1862

LA

CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

POR

D. EMILIO CASTELAR.

TOMO III.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ GAÑIZARES.
Calle de Barco, núm. 20, bajo.

1862

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Nunca he sentido tanto la debilidad de mis fuerzas, como esta noche en que debo nuevamente comenzar mis conferencias sobre la civilizacion en los cinco primeros siglos del Cristianismo interrumpidas, primero por una de esas desgracias que dejan huellas hondísimas en la vida, y despues por la desconfianza cada dia mayor de mí mismo; desconfianza que crece á medida que crecen los favores de ese amigo, si desconocido, constante que se llama el público; desconfianza, que en vano pretenderia ocultar, porque se revela en cada uno de mis actos y en cada una de mis palabras; desconfianza, que solo puede ser vencida por la conviccion profunda, incontrastable,

que tengo de que si en todo tiempo ha sido necesario estudiar la raiz de nuestra vida, el principio de nuestra civilizacion, el Cristianismo, y estudiarlo, no solo para conocerlo, sino para sentirlo, y sentirlo, no solo para amarlo, sino para practicar sus grandes doctrinas morales, en ningun tiempo esta necesidad ha subido de punto como hoy, en que confundido lo temporal con lo religioso; borradas aquellas nociones de puro espiritualismo que nos mostraban el reino de Dios como una esperanza imfinita entre los arreboles del cielo; convertida la religion en instrumento de pasiones políticas por una escuela que se ha empeñado en profanarla; declarada incompatible la civilizacion con el Cristianismo por los que intentan torpemente sujetarnos á la coyunda feudal, rota con sin igual esfuerzo por las revoluciones modernas, precisa recordar la imágen de aquel que nació en un establo, y vivió en la pobreza, y murió en la Cruz, sus pobres apóstoles, sus luchas con el poder romano, sus promesas y sus esperanzas; á fin de persuadir á los enemigos de la civilizacion moderna á que convengan con nosotros en que esta corriente eléctrica, impalpable, pero vivificante, que á todos más ó menos en su impulso nos arrastra, y que obliga á los poderosos á bajar la frente, y á los humildes á recobrar su dignidad perdida, ha nacido, como de su orígen, del sentimiento cristiano que nos inspiró la libertad y la igualdad ante Dios, para que al fin de diez nueve siglos de lentas y seguras elaboraciones, dedujéramos la

libertad y la igualdad ante la sociedad; principios fecundísimos que son como el espíritu y la vida de la moderna civilizacion. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Y de este divorcio que se intenta entre la libertad y el Cristianismo ¿qué proviene? ¡Ah, Señores! proviene un mal gravísimo, profundísimo, enormísimo; proviene el que muchos espíritus que podrian elevarse en alas de la idea religiosa á las mayores alturas de la ciencia, no vean tras los coros de los mundos y las armonías de las esferas nada más que la soledad infinita, el eterno abismo eternamente vacío, y en el fondo de sus corazones por toda esperanza la eterna muerte y el eterno sueño, y á su alrededor la materia llenándolo todo con sus átomos que ahogan el alma, y en último término la Nada, que á manera de inmensa ave nocturna estiende sus negras alas sobre el sol y los cielos y roe y devora todo el Universo. *(Bien, bien.)* Y hágan lo que quieran, y digan lo que digan aquellos que por tales despeñaderos arrastran con su grosero tradicionalismo á las inteligencias, ansiosas de libertad y de luz, lo cierto es que todos los que creemos que la religion es una necesidad de la vida, y profesamos una filosofía elevada y consoladora, mientras nos quede una palabra en los labios, un aliento en el pecho, debemos pugnar por salvar de este materialismo la fé en Dios, en la inmortalidad del alma; la certeza de que lo esencial en nuestro ser y en nuestra vida es la ley moral por Dios grabada en la conciencia; la seguridad de que esas

alas misteriosísimas del espíritu que se llaman ideas, lejos de precipitarnos en el polvo, nos elevan á lo infinito con su constante vuelo; la íntima conviccion de que el tiempo que gasta bajo su rueda el cuerpo, no llegará nunca hasta gastar el alma; la esperanza, en fin, de que cuando llegue esa última hora que llevamos escondida en la movible vida, lejos de convertirnos en un puñado de polvo que venga á caer sobre la tierra, por las buenas ideas que hayamos vertido, por las buenas obras que hayamos hecho, nos hemos de trasformar en otra vida, alcanzando el amor infinito para llenar el abismo de nuestro corazon, y la intuicion de Dios, eterno ideal de nuestra inteligencia: *(Aplausos.)*

Yo no comprendo, no puedo comprender cómo siendo de orígen esencialmente pagano todo cuanto se arruina en Europa; la teocrácia del primitivo Oriente; la autocrácia de los persas y babilonios; la monarquía absoluta de los tiempos del Imperio Romano; la aristocrácia feudal de los pueblos bárbaros que adoraban sus dioses antropófagos en el seno de sus oscuras selvas; las castas de la India, del Egipto; la diferencia de derechos, y por consiguiente el privilegio de todas las naciones que no alcanzaron la idea de la unidad humana; no comprendo, no puedo comprender cómo siendo pagano todos esos viejos monumentos que el suelo sacratísimo de Europa, agitado por la gestacion de nuevos elementos sociales, arroja de sí, como el mar arroja los cadáveres, se los

quiere sostener, apuntalar con las ideas divinas de aquél que pudiendo ceñirse todas las coronas de la tierra se ciñó una corona de espinas; que pudiendo sentarse en el Capitolio y tener bajo sus plantas la cerviz de la humanidad entera, no tuvo más trono que su pobre choza en vida y su desnuda cruz en muerte; que pudiendo tomar por apóstoles á los soldados y á los patricios romanos, los reyes de la tierra, tomó pobres pescadores, sin más creencia que su fé, ni más patrimonio que sus redes; que pudiendo haberse diferenciado de los demás hombres, exentándose de lo que á todos nos iguala, del dolor, abrazó el sacrificio y aceptó aquella muerte, por la cual se conmovió la insensible materia, y se quebraron de dolor hasta las piedras, más compasivas que el corazon de los tiranos *(Bien, bien)*; aquella muerte que mostrará eternamente que los poderes opresores, no solo ponen su aleve mano sobre la inviolable conciencia del hombre, sino que pretenden audaces en su soberbia ahogar algo más sagrado, el pensamiento de Dios, alma de la humanidad, vida de la naturaleza. *(Repetidos y prolongados aplausos.)*

En efecto, Señores, si filosóficamente considerada, la venida del Cristianismo nada significa, ó significa la protesta viva, enérgica, contra el sensualismo pagano, contra el afan del hombre por encenegarse en la materia. Detengamos, Señores, un momento conmigo á contemplar la sociedad que venia á combatir y derrocar el Cristianismo. Los dioses habian perdido aquella inocen-

pia con que surgieran del seno de la naturaleza, puros como un nuevo dia del espíritu humano, y habian caido en los mismos vicios que los hombres; los cultos antiguos, en que entraban como principales ofrendas las flores del campo, la miel recien cojida de los panales, la lira de los poetas, los coros de las vírgenes, tocados de la universal podredumbre, eran como una inmensa orgía donde resonaba el beso del placer y se ofrecia el holocausto de la prostitucion; las antiguas creencias, cuyo primer objeto fuera cubrir con las doradas nubes de la poesía las faenas del campo, hallábanse trocadas en sortilegios y mágia, supersticiones delirantes, hijas de la exaltacion, del frenesí de los sentidos; los emperadores corrompian más y más aquel mundo con su doctrina y con su ejemplo; el ejército, elemento de vida en todas las sociedades que solo descansan en la fuerza, no podia sobrellevar la lanza de sus padres que subyugára la tierra; los filósofos estóicos que protestaban contra la general inmoralidad, ó eran desoidos ó espulsados de Roma; los jurisconsultos que no se prestaban á sancionar los crímenes de la tiranía, morian al pié de los tiranos; el pater-familias que tan grande y saludable autoridad ejerciera en los primeros tiempos, temblaba en presencia de sus hijos convertidos en soldados de los espías del César; la casta y pura matrona romana, la eterna Lucrecia, trocaba su traje de lana, hilado y tejido en el hogar, por el manto de gasa oriental que descubria sus formas en el Circo; el esclavo, el mal

incurable de la antigua sociedad, se habia sobrepuesto por una venganza justa de la naturaleza á todos los ciudadanos, y así como llenaba el foro con sus turbas, ocupaba muchas veces el abandonado lecho del patricio y corrompia la familia; triste sociedad que no se hallaba representada como la antigua República por las curias, por los comicios ó por el Senado, sino por el teatro, donde un pueblo embriagado se divertia con los amores de Pasiphae; por el Circo, donde corria en el pavimento cubierto de polvo de oro, de azafran y minio la sangre humana á torrentes; por los festines, donde las mesas eran de marfil, los lechos de púrpura, donde las áureas bóvedas llovian esencias y las lámparas se alimentaban con aceite de nardo, donde el señor romano, coronado de flores que facilitaban á sus cargadas sienes las evaporaciones del vino, comia cabezas de papagayos, sesos de faisanes, lenguas de ruiseñores, habas mezcladas con ámbar, arroz con perlas; al mismo tiempo que la esclava griega entonaba versos eróticos, y la bailarina gaditana danzaba al son de los crótalos, despidiendo de sus negros ojos rayos de placer, y los cómicos representaban indecentes pantomimas, y los gladiadores se herian entre sí para ofrecer el espectáculo de la muerte, y el rey del festin, con la copa rebosando vino perfumado de esencia de rosas en las manos, ofrecia en contínuas libaciones á los dioses lares el espíritu de aquella sociedad que, sorprendida en su lecho por el hastío, no tenia más remedio que dormir el sueño que viene siem-

pre en pos de los placeres, para despertar en brazos de la muerte! (*Prolongados aplausos.*)

Por eso era necesaria una sociedad espiritualista que contrastase el materialismo del mundo pagano y lo purgara de este grave mal. Y bajo aquellos teatros, aquellos circos, aquellos triclinios, escondíase la sociedad cristiana de las Catacumbas. Poned frente á frente la sociedad pagana y la sociedad cristiana, y vereis que esta ha venido á ahogar con las grandes virtudes del espíritu el sensualismo de aquella. Mientras la una concibe la vida como apegada á la tierra, la otra concibe la vida como una aspiracion contínua á los cielos; y así el pagano cree que toda injusticia le es permitida por su patria, y el cristiano que toda patria le es verdaderamente estraña, ó que toda la tierra es su patria; el pagano acaricia las grandes ambiciones que agitan de contínuo su vida, y el cristiano las grandes virtudes que le han de servir para más allá de la muerte; el pagano sueña con el poder político de un dia, y el cristiano con el poder de su idea, que es el poder de todos los tiempos; el pagano corrompe la antigua familia patricia entregándose cada vez más en el concubinato, y el cristiano la purifica con la idea de la union eterna de las almas; para el pagano el amor es como un beso fugaz, como el vapor del vino en el festin, y para el cristiano como la sangre del corazon, como la vida del espíritu; y así el uno va al teatro, el otro al templo; el uno cree en la aristocracia y en el privilegio ganado por las ar-

mas, y el otro en la igualdad de todos los hombres en el espíritu de Cristo; el uno acude al festin á embriagarse con todos los placeres de los sentidos, y el otro á las ágapas á comer con sus hermanos el pan de la eterna vida; el uno al Circo á ver morir al gladiador entre los dientes de las fieras, y el otro solo va al Circo á dar su vida por testificar la santidad de su doctrina; porque el pagano es el materialismo que muere, y el cristiano el espiritualismo que nace: de suerte, Señores, que los que creen que el porvenir de una idea, toda del cielo, toda para el cielo, está unido al pedazo feudal de la tierra de un rey, han desertado del espíritu santo é inmortal del verdadero Cristianismo. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

En efecto, Señores, cuando el mundo habia necesitado tanto una verdad espiritual y religiosa, como en el momento en que apareció el Cristianismo. El paganismo griego, que era la religion de la fantasía, así como el fetichismo oriental habia sido la religion del sentimiento, y el paganismo romano que era la religion de la inteligencia, así como el paganismo griego habia sido la religion de la fantasía, uno y otro paganismo reclamaban, heridos de muerte, una religion que abrazara toda la vida, todo el espíritu. Los dogmas paganos habian pasado por todas las trasformaciones posibles de la idea, y ya no daban alimento á la civilizacion. Para estudiar el paganismo es indispensable estudiarlo en la tierra de la idea, de la metafísica, del arte, en Grecia. Aunque el pueblo heleno

se dividiera en cuatro razas, dos solamente puede decirse que caracterizan toda la vida griega; la raza jónica y la raza doria. Los dorios son aristócratas; los jonios demócratas; y mientras aquellos representan la inmovilidad oriental, estos representan el movimiento griego. Son los jonios navegantes, y su espíritu tiene algo de la inmensidad del mar, de sus colores cambiantes, de sus variables brisas, de sus eternos cánticos y de su eterno movimiento; son los dorios agricultores, y su espíritu tiene mucho de la uniformidad invariable en el cámbio de las estaciones, y su vida en su crecimiento se asemeja á la vida de los vegetales. Pero si los jonios traen los dioses marinos, y los dorios los dioses agrícolas, unos y otros adoran sencillamente, bajo la faz de estos dioses, la vida primitiva de la naturaleza. El paganismo clásico habia sido, pues, en su orígen la religion sencilla de las fuerzas de la naturaleza y de las fuerzas del trabajo; la religion del navegante que sintiendo la ola doblarse bajo la quilla, y el viento temblar en las lonas, y las espumas y las estelas seguirle, y el horizonte perderse en lo infinito, adoraba los astros que le señalaban su camino, la frente de la luna, que cuando clara le prometia bonanza, y cuando enrojecida tempestades, el disco del sol levantándose por Oriente; la religion del pastor, que al despertarse la mañana lleva su ganado á que paste la yerba cargada de rocío, y al primer chirrido de la cigarra en el verano á que beba en el remanso del arroyo, y al mediodía á que sestée bajo las encinas consagradas

á Zeus, y á que paste de nuevo dirigiéndose al aprisco, cuando viene la noche, y se oyen al aparecer la estrella de la tarde, el primer grito del ave nocturna que sale de su madriguera, y el postrer gorgeo del ruiseñor sobre su nido; la religion del labrador que bajo el amparo de sus dioses abre con la reja la tierra, y llena de verdor los campos, y enlaza el sarmiento de la vid con los copudos olmos, y unce los bueyes al arado, y guia el arroyo que murmura entre las guijas á fecundar su trabajo, y siembra en el invierno, y siega en el estío, y vendimia en el otoño, y en las largas noches de nieve, cuando el viento y la lluvia azotan su cabaña, corta la resinosa tea, mientras su compañera, su amada, cantando tristemente, como para acompañar el gemido de la naturaleza, ya toma la rueca, ya de rodillas sobre las piedras del hogar cuece el oloroso mosto y lo espuma con una ramilla de lentisco para que repare las fuerzas necesarias al trabajo; actos de la vida que todos se hallan consagrados á un dios propicio, porque en esta primera época del paganismo, época de la inocencia, los dioses son trabajadores como los hombres, y andan con ellos por majadas y oteros, por valles y montañas, sosteniéndolos con sus auxilios, fortaleciéndolos con su ejemplo, y consolándolos con su dulce y encantadora poesía. (*Aplausos*). El culto es sencillo como la religion. Los primitivos griegos no tenian templos, no tenian altares. Un círculo de piedras ciclopeas señalaba el recinto consagrado al sacrificio. Las sombras de las encinas en Dodona, y de los lau-

reles en Delfos, eran el espacio sagrado de la oracion. Allí murmuraban los dioses en las ramas, dulcemente mecidos por las auras que descendian de las montañas, por las brisas que se levantaban del mar. Los montones de piedras eran sus misteriosas aras. Y sobre aquellas aras que todavía se ven por las cimas de las montañas griegas, entrelazaban las flores, las ramas, los frutos de sus campos. Edad aquélla verdaderamente candorosa é ingénua, en que solo se conocia el culto de la naturaleza.

Bien pronto esta religion sencilla tenderá á la teocracia, á la organizacion de un sacerdocio; de lo que podriamos llamar una Iglesia pagana, una Iglesia privilegiada, una Iglesia aristocrática. Los dorios serán los depositarios de esta religion, porque los pueblos que tienen una idea, la llevan á todas las esferas de la vida: que tal es su destino. Organizóse, pues, la casta sacerdotal. Podrá decirse que Orfeo y Lino son mithicos, y que sus cantos pertenecen á épocas muy posteriores ó muy alejadas de las que el vulgo de los doctos suele atribuirles. Pero no se podrá negar que representan admirablemente el símbolo de las edades teocráticas. El culto es magnífico, ostentoso. La poesía se convierte en religion, los poetas en sacerdotes. Apolo reina en esta edad sobre todos los dioses, como el sol sobre todos los astros. La luz, las estrellas, las armonías de las esferas, la lira, el cántico, todo lo que constituye el mitho de Apolo, es la creencia, es el culto general, culto del cielo,

del sistema planetario, que indica que el hombre ha levantado la frente del seno de la tierra. Los poetas congregan al pueblo en torno de los templos, y le esplican el orígen del Universo en cánticos sublimes, al regalado son de la cítara. Los adivinos consultan los vientos, leen los jeroglíficos de luz grabados en los espacios infinitos, y arrancan al porvenir sus maravillosos secretos. La religion es el gobierno, es el arte, es la medicina, es toda la vida. Puede decirse que esta edad teocrática equivale en el desarrollo del paganismo á nuestra Edad Media. El pueblo entrega su conciencia y sus derechos al sacerdocio, que desde el ara reina sin rival sobre las sociedades embargadas por el pensamiento religioso. Todavía se conservan algunos ecos perdidos de aquellas edades religiosas; todavía podemos registrar en los anales griegos los nombres de los Eumolpides y Liconeedes, que pertenecen á la raza de los sacerdotes; todavía en las ruinas de los antiguos templos y en los restos de la sociedad antigua helénica se ven las señales de aquella teocracia doria, sobre la cual se levantaba la luz y el cántico del divino Apolo.

Mas como enemigo del culto de Apolo aparece, venido de Frigia, el culto de Baco. El primero representa la fuerza, el segundo la vida; el primero es la mecánica, el segundo la dinámica de la naturaleza. Baco ó Dionusios es el dios del placer, de la vida; él que corre desnudo por los campos, ceñida la sien de flores, rodeado de musas óbrias de placer; él que hace resonar

las montañas con el sonido de su flauta; él que reina en las viñas y en los bosques; él que vierte en la copa de los dioses y en los labios de las musas gotas de oloroso vino, é inspira á los inmortales el cántico, la alegría y el amor á la vida, la risa eterna que inunda de felicidad al Universo. Baco y Apolo pugnan un momento; pero se reconcilian pronto. Y en virtud de esta reconciliacion se unen eternamente en concierto divino la lira y la flauta, el sol y los campos, el cielo y la tierra. Desde este punto, desde esta paz religiosa comienzan los siglos de oro del paganismo, y los sacerdotes van á pedirle dogmas, los guerreros fuerza, los poetas inspiracion, los sabios ideas, los pueblos leyes, el espíritu vida, y hasta la muerte sublimes y consoladoras esperanzas.

Pero esta Edad Media de la religion pagana se desvanece así que brilla en Grecia la gran protesta que nace del pensamiento de Homero, protesta instintiva, como producto del génio; pero protesta en cuya virtud se trasforma el espíritu humano. Homero no es solo un poeta, es tambien un teólogo. Tomando entre sus manos toda la antigua teología, le da nueva forma, nuevo espíritu. El naturalismo es la base de toda la religion de la antigüedad. Pero en este momento supremo puede asegurarse que alborea ya el humanismo, progreso evidente sobre los antiguos cultos. El hijo del pueblo; el génio ciego que vivia en el universo de su espíritu; el mendigo necesitado de todo, menos de inspiracion y de

poesía; el que recoje la vida griega para trasformarla en su mente, siempre humana, toca con la vara mágica de su idea los troncos de los árboles, los animales, los cuerpos informes que adoraran los antiguos pueblos; y en virtud de sus conjuros se rompen estas formas groseras, y aparecen las hermosas divinidades olímpicas vestidas del azul de los cielos, coronadas de luz, hollando las nubes teñidas por los colores del iris, verdadera apoteosis de las formas sensibles y materiales de la humanidad, que comienza á sentirse ya superior á la naturaleza. En pos de Homero, como en pos de un primer principio, viene la série; vendrá Hesiodo, que escribirá la teología del protestantismo pagano; vendrá Esquilo, que nos mostrará á Prometheo, al hombre, habiendo crecido tanto, que con sus manos podrá robar del cielo el fuego que anima la naturaleza y el espíritu; vendrá Sófocles, cuyo Edipo es la conciencia humana que sabe ya más de los fines de la vida y de los misterios de la muerte que el sacerdocio y sus oráculos; vendrá Polignoto, el Homero de la pintura, que comienza á desasir del símbolo oriental el cuerpo humano resplandeciente de hermosura; vendrá Fidias, que llevará la apoteósis de la forma al límite que no podrá sobrepujar, á la última perfeccion posible en las artes plásticas; y desde este punto se dejará sentir ya la segura, si lenta, descomposicion del paganismo, por los eleaticos, que borran todos los dioses con los resplandores del espíritu; por los sofistas, que contradicen con su dialéctica

todos los cultos; por los socráticos, que acallan con los gritos de la conciencia todos los oráculos; por los platónicos, que comienzan á evocar el Dios-espíritu; por los peripatéticos, que despojan á la creacion de aquellos genios en su seno encerrados y que la hacian eternamente pagana; por los estóicos, cuya creencia en el alma, única y universal del mundo, es la negacion de la muchedumbre divina que poblaba el Olimpo; movimiento de descomposicion que solo se detiene cuando los privilegiados del mundo antiguo observan que con sus dioses y con sus cultos se van sus privilegios; y se afanan por avivarlos de nuevo en la conciencia humana, y crean el neo-paganismo; inútil conjuro, incapaz de dar vida á los moribundos dioses, porque no hay fuerza bastante á resucitar lo que la razon ha condenado á muerte, ni idea bastante á recomponer los ídolos, las aras, que arrastra con soberbio ímpetu hácia el olvido la incontrastable corriente del progreso. *(Aplausos.)*

Así es, Señores, que cuando el Cristianismo subió al trono del mundo, el paganismo habia muerto, sino en la conciencia del pueblo, último refugio de los ídolos, en la conciencia de los poetas, de los filósofos, de los repúblicos. Este divorcio entre los espíritus superiores y el pueblo espesaba las tinieblas que caian sobre la conciencia religiosa de la humanidad. La ciencia no alumbraba las ideas religiosas, y en la oscuridad se convertian en groseras supersticiones. Los dioses no eran ya objeto del culto ilustrado de los primitivos sacerdo-

tes, sino del culto materialista y grosero de un pueblo desheredado de la ciencia que iluminára un tanto la antigua fé. Mientras la razon humana se elevaba en alas de la filosofía á esclarecer el horizonte de lo porvenir, por donde amanecia la nueva idea y se levantaba el nuevo Dios, las muchedumbres se perdian en grosero fetichismo. La ley, el Estado, sostenian la antigua religion con todos sus dioses, con todos sus oráculos, con todas sus creencias. Pero ni la ley ni el Estado podian hacer más que crear vanas apariencias religiosas. La eterna raíz de la idea religiosa, la conciencia humana ya no alimentaba con su sávia los dioses, y los dioses morian como las hojas de un árbol desarraigado de la tierra. Evehemero habia quitado toda su grandeza al paganismo. Para él no eran los dioses ideas, no eran siquiera símbolos de dogmas y de creencia, eran tan solo hombres divinizados por el supersticioso agradecimiento de los pueblos. A este último golpe todo el Olimpo retemblaba, y se desvanecian las doradas nieblas en que se ocultaban los antiguos dioses. Pero al mismo tiempo que retemblaba el Olimpo, retemblaba la sociedad; al mismo tiempo que el altar se estremecia, se estremecian todas las instituciones políticas, á cuya sombra vivieran tantos siglos las naciones. Era necesario restaurar los dioses, abrigarlos de nuevo en la conciencia humana para que volvieran al calor de la vida sus miembros ateridos por el descreimiento de los mortales, que helaba hasta las cimas del Olimpo. Los filó-

sofos neo-paganos encargáronse de hallar este filtro de nueva vida, mediante el cual tornábanse aquellas divinidades, que dirigieran las faenas del campo, que inspiraran á los poetas, númenes protectores de la agricultura y de las artes, en símbolos de ideas puras, cuyos resplandores se perdian en la conciencia de los filósofos sin descender hasta la mente del pueblo.

Así es que en la vida de todos los dioses paganos hay tres fases; la pelásgica, la homérica, la neo-pagana. Zeus ó Júpiter en los tiempos pelásgicos es el Júpiter Anmon, que guarda los ganados á las orillas del Nilo, ó el dios de Dodona, á cuyo culto consagran los pastores las encinas, sin forma determinada, indeciso, como las ondulaciones del viento, como las gasas de las nieblas; en los tiempos homéricos es el rey, el dios de los dioses, envuelto en su celeste manto, sentado en su trono de nubes que se sostienen sobre la tempestad, con su hirviente rayo en las manos, y su aureola de luz en las sienes, acompañado del águila que lleva al través del éther en las blancas alas sus mandatos, Dios, por cuyo aliento se condensan las nubes, en cuya mirada se encienden los relámpagos, por cuya retina pasan los siglos, y en cuyo seno se enrojecen los astros; y en los tiempos alejandrinos es la unidad de la naturaleza la unidad del mundo sensible: Here ó Juno es en los tiempos pelásgicos la piedra negra coronada de ramas de sauces humedecidas aún por las aguas de los rios de Babilonia; el aire, la tierra; en los tiempos

homéricos la severa mujer, de ojos de buey, que tiene el iris por mensajero, las estrellas por corona; y en los tiempos alejandrinos la variedad del mundo sensible, compañera inseparable de la unidad: Poseidon ó Neptuno en los tiempos pelásgicos es el buey que muge y rumia en el seno de las ondas, divinidad fenicia que representa el huracan; en los tiempos homéricos el anciano de cabellera de algas, de barba de espumas, de manto de estelas, arrastrado en su carro de conchas y corales por los tritones que levantan las nubes á los cielos, seguido de los delfines que saltan en su presencia, rodeado de nereidas que habitan en grutas de cristal aliá en los verdes abismos; y en los tiempos alejandrinos es la fuerza que regula todas las cosas: Aphrodites ó Venus en los tiempos pelásgicos es la informe Anaitis, que ha ido errante de la India á Babilonia, de Babilonia á Fenicia, donde se convierte en Astartes, de Fenicia á Samos; en los tiempos homéricos la hermosa Citerea, nacida en los mares de Chipre, blanca como la espuma, sonrosada como la aurora, de blondos cabellos como los rayos de la primer estrella de la tarde, y de ojos azules como átomos de los cielos, que seguida de las gracias derrama en torno suyo la esencia de todos los placeres; y en los tiempos alejandrinos es el amor universal que llama á todas las cosas á juntarse, á confundirse en el seno de la naturaleza; y todos estos dioses que han pasado del sentimiento de los pueblos á la fantasía de los poetas, y de la fantasía de los poetas á

la razon de los filósofos; todos estos dioses, objeto de tantas oraciones, alimento de tantas esperanzas, nacidos en el Oriente y arrastrados hasta los últimos límites de la tierra por el movimiento del espíritu humano; todos estos dioses que llevan escritas en sus frentes inmortales las ideas de que vivieran grandes pueblos, y encierran en su pecho el aliento divino que animara grandes artes, reunidos en los últimos dias de su vida en el panteon romano, como náufragos que se abrazan sobre un escollo eminente *(Aplausos)*, mueren allí, cuando el Cristianismo borra sus ideas con la luz del espíritu, cuando los bárbaros trituran sus cuerpos con sus espadas; y caen uno tras otro como inmenso hecatombe ofrecida en aras de la nueva civilizacion. *(Estrepitosos aplausos.)*

Señores. una de las necesidades más vivas del espíritu humano será siempre apagar su sed religiosa. Estudiad cualquier período artístico, cualquier periodo político, y encontrareis en su seno algo de religioso No se puede borrar, como en mal hora han creido muchos, la idea religiosa de la conciencia humana. Como la familia, y el Estado, y el arte, y la ciencia, la religion es un grado de la idea, es una fase del espíritu. En su virtud el hombre cree en un mundo superior, en un Sér Supremo, y funda su pasajera existencia en una existencia perenne. Arrancad ese sentimiento del corazon humano, y el hombre será un fantasma, y el planeta un sepulcro. La religion es intuitiva, asiente inme-

diatamente á la idea, se alimenta más de la fé que del raciocinio, confunde el espíritu individual con el espíritu absoluto. Así es, Señores, que en toda la historia encontraremos como lo verdaderamente fundamental, como lo humano en esencia, este ideal religioso, más ó menos puro, más ó menos grande, pero siempre visible como luz de la vida. Por eso creo, Señores, que no debemos menospreciar ninguna de las grandes manifestaciones religiosas de la antigüedad, pues todas ellas componen la idea total religiosa de un mundo. De todos estos movimientos más ó menos imperfectos se ha alimentado el espíritu de nuestros padres en la sucesion de los siglos. Estudiadas absolutamente en sí, encontrareis vanas, mentidas, inmorales, oscuras, todas estas religiones antiguas. Pero estudiadlas en el momento en que aparecen, comparad sus dogmas con dogmas anteriores, y alcanzareis que unas han despertado el sentido de lo bello en el hombre, que otras han lavado de sangre humana los altares, que todas son preferibles al descreimiento, á la desesperacion, serpientes que hubieran ahogado á la humanidad en su cuna. De la religion del sentido, del fetichismo, se elevó el hombre á la religion de la fuerza, al dualismo. Del dualismo pasó á la religion del trabajo y del comercio. De aquí empezó á nacer la religion del arte, de la hermosura, el politeismo. Fué en su primer período de vida el politeismo la religion sencilla de la naturaleza. Y en el segundo período de su vida una teocrácia. Y en el tercer período una

protesta del espíritu individual contra esa teocrácia, una elevacion de la conciencia humana sobre los oráculos, una adoracion de la naturaleza del hombre. Y en su último período fué una filosofía. El espíritu, pues, necesitando de más altas ideas, pedia á los cielos, á lo infinito, despues de haber recorrido en vano para apagar su sed religiosa todas las profundidades de la naturaleza, pedia una revelacion.

La historia y la literatura nos guardan grandes testimonios de esta vivísima necesidad del espíritu, de este misterioso presentimiento del corazon humano. Unos marineros que en tiempo de Tiberio vagaban en noche de luna por los mares de Sicilia, oyeron alzarse plañidera voz, como un lamento de las olas, que decia: «el gran Pan ha muerto.» Un poeta que naciera á la sombra de los sáuces y de los olmos donde suspiraban los antiguos dioses, cantaba con lira heredada de Homero un florecimiento nuevo de la naturaleza, la tierra coronada de flores; el trigo y la vid ofreciendo de grado, sin necesidad del trabajo, sus espigas y sus racimos; la miel destilando del tronco de las encinas; y las ovejas y las vacas corriendo á llevar á los apriscos sus pezones exuberantes de leche; porque purificada toda vida, volvian los tiempos de la antigua virtud, de la pristina inocencia. Los pueblos egipcios, olvidados de sus dioses, sin acertar siquiera á leer los jeroglíficos en las paredes de sus templos, ni los enigmas que llevaban escritos sus esfinges en la frente, abrian sus san-

tuarios para alojar en ellos á Vespasiano que volvia de Oriente manchado de sangre, y que brillaba sin embargo á los ojos de los adoradores de los astros con el brillo de un dios, porque buscaban un redentor á sus dolores. Los hijos de Partenope, donde el paganismo está arraigado en las entrañas de la misma naturaleza, como oyeran hablar de la inmortalidad, de la vida del alma á un filósofo griego, le tomaron por dios, y le ofrecieron altares. Los gentiles de la Siria y de la Palestina seguian á Apolonio de Thiana, embargados por sus ideas pitagóricas sobre Dios y las armonías de los mundos, únicas esperanzas de sus desolados corazones. Los esenios despoblaban las ciudades de Oriente y llenaban los desiertos, y entre la maceracion y la penitencia solo tenian fuerzas para pedir al cielo que enviara al que habia de venir. Los judíos de Jerusalen contaban á sus hijuelos que se acercaba un Mesías, pronto á dar á la Ciudad Santa, decaida de su antigua grandeza, desierta y ruinosa, por escabel la tierra. Los descendientes de los Macabeos afilan sus espadas porque le esperan, sentado en carro de nubes, precedido del relámpago, seguido del trueno, acompañado del rayo, pronto á precipitar en los abismos á los enemigos de Israel. Y tantas esperanzas se cumplen, y tantas profecías que pasaban como aves agoreras por el cielo del espíritu humano, se realizan. El que habia de venir, viene; el que habia de llegar, llega. Pero no viene ni el sabio que esperaban unos, ni el rey que esperaban otros, ni el

guerrero que los más esperaban; sino el varon pobre y humilde, que acepta nuestras grandes desventuras y las santifica, y tiene frio en el establo, hambre en el desierto, tentaciones en la soledad, dolor al apurar las heces de su cáliz, amigos que lo niegan, discípulos que lo venden, pueblos que lo injurian, soldados que lo hieren, tristeza sobre todas las tristezas cuando desfallece su cuerpo bajo los desgarradores clavos de su cruz, y se exhala su último aliento de sus labios amargados por la hiel de todos los dolores juntos: que el que ha de redimir la conciencia humana no pertenece á los fuertes sino á los débiles, no á los opresores sino á los oprimidos, no á los tiranos sino á los esclavos, como destinado por el Eterno á avivar con su vida la caridad y el amor, á matar con su muerte la opresion y la servidumbre. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

El Cristianismo no es solamente una nueva religion, es una nueva vida. No ha venido de improviso; pues era necesario que estuviese apercibida la conciencia humana por una larga preparacion providencial á recibirlo en su seno. Todo lo que debia trasformarse para este gran momento, se habia trasformado. Todo lo que debia morir, habia muerto. Una larga educacion religiosa, filosófica, política, habian preparado el espíritu humano á recibir la verdad. Dos razas principales se dividen el mundo en esta gran crísis de la historia. Estas dos razas eran como dos organismos de dos grandes ideas. Las razas á que me refiero eran la raza semítica

y la raza indo-europea, antinomia de la historia. La primera en sus desiertos, por medio del pueblo hebreo, que era como su sacerdote, conservaba pura la idea de la unidad de Dios. La segunda á la orilla de sus mares y de sus rios, entre sus bosques y sus selvas, habia comprendido y abrazado, en virtud de su filosofía, que representaba Grecia, y de su derecho que representaba Roma, la idea del hombre. El Cristianismo debia armonizar esta grande antinomia en una sintesis. A este fin la raza semítica le ofreció su religion, la raza indo-europea su ciencia. Mientras Isaías, Daniel, Zacarías, Agías, son los profetas de la fé; Sócrates, Platon, Aristóteles, son los profetas de la razon y de la ciencia. Los profetas hebreos preparan, en virtud de su ministerio divino, la conciencia religiosa á recibir la buena nueva. Los filósofos griegos providencialmente van acercando la ciencia á los altares del Dios-espíritu. Señores, ante este maravilloso espectáculo, admiremos con religioso entusiasmo la ley providencial que rige toda la historia. El postrer sacerdote del antiguo templo, el pueblo judío, daba una nueva religion á la vida, y el lictor del nuevo templo, el pueblo romano, abria paso con sus haces entre las naciones, para que esa nueva religion llegára á triunfar en el espíritu de la humanidad.

Consideremos un instante la crísis de la idea semítica y de la idea heleno-latina en esta edad decisiva de la historia. El gran representante de la raza semítica,

Señores, sin duda alguna es el pueblo hebreo. Su destino fué conservar la raíz de la vida, la idea de la unidad de Dios. Pero olvidado de este destino superior por el cántico del paganismo, que resonaba de continuo en sus oidos, estuvo á punto de contrariar el fin providencial de su vida. En tal sazon fué arrancado á sus hogares y á su templo, y con la cadena al pié y atadas las manos á las espaldas, conducido cautivo á Babilonia. En su desgracia renació su fé, y con su fé otra virtud no menos grande, su esperanza. Por obra milagrosa de esta esperanza veia de continuo venir el Mesías por los celajes de Oriente. A esta idea se unia la nostalgia; ese dolor por la patria ausente, que es uno de los dolores más vivos que pueden rasgar el corazon humano. Al viento que pasaba, á la golondrina, á la cigüeña, les decia el pueblo cautivo que bebieran los aromas de las rosas de Jericó, que bañaran sus alas en el torrente Cedron, que suspendieran un momento su vuelo sobre el mar de Joppé, y que al cruzar entre las ruinas de sus templos y las piedras diseminadas del santuario en cuyas aberturas vegetaban las ortigas y anidaban los buhos, al rozar el polvo donde dormian las cenizas de sus padres, derramaran allí un eco del lamento de los hijos de Israel, más largo y estridente que el eterno sonido de sus cadenas. Así es que el único refugio del corazon dolorido del pueblo era la esperanza en su Mesías. Concluida la esclavitud babilónica, empezó de nuevo una educacion religiosa para aquel gran pueblo.

Sus sacerdotes pusieron mayor empeño en apartarlo del contacto del mundo para que no volviese á caer en la idolatría. De aquí provinieron los fariseos, que separaban á Israel de todos los pueblos y lo aislaban en el santuario. Su espíritu pendia de la sinagoga como la fruta del árbol. A esta secta pertenecieron los Macabeos. Los saduceos, en cambio, que se levantaban frente á frente de los fariseos, trataban de unir el pueblo judío con todos los pueblos, y de enseñar su único Dios á todos los dioses, para que todos le prestaran acatamiento. Estos desmentian la historia de su raza. De ellos fué Caifás, de ellos Josefo. Pero estas dos tendencias, aunque tenian mucho de estremas, tenian tambien mucho de saludables. Ambas á dos se compensaban en ese equilibrio del instinto de conservacion con el instinto de progreso que forma la armonía de la vida. Sin los fariseos, la idea de Israel se hubiera perdido en sí, al paso que sin los saduceos se hubiera perdido para el mundo. Los unos conservaron la luz; pero los otros hicieron que la humanidad la descubriera como un faro encendido por Dios á la entrada del puerto que le reservaba en su amor. La idea de Dios habia sido la idea de un pueblo; era necesario, pues, que fuese la idea de la humanidad. A este fin nada podria conducir como la union de las dos razas que se dividian el mundo; de la raza que poseia la idea de Dios, y de la raza que poseia la idea del hombre. Pero ¿en qué camino podrian encontrarse estas razas? El génio que

ocurrió á esta necesidad, fué Alejandro. Su espada abrió á golpes las puertas del Oriente, que habia sido como un templo inesplorado é inesplorable. La Isis oriental perdió su espeso velo de sombras entre las atrevidas manos del jóven conquistador. Las ruedas de su carro, donde iba como una condensacion del génio de Grecia aparecida en Asia, señalaban con sus huellas el camino por donde podian encontrarse las dos razas. En efecto, los helenos iban llamados por una vocacion divina á Jerusalen, la ciudad de la teología; los hebreos á su vez iban á Alejandría, la ciudad de la ciencia. Por esta comunicacion misteriosa de dos razas se compenetraban y se confundian dos ideas. La idea divina y la idea humana pugnaban por encerrarse en una síntesis luminosa. Los hebreos animaban la metafísica griega con la idea de Dios. Los griegos despertaban una filosofía judáica al lado de su antigua teología. Los unos revelaban su Dios único; los otros su logos platónico. Así se producia un movimiento religioso que iba á buscar instintivamente la luz del Cristianismo. Y cuando todo estaba preparado, cumplidas todas las profecías, realizadas todas las divinas promesas, maduro el espíritu humano, apareció Jesús, que venia á levantar sobre las castas, sobre las razas, sobre la frente de todos los pueblos la religion universal del espíritu.

Los primeros cristianos hijos de la sinagoga no alcanzaban el sentido universal, la trascendencia humanitaria del Cristianismo. No comprendian que así como

los apóstoles dejaron de predicar á los sacerdotes y á los sabios para predicar á los ignorantes y á los humildes, el Cristianismo dejaba de ser la religion de una raza para convertirse en la religion de la humanidad. Los primitivos cristianos practicaban las ceremonias de la antigua ley, creyendo que la sinagoga era aún su templo. De aquí la confusion primitiva de los cristianos y de los judíos. Mas, á predominar tal sentido religioso, el Cristianismo se convirtiera en una de esas sectas que se perdian en los desiertos de Palestina como los esenios, como los ebionitas. El primero que protestó contra este aislamiento de la idea cristiana fué San Estéban. Los fariseos que por algun tiempo halagaron á los cristianos, despues de haber crucificado al fundador del Cristianismo, por creer que les auxiliarian en la sublevacion que premeditaban contra Roma, se indignaron, é hicieron del jóven apóstol el primer mártir de la buena nueva, sacrificado á un mismo tiempo en aras de la causa de la humanidad y de la causa de Dios. Mas era preciso atraer al pueblo judío á la nueva idea. Poseido este de grosero materialismo, no creia que Jesucristo fuese el Mesías, porque Jesucristo no habia tenido más trono que su cruz, ni más diadema que su corona de espinas. Imaginaba que el jefe de una religion verdadera debia ser jefe de los reyes. Tal error anda aún hoy en valimiento. Aún se cree que no puede ser pontífice de la religion cristiana el sumo sacerdote que representa su unidad, sino lleva una frágil corona de rey,

calcinada ya por el rayo de nuestras grandes tempestades revolucionarias; error grosero que está condenando á voces la historia inmortal del Cristianismo *(Aplausos)*. Los judíos, pues, algo semejantes á nuestros neo-católicos y tradicionalistas *(Risas)*, creian que Jesûs no era salvador porque Jesús no era rey. Entonces los apóstoles comenzaron á ponerles delante de los ojos la segunda venida del Salvador sobre las nubes que relampaguearian gloria y majestad. Prescindiendo de las causas universales; esta fué principalmente la causa ocasional del Apocalipsis de San Juan. Las grandes profecías apocalípticas nacen despues del cautiverio de Babilonia. El más grande entre los profetas apocalípticos antiguos es Daniel. Su pensamiento está fijo en la venida del prometido al pueblo judío, del Mesías, que aparecerá despues de la caida de cuatro monarquías, cuyas ruinas vé Daniel rodando por el polvo. Estas creencias apocalípticas en las cuales se muestra el influjo que el mazdeismo ha ejercido sobre los cautivos de Babilonia eran el alimento del pueblo judío, el alma de sus esperanzas. La gran tradicion apocalíptica se abre con el anuncio de la primer venida del Mesías por Daniel; y se cierra con el anuncio de la segunda venida del Mesías por San Juan. Yo bien quisiera poder hablar del Apocalipsis, y evocar aquí sus imágenes gigantescas, sus cuadros asombrosos. Para pintar este libro necesitaría el pincel de Miguel Angel; para hablar de él necesitaria la tempestuosa elocuencia del Dante. Atended,

Señores. El silencio se estiende sobre el Universo; calla la música que forman las estrellas en sus misteriosos círculos y el rumor que como religiosa plegaria elevan á las alturas todas las cosas; Cristo inclinado sobre el abismo de los infinitos espacios arranca á misterioso libro sus sellos que guardan el secreto destino de los mortales; y al romper el primero se alza la conquista que somete á todos los pueblos bajo sus hierros, y al romper el segundo la guerra que los anega en sangre, y al romper el tercero la peste que los diezma, y al romper el cuarto el hambre que los aniquila; hasta que un huracan inmenso, universal, que arrastra en sus torbellinos los mundos, como el viento del otoño las hojas secas, rolla como un pergamino los cielos, ennegrece el sol, ensangrienta la luna, sumerge las islas en las entrañas de los mares, desgaja los montes, despierta á Satanás, que, agitando sus negras alas, rueda, poseido de epiléptica risa, alrededor de la universal destruccion, como un murciélago de esta última noche del mundo; caos de lágrimas, de dolores, de voces iracundas, de rechinamiento de dientes, de mónstruos, de esqueletos que van buscando en los desconcertados planetas los filamentos de sus carnes; caos, sobre cuya hirviente materia los ángeles esterminadores vierten la copa de sus divinas iras y blanden sus espadas largas como sangrientos cometas; pero caos, del cual se levantan como la luz sobre la tempestad, los elegidos, los mártires, agitando sus palmas en las manos, subiendo en pos del

cielo en que brilla la Vírgen misteriosa, vestida del sol, calzada de la luna, ceñidas las sienes con una diadema de doce estrellas, inundada de místicos resplandores; y más allá el arca de la alianza, la Jerusalen celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre cristalino y trasparente como en el Paraiso el rio de la vida; y sobre todo el trono altísimo que guarda al Eterno Sér, envuelto en los arreboles de la luz increada, y en cuya presencia los ángeles, los querubes, los serafines, los arcángeles, pulsando sus arpas, batiendo sus alas, entonan un hosanna infinito, cuyos ecos inundan de alegría toda la gloria y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliacion de las criaturas con su amoroso Creador. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

Pero á fin de llamar á la verdad á los que se perdian en el antiguo templo, y comprometian el depósito de la religion cristiana, suscitó Dios el gran genio, el apóstol de los gentiles, San Pablo. Su conversion fué el milagro de la fé, el milagro que resucitaba, no un cuerpo muerto como el de Lázaro, sino un alma corrompida por los errores del farisaismo. Esta conversion hizo de aquel judío egoista, que miraba con recelo á todos los pueblos, el hombre-humanidad que estrechaba contra su pecho todas las razas, y las llevaba al pié de los altares del Cristianismo. Era necesario sacar la luz del antiguo templo, é iluminar con sus resplandores el alma de todas las gentes. ¡Qué grande se muestra en el cumplimiento de esta obra San Pablo! Los apóstoles conocie

ron á Jesús, y unos le negaron y otros le vendieron, todos le abandonaron en las horas de la persecucion. San Pablo, su enemigo, desde que le vió en espíritu, desde que le conoció en su idea tan grande como su vida, le fué fiel hasta la muerte, hasta el martirio. Detengámonos un instante en presencia del Apóstol con todo el recojimiento que pueda inspirarnos cuanto hay de grande y de divino en el hombre. En su fé habia mucho del carácter semita, en su elocuencia ecos de la palabra griega, en la universalidad de sus pensamientos todo el ideal romano. En Atenas fuera platónico, en Alejandría gnóstico, en Roma estóico, y en Jerusalen fué fariseo. Su grande alma, nacida para los altos pensamientos, para los infinitos amores, se inclinaba siempre á las ideas absolutas, estremas, únicas que pueden formar la atmósfera de los fuertes caractéres. Convertido ya aquel hombre estraordinario, que habia derramado sangre cristiana, la nueva idea penetró con fuerza en su conciencia, prendió en ella, avivó su corazon y le obligó á buscar al judío, al griego, al romano, al asiático, para revelarles la fé que ardia en su inteligencia, el amor que abrasaba su corazon. Su espíritu era uno de esos que han nacido para la controversia, para la propaganda, y que no pueden contenerse, y se desbordan sobre el mundo para avivar con su vida todos los espíritus. El genio de la predicacion nació con él, y le movia á ir errante de nacion en nacion, como si no tuviera ni más patria ni más hogar que su idea, ni más madre ni más

hijos ni más familia que la humanidad entera. De esta suerte iba á la Siria, donde los dioses griegos se trasformaran, y enseñaba la trasfiguracion de la humanidad en el Calvario; á la Arabia, á hablar al pueblo nómada á la entrada de sus tiendas del Dios de sus padres; á Chipre, en cuyas espumas naciera Venus, á ahogar el amor pasajero del sentido en los resplandores del amor del alma; á Éfeso, á acallar los oráculos con el grito de la fé que exhalaba la conciencia humana; á Atenas, á decir á los griegos que el Dios desconocido debia llenar el antiguo templo, porque se acababa de revelar con toda su grandeza; á Jerusalen, á anunciar á aquel pueblo su ruina en castigo de su ceguera; al desierto á domar con la maceracion y la penitencia el tumulto de sus pasiones; al mundo todo á reconciliarlo en un abrazo infinito con su Dios. En San Pedro predomina el sentido semítico, porque Dios le destinaba al sumo sacerdocio de su Iglesia y á fundar su gran magistratura, y á convertir el Oriente; en San Juan predomina el sentido griego, porque Dios le destinaba á llevar al pié de sus altares la sirena de las naciones, la Grecia; pero en San Pablo predomina el sentido romano, ó mejor dicho, universal, como si Dios le hubiera destinado á verter el agua del bautismo sobre todas las razas. *(Prolongados aplausos.)*

Señores: el sentido humanitario de San Pablo debia levantar grande oposicion entre los que aún creian en la virtud y en la fuerza del judaismo. Estas luchas, estas oposiciones, indicaban la vida que latia en la conciencia

regenerada de aquellos hombres cuya sociedad para los judíos era una secta, y para la historia una Iglesia. Mientras los cristianos agitaban así los más grandes problemas que pueden interesar á la conciencia humana, el silencio reinaba sobre el paganismo, el silencio, ese compañero del frio de la muerte. Pero estas luchas entre los primeros cristianos cesaron desde el punto en que se oyó la voz de la Iglesia en el primer concilio. La autoridad en la nueva fé habia sido confiada á Pedro. Y la solucion de todas las grandes cuestiones que agitaban la conciencia de los cristianos á la Iglesia universal. Una vez oida la voz de la Iglesia en el Concilio de Jerusalen, la paz reinó entre los cristianos. Hay un libro admirable en estos primeros tiempos, que nos enseña manifiestamente la paz de los espíritus; y es el libro de los Actos de los Apóstoles. Mas era necesario un ángel de luz que coronara el gran siglo apostólico, y llevara al cielo las lágrimas de tantos mártires, las oraciones de tantas almas puras; y en tan sublime instante reapareció San Juan, que en la isla de Patmos, en los mares griegos, donde resonaba el cántico de la sirena escondida en las ondas, donde aún se veian por los celajes del horizonte las formas seductoras de las antiguas diosas, entre aquella riente naturaleza, elevó la idea del Verbo sobre el nuevo altar del Cristianismo; coronando así el más grande entre los siglos, esa época que comienza con las primeras palabras de Cristo y concluye con las últimas palabras de San Juan. Y contemplad, Señores, la gradacion mis-

teriosa de las ideas. San Pedro esplica la ley, las relaciones del Cristianismo con lo pasado; San Pablo la fé, la universalidad del dogma; San Juan el Verbo, la divinidad del dogma. En San Pedro predomina ese gran sentimiento de conservacion propio de la autoridad sagrada que funda en la vida, que inicia en la historia. En San Pablo se ve ese instinto de progreso, ese amor á la humanidad, ese inquieto sentimiento de propaganda que va á llamar á la comunion de la nueva idea á todas las gentes. San Juan corona con el Verbo toda esta gran transfiguracion religiosa. Todos los evangelistas anteriores nos habian mostrado principalmente la vida de Jesús en el mundo, y San Juan nos muestra la vida de Jesús en el cielo. Mientras San Mateo comienza su Evangelio dándonos la genealogía de Jesús, y San Lúcas descubriendo su encarnacion y su nacimiento, y San Márcos su bautismo, San Juan nos habla del Verbo que fué antes que fueran los abismos del espacio, que llenó la eternidad con su esencia, increada palabra, eterno ideal y eterno instrumento de la creacion, de la inteligencia, vida de la naturaleza. Por estas misteriosas ideas la humanidad se levantaba del polvo, y aspiraba á su unidad, y se unia á Cristo, como Cristo está unido á su Padre, union que era el ideal del Evangelio.

Pero ¿de qué suerte se conmueve la conciencia pagana con el anuncio y la venida del Cristianismo? Es indudable que antes del Cristianismo hay un oscuro movimiento religioso producido por esas esperanzas me-

siánicas no bien aclaradas en la conciencia humana. Es indudable que ese movimiento sigue, se aumenta, despues del Cristianismo, y toma algunos de sus principios, y los confunde con las tendencias de las antiguas religiones, como si la idea pagana ofuscada por la nueva deslumbradora luz no comprendiera bien la revelacion que iba á ser el alimento del espíritu. El Oriente se debia conmover al recibir la doctrina cristiana. Esta impresion hecha por la nueva idea en su conciencia, aún no resuelta á dejar sus símbolos y sus doctrinas, se llama gnosticismo. Como no es un sistema, como no es una idea incondicional, sino una sensacion, la sensacion que produce en el alma panteista del Oriente el Cristianismo, la gnosis, como toda sensacion, es varia, múltiple, y de mil distintas formas. Ya sabeis, Señores, el estado en que se encontraba el mundo al aparecer el Cristianismo. El Oriente habia dado á la historia la idea de Dios; pero sin separarla de la naturaleza. Solo el pueblo judío, que es una escepcion en la historia oriental, llegó al monoteismo puro. Grecia habia dado la idea del hombre; pero ofreciéndola principalmente en la hermosa esfera del arte. Roma habia dado la unidad al mundo; pero la unidad material. El Cristianismo sobre el Dios-naturaleza del Oriente elevó el Dios-espíritu; sobre el hombre griego el Verbo divino; sobre la unidad material romana la unidad moral, la unidad inquebrantable del linaje humano. La antigüedad dió de sí tres sistemas filosóficos que preparaban el mundo antiguo á

recibir la idea cristiana. Estos tres sistemas miraban á tres regiones por esas misteriosas armonías que hay entre el espíritu y la naturaleza. La filosofía mística de Platon miraba á Oriente, la filosofía humana de Aristóteles á Grecia, la filosofía moral de los estóicos á Roma. El espíritu humano buscaba el Cristianismo. Y vino, y para rechazarlo se congregaron todas las sectas, todas las filosofías, en las creencias gnósticas. El Oriente, herido con la nueva luz, no queria desecharla; pero tampoco queria renunciar á sus creencias, á sus templos, á sus dioses, á su larga y esplendorosa mitología. La sencilla y moral doctrina cristiana no alcanzaba á llenar el abismo de su alma como lo llenaban las jerarquías de sus ángeles y los coros de sus esfinges, y los ejércitos de sus dioses que poblaban los aires, y brillaban en los astros, y cantaban en las selvas, y como la brillante luz del sol inundaban toda la naturaleza. Así es que el gnosticismo ideaba no la oposicion á la idea cristiana; ideaba una síntesis universal en que el Cristianismo entrara como entra un término en la série, un eslabon en la cadena. Tal idea era peligrosísima, porque quitaba al Cristianismo la fuerza espiritual en cuya virtud redimia al hombre, y lo alzaba del seno de la naturaleza donde el espíritu estaba dormido é inconsciente, á manera del feto en las entrañas maternas. Pero por virtud de su misterioso sincretismo, las doctrinas gnósticas ofrecian á la nueva idea todo lo que la humanidad habia creido y amado y lo ofrecian como un holocausto. Examinadlas si es que podeis hallar una idea

que os ilumine, y vereis en ellas el Dios hebreo en su majestuosa soledad, la lucha de los ángeles de luz y de los ángeles de tinieblas, los dioses griegos, las armonías pitagóricas, el misticismo platónico, la moral esenia, el espíritu universal de los estóicos, unido todo á no sé qué suerte de reminiscencias cristianas que brillan como relámpagos entre tantas y tan diferentes y tan dispersas ideas. Algunos grandes pensadores antiguos resistian á esta confusion de todas las ideas, á este caos arrojado en el inmenso seno de un mundo que dormia tranquilo al pié de sus altares. Pero en el espíritu como en la naturaleza hay sus grandes cataclismos y catástrofes. La tierra anduvo como un cometa errante por los espacios infinitos; perdió fuego, calor en su carrera, y se enfrió su corteza; y surgieron los montes; y se precipitaron de la candente atmósfera en torbellinos gigantescos las aguas, que al caer encendieron una tempestad inmensa en lo infinito, exhalando corrosivos gases; y se abrieron abismos donde rodaban los hirvientes océanos; y despues de esta guerra inmensa, universal, de estos dolores intensísimos del planeta, en los amorosos lechos donde el agua y la tierra se mezclaban, formando el humus, el terreno vegetal, surgian las selvas gigantes que despedian de sus hojas el oxígeno y purificaban la tierra para que pudiese desplegar todos los matices de la vida y ser un dia digno templo del espíritu *(Aplausos)*. Por caos, por cataclismos, por tempestades semejantes pasa el espíritu humano para allegar sus ideas. Las escuelas

gnosticas que semejaban un torbellino de ideas, eran como el examen de conciencia que hacia la antigüedad, como el recuerdo de toda su vida antes de entregarse al Cristianismo. Parecia que Dios, inclinándose sobre el caos moral, como el primer dia de la creacion se inclinara sobre el caos material, queria ver pasar ante sus ojos en este instante supremo todas las religiones que habian llenado la conciencia humana, todas las ciudades depositarias de esas religiones; los dioses indios, antiguos progenitores de los dioses griegos, perdidos en las selvas, en los mares; las esfinges tebanas que llevaban escritas en sus frentes las ideas de los primeros tiempos de la tierra; el sol de Persépolis brillando entre nubes de incienso; las divinidades misteriosas de Babilonia que anotaban en su libro de oro la música de las estrellas; los cocodrilos de bronce, las tortugas de granito, las serpientes de los Medas; los genios de la luz y de las sombras á cuyas batallas asistian los persas; Corintho con su diadema de acantho cincelada en mármol por los grandes escultores; Atenas rodeada del coro de sus poetas que prorumpian en himnos sin fin; Jerusalen con su santuario, temblando y en el polvo confundida, gran cenobita de la historia; las divinidades sabinas y etruscas, protectoras de los patricios romanos y los dioses latinos que amparan á los plebeyos; Alejandría alzando al cielo todos los pensamientos que han cruzado por la mente humana; el Panteon con todos los dioses fugitivos y errantes; el mundo antiguo que se desvane-

ce como el humo de una gran hecatombe ante los altares del Cristianismo. *(Entusiastas aplausos.)*

No habia remedio; el antiguo mundo se modelaba de suerte que era ya hora de que apareciese la idea cristiana y cayera como un rayo de luz celeste sobre la antigüedad, anhelante de una renovacion religiosa. En los dos siglos anteriores á Cristo la teología judía reanimaba las esperanzas del pueblo en un Mesías. Los esenios y demás sectas no se apartaban del judaismo, mas renovaban el sentido moral. Los judeo-helenos iban á Alejandría y volvian á Jerusalen con nuevas ideas metafísicas. La ciencia realizaba una síntesis superior en que el Oriente y Grecia se confundian. Sobre las rivalidades de razas y de pueblos se levantaba la idea de humanidad, que Roma instintivamente depositaba en sus legiones, destinadas á abrir en la tierra surcos profundos para esa nueva vida. He nombrado á Roma, he nombrado á Alejandría, y puedo asegurar que no me seria posible continuar sin poner delante de vuestros ojos el paralelo maravilloso de esta edad de la historia. La armonía entre la filosofía y la historia, entre la ciencia y la vida, entre el espíritu y la naturaleza, entre la idea y el hecho se ve clara, manifiesta en estas dos grandes ciudades, la una destinada á condensar el espíritu filosófico de la antigüedad, destinada la otra á condensar su espíritu político. Jerusalen tenia la unidad de Dios en su santuario; Alejandría la unidad del espíritu en sus academias; Roma la unidad del mundo en su derecho;

la una habia sido como el sacerdote, la otra como la sibila, y la otra como el lictor, destinadas las tres á preparar las vías á la gran idea cristiana. Al movimiento metafísico y religioso acompañaba el movimiento jurídico y político, como en demostracion de que la historia no es más que la grán lógica en cuya virtud se desarrollan las ideas. Así Roma traia la unidad humana al mismo tiempo que el Cristianismo traia la unidad religiosa, divina. Roma conquistaba el mundo con su espada, el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un solo cuerpo, el Cristianismo con solo espíritu. Roma llamaba á todos los pueblos á un hogar, el Cristianismo á un templo. Roma reunia el espíritu político de los orientales y de los griegos en su síntesis humana; el Cristianismo las dos ideas fundamentales de la vida, Dios y la humanidad, en su síntesis divina. Roma traia el nuevo derecho y el Cristianismo predicaba la nueva teología. Roma sellaba el libro de los antiguos códigos, y el Cristianismo el libro de las antiguas teogonías. Roma que solo representaba una necesidad de aquel momento descendia del Capitolio, y el Cristianismo que representaba la eterna idea de lo infinito subia al Capitolio con los coros de sus doctores y de sus mártires. La serpiente del Paraiso, el Dios-naturaleza, dejaba sus vestiduras, y al trasformarse por última vez, moria. El Dios-espíritu se levantaba como el nuevo sol de la nueva vida. Adoremos, Señores, la ley providencial que rige toda la vida, toda la historia. *(Aplausos.)*

Roma, que habia preparado la nueva civilizacion, moria en aras de la misma civilizacion que preparara. El nuevo licor quebraba la antigua vasija. La nueva brillante luz hacia estallar la vieja lámpara. Roma espiraba. Caida la aristocrática república por no haber acertado á cortar el nudo del problema social; convertido el antiguo derecho en recuerdo que se perdia en la mente de aquellos hombres, ni aptos para la libertad ni aptos para la servidumbre; los emperadores, que heredaran el poder de manos de la aristocrácia, corrompian á los ciudadanos para más aparejarlos á la obediencia; aniquilaban á la nobleza, ya sin ejércitos, sin curias, untada de nardos, ceñida de femeniles vestiduras, acostada como ebria en su triclinio; soltaban á los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, que discurria á su grado por calles y plazas maltratando á los patricios, vociferando palabras mal sonantes en los oidos de las matronas, atreviéndose á la ajena hacienda, y oprimiendo á todos, convertidos en bestias por la degeneracion en violencia de aquel valor que les hiciera en otros tiempos reyes de la tierra; y el único refugio que en aquella sociedad quedaba á las viriles virtudes necesarias á los ciudadanos de los estados libres, el pueblo, alimentado por el trigo de la Annona, bien hallado con ver vencidos á sus eternos enemigos los patricios, divertido con naumaquias, circos, teatros, juégos, carreras, no se acordaba de sus antiguos derechos; de suerte que los ciudadanos de la más humanitaria de las ciudades del mundo, reunidos

en aquel foro, cuya tierra sacratísima estaba formada del polvo de los huesos de tantas generaciones heróicas, en aquel foro donde se levantaban los teatros de Balbo y de Pompeyo, el monholito egipcio de color de rosa, el panteon en cuyos chapiteles de bruñido acero reverberaba el sol de cien combates, el bosque sagrado en que dormian las cenizas de Escipion, el monte Vaticano, la colina del Janículo, sitios todos sagrados por donde erraban las sombras de los antiguos héroes, de los conquistadores del mundo, reunidos, decia, en aquel foro, cuyo recuerdo debiera ser parte á avergonzarlos y confundirlos, eran turba de cortesanos, manada de eunucos: que cuando falta la libertad, este principio sacratísimo que no en vano entusiasma nuestros corazones y enardece nuestra sangre, cuando falta la libertad, los pueblos mueren tristemente en la corrupcion y el envilecimiento; y por eso todas las generaciones capaces de elevarse á la idea de justicia, todas las generaciones predilectas de Dios, han preferido siempre la libertad de su espíritu á la triste vida de la deshonrosa esclavitud. *(Redoblados aplausos.)*

Así, Señores, aquella Roma, falta de libertad, se entregaba á emperadores que eran como los gusanos nacidos de la podredumbre. Neron fué sacrificado porque la ciudad eterna se cansaba de tantos y tan vivos placeres. Galba, viejo, avaro, proclamado en los campamentos, intentó una reaccion aristocrática, y fué á morir en el cieno del Tiber. Othon, personificacion del epicu-

reismo, que no supo vivir, murió con gloria, como si imágen de su sociedad, solo quisiera la muerte. Vitelio, que era el desenfreno de todos los vicios y entre todos de la gula, fué exaltado al trono en una taberna, recluido en un comedor ó triclinio, muerto entre su cocinero y su carnicero, no sin que se vengara de Roma, diciéndole: y yo he sido tu amo. *(Risas y aplausos)*. Vespasiano, aclamado por las legiones de Oriente, recibido en palmas por los sacerdotes egipcios, enemigo irreconciliable de la aristocracia romana; era la sombra del gnosticismo en aquel trono, que dejó á Tito, jóven virtuoso, pero triste, como si supiera que su virtud era su desgracia, pues murió por asechanzas de su hermano Domiciano, último César que representa esta fase del imperio, y que todo lo corrompió, el ejército con grandes complacencias serviles, la aristocracia con grandes humillaciones, el pueblo con grandes orgías, el mundo entero con su gran poder: que no se entrega el mundo á la autoridad de un solo hombre, al silencio del pensamiento, al ócio de la voluntad, á la pérdida del derecho, sin hundirse en el vicio, amargo fruto de la servidumbre. *(Entusiastas aplausos.)*

Miremos un momento el estado del mundo conocido en este tiempo de los romanos. Al occidente, en la tierra donde el sol se pone, habitan los iberos y los celtiberos, gente guerrera que luchára tres siglos con Roma, y que cayera, más que á los filos de las espadas romanas, al incontrastable peso del destino; más al Norte, los galos,

ferocísimos, indómitos, adoradores de las generaciones que fueron, cuyas voces creian oir en los rumores de las selvas, cuyas almas creian ver en las ráfagas del viento; invencibles en el ataque, débiles en la resistencia, caidos bajo el poder romano despues de ocho sangrientos combates: en los desfiladeros de los Alpes, las avanzadas de los pueblos bárbaros, que veian desde las blancas crestas de sus montañas, á un lado los bosques y las llanuras del Norte, á otro, convidándolos con su hermosura á la depredacion, Italia y sus riberas; y así cuando los horizontes se oscurecian y se encrespaban las olas, descendian á merodear por los campos, á piratear por los mares: al oriente de Italia, Grecia, agotada como el paganismo, exhausta como la conciencia del antiguo mundo, sin un hombre libre en el Epiro, sin un Dios en el Eta, sin una flor en la Arcadia, sin una escuela en Atenas, sin un oráculo en Delfos, sin un sacerdote bajo las sagradas encinas de Dodona, sin un Fidias que animára sus mármoles, sin un Homero que llenára de cánticos sus aires, teniendo solo floreciente á Corintho que se alzaba entre sus dos mares como una de esas columnas que se mantienen milagrosamente enhiestas en las ruinas de los antiguos templos *(Aplausos)*; entre Grecia é Italia, Sicilia, tambien desolada porque las guerras púnicas despoblaron las costas que miraban al Africa, las guerras romanas las costas que miraban á Europa, las guerras serviles el centro de la isla: en los mares de Oriente, Creta, anillo imperial entre Asia y

Grecia; tierra sagrada donde los antiguos dioses dejaron la tosca larva oriental y se vistieron las humanas formas para subir vencedores al Olimpo; tierra de los misterios, despoblada y solitaria como todas las regiones que han cumplido su destino histórico y no representan ninguna esperanza, ningun progreso en el mundo: entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, el Asia menor dividida por el Haliso, en cuya ribera oriental habitaban razas siro-árabes, y en cuya ribera occidental habitaban razas indo-europeos, los pueblos músicos de la antigüedad, los que dieron el caramillo á Pan, la cítara á Apolo, su delirante cántico de amor á Safo, cántico que no pudieron apagar las amargas aguas de Léucades: entre el mar de Chipre y el Eufrates el imperio sirio, gran semillero de razas: en el interior de Asia el solitario entre los pueblos, el judío, llorando sobre la ruina de su templo, sobre la dispersion de sus hijos, abandonado de su Dios que la palabra de unos pobres pescadores le habia robado del fondo del santuario, herido por el rayo: al norte de Africa el pueblo egipcio, petrificado como sus mómias, cuya reina Cleopatra acaba de encerrar en su sarcófago la última sombra de las teogonias del Oriente: á lo largo de aquellas tierras africanas, Menfis que era un sepulcro, Alejandría, babel del pensamiento humano, Cirene, lecho de los epicúreos, Utica donde murió el último romano, Cartago, restaurada por el genio cosmopolita de César; pueblos todos los que hemos enumerado que como provincias, como colonias, como con-

federados ó como inmunes sufrian el yugo de Roma, la gran ciudad, tendida á las orillas de su rio, en vasta llanura, trono del mundo, que creia tener eternamente preso en sus cadenas, pues tocaba con sus legiones en los límites conocidos, en el Nilo, en el Eufrates, en el Danubio, en el Rhin, en el mar Océano; aunque tras el Nilo se ocultaba el árabe, nómada, errante alimentado con los dátiles de sus palmeras y la leche de sus camellas; traidor como sus tigres, sediento de sangre, rugiendo de hambre en la inmensidad de sus desiertos; y entre las ondas oceánicas el britano, mal domado por César, que empapaba en sangre humana el solitario altar de sus dioses antropófagos, invocando el espíritu de sus mayores que se quejaba en el viento de las selvas y brillaba en los fuegos fátuos de los campos de batalla á una sangrienta venganza; tras el Rhin el germano que habia aplastado á Varo, sin más patria ni más hogar que su carro de guerra, avezado á contínuas batallas, tocando con su lanza en su escudo de acero para demandar á sus héroes qué le condujeran á la guerra, á la matanza; tras el Danubio los godos, adorando un hierro clavado en el suelo, errantes siempre y siempre en batalla, como si tuvieran el genio de la destruccion en su seno, maldiciendo su tierra ingrata, sus desoladas estepas, y ansiosos de grandes presas como el lobo que vaga hambriento sobre mares de hielo; y tras el Eufrates y el Tigris, en una estension que creia el mundo antiguo soledad inesplorable, los escitas, los tártaros, que oian

una voz que los llamaba hácia Occidente, que se agitaban sin saber dónde iban, deformes, pequeños, casi negros, con los ojos hundidos, la nariz aplastada, los lábios salientes, vestidos de pieles de rata, ornados con las cabezas de sus enemigos que pendian de sus espaldas, llevando entre sus piernas y el lomo de sus caballos la sangrienta racion de carne cruda, despidiendo en vez de flechas huesos humanos, educados para la muerte, en términos que al nacer antes que el beso de sus madres sentian el acero que les rasgaba las megillas para que se acostumbraran á las heridas y á la sangre; y todos aquellos bárbaros desde el Eufrates, el Rhin, el Danubio, aullaban olfateando la muerte de Roma; y anhelantes de repartirse los despojos de la Ciudad Eterna, se movian como los chacales en torno de un sepulcro. *(Estrepitosos y repetidos aplausos.)*

Señores, he tratado de pintaros el estado de las ideas y el estado de los pueblos, la conciencia y el mundo. Aún veremos nuevos y deslumbradores aspectos de estas ideas; veremos la teogonia oriental espirar sin haber podido resolver el problema de la coexistencia del bien y del mal, porque nada sabia del límite que tienen todas las cosas, nada de la libertad del hombre, nada de la inmortalidad del alma; veremos el paganismo griego morir á manos de los mismos pueblos á quienes diera vida y espíritu; veremos la naturaleza perder la mágia y el encanto con que la tiñeran los antiguos poetas, y el fauno callar en la selva, y la nereida en el ar-

royo, y la eterna esfinge en las ondas del mar; veremos el Cristianismo perseguido, con sus huestes formadas de gente plebeya, encerrarse en las entrañas de las Catacumbas y desarmado vencer á sus perseguidores; veremos la idea de Cristo sentida en el corazon de los apóstoles, enrojecida en la fantasía de los apologistas, esplicada por la razon de los padres, hollar los escollos que la hubieran perdido, el gnosticismo que la hubiera convertido en una religion oriental, anti-humanitaria, y el arrianismo que la hubiera convertido en una secta filosófica, anti-religiosa; veremos las antiguas sectas religiosas fundir todos los dioses sin hallar un solo Dios, las escuelas filosóficas fundir todos los sistemas sin encontrar un solo espíritu, Roma fundir todos los pueblos sin hallar la humanidad; veremos los emperadores encenagarse como hombres en todos los vicios al mismo tiempo que se alzaban como jurisconsultos á todos los principios del derecho; la administracion desolar las más apartadas regiones, convirtiendo la curia en una ergástula y los decuriones en esclavos; el mundo antiguo, herido, desesperado, llamando á la muerte con voz desfallecida, tomada del vino y del humo de las orgías; los bárbaros responder á este llamamiento inundando de sangre el imperio; los sacerdotes paganos arrojando desde la Roca Tarpeya en este último dia del antiguo mundo el tirso de oro y la corona de laurel, símbolo del sensualismo religioso, al mismo tiempo que la Cruz se alzaba sobre el Capitolio como la señal de la exaltacion

del sacrificio y del amor, del triunfo del espíritu; y al pié de la Cruz caer uno tras otro el sicambo, el ostrogodo, el visigodo, rindiendo la cerviz á la Iglesia, única luz que se ve en aquella tenebrosa noche, lazo de union entre dos mundos, entre dos edades, lazo que prueba que la cadena del progreso no se rompe, que Dios no abandona á la humanidad ni en las épocas más tristes, y más angustiosas de la historia. *(Aplausos.)*

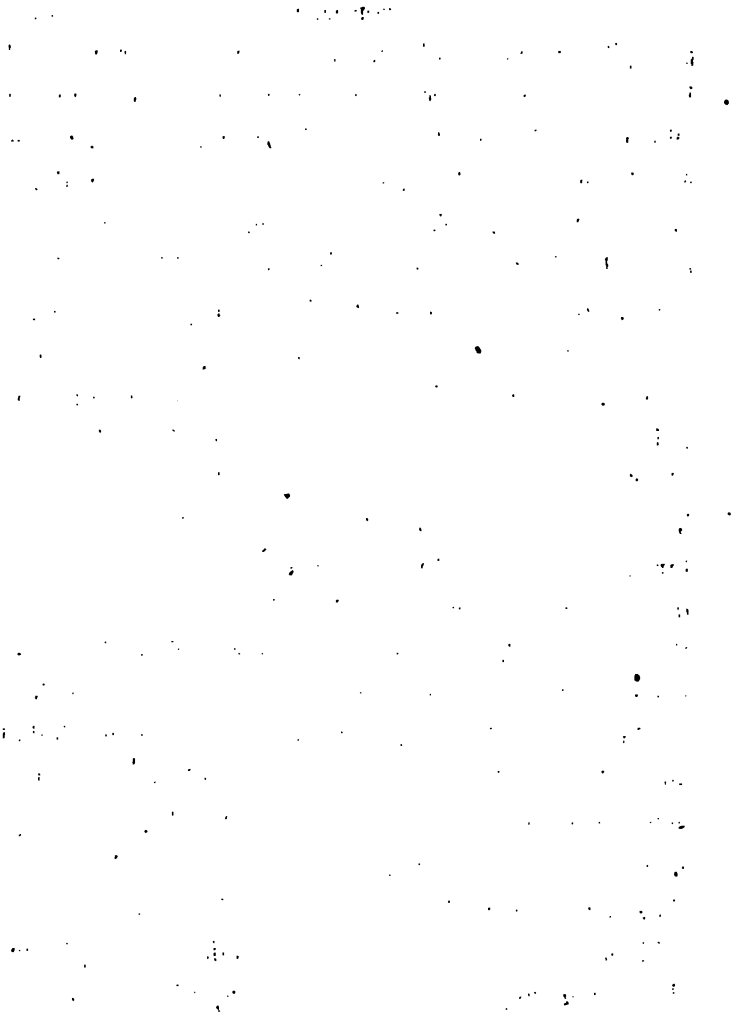
Señores, la historia que en otro tiempo era un arte, sin más objeto que narrar los hechos, hoy es una ciencia, una filosofía en que los hechos vienen á ser la forma de las ideas; y el encadenamiento de los hechos una lógica viva y real, un sistema de leyes incontestables. El que ejerce el ministerio sublime de historiador, ministerio que tiene algo de santo, de divino, pues juzga el secreto impenetrable de los sepulcros, el alma de las generaciones pasadas, se ve obligado á congregar las generaciones presentes, y con toda la superioridad de un juez enseñarles los grandes castigos, los grandes escarmientos que aguardan siempre á los poderes que violan la justicia, á los pueblos que desconocen sus derechos; enseñanza provechosísima que sobre todos los tiempos entrañan estos primeros cinco siglos del Cristianismo, en que el imperio romano y su decadencia enseña á las naciones todos los horrores que caen sobre ellas cuando se entregan á la voluntad de un solo hombre *(Aplausos)*; y la muerte de la aristocrácia romana enseña á los soberbios que el privilegio se

clava como un puñal en el corazon de los privilegiados; y el predominio de los pretorianos enseña á los fuertes que en toda sociedad cuando manda el ejército, destinado siempre á obedecer, viene la guerra social, y tras la guerra social la dictadura, y tras la dictadura la organizacion del despotismo, y tras el despotismo el envilecimiento, la muerte *(Ruidosos aplausos)*; y la corrupcion de las muchedumbres romanas tan felices, tan bien alimentadas y sostenidas, tan agasajadas por el poder, tan ociosas, enseña á los pueblos que su redencion social está en el trabajo, que no les basta tener asegurado por la sociedad el pan de cada dia, sino la libertad, que es el órden supremo, el derecho, la ley eterna de nuestra naturaleza *(Aplausos)*; y la aparicion del Cristianismo en el instante supremo en que se desplomaba el mundo antiguo, enseña á los desesperados, á los que creen que suena ya en las nubes la trompeta, nuncio del último juicio, que se cumple siempre la ley divina del progreso; y las hogueras de cuyas horribles llamas salen vencedoras las nuevas ideas, enseñarán á tantos como hoy anteponen sus goces de un dia á la eterna satisfaccion de la conciencia, que la duda y el descreimiento, si han tenido apóstoles, no han tenido mártires *(Aplausos)*, y que la fé en los grandes principios religiosos, científicos y sociales ha sido siempre la redentora de la humanidad, y ha dejado de sí eternos resplandores en la sucesion de los siglos. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Señores; todos los dias oireis clamar por sectarios, que me abstendré cuidadosamente de nombrar, contra mis ideas; todos los dias oireis que me condenan con el dictado de irreligioso. Nada ménos cierto en verdad. Yo creo firmemente que la religion no solo abraza el sentimiento y la fantasía, sino todo el espíritu y todo el sér. Creo que la nota religiosa no faltará nunca en la armonía de la vida, porque es necesaria en el espíritu. La religion descansa principalmente sobre la creencia en un sér eterno, infinito, que abraza en sí todas las cosas y da unidad al Universo. Además supone la relacion íntima entre Dios y el hombre, relacion por la cual desciende el espíritu divino hasta nuestro espíritu, y sube nuestro espíritu hasta él espíritu divino. ¿Y creeis, Señores, podeis creer que yo, tan deseoso que el espíritu del hombre viva y brille, intente quitarle desatentadamente la creencia más pura de su vida, el resplandor más intenso de su luz? La religion, la comunion perpétua del hombre con Dios, es la vida de mi vida, el alma de mi alma. Quiero al pueblo con todo mi corazon, y por lo mismo que le quiero, no puedo querer que sea huérfano. Siempre me acuerdo del terrible sueño de uno de los primeros poetas de nuestro siglo. Durmióse el poeta y soñó que se hallaba en un cementerio. La campana daba las doce de la noche, y abríanse las tumbas y erraban las sombras en los aires, y solamente los niños permanecian dormidos en sus pequeños sarcófagos, Las férreas puertas de la iglesia del cementerio se abrian

y cerraban como si las moviese invisible mano, y el aire, pesado como el aliento de una gran tempestad, repetia por do quier desgarradores gemidos. En las bóvedas estaba el cuadrante de la eternidad, sin números, sin aguja, sin más que una mano negra que rodaba, y en vano los muertos se esforzaban por leer con sus ojos vacíos el curso del tiempo. Sobre el tabernáculo estaba Cristo, resplandeciente de santa hermosura, pero más triste aún que en el terrible dia del Calvario. Los muertos, las sombras se agolpaban confusamente en torno de Cristo, y le preguntaban temblando: «¿Hay Dios?» «No,» respondió Cristo. Y los muertos se estremecieron y temblaron de espanto. «He subido, añadió el Salvador, á los cielos, y están vacíos; he bajado á los profundos abismos y solo he oido la gota de lluvia que caia como una eterna lágrima, y la tempestad que sonaba como un eterno lamento. En las profundidades de la tierra no hay más que tinieblas; en las alturas del cielo no hay más que la nada reposando sobre la eternidad, la eternidad sobre el caos; la órbita negra de un ojo inmenso, pero vacío. No hay Dios. Mi sacrificio en el Golgotha ha sido inútil. No hay Dios. Todo se ha concluido, todo está consumado.» Al oir estas palabras, las sombras se hundieron y al ruido de las lozas que caian sobre sus tumbas, se despertaron los niños, y como un coro de ángeles rodearon á Jesús, y le dijeron: «Jesús, Jesús. ¿No tenemos padre?» «No, no, vosotros y yo todos somos huérfanos.» A estas palabras los ángeles se

precipitaron en los abismos, el templo se arruinó, el Universo entero se convirtió en un sepulcro: que sin Dios no pueden existir ni los cielos ni la tierra, ni los ángeles ni los hombres, ni el espíritu ni la naturaleza. Sí, hay Dios, hay Dios. Yo lo descubro en los resplandores del Universo, yo lo siento en los latidos de mi corazon, yo lo veo en el santuario de mi pensamiento, y le reconozco juez inapelable en el tribunal de mi conciencia. Yo por lo mismo diré siempre al pueblo: Trabaja por la justicia que no eres huérfano. Trabaja por la libertad, por la igualdad, por borrar de la frente de tus hijos las sombras de la antigua servidumbre, por levantar más hermoso este planeta en los espacios infinitos: que no eres huérfano. La Providencia te señala ya la tierra prometida; tus enemigos, los soberbios tiranos se ahogan entre las ondas amarguísimas de la cólera divina; tus hijos, redimidos por tu trabajo, llegan á la ciudad santa de la justicia, y bendicen á sus padres que los han salvado, á sus padres que los han redimido, y no reconocen ni más dueño ni señor que nuestro Padre Celestial, porque merced á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio. He dicho. *(Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)*



LOS ESTOICOS,

LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazon conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la más alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristo-

crácia llegó á la muerte y la democrácia al Imperio; la descomposicion del pensamiento pagano en sus tres grandes determinaciones, la estóica, la epicúrea y la alejandrina; la destruccion del arte clásico por la sátira que se asemeja á uno de aquellos genios burlones esculpidos por los antiguos escultores al pié de los bajos relieves; la caida de los dioses desprendidos sobre la tierra como muertos cuando no los anima la fé de la conciencia humana; las esperanzas misteriosas que parecian difundidas por los aires y que inspiraban cánticos proféticos á los mismos paganos; las luchas en Jerusalen entre saduceos y fariseos, aquellos por apartar la ciudad santa del mundo, y estos por hacer de Jerusalen la Roma espiritual de las naciones; los esenios que pueblan los desiertos y se maceran en la soledad esperando la renovacion del espíritu; los alejandrinos que difunden por Oriente el logos de Platon; el Bautista que anuncia con grandes clamores por las orillas del Jordan la venida del Mesías; Jesús en la cuna, en la montaña, en la Cruz; San Pedro que esplica á la sombra de la Sinagoga el cumplimiento de las profecias á los judíos de Palestina; San Pablo que recorre toda la tierra para evangelizar á toda la humanidad; San Juan que habla del Verbo y de la union del hombre con el Verbo y de la union del Verbo con Dios en el lenguaje sublime de los antiguos poetas; los estóicos trasformándose de secta filosófica en secta política, pues no hay pensamiento que no toque en la realidad de la vida; los gnósticos intentando en

vano resucitar la teogonia del Oriente y confundir el Cristianismo con el paganismo, abrazo de la vida con la muerte; y como resultado de todo este gran movimiento religioso y social, la estincion del antiguo culto, por la cual naturaleza pierde sus encantos, su poesía; y el genio de Apolo calla en el sol, y las nayades en el arroyo, y los faunos en las hojas de las selvas, y el caramillo de Pan en los oteros, y el oráculo en la caverna de Delfos, y la pitonisa en su trípode, al mismo tiempo que los sacerdotes y los apóstoles de la nueva idea ascienden al Capitolio, y alzan en el ara al nuevo Dios que trasforma la conciencia humana y señala nuevo rumbo, nueva direccion á la impetuosa corriente del rio de los tiempos. *(Estrepitosos aplausos.)*

Entremos, pues, á historiar el siglo segundo. Pasada la incertidumbre que se apoderó del imperio despues que con Neron se estinguiera la familia de César, que habia ideado una manera de monarquía hereditaria, subió al trono la familia Flavia, que personificaba las ideas del Oriente, las ideas gnósticas opuestas al carácter práctico de los romanos y á la universalidad de su política. Por eso, desde el instante mismo en que el espíritu oriental se posesionó del Capitolio, comenzó una conjuracion tremenda contra él, conjuracion cuyos principales jefes eran los estóicos. Estos filósofos, á quienes podemos llamar los eremitas de Occidente, predicaban por calles y plazas contra el gnosticismo, contra la idea oriental, y en favor de que Roma representára la idea humanitaria.

La familia Flavia los persiguió, los arrojó de la ciudad. Tres edictos se dieron contra ellos, uno por Vespasiano, otro por Tito, otro por Domiciano, los tres emperadores de la familia Flavia. Pero una idea, cuando tiene fuerza y se anima del espíritu de su tiempo, es invencible, y por su misma virtud no solo llega á tocar en la realidad, sino que la trasforma. La idea estóica no se paraba solo en reformar el espíritu, por su propia virtud, se dirigia á reformar la sociedad. Oponíanse á ello los conjuros religiosos de los gnósticos y las armas de los pretorianos. Pero no importa. Era una idea viva y estaba destinada á domeñar todas las fuerzas conjuradas en su daño. Los hombres que tienen larga espada en el cinto, gran ejército á su devocion, las riendas del poder en las manos, turbas de aduladores á su alrededor, oro que derramar sobre la frente de sus cortesanos, fuerza para ahogar hasta la palabra y amedrentar hasta la conciencia, suelen, poseidos de ese orgullo que da el poder y que causa siempre vértigos, menospreciar la idea que nace humilde en la mente de un pensador solitario, porque la idea en la conciencia es más fantástica que la niebla en los aires, porque la idea no tiene ni espada, ni oro, porque la idea no se vé con los ojos del cuerpo, ni se palpa con las manos; pero si abriesen las páginas de la historia, si ávidamente siguieran el camino misterioso de las ideas; y las vieran cuando son progresivas nacer en un pensador solitario que tal vez paga con la muerte el haber abierto un nuevo surco en la conciencia humana,

crecer en sectas varias, organizarse, luchar, subir, como sube la sávia desde la jugosa tierra á las ramas del árbol, por leyes é instituciones, y alcanzar á los mismos poderes que las han perseguido y que han intentado ahogarlas; si vieran que los que ayer bebian la cicuta ó espiraban en el tormento por sus ideas son hoy como estrellas fijas que alumbran á la humanidad en su camino, de seguro, lejos de menospreciar las ideas ó de ahogarlas, abririanles ancho cauce, porque de lo contrario condensadas como una gran tempestad, estallan, destrozan cuanto les cierra el paso, tronchan como cañas las más fuertes espadas, desarraigan los poderes, que se creen eternos como el huracan las encinas: que las ideas progresivas humanitarias no se pierden ni se ahogan, pues son como la eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida. *(Entusiastas y repetidos aplausos.)*

Por esa virtud, pues, que tienen las ideas triunfan de sus mayores enemigos; y así los estóicos, errantes por toda la tierra y desarmados vencieron á los soldados de Domiciano. Dion Casio solo desarmó una legion entera. El sueño de Platon se realizaba; la filosofía iba á ocupar el trono del mundo. Detengámonos un momento en presencia del estoicismo. En este sistema se advertia el progreso de la razon humana que se acercaba á los altares del Cristianismo. Es verdad que muchos escritores han querido probar que Séneca conoció á San Pablo, y Epitecto á San Justino, y que

Marco Aurelio era cristiano; pero tales suposiciones no deben refutarse y están tenidas por fábulas entre todos los críticos. La razon humana tiene en sí virtud bastante para llegar á las más altas ideas metafísicas. Los estóicos, pues, no eran más que los grandes moralistas de toda la antigüedad. Su carácter concertaba admirablemente con el carácter positivo, práctico de los romanos. Desdeñando la metafísica, aunque admitian un Dios, un espíritu, y la vida universal alimentada por una combustion eterna, si bien no ofrecen ningun nuevo progreso en las indagaciones verdaderamente especulativas, tienen tendencias prácticas á convertir la idea en hecho, las leyes de la ciencia en severas reglas de conducta, el alma humana en un sér superior que se sobreponga á la naturaleza y á los dolores del pobre cuerpo en que yace como esclava; y de esta suerte más que la reforma de la idea predican la reforma de la sociedad, la obligacion que tiene el hombre de vivir, no para sí solamente sino para todos los hombres, la clemencia con el vencido, lo compasion hácia el pobre, la ardiente caridad por el esclavo, la justicia entre todas las naciones, la paz perpétua, la necesidad de volver el hijo perdido al seno de su madre, el gladiador al hogar, el cadáver del criminal á la tierra, porque donde quiera que está el hombre hay espacio para el beneficio; virtudes severas, altísimas, que, sin embargo, no comprendian la regeneracion del mundo por el dolor, ni su bautismo de lágrimas, y que si bien presentian una idea más alta

y preparaban el espíritu á recibirla, eran tan solo como un refugio que la libertad, perdida en el mundo, buscaba en el sagrado asilo de la conciencia, como Catón, el último romano, buscó un seguro contra la tiranía de su tiempo en el helado seno de la muerte. *(Aplausos.)*

La metafísica griega habia muerto cuando apareció el estoicismo. La duda con todos sus horrores la devoraba. Habia llegado el pensamiento hasta negar el mundo, hasta negarse á sí mismo, negando la base de toda certidumbre. El estoicismo creia renovar la vida con la renovacion moral, renovar la filosofía juntando en una síntesis los principios teológicos de Platon y Aristóteles. Para el estoicismo Dios es la semilla del mundo, y el mundo la diseminacion de Dios. En el Universo hay la lucha constante entre el principio activo y el principio pasivo, pero esta lucha se concluye en una armonía superior. El mal es como el instrumento; como el aguijon de que Dios se vale para encerrar las cosas y los seres descarriados en la armonía universal. Toda sustancia es fuerza; toda vida es accion. La armonía universal se llama para el hombre virtud. La virtud consiste en ajustar la vida á la ley moral. Por consecuencia el estoicismo aun en el período metafísico, en el período griego, es una filosofía esencialmente práctica, esencialmente moral; es antes que una ley del entendimiento una ley de conducta, y mira más que á la verdad al bien.

Por eso el estoicismo convenia principalmente al carácter y á la vida del pueblo romano. Es de notar que

el estoicismo romano toma infinita variedad de caractéres, segun la variedad de las épocas. Prescindiendo de los tiempos de la República en que el estoicismo romano sigue al estoicismo griego, en el Imperio toma varias formas segun las varias épocas. Durante los primeros emperadores el estoicismo es una protesta y nada más que una protesta, durante el reinado de la familia Flavia un combate y nada más que un combate, durante los Antoninos una poderosa organizacion política que da al mundo conciencia de su espíritu universal. El gran Hegel menosprecia en su Historia de la Filosofía los estóicos romanos, á cuyas epístolas da tanta importancia como á las gerundiadas de los malos predicadores. Pero no tiene razon el ilustre filósofo. En los tiempos dolorosísimos del despotismo, cuando Roma no satisfecha con haber encontrado en el botin de cada una de sus victorias un Dios, y de tener colgada en su panteon la cadena de todas las religiones, celebra la apoteosis de sus emperadores recien-muertos, llevándolos en procesion por la Via-Sacra, ofreciéndoles altares de marfil y oro sembrados de pedrería, quemándoles montones de incienso, entre cuyas nubes se alza un águila en señal de que el tirano va á sentarse en el Olimpo, entre los dioses inmortales; cuando las provincias corrompidas por este ejemplo consagran templos á Augusto, y establecen colegios de sacerdotes para conservar su culto, y diez pueblos del Asia, de la religiosa Asia, de la cuna de todos los dioses, en su delirio por la servidumbre, se dis-

putan el privilegio de fundar una religion que tenga por Dios á Tiberio, al mónstruo Tiberio, encenagado en sus orgías, devorado en su alma por el vicio y por el cáncer en su cuerpo; cuando las puertas del templo de los hebreos se abren al loco Calígula, al que deseaba tener por amante la luna, y segar la cabeza de la humanidad de un solo tajo; cuando la prostituta Popea que Neron estrelló contra las paredes de su palacio, como estrella el niño un juguete, era diosa; en aquella universal degradacion, que engendraba todos los amargos frutos de la esclavitud, á saber: la depravacion de las costumbres, el envilecimiento de los caractéres, la ferocidad en los que mandan, la licencia en los soldados, la estupidéz en el pueblo; en aquel rebajamiento universal que hiciera del mundo un serrallo, los hombres como los estóicos, que se apartaban del mundo, y conservaban el culto de la virtud y la conciencia, eran el único síntoma de vigor, de virilidad que habia en aquella sociedad, la única protesta que desafiaba á la tiranía; y si bien más que pelear sabian morir, en la última hora maldecian, al menos, á sus tiranos, y les probaban que no tenian dominio sobre el pensamiento ni poder sobre la muerte, testificando así que la libertad es inmortal como el alma, inquebrantable como la conciencia. *(Estrepitosos aplausos.)*

Es verdad que sus primeros esfuerzos para remediar aquellos males fueron inútiles; pero esto no debe maravillarnos, si atendemos á que aspiraban á un impo-

sible, aspiraban á restaurar la antigua sociedad aristocrática; y la antigua sociedad aristocrática habia muerto por tres razones: primera, por egoista, porque no queria admitir la humanidad en su seno; segunda, por aristocrática, por abrigar el privilegio; tercera, por no haber resuelto el problema social. Mas cuando se convencieron de que todas las antiguas formas aristocráticas estaban gastadas, de que ni el Senado ni la curia podian resucitar, de que el patriciado se habia estinguido como poder político, reinaron en el seno de la sociedad, cuyo último refugio eran las doctrinas estóicas. Estas doctrinas habian nacido en Grecia, mas para Roma. He dicho siempre que entre la idea y el hecho hay la misma armonía que entre el alma y el cuerpo. La filosofía estóica es el espíritu, Roma el órgano de ese espíritu. La filosofía estóica admite en metafísica el alma del mundo, como Roma admite en su política la unidad del mundo. Roma en tanto que la idea estóica no se apodera de su conciencia, es humanitaria por instinto; y así que la idea estóica se apodera de su conciencia es humanitaria por reflexion y por convencimiento. Primero presiente su destino, despues lo cumple. La idea de la unidad del mundo que Ciro presintió en su corazon de bárbaro; que elevó Alejandro, el poeta, el héroe, el jóven irreflexivo, el cual, ceñida la sien de flores, llamaba desde su carro de oro á todas las razas á beber en su ancha copa el néctar de la vida griega; la idea de la unidad del mundo, no se realizaba cuando Roma practicaba

su derecho fecial y despedia de su arco la flecha envenenada para declarar la guerra á todas las naciones, y pulverizaba la ciudad de Alba, y borraba las huellas de Cartago en Africa, como el viento borra las huellas del reptil por las arenas del desierto, y quemaba el sagrado recinto de Numancia, la más heróica de las ciudades, y destruia á Corintho, la bella, la de los juegos istmicos, vendiendo sus habitantes por esclavos; no, no se realizaba en estos tiempos de ardorosa lucha en que Perseo, precedido por todos los despojos de Grecia entraba atado con cadenas de oro bajo los arcos triunfales, pidiendo en vano la libertad, y Jugurta rugia entre las aclamaciones del pueblo, y Atalo vestia el sayal de esclavo arrojando en el foro un pueblo entero maniatado, como el sacrificador arroja las víctimas al pié del ara; no se realizaba la idea de la unidad del mundo y de la humanidad cuando Roma fué la reina de las naciones, sino cuando fué su madre *(Aplausos)*; cuando César llamó los galos al Senado, y Augusto un español al consulado, y Cláudio escribia la historia de los vencidos para salvar su recuerdo ya que no le fué pósible salvar sus vidas, y Trajano y Adriano daban derechos de ciudadanía á ricas poblaciones de la Bética, y los Antoninos, los estóicos por escelencia, preparaban la gran constitucion, eterna honra de sus nombres, que debian declarar ciudadanos de Roma á todos los hombres; y en virtud de esta declaracion entraban por las puertas de Roma los montañeses de Rhodopo, caros á Orfeo; el sármata que se abreva

en sangre de caballo; el negro etíope que bebe las aguas del Nilo en sus misteriosas fuentes; el árabe y el ibero; el sirio perfumado con los aromas de sus bosques; el sicambro de peinados rizos; el galo de larga cabellera, y entraban, no como enemigos, no encadenados, sino como ciudadanos, como hombres, á besar aquella tierra sacratísima del Foro, levadura de una nueva humanidad, á santificar sus frentes bárbaras ungiéndolas con el óleo del derecho universal. *(Ruidosos y repetidos aplausos.)*

El estoicismo es como la conciencia de esta idea de unidad superior del mundo, de unidad superior de nuestra especie. Parece por su solemnidad, por su severidad como el arte de bien morir que aprende un mundo caduco de lábios de los últimos representantes de su pensamiento. La vida de la sociedad antigua fué el privilegio, y el estoicismo predicaba la igualdad. La política de la sociedad antigua fué la apoteosis del Estado, y el estoicismo predicaba que la conciencia y el espíritu son superiores al Estado. La idea capital de la sociedad antigua fué vincular la civilizacion en una ciudad, y el estoicismo estendia los límites de esa ciudad hasta los últimos estremos de la tierra. El mundo antiguo debia disolverse bajo el influjo de esta idea para dejar abierto el paso á otro mundo más grande y más humano. La humanidad que se iba formando merced á esta idea de la unidad del espíritu, de la unidad de la conciencia, no cabia en la antigua Roma. Levantábase

la libertad interior del espíritu rompiendo las cadenas sociales. La conciencia se declaraba superior á las leyes en nombre de la ley divina de su vida. El derecho natural forjaba en sus eternos moldes el derecho civil. La energía de la voluntad, su fuerza incontrastable, rompia con el destino antiguo que pesaba como una clava de hierro sobre la frente del hombre. Los filósofos sabian morir con la esperanza de que la corrupcion del mundo no llegaba hasta sus almas. Los jurisconsultos ponian el principio de eterna justicia al frente de sus códigos, y la ley del derecho natural sobre las convenciones del derecho civil. Merced á este gran movimiento moral del estoicismo, sentíase tambien un gran movimiento social. Todas las ideas sociales de los antiguos romanos se reducian á creer en el derecho incondicional de Roma sobre todos los pueblos. Pero desde el punto en que el estoicismo penetra en el imperio, grandes ideas sociales y humanitarias pasan por la conciencia. Veleyo Patérculo osa defender en Roma á los enemigos de Roma. Floro declara que en las guerras sociales tenian razon los pueblos itálicos que demandaban con las armas en la mano un asiento en la ciudad romana. Séneca dice que aunque nacido en la hermosa Córdoba, su patria es el Universo, su ciudad la tierra, su madre la humanidad; sus hermanos todos los hombres, hasta el esclavo que la sociedad arrojaba con desprecio á las gemmonias. Lucano, al ver los horrores de la guerra, desea convertir las armas en instrumentos de labranza, los ejércitos

de soldados en ejércitos de trabajadores, la podrida sangre que corre por los campos de batalla en el fecundo sudor que riegue la tierra, y por esta maravillosa manera se adelanta á los siglos, presintiendo la idea de la santidad del trabajo. Plinio, Plutarco alaban la paz romana, la unidad de todas las jentes, la hermandad de todos los pueblos, la union de todos los dioses en el maternal regazo de la diosa Roma. ¡Qué ideas, Señores, tan grandes! ¡Qué misteriosamente se elevaba á la verdad la conciencia humana! Pero veamos esta idea estóica hecha hombre, pasando por las cimas del imperio romano.

La personificacion de la idea estóica en el imperio es Marco Aurelio. Nerva llegó doliente, decrépito al trono del mundo; Trajano pasó su vida en los campamentos; Adriano en contínuos viajes, Antonino en la soledad á manera de un cenobita coronado con la corona de la tierra. No así Marco Aurelio, dueño del mundo y discípulo de un esclavo, el cual llegára á no sentir el peso de las cadenas, cultivando la libertad interior, la libertad de su espíritu. ¡En verdad era un grande espectáculo el que en esta sazon ofrecia el mundo! El esclavo, el sér que la antigüedad despreciara, el que destinaba á eterno dolor, á eterna afrenta, se venga generosamente de sus perseguidores, de sus verdugos, de los que le han embriagado en los festines lacedemonios, de los que le han inmolado en los altares de Siria, de los que le han herido con todas las espinas de la

tierra y han derramado en su alma la hiel de todos los ódios juntos, se venga generosamente de los que ni siquiera le creian hombre, dándoles el ideal del justo, y elevando ese ideal sublime al trono de la tierra. El maestro esclavo se llamaba Epitecto, y el discípulo emperador Marco Aurelio. Epitecto enseñaba á su discípulo á tener en más las buenas obras que las buenas ideas, á buscar á Dios con anhelo en cada uno de los instantes de su vida, á considerar en el que yerra y en el que peca no un malvado sino un enfermo, á ser indiferente á todo lo que es verdaderamente estraño á la conciencia y al espíritu; doctrinas morales que sobrepujó Marco Aurelio con aquella armonía divina que acertó á tener entre sus ideas y sus obras, entre su ciencia y su vida; con aquella caridad muy superior á la fria indiferencia estóica; con aquel amor á todos los hombres así estranjeros como esclavos; con aquella conviccion íntima, profunda de que Dios es uno, y una la naturaleza, y uno el espíritu, y unos todos los pueblos, que deben separarse del ódio como del abismo de su perdicion; con aquella creencia superior de que la vida es un sacerdocio divino y la muerte una trasformacion gloriosa; con aquel culto al precepto de que no es lícito hacer mal ni dejar de hacer bien; leyes sacratísimas de vida, que le llevaron á aplicar el cauterio á muchas llagas de la antigua sociedad, á reformar los juegos de gladiadores, á dulcificar la guerra, á suspirar en los campamentos por la vida tranquila de las academias, á envidiar desde el

trono al último de los hombres, á considerar su autoridad como una cadena semejante á la que ataba á Prometeo sobre las cimas del Cáucaso; pues si como tuvo fé en Dios, y caridad por sus hermanos, tuviera la nueva virtud, la virtud traida por el Cristianismo, la seguridad de la renovacion del mundo, la esperanza, en una palabra, fuera cristiano, y no se hundiera en el sepulcro desesperado por la irremediable desgracia de aquella sociedad, desesperacion que es el mal de todas las almas grandes, nacidas cuando los horizontes de una idea se oscurecieron y fatalmente caidas entre las ruinas del mundo en que por su desgracia han nacido. *(Aplausos.)*

Indudablemente las ideas estóicas debian tener más que el pasajero influjo de un dia eterno influjo en el derecho romano. Por ellas el derecho natural se levantaba sobre el derecho civil. Por ellas el espíritu romano tomaba el carácter de espíritu universal. Por ellas la idea luminosísima humana penetraba en todas las instituciones. Mas si tenia esta virtud para renovar el espíritu, no tenía la misma virtud para renovar la sociedad. El bien quedaba aislado en algunos individuos. Si aquella idea no mejoraba las costumbres, no libertaba el espíritu, no restauraba el sentido moral, no traia las antiguas virtudes republicanas, bien podia decirse que el mundo antiguo estaba enfermo, y más que enfermo aún, muerto.

Apenas desaparece Marco Aurelio del trono, cuando ya se ven todas las llagas sociales de Roma ocultas, pero

no curadas, por el bálsamo de las ideas estóicas. Conmodo es la personificacion de todos los vicios del imperio. Hijo Conmodo de Marco Aurelio por la ley, por la naturaleza de un gladiador que merecia los torpes favores de su madre Faustina; asesino á los doce años, cuando la inocencia debe cubrir bajo sus blancas alas el alma; cruel, no por necesidad sino por pura perversion; amigo de atormentar con sus propias manos á sus víctimas y de verlas morir en su presencia; dado á correrías y aventuras nocturnas que costaban la vida á muchos hombres, la honra á muchas mujeres; tan fuerte que acertó á hendir un atleta; tan hábil en manejar el arco que mató de cien flechazos cien leones; vanidoso hasta el estremo de creerse el primer héroe de Roma porque bajó desnudo á la arena del Circo y salió vencedor de setecientos combates de gladiadores; frenético por las luchas de fieras al punto de prohibir á los habitantes de Africa que las cazaran ni aun cuando los acometiesen hambrientas; injusto é inícuo, pues cuando le faltaba dinero vendia las decisiones de los tribunales y hasta licencias á los asesinos para ejercer impunemente sus feroces instintos; sensual como todos los tiranos, y en tal estremo que tenia trescientas concubinas y trescientas mancebas en su palacio, entregadas todas á una orgía sin término y sin tregua; profanador de todo lo grande, y así llamó á Roma colonia conmodiana y al Senado casa de Conmodo; soberbio y en su soberbia creido de que era un dios, tomando los atributos de Hér-

culos, la maza de hierro, la piel de leon, haciendo que sus viles cortesanos le alzáran altares, le ofrecieran incienso y holocaustos; personificacion de los vicios del despotismo, que como es el desconocimiento de las leyes de la naturaleza convierte á todos los que se endiosan, á todos los que se creen superiores á los demás hombres, en miserables bestias; propio castigo del que desconoce la justicia y viola y pisotea la santa libertad. *(Entusiastas y repetidos aplausos.)*

¿Quereis ver la imágen de Roma en este tiempo? Detenéos un momento, Señores, á contemplar el Circo. A medida que la libertad desciende crece la pasion desenfrenada del pueblo por los juegos de gladiadores. Aquellos circos levantados por cien generaciones de esclavos que con la argolla al cuello y la cadena al pié trabajaron para poner piedra sobre piedra; aquellos circos ornados de estátuas traidas de Grecia, de obeliscos traidos de Oriente, de trofeos de todos los campos de batalla del mundo; aquellos circos abiertos á un lado por la puerta sanitaria por donde entran los combatientes, y á otra por la puerta mortuoria por donde sacan á los heridos y á los muertos; aquellos circos llenos de polvos de oro, de carmin y minio que oculten el color y contrasten el hedor de la sangre; cortados en larga escalinata, cuyas primeras gradas ocupan los magistrados y los senadores, y las segundas los caballeros, y las terceras los padres que han tenido cierto número de hijos, y las superiores el pueblo, y las últimas las da-

mas romanas que agitan el aire con sus abanicos formados de colas de pavos reales, y lo perfuman con orientales esencias, y escitan la voluptuosidad universal mostrando entre nubes de blancas gasas sus desnudas formas, realzadas por el reflejo de los velos de púrpura que las defienden del sol; aquellos circos, decia, en las grandes festividades se llenan hasta rebosar de gente, pues acuden desde las vestales hasta los emperadores, gozándose todos en ver desfilar en su presencia los esedarios en sus carros pintados de verde; los mirmillones guarecidos tras sus escudos de hierro y armados de su cuchillo de caza; los rechiarios que agitan su afilado tridente, vestidos con túnica roja, borceguíes celestes, y casco rematado en áureo pez; los ecuestres con su peto de acero, su clámide de mil colores, sus brazaletes de hierro; los bestiarios desnudos, luciendo sus bellas formas y tomando clásicas actitudes de estátuas, todos comprados á subido precio, alimentados todos de una manera especial para que tengan en su cuerpo mucha, mucha sangre, aplaudidos por las muchedumbres ébrias de gozo, hasta que á una señal dada por el César se lanzan todos á la arena, pelean, se buscan, se evitan, se encuentran, se hieren; resbálanse estos en la sangre fresca, caen aquellos exánimes, corren los otros en pos de la punta de una espada que los atraviese el corazon; porque el maestro del Circo les ha clavado un hierro candente en las espaldas creyendo que se apartaban del combate, se desploman unos sobre otros, se revuelcan

en el polvo entre los chorros de sangre que salen de las heridas, abrázanse para espirar unidos los mismos que se acaban de asesinar mútuamente; mientras los espectadores delirantes de entusiasmo, abriendo las narices para aspirar el vapor que se levanta de aquella matanza, increpan, gritan, ahullan, entre el rugido de las fieras, y el choque de las armas, y los ayes de los heridos, y el estertor de los moribundos, aplaudiendo la inhumana hecatombe consagrada á la grandeza de Roma, grandeza de la cual no le quedaba como á todos los pueblos envilecidos por la servidumbre, más que la bárbara crueldad, eterna infamia de su historia, execracion eterna de su nombre *(Estrepitosos aplausos)*. Despues del Circo venia algo más terrible, algo más trágico, algo más abominable todavia. A la salida del Circo, en un abismo llamado espoliario, negro como la noche, pútrido como el sepulcro, á la pálida luz de las antorchas, en tanto que Roma se entregaba á sus orgías, los jóvenes guardias aglomeraban miembros despedazados, cadáveres, y hasta heridos aún con vida; y allí dejaban aquellos restos infectos de una fiesta, espuestos á la voracidad de los perros que enterraban las carnes en sus estómagos y rompian los huesos entre sus dientes, y ¡en cuántas ocasiones alguno de aquellos infelices gladiadores allí abandonados, se levantaba sobre la sangre coagulada, sobre las entrañas desechas, pisando cuerpos todavía calientes ó agitados por el último resuello de la agonía, y llevándose una mano al pecho herido, y es-

tendiendo la otra hácia Roma, la maldecia con ronco acento; maldicion que heria los cielos y llamaba sobre la proterva reina de las naciones el anatema de la divina justicia! *(Aplausos.)*

Sí, todo, absolutamente todo lo que pasa en Roma, indica en verdad que la civilizacion antigua presiente el cumplimiento de este anatema terrible. Cuando el mal ahonda tanto que no se cree posible el remedio, sobreviene la muerte que tambien tiene sus profetas. Leed esta literatura del siglo segundo y vereis que es una literatura verdaderamente solemne y testamentaria. La sociedad antigua sabe que está envenenada, y siente correr por sus venas el frio de la muerte. A la dudosa luz de aquel crepúsculo del espíritu antiguo, suspendido sobre su ocaso, levántase un hombre que es como la conciencia y el remordimiento de aquella sociedad; un hombre que, á haber nacido en los tiempos de Esquilo, usurpárale el genio trágico, porque nadie lo ha poseido como él, ni aun el mismo Shakespeare; un hombre que ha escrito en estilo cortado, sentencioso, lapidario, como conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, el poema del sepulcro del paganismo, cual Homero escribiera un dia el poema de su cuna; un hombre que nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales grabados con el hierro candente de su terrible palabra en la memoria humana, una época, triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus batallas,

desgarrada de contínuo por grandes sediciones, dura en la guerra, cruel en la paz; muchos emperadores asesinados, muchas guerras civiles, más aun estrañas; el Occidente conmovido, el Oriente próspero, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de la lepra de sus crímenes á la tierra *(Aplausos)*, el Capitolio devorado por las llamas, las santas ceremonias religiosas ó suspendidas ó profanadas, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, el suplicio convertido en premio de toda virtud, la delacion en escala para todas las dignidades, los esclavos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, los hijos á sus padres; las magistraturas todas en una mano, el Senado en el polvo, el pueblo en el Circo, los patricios convertidos de guerreros en gladiadores, el mundo pasando de un taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un gloton, de un gloton á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino, consumidos todos en una orgía donde se mezclan todos los sexos y se cometen todos los crímenes, el robo, el asesinato, el estúpro, el incesto, el parricidio, crímenes que no tuvieran nunca un digno castigo, si Dios no suscitára el genio severo, el genio sombrío de Tácito, única alma que no se habia

manchado en el cieno de la esclavitud, para que atormentase eternamente á los tiranos y á sus obras en el eterno infierno de su historia. (*Ruidosos y redoblados aplausos que interrumpen por algunos momentos al orador.*)

Perdonad, Señores, pero las muestras de benevolencia con que habeis acojido mis pobres descripciones de un mundo decrépito, han cortado el hilo de mi razonamiento. Reanudémoslo. Decia, Señores, que por todas partes se veian señales de la destruccion de aquella sociedad, señales terribles. En la naturaleza hay anuncios de las grandes tempestades. Antes que el huracan se desate, antes que la tormenta amague, el navegante ve pasar aves que lanzan siniestros gritos, y que parecen como los presentimientos vivos que tiene la naturaleza de sus grandes dolores. Pues bien, con mayor razon debemos ver estos anuncios estos presentimientos en el mundo de la idea. Los poetas, cuyas almas vuelan por todo el cielo del espíritu, ven antes que los demás mortales la luz del nuevo dia; pero tambien antes que los demás mortales el reflejo siniestro de la próxima tempestad. Por eso los antiguos, tan hábiles en el arte de simbolizar las ideas y encerrarlas en mithos de profundísimo sentido, creian que los poetas eran deudores al cielo del don de profecía. Indudablemente esos séres coronados de luz y de tinieblas, que agitan con sus alas el éther en los espacios infinitos, que llenan con sus cánticos todos los tiempos, con su fantasía, como la

nube que al oriente inflama el primer rayo de la aurora, reverberan la luz misteriosa de lo porvenir sobre la frente de la humanidad. La ciencia esclarece los limbos de los tiempos venideros. Y la poesía no es más que el ángel que recoje en sus blancas alas el pensamiento de la ciencia y lo sacude sobre el espíritu de las muchedumbres, que llegan á todas las grandes creencias del espíritu en virtud de las incesantes revelaciones del arte. El dolor es la musa en estos grandes siglos de decadencia, y especialmente el dolor sarcástico, que es el dolor impotente para reformar y purificar al hombre. Consideremos con brevedad los poetas y escritores de estas edades. Mucho siento que el tiempo nos apremie y que por lo mismo no sea posible dar una idea de la literatura sino á grandes rasgos. ¿Quereis ver la sociedad romana? Leed el Satyricon de Petronio. Allí encontrareis el rico estúpido, rodeado de parásitos cortesanos, la orgía husmeante, el vino que rebosa en la copa, el pueblo sin virtudes, la aristocrácia sin recuerdos, el poder sin freno y la voluptuosidad trastornando la cabeza de Roma que se entrega como impura prostituta por un puñado de oro á los pueblos y á los reyes. La indiferiencia de aquella sociedad es tan grande que las trajedias de Séneca, en que el dolor llega á sus últimos vértigos, y raya más allá de lo posible, no la conmueven. El genio hiperbólico pero verdaderamente grandioso de Lucano, desaloja del poema todas las antiguas divinidades. Mudas y pálidas caen sobre la tierra como hojas secas del árbol de la vida.

La fortuna reina implacablemente con su cetro de hierro en la mano sobre los dioses y los hombres. Y el gran poeta ve, arrasados de lágrimas los ojos, la libertad descendiendo del Capitolio para refugiarse más allá del Rhin á curar sus llagas con las virtudes de un pueblo sencillo y amante de la naturaleza. Plinio el Viejo recoje en su enciclopedia todas las ideas y todas las supersticiones de la antigüedad, como si temiese que no pudieran salvarse de amenazador naufragio. Plutarco, estóico, que proclamaba la unidad del espíritu humano, el escritor de las sencillas formas, genio verdaderamente griego, esculpe con su cincel las hermosas estátuas de los héroes griegos y romanos como para levantarlas sobre el sepulcro de aquella sociedad, recordándole en su abyeccion, en su esclavitud, las virtudes engendradas por las antiguas libertades. Marcial se corona de flores, pero de flores que parecen nacidas sobre un sepulcro. Su sonrisa me entristece como la sonrisa de un cadáver. Sus carcajadas me atormentan como las carcajadas de un epiléptico. Si alguna vez me mueve á risa es cuando cansados mis ojos de ver catástrofes, y mi corazon del dolor, agotado el sentimiento para sufrir el espectáculo de aquella época, la risa me posee como consecuencia de ese silencio del dolor, más triste aún que los gritos de todos los dolores juntos, de ese silencio que llamamos indiferencia. Marcial nos cuenta en sus epigrámas que aquella Roma tan alegre y dichosa colocaba en sus orgías un esqueleto entre los platos de oro y las copas de

esmeralda para que recordase á los romanos que todo placer finaliza en la muerte. Silio Itálico describia las guerras púnicas, los glorias muertas de Roma con palabras antiguas, con versos forjados en el fuego de la libertad, palabras y versos que brillaban á manera de la fosfórica luz que produce la descomposicion de los huesos de los cadáveres. Las églogas de Calpurnio nos describen la paz romana bajo el despotismo, la paz de la muerte. ¡Ah! El postrer acento de oposicion á la tiranía fué el acento de Fedro. El fabulista ha buscado el apólogo para protestar contra la servidumbre de Roma, contra la tiranía de los Tiberios y de los Sejanos. Puede decirse que el poeta del imperio es el napolitano Estacio, el improvisador hueco y brillante, que va de puerta en puerta adulando todas las fortunas, haciendo objeto de sus versos todos los vicios, llorando porque al César le ha escamoteado la suerte la satisfaccion de algun capricho, rompiendo en fin la lira clásica entre sus manos ahumadas con el incienso ofrecido en ara de los déspotas del mundo.

Hay, Señores, un género de poesía en este tiempo que muestra la irremediable caida de la civilizacion clásica. Este género de poesía es la sátira que rompe el armonioso concierto entre el fondo y la forma, principal carácter del arte clásico. La sátira muestra que el espíritu humano, disgustado de la realidad, suspira por un ideal que sobrepuje al antiguo ideal clásico. Por eso, Señores, el siglo de oro de la sátira es el siglo desgra-

ciado en que principia la irremediable decadencia de Roma. Mirad la naturaleza, Señores. La perpetuidad de las especies se halla asegurada por la muerte de los individuos. De la descomposicion de un sér proviene otro sér. La raíz destruye la semilla de que nace. En el espíritu sucede lo mismo por esas analogías misteriosas que hay entre el sér y el pensar. Las ideas progresan, oponiéndose con fuerza las nuevamente concebidas á las antiguas, y negándolas con negacion formidable. La sátira, pues, venia á romper atrevidamente la ley armónica de la idea y la forma en el arte antiguo. El gran satírico de Roma no es Horacio, demasiado alegre; ni Persio azaz artificioso; sino Juvenal, que vive en tiempo aún más depravado que los tiempos de Horacio; Juvenal, que tomando la maravillosa lámpara encendida sobre la tumba del cantor de Tibur, nos muestra á sus rojizos resplandores todos los vicios de su tiempo, las damas romanas desnudas, si bien ornadas para mayor decencia con riquísimos collares de perlas; los patricios que duermen tranquilamente en su lecho de púrpura en tanto que el cliente tiembla de frio y de hambre á la puerta; el sacerdote que se come las víctimas consagradas á los dioses y engorda con la religion del pueblo; el pretor, no sencillamente justiciero como en los primitivos tiempos, sino sentado en áureo trono, cargadas las espaldas con pesado manto y las sienes con no menos pesada diadema, verdadera imágen de los déspotas de Oriente; el soldado que pone todo su orgullo

en muertes, incendios y violencias; el jurisconsulto, que vuelve en su litera del foro, despues de haber defendido, no al que tiene más derecho, sino al que tiene más dinero; el privado del César conducido ayer por su valimiento en un toro blanco al Capitolio, y hoy arrastrado por su desgracia en el cieno del Tiber; los cortesanos que acuden presurosos á saludar de rodillas al favorito en su fortuna y van á escupirle la cara en su desgracia ó á dar puntapiés á su cadáver en presencia de los esbirros del poder; el dueño del mundo, que no sabiendo qué hacer de su autoridad mata á su madre por imitar á Orestes, representa en el teatro, juega en el Circo, incendia á Roma para que alumbre sus festines, mientras el pueblo que sometió la tierra y que levantó del suelo con la punta de sus lanzas, las coronas que se caian de la frente de los reyes, no podia tener ciertos privilegios porque no pagaba el censo: que entonces como ahora la política era un mercado, el oro el precio del derecho, y el pueblo sin cuyo trabajo no pueden vivir las sociedades, un proscripto; vicios admirablemente condenados á la execracion de todas las generaciones por aquel genio que era como el grito siniestro de la conciencia de Roma. (*Entusiastas aplausos*).

Pero, Señores, la verdad es que aquella sociedad moria porque morian la idea religiosa y la idea metafísica en que estaba fundada. Aquellos hombres habian perdido la antigua religion sin concebir siquiera una nueva idea religiosa. Y, Señores, la idea de Dios, la idea

de lo infinito se imponen como una necesidad lógica á la conciencia humana. En verdad una filosofía esclusiva pudo creer que era dado borrar la religion del número de las necesidades de nuestro espíritu. Yo no soy de tal sentir. Cuanto más ahondo en la conciencia humana, más viva encuentro la idea religiosa. En vez de creer que toda religion es vana, creo cabalmente lo contrario; creo que la religion lleva en sí el ideal de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que es la estrella de toda una civilizacion; creo que vivifica el espíritu; creo que templa las dolorosas contradicciones de nuestra inteligencia y las tristísimas luchas de nuestro corazon; creo que es la luz del pensamiento y el aroma del amor; creo que fortifica la libertad; creo que levantando toda nuestra vida á la comunicacion eterna con el cielo, le da algo del resplandor divino, y le promete que tras esa negra noche del sepulcro, donde parece que todo sentimiento se apaga, y todo recuerdo se pierde, tendrá una trasformacion gloriosa que la acerque al eterno ideal del bien, de la verdad, de la hermosura, á la eterna fuente del sér, al eterno sol del pensamiento, á Dios (*Repetidos y prolongados aplausos*). Pero por lo mismo creo destinada á desaparecer toda religion que sea contraria al sér del hombre y á la justicia de Dios; que suprima la naturaleza en nombre del espíritu ó suprima el espíritu en nombre de la naturaleza; que mate la razon, el criterio de verdad; que sancione la injusticia, la desigualdad entre los hombres; que se una á los

opresores de los pueblos para ahogar todo arranque de dignidad y todo sentimiento de derecho; que intente oponer un valladar infranqueable al progreso; que admita como buena la esclavitud, la degradacion de la imágen divina en la humanidad; que pida, no la plegaria espontánea del alma, no el tributo voluntario del corazon, sino adoradores constreñidos por la tiranía á mentirle culto hipócrita, los cuales manchados en su voluntad por el pecado, y en su conciencia por la duda, no harán más que profanar con los lábios la idea divina, y cortar el vuelo libre del espíritu á lo infinito; verdadero impulso hácia Dios de toda alma verdaderamente religiosa *(Aplausos)*.

Y como el paganismo no se sostenia por religion del espíritu, de la conciencia, sino por religion del Estado, el paganismo espiraba. Con él, con su idea de la desigualdad de los hombres ante los dioses, empezaban á morir tambien los privilegios, que si aún quedan, Señores, quedan como las cicatrices despues de las heridas. Pero no olvideis lo que dije en mi última conferencia. La religion pagana moria á manos de sus mismos adoradores. Las ideas de los filósofos que habia engendrado eran corrosivas para sus entrañas. Cuatro siglos antes de la era cristiana Evehemero escribió un libro sosteniendo que los dioses no eran más que hombres, sujetos á nuestras mismas debilidades, siervos de nuestras mismas pasiones, divinizados solo por el agradecimiento de los pueblos. De suerte que aquellas divini-

dades en cuyo templo ardia el fuego sagrado, en cuyas aras pendian coronas de flores, á cuyo alrededor danzaban las vírgenes griegas mientras el sacerdote ofrecia miel y cera y el poeta recitaba al son de la cítara versos de Homero; aquellas divinidades no eran más que hombres, tan débiles, tan enfermos como los mismos que los adoraban, hombres ya devorados por la muerte. Este sistema, que tuvo mucho crédito en la corte corrompida, sensual de los seleucidas, fué restaurado en el siglo segundo por Philon de Byblos. Los romanos debian oponerse á esta idea, porque en aquel pueblo de maduro juicio la religion era, más que una necesidad del espíritu, un medio de gobierno. La idea escandalizó universalmente. Comenzóse una reaccion pagana que intentaba con el filtro de nuevas ideas resucitar los dioses muertos, y con el fuego arrancado á templos por su antigüedad, sacratísimos, iluminar el oscuro Olimpo. El representante de tal reaccion es Apuleyo. Este escritor se sirve del apólogo como del medio más oportuno para propagar la creencia que cree saludable. Su principal objeto era combatir la mágia á que habia llegado en su delirio el paganismo por una larga série de sucesivas degeneraciones. El apólogo contra el sentido religioso de su tiempo es el Asno de oro. La mágia, segun nos cuenta en ese apólogo, le ha convertido en asno, y el culto de Isis le devolverá su primitiva forma humana, pero más espléndida y más hermosa. Aquí primeramente se ve un combate fortísimo al sentido re-

ligioso del siglo segundo en que todos los paganos se daban á la mágia, y el empeño de evitar la decadencia del paganismo, vivificándolo nuevamente en los altares de Isis. Quisiera tener el pincel de Virgilio en mis manos para retrataros estos misterios, principal alimento de la aterida conciencia pagana en el siglo segundo. El poeta nos muestra, en plácida noche á orillas del mar la procesion de la diosa, la mascarada que abre el paso; las doncellas vestidas de blanco, ora sembrando de flores el camino, ora luciendo espejos misteriosos, ora derramando de argentados pomos olorosas esencias; los mancebos ahuyentando las sombras con millares de antorchas que parecen astros descendidos del cielo á los conjuros de las plegarias religiosas; los músicos de Serapis prorumpiendo con sus flautas y sus trompas en melodiosas sinfonías; los iniciados en los misterios, cubiertos con largos velos, llevando en las manos signos del zodiaco, imágenes pequeñas de la vaca sagrada, urnas de oro donde se guardan secretos de la iniciacion; los sacerdotes con su túnica de lino, su manto de púrpura, llenas las manos de guirnaldas de rosas entrelazadas con verbena y olivo florido; y despues de todos la diosa Isis, blanca y pura como la espuma, esparcida la rubia cabellera por el cuello y el pecho de alabastro, coronadas de diversas flores las sienes, con la media luna en la frente sostenida por racimos de espigas entrelazados con serpientes que caen por la espalda, vestida de una túnica que toma todos los matices del mar,

envuelta en manto negro como la noche y como la noche sembrado de estrellas, y orlado de una franja de plata, brillante como la vía láctea en el estío, y que con todos estos atributos representa la naturaleza, en toda su inmaculada inocencia, en su pura vida, la naturaleza que puede reanimar con su fecundidad, amamantándolos á sus pechos, los moribundos dioses del paganismo romano. (*Aplausos.*)

Pero ni esta exaltacion del misticismo pagano será bastante á salvar la antigua religion, porque se oye una carcajada que hiela de espanto á los dioses, una carcajada que domina todo el movimiento literario del siglo segundo como el ruido de la tempestad domina en el mar el estruendo de las olas. Esta carcajada es la inmortal carcajada de Luciano. No sé que facultad es aquesta de la ironía que tanta fuerza tiene para desorganizar y destruir los más grandes poderes. No sé qué hay en esos genios cómicos que tienen algo de la hermosura del ángel, y de la triste hilaridad y del amargo sarcasmo que la tradicion ha puesto en el diablo. La ironía nace sin duda de la desproporcion que el alma vé entre la realidad y su ideal. Sin duda esos genios que nos hacen reir, que ven el lado ridículo de todas las cosas, se burlan de todo, porque todo les parece mezquino en presencia de lo infinito que poseen como dominio propio. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir, se ha levantado ese mismo genio, que permaneciendo idéntico á sí, toma diversos nombres;

Aristofánes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Boccacio al concluirse la primer mitad de la Edad Media; Rabelais y Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres; y hoy Proudhon, que conmueve con su sarcástica risa hasta los fundamentos de la sociedad donde estamos asentados, é invoca como un númen la ironía, sin duda porque entiende que nacido para destruir en su ironía está su fuerza destructora. *(Estrepitosos aplausos)*. Cuando veo á Luciano entrar por las puertas del Olimpo, sin cuidarse del Iris que las guarda, de las horas que danzan en el vestíbulo, de los caballos de Apolo que piafan impacientes por llenar de luz el Universo; cuando le veo dirigirse con la risa en los labios á los dioses que han consolado tantos dolores, que han alimentado tantas esperanzas, que han llevado en sus espaciosas frentes los secretos de tantas civilizaciones; pasar en su presencia con gran desenfado; reirse de Baco porque es hijo de un mercader siro-fenicio, y huele á vino, y tiene por compañero á Sileno y á Pan, cojos, contrahechos y horribles; echar en cara á Hércules que ha puesto los caprichos de sus queridas en el cielo, el perro de Erigone entre los dioses, la corona de Ariana entre los astros; llamar á Júpiter, espósito, vicioso, cuyas transformaciones le han puesto en grande aprieto pues cuando fué toro estuvo á punto de verse degollado en sus mismos sacrificios, y cuando lluvia de oro convertido en brazalete ó en pendiente de liviana dama

(Risas) menospreciar á Mithra el de la rozagante túnica asiática, y no saludarle porque no entendia sus saludos puesto que no sabia griego; mofarse de los despuntados rayos de Vulcano que hieren las encinas en el campo, los mástiles en el mar, y no hieren á los malvados del mundo; compadecerse de Saturno, viejo enfermo de gota que encerrado en el Tártaro no puede sostener en sus cansadas manos las riendas del Universo; mirar maliciosamente el águila que con sus dos alas semejantes á los abanicos de los déspotas asiáticos renueva el aire sobre la frente de Júpiter mientras Ganimedes desnudo se halla tendido á sus piés; maldecir de aquellas ibis, de aquellas grullas sagradas, de aquellos toros de manchas blancas, de aquellas monas que venidas de Siria, de Egipto, han ensuciado el Olimpo griego antes tan sereno, y repartídose con grande algazara la mitad de las ofrendas y de los sacrificios; cuando veo que así olvida todas las creencias, todas las teorías, toda la simbólica pagana, me parece que estoy viendo el genio de la ironía, de la sátira que entra en el cielo y riéndose de todas las divinidades las asusta á todas, porque la risa de la duda es más dañosa á los inmortales que las antiguas rebeliones titánicas; hasta que las obliga á avergonzarse de sí mismas, á cubrirse el rostro con las manos, y caer muertas como hojas arrancadas por el cierzo del árbol de la vida, que van á perderse en el abismo de la conciencia humana, cuya hambre de renovacion y de progreso ha devorado tan-

tas religiones. (*Ruidosos aplausos*). Y no solo se rie de los dioses sino tambien de los cultos que les tributan los hombres. Los sacrificios son objeto de sus maldiciones. Las desgracias que afligieron á Etolia y la postraron provinieron de que Omeo no convidó á Diana á una fiesta á que acudieron todos los inmortales. Minerva por doce bueyes retrasó un dia la caida de Troya. Así todos los dioses, sentados en aquel palacio, donde el sol es más puro, y las estrellas más brillantes, sobre aquel pavimento de oro, coronados por Iris, servidos por Mercurio, armados por Vulcano, desde sus tronos dejan caer la errante mirada sobre el mundo en pos de aras humeantes, y bajan sus frentes, llenas de altas ideas para mirar los sacrificios, y abren sus narices para aspirar el humo de las víctimas, y sus bocas para beber con anhelante ánsia la fresca sangre ni más ni menos que si fueran moscas. (*Risas y aplausos.*) Y no solamente se rie de los dioses, sino que para combatir sin duda la reaccion hácia el paganismo oriental, se rie tambien de los iniciados en la mágia que están tres meses metidos en las aguas del Eufrates y reciben el espíritu divino cuando un sacerdote de pestífero aliento les escupe su saliva á los ojos. Y no solo se rie de los iniciados, se rie tambien de los filósofos. Mercurio saca todas las sectas filosóficas á pública almoneda. Un mercader va á comprarlas. El primero que encuentra es Pitágoras que promete mostrar al mercader que él nó ha sido él sino otro allá en lejanos tiempos, y le acoha-

ja que se abstenga de comer animales y habas, y le anuncia que será un sabio cuando haya aprendido á soplar la flauta y á tañer la cítara, porque todo el Universo es una gran sinfonía. El mercader da por él diez minas, la quinta parte menos de lo que vale un esclavo en el mercado. Topa en seguida con un filósofo mal oliente. Es Diógenes. Mercurio le anuncia que puede comprarlo porque le puede servir de perro á la puerta de la casa. Diógenes dice al mercader que si quiere profesar sus doctrinas que se provea de una voz ágria, de una garganta ronca, y se decida á despreciar los grandes hombres, á no sentir ni los insultos ni los golpes, á abandonar mujer, familia, amigos é hijos, á vivir como un vago en un sepulcro ó en un tonel. Dos óbolos da el mercader por este sabio. Quiere comprar en seguida á Aristipo, el jefe de la escuela cirenaica, al verlo coronado de flores; pero como está borracho y no contesta á sus preguntas, no le pone precio. Oye una carcajada y un sollozo. Se vuelve y se encuentra con Demócrito y Heráclito. El primero ahogado de risa le habla del vacío, y el segundo entre un mar de lágrimas le habla del movimiento universal en que todas las cosas se arrastran sin cesar como las ondas en los rios. El mercader no se atreve á comprar ni al uno ni al otro. De pronto Mercurio le ofrece un sabio de conducta ejemplar, un santo. Es Sócrates. «¿Qué eres?» le pregunta el codicioso mercader. Yo no puedo repetir aquí la respuesta atan escandalosa, porque respeto demasiado al público y no

respeto á mí mismo. Pero la repetiré en griego: Παιδεραστης τιμι και σοφὸς τά ἐρωτικά. En seguida Sócrates comienza á esplicar la república que piensa construir segun las leyes de su inteligencia, y como en esa república han de ser de todos los ciudadanos todas las mujeres, y elevándose á más alta filosofía esplica cómo ve todas las cosas y sobre todas ellas su ideal, más real que las cósas mismas; de suerte que por este medio ve dos universos, y todo, absolutamente todo se le aparece doble. El mercader, sin duda, creyendo que esta doble vista duplicará su dinero, compra al filósofo y da por él la enorme suma de dos talentos. Seguidamente compra por dos minas un epicúreo muy aficionado á comer miel ó higos. Le cae en gracia Crisipo que le hace los siguientes argumentos. «Tú conoces y no conoces á una persona á un mismo tiempo. Por ejemplo, conoces á tu padre, y si lo ves cubierto con un manto ya no lo conoces. Una piedra es un cuerpo, un animal es un cuerpo, tú eres un animal, luego tú eres una piedra porque tú eres un cuerpo.» Doce minas afloja el mercader por tan sútil filósofo, y doble por un peripatético que le enseñará cómo vive un moscardon, hasta qué profundidad llegan en el mar los rayos del sol, cómo se forma el feto en el vientre materno, y cómo el hombre es un animal ridículo y no el asno, que ni ha menester casa ni navega nunca. Por último se dá de manos á boca el infatigable mercader con Pirron el escéptico. «¿Qué sabes?» le pregunta.—«Nada.»—«¿Qué quieres decir?»—«Que no

creo en nada.» —«¿No existimos nosotros?» —«No sé.» —«¿No existes?» —«No sé.» —«¿Qué sabes hacer?» —«Todo, menos perseguir á esa eterna fugitiva que se llama verdad. El objeto de mi doctrina es no ver, no oir, no saber; soy sordo y ciego y además privado de sensibilidad y de juicio.» —«Sí, le dice el mercader, te quiero comprar.» —Y lo compra.—¿Dudas de que te he comprado?» —«Sí.» —«¿Dudas de que soy tu amo?» —«Sí,» contesta el filósofo.—«Pues voy á convencerte con un argumento incontestable,» dice el mercader, y le da un trancazo (*Risas*). Sin duda, Señores, de aquí han tomado las leyes de imprenta de ciertos países los persuasivos argumentos que usan para convencer de error á los escritores públicos (*Risas y aplausos*). Nos reimos, Señores, nos reimos alucinados por la festiva inagotable vena de Luciano, nos reimos de la muerte de dioses que han sido un dia los dioses de nuestros padres, sin recordar que todas estas renovaciones de la vida humana no se han hecho sino á costa de grandes catástrofes, de muchas lágrimas, de muchísima sangre vertida sobre la tierra.

El espíritu humano de ninguna suerte podia avenirse con dioses así zaheridos, con ideas así combatidas por su propia conciencia. En este tiempo la fé de los paganos creia en el mitho de Psiquis, la vírgen para, hermosa, que aguardaba impaciente la venida de su desposado, sobre su lecho, en la primer noche de sus nupcias, acariciada por el céfiro, cuyas ondas cargadas de

aromas, despues de rizar su cabellera, se dormian mansamente en su seno, anhelante, ruborosa; hasta que siente que llega el esperado, y aspira su aliento, y no lo ve, y quiere verlo, bañarse en su mirada, contemplar sus formas, mirar los brazos que la oprimen, los lábios que la besan, y se arroja del lecho, y corre á buscar su lámpara y cuando vuelve gozosa á ilumina la nupcial estancia, ve que su misterioso amante, que era el amor mismo, agita sus alas, vuela, y en dorada nube se pierde entre los arreboles del cielo, dejándola sola en castigo de su curiosidad, como para enseñarle que aquí en la tierra todo debe ser misterio y sombra, y que cuando queremos descifrar esos misterios, y ahuyentar esas sombras, nos encontramos con que solamente allá en las alturas celestes se halla el verdadero amor que anima y embellece la vida *(Estrepitosos aplausos)*. ¿No es una enseñanza este misterioso mitho que dice bien claramente el estado de la conciencia humana? ¿No se ve que el espíritu antiguo ha querido conocer sus dioses, y los ha iluminado con su razon, y sus dioses al desaparecer heridos por los rayos de la luz le han señalado el cielo? ¡Ah! Las antiguas religiones no abrazaban más que la mitad de la vida, la naturaleza. Venia sobre el mundo la religion del espíritu. La Psiquis misteriosa es la conciencia, la lámpara es la razon, el amor que huye de su lecho de rosas el paganismo que se va y que obliga á la conciencia á elevar la mirada á los cielos. ¿Dónde, dónde está la idea, la creencia que vendrá á satisfacer esta

necesidad vivísima que de creer tiene el espíritu humano? ¿Dónde está? Perseguida, humillada, escarnecida como todas las nuevas ideas, en el seno de las Catacumbas, en su altar que es el dolor; guardada por sus mártires que la fecundan con su sangre, soldados, que para defenderla no necesitan matar, sino morir, porque son los soldados misteriosos de la idea y del espíritu. *(Aplausos.)*

Pero esta idea que en las lecciones anteriores hemos visto en sí, separada del mundo pagano, al encontrarse frente á frente con él, provocaba un gran combate. Roma que tenia una religion propia en consonancia con su cultura, repugnaba invenciblemente el espíritu de igualdad cristiana. Los aristócratas, los privilegiados, no podian comprender que todos los hombres se confundieran en presencia de Dios; los sabios en su orgullo rechazaban un dogma igual para los sacerdotes de la ciencia que para los ignorantes y los humildes; Luciano se reia á todo reir de aquella turba de esclavos, mendigos, mujeres, niños, gente maldita, que vivia en bárbaro comunismo y se sacrificaba por un oscuro sofista muerto en Palestina; Tácito llamaba á los sectarios de la nueva idea gente predestinada á las manos de los verdugos; Plinio el jóven, si bien veia sus virtudes, los estimaba supersticiosos, enfermos del alma y hasta inclinados al suicidio; Suetonio tenia en poco á aquellos bárbaros descendientes de los judíos, que inmolaban en sus sociedades secretas niños recien-nacidos, y se co-

mian su cuerpo, y se bebian su sangre; las muchedumbres, tardas siempre en comprender las nuevas ideas, hacian responsables á los cristianos de sus desgracias, de si el Tiber salia de madre y no salia el Nilo, de si llovia ó no, de las tempestades, de los terremotos, de los incendios, y los llamaban enemigos de la familia, de la ley, ateos; y todos los despreciaban porque eran pobres, últimos restos de la sociedad, desheredados de todo, sin comprender que aquella gente, pobre, desvalida, oscura, formaba una gran sociedad religiosa que venia á convencer al mundo de locura, y por ser el mundo los creia dementes, y que si entre ellos se encontraban pocos sabios, y pocos poderosos, era porque Dios buscaba los débiles para vencer á los fuertes, los humildes para humillar á los soberbios, los eternos párias, eternas víctimas de la injusticia, para salvar la sociedad de su materialismo con esta grande y maravillosísima esplosion del espíritu. *(Estrepitosos aplausos.)*

Conviene decir que el Cristianismo se planteaba como religion de la conciencia frente á frente del paganismo que se defendia como religion del Estado. La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza social, era propia del sensualismo pagano que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento esterior, curándose poco de la conciencia y del espíritu. Así, mientras Aristófanes y Amito defendian los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dioses vencedores en Platea y Salamina; y Ci-

ceron en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenia facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos aquellos que eran osados á profesar una religion distinta de la religion del Estado eran reos, si nobles, de destierro, si plebeyos, de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecucion de los nuevos sectarios porque al injuriar á los dioses injuriaban al César, y al injuriar al César injuriaban al imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas esta idea pagana que ha cometido todos los grandes crímenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoría de la religion impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos revindicaban el derecho de adorar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu; y de esta suerte, al mismo tiempo que defendian la verdad religiosa, defendian el principio de que sobre la conciencia no hay más que una jurisdiccion, y es la jurisdiccion divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de una idea, desiertan de la humanidad como los Césares paganos que alzaban la cruz y atizaban las hogueras contra los defensores del Cristianismo. *(Aplausos.)*

Pero la idea cristiana á pesar de no tener más fuerza que la fuerza espiritual crecia y crecia, y devoraba la religion de los Césares, de los guerreros, de los fuertes. De la edad apostólica que es el siglo primero pasamos á edad de los apologistas que es el siglo se-

gundo. Pero antes de los apologistas se encuentran los padres apostólicos que unen dos grandes épocas de la idea cristiana. Así como los Apóstoles son los inmediatos sucesores de Cristo, los padres apostólicos son los inmediatos sucesores de los Apostóles: que no se rompe, ni se interrumpe en estos tiempos, la serie de las ideas cristianas. No hay en los padres apostólicos la grandeza que en los Apóstoles, ni la elocuencia que en los apologistas, ni el saber profundísimo de los padres de la Iglesia. Se vé que despues de aquella gran elaboracion de las doctrinas apostólicas que abraza el alma y Dios en la esfera metafísica, y el mundo judío y el mundo griego en la esfera histórica, el espíritu cristiano descansa en la contemplacion de sí mismo, del ideal sublime que ha dejado escrito el siglo primero. Se ve que la sociedad cristiana se ocupa á la sazon, más en la moral que en el dogma, más en obras que en pensamientos. La tendencia práctica es más viva que la tendencia metafísica. Sus escritos nos hablan de la divinidad de Cristo, de la revelacion de Dios en Cristo y por Cristo, de las esperanzas de una nueva venida del Salvador pero sobre las nubes del cielo, y del Espíritu Santo que á manera del aire rodea y vivifica la sociedad cristiana. En los tres primeros padres apostólicos encontramos tres reflejos de los tres más grandes apóstoles; en Clemente á San Pedro, en Ignacio á San Pablo, en Policarpo á San Juan. Sus escritos son epístolas trazadas á la luz de las antorchas de las Catacumbas, so-

bre las rodillas, entre los ahullidos de los perseguidores, y el estridente rumor de los instrumentos del martirio. Clemente tiene el carácter romano y puede decirse que en él empieza la organizacion material que la Iglesia recibiera del práctico espíritu de la Ciudad Eterna. Por lo mismo, por ese espíritu de organizacion, se echan de ver en él ciertas tendencias á conservar la antigua legalidad judía caida al eco de la tonante voz de San Pablo. Pero su fé en Jesucristo es viva, es profundísima; y tiene toda la sencillez, toda la virtud, y toda la seguridad de estos tiempos primitivos, fé sellada con su sangre. Ignacio es del Asia-Menor. En sus epístolas brilla el génio oriental con todos sus fulgores. Su corazon es como un volcan de amor que fulgura, enviando todos sus sentimientos al cielo. Obispo de Antioquía, discípulo de San Pablo, ardiente propagador de la nueva idea, en sus epístolas ha unido á la dulzura de una índole apacible la fuerza de una fé sobrenatural, divina. En su alma inundada de prodigiosas esperanzas hay sed de morir, amor inmenso, infinito al martirio, porque trás las nubes de esta vida de un dia columbraba el horizonte infinito de la eternidad, y su ser bañándose en la eterna vida. Un hombre como este padre apostólico que abandona por una idea todos los placeres del mundo, que ve estrellarse á sus piés todas las pasiones sin temor de ser por ellas manchado, que vive por sus hermanos y para sus hermanos; tranquilo en la persecucion, libre en las cárceles, benévolo para sus mismos

martirizadores, ocupado solo en ofrecer ejemplos de entereza á los que comparten sus ideas, arrastrado por una calle de amargura que se estiende desde Asia á Roma sin que profiera una queja, y sin que tenga otro pensamiento que escitar á la fé y á la perseverancia á los cristianos, muerto entre los dientes de las fieras, pero con la idea puesta en el cielo, y el sentimiento en la esperanza de la inmortalidad; un hombre de esta grandeza debe ser siempre ofrecido como enseñanza viva, como ejemplo moral á la juventud para que vea que el egoismo solo puede dar el mal, que la abnegacion, el sacrificio, son los medios mas seguros de alcanzar en las grandes crísis la redencion del espíritu, la salud del mundo. *(Entusiastas aplausos.)* El mismo camino que Ignacio, discípulo de San Pablo, sigue Policarpo, discípulo de San Juan; que estiende la doctrina de su maestro, y muere en el martirio. El espíritu de esta edad necesita mayor espacio, mayor amplitud para luchar con el gnosticismo, cuyas raices se estienden sobre el Cristianismo como una planta parásita que intenta robarle su jugo, y vivificar con él las ideas paganas. Y es preciso confesar que merced á la epístola falsamente atribuida á Barnabas, el legalismo judío intentaba invadir el puro dogma cristiano. Es verdad que en esta epístola á fuerza de querer espiritualizar las prácticas judías se les quitaba todo su antiguo poder, toda su grandeza. Pero era necesario evitar estar desviaciones y sostener como San Pablo que la ley antigua habia sido cumplida, y que toda la reve-

lacion se encontraba en el Evangelio. Mas á pesar de esto, los padres todos apostólicos se unen y confunden santamente en la creencia del progreso de la vida, de la renovacion del espíritu, de la esperanza en la inmortalidad, del esterminio del mal en virtud de la sangre vertida en la cima del Calvario.

Pero el Cristianismo debia principalmente defenderse de las ideas opuestas y contrarias que encontraba en su camino. Los judíos, los paganos querian cerrarle el paso á la victoria. El Cristianismo debia probar á los judíos que su religion era insuficiente, y á los paganos que su religion era muerta. De este ministerio verdaderamente divino se encargaron los apologistas. Contra los judíos defendieron el mesianismo en Cristo. Contra los paganos defendieron principalmente la resurreccion de la carne. Como les achacaran que adoraban á un hombre, decian los apologistas que Cristo era el logos eterno, la palabra eterna anterior al tiempo y al espacio, aquella palabra incomunicable que creó la naturaleza y que ilumina eternamente el espíritu. Contra los paganos que sostenian la aniquilacion del cuerpo predicaban la resurreccion de la carne. Dogma consolador en verdad este y sostenido con sin igual elocuencia por los apologistas. En su virtud la muerte no es temible. Este cuerpo que en el seno del sepulcro se descompone y se deshace, reducido á cenizas fácilmente, disipado por el viento, á la voz de Dios, que vuelve á renovar el milagro de la creacion, se levantará del seno de la tierra,

sacudirá el polvo que le cubra, y entrará en la vida inmortal; porque nuestra personalidad en espíritu y naturaleza, en alma y cuerpo, es eterna. Por estas ideas se verá que los apologistas, desdeñando la antigua religion, oponiéndose al paganismo, no desdeñaban la filosofía, no combatian la ciencia. Todas las ideas sobre el Verbo estaban animadas de espíritu platónico, todas las ideas sobre la resurreccion de la carne, estaban animadas del espíritu estóico. De esta suerte la nueva sociedad, al mismo tiempo que se oponia á todo lo que era sensual, falso, transitorio en el paganismo, tomaba todo lo que habia de permanente, de eterno, de sustancial en la ciencia, como para demostrar que la razon humana es tambien órgano de la verdad divina y revelacion permanente de esta verdad en la vida.

Contemplemos, Señores, un momento en sí los apologistas. La ciencia cristiana va creciendo más cada dia. Los apologistas que derivan su doctrina principalmente de San Juan, son los destinados á llevar el espíritu griego á los altares cristianos. Los Apóstoles y los padres apostólicos han esplicado el Cristianismo segun la religion; los apologistas y los grandes padres de una y otra Iglesia lo esplicarán segun la filosofía. El primer representante de los apologistas es San Justino. Este hombre estraordinario fué pagano. Pero su alma, fiel imágen de su siglo, anhelaba con ardiente sed una verdad. Errante de sistema en sistema, de filosofía en filosofía, como la abeja de flor en flor, buscaba la miel de la ver-

dad y libaba solamente la hiel del desengaño. Acercóse á los estóicos y vió que su moral no tenia una base metafísica incontrastable; quiso oir á un peripatético y le dejó porque antes de darle ciencia le pedia dinero; asistió á las escuelas pitagóricas y le exigian para la iniciacion en los misterios música, astronomía, matemáticas que le eran ignoradas; halló por último la filosofía de Platon, y su espíritu idealista se gozó en contemplar sobre el mundo visible los eternos tipos de todos los séres y de todas las ideas nadando en la luz increada; pero en uno de esos momentos en que el alma se aparta de todo cuanto la rodea, y se disgusta de toda realidad, hallándose solo contemplando el cielo al través de las ramas de un bosque, á la orilla del mar, que le recordaba en sus celestes horizontes lo infinito, vió venir un venerable anciano que le habló de la virtud, de la esperanza, del cielo, del Verbo, del concierto entre las ideas y las obras, de una antigua raza de patriarcas que conservaban pura la idea divina, de otra nueva raza de mártires que la iban estendiendo por el mundo; y tocado por aquellas palabras, creyó encontrar la anhelada verdad, y abrazó la idea del anciano, el Cristianismo, y le fué fiel, batallando por su causa toda la vida, y sufriendo por su causa con el martirio la muerte *(Entusiastas aplausos)*. Este antiguo retórico que abandonára el paganismo por el Cristianismo, apesar de que combatió cada sistema en sí, cree que el espíritu general de la filosofía antigua preparaba el Cristianismo. No podia

desconocerse esta verdad sin notoria injusticia, cuando la filosofía antigua devoró el paganismo. El culto cristiano es el culto del espíritu, que viene á borrar el culto pagano, que es el culto del sentido. El pagano adora el Dios-naturaleza y el cristiano adora el Dios-espíritu. La eternidad es el objeto del culto cristiano. Pero como el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, la sociedad debe formar un compuesto entre el hombre y la Iglesia. Lo que es el alma para el cuerpo es la Iglesia para el mundo. Y como el alma ama al cuerpo que la desobedece y la rechaza, la Iglesia ama al mundo que la persigue. Los hombres tuvieron antes conocimientos fraccionados, particulares de la verdad, pero no alcanzaron la verdad viva y entera hasta que descendió de los cielos el Verbo. La razon es una luz divina, pero el Verbo es el sol de donde esa luz emana. Cristo es la única revelacion verdadera del Verbo. Por el Verbo comprendemos á Dios que es en su esencia incomprensible á la razon, inefable á los lábios. El Verbo es la palabra creadora del Universo y del espíritu. El Universo y el espíritu se apartaron del Verbo, este pecando, corrompiéndose aquel por los negros vápores del pecado. Pero la redencion ha devuelto al espíritu su primitiva dignidad perdida en el pecado. El Verbo ha penetrado con su luz toda vida espiritual. En cada alma hay una semilla de la idea del Verbo que el último aliento de Cristo ha fecundado. Como se ve por estas indicaciones, así como en la Edad Media, Santo Tomás y los escolásticos

unieron Aristóteles á la teología; en este tiempo unen á las apologías San Justino y sus discípulos, el Timeo de Platon, el Génesis del espíritu. Athenágoras sigue la misma idea de San Justino, y nos habla del Padre, del Hijo, del Espíritu. El Padre engendra, el Hijo es engendrado en la eternidad, el Espíritu es el mediador entre el Padre y el Hijo. El Padre crea, el Hijo ilumina, el Espíritu vivifica.

Como se ve la apología conservando su sentido superior y ortodoxo rendia un tributo de acatamiento á la ciencia griega. Pero hay entre los apologistas espíritus que temen que transigiendo demasiado con la filosofía griega el Cristianismo pierda su carácter y se convierta de una religion en una secta filosófica. Al frente de los que así piensan encontramos á Taciano. Nacido en Oriente es por estremo apasionado y fogoso. Así quiere arrancar hasta las raíces de la civilizacion pagana. Nos llamais bárbaros, dice á los griegos, y no teneis cosa que no hayais recibido de los bárbaros, el alfabeto de los fenicios, la geometría de los egipcios, la mágia de los persas, la astronomía de los caldeos, la escritura de Atosa reina bárbara, el acero de los cíclopes, la trompeta de los tirrenos, la flauta de los frigios; porque vosotros, gente baladí, no os entendeis con vuestros varios dialectos, y usais la retórica para corromper los corazones, la sofística para descarriar las inteligencias; y orgullosos con vuestros filósofos solo nos ofreceis cinismo en Diógenes, voluptuosidad en Aristi-

po, glotonería en Platon, adulacion servil en Aristóteles, sombras en Heráclito, errores en Zenon, pretensiones á ser Dios en Empédocles, eruptos de vieja en Pherecidés; que no se puede esperar menos de hombres que tienen las entrañas por oráculos y los diablos por dioses *(Aplausos)*. Si no son estas mismas las palabras de Taciano, estoy seguro que son muy aproximadas á las suyas ó al menos que pintan fielmente su pensamiento, y reflejan fielmente su espíritu. ¡Ah! Señores. No trato yo de ocultar los vicios de la civilizacion griega; pero es una grave injusticia decir que su ciencia solo habia corrompido el espíritu. ¿Pues qué, Dios ha abandonado completamente de su mano á las antiguas naciones? ¿Pues qué, el paganismo con todos sus errores no ha educado el espíritu en una idea muy superior al bárbaro fetichismo del Oriente? La Grecia separó el espíritu de la naturaleza, bosquejó la primer idea de la individualidad humana, rompió las castas con sus maravillosas democrácias, levantó el pensamiento del pié de los altares del Oriente, modeló con su cincel la eterna estátua que será el eterno ideal de la hermosura plástica, puso en la lira que la humanidad lleva en sus manos para su consuelo cuerdas de oro siempre vibrantes, fué la musa del arte, la inspirada sibila que con el pensamiento de sus filósofos hermoseó la conciencia humana y la apercibió á que fuera un templo digno de recibir la idea cristiana *(Grandes aplausos)*. Sus errores, sus vicios, sin que yo deje nunca de imputárselos, porque creo en la

libertad y en la responsabilidad del hombre, son el tributo que la débil naturaleza humana paga á las condiciones de tiempo en que se desarrolla y al medio social en que vive. No aislemos en la historia de la humanidad unos tiempos de otros, unas civilizaciones de otras, porque entonces ni comprenderémos la unidad del espíritu, ni nos esplicarémos la providencia de Dios. Es verdad, Señores, que las nuevas ideas se plantean siempre en su principio como negacion absoluta á las ideas precedentes. Se necesita esta grande lucha, este grande contraste, para que el espíritu, apegado á sus antiguas creencias comprenda las nuevas ideas. De esta suerte progresa el espíritu humano. Como Voltaire exageró su oposicion á la Edad Media, y Descartes su oposicion á la escolástica, y el Renacimiento en la esfera de las artes su oposicion al gótico, y Grecia su oposicion al Oriente, Taziano exajeró su oposicion á Grecia y á toda cultura clásica. Afortunadamente el siglo XIX, eminentemente humano, y dispuesto á reconocer toda la humanidad en cada una de sus fases, hace justicia desde las alturas de la filosofía de la historia á todos los sistemas y á todos los tiempos. La tendencia de Taziano era en realidad peligrosa, porque era una tendencia gnóstica. El gnosticismo se me aparece siempre en estos primeros tiempos como la serpiente oriental que abre sus fauces para perder la idea cristiana. Y el gnosticismo no queria consentir que el espíritu cosmopolita de la ciencia griega arrebatára al Oriente la di-

reccion y la enseñanza de la conciencia religiosa de la humanidad. Y las ideas de Taziano le llevaron de abismo en abismo á caer en las ideas gnósticas y á renunciar á las ideas cristianas. Sí, el Cristianismo es católico, universal y á este título concierta con todos los grandes y saludables movimientos del espíritu, con todas las grandes y luminosas fases de la ciencia.

Pero á decir verdad debia evitarse á toda costa que fuese á dar el Cristianismo en un escollo que le hiciera convertirse en sistema filosófico y perder su carácter eminentemente religioso. A este fin se necesitaba una conciliacion entre las tendencias sobradamente griegas de San Justino, y las tendencias sobradamente orientales de Taziano. El hombre que llega con ánimo prudente y sereno á esta grandiosa conciliacion es San Irineo, el cual viene á renovar la escuela apologística, y á darle un carácter esencialmente práctico. La eterna trilogía de la idea se repite en estos momentos supremos de la historia. En los tiempos primeros San Pedro, San Pablo, San Juan. En los tiempos siguientes Clemente, Ignacio, Policarpo. Entre los apologistas San Justino, Taziano, San Irineo. Y más tarde Orígenes, Tertuliano, San Agustin.

Pero no bastaba trasformar la inteligencia, era preciso trasformar tambien el corazon. Para lo primero era necesaria la idea, para lo segundo el ejemplo. Aquellos cristianos tan calumniados por unos, tan odiados de otros, tan perseguidos de todos, vivian la vida de la vir-

tud, creíanse libres porque habian sacudido la tiranía del error, iguales ante Dios, hermanos pues entre ellos no habia ni nobles ni plebeyos; y su gobierno era una gran democrácia religiosa en que las primeras dignidades correspondian á los ancianos, ó bien á los designados por la eleccion de todos los fieles; de suerte que muchas veces, el primer sacerdote de la cristiandad, el jefe visible de la Iglesia era un esclavo en el mundo, que vivia en una jemmonia y oraba y trabajaba por los mismos que lo tenian en cadenas, pues en esta edad solo dominaba el espíritu, solo se creia en la virtud de la predicacion y del ejemplo, solo se confiaba en Dios, y en su poderoso amparo; y así los cristianos pasaban su vida en las Catacumbas, en las cárceles, al lado del lecho del enfermo, sobre la tierra do reposaba un muerto; y cuando sonaba para ellos la hora de morir, cuando se abria el Circo, cuando ardian las hogueras para castigar en ellos su idea, morian felices; y entre las garras de las fieras, entre los torcedores del tormento, entre las llamas, intercedian con el cielo por sus perseguidores, y exhalaban un himno de regocijo y de triunfo que como sus almas libres de las cadenas de la materia se perdia en el seno de Dios. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Señores: en otra leccion hablaremos de las persecuciones contra los cristianos. Hace tiempo que ha trascurrido la hora en que debí concluir y estoy molestandoos. *(Muchas voces: No no.)* De todos modos, yo estoy

fatigadísimo. Concluyo despues de haber trazado á grandes rasgos el siglo segundo. Los gnósticos cayeron; los estóicos tomaron el poder, y despues de haber dado á Roma su idea, tuvieron que abandonarla en manos de los soldados; los más grandes oradores paganos se daban á la desesperacion, y escribian el testamento de una sociedad moribunda; la reaccion religiosa hácia el Oriente era imposible, aunque intentada por hombres de gran valor moral; la duda analizando los antiguos dioses los habia aniquilado; la sátira, volviendo los ojos á un ideal superior á la antigua civilizacion, la destrozaba; la conciencia misma del paganismo suspiraba por el cielo; y los salvadores de la sociedad eran aquellas turbas de esclavos y de mendigos que teñian con sangre los circos y las naumaquias, y que de su palabra ahogada en el tormento exhalaban la libertad, y la idea del eterno Dios de la conciencia. *(Aplausos.)*

Pues bien, jóvenes que me escuchais, y que estais destinados á renovar la vida ó á morir en el oprobio de la impotencia; la obra religiosa del Cristianismo se acabó y perfeccionó con la vida, y sobre todo con la muerte de Cristo, pero la obra social del Cristianismo no está ni comenzada todavía. *(Aplausos)*. Diez y nueve siglos de sacrificios y dolores no han bastado para llevar la idea cristiana á las leyes y á las instituciones sociales. Todavía hay en el mundo soberbios que se creen dioses; todavía el esclavo arrastra los últimos eslabones de su cadena de cien siglos; todavía reina la abominable

desigualdad pagana; todavía están calientes las cenizas de las hogueras que devoraban el pensamiento humano; y por lo mismo, todavía es hora de trabajar por la causa de la justicia, de propagar la idea de igualdad, de padecer como nuestros padres por nuestro Dios, de redimir las generaciones venideras, y dejar escrito el nombre de la generacion presente en una página inmortal del eterno libro de la historia. *(Ruidosos y redoblados aplausos.)*

DECADENCIA DEL IMPERIO

Y PROGRESOS DEL CRISTIANISMO.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Ya que es preciso, dado el compromiso forzoso que me he impuesto de hablar y el voluntario que os habeis impuesto de escucharme, y que yo agradezco tanto más cuantos menos méritos encuentro en mí que lo abone, contemos esta triste, esta larga, esta universal decadencia del Imperio romano, y las promesas de rehabilitacion y las esperanzas de progreso que traia en su inmortal doctrina el Cristianismo. En la anterior leccion, con tanta benevolencia escuchada, ofrecí en pocos rasgos la vida toda del siglo segundo, más con el objeto de conmoveros con sus egemplos que de adoctrinaros con sus enseñanzas, porque de antiguo sé que nada podria yo deciros que os fuese de provecho; y así presenté con

todo el cuidado que me consintiera la escasez de mis fuerzas, el gnosticismo consumiéndose en el trono de Roma; los estóicos en lucha con este elemento estraño al carácter romano; la victoria de las ideas de los filósofos que parecian tan débiles sobre las armas de los pretorianos que parecian tan fuertes; los principios metafísicos del estoicismo que daban conciencia del espíritu universal á la sociedad, tan en armonía con la universal civilizacion latina, y sus principios morales que predicaban la igualdad natural de los hombres y la justicia; los caractéres que el estoicismo revistiera, segun las épocas, ora de lucha, ora de protesta, ora de aquella organizacion poderosa que le dió la victoria; las enseñanzas que ofrecian sus sectarios en vida y sus enérjicos ejemplos en la hora de la muerte, su idea en Epitecto, su ley en Marco Aurelio, y su impotencia para salvar á Roma probada por Conmodo; los pretorianos asomando de nuevo á desgarrar el Imperio; el pueblo de los comicios en el Circo; la desmoralizacion de la sociedad creciendo; la marca de infamia que Tácito imprimió sobre la frente de Roma conservándose todavía como el castigo de los prevaricadores; la sátira desconcertando la armonía entre el fondo y la forma del arte clásico que fuera el encanto de tantas generaciones; la tristeza desesperante de la poesía, la muerte de la religion, el evehemerismo que disecaba los dioses con su crítica, la reaccion religiosa intentada por Apuleyo en su apoteosis de los misterios de Isis, la debilidad de esta reaccion en

aquellos tiempos en que las carcajadas de Luciano conmovian todo el Olimpo, el mitho de Psiquis, verdadero símbolo del deseo innato en el alma humana de volar al cielo; la verdad cristiana planteándose como religion del espíritu frente á frente del paganismo que se defendía como religion del Estado; los padres apostólicos sucediendo á los Apóstoles, y los apologistas á los padres apostólicos; el espíritu griego sacudiendo los átomos que en sus alas depositára naturaleza para ascender á lo infinito; la union del Génesis de la naturaleza con el Génesis del espíritu; y por último, el ejemplo de aquellos mártires que, al morir en las hogueras, al mismo tiempo que revelaban un nuevo espíritu religioso y ponian un nuevo Dios sobre los altares, salvaban el gran principio no conocido de los antiguos, el principio de la libertad de conciencia; alma, vida de la presente civilizacion. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Señores: ahora me entristezco, me apeno al considerar los tiempos de decadencia; de infamia que vamos á recorrer; la ausencia de toda justicia en el poder, de todo freno en el ejército, de toda dignidad en el pueblo; el silencio de la tribuna; la congojosa y larga agonía de la reina de las naciones, cuyo cetro, que trasformára la humanidad, está perdido en el cieno de todos los vicios. Nunca hubo mayores motivos para imaginar que el mundo iba á perderse; nunca esos ánimos desconfiados que de todo recelan y que por todo tiemblan, pudieron con mayor fundamento creer que la civilizacion

cada en los abismos; nunca asomaron tan grandes, tan generales y tan terribles síntomas de desolacion universal y de universal ruina, pues el horizonte nublado por los miasmas de todos los vicios, el poder corrompido, el pueblo degradado, los templos abandonados, los dioses sin ofrendas, el crímen pagado con un trono, el derecho vendido en pública subasta, el enflaquecimiento de los caractéres, el frenesí de todas las pasiones que envilecen al hombre, parecian conjurarse para envenenar á la humanidad, y pudrirla hasta la médula de los huesos, y borrarla para siempre de esta tierra, llena tambien de ponzoñoso vírus, que pedia el cauterio del hierro y del fuego para sus llagas; y sin embargo, en medio de tantos males, en el seno de las Catacumbas se ocultaban los que venian á renovar el espíritu, en desiertos ignorados de Roma los que venian á renovar la sangre de la humanidad, bajo aquel envilecimiento de la esclavitud la libertad en toda su pureza, la libertad con todo su vigor, la libertad del espíritu, el mayor bien del hombre, el mejor don de Dios, la libertad que nadie puede arrebatarnos, pues ni aun despues de la muerte se apartará de la conciencia; promesas sacratísimas de regeneracion que vienen á decir á los Jeremías de nuestros tiempos, á los que creen que el mundo se acaba porque se acaban sus preocupaciones y sus ídolos, que no se interrumpe la carrera triunfal de la humanidad hácia el bien, que no se rompe ni aun por las mayores tempestades la cadena misteriosa del progreso,

que no se pierde el amparo de la Providencia, y que no se puede apartar el espíritu humano de este planeta á que Dios lo ha adherido hasta cumplir su destino y realizar toda su misteriosa esencia. *(Ruidosos aplausos.)*

Pero no habia remedio. Roma se moria, el Imperio espiraba. La muerte de la gran nacion se esplica por el cumplimiento de sus fines providenciales é históricos. En la antigüedad sucedia que cuando un pueblo acababa su trabajo dejaba á otro pueblo el encargo de continuarlo. No habia esta simultaneidad de vida que hay en la Europa moderna, ni se comprendia esa coexistencia de grandes naciones que es el carácter de nuestra civilizacion. Ninguno absolutamente ninguno de los pueblos que tenian acabada su obra, volvian á levantarse para continuarla, como si se hubiera agotado en aquella obra toda su vida. Así es que desde el instante mismo en que vimos por la constitucion antonina decretada la idea fundamental de Roma, la idea de la unidad de la especie humana, pudimos presentir que Roma se moria porque era cumplido su destino, y estaba realizado su trabajo. La India da sus dioses á la conciencia humana y se aisla y se pierde para la historia como si la envolviera misteriosa nube. Babilonia cincela esos dioses, los manda á Occidente, y muere. Persia despierta con su espada las razas orientales, y las disciplina, y cae y retrocede y se hunde cuando encuentra en su camino un pueblo pequeño pero libre que le cierra el paso. El fenicio da su leño al mar, su vela al viento, y llega hasta la tierra sagrada

donde el sol se pone, y lleva en su mano la letra alfabética, el signo del comercio intelectual, la moneda, el signo del comercio material, y parece que se hunde en los mares cuando nada nuevo tiene que dar á la historia. Cartago que ayer continuaba el trabajo de Fenicia, es en el instante en que crece Roma un monton de cenizas. Roma está subiendo las gradas del trono de la tierra cuando aspira á realizar la idea de la unidad del mundo, ocupa ese trono mientras la realiza, y baja sus gradas tintas en sangre así que la ha realizado. En las naciones modernas sucede que el espíritu nacional sobrevive á sus antiguas ideas, porque se renueva en otras más progresivas. Pero el feudalismo muere así que se acaba la irrupcion de los bárbaros del Norte y de los bárbaros del Mediodia; el poder político de los Papas así que empiezan á formarse las nacionalidades y á nacer los derechos civiles; y el poder absoluto de los reyes así que las naciones ya están formadas, como se concluirá el breve reinado de la clase media el dia en que la idea del derecho universal haya penetrado en todas las conciencias. Pero los pueblos quedan y siguen su obra maravillosa; al paso que en la antigüedad una nacion se encerraba, como Cleopatra en su tumba con sus instituciones, y con sus dioses.

Hoy vamos á estudiar, Señores, la decadencia de la sociedad antigua, la ruina irremediable de Roma. Dos síntomas anunciaban que todo se perdia en aquella sociedad, el silencio de la palabra, y el silencio todavía

más terrible de la historia. La palabra es la forma de la idea, la historia es la manifestacion de la conciencia. Por la palabra el hombre se distingue de los demás séres creados, por la historia se perpetúa su vida en las generaciones venideras. La palabra es como la revelacion perenne del espíritu. La historia es como la revelacion especial de la conciencia. Cuando una sociedad habla, no muere, porque hay en su mente la sávia de una idea. Cuando tiene una historia que le avise de sus crímenes no muere porque todavía puede distinguir el bien del mal y salvarse. Santa es la palabra en cuya virtud el alma sale de sí y espléndidamente se manifiesta con todos los matices de sus ideas, con todo el poder de sus facultades. Santa es la historia en cuya virtud no queda sin castigo ningun gran crímen sobre la tierra. ¡Qué sería de nuestros amores, de nuestras ideas, de nuestras esperanzas, de nuestros recuerdos sin la palabra humana que los saca del aislamiento de nuestro sér y los reparte entre todos los hombres! ¡Qué seria de nuestra fugaz vida sin la historia! La palabra es la luz que de sí despide el alma. La historia es como el resplandor de la conciencia, como el grito de la vida presente que salva los tiempos, y que rompe el límite del espacio. ¿Y qué era de la palabra en Roma? Cerrados los comicios, desierto el foro, destrozada la tribuna de los Rostros, desvanecida para siempre la sombra de los grandes oradores que llenáran el mundo con el eco de su voz, perdido el Senado ó cuando más convertido en vil adula-

dor de los poderosos, muda toda idea en presencia del César; la palabra, la revelacion del espiritu, se habia perdido en Roma; y aquellas ruidosas asambleas, donde los Gracos resucitaban la elocuencia griega en toda su belleza, donde Ciceron halagaba los oidos del pueblo con sus largos y armoniosos períodos que sonaban como una música heróica, aquellas ruidosas asambleas se habian convertido en academias puestas bajo la proteccion del César, donde poetas, semejantes á míseros eunucos, torpes y aduladores, iban á levantar con su poesía vendida al oro y al poder entre los inmortales al infame tirano, que habia ahogado indignamente el espíritu al ahogar su revelacion, su luz, la palabra humana, la cual, cuando se alza libremente, aunque impalpable como el aire que la recoje, hiela á los tiranos en sus tronos, y funde como el rayo del cielo las cadenas de los esclavos *(Entusiastas aplausos)*. Y si la palabra humana se perdiera, trocada de grande y libre en vil panegirista de los Césares, ¿qué habia sido de la historia? Lo primero que nos aflige al considerar este tiempo es la historia, lo que se ha llamado la historia augusta. Todavía se comprende que calle la palabra: pero no se comprende, no se puede comprender que calle la conciencia. Contemplad la historia de estos tiempos. Roma, pobre en su orígen, grosera en sus mithos, feroz en aquella su primitiva vida de luchas y depredaciones, enemiga de la filosofía, incapaz de pulsar una lira tan delicada y armoniosa como la lira griega, distinguíase

de todos los pueblos anteriores, de todas las naciones que la habian precedido, por su sentimiento de justicia y de derecho, y como consecuencia de este sentimiento, por su historia, que es como la conciencia de su justicia y de sus providenciales destinos, por su historia, género en que ha sobrepujado á su maestra la Grecia; pero cuando llega á esta época, cuando los mártires llaman á las puertas de sus templos que se bambalean, y los bárbaros á las puertas de su imperio que cruge; cuando el ideal romano se apaga en un lago de sangre, no hay en su historia aquel acento épico de Tito Livio, que es como el cántico de las legiones vencedoras, ni aquellas ideas levantadas de Salustio que son como el exámen de conciencia de una sociedad, ni aquellas sentencias de Tácito, última protesta contra el envilecimiento, no, porque, ora nazca de que la administracion es un secreto, ora de las contínuas guerras, ora de la raíz de todos los males, de la servidumbre, lo cierto es que si para cada uno de aquellos bárbaros hay un historiador, si Conmodo, Caracalla, Heliogábalo, Valente tienen sus Trebelios, Lampridios y Herodianos, en el ánimo de estos historiadores no hay patria, no hay humanidad, no hay justicia, no hay una lágrima para los grandes dolores ni una voz de reprobacion para los grandes crímenes; y así todos cuentan la inmolacion de tantas víctimas, la muerte de tantos pueblos, aquella muerte de que se alimentára el Imperio lo mismo que el carnicero cuenta las ovejas que ha de-

gollado en un dia, cual si la esclavitud hubiera apagado en ellos la última luz que se apaga en la vida, la luz de la conciencia. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

Es necesario que nos acerquemos, que toquemos con nuestras propias manos, que veamos con nuestros mismos ojos aquella universal decadencia, para que aprendan los poderosos á huir de la injusticia y los pueblos á huir de la esclavitud como de la muerte. Es necesario ver cómo desaparece, cómo se descompone en este grande oleage de hechos el ideal romano y con el ideal romano la conciencia y la vida de Roma. En el Imperio habia dos ideas, una positiva, otra negativa, una de oposicion á la sociedad antigua, y otra de formacion de la nueva sociedad. La idea negativa consistia en destruir el privilegio en destrozar las antiguas familias patricias, sobre cuyas espaldas descansaba la antigua sociedad. La idea positiva consistia en elevar al trono los representantes de todas las razas, desde el ibero al galo, desde el galo al sirio, desde el sirio al godo; y poner piedra sobre piedra en las ciudades destrozadas por el genio feroz del patriciado como Corintho y Cartago; y uniformar la administracion para que el Universo se rigiera por una sola ley; y abrir el Senado á todos los magistrados, y el ejército á todos los guerreros, y las doce tablas á todas las ideas, y los grandes honores á todos los hombres; y emancipar progresivamente todos los pueblos de sus dioses bárbaros, de sus leyes ciclopeas; y convertir poco á poco el estado

guerrero, y por consecuencia violento de la humanidad en estado agrícola y por consecuencia pacífico; hasta que abolido el privilegio de ciudadanía por la constitucion antonina, y el derecho quiritario escrito por la lanza del guerrero tinta en la sangre caliente del enemigo sobre el campo mismo de batalla, abolidas estas formas del antiguo privilegio; el edicto perpétuo va elaborando el derecho comun, el derecho natural, que es la trasustanciacion del alma de Roma por las ideas de todos los pueblos, y su comunicacion misteriosa á toda la humanidad. *(Estrepitosos aplausos.)*

Pero este gran prodigio de dinámica social se personificaba en un hombre, en el César, y esta personificacion tenia todos los males del despotismo. El viejo ideal romano, en cuya presencia temblaban las naciones, era una sola personalidad, alzada en la cúspide del mundo, una sola personalidad que era senador, tribuno, dictador perpétuo y universal; y su palabra, que el Pretor recojia, formaba el derecho, y su brazo; sus legiones vencian en los cuatro puntos del horizonte; y su sombra representaba la majestad del pueblo, y su alma el refugio de la libertad, y sus labios el oráculo de la religion, y su voz la voz de las generaciones romanas; de suerte que hijo y padre á un mismo tiempo de Roma, como la universal adulacion le llamaba, tenia en sus manos el destino de todas las naciones; favorecia á un pueblo y lo llenaba de monumentos grandiosos, aborrecia á otro y lo borraba de la tierra; en un dia de tristeza mataba cien

patricios, y en otro de alegría trescientos gladiadores; á una señal suya se desenvainaban un millon de espadas hambrientas de matanza, y por un paseo suyo perdian la vida muchas generaciones; y con todas estas facultades, con todos estos poderes que le embriagaban, se creia superior á los demás hombres; y como todos los que se creen superiores á los demás hombres desertaba de la humanidad; y allá en su soberbia, en sus vértigos divinos, iba á buscarle el puñal del asesino; porque en esos imperios donde el pensamiento calla, no hay más manera de oposicion que el tiranicidio; y como la oposicion á lo presente que es el deseo de mejorar, el afan de progresar, deseo afan innatos á la sociedad como al corazon la esperanza, deseos afan sin los cuales no viviria ni un momento; como la oposicion en esos imperios no se funda en las leyes de la naturaleza humana, en la libertad del pensamiento, en la libertad de la palabra, se tuerce, se corrompe, y toma la abominable naturaleza del crímen, que viene á herir la altiva frente de los conculcadores del derecho (*Ruidosos y prolongados aplausos*). Así, Señores, el dogma de todos los publicistas de los siglos décimo sesto y décimo séptimo era el regicidio. Y así en esta Roma imperial en que el César se creia un Dios, de más de ochenta emperadores solo diez mueren en su lecho, como para mostrar al mundo cuán impotente es la omnipotencia de los soberbios. *(Aplausos.)*

Estudiando, Señores, el imperio, lo primero que echamos de ver es el Impulso de los hechos, la fuerza

dialéctica de los acontecimientos, la lógica viva, real de la historia. Los hechos se encadenan en el tiempo y en el espacio, como si los dictára un solo espíritu, como si los escribiera una sola mano. El Imperio se organiza y triunfa por el trabajo colectivo de las generaciones más que por el impulso de una sola voluntad. Lo que más admira es que estando todo el mundo esclavo, las fuerzas de los esclavos lo hacen todo; y siendo un solo hombre libre, este hombre libre nada hace. Y no creais que solo se asientan mónstruos en el trono de Roma, no. Hay allí hombres que merecerian haber vivido en los mejores tiempos de la República y contar historiadores como Plutarco. Hay hombres que tienen toda la severidad de costumbres de los Camilos, de los Gracos, de los Escipiones, de los más grandes guerreros, y más grandes tribunos de la República Romana. Pero, Señores, como observan Guibbon, Guizot y otros historiadores que no son demócratas como yo, y que por consiguiente no tienen tanto motivo para quejarse de los escesos del poder, ¡cuán funesto don es el despotismo aun para los mismos que lo egercen! Aquellos hombres que se levantan como en personificacion de toda la humanidad sobre la cúspide del mundo; que tienen bajo su manto imperial toda la tierra; que creen que el sol es como un topacio engarzado en su diadema; que ven todos los pueblos en el polvo como inmensa turba de esclavos y todos los ejércitos aguardando una señal suya para lanzarse al combate como inmensa turba de gladiadores;

que tienen templos y altares, y holocaustos, y sacerdotes como los dioses del Olimpo; aunque hayan heredado virtudes cívicas superiores á las que tuvieran los primitivos romanos, sienten tristeza infinita, desaliento inesplicable como si el poder absoluto les envenenára el alma *(Aplausos)*. Como observa un gran escritor, jamás ofrecieron los anales del mundo una série de hombres más grandes tocados de una impotencia más incurable; un Vespasiano debelador de Oriente que muere como un misántropo; un Tito, delicias del género humano, que se consume de tristeza; un Antonino Pio en quien el mundo cree ver, tantas eran sus virtudes, un santo y en quien la historia no ve más que un escéptico; un Marco Aurelio que vive en las ideas de la moral más pura y muere en brazos de la desesperacion más triste; un Septimio Severo que despues de haber vencido á los bárbaros, despues de haber interpuesto su pecho como un gran escudo entre la irrupcion de estos pueblos y Roma, despues de haber humillado la soldadesca que quiere mandar en el Imperio, pide, segun nos cuenta Herodiano, un veneno para estinguir la vida que le abruma; un Probo que deseaba que el Imperio no hubiera menester ni ejércitos ni tributos, y que incapacitado de realizar estas reformas se clava en el vientre las lanzas de sus guardias; un Decio que corre á las orillas del Danubio y obliga á retroceder á los godos á sus desiertos retardando la inevitable caida de Roma, y se desespera al ver que pudiendo salvarla de sus enemigos

no puede salvarla de sus vicios; un Aureliano que intentaba cauterizar las llagas sociales del Imperio, y se abrasaba el corazon, y decia: «Hasta los dioses me abandonan;» un Diocleciano que hace el postrer esfuerzo para salvar aquella sociedad, y se desciñe por último la túnica de los Césares que le oprime como si tuviera una serpiente enroscada al cuerpo; todos grandes hombres, pero todos consumidos por los mismos grandes dolores; como si el Imperio que era para los Césares protervos ocasion de aumentar sus crímenes, no fuera para los Césares grandes y justos más que ocasion de perder sus virtudes: que la corona universal, lejos de engrandecerles ¡ay! los aniquilaba cual si tuvieran sobre el cerebro la inmensa pesadumbre de la tierra. (*Repetidos y prolongados aplausos.*)

Pero ¿dónde estaba la salvacion del mundo? ¿Podia por ventura alcanzarla aquel Senado que los Césares no querian suprimir, aquel Senado que era como la corona de la tierra? No, no. El Senado que fué el gobierno aristocrático no quiso más libertad que aquella que no dañase á sus privilegios, y abominó siempre del santo principio de igualdad. Y cuando el principio de igualdad debió triunfar para que el espíritu de Roma se comunicára al mundo, como se opusiese el Senado, tuvo que sufrir el destino reservado á todos los poderes opuestos á un gran principio humanitario, la muerte. El principio de igualdad no triunfó por la libertad, triunfó por la dictadura. Esta dictadura abominable mató á Roma, pero no resu-

citó al Senado. Se pasma la mente, se confunde al contemplar lo que fuera aquel Senado en otros tiempos y lo que habia venido á ser en estos últimos dias del Imperio. Aquella asamblea de reyes que, al penetrar los galos en la acongojada Roma, parecian estátuas sentadas en sus sillas curules con las fórmulas del derecho en los labios; que, en dias de angustia, vendieron el terreno donde acampaba Annibal despues de Cannas, para enseñar á Roma á no estremecerse ni temblar bajo la espada del hijo del desierto; que, en la cumbre del poder, mandaron borrar Cartago de la tierra, y fué borrada como una letra de una tablilla; que enviaban sus feciales á todo el mundo y todo el mundo se aterraba, pues habian triunfado de Jugurtha, el Africa, de Perseo, la Grecia, de Mitridates, el Asia, de Antioco, de Annibal, los más grandes guerreros de la antigüedad; aquella asamblea de reyes, decia, que se veian alojados como dioses en el templo de la Concordia, cuando sus deliberaciones tenian por objeto á Roma, y en el de Marte cuando tenian por objeto la guerra, y en el de Apolo cuando recibian las embajadas de todas las naciones; custodiados por sus cuarenta lictores, convocados por los augurios, bendecidos por los oráculos, saludados como imágen viva del derecho; despues de César, no pudieron ó no supieron dirigir á Roma, y degeneraron tristemente; y si bien les fué dado en algunas ocasiones posteriores recobrar su poder, cuando Neron, por ejemplo, cayó del trono, y fué á sentarse el viejo

patricio Galba, cuando, muerto Othon, la Ciudad Eterna se quedó sin dueño, cuando los últimos republicanos, los estóicos, recogieron del polvo el cetro de los Césares; no acertaron á ser enérgicos, se dieron á controversias estériles, desplegaron sus labios tan solo para adular al César, temieron que la resurreccion de la libertad trajese á la arena de Roma al antiguo pueblo, con mayores brios, con mayor afan de derechos; y vendida así su dignidad al que más la pujaba, no supieron recobrar su poder, hallándose destinados, como todas las asambleas corrompidas, á fiarse de la espada de un hombre que se clavaba en sus corazones; hasta que un dia eternamente triste, eternamente llorado por la historia, despues de cinco siglos de envilecimiento, no tuvieron más remedio que vender la estátua de la Victoria, el númen de su derecho, á los hambrientos bárbaros y enterrarse ¡podridos, gangrenados! entre las ruinas de Roma. *(Entusiastas aplausos.)*

Bien es verdad que el Senano se reclutaba en la aristocrácia y la aristocrácia se habia perdido. Yo, Señores, no sé si habreis notado las fases por que pasan todas las aristocrácias. En todas hay tres momentos capitales. En el primer período de vida social son aristocrácias teocráticas, en el segundo período son aristocrácias guerreras, en el último período aristocrácias propietarias. Lo sobrenatural sostiene á las aristocrácias teocráticas, la fuerza á las aristocrácias militares, la riqueza á las aristocrácias propietarias. La aristocrácia ro-

mana, tuvo estas mismas trasformaciones. En tiempo de los reyes fué aristocrácia teocrática y fundó sus títulos en sus auspicios y en sus augurios. Desde Bruto hasta la guerra social fué aristocrácia guerrera, y presentó por único título su espada. Desde la guerra social hasta César su poder se levantaba sobre su propiedad, sobre su riqueza. Notad lo mismo en los tiempos modernos. Desde el siglo quinto al décimo, la aristocrácia está en la Iglesia. Del siglo décimo al décimo quinto en el campo de batalla. Del siglo décimo quinto al diluvio de la revolucion la aristocrácia se refugia en sus propiedades alodiales. Pues bien, Señores, la aristocrácia teocrática piensa, la aristocrácia guerrera lucha; pero la aristocrácia propietaria, puramente propietaria, goza y muere, porque el placer es el veneno corrosivo de la vida. Cuando veais una clase que es feliz porque no piensa, feliz porque no lucha, feliz porque no trabaja, no la envidieis, compadecedla, porque su felicidad es la felicidad de la muerte *(Aplausos)*. Y á este triste estado habia venido á parar la aristocrácia romana. Los aristócratas eran ricos, muy ricos, y pasaban la vida en aquellas casas de inmenso vestíbulo, de puertas de cedro, de pátios corinthios, de pavimentos de mosáico, de átrios de mármoles de todos colores, donde corrian claras y abundosas fuentes, de paredes pintadas al fresco y cubiertas con figuras de hombres coronados de yedra, ó de hermosos cuerpos femeniles terminados en colas de delfines y serpientes; casas pobladas de estátuas, de

pajareras donde cantaban ruiseñores ciegos, de jardines, de baños; especie de cárceles doradas donde los señores de la tierra, mudos para la tribuna de los Rostros, incapacitados para las escursiones de la guerra, impotentes para sacudir el yugo del despotismo, derraman lágrimas por la libertad sin estar dispuestos á derramar por la libertad su sangre; y se consuelan de la pérdida del Senado en brazos de sus domésticos que los llevan del lecho al baño, del baño á la biblioteca, de la biblioteca al triclinio, del triclinio á quemar algunos granos de incienso ante el busto del César, de aquí al teatro, del teatro al Circo, del Circo al foro; donde recostado en el pedestal de la loba de Rómulo, sin curarse del sepulcro de Escipion que está enfrente, de Escipion que sin duda les reconviene por no haber sabido morir antes que perder sus privilegios, saludan á su turba de cortesanos que se compone del guerrero que le custodia, del gladiador que pasa perseguido por los ahullidos de la muchedumbre, del farsante que le tira de la toga para que le de algunos sestercios, del sacerdote que le reclama ofrendas para los dioses, del poeta epigramático que se burla de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; turba de aduladores que huye cuando el César, en un instante de mal humor envia á los patricios á la muerte porque desea sus riquezas, tal vez para pagar á una de sus mancebas un minuto de placer: que así castiga la sociedad con la lógica inflexible de los hechos á los que prefieren la vida de un dia á la libertad que

es la vida del alma. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Las riquezas de la aristocrácia fueron la causa principal de su perdicion. Los muchos metales de que podian disponer, atrageron sobre su frente el rayo de las venganzas cesáreas. La propiedad, la inmensa y feraz propiedad italiana fué toda en sus manos. Y como siempre que la propiedad se amortiza en pocas manos, fué completamente infecunda. Los patricios tenian territorios inmensos pero incultos, porque no los fecundaba el sudor del trabajador, lluvia más benéfica aún que la lluvia del cielo. De esta suerte sus propiedades eran como la lepra que devoraba á Italia, convirtiéndola en desolado desierto. El pueblo se moria de hambre, ó estaba atenido á los repartimientos gratuitos de trigo, cuando ante sus ojos se estendia un campo yermo que demandaba cultivo, para compensarlo en sabrosos frutos. La codicia de la gente rica era tal y tanta que no se contentaba con poseer toda la Italia, y poseerla para esterilizarla, sino que acudia tambien á disputar al pobre la limosna de trigo que tomaba á la puerta de la Annona. La manera de cometer esta iniquidad es más vergonzosa aún que la iniquidad misma. Emancipaba sus esclavos, y ya emancipados pertenecian al proletariado y tenian derecho de reclamar racion de trigo; mas por libertos de los patricios tenian deber de depositar ese trigo á las plantas de sus amos. Y los patricios lo recogian avaramente, porque sus propiedades inmensas al mismo tiempo que no les daban ningun rendimiento,

se disipaban como nube de humo en sus orgías. Así es que la inmensa propiedad perdia á Italia. *Latifundia perdidere Italiam*, decia Plinio. Pero tambien perdian á los patricios, porque la política iniciada por César, y organizada por Tiberio, consistia en despojar por las confiscaciones á la nobleza de sus propiedades, en nivelar las fortunas, y en contribuir con el préstamo sin interés á despertar el amor al trabajo en el pueblo todo á costa de la aristocrácia constantemente perseguida é inmolada en aras del cesarismo.

Y la clase media que podia suceder á la aristocrácia estaba en peor estado, en más grande abatimiento. Su decadencia venia de antiguo, del principio de las guerras sociales. Los ciudadanos eran sacrificados en casi todas las revoluciones. Trescientos murieron con Tiberio Graco, tres mil con Cayo, mil seiscientos fueron proscriptos por Sila, innumerables por los triunviros que llegaron á despoblar hasta diez y ocho florecientes ciudades italianas, poniendo tambien aleve mano sobre la propiedad con tan inaudita audacia, que aquellos hermosos campos que aún quedaban florecientes en algunas regiones de Italia, se vieron depredados como tierras de conquista, y trasmitidos de mano de los trabajadores que los llenáran de viñedos, de olmos, de trigo, á los veteranos, ociosos, incapaces de uncir los bueyes, y manejar el arado, porque las orgías de una guerra horrible los habian inhabilitado para los duros pero santos deberes del trabajo.

Pero ¿existia, por ventura, el postrer refugio de la libertad, existia el pueblo? La verdad es que tampoco quedaba el pueblo en aquella gran decadencia. El pueblo se habia corrompido como todo. Pero ¿quién tenia la culpa de su corrupcion? El patriciado, la nobleza, que le habia enseñado que todo derecho estaba en el oro, que toda justicia estaba en el oro, que todo, hasta lo más sagrado podia comprarse y venderse por oro. Los gobiernos consagrados al culto del becerro de oro, los que venden por dinero todo derecho, los que abren al dinero solamente las puertas de los comicios, los que conceden al dinero la facultad de pensar, la facultad de escribir, esos gobiernos materialistas no deben estrañarse de que la sociedad deduciendo las consecuencias encerradas en las premisas de sus ideas, olvide que existe el alma y la conciencia, y se degrade y crea que vale más el oro que la conciencia y el alma *(Aplausos prolongados)*. Señores, y es necesario pensar en tan grave mal con madurez, porque nuestras escuelas doctrinarias con esta apoteosis del oro han aniquilado las muchedumbres liberales, democráticas, y las han sustituido por muchedumbres comunistas. (*Aplausos*). El cesarismo de hoy se parece al cesarismo romano, tiene los mismos caractéres y acaso esté llamado á los mismos destinos. Meditadlo bien, meditadlo, vosotros los que aún podeis salvarnos. En la historia romana se encuentran ejemplos que deben servirnos de enseñanza. El patricio al comenzar la historia romana creyó que le sería permitido

resucitar la casta del Oriente. Ignoraba que el soplo de Grecia habia pasado ya por la conciencia humana, despertando hasta en las clases inferiores confusos sentimientos de libertad y de igualdad. Sin embargo, entre el patricio y el plebeyo mediaba un abismo. El primero era la concentracion de todos los derechos, el segundo era la concentracion de todos los deberes. Pero el plebeyo no tolerará por largo tiempo la dura cadena de su esclavitud. Un dia abandona la sociedad y muestra á los soberbios que la sociedad descansa sobre los hombros de los plebeyos, que la sociedad puede vivir sin patricios, pero no puede vivir sin pueblo *(Aplausos)*. De esta grande energía nace el primer pacto entre los plebeyos y el patriciado. El tribuno se sienta á las puertas del Senado y puede ya interponer su veto, especie de libertad negativa, que es sin embargo el gérmen primero de la libertad verdadera. De aquí el pueblo se levanta á los comicios, á las magistraturas, al *jus connubium*, y á escudriñar las fórmulas de jurisprudencia veladas antes á sus ojos como indescifrable jeroglífico. ¿Quién le cerrará el paso á la victoria? Sabe hacer valer su derecho, se ciñe el manto de los comicios, manda las legiones, puede poner sus manos en el ara de los dioses, y ve las puertas del Campo de Marte abrirse en su presencia, para que sea causa de derecho, legislador en los comicios por tribus. Pero ¿qué sucede en los momentos en que una gran tempestad se estiende sobre Roma, y cae una lluvia de sangre sobre sus campos? Sucede que el

pueblo se ve burlado en sus derechos, porque sus derechos no le sirven, no le valen. Y no le sirven y no le valen porque no tiene oro: que solo á los ricos se concede en aquella sociedad materialista la libertad y el egercicio del poder, y el derecho no está en el alma sino en las tablas del censo. Del seno de esta gran injusticia se debia levantar una gran protesta. Surge Tiberio Graco y muere á manos de la aristocrácia; le sigue Cayo Graco y muere tambien desgraciadamente; viene Saturnino y la aristocrácia le apedrea; viene Druso y la aristocrácia ahoga su voz; se levanta Mario que habia salvado á Roma y la aristocrácia le desprecia; se levanta Catilina y la aristocrácia lo calumnia, y lo sacrifica; y entonces, cuando entre las olas del movible mar de los hechos se levanta el hombre del genio, el hombre del destino, César, tribuno como Tiberio, humanitario como Cayo, audaz como Druso, guerrero como Mario, demagogo como Catilina, pero más grande, más sublime que todos ellos, porque trae un genio en su mente, y una idea brillante como la estrella de su genio, el pueblo que lee el secreto de su grandeza en la frente de sus elegidos, le entrega su libertad en cambio de venganza, terrible venganza que dura cinco siglos, y que atormenta á la aristocrácia, machacando su cabeza sobre aquellos campos, sobre aquellas propiedades, á las cuales habia sacrificado la libertad y la justicia. *(Estrepitosos aplausos.)*

Aquel pueblo aleccionado por las malas doctrinas de

sus gobernantes que le enseñaban á anteponerlo todo á la libertad; acostumbrado á tener en poco sus derechos que le compraban á vil precio los nobles y en mucho el pan de cada dia y el Circo y los juegos; ocioso, porque los grandes propietarios convirtieron las tierras de la branza en tierras de pasto para no haber necesidad de su trabajo; malhallado con ir ¡pobre cliente! á la puerta de sus patronos, al amanecer, á recibir una mordedura del perro de la casa, un insulto del portero, á llamar á su señor rey, nombre odiado siempre de los romanos, para llevarse en cambio en la gran cazuela que le ponian sobre la cabeza los restos de la comida del dia anterior, mezclados con las mondaduras de las frutas y hasta con los resíduos del aceite de las lámparas; y deseando sacudir tan opresor patronato nunca fundado en el respeto debido á todos los ciudadanos; se entregó al César, al emperador, que si no le daba libertad, en cambio tenia una flota para proveerlo de trigo, cuyo arribo era objeto de festejos públicos; y tributarias de su hambre Córcega, Cerdeña, Sicilia, el Africa, la Bética, el Egipto; y abierto al pié del Aventino, la montaña de las tempestades, de la libertad, el trono plebeyo, un depósito de trigo llamado Annona, que tenia un prefecto y cuatro magistrados para su mejor gobierno; depósito á cuyas puertas se agolpaba el pueblo, despues de haber recibido su inscripcion en un sitio que se estendia entre los teatros de Balbo y de Pompeyo, depósito en el cual estaba librada la autoridad de los Césares, de-

pósito que alimentaba al pueblo pero que tambien lo envilecia *(Aplausos)*; no de otra suerte que la sopa de nuestros conventos envilecia á esta raza de reyes mendigos de que se componia el pueblo español en tiempos del absolutismo, reyes hambrientos del Perú, de un nuevo mundo no menos grande y más rico que el mundo del pueblo romano, y que se contentaban con aquella pobre comida, con cuyo recurso ni siquiera necesitaban fundar una familia, y dejaban yermos, desolados los campos que heridos con la vara milagrosísima del trabajo, hubiéranle dado lo que nunca tendrán, nunca, los pueblos ociosos, la libertad y la independiencia de su vida. *(Entusiastas aplausos.)*

He nombrado el trabajo. ¿Si? Pues he nombrado la llaga incurable de la sociedad antigua. Por el trabajo se destruia, por el trabajo espiraba. O mejor dicho, se destruia, espiraba por falta de trabajo. Aquellas gentes creian que el trabajo es un castigo, que el trabajo es un dolor, que el trabajo es una degradacion. Señores, el trabajo, la actividad infinita del espíritu, que hace del hombre el vencedor de la naturaleza sin necesidad de mancharlo de sangre como la guerra; que inspira religioso culto al planeta de cuya sustancia son los filamentos de nuestras carnes los átomos de nuestros huesos; que sostiene pura la vida; que trasforma los séres inanimados imprimiéndoles el sello de nuestra idea; que domeña el fatalismo de la materia levantándola con el impulso de nuestra libertad; que es en la naturaleza moral

como la ley de la armonía en el mundo físico; que habiendo recibido campos incultos y cubiertos de espinas los ha hecho hermosos y fecundos; que ha abierto las selvas con su hacha, y allanado los montes para ofrecer caminos triunfales á los pueblos; que ha levantado sobre el tallo la dorada espiga, y unido los continentes, y domado los mares, y deshilado las plantas para vestir la humana desnudez, y convertido las tablas en cuadros, los mármoles en estátuas, y aprisionado el rayo, y hecho el relámpago humilde mensajero de nuestra palabra, que, perfeccionándola, fecundándola, ha elevado la tierra como una hostia sagrada en el misterioso altar de los espacios á Dios, más digna de la grandeza de su Creador que en los primeros dias de la creacion, porque despide como nueva luz de sí los rayos del inmortal espíritu del hombre. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

El mundo antiguo, Señores, no podia salvarse porque no creia en la virtud del trabajo, porque despreciaba el trabajo. El único oficio que creia digno era la guerra, la esplotacion del hombre por el hombre, y no la esplotacion de la naturaleza por el hombre. De su menosprecio por el trabajo nacia la necesidad en que estaba de abandonar el trabajo al esclavo. Y como le abandona el trabajo, que es la vida de la sociedad, puede asegurarse que le abandonaba la sociedad tambien. Cuando veo en aquella Roma un César hastiado en el trono, una aristocrácia hastiada en sus palacios, un pueblo hastiado en el foro; y veo que ni César, ni aris-

tocrácia, ni pueblo trabajan, los considero destinados á la muerte. Cuando veo el esclavo que trabaja, presiento que el esclavo es el heredero de aquella civilizacion, el rey que se levantará sobre las ruinas del Capitolio. Por eso creo que la civilizacion moderna que tan grande culto presta al trabajo no está destinada á perecer como creen nuestros elegiacos neo-católicos (*Risas*). Los golpes del trabajo me anuncian que no puede morir una sociedad que está continuando la obra de Dios. Pero no sucede lo mismo en el seno de Roma. Allí el trabajo no existia. Allí no habia más trabajador que el eterno proscripto de la sociedad, el esclavo. Así el dia en que fuese preciso que la esclavitud se acabara, no era posible que aquella sociedad continuase. El mismo elemento de que recibia vida era su muerte. Acercaos, Señores, acercaos conmigo á las gemmonias, acercaos con el corazon lleno de compasion y de dolor á aquellos abismos, porque los infelices que allí padecen son vuestros padres, vuestros progenitores, vuestra estirpe; la codicia romana los ha arrancado por la piratería, por la guerra á la patria, al sagrado suelo á que se agarran las raíces de la vida, los ha arrancado al hogar, al seno de una madre, á los brazos de una esposa; los ha llevado á la ciudad y los ha espuesto á las puertas de las tabernas ó á las puertas de los templos, desnudos, sin respeto al pudor innato en la naturaleza humana, los ha vendido por algunos sextercios á un señor, que los tiene por más viles que sus perros de caza; y los encierra en profun-

dísimos calabozos, donde se palpan las tinieblas; y les da menos alimento del que necesitan, de suerte que están eternamente hambrientos; y los abofetea y los escupe para desahogar su ira; y les rompe los dientes con un martillo; y los azota con espinos; y los manda á trabajar desnudos al campo sin más racion ni más alimento que las frutas que puedan recoger de los árboles; y los espone al sol en una horca; y despues de haberles hecho pasar esta vida de amargura, de dolores infinitos, en que no hay ni amor, ni consuelo, ni familia, ni esperanzas religiosas; los descuartiza para alimentar los peces de sus estanques; ó los abandona en las orillas del Tíber, si inútiles, á la voracidad de los perros y de los cuervos; ó los lleva al espoliario de los gladiadores, donde espiran asfixiados por las miasmas de la corrupcion y de la muerte, maldiciendo á Roma, que cree, como creen siempre los privilegiados, que sin estas grandes injusticias no puede ser su vida cuando por estas grandes injusticias va á sufrir desastrosa muerte. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

Sí, sí. Ved, Señores, cómo castiga el esclavo á los mismos que lo esclavizan y que por fin van á necesitarlo para todo. El esclavo es maestro, preceptor en la casa, y mata los sentimientos de dignidad en el ánimo de sus discípulos; el esclavo hace imposible la familia porque el jóven halla en brazos de sus esclavas la satisfaccion de los sentidos y para nada necesita la satisfaccion de su alma enterrada en el sepulcro de su cuer-

po; el esclavo imposibilita el matrimonio ofreciendo constante incentivo á la barraganería y al concubinato; el esclavo ofende la moral pública esponiéndose desnudo en el teatro, pues no le está permitido el pudor como no le está permitido á las bestias; el esclavo es el instrumento de todos los vicios y de todos los crímenes, porque quien no tiene libertad no tiene responsabilidad, y quien no tiene responsabilidad no tiene ley moral, y quien no tiene ley moral no tiene virtud; el esclavo guarda aquellas inmensas propiedades, aquellas latifundia de los patricios arrancadas al cultivo y convertidas en praderas donde no es necesario el agricultor, porque Caton les ha dicho que vale más el pastoreo que el cultivo, puesto que exige menos brazos, y que es preferible el trabajador comprado y reducido á trabajar por fuerza, al trabajador libre, voluntario, retribuido; errores cuyas consecuencias se sienten, se tocan todavía en aquellas campiñas romanas, las más hermosas, las más fértiles de Europa en otro tiempo, y despues, ¡triste fruto del trabajo esclavo! emponzoñadas por sus marismas, por sus lagunas pontinas, que envian sus venenosos miasmas al Capitolio, á las puertas del Vaticano, miasmas que parecen las exhalaciones que los cuerpos de los esclavos allí inmolados mandan á su eterna señora, á Roma; como si una injusticia persiguiera á generaciones de generaciones con su sombra, para enseñar eternamente que esas clases inferiores, esos gusanos que los poderosos del mundo desprecian y aplas-

tan, pueden acabar con los más altos imperios, porque colocados en las bases de la sociedad roen y destrayen sus cimientos *(Aplausos)*. Así es que si preguntais qué significa filosóficamente considerado el Imperio, social y humanamente considerado el divino Cristianismo, os responderé que significan la reaccion del mundo contra el dominio de Roma, y la reaccion del alma del esclavo contra el patriciado. Por el Imperio los vencidos se apoderan de las magistraturas, las razas enemigas de Roma ocupan su trono, y la gente de orígen servil inunda las plazas de la Ciudad Eterna, aguardando su libertad. Y esta reaccion es mayor en la esfera religiosa. El mesianismo es una esperanza que ha nacido al son de las cadenas, en pueblos cautivos, es la religion del esclavo; y Cristo que es el ideal de los hombres por su vida y por su muerte, es muy especialmente el ideal del esclavo; es un vencido de Roma; es un pobre, que no tiene una piedra donde reclinar su cabeza; es el hijo de un artesano; es el misionero divino, que predica la igualdad religiosa, gran necesidad del esclavo; es el consuelo de los que padecen, de los que lloran; es el que ha venido á exaltar á los humildes y á consolar á los desgraciados; es el que va á elevar sobre el Capitolio y sobre la corona de los reyes, la Cruz, el patíbulo del esclavo, la Cruz, por la cual habia corrido antes la sangre de los Espartacos, la Cruz, que al convertirse en el lábaro del Imperio, lo destruye, lo arruina; pero salva á los infelices menospreciados y vendidos, que rom-

pen las cadenas religiosas y sienten nacer su alma, y esperan llevar ceñidas á sus sienes, heridas y destrozadas por el látigo de los señores, una eterna corona de estrellas en el cielo. *(Estrepitosos aplausos.)*

El Imperio y el Cristianismo coadyuvaban al mismo fin, Señores, aunque por distintos medios. El esclavo debia matar á Roma para mostrar que todas las sociedades perecen por sus injusticias. Ciceron decia: *quod servi, tot hostes*; cuantos siervos, tantos enemigos. Y mientras la gente de orígen libre moria, la gente de orígen libre diezmada en las guerras sociales, en las guerras civiles, en el Imperio, la gente de orígen servil se aumentaba en tales términos que hubo que prohibir que vistieran su trage para que Roma no pareciese una inmensa ergástula, rebosando esclavos. La maldicion que un dia estos séres desgraciados arrojáran sobre Roma iba á cumplirse. Sus hijos, sus descendientes se agolpaban á las orillas del Rhin y del Danubio, para tomar de la señora de sus padres la más terrible y las más sangrienta de las venganzas. El esclavo habia sentido mil veces el peso de los grillos en sus piés, el peso de la argolla en su cuello, y la afrenta del estigma en su frente. Su dolor era inmenso, su desesperacion no tenia límites, porque ni siquiera terminaba más allá de la tumba. Este dolor inmenso del esclavo se hizo hombre, y se llamó Espartaco. Numida de raza, tracio de nacimiento, llevaba en sus venas la sangre de las gentes que Roma habia esclavizado con mayor crueldad. Veni-

do á la Ciudad Eterna fué destinado al más bajo y terrible de los oficios, al de gladiador, y alimentado de manera que tuviese mucha sangre que verter sobre la arena del Circo. Acostumbrado á los desfiladeros de sus patrias montañas, al aire libre que agita sus selvas, á la vida de cazador, á errar en los espacios inmensos á su antojo, su cuerpo chocaba en las paredes de su ergástula como el leon enjaulado en los hierros de su jaula, y cada vez que veia el horizonte envidiaba el vuelo del ave y sentia levantarse en el corazon el amor de la libertad. ¡Oh! El esclavo con estos sentimientos demostraba que la esclavitud no es posible sino ahogando el alma que guarda la eterna conciencia de la libertad. Muchas veces en su triste soledad, en sus largas horas de insomnio, aquel hombre que tenia algo de la fiereza de Annibal y de la altivez de Jugurtha en su carácter, pensaba que, dado su destino, tanto le iba en morir sobre la arena del Circo entre gladiadores como en los campos de batalla entre soldados. Al fin la vida de esclavo era mil veces peor que la muerte, y la ergástula mil veces más negra que el sepulcro. Su corazon se levantó á una gran fortaleza; su oscurecida conciencia á la idea de su derecho, y sus brazos á esgrimir contra Roma la espada que Roma le habia confiado para esgrimirla contra los gladiadores sus hermanos en el Circo. La luz de la libertad cruzó por su espíritu como una revelacion celeste, y á su llama se derritieron sus cadenas. Llamó á sus hermanos, les abrió su alma, puso

en sus manos las espadas, y les guió al Vesubio, que no guardaba en sí tanto fuego como amor á la libertad guardaba el alma del esclavo. Al poco tiempo las ergástulas se vieron abandonadas y solitarias y los campos de Italia llenos de siervos que habian convertido sus cadenas en espadas. Espartaco queria dejar á Italia y correr con aquel ejército á su patria para respirar en el aire de sus montañas la santa libertad, primera necesidad del espíritu. Pero los esclavos corrompidos por los vicios romanos, preferian despojar á sus señores de su lujo y de sus riquezas á ganar los montes y en ellos su nativa independencia. Roma que habia vencido á tantos reyes, tembló, vaciló algunos momentos delante de sus esclavos. Más miedo tuvo de Espartaco que de Annibal; porque Espartaco era un eterno Annibal invencible y no podia morir mientras quedase en Roma un esclavo. Así la Ciudad Eterna en aquellos tiempos, que eran los tiempos de Pompeyo, mandó sus primeros generales contra Espartaco. Este héroe, que desde el envilecimiento de la esclavitud se habia levantado á la idea de libertad, peleó, vió caer doce mil de los suyos á su alrededor, todos con la cara vuelta al enemigo; y exánime, sin sangre, agotadas sus fuerzas, hecho una herida inmensa desde el pié á la frente, cubierto de acerados dardos, fué á morir sobre un monton de cadáveres, mártir sublime de la libertad y de la justicia, más digno de ser dueño de la tierra que sus miserables señores *(Aplausos)*. Graco, su vencedor, volvió en triunfo á Ro-

ma, volvió entre diez mil cruces sobre las cuales agonizaban diez mil esclavos, que al exhalar sus almas, laceradas por horribles dolores, las condensaban como inmensa tempestuosa nube sobre la cabeza de Roma. Y en efecto, cinco siglos más tarde, en aquella terrible noche eternamente triste en la historia, cuando los hambrientos soldados de Alarico revoloteaban como cuervos al fulgor de los incendios sobre los muros destrozados, sobre las rotas aras, sobre los mutilados dioses; la antigua Roma, en su agonía, al levantar la última mirada al cielo, debia ver, como la encarnacion viva de sus remordimientos, aquella larga procesion de sangrientas cruces de las cuales descendian como ángeles esterminadores sus antiguos esclavos á aventar á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Todo se gastaba en aquella Roma cuya terrible agonía era el espanto de la tierra. ¿Qué le restaba para salvarse? La guardia pretoriana. ¡Espantoso refugio! Los pretorianos, los militares, la única fuerza de aquella sociedad, su única vida, su último asilo, ociosos y por ociosos viciosísimos; alimentados por el trigo de la Annona; dispuestos siempre á ahullar en el Circo *(Aplausos)*; célibes, y por lo mismo muy idóneos para acrecentar la general inmoralidad; viviendo en una orgía eterna; cargados de deudas que venian de antiguo, pues ya sus predecesores decian en tiempo de Pompeyo que no les quedaba más remedio para redimirse de ellas

que llamar á su protector Sila de los profundos infiernos; violentos por las complacencias serviles con que los trataba el poder; en vez de amparar la sociedad con su escudo y defenderla con su espada, la quebraban con sus violencias, atreviéndose á todo como si fueran dueños de la vida y de la hacienda de todos los ciudadanos; terrible castigo de una sociedad que habia perdido el escudo del derecho, y la fé en el poder de las ideas *(Aplausos.)* Siento mucho, Señores, verme obligado á tratar del pretorianismo, porque no quisiera que se me atribuyese empeño en tratar cuestiones candentes. El pretorianismo es, como sabeis, el mando de los soldados. Aunque el asunto aparezca erizado de espinas, hablaré; ó mejor dicho, hablará la voz de mi conciencia *(Aplausos)*. Yo no soy tan desvariado que quiera una sociedad sin fuerza que la sostenga. La sociedad es como el Universo, y el Universo cuenta con una gran mecánica que sostiene sus infinitos mundos en los espacios. Pero el pretorianismo, el predominio del elemento militar, es el mal de nuestra raza en Europa, es el mal de nuestra raza en América, y debe ser combatido aunque el pretorianismo tenga para ahogar la voz de nuestra razon la voz de sus cañones *(Aplausos)*. He dicho que una sociedad sin fuerza sería un sistema planetario sin mecánica; y ahora digo que una sociedad donde no predominára la razon y su forma social que es el derecho sobre la fuerza, sería como un sistema planetario sin Dios *(Entusiastas aplausos)*. Se pregunta si las armas deben

mandar á las letras ó las letras á las armas. Tratar esto me parece tan escusado como si tratáramos de si en el cuerpo humano debe mandar el brazo en la cabeza ó la cabeza en el brazo *(Aplausos)*. Si el más fuerte es el que tiene más derecho para gobernar, cedamos la corona del mundo al elefante *(Ruidosos aplausos)*. Las sociedades que se entregan al pretorianismo me parecen aquel Beltran del Bornio, habitador de los últimos círculos del infierno del Dante, que llevaba su propia cabeza en las manos, en vez de llevarla donde Dios la puso; sobre los hombros *(Frenéticos aplausos)*. La autoridad que solo se sostiene en el ejército es despotismo *(Aplausos)*. La libertad que viene del ejército, tomada pronto de embriaguez, cae en la dictadura *(Aplausos)*. El ejército está instituido para obedecer, y no para mandar *(Ruidosos aplausos)*. Las lanzas no pueden ser base firme de ninguna institucion durable. Por eso las sociedades donde el ejército instituido para obedecer, manda, están perdidas *(Redoblados aplausos)*. Y como en Roma el ejército mandaba, Roma, Señores, Roma estaba ya perdida sin remedio. *(Aplausos que interrumpen al orador algunos momentos)*. Confieso, Señores, que vuestra, permitidme la frase, vuestra maliciosa penetracion va más allá que mis intenciones *(Aplausos)*. Hablamos de Roma *(Risas)*. Perdido el Senado, cerrados los comicios, destruido todo derecho, borradas las antiguas clases, degradado el pueblo, ahogada la libertad que mantiene pura la vida; el ejército, alentado un dia por el tirano Sila, agasajado por

César, corrompido por Antonio, que despues del combate lo llevaba á la orgía, alojado espléndidamente por Tiberio en magníficos cuarteles alzados en la montaña Quirinal, no lejos del palacio de los Césares *(Ruidosos aplausos)*; cuarteles fortificados formidablemente para ser como una amenaza perenne estendida sobre Roma *(Repetidos aplausos)*; acostumbrado á nombrar Césares por capricho como á Cláudio, ó por dinero como á Galba, ó por placer como á Othon, ú por despecho como á Vitelio; domado un dia por los Antoninos, pero libre al dia siguiente por las serviles complacencias de Conmodo; se vió por fin, despues de la corta reaccion del virtuoso Pertinax, emperador que fué sacrificado por las lanzas pretorianas en premio á sus virtudes, se vió dueño absoluto del mundo, dueño absoluto de Roma; y no sabiendo qué hacer de la corona del Universo, la colocó sobre una almena, la sacó á pública almoneda, y por mil sextercios ofrecidos á cada soldado la vendió, sí, vendió Roma, la conciencia de la humanidad, el templo de todos los pueblos, el ara sagrada de la justicia, porque sin leyes, sin autoridad, sin freno, sin norte, cuando todo poder cayó en sus manos, solo supo comerciar á vil precio con la majestad del Imperio. *(Ruidosos y prolongados aplausos)*

Siempre que se quiera estudiar la decadencia de una sociedad entregada al régimen militar, el ánimo se detendrá ante los últimos dias del Imperio. La indisciplina era la ley de vida de los soldados. Su Dios era su an-

tojo. El donativo el único móvil de sus acciones. Los comicios políticos se habian cerrado pero quedaban los comicios militares. No se discutia en el foro; pero se discutia en el cuartel. Los jefes de los pretorianos se asentaban entre los jueces. El prefecto del Pretorio era la primera autoridad de Roma, la cabeza del consejo de los Césares. Estos no se curaban de refrenar las tropas, sino de contentarlas; porque las tropas los habian alzado al trono con sus escudos, y podian derribarlos del trono con sus espadas. Sin familia; casi sin patria, porque muchos de ellos eran estranjeros; sin dioses, puesto que la conciencia de la sociedad espiraba, iban los pretorianos á Roma como á una bacanal, como á una orgía. Aunque célibes, Cláudio les concedió los derechos de los padres de familia, y más tarde Septimio Severo les permitió que se casaran. A todo se atrevian creyendo que todo cuanto les era posible les era permitido. Los propietarios habian sido despojados por ellos, y las tierras por ellos esterilizadas. En los confines del Imperio tenian tambien grandes territorios que al momento quedaban yermos bajo sus manos de hierro. Su paga crecia á medida que crecian sus desórdenes. Un ilustre economista ha calculado que el soldado romano costaba treinta y cinco céntimos diarios durante la República, setenta desde César á Domiciano, ochenta y cinco y más aún desde Domiciano á los últimos dias del Imperio. Y á esto hay que agregar el alojamiento, el vestido, la armadura, las recompensas estraordinarias, los jue-

gos y festejos, y el trigo, la carne, el vino con que de contínuo entretenian los Césares el hambre de aquellas fieras para que no devorasen el Imperio. De suerte, Señores, que el soldado era el rey de Roma levantado sobre la cima del Capitolio. Vosotros los que todo lo fiais á la fuerza, entended que el soldado era á un mismo tiempo el rey y el verdugo de Roma. *(Apiausos.)*

Semejante gobierno, Señores, necesitaba oro, muchísimo oro. Vespasiano anunciaba al mundo asustado que Roma habia menester para sostenerse cuarenta mil millones de sextercios anuales, cerca de diez millones de reales, De aquí nacian aquella inmensidad de tributos que no pueden mencionarse; que mi memoria no puede repetir aquí; el cánon frumentario para alimentar al pueblo; la contribucion territorial directa que se llevaba la quinta parte de la renta; el diezmo sobre todas las especies; impuesto sobre las minas cuando no se las quedaba el emperador para esplotarlas en su provecho; impuesto sobre las canteras y muy especialmente sobre las de mármol; impuesto sobre los ganados trashumantes; despojo, cuando la necesidad lo pedia, á la Campania de todas sus ovejas y cabras, á la Armenia de todo el salazon que hacian sus habitantes; vectigalia, ó renta de aduanas; portuaria, ó impuesto sobre los barcos; consumos, esa contribucion sin la cual no pueden pasar muchos gobiernos modernos, que arranca el amargo pedazo de pan á la boca del pobre mientras deja libres los dispendios del rico; el veinte y cinco por

ciento sobre lo manumision de los esclavos, y el veinte sobre los testamentos; contribucion por las cloacas; contribucion por las columnas urinarias establecidas por el avaro Vespasiano, del cual se cuenta que como Tito le echase en cara que ni siquiera el orin se libraba de su fisco, oliendo una moneda proviniente de este tributo, dijo: «pues el metal no huele á orines» *(Risas)*; patentes carísimas por la industria; patentes por egercer el infame oficio de la prostitucion; impuesto á los célibes y á las viudas que tardaban en contraer nuevas nupcias; contribucion por andar, por beber, por el aire que se respiraba, por las exhumaciones, que debia hoy resucitarse á ver si ciertas gentes dejaban en paz los huesos de los muertos *(Risas)*; contribuciones todas que exigian una infinidad de censores, de alcabaleros, de publicanos que caian como inmensa nube de langosta sobre poblaciones y campos y los devoraban: que el despotismo es un mónstruo que siempre tiene hambre *(Prolongados aplausos)*.

Y ¿cómo se podian sacar tantos tributos, cuando la poblacion disminuia en todas partes? Las clases aristocráticas se habian estinguido. Desde los tiempos de Augusto estaban desfallecidas. La dictadura del Imperio habia acabado de borrarlas de la tierra. Los caballeros que formaban el núcleo de la clase media murieron con la República. El pueblo romano reclutaba gentes por todo el orbe, pero no crecia. Los desgraciados esclavos fenecian por el esceso del trabajo. El vicio

se oponia al aumento de la poblacion. La prostitucion es siempre estéril. La falta de industria quitaba actividad á las fuerzas humanas. El mónstruo de la guerra vivia rumiando pueblos. La administracion á medida que moria el Imperio era más onerosa y tiránica. Los decuriones, los magistrados populares, debian salir con sus propiedades fiadores del pago de los tributos en cada pueblo, y como los tributos eran tantos y tales, no podian satisfacerse, y los principales de los pueblos se veian reducidos á la miseria. Y el Imperio en su hambre voraz enviaba sobre el mundo romano censores, gente encargada de la estadística que contaba las riquezas como les placia, y los campos, y los ganados; y atormentaban á los pobres pobladores; de suerte que los magistrados romanos habian pasado á la categoría de feroces conquistadores, y el mundo á sufrir de nuevo el dolor de una conquista. El Imperio no podia mantener su lujo y apelaba á la confiscacion, al despojo universal. Los ciudadanos desfallecian desesperados, pues ni la tierra del Imperio estaba segura bajo sus plantas.

Y esta civilizacion descreida, esta civilizacion materialista ¿dónde tenia un consuelo? ¡Ah! En ninguna parte. Roma creia llenar su espíritu reuniendo todos los dioses, como habia llenado su ambicion reuniendo todos los pueblos. ¡Engañosa ilusion! El espíritu es un abismo que solo se llena con lo infinito. El romano se hastiaba despues de salir de aquel templo donde estaban los dioses de todos los pueblos vencidos; la tosca lanza sa-

bina que les abrió el camino de la tierra; las rientes divinidades griegas coronadas por el iris y precedidas de la Diosa-Armonía que derramaba alegres acordados sones de su lira de oro suspendida de los cielos; los gigantescos dioses del Oriente; los libros sibílinos que guardaban los misterios de lo porvenir; el Dios-espanto con su cabellera de serpientes entrelazadas con bastones augurales; el Palladium, el fuego de Vesta, las imágenes de Abraham y Orfeo conducidas por Alejandro Severo; el espíritu de Cleopatra y de Berenice que erraba como fuego fátuo por aquellas aras; el Dios erótico de Heliogábalo, cuyo culto confundia todos los vicios, agotaba todos los placeres; dioses en cuya presencia pasaban en vano los representantes de todos los cultos; los suplicantes con sus sensuales plegarias en los labios; los lascitenas arrojando ramos de verbena y puñados de blanca harina y vino de las ánforas etruscas; los sementinos con manojos de doradas espigas; los flamines coronados de hojas de encina llevando vacas blancas como la nieve con cuernos dorados como el sol; los victimiarios desnudos de medio cuerpo arriba y envueltos de medio cuerpo abajo en paños de púrpura; todos pidiendo á una con voz tremenda nuevo Dios, nueva fé, y cayendo desplomados con la duda en la inteligencia y la desesperacion en el pecho sobre el mar de cieno en que se hundia Roma. *(Entusiastas aplausos.)*

Observad, Señores, que Roma habia realizado la unidad del mundo y con esto habia hecho un gran servicio

á la humanidad. La ley de su vida era el sincretismo religioso y el sincretismo político. Pero su sincretismo religioso mataba al individuo, mataba la personalidad. Era necesario que esta idea de la personalidad naciera, y para tal fin la gran lógica de los hechos que llamamos Providencia trajo á los bárbaros. Sin la idea de personalidad se perdia la idea de libertad y con la idea de libertad la ley sublime de la variedad en la vida. Y así como el sincretismo religioso mataba la personalidad, el sincretismo político mataba la nacionalidad, mataba la patria. ¿Y concebís la vida sin la patria? Por eso, Señores, en el período del siglo tercero que la historia augusta cuenta, y que se llama período de los treinta tiranos, en ese período veo un despertamiento de la idea de la patria en el esfuerzo triste, desesperado, que para tener un César propio hacen las naciones. No era posible que Roma viviese mucho tiempo fundándose su vida en el aniquilamiento del individuo y en el aniquilamiento de la patria. ¿Quién no siente el amor á la patria en el corazon? La patria, tierra sagrada, de cuya sávia es la sangre de nuestro cuerpo; hogar del espíritu que guarda nuestras primeras ilusiones, nuestros primeros amores; templo donde se ha perdido la primera oracion que ha exhalado el alma, y donde deseamos que se pierda tambien el postrer suspiro que se escape de nuestro pecho; la patria, cuya historia es nuestra misma historia, cuya honra es nuestra misma honra, cuyos dolores son nuestros dolores, cuyas esperanzas son nuestras espe-

cenizas, porque en su seno guarda las cenizas de nuestros padres, las reliquias de todo lo que hemos respetado y querido; porque está amasada con la sangre de nuestros progenitores, porque sobre su sagrado suelo ha caido la santa lágrima de dolor que costó á nuestras madres nuestra vida *(Estrepitosos aplausos)*; la patria se levantará siempre á reclamar nuestra existencia: que entre la tierra de que somos hijos y el espíritu ha puesto Dios armonías eternas; y por eso serán siempre en la memoria de la humanidad santas las guerras intentadas por los pueblos para recabar el suelo patrio; y por eso bajarémos eternamente la cabeza todas las generaciones ante la sencilla inscripcion de las Termópilas donde se cuenta el sacrificio de los trescientos espartanos; y besaremos con respeto el polvo de Zaragoza y de Gerona; y saludaremos como el héroe de nuestro siglo al poeta, al ángel caido, que llevando la duda enroscada al pecho muere despues de haber peleado por la independencia de Grecia, eterna patria de su espíritu; y mientras maldecimos á los tiranos que han aherrojado á Hungria y se han repartido como chacales los huesos de Polonia; saludamos alborozados á Italia, la eterna mártir de la historia moderna, que se levanta del polvo y llama á todos los esclavos á una santa cruzada; pues los pueblos que derraman su sangre por la patria son los soldados de la libertad, los soldados de la civilizacion, los soldados de Dios (*Ruidosos y prolongados aplausos*). Y he aquí, Señores, como la caida del Imperio Romano de ninguna

rá; porque son principios grabados indeleblemente en nuestra conciencia, en nuestra naturaleza. El hombre podrá dejar de seguirlos en su vida; pero no podrá dejar de adorarlos en su mente. El principio de igualdad desconocido de las antiguas sociedades será el primer principio cristiano. El vasallo será como su rey, el discípulo como su maestro, el esclavo como su dueño. Así en aquella sociedad cristiana el único rey es nuestro Padre Celestial que levanta el sol sobre los poderosos y los humildes, y que sostiene con su aliento de vida desde los ángeles hasta el gusanillo perdido en el polvo de la tierra. Todos los cristianos se juntarán en esa idea de Dios como se juntan todos los mundos en los espacios. En las cenas cristianas llamadas agapas, porque el amor divino las proteje, no hay ni esclavas que danzen; ni músicos que llenen el aire de alegres sinfonías; ni gladiadores que peleen; ni reyes del festin que deshojen rosas sobre los vasos de esmeraldas; ni corrompidos patricios; porque esclavos, gladiadores, mendigos, patricios, todos se sientan á una misma mesa, todos comparten un mismo pan; y su único cántico es el hosaana consagrado al Dios de las alturas; y su única alegría la esperanza de otra vida mejor; y su única ocupacion orar por los muertos, alentar al martirio á los vivos, socorrer al pobre, curar al enfermo, unir todas las conciencias en el regazo de las verdades religiosas, luz y vida del espíritu. Así el principio de la fraternidad se realiza. Los ricos y los pobres forman como un solo cuerpo

en las Catacumbas. Aquellos dan lo supérfluo para que estos tengan lo necesario. Las Actas de los Apóstoles nos dicen que todos los que creian en Cristo eran iguales, y cuanto poseian, lo poseian para todos. Muchos vendian sus propiedades y repartian su valor entre los necesitados. Así no habia pobres ni ricos entre ellos. Era aquella una sociedad fundada en la igualdad, una familia de hermanos. Su ideal, luminoso, purísimo, estaba en el cielo, y levantaba al cielo la decaida tierra. Era aquel verdaderamente el reino de Dios, sí, el reino prometido de la justicia, de la libertad, que aún esperamos ver renacer sobre la faz de la tierra. No había allí ni señores, ni esclavos, ni soberbios, ni fuertes, ni yugos, ni cadenas; no habia más que hombres libres, iguales, hermanos, adorando un mismo Dios, unidos en la felicidad y en la desgracia, que entreveian desde la tierra para mayor consuelo un dia sin noche, un sol sin mancha, un eterno ideal de justicia; sociedad espiritual, que se levantaba entre el trono de los Césares, y la ergástula de los esclavos, como el primer matiz de la alborada entre las sombras de la noche. Su virtud, su santidad era su fuerza, y su palabra el único medio que tenia de estenderse por el mundo y de vencer y desarmar á sus perseguidores.

No habia remedio, aquella sociedad estaba destinada á vencer. Mientras la sociedad romana se hundia cada vez más en el egoismo, la sociedad cristiana se elevaba en alas del amor. Cada pagano se encerraba en

si, cada clase en su privilegio, el César mismo era un gran solitario en el vacío del mundo; y los cristianos compartian sus propiedades, su trabajo, sus dolores, sus esperanzas. El amor del sentido habia viciado la familia pagana hasta disolverla, y el amor divino del espíritu animaba aquella sociedad cristiana de tribulaciones y martirios que ni siquiera podia respirar el aire libremente, ni invocar el nombre de su Dios á la luz del sol. La desesperacion arrastraba á los paganos al suicidio, y la esperanza en una vida infinita sostenia á los cristianos en el tormento y en el martirio. Cuando las negras águilas romanas clavaban sus garras en el corazon de los cristianos, estos murmuraban las palabras del Apostol: *veritas liberabit vos*, y tenian una confianza divina en el triunfo de su libertad.

Mientras la Roma pagana moria por el ódio encarnado de unas clases á otras clases; ódio del emperador al patricio, ódio del patricio al plebeyo, ódio á todos del esclavo, el Cristianismo juntaba todas las clases, todos los hombres en aquella Iglesia universal, superior al mundo pagano, y que flotaba pura sobre el mar de vicios en que se anegaba Roma. La Iglesia habia sido en el siglo primero Iglesia apostólica. A la esclavitud romana sustituia la libertad de discusion, al silencio del Imperio la palabra. Todos los cristianos se confundian en un solo espíritu, y celebraban la Pascua del cordero espiritual en el mismo dia en que los materialistas adoradores del rito antiguo celebraban la Pascua del cor-

dero material. Así el Cristianismo llamaba á su regazo á los hombres hastiados de aquel vicioso festin del mundo antiguo. Durante el siglo segundo la Iglesia, recatándose en lo posible de la persecucion pagana, alzaba sus aras junto á las aras de los antiguos dioses. En Efeso se elevaba al lado del oráculo de Diana la oracion de la nueva fé. En Corintho, en la ciudad de las fiestas paganas, celebraban los cristianos su severo culto. En la plaza de Atenas se oian sublimes palabras como no las habia pronunciado Platon mismo en los instantes de más inspiracion y elocuencia. En Roma, bajo el trono de los Césares, ardia la llama de la nueva idea destinada á consumir el Imperio. Y todas estas Iglesias eran una por la fé, una sola por el amor. Los ancianos las gobernaban; y los diáconos eran los ministros de los ancianos. La eleccion popular designaba á los que debian dirigir aquella sociedad. Los esclavos entraban en ella porque el Cristianismo acababa de reconocer la unidad espiritual de los hombres. No podia la nueva religion desarmada emanciparlos socialmente, pero emancipaba su espíritu. La fiesta del sábado se trasladaba al domingo. Esta traslacion que á primera vista nada significa, sin embargo, significa que los cristianos se apartaban del sentido estrecho del judaismo. Dos ceremonias celebraban todos los dias, una cuando el sol, surgiendo por Oriente, derrama la alegría y la vida en el mundo; otra cuando el sol se duerme y convidan las tinieblas á la meditacion y al recogimiento; y en ambas entonaban

coros sagrados mezclándose las voces de los niños, de las mujeres, de los jóvenes, de los ancianos en un acorde religioso, y sentándose despues todos á una misma mesa á repartir el pan de cada dia, como en la oracion se repartian sus ideas y sus esperanzas.

La propagacion del Cristianismo era verdaderamente rápida. Grandes oposiciones le cerraban el paso; pero estas oposiciones aumentaban la grandeza del Cristianismo con la fuerza del contraste. El naturalismo antiguo, la religion de la naturaleza, no podia comprender aquel culto del Dios invisible, en que los holocaustos eran ideas, y desde sus altares manchados de sangre intentaba devorarlo como la serpiente al ave que cruza la inmensidad del ether. Pero el contraste del espíritualismo cristiano con el sensualismo antiguo heria con viva luz los ojos de los hombres cansados de tinieblas. La corrupcion de costumbres se oponia tambien al Cristianismo. No era fácil que el romano renunciase á sus cenas orientales, á sus báquicas orgías, á sus viviendas encantadas, á sus teatros, á los juegos del Circo, y al amor sensual que lo devoraba. Pero en cambio cuando veia aquellos cristianos tan felices por los goces del espíritu, tan serenos en la persecucion, tan resignados en el martirio, tan superiores á todos los hombres por sus ideas y por sus virtudes, la conciencia se despertaba en el espíritu del pagano y le recordaba la nativa nobleza de su espíritu y le infundia la esperanza en la inmortalidad. Así por una maravillosa combinacion lo mismo

que era causa de la persecucion, contribuia á fortalecer y propagar el Cristianismo.

Por la virtud principalmente de sus ideas se estendia el Cristianismo. A la virtud de sus ideas se unia la fuerza de su predicacion, la constancia en su propaganda. En el siglo tercero el Cristianismo tenia escuelas en Antioquía, asamblea al pié del Cáucaso, sectarios en Persia, misioneros en la India, en el centro del Africa, hasta en los bosques inesplorados de Germanía, que tan grande espanto ponian en el ánimo de Roma. Pero habia tres Iglesias que daban en este tiempo tres grandes elementos de vida á la propagacion del Cristianismo; la Iglesia de Alejandría, la Iglesia de Cartago, la Iglesia de Roma. Alejandría, la ciudad de las sectas, de las bibliotecas, de las escuelas, el lecho nupcial del Oriente y Grecia, daba los grandes pensadores, los grandes filósofos de la nueva idea. Roma, la ciudad de la jurisprudencia, del derecho, de la política, daba los grandes jurisconsultos, los grandes organizadores de la nueva sociedad; y Cartago, la ciudad de los antiguos guerreros africanos, la ciudad numida, daba los soldados de la nueva idea que profesaban á la Roma pagana un ódio tan grande como el ódio de Annibal. Alejandría pensaba, Roma organizaba y dirigia, Cartago luchaba. Así el Cristianismo abrazando toda la vida del hombre se estendia por toda la tierra, por toda la habitacion del hombre. Pero especialmente triunfaba por las naciones occidentales. En las Galias ganaba grandes prosélitos,

Tres religiones principales habia en las Galias; la griega en Marsella, la romana en Lion, la celta en el interior y en el Norte. El Cristianismo fundó en Lion una grande Iglesia. Y sus misioneros no se contentaron con estender la idea cristiana por la Galia latina, sino que la llevaron tambien á los templos celtas, á los bosques oscuros y espesos, donde gemian los dioses al par de las aves carniceras, donde el sol no penetraba con sus rayos ni las estrellas con sus reflejos, donde crecian á su antojo las plantas y sobre el tronco de la encina el verde muérdago, donde se escuchaban cantos feroces y estridentes como el choque de las espadas en el campo de batalla, y donde se veian sobre el ara que destilaba sangre tendidos los cuerpos humanos con un cuchillo en la garganta; holocausto ofrecido á divinidades bárbaras y vengativas, cuyo aliento era como el soplo de la muerte, cuya única idea la guerra, cuya única satisfaccion la venganza. Y seguia el Cristianismo su camino, y entraba en las selvas de los germanos, y llamaba á su humano culto á los sacerdotes que rociaban con sangre los templos, con sangre las aras, con sangre los altares. Y se estendia tambien por los últimos límites de Occidente, por España, donde en tiempo de Domiciano ya contaba defensores, donde más tarde tuvo mártires como Fructuoso de Tarragona, como Vicente de Valencia, como Justa y Rufina de Sevilla, como los innumerables que murieron sobre la tierra sagrada de Zaragoza, y obispos como Osio, honra de la humanidad, y concilios como el de

Iliberis que por sus doctrinas y por sus leyes pudo servir de modelo á la Iglesia universal.

Concluyamos, Señores, porque el tiempo apremia, y os he molestado ya bastante. Los que creen que el mundo se pierde, los que á todas horas nos anuncian que se oye sonar en los aires la trompeta del juicio final, los que desesperan de esta sociedad, y no creen en el progreso, pueden contemplar estos siglos en que una sociedad decaia consumida por sus vicios, y se levantaba otra sociedad llena de virtudes, para convencerse así de que Dios jamás abandona el mundo de su mano, y de que la libertad crece, y el progreso se cumple bajo la proteccion de la Providencia. *(Entusiastas y repetidos aplausos.)*

LA FILOSOFIA ALEJANDRINA.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

Confieso ingénuamente que siempre que comienzo mis lecciones me asalta inusitado temor que embarga mi ánimo y hiela mi palabra. Hay algo que me aterra más que le magnitud del asunto y la debilidad de mis fuerzas; y es ¿lo creereis? vuestra inagotable benevolencia. Al ver vuestro interés, vuestro entusiasmo por escucharme, y lo poco que merezco ese interés, ese entusiasmo, tiemblo, vacilo, y si me aconsejára solo de mi corazon, descendería de esta cátedra y ocultaría mis pobres ideas en merecido silencio. Digo esto, no por afectacion retórica de que soy incapaz, atendida la ingenuidad de mi carácter; lo digo por convencimiento íntimo, profundo, cada dia mayor en mi ánimo. Yo no

podria negar sin notoria ingratitud que el entusiasmo de los que me escuchan escede los límites del encarecimiento; pero tampoco podria desconocer sin orgullo que ese entusiasmo nace, no de mi palabra, pálida y pobre, sino de las ideas de regeneracion científica y política que tenazmente defiendo. Yo valgo poco en mí, y mucho menos en presencia de mi idea. Y si alguna vez he debido hacer estas reflexiones sin duda alguna, es en esta noche en que voy á hablar de la filosofía alejandrina, materia difícil, abstracta, poco idónea para los arranques de la elocuencia, para las galas de la palabra. A esto se añade lo que debemos confesar sin rebozo, nuestra inesperiencia filosófica, no solo la inesperiencia del que en estos momentos habla, que es mucha, sino la inesperiencia tambien de la nacion á que pertenecemos. Nosotros no hemos tenido filosofía, y sobre todo, no la hemos tenido en los dos siglos en que la filosofía, emancipada de la tutela escolástica, ha hecho mayores progresos. Triste es decirlo; pero no hay fuerza que baste á contrastar el deber de decir la verdad, por penoso que sea el cumplimiento de este deber. Nadie me aventaja, absolutamente nadie, en admirar aquellos tiempos en que un español, San Isidoro, salvaba con su ciencia universal la urna funeraria de la civilizacion antigua, y más tarde otro español, Alonso X, levantaba el primer código con que se honra la Edad Media; aquellos tiempos en que nuestros poetas pulsaban armoniosa lira y nuestro teatro era el primer teatro del

mundo; en que á la luz de las últimas pavesas de los siglos pasados escribia un manco inmortal el poema de los siglos futuros; en que nuestros pintores trazaban aquellas Vírgenes de Murillo, idealizacion de la naturaleza humana iluminada por la luz de los cielos, aquellos cuadros de Velazquez, copia fiel de la realidad de la vida; en que nuestros teólogos llenaban el Concilio de Trento y nuestros sabios la universidad de París; en que nuestros navegantes, guiados por la estrella de su genio, subyugaban las olas, doblaban el cabo de las Tormentas, unian el Asia, el mundo de los recuerdos á Europa, el mundo de las ideas; en que, á la voz mágica de España, surgia del seno ignorado del Oceano un nuevo mundo tan puro y luminoso como la creacion en los primeros instantes de su inmaculada vida; en que nuestros soldados, conducidos por su fé, escribian aquel poema cuyas páginas se llaman Covadonga, Simancas, Clavijo, Las Navas, Tarifa, Granada, y convertian en ciudades españolas Nápoles, Palermo, Milan, y sostenian en el Monte Tauro y en el Eta el vacilante imperio de Oriente, y salvaban la Hungría, y entraban vencedores en Atenas, y amenazaban á Inglaterra, y vencian á Francia, y subyugaban los Países Bajos, y apagaban en las aguas de Lepanto la soberbia media luna, y herian con sus espadas el suelo de Africa, y convertian al Cristianismo la América; aquellos tiempos en que nuestras huestes, como llevadas en alas del huracán, llenaban á un tiempo todos los campos de

batalla; y nuestro imperio era más maravilloso que el imperio de Alejandro, y nuestras conquistas más grandes que las conquistas romanas; y el sol se veia condenado á iluminar eternamente nuestros dominios, y donde quiera que el mar se removia siempre encontraba costas españolas: que era estrecha la tierra á nuestra gloria, pequeña para encerrar nuestro inmenso espíritu. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Notad, Señores, ¡qué grandes, qué divinas esperanzas sentia nuestro país en su seno cuando comenzaban los tiempos del renacimiento! En aquellos dias en que el descubrimiento de América doblaba la creacion y eternizaba el espíritu el descubrimiento de la imprenta; y el descubrimiento de la brújula abria caminos seguros en los mares, y el descubrimiento del telescopio seguros caminos en el cielo; y la pólvora hacia saltar en fragmentos los castillos feudales; y los ejércitos señoriales caian, y comenzaban á levantarse las nacionalidades; y la tierra oscilaba buscando nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; y la estátua griega surgia del polvo con el cántico de sus poetas en los labios; y la naturaleza se despertaba en las obras de Leonardo de Vinci; y Miguel Angel coronaba con la rotonda del templo pagano de todos los dioses el templo universal del Catolicismo; y Rafael idealizaba las formas humanas maceradas antes por los tormentos de la Edad Media; y el espíritu de Platon evocado en Florencia derramaba esperanzas de inmortalidad por las orillas

del Arno; en aquellos dias en que la civilizacion tanto se habia agrandado, en que el hombre tanto habia crecido; el genio español aventajaba al genio de todas las naciones; y Luis Vives combatia con voz más pujante que la de Bacon el opresor escolasticismo, y proclamaba con Erasmo y Budeo la libertad de pensar; y Antonio de Nebrija desenterraba la civilizacion clásica; y Servet descubria antes que Harvey la circulacion de la sangre; y Blasco de Garay encontraba nuevas fuerzas para auxiliar al navegante; y Huarte unia en su exámen de ingenios á la fisiológia el espiritualismo platónico; y Pereira presentia un siglo antes que Descartes el fundamento psicológico de la filosofía moderna; y Vega enseñaba en Wilnia, y Laguna en Colonia, y Virues en Viena, y el Broscense en Salamanca; genios gigantes, que auguraban el primer movimiento intelectual acaso de toda la historia moderna; que llevaban bajo las alas de su espíritu dias de gloria inmarcesible para la patria; y que se quedaron sin continuadores; porque el humo de la inquisicion nubló el cielo de nuestro espíritu, asfixió nuestra conciencia, reduciéndonos al estado de aquel Cárlos II, hechizado en su alma, impotente en su cuerpo; ó al de aquel Segismundo de Calderon, imágen fidelísima de nuestro espíritu nacional, encerrado en una caverna, lejos del mundo, oprimido bajo el peso de sus cadenas, envidiando la libertad del arroyo, del árbol, del pez, del bruto, del ave, mayor indudablemente que la suya, y concluyendo por dudar de la verdad del

mundo, de la evidencia interior de su espíritu, que el escepticismo es el resultado de la servidumbre del espíritu, pues el pensamiento no vive sin libertad como el cuerpo no vive sin aire; y por eso el pensamiento muere en las desgraciadas naciones que como la antigua España entregan su cabeza á la coyunda vil del despotismo. *(Estrepitosos aplausos.)*

Pero entremos, Señores, en materia. Ya visteis en la pasada conferencia, cómo espiraba la civilizacion antigua, cómo se destruia el Imperio Romano. Ya visteis cerrados los comicios; trocada la República en una gran dictadura; concentradas todas las magistraturas y dignidades de Roma en un César; cumplido el destino del Imperio con la constitucion antonina; declarados todos los hombres ciudadanos de Roma; trasformado el derecho quiritario antiguo por el edicto perpétuo en derecho humano; imposibilitados los Césares de salvar de su ruina la Ciudad Eterna; convertido ¡qué horror! el puñal en única esperanza de las perdidas libertades; mudo el Senado y trémulo en presencia del tirano cuando la tierra temblaba en otro tiempo en su presencia; estinguida aquella aristocrácia tan grande en brazos del placer y del ócio; desmoralizado el pueblo que trocaba sus derechos por el trigo de la Annona y los juegos del Circo; corrompidos los soldados, los pretorianos, que al apoderarse de la sacra majestad del Imperio la vendian como cosa baladí en pública almoneda; convertido el trono del mundo donde iban á coronarse con el derecho

universal todas las razas en una inmensa ergástula por crecimiento de la gente de orígen servil y la disminucion de la gente de orígen ingénuo; arrojados todos los dioses en el panteon á manera de montones de cadáveres en una huesa; conducido el sincretismo espiritual hasta el punto de matar la variedad de la conciencia individual y el sincretismo político hasta el punto de matar la variedad de los nacionalidades, factores necesarios en la vida y que debian traer de un lado la reaccion de las naciones vencidas contra Roma, y de otro la venida de los bárbaros, los cuales con la tea encendida en una mano y la espada en la otra, manchados de sangre hasta la rodilla, y con el grito salvage de sus legiones en el pecho entierran el cadáver de la antigua sociedad, y crean una sociedad nueva, para que no se pierda ni por un momento, la renovacion misteriosa de la vida en el inmenso seno de los siglos. *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

Pero al mismo tiempo que hemos visto el antiguo mundo descomponerse en la esfera de los hechos, veamos su espíritu condensarse en la esfera de la ciencia. Hemos visto la corriente de los hechos yendo á perderse en el Imperio Romano; veamos la corriente de las ideas yendo á reunirse en la filosofía alejandrina. No olvidemos de ninguna suerte que la edad que estamos historiando es una edad de sintesis. El mundo antiguo va reuniendo, va condensando todas las ideas principales de la historia, el Oriente y el Occidente en Roma;

la epopeya de la guerra, la Iliada, y la epopeya de los viajes, del trabajo, la Odisea en la Eneida; el carácter individualista de los epicúreos, y el carácter universal de los estoicos en el derecho romano; los tres órdenes de arquitectura en los grandes edificios del Imperio; la teogonía oriental y la teogonía griega en el gnosticismo; los jonios y los eleáticos, Pitágoras y Sócrates, Platon y Aristoteles, el empirismo y el idealismo, el Asia y Grecia, las ideas del judío Philon y las ideas del griego Ammonio, Jerusalen y Atenas, todos los elementos de la antigua ciencia, todas sus antitesis, en la síntesis espléndida de la filosofía alejandrina; como si presintiendo el antiguo mundo que llegaba su fin, reuniera todas sus ideas para presentarse ante el juicio de Dios que brilla sobre todas las catástrofes, que se refleja en todas las páginas de la historia. *(Aplausos.)*

El carácter de la filosofía alejandrina es la union del Oriente y Grecia. Para conocer este carácter es necesario conocer un hombre que ha condensado en su heróica alma todo el espíritu helénico. La historia es una contínua encarnacion de ideas. El hombre que deja honda huella en la tierra es el verbo humano de un pensamiento que llena su conciencia. Los grandes hombres son formas varias que revisten las grandes ideas. El logos que en el derecho, en la literatura está en su esencia espiritual, toma carne, y se hace hombre en la realidad de la vida. Por eso estudiando la vida se ve que una razon divina gobierna al mundo y al espíritu,

al sol y al hombre. La diferencia está en que el sol cumple su ley sin conocerla y el hombre conociéndola, porque es inteligente; el sol no puede menos de cumplir su ley, y el hombre puede dejar de cumplir la suya porque es libre. Pero ¡cuán grande es el hombre que siente y conoce y realiza la idea providencial cuyo cumplimiento le está reservado! Contemplad conmigo el héroe que llevado como en áurea nube de gloria y de poesía atraviesa todo el Oriente, contempladlo: que acaso no ha tenido la historia un alma tan grande como la suya. El genio de Grecia se hubiera perdido en la vida como la estela en el mar; el eco de su lira y de su canto se hubiera disipado como el ruido de sus festines en los aires; si la Providencia no sucitára aquel héroe, verdadero ideal de la risueña juventud de la humanidad; soldado como un macedon, poeta como un ateniense, austero como un espartano; hijo de Filipo debelador de Grecia y de Olimpia descendiente de Aquiles; discípulo de Aristóteles, del genio más universal de la antigüedad; parecido á Apolo en hermosura segun los bustos de Licipo y en los varios cambiantes de sus profundos ojos que tomaban todos los matices del mar de sus pensamientos; irreflexivo y riente como el genio helénico; elocuentísimo porque la palabra valia más que la espada en los campos griegos; adorador de Homero cuyos versos inmortales repetia entre el ruido de los combates; tocado por el dedo de Dios que encendió en su cerebro una centella de espíritu creador; y que, predestinado á

unir dos mundos hasta entonces divididos, se corona de verbena; toma en sus manos la copa de oro donde hierve el néctar de la vida griega; llama á la legion macedónica que le sigue cantando sin saber dónde la lleva; se despide de la liga anfictiónica; atraviesa el Bósforo; arroja su flecha á las riberas del Asia como para decirle que aquel mundo griego tan pequeño, cuya vida creyó acabar el Oriente bajo las plantas de sus elefantes, va á dominar á sus dominadores; y fuerte como Hércules sigue al revés el camino de las espediciones de Baco; destroza á Tiro, entra en Persópolis, se corona rey en Babilonia, llega á la India sin saber que es aquella la patria de su raza y la cuna de sus dioses; llena con su cántico los desiertos, hace que las ondas repitan á las ondas el eco de su nombre, toca en los últimos límites del mundo conocido, saluda á las mómias egipcias, bebe el agua del Nilo y del Eufrates y del Ganges más que venciendo como conquistador peregrinando como artista, reune todas las razas en su tienda, desposa los héroes vencedores con las esclavas vencidas, nupcias en que se juntan y confunden las almas de dos civilizaciones; enseña á los persas á leer los versos de Esquilo y Sófocles, arranca á los escitas de los sacrificios humanos; se asienta entre dos mundos enemigos y los une estrechándolos contra su corazon; y cuando despues de haber dejado en la tierra huellas más profundas que ningun otro hombre, baja su cabeza jóven al peso de la muerte, como la flor que se troncha

al peso de un insecto, y cesa el combate, y el eco de las armas, y el galopar de los caballos, y el estridente ruido de los carros de guerra, de las lanzas, de los escudos de acero, queda su idea en Alejandría, donde se reunen todas las teogonías, todas las escuelas, todos los sistemas, todas las razas para continuar la obra de Alejandro, como si el alma de este héroe fuera semejante al sol que desde el ocaso dora con sus resplandores los horizontes, y en la oscura noche envia sus rayos á los astros que vagan en el ether para mostrarnos que su luz es inestinguible, es eterna. *(Entusiastas aplausos)*.

El carácter, pues, de todo este tiempo que continúa la obra de Alejandro, es la union misteriosa del Oriente y de Grecia. El espíritu pagano buscaba instintivamente una grande idea religiosa, para poder ahogar el Cristianismo y conseguir así que la humanidad no necesitara ni de sus consuelos, ni de sus esperanzas, ni de su fé. Y siempre que se trata de despertar el espíritu religioso de un pueblo ó de una época, siempre que se intente avivar la fé en el alma, los hombres irán instintivamente á buscar la cuna de la humanidad, que es la cuna de todas las religiones, el eterno templo de Dios, la raíz de la idea divina, el Oriente, la única region que ha tenido gobiernos esclusivamente teológos; que ha convertido sus héroes en dioses, sus grandes hechos en mithos, su historia en libros sagrados; que ha dado al mundo la idea de la sustancia, la idea de lo infinito; que ha consumido sus fuerzas levantando templos, ofreciendo

holocaustos, arrastrando pueblos y generaciones como hatos de ganado al fuego del sacrificio; tierra gigante donde el resplandor de la naturaleza apaga la conciencia individual, donde la oracion y el misticismo consumen la libertad y la aniquilan; donde el alma es como una emanacion pálida lejana del fuego de la vida universal, y la voluntad un instrumento de la voluntad divina, y el hombre, este foco en que convergen todos los rayos de la vida, como la nube que pasa por el cielo un instante; porque el Universo y la humanidad, el espíritu y la naturaleza van á perderse en el oceano del sér absoluto que llena con su impalpable sustancia todos los espacios, y todos los tiempos, toda la vida, toda la eternidad. Y por esto la filosofía alejandrina eminentemente oriental es tambien eminentemente panteista.

Pero por otra de las inmanentes consecuencias de la espedicion de Alejandro y de la conquista de Roma, el espíritu de Oriente y el espíritu de Grecia se compenetraban y se confundian en una vida superior, en una sintesis maravillosa. La hermosísima Grecia, eternamente jóven, apesar de su triste decadencia, locuaz, artística, como conoce que su idea se estingue, corre al Asia, pone el logos, el Verbo platónico en los labios de aquellos mudos oráculos, da leyes á su eterna sustancia, variedad infinita á su absoluta unidad; y en cambio trae á sus pequeños y hermosísimos templos los dioses gigantescos del Oriente que apenas caben bajo sus techumbres, los colosos que

aplastan con su inmenso peso los altares de Baco; y malhallada con la naturaleza que tuviera tan grandes encantos en otro tiempo á sus ojos, se pierde en el éxtasis, acallando todos sus antiguos sensuales goces con la voz severa de ascético misticismo. Grecia buscaba el Oriente por medio de sus filósofos. Pero en cambio el Oriente buscaba á Grecia por medio de sus teólogos. El pueblo que en Oriente es el órgano de la union de los dos mundos, sin duda alguna es el pueblo judío que en esta ocasion se va olvidando cada dia más de su antigua ortodoxia. La comunicacion con los otros pueblos; la contínua difusion de las ideas griegas por el Oriente; la necesidad de romper el límite de la vida nacional, esa sed contínua de saber que aqueja al espíritu humano, y que es superior á su grandeza, llevaron á los pensadores judíos á animar, á exaltar su ciencia religiosa, teológica con las ideas filosóficas conquistadas por la razon humana. Tres libros hay que tienen esta tendencia en los momentos supremos de la crísis: el libro de Sirach que tiende á unir la escuela pitagórica con el Oriente, el libro de Aristóbulo que tiende á unir la escuela peripatética con el Oriente; ensayos uno y otro infelices, porque era demasiado oriental la filosofía pitagórica y demasiado poco oriental la filosofía peripatética para realizar esta union; hasta que aparece el libro que definitivamente la realiza, el gran libro de Philon. El pueblo judío que arrastrára sus cadenas por el Oriente tantos siglos, habia reunido y condensado to-

das sus ideas, y se adelantaba, al comenzar nuestra era, hácia Occidente para revelarlas, cuando se levanta el gran Philon, el revelador de la ciencia; religioso, asceta como un fariseo de la Sinagoga; elocuente, artista como un griego de la Academia; filósofo, que en Grecia parece uno de aquellos sacerdotes orientales que confiaban á Pitágoras los secretos de su theurgia, y en el Oriente uno de aquellos oradores que departian en el carro de guerra de Alejandro sobre el espíritu y la naturaleza; y que para no desmentir su carácter con su ciencia, sostiene que Dios es inefable, incomprensible, sujeto y objeto de sí mismo; y que no pudiendo revelarse en su esencia porque su luz consumiria nuestra retina, y su espíritu, eterno, infinito, apagaría nuestro pobre espíritu, se revela por su Verbo, por su logos, por su palabra, por su sabiduría; vapor y aroma de la virtud de Dios, que recoge la esencia divina y la trasmite por reflejo á nuestra alma, como la luna convierte en plateados rayos que encantan nuestra vista el fuego del sol; y este Verbo irradia de su seno los ángeles, los arquetipos invisibles de todas las cosas visibles, los músicos que conciertan las esferas, los pintores que tiñen con pincel invisible los matices de los cielos y las corolas de las flores, los espíritus que agitan con sus blancas alas el ether, y llenan á manera de via lactea el espacio inmenso que separa la naturaleza del Creador; y así como Dios produjo el Verbo, y el Verbo los ángeles, los ángeles han creado los números que son la

vida de todas las cosas, las fuerzas de la creacion; y las fuerzas de la creacion han producido el demiurgos, el hombre, que debe para cumplir su destino y realizar su fin, sacrificarse como una hostia sagrada en los altares del Eterno, principio y fin de todas las cosas, aliento y vida de todos los séres, atmósfera que el Universo respira, primera y última palabra de toda la ciencia *(Aplausos)*. Mirad este sistema y vereis en él todos los principios de las escuelas orientales y griegas, el Dios hebreo, el Verbo indio, los ángeles del mazdeismo, el cielo de los inteligibles de Platon, la moral escenia unida á la moral estóica, y los números de Pitágoras. ¿Podeis pues dudar de este misterioso reclamo, y como llamada que para atraerse usaban el Oriente y Grecia? El carácter de este movimiento del espíritu es el misticismo. La escuela de Alejandría es esencialmente mística.

Pero no solo tenia la escuela alejandrina el carácter místico, tenia tambien el carácter idealista. El mundo antiguo comprendia instintivamente que espiraba por esceso de sensualismo, por esceso de naturalismo, y queria disipar todas las cosas creadas en el seno de Dios, en el puro supernaturalismo. Y así como el sincretismo alejandrino estaba preparado por el sincretismo judío, su idealismo estaba preparado por el horror á la naturaleza que naciera en los gnósticos. Estos sectarios que no me atrevo á llamar filósofos, atormentados por el problema del orígen del mal, que habia sido el torce-

dor de Job en su estercolero, el buitre que roia las entrañas de Prometeo encadenado, y no pudiendo esplicarlo, porque no admitian ni el límite, ni lo contingente, puesto que lo creian todo, absoluto, eterno, uno, imaginaban que la materia era la degeneracion de Dios, el hielo de su vida, la última y pálida y fria emanacion de su eterna sustancia, el mal, en una palabra; y así Basilides veia á Satanás en los astros y en las flores; Saturnino un delito en la procreacion de nuevos séres que habian de venir manchados con la lepra de la vida material; y todos se apartaban con horror de la naturaleza, cayendo en esa especie de sueño magnético, que, lejos de ser fuente de virtud, corrompe el alma; como se vió en ciertos monges de Italia que paseándose una mañana de abril oyeron cantar á una alondra el cántico matutino, bajo un laurel, sobre un rosal esmaltado del rocío, mientras el aura mecia las ramas y el sol naciente doraba con su luz las crestas de las montañas, y como se quedaran embebecidos, creyeron que el diablo les tentaba con tanta luz, con tanta hermosura, mientras que en la oscuridad se entregaban á abominaciones que recuerda con horror la Historia, pues el que huye de la naturaleza huye de sí mismo, puesto que la naturaleza es parte de nuestro sér, y el que huye de sí mismo y menosprecia su cuerpo concluye por entregarlo indiferente al vicio; como le sucedió á Heliogábalo, que era el primer gnóstico de su tiempo, y el más sensual y el más vicioso entre todos los emperadores que

mancharon el trono de Roma. La filosofía alejandrina no habia caido en tal estremo; pero sí tenia el carácter idealista, en términos que Plotino se quejaba de haber nacido en la fragil cárcel de su cuerpo y aspiraba á sentir el espíritu y solo el espíritu, recreándose en la contemplacion mística de sí mismo. De suerte que por estos precedentes encontramos cuatro caractéres innegables en la filosofía alejandrina; el panteismo, el idealismo, el sincretismo, el misticismo.

Pero contemplemos lo que significa la filosofía alejandrina en la vida total de la ciencia. El Oriente se dejaba llevar de la intuicion á una gran sintesis; Grecia se dejaba llevar del raciocinio á un prolijo análisis. El pensamiento oriental es esencialmente religioso. El pensamiento griego es esencialmente filosófico, científico. Tres períodos contaba la filosofía griega, desde Thales hasta Aristóteles, período esencialmente filosófico; desde Aristóteles hasta Plotino, período principalmente moral; desde Plotino hasta la muerte de Hypatia, período principalmente místico. En el primer período nace el pensamiento en la raíz de la naturaleza, nace como sensacion y se eleva á su idealidad más alta con Platon ó su universalidad mayor con Aristóteles. En la segunda época el pensamiento no mira á la ciencia, mira á la moral; no tiene una tendencia abstracta sino positiva y práctica. Los períodos anteriores habian sido de oposicion; Thales y Anaxágoras, Platon y Aristóteles, Zenon y Epicuro; pero este último período es de conciliacion,

de síntesis, de armonía. El espíritu se plantea como sér en sí, absoluto, eterno. Las escuelas positivistas habian arruinado la metafísica, y arruinando la metafísica habian arruinado la base de toda certidumbre. Así es que poco despues de su aparicion vino lo que vendrá siempre en pos de la desconfianza en la razon humana, vino el escepticismo. La verdad no fué objetiva para los nuevos filósofos, fué aparente, fué probable. Ya veis, Señores, como el escepticismo de Carneades se confunde con el probalitismo ateo y corruptor de nuestros neocatólicos. Los escépticos niegan la verdad porque ven grandes oposiciones en la ciencia y en la historia; y no comprenden que ven estas oposiciones porque no miran la idea sino en el estado de nocion, en el estado embrionario, pues cuando la idea ha llegado á su verdadero desarrollo, á la razon, la idea pierde estas oposiciones aparentes y toma su carácter de unidad. Si hay diferentes sistemas y de aquí se quiere deducir la falsedad de la filosofía, estos sistemas nacen de que ciertos filósofos no miran más que un aspecto de la idea, la sensacion, la nocion, sin abrazar la idea en su total conjunto, ni en su unidad suprema. Pero así como el ensayo de los sofistas para probar que todo puede ser verdad y mentira, segun la dialéctica, refiriendo todas las cosas al sujeto, dió por resultado la exaltacion de la conciencia humana en Sócrates; el aniquilamiento del mundo esterior, de toda realidad objetiva, dió por resultado el idealismo alejandrino, porque los golpes de la duda no

llegarán nunca á arruinar la evidencia interior del espíritu. Desde Platon y Aristóteles la metafísica habia degenerado; si bien la filosofía moral habia progresado, especialmente por las investigaciones de la escuela estóica. Quedaba un gran trabajo: reunir Platon y Aristóteles, que eran en apariencia una antitesis, en realidad una sintesis. Contempladlos un momento: que la union de Platon y Aristóteles indudablemente es otro de los caractéres de la filosofía alejandrina. Aristóteles y Platon se diferencian en los instrumentos de sus investigaciones y se reunen armónicamente en sus resultados; Platon es la intuicion, Aristóteles el análisis; Platon el método inductivo, Aristóteles el deductivo; Platon ve lo universal y en lo universal lo particular, Aristóteles ve lo particular, y se eleva tarda pero seguramente á lo universal; Platon es el genio fantástico que vuela, Aristóteles la razon humana que anda; Platon abre sus alas en el cielo, y desde allí apenas alcanza á descubrir la tierra, Aristóteles fija la planta en la tierra, y desde la tierra á qué pertenece alza la cabeza para mirar al cielo; el reino de Platon es lo abstracto, y el de Aristóteles lo concreto; Platon ve los mundos, las almas como inmensa catarata desplomándose del seno de Dios é irradiándose por los espacios infinitos, Aristóteles ve los mundos, las almas elevándose al seno de Dios; Platon intenta construir la ciencia *á priori*, Aristóteles *á posteriori*; Platon en el sér absoluto mira como en claro espejo todos los séres, Aristóteles en la

cadena de los séres ve el sér absoluto; Platon desdeña la hermosura de la realidad, débil copia, lejano eco de la hermosura ideal, y Aristóteles mira la hermosura hecha carne en la realidad y en el arte; Platon sueña una sociedad ideal, Aristóteles recoje en la historia las enseñanzas sociales para aplicarlas á la vida; Platon, como el Oriente, eleva sobre todo la sociedad, Aristóteles, como Grecia, eleva el individuo; Platon es la ciencia hermanada con la poesía, Aristóteles la ciencia puramente racional y humana; Platon esplica la dialéctica, la ley del sér en sí, Aristóteles la lógica, la ley de la sucesion de los séres; Platon da en la idea un principio abstracto, y Aristóteles concreta este principio en la vida; Platon toca en la realidad un momento, como esas aves que se posan rápidamente solo para continuar su camino por el ether, y Aristóteles jamás abandona la realidad en que habita; Platon nos da idea del sér en sí, Aristóteles del sér en su vida; Platon será el filósofo de la teología, Aristóteles de la antropología, Platon de la ciencia de Dios, Aristóteles de la ciencia de la naturaleza y de la ciencia del hombre; el Dios de la dialéctica de Platon, el universal inteligible y el motor inmóvil de Aristóteles, formarán más tarde la triada alejandrina; porque Platon y Aristóteles, más que dos genios opuestos, son las dos fases de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos eternas formas del espíritu, las dos caras de la humanidad; y si Platon influye durante la Edad Media en el Patriarcado de Oriente y Aristóte-

les en el Pontificado de Occidente, si el alma de Platon vaga sobre Constantinopla y el alma de Aristóteles sobre Roma, como resucitando la oposicion, la antitesis destruidas por el Cristianismo, cuando llegan tiempos más humanos, más científicos, se pierden sus dos almas juntas, como dos rios que mezclan sus aguas al desembocar en los mares, se pierden juntas en el inmenso seno de la filosofía moderna *(Ruidosos y prolongados aplausos)*. De suerte, Señores, que los caractéres principales de la filosofía alejandrina son el panteismo, el misticismo, el idealismo, el sincretismo, y la union de la filosofía platónica, con la filosofía aristotélica; y así es que no deben ser llamados los alejandrinos solamente neo-platónicos, sino tambien neo-aristotélicos.

Examinada la escuela alejandrina en sus caractéres generales; examinémosla ahora en sí, en su idea. No es posible apartar la vista de la region donde nace, porque entre el espíritu y la naturaleza existen dulces y misteriosas armonías. El Egipto es en la antigüedad la region donde las ideas orientales se modifican para pasar á Occidente, es el término medio del gran silogismo de la historia, es la segunda idea de la trilogia universal. Dios ha levantado el Egipto á las puertas del Asia, enfrente de Europa, á fin de que temple las ideas orientales para apropiarlas á la vida de Occidente. Allí surge la columna que más tarde ha de sostener la diadema de acantho de los dioses griegos; allí del seno de la tierra la esfinge, el boceto de la estátua; allí se aflo-

ja la cadena de las castas; allí se convierte el dogma en ciencia; allí alborea el espíritu individualista de Grecia. Todas las ideas han cruzado por Egipto, el judaismo con Moisés, el mahometismo con Omar, el Cristianismo con Orígenes y San Clemente, el antiguo espíritu científico antes de su trasformacion con la escuela de Alejandría. El carácter del pueblo egipcio es eminentemente triste y ocasionado al misticismo. El pensamiento dominante en Egipto, pensamiento que llenó toda su vida, que embarga desde el ánimo del Faraon en su trono hasta el ánimo del trabajador en el campo, pensamiento grave, profundísimo es el pensamiento de la muerte. Este pueblo ve su rio, que es su vida, perderse en los desiertos de arena por su orígen y en los desiertos del mar por su fin, y cree que toda vida oscila entre dos abismos, y que la cuna es tambien un sepulcro. La muerte, sí, la muerte es el fantasma presente siempre ante sus ojos. Sus grandes monumentos son sepulturas. En torno de sus festines pasean de contínuo una mómia que recuerde la nada de la vida presente. Y en esta region del sincretismo y del misticismo se alzaba Alejandría. Esta ciudad, hija del pensamiento de Alejandro, como he dicho antes, graciosa y armoniosísima como una ciudad griega, pero grande y poblada como una ciudad oriental; asentada entre el Mediterráneo, el mar de las artes, el mar de la civilizacion, y un claro lago, espejos en que contemplaba su hermosura; defendida por las arenas del desierto que la separaban

de los bárbaros; llena de academias donde conversaban todas las escuelas, de bibliotecas donde estaban reunidos los tesoros científicos de la antigüedad; ornada con museos en que Demetrio Phalario encerró un dia los primeros sabios de su tiempo; guardada por Serapis y por Júpiter, últimos eslavones de la cadena de las teogonías indo-europeas; rica en institutos de enseñanza como no lo habia sido nunca Atenas, pues fundaron en ella escuelas desde los magos de Persia hasta los cristianos; visitada por todas las naves de todos los mares en su seguro puerto, y por todas las caravanas que buscaban riquezas en sus bazares y sombra bajo sus palmas; bendecida por el Nilo, el rio de los misterios; en la interseccion casi de Europa, Africa y Asia, veia llegar á sus puertas y reunirse en sus hogares los hijos de Sem que le llevaban su Dios solitario y eterno; los hijos de Cam que le enseñaban á esperar en la resurreccion de los muertos y á creer que el Universo es una gran suma de números, y las esferas y los astros una gran série de notas músicas y de incomunicables armonías; los hijos de Jafet que le mostraban que la forma humana por su hermosura es el tipo, el ideal del Universo; y con estos representantes de todas las razas iban allí los dioses asiáticos, cual una bandada de grullas é ibis sagradas, que, dispersas por el huracan, se juntan bajo el manto de la diosa Isis; y al par de los dioses, los magos, los theurgos, los hechiceros, los teólogos, los cabalistas, el jóven y riente genio helénico, y, entre todos, fundan

allí una escuela mística, panteista, sincrética, verdadera encarnacion de la conciencia de la humanidad en todos sus matices, y del pensamiento de este tiempo en toda su variedad y grandeza. *(Aplausos.)*

Algunos filósofos anunciaron préviamente la venida del jefe de esta escuela. Pero indudablemente su gran personificacion es Plotino, verdadera y espléndida encarnacion de la idea alejandrina. Por la biografía de Porfirio sabemos que nació Plotino en Lybea, que estudió en Alejandría, que profesó su ciencia en Roma, que acompañó á Gordiano en su guerra con los persas para recoger las ideas de estos pueblos, y adoptarlas en su mente; que indagó con gran cuidado las consecuencias que aún podrian dar los principios platónicos y las consecuencias que aún podrian dar los principios aristotélicos; que fué un místico, virtuoso en su vida, puro en sus intenciones, dado á la maceracion y al ayuno, menospreciador de su cuerpo hasta el punto de creerlo como una mancha de barro caida sobre su alma; poco cuidadoso de los bienes de la tierra que en nada estimaba y mucho menos al compararlos con los bienes de la inteligencia; astrónomo, porque en cada uno de los astros veia el resplandor de una idea así como en cada idea veia un astro y en el espíritu un cielo; músico, porque la música con sus inspiraciones le arrebataba, le elevaba en alas de la armonía al cielo y le auxiliaba con sus melodías á la contemplacion de las cosas en sí mismas; orador, que hablaba con alguna oscuridad, de vez

en cuando interrumpida por los relámpagos de brillantes metáforas; y, en fin, tan dado á pensar en Dios que tres veces lo sintió descender hasta su conciencia y habitar en ella y abrasarlo con su fuego, obligándole á pronunciar todos los dias su nombre santo é incomunicable, nombre que jamás se apartaba de su mente, nombre que fué la estrella de su ciencia, nombre sagrado, última palabra que se escapó de sus labios cuando le hirió la muerte enmedio de santa paz, como á Sócrates, porque habiendo vivido la vida pura de la ciencia, espiraba en la esperanza de la inmortalidad. *(Aplausos.)*

Plotino relaciona el espíritu con el sér absoluto; proclama que Dios está presente siempre en la conciencia; alza la filosofía como los grandes maestros á verdadera universalidad; reconoce en el trabajo espiritual y en las indagaciones científicas una manera de ocupacion divina; refiere todos los fenómenos y todo lo particular á la unidad; eleva el espíritu á la contemplacion de la verdad, de la bondad, de la hermosura en sí mismas; hace del éxtasis, no el silencio, no el aniquilamiento del alma, sino la contemplacion pura de Dios en el pensamiento; cree que al sér supremo ningun predicado conviene, ningun atributo corresponde; sostiene que la esencia de las cosas no está en lo que cambia sino en lo que permanece, no está en el fenómeno aparente sino en la unidad de la naturaleza; declara que de Dios todo emana, primero el Nous, que es la encarnacion de la

inteligencia divina y la actividad universal, y del Nous el espíritu, el movimiento que impulsa los mundos, y los obliga á concertar sus esferas, á formar sus luminosas parábolas, á beber su vida en ese mundo supra-sensible, ideal, donde están los modelos eternos, los eternos tipos bañados en la luz increada, y en cuya presencia el Universo con todas sus armonías, con sus miriadas de miriadas de mundos, no es más que un eco que se pierde en lo vacío, una sombra que se proyecta en lo infinito.

Pero, Señores, fuerza será esplicar con método esta filosofía que nos ha de servir de precedente para tratar muchas cuestiones, de premisa para deducir muchas consecuencias. Toda filosofía es un método, un sistema, y abraza en sí la naturaleza, el espíritu, Dios. Toda filosofía es una dialéctica, una cosmológia, una psicológia, una theodicea. Veamos primero el método de los alejandrinos para llegar á la verdad. Las Enneadas de Plotino no son metódicas aunque sean sistemáticas. Su principal instrumento no es el raciocinio, es la inspiracion, y la inspiracion, como la poesia su hija, es más hermosa que ordenada y metódica. Plotino escribia sobre la rodilla, agitado por su númen celeste, lleno de Dios, henchido de inspiracion; y arrojaba sin órden sus pensamientos á un mundo devorado por la sed insaciable de lo infinito, por la fiebre del misticismo. Sus discípulos recogieron sus pensamientos y formaron las Enneadas. El método de la verdad es el siguiente. El

alma aspira á la verdad suprema y al supremo bien, y en este mundo solo ve apariencias, solo ve sombras, y para llegar á un mundo superior necesita de la armonía, del cántico que es el número y la medida y la proporcion de todas las cosas, la armonía que le abre las misteriosas puertas del santuario de lo sensible; y necesita el amor que busca con sed anhelante la hermosura, la forma de todos los séres para confundirse en eterno beso con todos ellos; pero la armonía, el amor, el cántico, el deseo, lo encubren todo con el espeso velo de las formas, con las sombras de la realidad; velo que solo se rasga, sombras que solo se desvanecen, cuando la inteligencia pura, en la cual se confunden el sujeto y el objeto del conocimiento, mira cara á cara la verdad en sí, la verdad en su esencia, que no es varia ni multiforme, sino una y eterna, fondo de todas las ideas y de todas las cosas, norma suprema que todo lo ilumina, que rasga las tinieblas del mundo sensible como venida de lo alto, que no es nuestra, sino de otro sér superior, porque mientras la sensibilidad y la imaginacion son nuestras, siempre nuestras, son la individualidad concreta de nuestro carácter, el pensamiento, que es el inteligible supremo, desciende sobre el alma fugazmente, y nos obliga á cerrar los ojos á este Universo sensible, inmenso círculo de fantasmas y de sombras, y nos eleva al eterno sol, á la ciencia eterna, á la unidad superior, en cuya contemplacion el alma se vuelve tambien divina, pues así como el frio hierro enroge-

cido al fuego ilumina y quema como el fuego, el pensamiento con el esplendor que recibe en la esencia de Dios, se diviniza, y recoge en sí, y baña en su misma luz celestial todo el Universo.

Sigamos, Señores, con paciencia esta exposicion nunca muy exacta porque es difícil la exactitud en las exposiciones orales, pero todo lo aproximada á la verdad que es posible á mis escasas fuerzas. Cuatro medios hay de conocer para los alejandrinos: la sensibilidad, la esperiencia, la razon, el éxtasis. La sensibilidad es como la apariencia del mundo esterior que deja solamente en el espíritu sombras de las cosas. La esperiencia es como la reunion de datos suministrados por la sensibilidad, las sombras algun tanto esclarecidas por destellos de luz interior. Pero de la esperiencia no se deriva el conocimiento porque lo contingente no enjendra lo general y el fenómeno de ninguna suerte de la ley. La razon tampoco da el conocimiento pleno, puesto que la razon no puede definir las ideas ni conocer las cosas sino por sus contrarias. Las leyes eternas de las cosas no son concepciones del espíritu, ni están en nosotros, ni en el mundo, están en un sér superior á nosotros, y superior al mundo. Por consiguiente, si bien por la sensibilidad podemos conocer el hecho y el individuo y por la esperiencia una série de fenómenos, y por la razon una generalidad mayor de ideas, por el entusiasmo, por el éxtasis podemos solamente comprenden las ideas en sí. La esperiencia está sobre la

sensibilidad, la razon sobre la esperiencia, el éxtasis sobre la razon. La filosofía es la ciencia del sér. Y no solo es la ciencia del sér puro, sino de todo aquello que del sér puede afirmarse. Lo que del sér puede afirmarse es lo que llamamos categorías. Los pitagóricos afirmaban de los séres lo contradictorio, lo finito y lo infinito, el amor y el ódio, y deduciéndolo todo del número reducian la ciencia á una pura álgebra. Los peripatéticos admitian diez categorías. El defecto de estas categorías consistia en que unas se hallaban contenidas en otras, y en que referian á la materia leyes esclusivamente propias del espíritu, y al espíritu leyes esclusivamente propias de la materia. Segun la filosofía alejandrina, el mundo supra-sensible escluye las categorías. Estas solo son aplicables á un mundo inferior. La unidad en su sencillez primitiva no tiene cualidades, no consiente categorías. La inteligencia admite la identidad y la diferencia; el alma la esencia que es la virtualidad de la vida y la vida que es la realizacion de la esencia; la vida el movimiento y el reposo; los séres la materia y la forma; las categorías son pues sustancia, relacion, cuantidad, cualidad, y movimiento; categorías que tienen una realidad fuera del mundo sensible. Y hé aquí, Señores, como la cuestion de los universales que atormentó á la Edad Media, estaba ya planteada por la filosofía alejandrina.

Pero sigamos en nuestra exposicion. El hombre es un sér compuesto de cuerpo, de principio vital, y de

alma. El alma no está formada de atómos, como decia Epicuro, porque cada uno de los atómos tendria las virtudes primitivas del alma; no es un soplo, como decian los estóicos, porque el soplo es fugaz y el alma es inmortal; no es cuerpo, como creen los materialistas porque el cuerpo es compuesto y estenso, y el alma es simplísima, y tiene intuiciones y pensamientos de todo punto incorpóreos; no es tampoco armonía como decian los pitagóricos, porque toda armonía es un efecto y el alma es una causa; no es una entelechia, un principio de la vida del cuerpo como decian los peripatéticos puesto que tiene cualidades de que carecen los cuerpos; el alma es, pues, el centro de todas las sensaciones, la fragua de todos los pensamientos; es inmortal emanacion del espíritu divino que en vez de estar encerrada en el cuerpo cual cree el vulgar sentir, rodea todo el cuerpo como una atmósfera inmensa; y por la sensacion conoce los objetos, más no recibiéndolos pasivamente como la cera el sello, sino apropiándoselos con su actividad que penetra los cuerpos; sin perder nada de su pureza; y por la imaginacion que se divide en sensible é intelectual esculpe, pinta la idea en la mente; y por el raciocinio sube de las formas esteriores á las verdades puras; y por la voluntad donde concluyen las sombras de la vida sensible y nace la aurora de la vida intelectual cumple su ley y se conforma á su fin; y por la contemplacion y el éxtasis abre sus alas para ascender á lo infinito, y deja este mundo de la realidad

donde los séres se ven al revés como los árboles en el cristal de las aguas, y se para y se suspende y mira fijamente el centro de la vida intelectual, Dios, pues, el alma es como el águila que se levanta de su nido de barro, agita el viento, alza su soberano vuelo, traspasa el seno de las nubes, siente herir el rayo bajo sus alas y estrellarse el huracan en su pecho, menospreciá la tierra que se pierde como un grano de arena en los cerúleos abismos; y reina de lo infinito, perdida como un astro errante en los espacios; descompone en sus plumas la luz en mil varios matices, recibe en su retina mas dura que el diamante el rayo del sol, y entona un cántico de triunfo que domina el ruido de todas las cosas y que se pierde como un clamor de la naturaleza en la inmensidad de los cielos *(Estrepitosos y repetidos aplausos.)*

Pero el alma tiene relaciones con el mundo. Por consiguiente al lado de la psicología encontramos la cosmología. Plotino no admite la idea de la creacion que Platon da en el Timeo. Para el gran fundador del espiritualismo, para Platon la materia primera estaba informe, oscura en un principio, arrebatada por un huracan sin término y sin freno que la diseminaba por los sombríos espacios en silenciosa y eterna noche, hasta que la palabra divina la desbastó como desbasta el cincel del artista el duro mármol, y ahuyentó la tempestad que reinaba en aquel asilo de la muerte, y encendió la luz, y arrojó sobre los espacios el áureo ether llenándolos de

amor y de vida, y dibujó la primer aurora de la primer mañana de la armonía universal, y sembró á los cuatro vientos los mundos y los planetas, y colgó las gasas de las nebulosas en los confines del Universo, y dió el compás que debian formar en su música eterna, en su sinfonía infinita los luminosos globos, y encendió el sol como el fuego sagrado que debia arder en el altar de la naturaleza; y despues de contemplar la ebullicion de tanta vida, las ondas de tanta luz, las escalas de tantos séres, los matices de tantos colores, la respiracion inmensa de aquella fragua que forjaba mundos y más mundos en los eternos moldes de las ideas, le infundió con amor un soplo de su inagotable espíritu *(Estrepitosos aplausos)*. Plotino no admite la creacion de esta suerte: para el jefe de la escuela alejandrina la unidad está en la cima del Universo, en el santuario de la eternidad, inmóvil y absoluta; y en un grado inferior está la inteligencia divina en la cual se hallan los tipos de todos los mundos existentes y posibles; y en otro grado inferior el alma universal que es el tercer término de la trilogía, y se halla en el límite que hay entre Dios y el mundo, y está en el mundo como la unidad en el número, como el centro en la circunferencia, el alma universal, que recoge la vida que desciende á manera de inmensa catarata del seno del Creador, y produce gerárquicamente, primero los astros, luego los animales, luego las plantas todos los séres, los cuales pasan por el espacio como las nubes por el cielo, y vuelven á su orígen para modelarse en la

idea que los ha engendrado y que los anima á todos en una misma vida, y los envuelve á todos en una inmensa atmósfera, fuera de la cual moririan como el pez fuera del agua, como el hombre fuera del aire; porque todos los séres se encadenan en série perfecta desde la unidad suprema que es Dios hasta la última materia que toca ya en los límites del no sér, en los confines de la nada. De suerte que la vida divina se difunde, segun Plotino, como el aroma que se exhala de una flor, como los acentos de una gran armonía, como los átomos dispersos de la luz, como el vapor de las aguas, como los rumores de las selvas, como el fuego de la tempestad; y todos los séres no son más que formas varias que la vida divina toma sobre el movible oceano del espacio, enrogecida por el calor de esa gran fragua que llamamos Universo.

Pero la existencia del mundo supone la existencia de un primer principio, la existencia de la unidad; la existencia de Dios. Señores, Dios, que es la unidad suprema, no puede tener ningun atributo, ninguna cualidad porque es incomprensible para la razon, inefable para el labio; Dios es simplísimo, independiente de toda condicion; sin formas, aunque sea la matriz de todas las formas; es la accion pura, inmanente en que no se diferencia la idea del objeto, el propósito del acto, el deseo de su cumplimiento; es la libertad en toda su grandeza, en su incondicionalidad absoluta; es la perfecta hermosura de la cual ni reflejo, ni trazo conservan los

séres más hermosos; es el amor primero sin el que no serian fecundas las entrañas de la naturaleza; es el Uno, pero Uno incomprensible, que se puede definir más por lo que no es que por lo que es; el Uno que no es criatura, el Uno que no es Mónada, el Uno que no es número, ni lo que nosotros entendemos por inteligencia, ni lo que nosotros entendemos por razon, sino algo más que lo supra-sensible, algo más que lo superior al pensamiento: la raíz misteriosa de que brota la sávia por la cual florece el árbol del Universo; el fuego que produce y encierra el calor de la vida en todas las cosas; el eterno sol del mundo espiritual y del mundo sensible; el inmenso rio que desprendiéndose de la eternidad á manera de una catarata y chocando en los espacios infinitos, se levanta de nuevo en un vapor lleno de vida á las alturas, y se estiende, y se difunde, y se irradia, y siembra de séres todos los espacios y produce toda la creacion.

A primera vista, Señores, parece que hay contradiccion clara entre esta inmovilidad del Uno y las imágenes que pintan su difusion y movimiento, imágenes que he recordado despues de haber leido hoy mismo la Enneada sesta en su párrafo octavo. Pero esta unidad inmóvil y esta energía en perpétuo movimiento se concilian en la trinidad divina de los alejandrinos, muy superior á la trinidad india que es el equilibrio de dos fuerzas, y á la pitagórica que es la suma de tres números, y á la misma platónica que es un conjunto de tres

diversas maneras de considerar á Dios. El primer principio es el Uno, indivisible, inmutable. El segundo principio es el Nous, la inteligencia, el Verbo, el logos, el ideal del mundo inteligible, tambien inmóvil. El tercer principio es el espíritu, el alma universal, que irradiándose por los espacios, crea el mundo, y lo comunica con la inteligencia ó con el Verbo que es su ideal, el Verbo que á su vez lo comunica con el Uno, que es la esencia primera divina. El Uno procede de sí mismo, el Verbo del Uno, y el Espíritu procede del Uno y del Verbo. Pero el Uno, el Verbo, y el Espíritu no son tres dioses distintos, sino tres hipóstasis de un solo Dios. La inteligencia proviene del Uno, y por eso la inteligencia aspira eternamente á la unidad. El alma universal procede de la inteligencia, y por eso al través de las gerarquías de los séres va elevándose hasta reconocerse en el hombre. Pero Dios ó el Uno, el Verbo ó la inteligencia, el alma universal ó el espíritu son un solo y único Dios idéntico siempre á sí mismo desde toda la eternidad. ¿Cómo estas tres hipóstasis son un solo Dios? Tanto valdria preguntar cómo dos fuerzas contrarias forman una tercera, y las tres reunidas el equilibrio universal; como materia forma y espacio componen la naturaleza; como cuerpo principio vital y espíritu forman el hombre; como sensibilidad inteligencia y voluntad forman el alma. El motor inmóvil de Aristóteles, el Dios-inteligencia de Pitágoras donde está la numeracion ideal del mundo sensible, y el Dios de la

dialéctica de Platon han formado la Trinidad alejandrina, la Trinidad, problema que ocupa la conciencia de los cristianos desde San Juan hasta el Concilio de Nicea.

El antiguo mundo ha llegado á la más alta concepcion que de Dios pudo tener, atendidas sus ideas. Me parece que en este instante veo al mundo clásico de rodillas, en el polvo, triste como un cenobita, macerado como un penitente, reconociendo que el Universo sin Dios seria una tempestad revolcándose en lo infinito, que el espíritu sin Dios seria una telaraña colgada en lo vacío, que á Dios busca el mar con sus nubes y sus blanquecinos vapores, á Dios los volcanes con su fuego, á Dios el ave con su cántico, á Dios la niebla que surge de la tierra en la mañana y convertida en rocío vuelve á caer como una lágrima sobre su seno, á Dios que se revela á su espíritu en lo infinito, envuelto en la luz increada, coronado por la eternidad, exhalando de su aliento la vida, sosteniendo en una mano el Universo material, y en otra el ethereo cielo por donde vagan los espíritus, Dios, que esparce el infinito amor sobre la naturaleza, que lanza de su frente el rayo del sol y de sus labios los arquetipos de las ideas, que dice á cada astro á cada mundo la nota que han de producir en la música universal de las esferas, que penetra con su luz todos los séres y los conserva con su providencia, que reune en el foco de su idea increada todos los rayos rotos y dispersos de la vida, y que pasando como una

vision ante los ojos de un mundo, ya ciego con la ceguera de la muerte; lo despierta un instante, para que tenga la vivida lucidez de la agonía, y cayendo sobre su espíritu, lo calcina, lo quiebra como la luz demasiada viva calcina y quiebra la pobre lámpara que la contiene *(Estrepitosos aplausos.)*

Esta doctrina, que á pesar de sus errores indudablemente es una de las doctrinas más puras que la antigüedad nos ha legado, se plantea como opuesta al Cristianismo, cuando tiene algo de su misticismo, algo de su menosprecio por los bienes del mundo, algo de su empeñó por domar la carne y los sentidos; y se adscribe á la defensa del paganismo, de la religion de los sentidos, de la religion de la hermosura material, de la religion de la naturaleza, que los alejandrinos consideraban como la sombra que se perdia ya en los dominios de la nada. Indudablemente las causas de este fenómeno se encontraban, más que en las consecuencias de las ideas alejandrinas, en sus antecedentes, y en su prosapia. El Cristianismo se derivaba del judaismo, y á pesar de ser sus ritos, ceremonias y enseñanzas prácticas tan contrarias á los ritos, ceremonias y enseñanzas prácticas del judaismo, proclamaba que esta religion era como la premisa eterna, como la eterna raíz de su doctrina. El sincretismo alejandrino de ninguna suerte queria renunciar á su ilustre genealogía, á sus Orfeos que construyeron ciudades con los acordes sonidos de sus liras, á sus Homeros que poblaran de dioses la naturaleza, á

Fídias que divinizára con el cincel los mármoles, encerrando en ellos una chispa del fuego del cielo. Querian evitar, á toda costa, por todos los medios imaginables, la muerte de Grecia, de la artista de la historia, de la eterna musa de la poesía, de la nacion hermosísima que enseñára el cántico al género humano, y que, herida en el corazon, veia sus templos cerrados, sus oráculos mudos, sus escuelas solitarias, la yerba creciendo entre las junturas de las piedras de sus altares, sus dioses prisioneros en el panteon, cayendo exánime sobre tantas ruinas, quejándose con lamento parecido al gorjeo de un ave despojada de su nido, á la última vibracion de una lira que estalla, al último pensamiento de una imaginacion que se apaga; por que si es triste la muerte de todos los pueblos, es más triste, Señores, más dolorosa la muerte de Grecia *(Aplausos)*. Y como aquellos filósofos creian que la vida griega estaba vinculada en el paganismo, y veian tambien que el paganismo estaba muerto, trataron de animarlo con una nueva idea, y crearon una nueva simbólica, un paganismo espiritualista en que los dioses conservaban solo sus antiguos nombres. El Cielo, Uranos, era la unidad divina; Saturno la inteligencia en que reside el ideal del mundo sensible; Júpiter el alma universal que se estiende como el sol por toda la naturaleza; Rhea la nodriza que alimenta á sus exhuberantes pechos todas las cosas; Hermes la fuerza generatriz de la razon; Venus la armonía que ordena en acorde música todos los séres y la eterna

hermosa forma de la naturaleza; Eros el amor universal sin cuyo fuego no habria vida; Pandora la coleccion de fuerzas del Universo; las náyades, las ninfas, las nereidas que se deslizan por los arroyos, que cantan en las hojas de los árboles, que dejan huellas de flores en las selvas, que gimen allá en las profundidades del oceano y se coronan de espumas y se visten con los matices dados por la luz á las olas, son las almas encerradas en la materia, que se levantan en aromas, en vapores, en sonidos, en deseos á los cielos *(Aplausos)*. Y espiritualizado de esta suerte el paganismo, aquellos filósofos espiritualizaban tambien su culto y aconsejaban á los paganos que en vez de mie, y flores, y cánticos, y danzas ofrecieran á sus dioses el sacrificio, el holocausto de las pasiones, un alma pura, un corazon recto, una conciencia limpia. Solo así, solo convirtiendo los dioses en ideas creian posible aquellos filósofos salvar de segura muerte el aterido paganismo. Por eso se llamaron los filósofos alejandrinos, filósofos neo-paganos.

Señores: no ha faltado actualmente quien haya querido comparar á los neo-paganos con nuestros neo-católicos *(Risas)*. Al oirme pronunciar esta palabra, de seguro creeis que voy á tomar venganza. No, no lo creais. Nada me estraña menos que la saña de los neo-católicos contra mí, nada me satisface más. ¿Por qué no me han de odiar si yo quiero el progreso y ellos la reaccion, yo la luz y ellos las tinieblas, yo la libertad

del pensamiento y ellos su servidumbre, yo la democrácia universal y ellos el despotismo? *(Estrepitosos aplausos)*. ¿Por qué no me han de odiar si yo digo que el Cristianismo trajo la libertad, la igualdad, la fraternidad, y ellos creen que el Cristianismo es cómplice de todas las tiranías, es la marca de la esclavitud que llevan los pueblos en su frente? Yo no creo que odian en mí la persona que no les ha hecho daño, que nunca les causará el más leve mal; creo que odian la idea, que hace y hará siempre á sus ideas todo el daño que pueda *(Ruidosos y prolongados aplausos)*. Solamente que yo para que desaparezcan quiero que hablen, que prediquen, y ellos tienen tan poca fé en sus ideas que piden hoy que me fuerzan al silencio, para pedir mañana que me quemen, y pasado mañana que no me entierren *(Vivos aplausos)*. No comparemos á los neo-paganos con los neo-católicos. Los neo-paganos avivaban una religion muerta y los neo-católicos matan una religion viva; los neo-paganos espiritualizaban un simbolismo sensual y los neo-católicos materializan una idea, toda del espíritu; los neo-paganos eran amigos de la discusion y de la ciencia, y los neo-católicos son escépticos, enemigos de la razon humana; los neo-paganos eran místicos, ascetas y los neo-católicos al uso arrastran sus penitencias y su maceracion por los festines, por las redacciones de los periódicos *(Risas)*; los neo-paganos eran idealistas y los neo-católicos, á manera de los judíos carnales, creen que el pedazo alodial de la tierra de un rey deshecho

ya en las ideas de nuestro siglo está unido el reino de los cielos; los neo-paganos conjuraban al paganismo para que progresára y fuera en pos de un ideal superior, y los neo-católicos no tienen religion, puesto que han hecho de la doctrina de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad una evocacion para que se despierte el absolutismo, la censura, la inquisicion, los mónstruos que encadenaron y soterraron nuestros padres, y que no se levantarán, porque las generaciones presentes prefieren mil veces á la deshonra de la esclavitud el glorioso sacrificio del martirio. (*Ruidosos aplausos y aclamaciones.*)

Pero, Señores, volvamos á las luminosas esferas de la ciencia. El paganismo, ni aún restaurado, podia satisfacer con verdadera satisfaccion á la conciencia humana. El estado religioso del pueblo pagano era cada dia más triste, cada dia más desesperante. La fé habia muerto, y con la fé poco á poco se iba estinguiendo el culto. Las diversas clases de la sociedad, segun su estado, aparentaban más ó menos religiosidad; pero todas estaban heridas del mal de una religion que se moria. El paganismo muerto en las inteligencias elevadas era solo pasto de pobres, enfermas, y oscuras inteligencias. ¡Ah! No era, no, la flor que atrae las mariposas, era la llaga que atrae las moscas. Los repúblicos, creyendo que la sociedad no podia vivir sin los antiguos dioses, sin las ceremonias antiguas, mantenian la religion como una de las leyes, como una de las institucio-

nes, como el carcelero, como el lictor, como el verdugo, pero no se curaban de la verdad de esa religion, ni sentian en el alma sus inefables consuelos, ni veian brillar el resplandor celeste en la frente de sus dioses. Los repúblicos miraban á la idea política, pero no á la idea religiosa. El sacerdocio pagano, despojado del gobierno de la sociedad, corto en ciencia, largo en vicios, desacaudillado de los héroes de otros tiempos, y sin la fé de sus mayores, no tenia empeño en avivar la idea, la creencia; contentábase con guardar el culto, las hecatombes, los sacrificios, la víctima al pié del ara, las coronas de flores sobre el altar, el braserillo humeando olorosas esencias, el ídolo resplandeciente, el coro danzando y el cántico estendiéndose acompañado de alegres sinfonías por los espacios del Templo. El sacerdocio pagano se curaba del culto y no se curaba de la moral. Los sabios cuyas ideas podian animar la antigua religion, encenderla en nuevo espíritu, dar al menos un sentido á su símbolo, desde las alturas de su ciencia desdeñaban la fé, y la tenian por el velo tupido que oculta la verdad á la mente. El sentimiento y las creencias morian á los ojos de su razon. Los artistas, los poetas no miraban la idea religiosa como una ley moral, sino como una fuente de inspiracion; para ellos era el paganismo sagrado, porque puso la lira en manos de Homero y el cincel en manos de Fidias; porque trasformaba en dioses las gotas de rocío, las flores del campo, las estrellas del cielo; porque hacia gemir con el cántico de las

ninfas las selvas, con el cántico de las nereidas los arroyos, con el cántico de las esfinges las ondas; porque su Apolo era el eterno sol de la conciencia, y sus musas los eternos númenes de la fantasía que llenaban de flores la vida; porque fuera del paganismo no creian posible que se conservara ni un dia la inspiracion en la mente de los hombres, incapaces de adorar dioses más hermosos que aquellos dioses de Homero, vestidos de luz, coronados del iris, serenos entre las nubes resplandecientes del Olimpo, y que hacian sonreir con su eterna sonrisa todo el Universo. ¡Pobre religion sin más defensa que su hermosura! Y como resultado de todo esto, el pueblo, el postrer asilo de las ideas y de los penates de todas las religiones, el pueblo creia, sí, pero creia fetichistamente, creia que el Júpiter de mármol era el mismo Júpiter celeste, que Venus estaba en el templo y no en el Olimpo, que las estátuas de los dioses eran los dioses mismos, que para ser religioso le bastaba asistir á las ceremonias aunque no comprendiera su sentido ni adorára su espíritu, que las ofrendas y no las buenas acciones eran aceptas al cielo; sentido religioso que lejos de mejorarlo y revelarle su conciencia y darle el conocimiento del bien y del mal, reducido á la esclavitud de la materia, lo hacia incapaz de toda fé religiosa. Así el paganismo exhausto se moria en sus templos porque el fuego de la fé ¡ay! no encendia su vida.

Pero una idea religiosa que parece tan etérea, tan impalpable, tan espiritual, tiene sin embargo en sí la

realidad de la vida, y se organiza en leyes é instituciones. Como el sol que apartado de nosotros fecunda los campos, la religion fecunda la vida del espíritu, y la vida tambien de las instituciones. El Imperio, la aristocrácia, la ley, el derecho vivian al calor del paganismo. A medida que el paganismo languidecia, tambien languidecia el Imperio como el cuerpo enflaquece y desmaya cuando el espíritu está apenado y triste. El pueblo romano admitia todas las religiones viejas porque á todas las habia marcado con el sello de su dominio, porque á todas las habia herido con la espada de sus victorias. Pero no podia admitir una religion que le arrancaba el espíritu de la humanidad, que desafiaba su colosal poder, que traia principios capaces de matar la autocrácia en el César, el privilegio en los patricios y la servidumbre en el pueblo, una religion que despertaba la esperanza de libertad en el ánimo del esclavo, y que resucitaba la palabra humana, el gran terror de los tiranos. La sociedad antigua, pues, volviendo sobre sí misma, comprendió que le era indispensable reanimar sus dioses, avivar su culto. Pero el antiguo sentido religioso no era bastante á satisfacer las nuevas necesidades del espíritu. Conservando el símbolo, los dioses, la forma del culto, las ceremonias, los augures, los colegios de sacerdotes, el paganismo debia admitir en su faz surcada por las arrugas del tiempo el soplo vivificante de un nuevo espíritu. El ánfora era la misma; pero variaba el licor. Así nació el neo-paganismo. La

religion pagana se prestaba mucho á esta gran trasformacion, porque no tenia un dogma claro, ni un libro escrito, y porque en su larga vida, y en su dilatada carrera desde los templos de Oriente á los mares de Grecia se habia despojado muchas veces de su espléndida vestidura, y habia tomado mil matices y mil formas. La religion pagana, pues, debió recibir un nuevo espíritu. ¿Dónde podia haber una idea más pura, un dogma más elevado, que en la escuela alejandrina? El espíritu de la escuela alejandrina fué, pues, el nuevo espíritu del paganismo.

El hombre destinado á realizar esta union del paganismo con la escuela de Alejandría fué Porfirio. Tenia un libro nuevo para esta trasformacion, las Enneadas de Plotino. Pero necesitaba un libro viejo, y acudió á las obras de los poetas, que si no habian creado los dioses, los habian esculpido con su cántico en la conciencia humana. Eran los poetas los más dignos intérpretes de la forma pagana, como los filósolos debian ser los más dignos intérpretes de su espíritu. El empeño, pues, el grande empeño de este filósofo fué animar la vida de los dioses, sus metamórfosis, con el fuego de las ideas. Así creia tener en sus manos el amuleto para matar el Cristianismo, aquella despreciable religion de judíos, de esclavos, que adoraba por Dios un hombre cuya vida fué la miseria, cuya muerte fué el suplicio. En su ódio entraba por más, por mucho más el judaismo que el Cristianismo. ¿Qué podian ofrecer estas

dos religiones comparable á la idealidad, á la hermosura del paganismo? El mal del paganismo, segun Porfirio, estaba en que se habian materializado sus ideas y perdido el espíritu moral de sus dogmas. Pero la escuela alejandrina con su exégesis resucitaba ese espíritu. Nada á primera vista más grosero que el viejo Saturno alimentándose de sus hijos; pero nada más grande, si se considera que Saturno es la inteligencia humana alimentándose de sus ideas. Nada más ridículo á primera vista que el mitho de la manzana de la discordia. Tres diosas ven caer una manzana de oro á sus pies, y un pastor es el destinado á dar la manzana á la mas hermosa. Las tres se muestran desnudas á sus ojos, luciendo todas sus gracias, toda su espléndida hermosura. Pero el pastor dá la manzana á Venus. Oid, Señores, la esplicacion de este mitho por Salustio. Las diosas reunidas son las diversas virtudes y potencias de la naturaleza; la manzana es el mundo; Páris es el espíritu sensible, el primer grado de la vida intelectual, que en su ceguera, solo alcanza á columbrar la hermosura de la naturaleza. De esta suerte, á la luz de la filosofía alejandrina, el paganismo se descomponía y su alma se escapaba de su seno.

Para transigir con el antiguo espíritu pagano y para deslumbrar al pueblo la escuela alejandrina recurria á la mágia. Esta ciencia estaba fundada en las relaciones del espíritu con la naturaleza, y en los misterios de la afinidad de los séres. En efecto, Señores, observad la creacion y vereis qué misteriosas é inesplicables armo-

nías reinan en su seno. La aguja imantada mira el Norte como si en el Norte hubiera un pensamiento de amor; la sensitiva pliega sus hojas y se recoje en sí misma cuando la toca la mano del hombre; la mirada de la luna, esa casta y tranquila mirada que se parece al primer rayo de pasion escapado de los ojos de una vírgen, ensoberbece hincha de orgullo el oceano; las hojas de las selvas purifican el aire que respiramos, y recojen con placer delirante nuestro aliento; el vapor que se alza del lago por la tarde como una idea escapada de las entrañas de la tierra se deposita por la mañana como un recuerdo, como una lágrima sobre la corola de las flores; los astros se miran unos á otros con gozo, se atraen con fuerza, se envian al través de los espacios infinitos los rayos de su luz y se aman mútuamente, bañándose en las ondas del ether; la electricidad, el centellear de las estrellas, el magnetismo, el calor, todo eso que parece el esfuerzo de la materia para convertirse en espíritu todo eso está animado por un agente invisible, por un principio que arrastra los átomos de la materia unos en pos de otros, y que se llama el amor, la pasion, la afinidad universal, verdadera alma de la naturaleza (*Prolongados aplausos*). Pues bien: los alejandrinos creian en su espiritualismo que esta influencia de unos séres sobre otros séres, y este amor de unos mundos por otros mundos, consistian en ciertas fuerzas que á su vez consistian en ciertas palabras, emanaciones del espíritu universal, y estas

palabras misteriosas reveladas solo por la virtud de las ideas divinas, eran las que pronunciaban en los misterios, en la soledad de las iniciaciones, cuando necesitaban conjurar á Dios para que dejase caer algunos de sus resplandores sobre la materia, ó elevar la materia para que recibiese algun aliento de la vida de Dios. Y con la mágia creian idealizar á un tiempo el culto y conservar toda la supersticiosa y fortísima influencia que ejerciera el culto sobre el pueblo.

Pero lo que principalmente constituia la superioridad del Cristianismo y su fuerza incontrastable sobre todas las ideas y todas las conciencias era su moral. Por eso Porfirio pretendió crear tambien una moral que sustituyese con ventaja la moral cristiana. Pero de su panteismo idealista no podia derivarse una moral tan pura como la moral del Cristianismo. En su doctrina las almas teniendo una vida anterior á la vida terrena, vagaban por los espacios como el aroma, como los sonidos, como la luz, hasta que cometiendo en esa vida primera una falta, mancharon sus alas en el cieno de la materia, y cayeron sobre los cuerpos; y forzadas por la ley de espiacion á purificarse para cobrar su pristina pureza, tócales en esta vida, pasar de un sér á otro sér en progresion ascendente ó descendente, segun su mérito ó desmérito, hasta que libres de toda culpa, limpias de toda mancha, eterizadas de nuevo y de nuevo llenas del aroma divino, puedan perderse y espaciarse en el oceano sin límites del espíritu universal. Como se ve, en la

moral alejandrina ni es clara la responsabilidad humana, ni su libertad, ni esta por tantos conceptos augustísima idea de nuestra personalidad, alzada sobre la cima de la creacion, para no perderse ni en lo infinito, que son las grandes revelaciones del Cristianismo. Para sostener las almas en esta vida de prueba, la escuela alejandrina llenaba de séres espirituales y divinos los espacios. Leed á Jamblico. En la cima de la creacion Dios; entre Dios y el espíritu los dioses; entre el espíritu y la materia los genios y los héroes, que unen el cuerpo con el alma en el hombre; y entre el alma y lo infinito la oracion, el éxtasis, que son las alas para subir de nuevo al cielo. Pero como el alma sube por la oracion á Dios, así Dios baja á nuestra alma por las evocaciones theurgicas. Los séres que reciben estas evocaciones y las elevan al último cielo, son los genios masculinos que están en el sol, y los genios femeninos que están en la luna, genios de cuyos amores nacen las criaturas. Así en el hombre hay dos almas, una superior que es de Dios, y otra inferior que baja de los astros. Pero, Señores, ¿á qué hemos de cansarnos con estas esposiciones? Ellas prueban que la escuela de Alejandría resucitaba todos los dioses, todas las theogonías, todos los recuerdos del mundo clásico, y todos los dioses, todas las theogonías y todos los recuerdos del mundo oriental, sin más objeto, sin más fin que llenar con el polvo de tantas ruinas, con los restos de tantos naufragios, los hondos y oscurísimos abismos del espí-

ritu humano para que no cupiese en su seno el Cristianismo.

Todos los medios morales y materiales tentó la escuela alejandrina para este fin, todos. Comparó el Génesis con el Timeo y encontró inferior el Génesis. Sacrificó Moisés en eras de Platon. Desconoció la virtud divina del sacrificio del Calvario. Llenó la tierra de genios, los aires de ángeles, los astros de arcángeles, y el cielo de la idea de Dios para apagar la sed de lo infinito en el hombre; para iluminar todos los espacios de su alma. Creó nuevos ideales de moral, ya en personages históricos cercanos, ya en personages históricos lejanos de su tiempo á fin de eclipsar la divina figura de Cristo que se alzaba pura sobre la cuna de la nueva civilizacion. Ciñó, ya á las sienes de Apolonio Thianeo, ya á las sienes de Pitágoras, la corona de la redencion del Universo. Tuvo sus oradores que fueron á Atenas á evocar la sombra de la filosofía antigua, y á Roma á armar su brazo para defender espiritual y materialmente el paganismo. Tuvo sacerdotes que subieron al Olimpo, que bajaron á las cavernas en pos de los antiguos dióses para obligarlos á que corrieran á animar el antiguo ideal clásico moribundo y eclipsado. Tuvo emperadores que abrieron las puertas de los templos, y levantaron los altares, y pusieron sobre los altares los dioses, y atizaron el fuego del sacrificio, y coronaron el ara de flores, y prorrumpieron en el cántico de los antiguos poetas, y llamaron de nuevo á las muchedumbres á

postrarse de hinojos en el seno de los olvidados misterios. Pero ¿qué dió de sí esta grande reaccion? Dió una modificacion del antiguo paganismo, dió lo que podemos llamar el helenismo, la idea del gran Themistio, es decir, el paganismo idealizado, ó mejor dicho, el paganismo muerto. Es el helenismo una religion que tiene su Dios único en el cielo, en la eternidad; su trinidad que llena todo el espíritu y toda la naturaleza; su dogma de encarnacion de un Dios en el hombre, su dogma de redencion; su moral que obliga al espíritu á limpiarse de sus manchas en una vida progresiva; su culto religioso, culto de la idea, del corazon; sus ángeles, sus arcángeles que se deslizan en las ondas del aire y en las ondas de la luz, y llenan como el aroma del espíritu divino toda la creacion; su Iglesia gerárquica; y su esperanza de reunir todos los hombres en una idea, y reanimar los antiguos dioses bañándolos en las puras y santas emanaciones del espíritu universal. Pero ¿qué era esto sino la muerte del paganismo que se disipaba como la nube de humo del holocausto en el seno de la idea cristiana? Desde el instante en que el paganismo desconocia su orígen, su fuente misteriosa, la vida de la naturaleza, y tomaba alas y se alzaba á la vida del espíritu, iba á perderse en la nueva luz como el brillo de las estrellas se borra en los resplandores del dia. El paganismo estaba muerto. Debemos reconocerlo, debemos proclamarlo, el paganismo en la escuela de Alejandría espiraba con dignidad, es-

piraba con gloria, espiraba por abrir su corazon y su conciencia al soplo divino del espíritu, sin abandonar sus dioses. La empresa era grande, por lo mismo que era imposible, digna del genio que gusta salvar los abismos. ¡Cuán fácil debia parecerles conservar dioses que aún tenian templos y aras y reinaban con todo su esplendor en el corazon de las muchedumbres! ¡Cuán difícil nos parece á nosotros que asistimos al juicio de Dios, al juicio de la historia aquella insensata empresa! La Providencia proteje á los suyos, la Providencia salva á los que pugnan por mejorar las condiciones humanas, por estender su revelacion eterna, por cumplir la justicia. Las reacciones son siempre imposibles. Génio, poder, glorias, ideas, todo, todo fué vencido. Ningun conjuro, ni místico, ni idealista, ni mágico bastó á salvar los ateridos dioses. Sí, sí murieron, Señores. Nada pudo reanimarlos. El Olimpo se cubrió de sombras, el iris se desvaneció en lluvias; los carros de nubes en que los inmortales iban á visitar los aires se rasgaron entre las ráfagas del huracán; apagóse la luz celeste; cayéronse las diademas de las frentes divinas; el rayo no obedeció la voz de Júpiter; invisibles aceradas flechas se clavaron en el corazon de los dioses; las aras, los templos fueron polvo, los sacrificios humo, las ceremonias juegos infantiles de viejos moribundos, los cánticos ecos del estertor de la agonía, la naturaleza un desierto que ya no vió el dios Pan por las selvas, ni la alegría de Baco, ni la pasion del sátiro, ni la carrera de

la ninfa desnuda que exhalaba de sus ondulantes cabellos voluptuosas esencias y dejaba como huellas de sus plantas flores en el campo, ni la aparicion de las náyades y de las nereidas que al levantarse de las aguas y sacudir su cabeza salpicaban con gotas de rocío las hojas de los árboles, ni las procesiones de los pueblos que iban á los templos á ofrecer sus espadas y sus trofeos y colgarlos de sus sagrados muros, ni los coros de los poetas que refrescaban su inspiracion en las puras aguas de la fuente Helicona, ni las danzas de las vírgenes coronadas de verbenas, ni los acordes de las liras y las flautas que acompañaban los cánticos sagrados; y Grecia, antigua madre de los dioses, se levantaba un momento en su lecho de agonía, y al recibir el soplo del Cristianismo, caia desplomada sobre sus altares como un guerrero que cae en el campo de batalla sobre su escudo, y al morir despedia con el hermoso helimismo el postrer reflejo de su espíritu *(Aplausos prolongados)*. ¡Ah! Sí, Señores, al través de los hechos históricos, de estas catástrofes, de estas caidas, de estas ruinas, descubrimos el resplandor de Dios como en la naturaleza lo descubrimos al través de las nubes, del relámpago, de los huracanes, de las sombras y de los acentos de la tempestad, sí, descubrimos á Dios que impulsa la corriente de los grandes hechos en la historia.

La escuela de Alejandría, pues, no podia salvar el paganismo. La causa de su muerte es clara, es manifiesta. Fué impotente, murió, porque no llegó nunca á

comprender la actividad del espíritu, la libertad del hombre, y todas las escuelas que no comprenden la actividad del hombre ni la libertad del espíritu están condenadas á la muerte. Por eso, Señores, mientras la escuela de Alejandría se desorganizaba, la ciencia cristiana daba de sí sus más bellos, sus más puros resplandores. Ya lo veremos en la próxima leccion. Vosotros, los que soñais con torcer el rio de las ideas, vosotros, enemigos de la libertad y de la justicia, que luchais desesperados con la corriente del siglo, y creeis posible detenerla y contrastarla, vosotros venid, estudiad esta escuela llena de ideas, de grandeza, de espíritu, y al ver su impotencia, su esterilidad comprendereis que no ha nacido aún el genio que pueda torcer el progreso, porque el progreso está animado por el espíritu de Dios *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO III.

LECCION QUINTA.

SEÑORES:

En esta noche nos toca mirar el desarrollo de la idea cristiana en el tiempo que hemos largamente historiado. Yo, Señores, yo, tan calumniado, quisiera que este recinto fuera un templo y que mi alma recibiese un rayo de luz divina para poderos decir con elocuencia digna del asunto lo que pienso y lo que siento sobre la verdad cristiana. Acostumbrado á mirar la historia filosóficamente; á dejar las ideas de mi siglo al entrar en siglos anteriores, para conocerlos y juzgarlos á su verdadera luz; á respirar la atmósfera del tiempo que describo, quisiera en esta noche tener algo de aquella inspiracion que llevaba á los padres de la Iglesia á mirar frente á frente á Dios, seguros de que en Dios se en-

cuentra el resplandor de la verdad; y algo de aquella fé que llevaba á los mártires á morir en el Circo, seguros de que el fin de esta vida es el principio de otra vida sin término. Yo, Señores, que acostumbrado de antiguo á los favores de un público en quien reconozco un amigo cariñosísimo, no puedo, ni debo ocultarle absolutamente nada de lo que pienso, yo tengo un vivo sentimiento religioso, y no solo un vivo sentimiento religioso, sino tambien una viva idea religiosa, que me fuerza á adorar ese lazo que une nuestras almas, á oir esa nota mística que resuena en todos los corazones, á acariciar dulcemente esa nolstalgia celeste que nos dice que somos desterrados de otro mundo mejor, luminosa patria de que son como un recuerdo nuestras ideas de lo infinito, como un presentimiento nuestras infinitas esperanzas; porque no creyendo en la muerte y teniendo horror instintivo á la nada, y á sus sombras; creo que eternamente una fé divina santificará nuestros amores, inspirará nuestras artes, enseñará á nuestros corazones que los séres queridos devorados por el sepulcro no son solamente un poco de polvo que los insectos esparcen, sino espíritus vivos, que nos acompañan en la vida y con los cuales nos confundirémos en la muerte; pues así como las grandes verdades matemáticas y metafísicas traidas por la ciencia no podrán nunca ser borradas por los siglos, las grandes verdades morales traidas por el Cristianismo, la libertad, la responsabilidad del hombre, la ley divina

del amor y de la caridad, la inmortalidad del alma, todas estas grandes verdades serán como el oceano de pura y verdadera vida, en que bañándose el espíritu, se fortificará para proseguir su camino á través de lo infinito y se aclarará y trasparentará hasta el punto de ser como un resplandor, si lejano, puro del espíritu de Dios *(Aplausos.)*

¡Ah! Señores. Se necesitaria estar en aquellos tiempos primitivos de la Iglesia, sentir aquella fé, tener aquellas puras esperanzas para poder alcanzar con la mente todo lo trascendental de la revolucion cristiana. Ni antes ni despues ha habido palabra ni idea que haya dejado en la conciencia humana el surco luminosísimo que dejára la palabra de Cristo. Los tradicionalistas, los que bajo el manto de falsa religiosidad ocultan deplorable escepticismo, creen que el mundo moderno se ha olvidado de Cristo; que ha borrado las señales divinas de sus lágrimas y de su sangre para perderse en las orgías de la libertad; y no comprenden que á medida que se va realizando la igualdad, y se van uniendo los hombres en un ideal superior de derecho, y se van acabando los ódios y los rencores entre las razas, á medida que la soberbia se abate, y se alza la miseria á la dignidad, y el esclavo al conocimiento de su alma, las sociedades van siendo más grandes y más justas, y acercándose más al espíritu de Cristo *(Aplausos.)*

Sé muy bien, Señores, que aquellos que dan sentido materialista y absolutista al Cristianismo, se estrañan

del sentido espiritualista y progresivo que yo le doy. Ya probaremos cuan estraña es su estrañeza. En la noche anterior os dije que era abstrusísima la materia de que debíamos tratar y árida y difícil; y en esta noche debo deciros que es tan profunda la materia de que vamos á hablar, que se asemeja á esos mares á cuyo fondo no ha llegado la sonda del marino, á esos abismos de los cielos que tienen por término lo infinito. ¿Cómo, Señores, yo, mortal, y por mortal débil, y por mi ignorancia más débil aún que los demás mortales, soy osado á aproximar mi pensamiento al pensamiento de Dios? No tendremos el derecho de decir á Dios ¿por qué me has hecho así? pero tenemos el poder de preguntarle: ¿por qué formaste nuestra alma con este deseo infinito de saber, con este amor desasosegado, sino para que te buscára anhelante por los espacios, y encontrára en tí, bañados por tu eterna luz, el bien, la verdad y la hermosura? Estudiemos, pues, el Cristianismo. Señores, el Cristianismo no viene al mundo de improviso, viene preparado por una larga educacion religiosa y política. Así como estudiando el globo encontramos por los restos de los fósiles que el mar, hoy encerrado en su lecho, se revolcára un dia por la cima de las montañas, espumoso é hirviente, recien caido de la caliginosa atmósfera sobre la tierra encendida como para apagarla; y en las trece grandes hojas del libro inmenso que forma el planeta, hallamos la série de séres que desde los terrenos volcánicos se elevan á los terrenos vegetales como

en pos de que un sér superior reuna todas sus bellezas y represente en sí todas las maravillas de la creacion; así como encontramos la série, la cadena de séres que va cincelando, embelleciendo el planeta como para hacerlo digna habitacion del hombre, así en la conciencia, en el espíritu, en la vida del alma, donde las creaciones son no menos grandes, no menos difíciles, no menos trabajosas que en el planeta, encontramos símbolos anticipados, presentimientos, profecías diversas, tal vez sobrehumanos esfuerzos para encontrar la verdad; una especie de adivinacion instintiva del Mesías, de que nos habla Bossuet, último padre de la Iglesia, y que la ciencia moderna ha confirmado, encontrando huellas y huellas profundísimas en el budismo indio, en la comunicacion del hombre con Dios, que enseña el mazdeismo, y por lo cual reciben nuestras venas una como difusion de la esencia divina; en el cordero pascual de los israelitas; en el ascetismo esenio; en los trabajos de toda la filosofía socrática para probar la unidad de Dios, la inmortalidad del alma; en el espíritu universal y humano de los estóicos; en todas esas verdades rotas, fraccionadas, que perdidas entre sombras se esclarecieron á la luz de la última revelacion, y se condensaron al soplo de Dios en la doctrina de su Hijo, así como al eco de la palabra divina que rodaba sobre el caos, la materia se formó, se condensó, y surgió rutilante del seno de los abismos el sol, lanzando de su frente eterno dia para iluminar eternamente los espacios *(Estrepitosos aplausos.)*

Señores: todos los padres de la Iglesia convienen á una en que hay viva armonía entre la razon y la fé; en que siendo la razon obra de Dios y la fé cristiana obra de Dios, hay en la razon principios innatos cristianos, y hay en la fé principios de la razon humana. El hombre es naturalmente cristiano. El Cristianismo es naturalmente racional. La razon y la religion son dos manifestaciones de una misma verdad. El hombre, á medida que fué creciendo, fué acercándose más al Cristianismo. Así cuando la antigüedad se pudre, nada nos maravilla tanto como la corrupcion de las costumbres al lado de la limpieza de las ideas. Y sucede esto porque mientras todo lo que hay del barro de la tierra en nuestro sér se descompone y se hunde en el vicio, todo lo que hay de ángel del cielo en nuestro sér vuela por las regiones donde amanece el nuevo dia. La filosofía antigua, apesar de sus errores, era una grande iniciacion cristiana, porque guardaba en sí una gran série de verdades. Yo bien sé que los santos de nuestros dias, los cenobitas al uso, los que creen tener ganado el cielo con vociferar religion desde las columnas de un periódico y azuzar las gentes sencillas contra nosotros (*Risas*), yo bien sé que esos hombres que dicen que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; que fuera de las vias católicas nada hay tan despreciable como el hombre, aunque el hombre se llame Sócrates, Platon, Leibnitz y Newthon; que el mal triunfa en la tierra siempre del bien, que es como decir que Satanás vence siempre á

Dios; yo bien sé que tales gentes, de toda doctrina religiosa agenas, porque para ellas la religion es una bandera política, dirán que mi pensamiento es herético, pero yo citándoles á Lactancio que en sus divinas enseñanzas asienta que la verdad existe diseminada entre todos los filósofos, y si hubiera uno, uno solo que recogiera todas las verdades, sería cristiano; y á San Clemente que proclama que hay en la filosofía antigua una manera de Cristianismo natural; y á Orígenes que en sus elocuentes invectivas contra Celso dice que la influencia del Verbo se siente en el espíritu y en la vida desde el principio del Universo; y á San Atanasio que en su oracion sobre la doctrina arriana escusa detenerse á probar la idea del Verbo por ser corriente y admitida, antes aun del Cristianismo, por la conciencia universal; y á San Agustin que en su tratado *De vera religione*, capítulo cuarto, proclama que los platónicos son cristianos con solo mudar algunas pocas palabras y sentencias (*paucis mutatis verbis atque sententiis*); y á San Gerónimo que en sus comentarios á Isaías proclama que la moral estóica concierta en puntos capitales con la moral cristiana; y á Minucio Felix que llama cristianos á los filósofos que desde la idea de la muchedumbre divina del antiguo Olimpo se elevaron á la unidad de Dios; y á San Justino que en su apología primera profesa el principio de que el platonismo es el precedente natural del Cristianismo, y en su diálogo con Trifon añade que Sócrates, Musonio y Heráclito, son patriarcas de Cristo, y

que la razon es una semilla de verdades religiosas; y á San Irineo que declara que en la conciencia y en la ley natural está ya el principio de la revelacion divina; citándoles todas estas autoridades, en cuya presencia están obligados á bajar la frente, les diré que si por su ódio á la razon están fuera de la filosofía, y por su ódio á la libertad fuera de nuestro siglo, por su espíritu estrecho y mezquino y por su desconocimiento de la caridad y de la fé están fuera del Cristianismo (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Tertuliano se indignaba contra Marcion porque habia dicho que Jesucristo vino de improviso al mundo. El Cristianismo traia la idea del progreso á la vida. Dios jamás ha abandonado la educacion progresiva del género humano. Perdió el hombre aquella inocencia paradisiáca que fué su primera vida, aquella su sonrisa de niño, aquella su ignorancia del mal, aquel encanto en cuya virtud veia hermosa y risueña toda la naturaleza; y desde este punto no le abandonó la educacion divina que suscitó primero á los Patriarcas para que lo sostubieran en los vacilantes pasos que habia de dar sobre los abrojos del mundo; luego al legislador que confirmó las leyes humanas con la sancion de la ley divina; más tarde á los profetas que le infundieron esperanzas de redencion y libertad; y cuando callaron los profetas, aquellos filósofos que recogiendo todas las verdades metafísicas iluminaron el espíritu para hacerle digno de recibir á Dios; hasta el instante más sublime aún que aquel en

que el Eterno pronunció el *Fiat* para que brotára la luz del mundo material, hasta el instante en que brotó la eterna luz del alma, el Cristianismo; y fué obligacion del hombre ser perfecto como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos, y latió en su corazon la esperanza divina de que ni la muerte, abismo abierto en su camino, podria detenerle; porque habiendo recibido el soplo vivificante del espíritu divino en su alma se trasformaba, y ascendia á habitar sobre los cielos y los mundos en el seno de la gloria, en presencia del Eterno *(Aplausos.)*

El Cristianismo, era pues, la obra preparada por Dios, la obra consumada por Dios, el centro al cual gravitaba toda la historia. Para sacar el mundo del error; para ahogar el sensualismo en que cayera la antigua sociedad; para dar la vision divina á los ojos cancerosos del antiguo mundo; para romper el yugo del destino é imprimir la idea de libertad en el alma; para destruir con el principio de igualdad las castas que habian manchado toda la historia; para infundir en el corazon aquella esperanza de progreso que convirtió á lo porvenir el rostro de la humanidad vuelto antes á lo pasado; para derramar una lágrima de redencion sobre el pecho del esclavo, se necesitaba la aparicion de aquel justo, de Jesús, eterno ideal de nuestra vida, cuyos labios solo se abrieron para bendecir, cuyo corazon latió solo para amar, cuya palabra llevó la esperanza de la humanidad en su seno; aquel justo, que menospreció el reino de un

dia para predicar el eterno reino de los cielos; y que despues de haber elevado con su doctrina y con su ejemplo el espíritu humano hasta recoger una santa herencia de verdades divinas, cuando llega su última hora, suspendido en su suplicio, viendo desde la cruz el mundo antiguo, la antigua civilizacion que se precipitaba en los abismos de lo pasado, y el nuevo mundo, la nueva civilizacion que surgía en los horizontes de lo porvenir, derramó con su último aliento, con su último suspiro en la humanidad que renaciera el eco angustioso de su voz el espíritu divino descendido sobre la tierra por aquel milagro de caridad, por aquel inmenso sacrificio de verdadero amor *(Prolongados aplausos.)*

Las ideas de la mente humana presentian esta grande crísis de la historia. Visibles señales presagiaban este momento sublime de la vida. Los antiguos historiadores de la religion menospreciaron los dos siglos precedentes á la venida de Cristo; y sin embargo, nunca, en ningun tiempo, en ninguna ocasion, sentimientos más vivos agitaron el corazon, ni ideas más profundas conmovieron hasta lo más profundo la conciencia, como uno de esos huracanes sub-marinos que conmueven los abismos mientras serena y riente la tersa superficie refleja la claridad de los cielos en el cristal de las aguas. Detenéos, Señores, conmigo un instante no más á contemplar este gran espectáculo del movimiento de los espíritus hácia una verdad superior, instante que se reflejó hasta en tiempos muy posteriores á la venida de

Cristo. La profecía, la eterna palabra de Israel enmudece; el fariseo se despide de todas las gentes, cierra sus oidos al cántico de la sirena pagana que traen los griegos en sus labios y se encierra en su templo; los judíos que antes no acertaban á salir de la tierra prometida á la descendencia de Abraham como si en esa tierra solamente pudieran respirar, se ciñen los riñones con su cíngulo, toman su báculo, y se van por todo el mundo á matar los dioses paganos con la viva luz de su espiritualismo religioso; las cuestiones teológicas en tales términos seducen á las gentes que fian muchas veces su solucion á la espada; los ascetas abandonan la sociedad, pueblan los desiertos, y hundidas las rodillas en la arena, y rollada al cuello una piel de serpiente, esperan trémulos y agitados la revelacion de una gran verdad; los judeo-alejandrinos ofrecen la filosofía de Platon al Dios de los hebreos quemando como un grano de incienso el espíritu del hombre en el sagrado altar de la Sinagoga; el pueblo escogido creyendo que Dios es demasiado puro y santo para comunicarse con la materia puebla de ángeles el Universo, de ángeles que brillan en los rayos del sol, en el fuego del holocausto; que despiden luz de sus blancas alas, que siembran de mundos lo infinito; una secta judeo-egipcia comienza á ver á Satanás en la eterna risa de las divinidades griegas; los talmudistas esclavizan todos los ídolos y los atan al carro de fuego de Jehová; las creencias apocalípticas recuerdan que Dios ha anunciado que pasarán los medas sobre el

sepulcro de Oriente como una manada de chacales, y los persas como una tribu de leones, y los griegos como un coro de sirenas, y los romanos como una bandada de águilas, y dominarán unos tras de otros la tierra, hasta el dia señalado en los juicios del Eterno, hasta el dia en que la palabra divina fecundará la naturaleza, y se abrirán los sepulcros, y se despertarán los muertos para ver con sus ojos y tocar con sus manos al prometido por Dios, al esperado por el pueblo, al Mesías, venido á iluminar con un rayo del espíritu divino la conciencia humana, que se abre á la verdad como se abre en grandes grietas la tierra abrasada por los ardores del estío para llamar la benéfica lluvia de los cielos *(Aplausos.)*

El gran movimiento religioso de Judea se enlaza con el movimiento filosófico de Alejandría, con el movimiento gnóstico del Oriente; y estos tres rios de ideas entran en el seno de la ciencia cristiana. El espíritu humano plantea problemas dificultosísimos, pavorosísimos sobre Dios, y sobre el alma, y sobre la libertad y sobre el orígen del mal, que la teología cristiana resuelve con aquella divina sabiduría que le asegura su dominacion sobre la conciencia y sobre el mundo. Nunca pasaron por el espíritu corrientes de electricidad más grande. El rayo al mismo tiempo que consumia los antiguos ídolos, iluminaba los altares del nuevo Dios. La conciencia relampagueaba como un cielo cargado de tempestad. ¡Tantas señales debian preceder á la aparicion

de Jesús, que es toda la vida, todo el espíritu! Sean las que quieran vuestras ideas, no pasareis nunca delante de Jesús sin que os sintais movidos á grandes y verdaderos afectos religiosos. La presencia de Jesús está en una sociedad espiritual que es la reunion de todos los fieles, donde reina la igualdad, donde todos participan de una misma idea, y de una misma vida, sociedad que se llama Iglesia, y que es la antitesis radical del Imperio. La Iglesia guarda, comenta, difunde la palabra de Jesús. La primera luz de la idea cristiana se refleja en la frente de los Apóstoles. San Pedro y Santiago llevan principalmente el Cristianismo al Oriente; San Pablo y San Juan principalmente á Grecia y Roma. Cada uno de estos grandes Apóstoles define una idea; San Pedro y Santiago el cumplimiento de las profecías el cumplimiento de la ley; San Pablo la universalidad de la revelacion; San Juan el Verbo. Los Apóstoles tuvieron que combatir dos tendencias; la de los cristianos materialistas que creyeron en un reino de este mundo, y la de los judeo-cristianos que creyeron que el Evangelio era solamente un apéndice de la Biblia. La Iglesia reunida en el Concilio de Jerusalen salva el Cristianismo de estos dos escollos. Concluyen los Apóstoles y comienzan los padres apostólicos. Estos tienen que combatir el error de los que dan á la mágia virtud de oracion; el error de los que levantan el trono de Satanás á la altura de la Cruz de Cristo; el error ebionita, reaccion judía que solo vé en Cristo las señales de un profe-

ta. Sálvase la Iglesia de estos errores y pasan los tiempos de los padres apostólicos. Y es necesario, así como los Apóstoles han separado la vida cristiana de la solitaria Sinagoga y los padres apostólicos del ebionitismo separarla tambien con grande empeño del gnosticismo, última forma que toma la serpiente pagana, el Dios-naturaleza para tentar á la Iglesia. Cumplen esta obra los apologistas que ahondan en la conciencia humana para arrancarle hasta las raíces del paganismo. Y al propio tiempo precisa que la sociedad espiritual cristiana combata fuerte y vigorosamente la antigua sociedad pagana; y este fin lo cumple admirablemente el héroe, el atleta de la Iglesia, Tertuliano. La verdad necesita de la palabra, de la elocuencia para encender los ánimos, y nacen los grandes oradores cristianos. Señores, notadlo. Cuando Dios quiere condenar una causa, la hace enmudecer; cuando Dios quiere salvar una causa le concede la palabra; porque la palabra elocuente es como la lengua de fuego del Espíritu Santo que resplandece vivida sobre la frente de los por Dios elegidos para renovar el espíritu, para vivificar la sociedad. El Cristianismo liga á su revelacion religiosa la revelacion natural de la ciencia. Precisaba que sus verdades fueran no solamente sentidas sino tambien esplicadas. Y así como para hablar tomó la palabra de labios de griegos y latinos, para formular sus ideas científicamente tomó sus fórmulas de la filosofía antigua. Los tres grandes pensadores del Cristianismo, el Sócrates, el Platon y el Aristóteles de la

ciencia cristiana son indudablemente, San Clemente, Orígenes y San Agustin. La cuestion inmensa que pesaba sobre la conciencia cristiana en este tiempo, es la cuestion de la Trinidad. Arrio, intentando destruir el dogma de la divinidad de Cristo, intentaba destruir en la humanidad la esperanza de llegar por la práctica de las virtudes cristianas á la comunicacion con Dios. Así puede decirse que San Atanasio, contradictor de Arrio, derrama una como difusion de Dios en las venas de la humanidad. Y así como se habian resuelto los grandes problemas religiosos y metafísicos, la unidad de Dios, el Verbo, la Trinidad, el orígen del mal contra ebionistas, gnósticos, montanistas, arrianos, debió resolverse contra Pelagio el último problema, el de la relacion de la libertad humana con Dios por medio de la gracia. Este problema debia resolverse en los tiempos en que, desfallecida la libertad humana por la venida de los bárbaros, necesitaba para salvarse una grande confianza en Dios. Este problema toca al genio universal que ha de escribir la síntesis cristiana, que la ha de revestir de la fuerza que necesitaba para educar á los bárbaros, que ha de señalar una de las épocas genesiácas del espíritu humano, verdaderamente el último de los grandes padres de la Iglesia; San Agustin, á cuyos piés va á morir, lanzando su última armonía, la onda de la vida griega, y sobre cuya frente como una aureola formada de tempestuosa nube que relampaguea, brilla el espíritu de la Edad Media. San Agustin, pues, sin duda,

alguna es la gran síntesis de toda, absolutamente de toda la filosofía de los padres. El Cristianismo tenia su cosmología en la Biblia, su moral en el Evangelio, su política en las sociedades primitivas de los cristianos, su teología en las grandes investigaciones de los padres de la Iglesia de Oriente, su oratoria en aquellos apologistas que iban al Foro, á la Agora á predicar el nuevo Dios; sus ejércitos que no sabian matar pero sabian morir en los mártires; sus escultores en aquellos artistas que á la pálida luz de las antorchas cincelaban las piedras de las Catacumbas y levantaban estátuas al dolor y al sacrificio; sus pintores en aquellos místicos que sobre los sepulcros trazan la imágen de los ángeles en oracion ó de Jesús recogiendo las almas de los mártires; sus poetas en aquellos cantores que elevan al cielo á un mismo tiempo el eterno himno de la redencion, y el eterno himno de la libertad; y por último, para que nada le faltase, San Agustin le da con su gran teoría del orígen de las ideas, la verdadera psicología religiosa, en la cual llega á tener el alma cristiana conciencia de sí misma, de suerte que, concluída toda la série de grandes manifestaciones de la nueva idea, nace por su propia virtud la nueva sociedad, la sociedad cristiana, que va á juntar á todos los hombres en un mismo derecho y á renovar el espíritu humano con sus consoladoras verdades.

Nosotros, Señores, en este gran desarrollo de la idea cristiana hemos estudiado en años y lecciones anterio-

res Jesús, los Apóstoles, los padres apostólicos, los apologistas; tócanos en esta noche hablar de los primeros padres de la Iglesia. En este dificultosísimo estudio no podemos prescindir del carácter de las dos regiones que van á dar sus grandes propagadores al Cristianismo: Grecia y Roma. Aunque muchos de ellos no hayan nacido ni en una ni en otra de estas regiones, sin embargo, por su educacion, por sus tendencias, por su espíritu se dividen los padres de la Iglesia en griegos y romanos, en orientales y occidentales. Contemplemos por algunos instantes á Grecia y Roma. Señores: Grecia es la idea, Roma el hecho; Grecia la ciencia, Roma la práctica; Grecia la filosofía, Roma la ley; Grecia el misticismo, Roma la moral; Grecia el arte, Roma el derecho; Grecia es como la sacerdotisa que va á encender la misteriosa lámpara de la vida en los altares de Oriente guardando su luz para los dioses y los cielos, y Roma como el soldado que arranca esa lámpara del ara é ilumina con ella la tierra y el mundo; Grecia como el oráculo que reforma la conciencia, Roma como el tribuno que reforma la vida; Grecia como Psiquis que suspira por los cielos, Roma como Anteo que crece cuando hiere con su planta la tierra; carácter que aún tiene esta raza latina cuya fuerte mano ha encarnado en la sociedad en la realidad de la vida todas las ideas metafísicas, sí, carácter cuya oposicion con el griego brilla muy principalmente en este siglo tercero de la Iglesia; porque los padres griegos usan

el lenguaje poético, los padres latinos el argumentador y polémico: los padres griegos tienen el carácter filosófico, y los padres latinos el carácter moral; los padres griegos son grandes artistas, los padres latinos grandes políticos; los padres griegos miran á la ciencia, los padres latinos á la vida; los padres griegos al dogma, y los padres latinos á la organizacion y á la disciplina: los padres griegos á los problemas referentes á Dios, y los padres latinos á los problemas referentes al hombre; aquellos son los teólogos, estos los moralistas; aquellos traen la idea filosófica á la religion, estos separan con fuerza la religion del paganismo; aquellos son los místicos, los iluminados, estos los atletas, los guerreros: oposicion bellísima que se ve en San Justino y Minucio Felix, en San Clemente y San Cipriano, en Orígenes y Tertuliano; pero oposicion de la cual resulta una divina armonía; y así la idea cristiana abraza el Oriente y el Occidente, reune los dos términos antitéticos de toda la historia, derrama el agua del bautismo sobre toda la humanidad. *(Vivos y prolongados aplausos.)*

El más gran padre de la Iglesia occidental en este tiempo, el destinado á probar la radical antítesis entre el Cristianismo y el paganismo es Tertuliano. Militar, su férreo estilo tiene algo del brillo y del corte de la espada: jurisconsulto, su pensamiento brota en ritmo semejante al de las antiguas leyes; africano, su período vigoroso, varonil, aunque oscuro y tortuosísimo, corre con la elocuencia y el desórden ditirámbico de Lucano; es-

tremado y apasionadísimo como su raza, ardiente como el suelo de su patria, fuerte como vigorizado por una idea divina y más fuerte aún cuando se compara con los decaidos paganos; dialéctico implacable que clava el dardo en el corazon del enemigo; su ironía, su desigualdad, su elocuencia altísima mezclada con acentos de rabia semejantes á los mahullidos del tigre en el desierto, sus antitesis que aún no han sido igualadas, su sarcasmo unido á la santísima uncion evangélica que solo poseen estos primeros cristianos, dan á sus palabras algo del rumor tempestuoso que se escapa del pecho de una gran muchedumbre, algo de las discordes voces y de los rudos sonidos que se levantan de un ejército armado y en marcha; pues aquel hombre, Demóstenes de su tiempo, Demóstenes de su fé, es un conquistador que lleva tras sí legiones de ideas, como ángeles, venidos á esterminar el paganismo, y asaltar sin temblar por las flechas que cruzan á su lado, con su espada en los dientes, atemorizando á sus enemigos con las centellas que se escapan de sus ojos, asalta, decia, la antigua Roma; y entra en el Panteon y se rie de los dioses con risa digna de Luciano; y se dirige á los Césares y les anuncia que no doblará en su presencia la rodilla porque es mentida la divinidad que les atribuyen sus esclavos; y corre al Circo y maldice á los que respiran gozosos el hedor de la sangre; y cavando como el leon africano con sus aceradas garras en los fundamentos de Roma, abre con el gozo de un nuevo Annibal que sacia el ódio eterno de

su raza *(Aplausos)*, abre un infierno lleno de fuego, de tormentos, donde arroja con santa indignacion á los tiranos y á sus cómplices, mientras señala á las víctimas de los tiranos, á los mártires, á los que han muerto por defender la idea de Dios y la santa inviolabilidad de la conciencia humana, el cielo, donde vagan los elegidos con sus palmas siempre verdes, y sus coronas de estrellas siempre espléndidas entre torrentes de luz y de armonía *(Estrepitosos y repetidos aplausos.)*

Esponer la doctrina de Tertuliano es difícil, porque sobre un fondo ortodoxo pasan á cada instante las ideas de los milenarios y montanistas. Los primeros creian formalmente en un reino material de Jesús; los segundos en una tercera revelacion, porque, segun ellos, la Biblia era la revelacion del Padre, el Evangelio la revelacion del Hijo, y faltaba el Paracléto, la revelacion del Espíritu. Tertuliano manifiesta en sus errores y en su indecision que la conciencia humana aún no habia comprendido bien el Cristianismo. Apártase de la filosofía que condena, y de cuyos errores abomina; proclama como los magos que los ensueños y súbitas inspiraciones son fuente de verdad; oye en el eco de todas las cosas, en los rumores de toda la creacion, plegarias, oraciones, la aspiracion incesante á Dios de todo lo creado; ve reflejarse la divina esencia á través de sus dos revelaciones, la naturaleza y la palabra; declara que hay en la razon semillas eternas de bien y de verdad; proclama que á manera de la semilla, la raíz, el tallo, la hoja, el capullo,

la flor, el fruto se desarrolla la idea religiosa en el paraiso, que es la inocencia de la humanidad, en los patriarcas y la ley que son la niñez, en el Verbo que es la juventud, en el Espíritu que será el *consumatum est*, santa y verdadera y última plenitud de la vida en esta tierra, de la cual se levantarán en su dia los muertos para revestirse de nuevo sus formas y organismos, porque todo se perpetúa en la naturaleza, y sonará en el reloj de los tiempos el instante supremo en que pasadas las grandes iniquidades, concluida la guerra universal en que se empeñarán los hombres, mellada la guadaña de la muerte de segar en flor generaciones de generaciones, vacía la copa de la ira celeste porque los ángeles esterminadores habrán vertido hasta sus heces sobre el Universo, resonará en los opacos cielos tristemente la voz lastimera de la trompeta del juicio y comenzará el reinado de la verdad, el dia eterno del bien, en que la luna brillará como el sol, y el sol como siete veces la luz de nuestros dias, de hoy, y los ángeles, visibles á los humanos ojos, vendrán á traernos en sus labios el beso del amor de Dios, la eterna prenda de la reconciliacion de la humanidad con el Creador *(Aplausos)*. Como se ve en la doctrina de Tertuliano reina inmensa confusion que prueba que no está aún claro y definido en su conciencia el Cristianismo.

Por esto lo que Tertuliano representa principalmente es la antitesis, la contradiccion del mundo cristiano con el mundo pagano. Su *Apologeticus adversum gentes* sin

[illegible] de las obras que más en claro ponen la [illegible] la verdad que la nueva idea presta al hombre. [illegible] un grandioso parabolo entre la sociedad que se va y [illegible] que viene. ¿Por qué, dice á los paganos, [illegible] á los discípulos de Cristo el derecho comun, por [illegible] hasta la facultad de defenderse? La ver- [illegible] del cielo, estranjera en este mundo, [illegible] porque no se estraña de su triste suer- [illegible] de encontrar enemigos fuera de su [illegible] pide no ser condenada sino despues de [illegible], aunque sabe que si sus enemigos no la oyen, [illegible] no se atreven á condenarla oyéndola; antes [illegible] en el corazon por sus virtudes, si la oyeran, la [illegible] hasta el martirio, hasta la muerte como hacen [illegible] defensores los cristianos, los cuales no son malvados [illegible] reos de ningun crímen, como pretenden magistrados vendidos al ódio de los Césares y á las pasiones de las muchedumbres, no son malvados, porque el malvado, si es sorprendido en su crímen tiembla, y el cristiano se alegra; el malvado en el tormento se desespera y el cristiano se fortifica en su esperanza; el malvado huye la muerte y el cristiano la busca; el malvado se arrepiente herido por el torcedor de sus remordimientos y el cristiano si de algo se arrepiente es de no haber sido siempre cristiano; malvados singulares, á quienes se persigue sin juicio, y se condena sin defensa; malvados á quienes se atormenta no para que confiesen, sino para que nieguen su crímen; malvados, que rechazados del

tálamo nupcial por sus esposas, maldecidos de sus hijos, desheredados por sus padres, persisten con fé y constancia en sus ideas; porque comparan una sociedad con otra sociedad, una idea con otra idea; sus leyes sencillas con las leyes tiránicas que no admiten exámen y piden ciega obediencia; su religion pura con aquellos cultos en que son adorados viejos dioses maldecidos hasta de sus mismos sacerdotes; sus sacrificios en que solo entran la oracion y el amor con los abominables sacrificios manchados de sangre; su dios que es eterno, que todo lo llena con aquellos dioses inferiores á los hombres, no tan virtuosos como Caton, ni tan poderosos como César; su verbo que ha venido á renovar el espíritu con la renovacion del paganismo por los ritos de los egipcios, pobres gentes, para quien los dioses nacen, como las cebollas, en los huertos; la libertad de sus almas con la servidumbre pagana; el amor á sus enemigos con el ódio que reina entre sus enemigos; su santa igualdad con las rivalidades de clases privilegiadas; sus oraciones por los mismos que los persiguen con el potro y el tormento y las hogueras y los medios inicuos de que los paganos se valen para sostener sus vencidos dioses; palabras elocuentes que son la defensa más pura que han oido los hombres de la inviolavilidad de la conciencia humana; palabras que aterran al imperio de los Césares más profundamente aún que la espada de los bárbaros; palabras que despues de quince siglos vienen á caer como lluvia de plomo derretido sobre

los continuadores del paganismo, sobre los que han manchado de sangre la blanca túnica de la religion de los mártires, y han querido oscurecer su divina idea, toda caridad, todo amor, en el humo de las hogueras que debieron apagar para siempre las benéficas y divinas lágrimas de Cristo. *(Aplausos.)*

De suerte, Señores, que en este tiempo la Iglesia pedia principalmente libertad. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos. No aspiraba, no á un dominio transitorio en el mundo, aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabia que solamente le era dado penetrar por medio de la libertad. El Cristianismo era la religion del espíritu como el paganismo fué la religion del Estado. El Cristianismo, pues, tenia sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y propia; pero ni su autoridad ni su reino eran de este mundo. Así no egercia coaccion alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar tenia, la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo de lucha proclamaban el principio del respeto debido á la conciencia en su comunicacion íntima con Dios. Todos negaban á una que el Estado tuviese derecho á forzarlos á la adoracion de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los Césares, desconocian su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la con-

ciencia, eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevaban la razon y el sentimiento á conocer á Dios elevaban la conciencia á conocer sus derechos. Jamás el espíritu se ha levantado con más fuerza, con más vigor á reclamar su libertad, la divina libertad en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdiccion de Dios. No lo olvideis, Señores, no lo olvideis, porque considerando nosotros socialmente el Cristianismo en este curso de civilizacion, debemos ántes que todo considerar sus consecuencias sociales. Por si acaso me creyerais preocupado os citaré las mismas palabras de los grandes escritores cristianos de estos tiempos. «Nosotros no combatimos, decia San Justino, porque no queremos el poder de un dia. Y como nuestras esperanzas no están, no, en este mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos.» Y concluia por pedir para el Cristianismo la libertad y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aun con mayor fuerza toda coaccion material en la esfera religiosa. «Jesucristo no ha querido ganar los hombres como un tirano que los arrastra en su rebelion; ni como un ladron que pone en manos de sus compañeros las armas de la violencia; ni como un rico que compra amigos con sus larguezas; ni por ningun medio coercitivo, sino por su divina sabiduría, tan propia para unir con Dios en piedad y santidad á todos los que se acogen al amparo de sus santas leyes» Más claramente aún está sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana

por el gran Tertuliano. «Mirad no sea, dice en su gran discurso apologético, autorizar la falta de religion el quitarme la libertad religiosa, la eleccion de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero. Todos los pueblos tienen sus diversos cultos; solo á nosotros está prohibida la libertad de conciencia. Ultrajamos á los romanos, cesamos de ser romanos, solo porque nuestro Dios no es adorado de los romanos.» En su carta á Scapula esclama: «*Non est religionis cogerere religionem.*» Despues de estas elocuentes palabras debemos decir muy alto, sin que nadie puede desmentirnos, que la libertad es el gran principio vital de estos primeros tiempos del Cristianismo. Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocer su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano, y la conciencia á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclamaba la libertad, cuando vencida, proscripta, esclava se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus victorias por sus desgracias y por sus martirios, y que vencedora renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen más que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando la religion es por su naturaleza el principio y el fundamento de toda verdadera justicia.

Pero prosigamos, Señores, examinando los padres de la Iglesia en este siglo tercero. El genio que vamos

á examinar sin duda alguna es el contraste mayor que ofrecerse puede con el genio de Tertuliano. El siglo tercero pertenece á los siglos de transicion. Edad angustiosa aquella en que los hombres no tienen fé para abrazar una nueva creencia, ni valor para abandonar las creencias de sus padres. A la duda sucede la supersticion, á la supersticion el fanatismo, y al fanatismo el vicio. Plutarco nos ha descrito admirablemente esta terrible enfermedad de las conciencias, este rebajamiento de los caractéres en su libro inmortal de la supersticion y la incredulidad. Los infelices, dice, que nada creen, ni egercitan su razon, si despiertos, ni en brazos del sueño, duermen, porque no encuentran reposo. ¡Oh! Ya habia en este tiempo una idea donde reposar aunque Plutarco no la conociera. Estaba Cristo en cuyo seno podia reclinar la humanidad su agoviada frente. Venid á mí, habia dicho ya el Salvador, y encontrareis reposo. Así muchos paganos al ver los tormentos que sufrian los adoradores de la nueva idea y su valor en esos tormentos se convertian por la secreta fuerza de la gran virtud que propaga todas las ideas, por la fuerza del dolor. Abramos un momento el historiador cristiano de estos tiempos, Eusebio de Cesárea. Leamos algunas páginas. El nos conducirá á Alejandría. No vamos á visitar sus monumentos, sus obeliscos, las agujas de Cleopatra, ni el museo de Demetrio Falerio; vamos á entrar de noche en una humilde casa de un humilde arrabal donde habitan un maestro de retórica, recien-convertido

al Cristianismo, y su mujer ocupada en las faenas domésticas á la lumbre del hogar. Aquel matrimonio virtuosísimo ha tenido siete hijos. El mayor de ellos apenas cuenta diez años. Es el amor, es el orgullo, es la esperanza de su padre. El niño duerme el sueño de la inocencia, con la sonrisa en los lábios, con esa dulce sonrisa que es como la luz de la infancia. Su padre va á su camita, levanta la cubierta y besa el pecho de su hijo.—«¿Por qué, pregunta la madre, le besas siempre en el pecho?»—«Porque Dios me dice que ese pecho es un templo en que se prepara una habitacion el Espíritu Santo.» En efecto, Señores, aquel niño era Orígenes *(Estrepitosos y prolongados aplausos)*. Aquel niño iba á ser á un mismo tiempo el Platon y el Aristóteles del Cristianismo. Hijo del mismo siglo que Tertuliano, su vida y su destino tienen grandes analogías con la vida y el destino del orador de Occidente. Cuando combate el paganismo es ortodoxo. Sus respuestas á Celso son más sabias que el Apojolético de Tertuliano aunque menos vigorosas. Desde luego se echa de ver que el espíritu del Oriente se difunde por el Cristianismo con la palabra de Orígenes. Su teoría de los ángeles puebla el mundo de espíritus puros que cantan como los antiguos dioses en su seno. Los ángeles vienen á ser como dioses menores que se estienden por toda la creacion á sostener las criaturas; si la flor despide aroma es porque guarda el aliento del ángel en su seno; si cruza la estrella por la soledad del espacio despidiendo suaves resplandores, la guia

un ángel; si el ave gorgea en la enramada sobre su nido, un ángel ha puesto el cántico en su arpada garganta; si el árbol susurra es porque la túnica de invisible ángel ha rozado sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, los ángeles llevan el compás y la armonía de este movimiento y trazan las parábolas qne han de formar en lo infinito para que no choquen ni se desconcierten; porque los ángeles son como el aroma de la vida celeste que llena los espacios, como irradiaciones del pensamiento del Eterno; espíritus puros que vagan en las ondulaciones del aire, que tiñen de azul los cielos, que brillan en los cambiantes del iris, en los reflejcs de la luz, pues sin ello la creacion seria como inmenso desierto entrecortado por esos oasis que se llaman astros; nada habria en el espacio que separa un mundo de otro mundo: que esos coros invisibles de ángeles que surcan á manera de la via lactea en la soledad de lo infinito son rayos de la luz del espíritu divino que llena y vivifica el Universo. *(Aplausos)*. Pero Señores, me habia dejado llevar de mi imaginacion y sin embargo no dudo que en esa fantástica descripcion de los ángeles tomada de las ideas fundamentales de Orígenes, encontrareis los gérmenes de su panteismo. Pero espongamos con método las ideas de Orígenes, cuyos errores nos convencerán de que el Cristianismo, despues de dos siglos, no era aún bien comprendido por los primeros genios de la Iglesia. Su elocuente invectiva contra Çelso defiende el Cristianismo de los ataques

de los filósofos así como el Apologético de Tertuliano lo defendia de los majistrados y jurisconsultos. Celso es el viejo espíritu aristocrático de la antigua sociedad, que se desdeña de pertenecer á una religion de pobres y de esclavos, imposibilitado de creer que haya hecho el mundo el que se vió rechazado del mundo, y haya condensado las aguas el que tuvo sed, y haya sido autor de la vida el que padeció muerte, y haya derramado la luz el que perdió la luz de sus ojos; ni que deben ceder sus tronos Júpiter Apolo resplandecientes de hermosura, bendecidos y adorado de los pueblos más grandes que cuenta el mundo, al oscuro criminal, que ni siquiera colmó las esperanzas de los judios, que vivió en la miseria y murió en la cruz, que fué objeto de escarnio para los mismos que lo oyeron; seguido solo de gente baladí, grosera, escoria de toda sociedad, pobres fanáticos que para llamar sobre sí la atencion del mundo predicaban una doctrina delirante, impracticable, ilusoria, contraria á la naturaleza humana: palabras tremendas, pero las mismas, Señores, con que todos los tiranos se defienden siempre de todos los progresos en la sucesion de los siglos (*Vivos aplausos)*. Estas palabras estuvieron por espacio de un siglo sin respuesta. Orígenes las contestó demostrando que la oscuridad del fundador del Cristianismo es la gran prueba de su grandeza cuando su nombre oscuro suena en el Capitolio; que la ignorancia de sus defensores ha vencido la sabiduría de los antiguos filósofos; que la humildad de los esclavos ha hecho tem-

blar á los soberbios dioses; que aquellas doctrinas contrarias á la naturaleza humana han logrado de tal modo transformarla que los desiertos se pueblan de ascetas y los circos de mártires, ansiosos todos de morir en la naturaleza y seguros todos de resucitar en Cristo; transformacion maravillosísima que es el resplandor despedido por la luz del Cristianismo.

Pero Señores, Orígenes creó una secta especial que fué por muchos siglos objeto de grandes controversias y disensiones hasta que la condenó la Iglesia en tiempo de Justiniano. La idea y el sentimiento del progreso llenan la inteligencia y el corazon del filósofo cristiano. Veamos su doctrina. Dios, siendo perfecto, solo ha podido crear criaturas perfectas, siendo bueno solo ha podido producir sércs esencialmente buenos; asi es que todos fuimos creados en un dia, espíritus puros, perfectos, á cuyos ojos no era la materia un velo impenetrable, en cuya vida no se mezclaba la amarga levadura del mal, en cuya inteligencia no se alzaban las sombras de la duda; pero habia un límite que separaba la criatura del Creador, y ese límite era la propia libertad, y la libertad arrastró á muchas criaturas al mal; y cayeron tronchando sus alas, perdiendo su hermosura y la trasparencia de su espíritu en el cieno de la materia; pero esta caida no era irremediable, no era eterna, puesto que el mal absoluto y sin fin no existe; y el hombre conservaba en su razon un rayo de la luz divina, en su conciencia un eco de la palabra divina, en todo su sér un ósculo del amor

divino; y como conjunto de todas estas señales divinas, la esperanza, que no podia menos de ser colmada, si se atiende á la misericordia de Dios: y lo fué, y vino el Verbo, y llenó de luz el camino por donde las almas debian volver á su primitivo orígen, curadas con la sangre de aquella redencion que era universal, que llegaba á todos los séres, que no esceptuaba ni el insecto ni el átomo de polvo perdido en los últimos límites de la materia, que rompia las puertas del infierno, que secaba los rios de sangre, los mares de hielo, interrumpia tantos tormentos, tantos dolores, sacaba á Satanás de su antro, le limpiaba las lágrimas caidas sobre su rostro por el ódio afeado, y le devolvia sus alas que se alzaban por sí al cielo como las alas de la alondra en la efusion de su cántico matutino, siguiéndole todos los séres condenados antes á perder la esperanza; y cielos y tierra y estrellas y planetas, y génios de los abismos, despues de haber sido secado por las raices del árbol de la cruz el orígen del mal, volvian en raudo vuelo al Eterno, saludados por los ángeles no caidos, que entonaban el hossanna infinito, y hacian resonar la eternidad con los religiosos acentos del inmenso órgano, con la incomparable sinfonía de todas las cosas creadas, y celebraban así la destruccion del mal y el abrazo eterno del Universo con su Dios. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Señores; Si en esto hay por un esceso de amor á la humanidad errores ¡ay! errores son de un siglo que ardia en fé, de unos hombres que vivian consagrados á

la humanidad. Grandes por sus ideas, aun aparecen á nuestros ojos más grandes por sus obras. Contemplad un momento más conmigo á Orígenes. Enjendrado en la persecucion, parido bajo el dominio del terror, criado en las desgracias de las Catacumbas, amamantado su espíritu con las lágrimas de su madre y con la sangre de los mártires, crecido al estridor de los tormentos, y entre los puñales de los verdugos, ha visto á su padre arrancado del hogar, conducido á los calabozos, quemado en su presencia, y en vez de llorar para que no desfalleciera lè ha alentado á la muerte; ha visto á su madre y á sus hermanuelos, erantes por las orillas del Nilo y no ha podido ofrecerles un pedazo de pan; ha visto á sus maestros perseguidos de cátedra en cátedra y arrastrados por las ensangrentadas arenas del Circo; ha visto las santas mujeres que le acompañaban en sus oraciones arrojadas sin respeto á su hermosura en las llamas; ha ido él mismo de Alejandría á Cesárea, de Cesárea á Jerusalen, de Jerusalen á Bhitimia, siempre con el anhelo en el pecho y el sudor del viaje en la frente; hasta que los verdugos de Caracalla lo han preso, lo han arrastrado al tormento, han descoyuntado sus huesos; y aquel hombre, cuyo corazon es tan valiente, cuya inteligencia es tan luminosa, cuyos errores, como ha dicho San Gerónimo, nacen de su inmenso amor al bien y de su deseo de ver á Dios, y aquel hombre, ilustre desde la edad de diez años, para que todo sea en él estraordinario, muere la muerte de los

mártires en holocausto, como todos los hombres que se han adelantado á su tiempo, en holocausto á la salvacion de la humanidad. *(Estrepitosos aplausos.)*

Mas los dos padres verdaderamente ortodoxos en este siglo tercero, son los dos que representan todo el movimiento de las ideas, y que reproducen las dos grandes fases de la vida, son en verdad San Clemente y San Cipriano. San Clemente es de Oriente, San Cipriano de Occidente; San Clemente es la idea, San Cipriano la práctica; San Clemente es un filósofo, San Cipriano un héroe; San Clemente en el tiempo que fué pagano pasó su vida en las escuelas, San Cipriano en las orgías; San Clemente buscaba la ciencia en aquella Alejandría entregado al duro trabajo del pensamiento, San Cipriano todos los placeres en aquella Cartago reedificada que convidaba con sus riquezas y con sus fiestas á todos los epicúreos del mundo; San Clemente se convirtió á la verdad porque la palabra elocuentísima de un cristiano le tocó en el corazon, y San Cipriano se convirtió á la verdad por el egemplo todavía más elocuente de un mártir; San Clemente no dejó de ser filósofo y razonó las creencias, San Cipriano trocó las delicias de los sentidos por las delicias de la oracion y del combate; San Clemente habló de Dios, de la fé, de la armonía entre la razon y la fé, de la revelacion perfecta de Dios por el Verbo y de la universalidad de la redencion, San Cipriano corrigió las costumbres, adoctrinó á los mártires, organizó la Iglesia, estableció la disciplina,

movió el corazon de las madres á educar en el Cristianismo á sus hijos, condenó los espectáculos sangrientos; San Clemente es el pensamiento, San Cipriano la accion; y así cuando llegan los tiempos calamitosísimos de las persecuciones, mientras San Clemente corre al desierto para meditar en Dios, San Cipriano corre al combate; y el padre griego muere entre los cenobitas devorado por el fuego de su pensamiento, y el padre de Occidente entre los mártires, sellando con su sangre la santidad de su doctrina *(Aplausos.)*

Estamos pues, Señores, en el gran período de lo que podíamos con fundamento llamar filosofía cristiana. La idea de Dios como padre del mundo, la comunicacion de la humanidad con Dios, la libertad, la perennidad de la vida son los principios fundamentales de esta gran doctrina en la cual concluyen todos los antagonismos y contradicciones de la filosofía griega. Pero la idea cristiana en su vida histórica, en su difusion por el mundo, no podia libertarse de luchar con grandes y tremendas contradicciones; que intentaban á cada instante cerrarle el paso, detenerla en su camino á la victoria. Señores, no conozco un poema tan grande y tan maravilloso como el que forma la historia de las ideas; porque su númen es Dios, su héroe el espíritu humano, su asunto esta lucha tremenda de la razon, más tempestuosa que el huracan, esta vida infinita de la inteligencia, más fecunda en varios séres que todo el Universo. Muchas veces, cuando en la callada y serena

noche los ojos se pierden estáticos en la inmensidad del espacio contemplando los resplandores de tantos luminosos astros, nuestra admiracion indudablemente menguaria si recordásemos que el débil humano cuerpo con ser tan diminuto y breve, encierra espacio más dilatado que el cielo, mundos más brillantes y numerosos que las estrellas, porque el espíritu es como un abismo que solo se puede llenar con lo infinito. Y, Señores, no se encarecerá nunca bastante cuán tremendas son estas luchas de las ideas que Dios ha impuesto al hombre, para que ame la verdad y la guarde como se aman y se guardan siempre los frutos del trabajo. Angustias, dolores, dudas, desesperacion infinita, vienen á ser el fatal tributo que paga la inteligencia á la verdad. Para alcanzarla necesitamos verter sobre la tierra esas lágrimas ardientes, hijas del dolor, esas lágrimas que son como la sangre de las heridas del alma *(Aplausos)*. Y los defensores del Cristianismo no podian eximirse de esta ley; y así en todos los instantes de la historia se levantaba á combatirlos el error, que viene á demostrar de nuevo que toda la historia humana está fundada sobre el principio de contradiccion, porque la historia es el reflejo de la vida, y la vida es una lucha sin término.

Aún no habia dado sus primeros pasos el Cristianismo cuando ya se levantaban los ebionistas á negarle toda autoridad divina. Eran estos los dispersos de las primeras escuelas de cristianos judaizantes, que veian

en Cristo un profeta, en San Pablo un apóstata, en la ley de Moisés la última revelacion, en el pueblo judío el eterno sacerdote predilecto de Dios, en las esperanzas evangélicas el dominio de un dia, un reino amasado con el barro de la tierra. Estas grandes contradicciones, tan opuestas á la idea fundamental del Cristianismo, servian para que la Iglesia mostrase en Cristo el Verbo, la eterna palabra que fecundó la nada, y que cayendo sobre el espíritu del antiguo mundo corroido por el vicio, lo creaba de nuevo, y le prometia una vida perenne, infinita, una vida que rebosaba en los límites de esta estrecha tierra, y que se levantaba á la eternidad como la palabra divina que la habia bendecido y santificado. Aún no era olvidado este conjuro del pueblo judío vencido al Cristianismo vencedor, cuando súbito se oye el conjuro del Oriente que se llama gnosticismo. Esta escuela llena del espíritu asiático, atormentada por el problema del orígen del mal, ora levanta á Satanás en su trono de llamas á la altura de Dios; ora niega que el puro espíritu de Cristo pudiese descender hasta la miserable condicion humana incapaz de contenerlo; ora maldice la materia no viendo en ella más que la degeneracion de Dios, el límite último de la vida, el pálido resplandor del sér, como el reflejo lejano de la luz que penetra en una caverna. Contra tal escuela que llena todo el siglo segundo el Cristianismo establece la humanidad de Cristo, la libertad del hombre, la materia como obra tambien de Dios. Vienen á su vez en pos de

los gnósticos los montanistas, que arrobados en éxtasis celeste, disgustados de la vida presente, ansiosos de la perfeccion absoluta, perdidos en un misticismo de suyo soñador, no pueden creer que el Evangelio sea la última palabra de Dios, y esperan que asi como el Hijo confirmó la revelacion del Padre, el Espíritu Santo confirme la revelación del Hijo, y estienda sus alas de luz sobre esta tierra, pobre nido del espíritu humano, siempre necesitado para vivir del calor contínuo y santificante de las revelaciones religiosas. Contra estos iluminados el Cristianismo sostiene que su revelacion es definitiva y absoluta. Vienen despues los novacianos que no asienten á la rehabilitacion del criminal, ni al perdon de los pecados mortales. Contra ellos sostiene la Iglesia la misericordia divina. Al lado de estas dos sectas se levantaba el maniqueismo, otra reaccion hácia el Oriente, y sobre todo, hácia el dualismo persa. Dios y Satanás son dos séres igualmente poderosos, diferenciándose solo en que Dios tiene bajo su mano los ángeles de la luz, y Satanás los ángeles de las tinieblas; porque Dios es el bien y Satanás el mal; y el bien y el mal lucharon antes que fuera el mundo sobre los abismos de la nada; y lucharon cuando la vida primera tegia las formas de todas las cosas estendiéndolas en la inmensidad de la creacion; y lucharon cuando nació el hombre primero en la cuna del Paraiso asistido de cinco elementos puros; y lucharon en la cima del Calvario cuando Cristo entregó su espíritu; y esta lucha en que el mal ha

vencido al bien como lo prueban Adan perdido, Cristo muerto, lucha gigantesca solo acabará cuando la revelacion eterna envie el Espíritu Santo, el último salvador, que con su espada de fuego dispersará los genios del mal como el rayo del sol dispersa las aves nocturnas, y recogiendo los coros de los ángeles buenos se elevará á Dios, que sin ninguna sombra, sin ninguna mancha estenderá su luz incomunicable por lo infinito, y con su fuego abrasará y evaporará la materia, principio del mal. Contra esta teoría la Iglesia proclamaba la unidad de Dios y su omnipotencia. Y despues de estos problemas que la Iglesia resolvia siempre, se levantaban los problemas referentes á la relacion del Hijo con el Padre, problema que se planteará por medio de la más terrible y de la más podĕrosa de todas las heregías, que será objeto de nuestras futuras lecciones. De esta suerte, pugnando siempre, y siempre venciendo el Cristianismo se estenderá por la tierra y abrazará todo el espíritu.

Señores, cada una de las Iglesias que componian la universalidad del Cristianismo daba de sí defensores particulares que con sus diversos caractéres é inclinaciones aumentaban la rica variedad de la idea total cristiana. De Jerusalen salian aquellos sacerdotes que conservaban las tradiciones religiosas antiguas, y enlazaban la idea cristiana con la vida precedente; de Siria al lado de los gnósticos sus grandes enemigos incansables en el combate; de Alejandría los filósofos que acrisolaban la cien-

cia griega y la unian á la idea cristiana; de Grecia los oradores que destilaban de sus labios la miel de la nueva elocuencia; de Egipto los ascetas que refugiados en los desiertos, despertaban el puro y sublime espiritualismo, único remedio á la grosera sensualidad pagana; del Africa occidental los guerreros incansables ardientes, que armados de sus poderos argumentos como de otras tantas flechas, tomaban por asalto la Roma pagana, la maldita Babilonia apocalíptica; de Roma los grandes repúblicos, los políticos organizadores, los jurisconsultos, los que eran llamados á fundar el gobierno del mundo; y todos estos diversos misioneros, de tan opuesto orígen, de tan distintas inclinaciones, de carácter tan vario se confundian por sns ideas en una creencia, por sus sentimientos en un mismo amor, y por sus esperanzas en el cielo.

En verdad las instituciones que contribuian á este gran resultado moral eran las escuelas. La de Alejandría especialmente estaba destinada á unir la antigua ciencia con la nueva idea, era la escuela filosófica del Cristianismo; la de Cesárea estaba destinada al comento y á la interpretacion, era la escuela histórica; y á estas se unian la de Cartago, la de Roma la de Antioquía que daban legiones de defensores á la fé. Y ¡cuánto, Señores, cuánto habia adelantado la esplicacion del dogma! San Clemente que es el gran fundador de la escuela cristiana alejandrina no queria desunir aquella revelacion natural de la verdad por la ciencia, y aquella otra

revelacion natural de la verdad por la fé; y perdiéndose en el seno de la antigua civilizacion donde vagaban las almas de los grandes filósofos, removia las apagadas cenizas de un mundo destrozado, para encontrar algun calor de verdad, y demostrar así la eterna eficacia del Verbo en el espíritu y la naturaleza. Y encontró aquel calor de verdad que buscaba, y demostró que en toda la historia, en toda la vida, el espíritu humano, si crecia, crecia para recoger en su seno el Cristianismo, como el árbol rompe la tierra que lo encubre, y se levanta buscando la luz que baja de los cielos. El Cristianismo, pues, no era la idea solitaria y aislada que los judeo-cristianos querian separar del mundo y guardar en un solo templo; era la aspiracion de toda la historia, era el centro de gravedad de todas las inteligencias. Como decia el más grande entre todos los padres alejandrinos, recoger las ideas de la filosofía griega era tanto como tomar el oro de los templos egipcios para fabricar los vasos del nuevo templo. En verdad precisaba no hacer de aquel oro la sustancia del Cristianismo, sino la forma. Lo contrario era tanto como convertir en filosofía una religion. Este fué, Señores, el gran escollo de Orígenes, sí, este y la interpretacion alegórica que le llevó á olvidar el carácter práctico y el sentido moral del Cristianismo. No es posible desconocerlo. Sí, podrán echársele en cara estas tendencias erróneas; pero cuando se considera que desde niño, como Jesús, comenzó Orígenes á discutir con los primeros maestros de la ciencia;

que educado entre persecuciones vió morir á sus padres en el martirio y la miseria; que su vida fué una tribulacion contínua, un sacrificio nunca interrumpido; que su grande alma, inquieta y tempestuosa, le llevaba al templo entre los sacerdotes, á la escuela entre los filósofos, al desierto entre los anacoretas, al Circo entre los mártires; que sufrió las asechanzas de sus enemigos y las injusticias de sus amigos, la guerra en el propio hogar, y la guerra en la calle, en el campo, en la plaza; que, Job de su idea, pasó todas las miserias, y apuró la hiel de todos los dolores humanos juntos; que la sed infinita de lo ideal siempre le aquejó; y el anhelo de su inteligencia le llevó á empaparse en la idea divina como la esponja en el mar, y su caridad á querer limpiar de toda mancha la tierra, y á desear que no hubiera un dolor irredimible, ni una eterna lágrima en el fondo de la vida, y su esperanza á confiar que los cielos se abrieran de nuevo para enviar otro soplo creador de la eterna revelacion al abatido espíritu; cuando se le ve padecer, morir para toda humana dicha, andar por el mundo agoviado por el peso de su pensamiento, penetrar en la conciencia humana con la espada de su idea y herirla y hacer brotar en ella la eterna aspiracion á lo divino, y caer fatigado de trabajo en el martirio; se olvidan sus errores, las sombras que lo manchan, y solo se ve su luz que brillará eternamente en esos altos espacios que podemos llamar los cielos del espíritu, los cielos de la historia *(Estrepitosos y repetidos aplausos)*.

¿Y no podia decirse que el error se respiraba en las ideas del siglo tercero incapaz aún de definir claramente en la conciencia humana el Cristianismo? Tertuliano, el orador fogoso, el soldado incansable, siempre en la lucha, como si gustára de respirar el aire de los combates; aquel tribuno consagrado á perseguir, á acorralar con las armas de su dialéctica á los enemigos del Cristianismo; el que alentaba á los encarcelados pintándoles los horrores y las desgracias esparcidas por el mundo como un consuelo en los hierros; el que fortificaba á los mártires con las esperanzas infinitas en otra vida, y amenazaba á los perseguidores con el fuego eterno; el que despreciaba toda cultura pagana por ereerla corrupcion inevitable del espíritu; aquel hombre que usó en favor del Cristianismo su dialéctica acerada, su elocuencia tempestuosa, su ironía, su sarcasmo, sus antitesis brillantes, sus pasiones violentas como el huracan, todo el fuego de su tierra natural, todo el inmenso hervidero de ódios de su raza, fué á dar tambien de grado ó fuerza en la heregía montanista, en una especie de esperanza que viciaba la eficacia de las ideas cristianas, y destrozaba su pura moral, lanzando el alma en exagerado idealismo, contrario á la realidad de la vida y á la virtud moral del Cristianismo.

Pero el Cristianismo no se mantenia solamente en la esfera de la especulacion religiosa, de la alta metafísica; siendo como era además de una ciencia, toda una vida, bajaba tambien á la organizacion de la sociedad que fun-

dára. En esto se diferenciaba radicalmente de la filosofía pagana que daba fórmulas científicas, sin curarse de organizar la sociedad con estas fórmulas, como si fuesen vanas ó estériles. El Cristianismo tenia, aparte de su virtud religiosa, virtudes sociales que eran causa de su rápida propagacion por el mundo. Su fé, su ciencia no se ocultaron á los ojos del vulgo, no, fueron patrimonio de todos los hombres. No fué su idea un principio metafísico, impalpable, ethéreo, fué un principio moral, un principio social, tan por estremo fecundo que abrazaba desde el pensamiento infinito de Dios hasta nuestra vida práctica de todos los dias. Por eso estaba destinado á organizar una sociedad, la Iglesia, pero tan fuerte y poderosamente que venciera al Imperio romano, y pasara entre los bárbaros que parecian destinados á destrozar la tierra bajo sus plantas, y flotara, como el arca de Noé, en el diluvio de lágrimas y sangre que traian sobre el mundo las tempestades de la Edad Media. La organizacion de la Iglesia debia ser, como hemos dicho antes, la obra de Occidente, y en Occidente del virtuoso sacerdote que hemos nombrado, de San Cipriano. Puede decirse que este elocuente jóven, convertido de las voluptuosidades de la orgía al santo amor del espíritu, llevaba en sí el genio de la organizacion y de la disciplina. Comprendiendo que la riqueza de la vida religiosa necesitaba diversidad de profesiones y ministerios reguló gerárquicamente la Iglesia, para que pudiese arrostrar la lucha con el mundo. Era el pueblo cristiano en este plan del

ardiente orador como un ejército apercibido siempre á la pelea. La relacion principal de la Iglesia con el mundo estribaba en la ardiente caridad de la Iglesia. Con su espíritu organizador San Cipriano queria dar forma á esta caridad, á fin de que no se perdiera como un torrente que sale de madre. Las desgracias de los pobres y sus necesidades se hallaban previstas en este reglamento que venia á dar leyes á la más alta y eficaz de las virtudes de la Iglesia. Todo lo ordenaba de esta misma maravillosa suerte, todo. Un dia afeaba en los confesores su esceso de celo en no querer admitir en la Iglesia á los que habian caido en el pecado como si la Iglesia no fuese el reflejo de Dios, y Dios no fuese todo misericordioso. Otro dia se levantaba al frente del Papa y se oponia á que borrase la ley de variedad en la vida de la Iglesia. Pero al mismo tiempo puede decirse que Cipriano es el gran fundador del gobierno de la Iglesia católica, cuya autoridad defiende en su libro inmortal de la Unidad de la Iglesia. Asi, Señores, cuando la Iglesia se levanta sobre las ruinas de la Roma pagana, cuando obliga á Alarico á custodiar sus santas ceremonias, cuando hace retroceder á Atila, cuando fuerza al bárbaro Sicambro á que doble la rodilla, y al godo á que reconozca su autoridad, cuando unge la frente de Carlo-Magno, cuando llega á aquel poder de Gregorio VII, de Inocencio III, poder que no ha tenido rival en el mundo, que no ha tenido semejante en la historia; en todas estas grandes ocasiones de su vida, la Iglesia

debe ver levantarse la sombra augusta de este varon fuerte, cuya alta inteligencia le diera los primeros gérmenes de su fuerza, los primeros fundamentos de su poderío. Y este hombre tiene tanto poder, tanta virtud, porque ama sobre todo en el mundo el sacrificio, porque escita y mueve á un siglo entero al martirio; y las lágrimas y la sangre son siempre fecundas. Por fin, despues de haber luchado, como bueno, cayó herido por la persecucion. No quiso obedecer al César que le mandaba adorar los ídolos y murió en la arena del Circo. De esta suerte, aquellos hombres valerosísimos, al mismo tiempo que difundian una idea, que organizaban una Iglesia, salvaban con el ejemplo de su vida y de su muerte los eternos derechos de la conciencia humana, los eternos principios de la libertad de nuestro espíritu. *(Aplausos.)*

Señores, esta gran época fundaba la ancha base de la historia moderna, fundaba la idea de Dios. La humanidad habia tomado por Dios la naturaleza, es decir, la humanidad libre habia tomado por Dios el fatalismo orgánico. En otro período histórico la humanidad se habia adorado á sí misma; Dios no era más que la inmensa sombra proyectada por el hombre en lo infinito. Si un pueblo recibió la idea de Dios, ese pueblo no supo unir esa idea con otra no menos fecunda, con la idea de la unidad del linage humano. El Dios de los hebreos no tuvo más que un templo, un ara, y un pueblo. Y la idea de Dios que el Cristianismo estendia por el mundo estaba destinada á trasformar el espíritu

y á dar un nuevo principio á la civilizacion universal, pero un principio imperecedero, que debia ser como su espíritu y su vida. Señores: grande época es verdaderamente esta en que la idea de Dios se levanta como el nuevo sol del mundo moral en los espacios infinitos de la conciencia humana. Esta idea de Dios, padre del hombre, presente siempre en el mundo y en el alma con la eficacia de su poder, daba unidad á la historia, unidad á la vida, y abria horizontes infinitos al progreso del espíritu. Desde el momento en que el hombre sentia como una obligacion de su vida el acercarse en todas direcciones á Dios, verdad bondad y bien, el hombre aspiraba á la plenitud de la vida. Todo su trabajo debia consistir en ahogar las contradicciones de su sér, y aproximarse en virtud de sus ideas y de sus obras á Dios para iluminarse y enrogecerse en su vida y bañarse sin romper el límite que separa á la criatura del creador en el piélago infinito de la eterna esencia. La idea de Dios lo anima todo; la ciencia dándole unidad; el arte abriéndole lo infinito como la única morada donde puede habitar su inspiracion; la moral fundándola en leyes eternas é imperecederas y en la idea de la justicia absoluta; la vida prometiéndole una exaltacion y transfiguracion sobrehumana más allá del sepulcro; las fuerzas todas de nuestro sér asegurándoles que no se perderán nunca cuando se encaminen al bien, porque las auxiliará la accion divina que se egerce sobre el mundo y sobre la historia; y así en esta edad que trae tan santa y tan

nueva idea, en la cual se ilumina la creacion, se vivifica el espíritu, se agrandan todas las esperanzas humanas, esta edad debe ser saludada como se saluda un templo que abandonamos, con religioso respeto, saliendo de ella recogidos, austeros, con la esperanza en el corazon, con la oracion en los labios, bendiciendo á Dios que llena con su luz toda la vida. He dicho. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

LOS PERSEGUIDORES

Y LOS PERSEGUIDOS.

LECCION SESTA.

Señores:

Despues de haber en dos noches consecutivas tendido nuestra vista por las altas regiones de la metafísica y de la religion, tócanos en esta noche descender y entrar de nuevo en las espesas sombras de la realidad, y contemplar el espectáculo de un mundo que se arruina. ¡Cuánta luz en la esfera de las ideas, y cuántas tinieblas en la esfera de los hechos! ¡Qué grandes y misteriosas armonías reinan en la alta metafísica cristiana, y qué desconcierto reina en el Imperio! ¡Qué pura y suavemente respirábamos allí, lejos del mundo, contemplando la luz increada, sintiendo difundirse por nuestras venas el aliento de una esperanza infinita que

renovaba nuestra sangre; y cuán difícilmente respiraremos en esta sirte de iniquidades y de crímenes; viendo como se descompone el cadáver de una civilizacion que fuera un dia asombro de la tierra! Pero así como la semilla se pudre en la tierra para dar la planta, se descomponen, se desorganizan unas civilizaciones para abrir paso á otras civilizaciones, y de esta suerte se cumple la ley misteriosa del progreso. Los privilegiados del antiguo mundo, los Césares, los patricios, los soldados, todas aquellas gentes que vivian ociosas en el trono de la tierra, regalándose con los frutos del trabajo del infeliz esclavo, y con los grandes y gravosísimos tributos de los pueblos reducidos á universal servidumbre, creian, como creen los privilegiados de todos tiempos y naciones, que al irse sus dioses, al romperse sus leyes, al morir sus instituciones, se perdia la humanidad, cuando realmente rasgaba el cendal de una forma ya gastada, para transfigurarse, y alcanzar mayor libertad, y seguir en su camino á lo infinito, y realizar ese ideal de justicia cuya existencia nadie puede borrar, y cuyo triunfo definitivo nadie puede impedir, porque es la ley misteriosa de nuestra naturaleza *(Aplausos)*. Señores: solo renovándose pueden aspirar á perenne vida las sociedades. El Asia inmóvil es un desierto que ha devorado las ruinas de las antiguas ciudades cuyas huellas no se conocen ya en la tierra fecundada por su trabajo y ennoblecido por sus gigantes monumentos; los pueblos mahometanos, dueños un dia del mundo que

temblaba azorado bajo sus conquistadoras cimitarras, yacen hoy inmóviles, podridos hasta los huesos, con los ojos puestos en un libro que ha trazado infranqueable límite á su vida, límite contra el cual esa vida se estrella; las naciones más caballerescas de Europa, las más aristocráticas, las que nos defendieron como Polonia y Hungría, las que levantaron y ennoblecieron el comercio y el trabajo como Venecia han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con la sávia democrática sus viejas aristocrácias; y España, el Job de los pueblos, España, que estuvo á punto de pudrirse en el estercolero del absolutismo *(Aplausos)*, ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habian perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo porvenir con el mismo arrojo con que se lanzára en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este grande arrojo nació nuestra salvacion: que los pueblos que no se renuevan, se condenan irremisiblemente á la esclavitud y por la esclavitud á la muerte *(Prolongados aplausos.)*

La humanidad es como el hombre; naturaleza y espíritu, pensamiento y accion. Cuando su pensamiento se renueva, tambien se renueva su vida. La humanidad es libre y social. Sin libertad no es; pero sin sociedad

no sería como es, tan rica y varia en sus ideas y en sus acciones. Tiene la humanidad sus leyes, unas necesarias como son las leyes de la naturaleza, y otras que puede romper como son las leyes de la libertad. Pero en pos del quebrantamiento de toda ley viene siempre el mal. La sociedad antigua habia dado de sí todas sus ideas, y por eso moria. La nueva sociedad traia nuevas ideas, y por eso del polvo de las Catacumbas se levantaba á la victoria. Roma habia formado en el horno de sus guerras el cuerpo de la humanidad, y la nueva idea traia su alma; Roma habia producido las últimas armonías del arte clásico, la identidad de la idea y de la forma, y la nueva sociedad traia el arte de los infinitos dolores y de las infinitas esperanzas; Roma habia con sus manos gigantescas construido el arco bajo el cual pasaban vencedoras sus legiones, y la nueva idea iba á construir la bóveda retratando al cielo; Roma distinguia el derecho quiritario y el derecho natural, y la nueva sociedad iba á escribir el derecho humano; Roma no habia aún apartado al hombre del Estado, y el Cristianismo creaba el individuo inmortal y espiritual; Roma arrojaba todos los dioses en el Panteon, y la nueva idea se elevaba á la unidad de Dios; Roma creia aún en la desigualdad, en el privilegio, y la nueva idea proclamaba la igualdad natural de todos los hombres; y así mientras Roma, apesar de tener para su defensa los Césares que todo lo podian, los guerreros que todo lo avasallaban, se moria, la nueva sociedad, apesar de no te-

ner para su defensa más que la palabra de sus apóstoles y la sangre de sus mártires, subia al Capitolio vencedora, porque siempre, en todas las grandes crísis de la historia, el genio de la luz y de la libertad vence al genio de las tinieblas y del mal en esta contínua batalla de la vida que Dios preside, dando en último resultado la corona del triunfo al principio de progreso que merece siempre la victoria. *(Estrepitosos aplausos.)*

Señores: desde el punto en que nace el Cristianismo, nace en oposicion á la sociedad romana. El libro primero que la nueva idea dicta es el libro de los castigos de Roma, es el Apocalipsis. Desde el instante primero de su vida, aquella sociedad cristiana que parecia tan débil, que se ocultaba en las Catacumbas como se oculta un remordimiento en la conciencia, y que se veia abofeteada y herida de todos, presiente su victoria en sus humillaciones, y escribe apocalípticamente la gran profecía contra la nueva Babilonia; profecía que dice que despues de rotos los siete sellos del libro de la vida, despues de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los infinitos abismos donde hierve la hiel de todos los males; antes de que la nueva tierra brote como una flor que rompe su capullo, y se estiendan los nuevos cielos, y se borren las huellas de la guerra que ha pasado hambrienta de matanza en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban generaciones

y mundos, antes de que todo esto se cumpla, un ángel mensagero de la cólera celeste, que descenderá entre las ráfagas de inmensa tempestad, se dirigirá á la Babilonia impura, á la gran prostituta vestida de escarlata, tinta con la sangre de cien pueblos, coronada de oro arrancado á los tesoros de cien reyes; que embriaga á los pueblos con el vino de sus concupiscencias, y se embriagaba á sí misma con la sangre de los mártires; y desarraigándola de la tierra como el huracan desarraiga la fuerte encina, la arrojará á sangrienta mar unida con el mónstruo de siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios; y habrá muerto el gran escándalo del paganismo, y cesarán los rumores de los festines, los ecos de las cítaras y de las flautas, los cánticos voluptuosos que de sus labios empapados en el beso sensual de los placeres exhalen los poetas coronados de flores, y solo se oirá dilatarse con inmensa resonancia por las alturas el hossanna inmortal que á Dios entonan los ángeles por este grande acto de su inflexible justicia. *(Aplausos.)*

Y en efecto, como Nínive, como Babilonia, perecía Roma. Veamos sus elementos de perdicion, veamos los esfuerzos hechos para salvarla. Era imposible que aquel inmenso Imperio donde no aparecia la ley de la variedad, donde no podian brillar las dos ideas de la individualidad y de la nacionalidad subsistiese por mucho tiempo. A haber subsistido Europa sería hoy como Asia. Dos elementos lucharon en la Roma republicana, los

patricios y los plebeyos. En las relaciones de Roma con el mundo lucharon los pueblos con el fin de alcanzar el derecho de ciudadanía. Pues bien, ahora, en esta larga decadencia del Imperio romano, encontramos luchando anormalmente la idea religiosa pagana con la idea civil de los jurisconsultos, la idea civil de los jurisconsultos con la fuerza de los militares, la fuerza de los militares con la reaccion de aquellos pocos Césares que sueñan con volver al ideal estóico de los Antoninos, como los Antoninos habian soñado con volver al ideal republicano de la aristocrácia. Y lo primero que nos maravilla y nos sorprende en esta lucha es que asi como en los tiempos de la República los pueblos anhelaban unirse á Roma, en este tiempo anhelan por separarse, como si conocieran que los grandes dias del quebrantamiento de las fuerzas colectivas y de la separacion de las naciones van á comenzar, esos dias á cuyo conjunto llamamos Edad Media. Todo lo que ha de venir se dibuja en esta grande palingenesia social, todo, hasta las primeras líneas del castillo feudal, que brotará de la tierra armado allá por el siglo noveno. Pero mientras tanto los elementos civiles, religiosos, militares y políticos luchan terriblemente en aquel gran monton de lodo y sangre coagulada que llamamos el Imperio. Los soldados creen que solo sobre sus armas puede asentarse Roma, y tienen modelos de emperadores en Severo que es la prudencia militar, en Maximino que solo es la fuerza, en Niger y Caracalla que son el desenfreno de la fuer-

za. Los religiosos á su vez, los paganos creen que Roma muere por su indiferencia religiosa, que Roma necesita para resucitar votos, sacrificios, holocaustos, dogmas, procesiones, el filtro de todas las religiones, el acompañamiento de todos los dioses, ideas que llevan al trono del mundo á los dos emperadores gnósticos, Heliogábalo y Alejandro Severo. Los jurisconsultos sienten que el destino de Roma es la realizacion del derecho, y que sus triunfos son debidos, no á sus armas, sino á sus leyes, y pugnan por despertar el antiguo númen del derecho; y aunque tienen Césares que los auxilien, como Tácito y Probo, no llegan nunca á crear una forma política en consonancia con el derecho civil que escriben indeleblemente en la conciencia humana. Los emperadores senatoriales, los que despues de tantos siglos y de la impotencia de tantos esfuerzos aún creen posible despertar el Senado, reedificar la tribuna, volver á los tiempos de la República con Macrino, Máximo, Balbino, Galieno. Por fin el Imperio reune todas sus fuerzas en Diocleciano, sale de todas estas vacilaciones que lo pierden, señala á cada institucion el lugar que ha de tener á sus plantas, atiza las hogueras contra los cristianos, los perturbadores de la conciencia humana; y cuando se cree más fuerte, cae de súbito herido por un rayo del cielo, y deja el trono á la idea cristiana que tanto combatiera.

Pero historiemos, Señores, puesto que historiar es nuestra ocupacion en esta noche. Caido Conmodo, ase-

sinado Pertinax, vendido el Imperio en pública subasta por las guardias pretorianas al débil Didio Juliano, Severo, general nacido en Africa, de ambicion desmedida, de taimado carácter, de frias y premeditadas resoluciones, poco escrupuloso en jurar y menos todavía en cumplir sus juramentos *(Risas y aplausos)*; poseido de la idea de mandar á toda costa que le domina y desasosiega *(Repetidos aplausos)*; fácil en cambiar de amigos y de propósitos segun conviene á su engrandecimiento *(Risas)*; compró tambien el Imperio prometiendo á sus legiones grandes ganancias y lucros si le acompañan al trono; y como recordára que Augusto dijo en cierta ocasion, que los ejércitos de Pannonia podian llegar en diez dias á Roma, no se da punto de reposo, come á caballo, duerme dos horas, y llevando para pedir el sumo Imperio sus armas, lo alcanza; sumo Imperio, donde fué gran general, vencedor de los pueblos del Norte, de los britanos, de los parthos, de mil fieras naciones, que parecian olfatear la muerte de aquella sociedad; pero no siendo el punto de la dificultad el vencer, sino el gobernar, obligado tal vez por la fatalidad de su orígen, desconociendo los resortes del gobierno como nacido para los campamentos, llena el Senado de amigos suyos, de viles siervos orientales, que solo abren los labios para adularle y aumentar los males de aquella sociedad; emplea serviles é infames complacencias con los soldados, á quienes da doble racion de trigo, crecidísima paga, el derecho de llevar áureos

anillos como los caballeros, libertad para tener vida disipada y licenciosa; y haciendo de ellos cortesanos más que soldados, y elevando á la primer dignidad del Imperio al prefecto del Pretorio, al generalísimo Plautiano que por espacio diez años fué el azote de Roma, creyó que el mundo romano era su patrimonio, puso el poder, no en la fuerza de la idea, sino en la idea de la fuerza, y precipitó, á pesar de sus prendas militares la caida de Roma: que nada hay mas débil para regir á los pueblos que la fuerza, ciega deidad que concluye por devorar á los mismos que la adoran *(Ruidosos y prolongados aplausos.)*

Este emperador no se descuidaba en el fácil arte de seducir y contentar al pueblo. Por eso dió los juegos seculares, célebres fiestas romanas que nos describen Zozimo, Suetonio, Herodiano, y que Horacio inmortalizó en sus versos. Los pregoneros anuncian la celebracion de juegos que ni han visto ni volverán á ver los nacidos; el pueblo se agolpa á las puertas de los templos de Júpiter y Apolo capitolinos para recibir antorchas y pez que consagrar y quemar en aras de los dioses inmortales; las profecías de los libros sibilinos andan de boca en boca; el teatro recuerda las acciones de los héroes; el Circo rebosa en gentes que van á azuzar á las fieras, y aplaudir á los gladiadores; las naumáquias ofrecen batallas navales en que mueren muchos esclavos, enrogeciendo las aguas con su sangre; los circos olímpicos á la usanza griega, hacen de Roma

una Atenas; y á la parte septentrional del Campo de Marte, á las orillas del Tíber, no lejos del bosque de Lucina, cuyas hojas parecen repetir en su melancólico susurro los cantares de los poetas que les han consagrado recuerdos inmortales; frente á los monumentos que evocan las antiguas glorias, al anochecer el emperador ofrece tres corderos en honor de las tres gracias, y al tiempo que se consuma el sacrificio, millares de luminarias brillan de súbito en la rotonda del panteon recamando con sus melancólicos resplandores columnas, bosques, y estátuas como si se hubiera despertado la aurora; y las liras de los coros prorumpen alegremente en suaves sinfonías, y las vírgenes y los mancebos entonan cánticos á Diana y Apolo, y el emperador va al gran átrio del Sol á saludar el cuadrante de las horas que ha señalado un siglo más en la vida de Roma; y todos los romanos diseminados por los campos, elevan al cielo una plegaria en versos inmortales, pidiendo á los dioses que les miren propicios y hagan sempiterno el poder de la gran cuidad, y sempiterna por consiguiente la esclavitud de las naciones. *(Vivos y prolongados aplausos.)*

Pero no se salvará Roma. La llaga es demasiado profunda y demasiado cancerosa, y solo podrá curarla el hierro de los bárbaros. Continuemos pisando este suelo lleno de sangre coagulada. La historia del mundo es en este tiempo la historia de un hombre. Maldigamos la tiranía que así envilece hasta lo más sagrado,

a la memoria de la humanidad. Ese hombre, en
a alma se ha refugiado toda la conciencia humana,
vado sobre los demás hombres, rompe las leyes de
naturaleza, y en fuerza de creerse un Dios se con-
ierte en miserable bestia. No hay en su corazon nin-
guno de los sentimientos más caros á la naturaleza hu-
mana. ¡Cuánto amamos los plebeyos á nuestras madres!
Pues Neron mató á su madre. ¡Cómo nos sacrificamos
por nuestros hermanos! Pues Neron mató á Germánico,
Domiciano á Tito, y Caracalla, el mónstruo de que va-
mos á hablar, mató á su hermano Geta. No lo estrañe-
mos, Señores. Dios los hizo hombres, y la sociedad los
hizo tiranos. Y la tiranía, que es el mal, pierde á los
Césares buenos, y recrudece en los Césares malos sus
perversos instintos. Caracalla es el César de la solda-
desca, es su ídolo. Como Julio Didiano, como Septimio
Severo, ha comprado el Imperio por oro. El mundo es
un tablero donde los Césares y los pretorianos juegan
con cabezas humanas á los dados. Los que por miedo á
la libertad del pueblo romano y á la solucion del pro-
blema social provocáran la tiranía, ¡cómo pagaban su
error! No tengamos miedo á la libertad, miedo al bien
Tales temores solo son propios de generaciones enfer
mas del alma. Vale más morir por la justicia que viv
bienhallados con la servidumbre (*Aplausos*). Mir
mirad el César de los soldados. No os lo presen
como fué, porque la historia, como ha dicho
gran poeta, tambien tiene su pudor; pero os

jaré entreveer algunos de los rasgos de su fisonomía. Fué engendrado, nacido y educado en los campamentos, entre pretorianos; y aunque de niño mostrára buenas prendas é inclinaciones saludables, perdia en el trono toda nocion de justicia, todo sentimiento de derecho; y asesinó á su hermano en brazos de su misma madre, y con su hermano asesinó á todos sus amigos y partidarios; y esterminó con rabia y premeditada venganza á toda la juventud de Alejandría despues de haberla infamemente engañado; y trató paz y amistad con los parthos para llamarlos á su lado, y perderlos, y decirse su vencedor, y arrogarse una victoria que era deshonrosa traicion; y sacrificó gran parte del pueblo romano asesinándolo sin piedad, porque el pueblo romano se burlára un dia de su gladiador favorito; y manchó ¡incestuoso! el lecho de su madre despues de haber salpicado la frente de aquella madre infelicísima con sangre de su hijo; y acabó la obra de la demolicion del Senado, curándose solo de la voluntad y del voto de sus pretorianos, siempre dispuestos á seguirle porque les llenaba las manos de oro y el vientre de sabrosas viandas; y saciaba su lujuria entregándoles las más hermosas mujeres de todas las regiones que recorrian, y hartaba su ambicion abriendo ciudades y campos á su insaciable voracidad, y bebia su vino, y jugaba con sus dados, y entonaba sus súcios cantares, y se embriagaba de su embriaguez, y ardia en su concupiscencia, y menospreciaba la púrpura, fingiendo que la llevaba solamente

ra cubrir las violencias de los soldados, de suerte que
dueño del mundo, el custodio del derecho, era escla-
o de sus legiones; crímen que no se comete nunca im-
punemente, puesto que Caracalla, como todos estos dés-
potas, murió en las garras del mónstruo que acariciaba,
se clavó en el vientre la espada con que habia herido y
atormentado al mundo. *(Aplausos.)*

¡A cuántos crímenes obliga la tiranía! Este mónstruo
cayó en el delirio de imitar á Alejandro y creerse tan
grande y tan héroe como el inmortal macedon. Fué hi-
pócrita hasta el punto de llorar á su mismo hermano por
él inmolado. Fué cruel hasta el punto de amenazar á su
madre con la muerte porque lloraba á su hijo. Fué tai-
mado hasta el punto de enviar un veneno á Leto y des-
pues de haberse envenenado por su mandato, honrar su
cadáver como si fuera despojo de un Dios, lo cual prue-
ba que en aquella conciencia empedernida habia muerto
hasta la voz de la justicia divina, hasta el remordi-
miento. Mató al jurisconsulto Papiniano, honra de su
tiempo, y despues reconvino á su verdugo porque en
vez de matarlo al filo de la espada, lo mató á hachazos,
Roma fué en su tiempo como una orgía de sangre. La
muerte abria sus negras alas sobre la Ciudad Eterna.
En el baño, en el teatro, en los juegos, en el Circo, en
todas partes, corria la sangre humeante. Caracalla se go-
zaba en esta carnicería y abria sus narices para respira
el hedor de la sangre, como el chacal entre la podr
dumbre de un campo de batalla sembrado de cadá

res. Se llamaba germánico, y decia que si venciera en Lucania llamaríase lucánico, apellido que á un mismo tiempo significaba gloton y fratricida. ¡Oh! Señores. El espectáculo de estos crímenes obliga á apartar con horror los ojos de la tiranía y á levantarlos al cielo siempre claro, siempre esplendente de la justicia.

Así no es maravilla que despues de haber pasado bajo el mando de Macrino, el Imperio, cansado de los pretorianos se diera á un gnóstico, á un sacerdote, á un jóven oriental en cuya mente hervian todas las ideas del viejo paganismo, en una palabra, á Heliogábalo. El historiador Lampridio dice que de buen grado condenaria á perpétuo olvido la vida de este hombre y rasgaria las páginas que acaba de escribir con asco. Y sin la vida de este hombre no podriamos comprender la necesidad que habia del tránsito de un estado social á otro estado social; no podriamos comprender el sensualismo infinito de que adolecia la religion pagana en la hora de su muerte. Hijo de un adulterio; nacido en los serrallos de Oriente; amamantado á los pechos de voluptuosas mujeres; crecido á la sombra de aquellos templos de Siria donde la prostitucion era holocausto acepto á los dioses; iniciado en las ideas confusas de un gnosticismo bárbaro, y habituado á las prácticas de un culto sensual que admitia la prostitucion, y la bestialidad, y la poligamia, y, más aún, la omnigamia; sacerdote de aquellas orgías donde el delirio de los sentidos llegaba á sus últimos estremos; este adorador del

sol eleva consigo al trono de Roma una suerte de misticismo sensual, de erotismo religioso como nunca lo viera el Imperio romano; y aclamado por dueño del mundo, sin más título que un confuso recuerdo guardado por su madre de haber tenido entre sus infinitos amantes á Caracalla, se dirige á la Ciudad Eterna desde Emeso en una procesion religiosa que dura cuatro meses; entra en los muros de Roma vestido de crugiente seda, con el manto de púrpura en los hombros, y la tiara de oro en las sienes, teñido el rostro de bermellon, envuelto en espesa nube de incienso, abrazado á una gran piedra negra cónica, que es su dios, seguido de jóvenes sirias desnudas, que al son de los tambores y de las flautas danzan desordenadamente, despidiendo de sus gargantas alaridos feroces; y sube al Capitolio, y alza un templo; y arranca el fuego de Vesta para consagrarlo á su culto; y desposa á su dios con Urania, mandando que el orbe entero celebre con locos placeres tales nupcias; y funda un colegio de sacerdotisas consagradas á Venus; y lleva á los altares de su dios los dioses de todos los templos como esclavos; y se da á la mágia buscando horóscopos en el vientre de los niños inmolados por sus propias manos; y disipa las rentas del Imperio en cenas donde hay todo cuanto puede apetecer el esquisito gusto y la voraz glotonería; y arrastra á su lecho las prostitutas, las damas, las vestales, los histriones, los gladiadores, hasta las estátuas de los dioses; porque aquel desgraciado más que una persona

es la personificacion de una sociedad que se muere devorada por la delirante fiebre del sensualismo. *(Estrepitosos aplausos.)*

Todos aquellos emperadores tienen un ideal de poder que no cabe en las condiciones de la vida humana, y todos más que hombres, se creen dioses. Y en este vértigo de orgullo, el puñal ó el veneno los precipita en brazos de la muerte. Así muere Heliogábalo y le sucede Alejandro Severo. Gibbon ha presentado en su Historia de la Decadencia del Imperio Romano, al buen Alejandro Severo como un rey de la Edad Me lia, piadoso, manso, humilde, devoto, administrando justicia á la manera de Luis IX. En esto se ha dejado llevar de la preocupacion que reinaba en aquel Lampridio, principal autor de la Historia Augusta, y que deseando mostrar á Constantino un modelo de príncipes, lo forja en la Biografía de Alejandro Severo, humilde, débil, absorto en aquella suerte de sincretismo religioso, que adoraba juntamente á Abraham y á Orfeo, á Orfeo y á Jesucristo. Yo, al considerar las varias fuentes de este reinado, me inclino á Herodiano, autor contemporáneo de Alejandro Severo, testigo de los hechos que narra, imparcialísimo en sus juicios, si bien poseido siempre de reminescencias de la vida griega. Heliogábalo mostró el desenfreno del gnosticismo; Alejándro Severo su impotencia. Su madre Mammea, lo educa, y lo domina, y reina en su corazon, y de consiguiente en el Imperio. Alejandro es uno de esos príncipes débiles,

afeminados, que aparecen por su mal en las grandes crísis históricas, en la decadencia de los Imperios, para perder las instituciones, cuya autoridad representan. Yo le llamaría el Cárlos II de su tiempo y de su raza. En la vida pública y en la vida privada, en el palacio y en el campamento, la debilidad es el rasgo distintivo de su carácter. Toma por esposa una dama patricia, y la repudia, porque á ello le obligan los celos de su madre. Se aconseja de Ulpiano para el gobierno, y como Ulpiano representaba el elemento civil y era odioso á los soldados, lo entrega á la furia de estos, y consiente en su violenta muerte. Asocia el historiador Dion Casio al consulado, y cuando la gente militar, en su licencia, en su desenfreno, pide la caida de aquel hombre, consiente en su destierro. Llega la hora de tomar el mando de sus tropas, y el jefe de un Imperio militar, tiembla y llora entre el fragor de la guerra. Todo en él es afeminado, ruin: pensamiento, vida, carácter. Artajerjes, rey de los persas, conquista el Imperio de los parthos, y viola el sagrado de la frontera romana. Esta audacia necesita pronto, ejemplar castigo. Pero Alejandro vá á Oriente y es tan desgraciado, que pierde en la demanda ejército y honra. Su retirada á Antioquía me parece el Imperio romano retrocediendo delante de los bárbaros. Si hoy nos maravilla y estraña tanta debilidad ¡cómo no debia estrañar á los romanos, acostumbrados á ver muda en su presencia la tierra! Estos místicos, estos soñadores gnósticos pierden el Imperio.

El eclecticismo y el sincretismo aparecen siempre en la hora de la muerte de las civilizaciones. Y el sincretismo y el eclecticismo, que vienen á ser la indecision intelectual, engendran esta indecision moral, cuyo representante es Alejandro Severo, y cuyo resultado es la pérdida de los Imperios. Sí, Alejandro muere en su espedicion á Germania, y muere tristemente á manos de sus mismos soldados.

Señores: no es maravilla que el ejército cansado de aquel afeminadísimo príncipe, optára por un soldado. Este soldado era de los últimos límites de Tracia, era Godo. Nacido en una cabaña, criado entre pastores, empeñado en la vida militar por temperamento y por eleccion; tan desmesuradamente alto que levantaba su cabeza sobre el ejército; tan forzudo que detenia un carro en su carrera y luchaba con un toro sin más armas que sus brazos; compañero de glorias y fatigas de todos los soldados, su camarada querido, echáronle estos la púrpura imperial sobre los hombros; y fué dueño del mundo, dueño de un ejército en que no habia romanos, sino griegos afeminados que tocaban la cítara y henchian el campamento de voluptuosos cánticos; tracios fieros, que malhallados con su vida de bandidos, dejaban sus cabañas y sus bosques y sus sacrificios humanos, para seguir en sus depedraciones bajo las enseñas de las águilas romanas; africanos tostados por el sol, cuyos negros ojos y cuyos blancos dientes, así como sus saltos de tigre y sus rugidos de

leon, atemorizaban á los mismos que los conducian á la pelea; godos y germanos recogidos en cien batallas, y obligados á servir por fuerza á sus eternos enemigos; parthos montados en sus caballos negros como la noche, armados de su arco terrible como la muerte, ligeros á manera del viento de sus desiertos, bebedores de sangre, que adornan la espalda con el carcaj lleno de huesos humanos, y el pecho con el collar de cabezas cortadas á sus enemigos en el campo de batalla; pueblos todos que la indolencia romana habia reunido, tan diversos en leyes usos y costumbres, y que se reunen y confunden como si fueran uno solo en el ódio comun á Roma; y desde las nevadas cumbres de los Alpes donde acampan, miran á Italia hambrientos como los cuervos un monton de cadáveres, y piden á su jefe, bárbaro y sangriento sobre todos ellos, que los conduzca á la guerra, á la matanza, para destruir á Roma y vengar en ella la afrenta y la esclavitud de sus padres *(Prolongados aplausos.)* Para conocer al bárbaro que los conduce, leed la Historia Augusta todavía llena del terror que su presencia causára en Roma. Aquí nos abandona Lampridio y nos acompaña Júlio Capitolino. La historia pierde toda su grandeza artística, y se acerca ya á la aridez de la crónica de la Edad Media. Mirad á Maximino. Su cuna fué un establo, su primer oficio el pastoreo y la caza, la causa ocasional de su aparicion en el ejército unos juegos militares que dió Septimio Severo en que venciera seguida-

mente diez soldados; y por consiguiente aquel hombre, en quien la fuerza estallaba en toda su grandeza, debia ser el espléndido ideal del soldado, y significar en la historia el apogeo del elemento militar, del pretorianismo. Casto, de costumbres puras, amante de su mujer y de su hermoso hijo, enemigo de las liviandades con que manchara su vida Heliogábalo, por lo cual no quiso nunca seguirle, acariciado por Alejandro Severo que le amaba como la debilidad ama siempre á la fuerza; aquel hombre que pasára de pastor á soldado, y de soldado á tribuno militar, y de tribuno á jefe de la cuarta legion, aquel hombre, cuya estatura era de diez piés romanos, cuyo estómago devoraba cincuenta libras de carne, cuya sed no se saciaba sino apurando un ánfora, cuyas manos pesaban como una maza de hierro, y cuyas fuerzas arrancaban de raíz los arbustos; llamado por sus soldados Hércules, Milon de Crotona, Aquiles, Cíclope, Anteo, Phalararis, y que habia limpiado ergástulas, letrinas, cloacas, y sido esclavo de los esclavos romanos, se levanta al Imperio; y condensando en su alma todas las pasiones de los pretorianos, entrega los ídolos de oro á sus legiones, mata á jurisconsultos, patricios y senadores, amenaza al Senado, arde en ódio contra aquella aristocrácia que ha domeñado la tierra pero que tambien la ha envilecido, desecha las vanas fórmulas y los vanos títulos inventados por la soberbia de los Césares, y solo se preocupa en sus ódios bárbaros de infligir á los señores del mundo un gran castigo;

tirano fiero, subido al imperio por una gran voluntariedad de la fortuna, y el cual parece Espartaco que se levanta de su tumba crecido y trasformado á tomar una venganza tan formidable como las injusticias de que eran víctimas los infelicísimos esclavos en toda la tierra *(Estrepitosos y repetidos aplausos.)*

Maximino envia á Viteliano á Roma á que cumpla sus sangrientos mandatos de venganza, y en tanto triunfa en Germania logrando lo que no lograra ningun emperador culto y sabio, obligar á retroceder á las olas de la barbarie. El Senado se subleva; Gordiano I que daba espectáculos de quinientos gladiadores al pueblo, es nombrado César y muere asesinado; le sucede el sensual Gordiano II y muere asesinado tambien; Maximino desciende rápidamente de los Alpes á Italia y traidor puñal ataja su carrera; síguenle en el trono Máximo y Balbino, patricio el uno, plebeyo el otro, ambos hechuras del Senado, que piensan restaurar la República, y son asesinados por los guardias pretorianos; sube al vacío trono del mundo Gordiano III y va al Oriente, y sus soldados que un dia le aclamaran, no quieren admitir la renuncia que hace del Imperio porque quieren arrancarle con el Imperio la vida; y toma en sus manos el cetro de la tierra un árabe, Felipe, el cual celebra juegos seculares, porque la Ciudad Eterna ha cumplido mil años de vida ¡ay! mil años, á cuyo término la libertad es sombra, la República cadáver, el Senado impura mancebía, el gobierno asqueroso despotismo militar, el

más terrible y repugnante de todos los gobiernos, que no reconoce derecho, que adora la fuerza, que cree toda autoridad puesta en las armas, que prostituye al pueblo con juegos, que mancha de sangre las gradas del trono, que entrega el mundo, no al más sabio ni al más virtuoso sino al más fuerte, que hace imposible todo derecho; triste pero merecido castigo de los pueblos que doblan la cerviz á la pesada coyunda de la servidumbre. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

Por fin, Felipe cae y sube Decio, en cuya eleccion convinieran por un momento el Senado y el ejército. Decio tenia dos grandes pensamientos: vencer á los bárbaros que ya se adelantaban á cumplir el castigo de Roma y restaurar las perdidas magistraturas. Creyendo que el mal de Roma estaba en aquella igualdad bajo la servidumbre que trajera consigo el Imperio, restablece la censura para que cuente las diversas clases del pueblo, y dé á cada una su derecho, á ver si de esta suerte renacian las virtudes republicanas, esas virtudes cívicas, sin las cuales no son posibles las grandes democrácias. Sus dos pensamientos se estrellaron contra la decadencia irremediable de Roma. Decio muere, héroe digno de una gloria como la de Muscio Escevola, muere peleando por la patria en las lagunas góticas, pero muere con el presentimiento de que es inútil su sacrificio, porque Roma está muerta. En efecto, el censor que va buscando hombres libres, solo encuentra esclavos. Despues de la rota de las le-

giones de Decio, el Senado recobra un momento su autoridad, mas solamente para nombrar César al hijo de Decio. Pero pronto se subleva Galo, el cual compra á vil precio la paz á los bárbaros. De suerte, Señores, que el pueblo romano, el pueblo más guerrero de la tierra se ha convertido en vil mercader, y no teniendo en sus venas sangre para ganar victorias, las compra por oro. Desde este instante asoman por todas partes las señales de la descomposicion del Imperio como la podredumbre en un cadáver. Ni Emiliano, ni Valeriano pueden salvar á Roma; la hora tremenda suena: Galieno en cuyo tiempo van á suceder las grandes catástrofes sube al trono; la tempestad ruge sobre el mundo; los senadores se arman, pero los desarma el César y los encierra en sus festines para que no se acuerden de la República, despues de haber pronunciado la terrible palabra, «no más soldados romanos;» los habitantes de la Mesia son pasados á cuchillo; los escitas inundan el Asia y queman las ciudades, y arrancan los bosques, y dispersan las razas; los getas rompen la ribera del Eufrates, y se estienden por la antigua Babilonia, bañados en sangre hasta la rodilla; los esclavos se sublevan en Sicilia, en Italia y sacrifican á sus dueños sobre el terruño empapado con su sudor y con su sangre; Bizancio, la Alejandría de Europa, es saqueada por los soldados romanos, Atenas por los bárbaros, el templo de Simium abrasado, destruidas las estátuas de Praxiteles, que eran los trofeos más ilustres del paganismo; los

sármatas atraviesan el Rhin; los suevos acampan á las orillas del Tajo; los tauridas infestan en sus barcas de pieles las aguas del Bósforo; los godos comen carne cruda y beben orines de caballo en el Pireo donde resonára la palabra inmortal de Pericles y de Demóstenes; las naciones se apartan de Roma que ya no sirve para defenderlas ni para resguardarlas, y nombran sus emperadores; los dacios á Desebalo que jura la muerte de la Ciudad Eterna; los iberos, galos y bretones á Postumio; los persas á Sapor que para subir á su caballo de guerra pone el pié sobre el cuello de un patricio romano; los sirios á Balista en pago de la promesa de amparar sus dioses sensuales y sus cultos orgiásticas; los galos á Cornelio y á Celso; Milan á Aurelio; una hermosa mujer de Occidente á sus amantes que elevaba al trono ó arrojaba del trono, segun los giros de su capricho y las voluptuosas inspiraciones de su deseo; sombras que vagaban coronadas sobre las ruinas del mundo, perseguidas de cerca por la muerte; y enmedio de aquella universal desolacion, cuando la tierra se estremece sacudida por el terremoto, como si quisiera arrojar de sí el peso de tantas iniquidades, y la peste se ceba en toda la humanidad, y el sol se eclipsa avergonzado de tocar con su pura luz tanto cieno, en aquellos infaustos dias nunca bastante llorados por el genio de la historia, Galieno sube al trono de Roma, y solo vuelve el rostro para decir á sus legiones, «quemad, degollad,» y se pierde entre gladiadores, prostitutas, histriones, consu-

miendo hasta los tesoros de los templos en una orgía infinita, sin estremecerse porque se mezclen con el ruido de las copas y los cánticos de los festines y los ecos de los besos, los clamores de los pueblos que mueren, el estrépito de las ruinas del Imperio, y el rumor de los bárbaros que vienen á curar con el cauterio del hierro y el fuego la inmensa cancerosa llaga estendida sobre la faz de la tierra. *(Vivos y prolongados aplausos.)*

Los pretorianos tenian perdido el Imperio; la autoridad fué mercancía, las delaciones alimento de los cobardes, la proscripcion defensa de los Césares, los bárbaros custodios de Roma, los dioses orientales y estranjeros dueños del Panteon, los cultos mágicos refugio de las almas descreidas ansiosas de emociones y no de consuelos, la paga cebo único de los soldados, la ley letra muerta, la milicia ócio ahmirablemente retribuido por los dispendios de los Césares, que trataban como reyes á los soldados cortesanos de los reyes, cuando la República trató como pobres trabajadores á los soldados que sojuzgaron á los reyes; de suerte que en los abismos de la sociedad todo era servidumbre y en las alturas lujo y vicio, y no habia en la Roma de los héroes, en el santuario del derecho más que soldados viles, siervos humildes, cortesanos orientales, eunucos incapaces de decir una verdad, y de sentir ese deseo de libertad que ennoblece los caractéres y eleva las almas; y allá en la soledad de un trono hombres desgraciados, perdidos en espesa nube de incienso, postrados en el vicio y en el

lujo, que no se atrevian á pelear y compraban la autoridad á sus soldados, y la paz á los bárbaros; egemplos que debe el historiador poner ante los ojos de las sociedades modernas, muchas de ellas todavía apasionadas del cesarismo y del pretorianismo, para probarles que la tiranía es la violacion de la justicia, y como violacion de la justicia es el rebajamiento de los caractéres y la irremediable perdicion de los pueblos. (*Aplausos.*)

Pero despues de la muerte de Galieno en que el peligro fué grande, Roma recobró el deseo de su salvacion, y se entregó á Césares que estuvieran á caballo en las fronteras del Imperio salvándolas de los bárbaros. Se necesitó que el mundo zozobrára como nave sín timon y sin piloto abandonada á los vendabales y á las ondas, para que se diese á grandes Césares. Casi todos lo fueron desde Cláudio hasta Diocleciano, casi todos. Cláudio aclamado ochenta veces por el Senado, triunfa de trescientos mil bárbaros y muere. Como Leonidas habia defendido las Termópilas. Aureliano que le sigue vence á los bárbaros, triunfa en Egipto, en Thiana, somete á los orientales, aumenta la reparticion de trigo entre la plebe romana, y como dice Vopaisco al concluir su reinado es amado del pueblo y temido del Senado. El Imperio está seis meses vacante. Mandar en este tiempo es padecer, no es gozar. El Senado y el ejército ya no se disputan la eleccion sino la renuncia á la eleccion. Sube Tácito al trono y da al mundo el presente de un gran César en Probo, que reconcilia el elemento civil con el

elemento militar. Por un momento anhela Roma su paz, su libertad. Debe sentir el Imperio en esta hora suprema el arrepentimiento del criminal que comprende al pié del cadalso la felicidad que ha perdido con la virtud y la inocencia. Si hubiera sido posible salvar el mundo romano, aquellos Césares lo salváran. Y esto es tan cierto que parecia próximo á su salvacion y nunca habia estado más enfermo, nunca más cerca del abismo. Diocleciano, hijo de esclavos, militar, jurisconsulto, poseido de toda la fé qué podia inspirar el envejecido paganismo, reuniendo en sí todas las ideas que habian batallado por espacio de tanto tiempo en el suelo ensangrentado del Imperio, el gnosticismo, el pretorianismo, el ideal de los jurisconsultos, destroza entre sus manos el Imperio, divide la autoridad entre Maximiano que pelea en Africa y Galerio que pelea en Oriente y Constancio Cloro que pelea en Occidente, los cuales llevan á sus piés despojos que le dicen que las naciones bárbaras están vencidas, al par que los verdugos le anuncian que los cristianos, los enemigos del Imperio están ya aniquilados; y apesar de tantos triunfos sobre las armas enemigas y sobre las ideas enemigas, despues de haber orientalmente organizado el Imperio y destruido el moribundo Senado, cuando le trataba el mundo como si fuera un dios, guardado por ejércitos su palacio, por eunucos sus salones, saludado en su santuario por sus vasallos que al verlo ponian rodillas y frente en el polvo, como si le persiguiera un remordimiento,

huye de Roma que deja de ser la capital del mundo, se encierra en Nicomedia que aún le parece demasiado grande, abandona á Nicomedia y se refugia en su pequeña patria, en Salona; y allí arroja la diadema que le muerde las sienes como una serpiente, rasga su túnica de púrpura que le abrasa como si fuera de llamas, y pide retiro, silencio, olvido, sin duda porque habiendo destruido los últimos restos de la libertad, y desplegado todas las fastuosas formas de oriental despotismo comprende que el Imperio lleva en el pecho la víbora que ha de beber hasta las últimas gotas de sangre. *(Repetidos y prolongados aplausos.)*

Una sociedad de esta suerte conmovida, no podia salvarse sino por una idea poderosa y antitética absolutamente á todos sus principios fundamentales, una idea que despertase el espíritu dormido, y en el espíritu la voz de la conciencia. Examinando los hechos históricos, se ve que en su fondo queda siempre una idea que es la unidad de la historia, como el espíritu es la unidad de nuestra vida. Y la idea nueva que se opone á la idea precedente, siempre despierta una lucha, sí, una lucha tremenda. La nueva idea se oculta en las entrañas de la tierra como la semilla, y se levanta y crece regada por lágrimas y sangre. De esta suerte las nuevas ideas se organizan en asociaciones secretas, que ocultas en la base misma de la sociedad, la minan, la quebrantan, la destruyen. Nada es tan temible como ese trabajo subterráneo que las sociedades

poderosas no suelen temer en su confianza. Las ideas ocultas son como un volcan sin respiradero. Cuando van á espresarse estallan y subvierten las sociedades. Nada mas ténue y más necesario á la vida que el aire, y nada más impetuoso y mas preñado de muerte que el huracan. La idea libre es el aire, y la idea perseguida y proscripta es el huracan. El paganismo se defendia en sus tormentos, con sus verdugos, con sus hogueras, con sus suplicios, y estaba perdido. Cuanto más cruelmente se defendia, más se acercaba su última hora. El dolor que tanto nos apena, tiene sus incomprensibles misterios, y ejerce sobre su alma una atraccion maravillosa. Así es que la hoguera, la cicuta, el martirio, han sido los grandes propagadores de todas las ideas. Esto dice mucho en favor de la generosidad de nuestra especie. La sangre de los mártires hacia brotar nuevos defensores de la fé cristiana que se apercibian al martirio. Nada más triste, nada más horrendo que aquellas cárceles donde los primeros cristianos eran encerrados. Al pié del Capitolio está la prision. Su aspecto es el aspecto de una tumba. La ortiga crece en las junturas de las piedras, como para decir que allí solo hay amarguras. Es un muro triste, espeso, carcomido por el tiempo y por las lluvias que han caido allí como llanto de los cielos. La puerta es pequeña; las dos escaleras grandes, como si condujeran á un abismo. Un espacio cuadrado construido de inmensos pedruscos es la prision. El aire, la luz, penetran por es

pesas rejas, y el dia es allí eterno crepúsculo. Las piedras están húmedas como si lloráran, más impasivas que el corazon de los hombres. Allí no vale llorar, no vale clamar. Las paredes no comunica el quejido que reciben; lo reflejan, lo rechazan. De vez en cuando el murciélago vuela por las bóvedas, y el raton corre por el suelo. Son los únicos compañeros de los desgraciados. Parece que aquel es el límite último de lo horrible, y sin embargo hay aún más allá. Un agjuero se abre á otro abismo. Allí no hay luz. Allí en la soledad de las tinieblas, palpando las sombras, abriendo dificilmente á la respiracion el pecho, el infeliz cae, penetra en profundisimo sepulcro donde pisa los huesos de los que le han precedido, y muere asfixiado por el hedor de la asquesosa podredumbre. Estos dos inmensos abismos de dolores eran el trono de los primeros cristianos. Allí se formaba el espíritu, la conciencia de la nueva sociedad. Del hondo suelo de aquellas cavernas surgia la libertad del mundo. Reconozcamos y alabemos la providencia de Dios.

El Cristianismo nacia como religion del espíritu y necesariamente luchaba con el paganismo que era la religion del Estado. La antigüedad no podia comprender la separacion entre la conciencia individual y la ley social, ni la línea divisoria entre la religion y el Estado. La idea religiosa era en la sociedad antigua un medio de gobierno como la ley, como las magistraturas. Todos los grandes ministerios sociales todos los oficios pú-

blos eran consagrados por la Religion. El jurisconsulto prestaba ciertos juramentos; el militar hacia sacrificios; el magistrado invocaba los dioses; el juez y el testigo las fórmulas antiguas religiosas; y hasta la conversacion privada tenia sus giros impregnados de paganismo. ¡A cuántas y cuán tristes escenas daba lugar la pugna de la conciencia cristiana con toda esta organizacion de la idea religiosa antigua! El cristiano tenia que renunciar al Senado porque no podia invocar el número de la victoria; al ejército porque no podia asociarse á los grandes sacrificios; al sacerdocio porque no podia tocar con sus manos las aras de los dioses; á las magistraturas porque no podia decir con los labios juramentos rechazados por la conciencia; á la vida doméstica porque no podia poner la miel y la cera, ni atizar la lámpara en altares donde no brillaba la luz de su fé. De aquí la persecucion sañuda contra los cristianos dirigida por aquella sociedad pagana que entre sus ídolos y sus altares veia arruinarse tambien sus leyes y sus instituciones.

El cristiano, pues, tenia que huir de la sociedad. Pero bajo la Roma pagana, en las Catacumbas, habia construido el Cristianismo la Roma religiosa. Era una sociedad subterránea, sin luz, sin cielo, alumbrada por antorchas, abierta en los fundamentos mismos de la antigua ciudad, cortada en cruces que recordaban el sacrificio del Salvador, ornada de tumbas puestas unas sobre otras en cuyas lápidas se veian grabadas las se-

ñales del martirio; dispuesta para la oracion; ciudad perseguida, que en sus tinieblas entonaba un himno de victoria, mientras su perseguidora, la ciudad pagana, en su lecho de púrpura, entre sus festines, agonizaba en la desesperacion y en la impotencia. En aquellas Catacumbas, se vé la imagen de la nueva sociedad. Están abiertas en el seno de la tierra; las tinieblas estienden sobre ellas su eterno manto; reinan el frio y el silencio como en los sepulcros; el aire falta; la vida se aparta de aquellas regiones; en las bóvedas resuenan los pasos de los perseguidores, el ruido de la ciudad de los placeres, en el pavimento duermen huesos humanos reunidos en la igualdad implacable de la muerte; las paredes son sepulcros; y sin embargo, en aquellos muros, en los rincones de aquellas encrucijadas, sobre las lápidas de los sepulcros, do quier hay espacio para que se reflejen vislumbres de esperanza, el pincel ha trazado, ó el buril ha esculpido, la cándida paloma que abre sus alas para surcar el ether, el pez que nada en las puras aguas del bautismo, el áncora signo de salvacion, los Apóstoles tendiendo sus redes en el mar de Tiberiades, la cruz patíbulo del esclavo despidiendo los resplandores de la claridad celeste, Moisés que abre con su vara las peñas y hace brotar agua para apagar la sed del pueblo, los niños de Babilonia entonando el himno de salvacion entre las llamas, las mujeres orantes que plegadas las manos, arrobados los ojos, dobladas las rodillas, vestidas de túnicas blancas como sus

almas, exhalan de sus labios una eterna oracion; el pastor reuniendo en el redil sus ovejas, Daniel en el foso de los leones, Cristo aplacando los mares; signos todos de fé, de esperanza, de inmortalidad; resplandores de eterna vida que las almas atribuladas dejan como reflejos de la transfiguracion de su sér elevado por la fé desde las sombras de las Catacumbas á la contemplacion de Dios en el cielo. Allí, mientras unos han esculpido palabras de desesperacion que indican esos amargos trances en que la naturaleza humana como que se quiebra al dolor, otros han puesto sobre las tumbas inscripciones como estas: « Terenziano, vive. » Allí, bajo aquellas bóvedas, sobre aquel suelo regado de sangre, entre las tumbas de los mártires, debia reunirse la nueva sociedad á fortificar su alma, á repartir entre todos sus hijos el pan del alma y la esperanza en una vida infinita. *(Vivos y prolongados aplausos.)*

Así, Señores, así se fortifican los cristianos para continuar en la lucha de la vida, para arrostrar los tormentos. ¡Cuántos y cuán crueles eran estos! El trabajo en las minas, el destierro en islas insalubles, la prision prepétua, el Circo, las fieras, el potro, la rueda, las llamas; se hiela en verdad la sangre al recordar tantos horrores. Mirad los circos, los obeliscos egipcios, las estátuas griegas, la puerta sanitaria abierta como para despedir muchas víctimas, la puerta mortuoria abierta para recibir muchos

cadáveres, las primeras gradas llenas de magistrados, las segundas de senadores, las terceras de pueblo, las últimas de damas orientalmente vestidas, ó mejor dicho, orientalmente desnudas, las vestales, el emperador, los flamines envueltos en púrpura y coronados de laurel, los ídolos entre nubes de incienso ceñidos con guirnaldas de verbena, y saludados por dulces sinfonías; y en vez de los gladiadores, de los bestiarios, de los retiarios, de escudos, de lanzas, de las antiguas, si bárbaras, alegres luchas; ancianos vacilantes, en cuyos vientres clavan los tigres sus garras; mancebos devorados en la primavera de la edad por las hogueras; pobres madres en el potro despues de ser despojadas de sus pequeñuelos bárbaramente arrancados al pezon de sus pechos en el momento de alimentarlos con su leche; vírgenes que el verdugo ha desflorado para que se cumpliera la ley romana, y cuyos huesos se descoyuntan y se quiebran entre las ruedas del tormento; generaciones heróicas, que parecen vencedoras en vez de mártires, pues el miedo y la vergüenza y el terror del remordimiento se pintan sombriamente en el rostro de los verdugos; y mientras sus huesos se quiebran, y se consume su sangre, y se deshilan sus carnes, y caen convertidos en cenizas sus cuerpos sobre las hogueras, al postrer resplandor de la vida que se estingue, los mártires ven los ángeles que vuelan en torno de sus hogueras, ofreciéndoles la palma y la corona de la victoria, Dios mismo inclinándose para contemplar aquella nue-

va creacion del espíritu por el dolor; y sus almas, despues de haber regenerado el mundo moral, se pierden como sus himnos de victoria en la inmensidad de los cielos *(Estrepitosos aplausos)*. Yo, delante de este espectáculo sin igual, llamaría á los hombres que aún quieren hoy las persecuciones, que aún ahogan el pensamiento, que aún atizan las hogueras, que aún piden el silencio para la conciencia que se aparta de su conciencia, les llamaría, y enseñándoles esas frias cenizas, de las cuales se levantaron las legiones de mártires que vencieran á los antiguos dioses y arrancáran la corona autocrática á la frente de los Césares, les obligaria á decir y á proclamar conmigo, á decir y á proclamar con todos los que amamos el mayor bien del mundo, la libertad, que no hay fuerza más impotente que la fuerza de los tiranos, y no hay ni tormentos, ni llamas que alcancen á la idea, porque la idea es como el alma libre, como el alma inmortal, como el alma espiritual, y no pueden consumirla nunca esas llamas, eterna mancha de la historia, que execrarán eternamente todas las generaciones, mientras quede una pavesa de justicia en la conciencia de la humanidad *(Vivos aplausos.)*

Las grandes persecuciones fueron ocho; la primera obra de Neron, la segunda de Trajano, la tercera de Marco Aurelio, la cuarta de Septimio Severo, la quinta de Maximino, la sesta de Decio, la setima de Valeriano, la octava de Diocleciano. San Agustin y Sulpicio Severo cuentan dos más, una bajo Adriano, otra bajo Aure-

liano. En verdad nos maravilla que el paganismo romano de suyo tolerante se ensañára tan cruelmente con los cristianos. En aquella Roma donde estaban en paz los dioses etruscos y los dioses sabinos, las divinidades aristocráticas y las divinidades plebeyas, donde en pos de Escipion y Lelio entraran los dioses griegos, donde Mitra debiera altares y culto á Sila, donde despues de la batalla de Actium los dioses egipcios, de todos invocados, fueron objeto de tantas adoraciones como en las orillas del Nilo, donde con Heliogábalo penetrára un cortejo de livianas divinidades orientales poseidas de ardoroso sensualismo, donde Alejandro Severo pudo unir Abraham á Orfeo en su oratorio, que tenia pendiente de sus paredes la cadena de todas las revelaciones; en aquella Roma, abierta á todos los vientos, hogar de todas las ideas, trono de todas las razas, templo de todos los dioses, para el cristiano solo hay persecuciones, y para su Dios befa y escarnio. Y esto se esplica, se concibe fácilmente. Hay una razon filosófica, y tambien una razon política. La base del paganismo todo así oriental como occidental, era ciertamente el culto á la materia, el culto á la vida, el culto á la naturaleza, en una palabra, el naturalismo. Sobre aquellas familias de dioses, sobre aquellos coros de ninfas, sobre aquellos genios se levantaba el Dios-naturaleza que tenia por cuerpo la tierra, por cabeza el cielo, por manto el mar, por retina el sol, y por collar la inmensa cadena de los séres. Pero el Cristianismo traia la antitesis radical de

esta idea, el Dios-espíritu, en cuya presencia naturaleza es como una sombra, el Dios-espíritu que en sí contiene la verdad, la hermosura, la bondad, perfectas, sí, pero invisibles á los ojos de nuestro cuerpo. Esta es la razon filosófica de la lucha entre dos ideas radicalmente contrarias. La razon política era no menos importante. Todas aquellas divinidades paganas se asentaban como en su trono en la teocrácia, en la autocrácia, en las castas, en los privilegios aristocráticos, en las espaldas, en fin, de los esclavos. ¿En qué se asentaba el Cristianismo? En la unidad del espíritu humano, en la libertad interior, en la igualdad de todos los hombres ante Dios que tarde ó temprano habia de traer consigo la igualdad de todos los hombres ante la justicia social. Sobre todo, la antigua Roma no podia comprender, no estaba formada para comprender la separacion del poder temporal y el poder espiritual. Su César era tambien Pontífice, más qué Pontífice, Dios. Aquellos cristianos que acataban al César, y desacataban al Pontífice, que obedecian al hombre y desobedecian al Dios, eran objeto de escándalo, y por consiguiente de sañudas persecuciones. ¿Quién les habia de decir que andando el tiempo se pediria en nombre del Cristianismo la confusion del Pontífice y del rey sobre las ruinas de Roma que por separarlos tiñeron ellos con su sangre? Pues bien, de esta diferencia de ideas filosóficas y de ideas políticas y sociales, dimanaba la tremenda lucha entre el paganismo y el Cristianismo. Registrad la historia de las

persecuciones, y vereis en ellas siempre la mano del sacerdocio, y la mano del patriciado. El sacerdocio combate la idea religiosa, el patriciado combate la idea social del Cristianismo. Ellos calumnian á los cristianos, calumnias de que han sido siempre blanco todos los defensores de las nuevas ideas en toda la redondez de la tierra. Ellos decian que los cristianos se juntaban para conspirar, que en sus juntas oscuras y secretas se entregaban á todos los vicios nacidos de la más grosera voluptuosidad, que en sus altares inmolaban un niño llamado Hijo de Dios, devorando su carne y bebiendo su sangre, y que por consiguiente á tantas iniquidades juntas debian atribuirse los males y las desgracias del Imperio. De aquí que el pueblo, cuya ignorancia esplotan siempre los poderosos, los cuales lo quieren pobre y embrutecido y esclavo para instrumento de su poder, gritase: «Cristianos á las fieras,» ¡ay! los cristianos que levantaban la dignidad y la conciencia del pueblo sobre el trono de sus Césares. ¡Cuántos, cuán nobles rasgos de grandeza, de heroismo guarda esta historia de los primeros siglos! ¡Cómo se ensancha el corazon al ver volar por el cielo tantas almas no tocadas del barro de la tierra! Aquellos mártires habian convertido las oscuras prisiones en templos de caridad, en refugios de la conciencia humana perseguida. La abnegacion, el sacrificio eran tan naturales en aquellos defensores de la nueva idea, como el placer y la ambicion y el egoismo, en los podridos sacerdotes paganos. No se pueden contar

los rasgos de heroismo. El sexo débil, que al dolor material es más sensible, mostraba vigorosa fuerza. Todos los sacrificios hacian aquellas santas mujeres, hasta el sacrificio imposible de sus sentimientos de madres. La historia de Felicitas y Perpétua, hará derramar eternamente lágrimas á los mortàles. Esta tenia en su dura prision entre sus brazos un hijo de sus entrañas que amamantaba. A la triste luz que cernian las espesas rejas, contemplaba embebecida su mirada, sus ojuelos llenos de inocencia, la dulce sonrisa de sus labios, los juegos de sus tiernas manecitas, y las primeras caricias que dirijia á su madre, ignorando ¡infeliz! que debia perderla. No hay dolor semejante al dolor de la que ve un niño crecer, sonreir, acariciar, levantar su voz alegre é inocente, mientras se oyen á lo lejos los clamores del pueblo, que piden la vida de su madre, y los gritos de los verdugos, y el ruido de los instrumentos que preparan el cadalso. El llamamiento á la vida en la sonrisa, en la alegría, en la inocencia, en el candor del niño, y el llamamiento á la muerte por la voz del deber y de la conciencia, despiertan tremenda lucha. Allí en sus brazos un paraiso de amor, la luz de unos ojos que brillan más que las estrellas en la oscuridad de la cárcel, el aliento dulcísimo más embriagador que el aroma de todas las flores, la voz de la esperanza levantándose en la voz del niño, el Universo entero compendiado en aquel corazon que late dulcemente, y en el cual se encierra la vida de una madre, que n

trocaria aquel corazon por todo un cielo. (*Frenéticos aplausos.*) Y la infeliz Perpétua, debia sentir que á tan gran dolor se unian nuevos acerbos dolores. Su padre, de rodillas en la prision, besándole los pies y las manos, estrechándola, oprimiéndola contra su corazon, le pedia á gritos que no le abandonase, que adorara los dioses paganos y tuviese compasion de un viejo infeliz, que se quedaba sin hija, de un hijo, que se quedaba sin madre, que remediase aquella doble horfandad del niño y del anciano, niño tambien ya en los últimos dias de su vida (*Aplausos.*) Aquella mujer heróica, sin igual, viendo de un lado su inocente hijo, de otro su padre, todo lo que habia respetado sobre la faz de la tierra, todo lo que habia querido, por un esfuerzo superior á la naturaleza humana, se abrazó al Dios de su conciencia, y lo sacrificó todo antes que sacrificar en aras de los dioses rechazados por su alma. Sus ojos se habian agotado, su corazon se habia partido, cuando cayó en el Circo. Y su compañera Felicitas, que acababa de ser madre, que acababa de dejar sobre la paja húmeda y podrida de la prision al hijo de sus entrañas, ni tiempo tuvo para darle el beso maternal, para enjugar sus primeras lágrimas, porque los verdugos la arrastraron al suplicio. (*Profunda sensacion.*) Señores, ¡qué ejemplo! Donde quiera que veamos estos grandes sacrificios por Dios, por la libertad, por la patria, debemos levantar nuestra voz para alabarlos, porque así, Señores, se fortifica, se templa para la lucha la naturaleza huma-

na, así se trasfigura nuestro espíritu; y el que los abomine, el que los ridiculice, el que se atreva á llamar fanatismo á estos grandes arranques de corazones rotos de dolor por el bien, por la justicia, por Dios, es indigno de pertenecer á la gloriosa familia humana que eternamente amará y ensalzará los grandes sacrificios. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)* Señores, algunas veces el amor desordenado á la vida se despertaba en aquellos mártires. «Muchos de los nuestros, dice San Cipriano, vencidos antes del combate, ni siquiera finjieron el sacrificar de mal grado. Han corrido por sí mismos al foro como si cumpliesen un deseo largamente acariciado. Veíaseles suplicar á los magistrados que les admitieran la retractacion antes de que terminára el dia.» Orígenes nos dice que otros juraban por el César el abandonar á su Dios, creyendo que este juramento á nada les obligaba, cuando en realidad era una fórmula cobarde é hipócrita de verdadera apostasía. Eusebio de Cesárea cuenta que la mayor parte de los apóstatas y de los traidores se encontraban verdaderamente entre los ricos, entre los poderosos. Por eso decia Cipriano que no eran poseedores, sino poseidos de sus riquezas. Pero encambio los grandes movimientos del corazon eran tan sinceros, el afan del martirio en algunas almas tan grande y exaltado, que los concilios prohibian insultar en público á los ídolos, porque el martirio no tomára color de suicidio. En algunos paises como en España, donde el carácter es tan acera-

do, la persecucion era verdaderamente esterminadora. En Zaragoza habian crecido mucho los adeptos de la nueva fé en tiempos de Diocleciano. Formaban como un pueblo dentro del pueblo cristiano. Su único deseo era la libertad de su culto, reunirse en los templos, celebrar sus ceremonias, socorrerse como hermanos, confundirse en la idea de su Dios. El delegado del poder imperial les prometió esta libertad, si abandonaban sus hogares, la ciudad. Triste era verdaderamente dejar el suelo sagrado de la patria ¿pero qué sacrificio no harian por esa eterna patria que se oculta entre los arreboles del cielo? Sí, lo abandonan todo por la libertad, por esa verdadera patria del alma. Salieron de Zaragoza en procesion, como el pueblo escogido salió del cautiverio de Egipto. El eco de sus cánticos de triunfo henchia los aires. Sus almas confiadas en las palabras del que era como oráculo de la justicia, podian sentir ya la libertad, y reunirse en un templo para invocar el nombre de Dios á la clara luz del dia. Embebidos andaban contemplando la perspectiva de tanta felicidad cuando los soldados del César, emboscados en el camino, salen, cierran con ellos, los acuchillan, y dejan los campos sembrados de cadáveres. Ni un solo cristiano se salvó de tan traidora y exacrable carnicería. Tales crímenes pedian, como la sangre inocente de Abel, un tremendo castigo.

Lactancio escribia en este tiempo un libro de *Mortibus persecutorum*, de la muerte de los perseguidores.

Sin duda alguna guarda este libro la más grande y más viva de las demostraciones contra la tirania. Por él se ve cuán impotentes son siempre los tiranos delante de las ideas, delante de la conciencia humana, á la cual no llegan nunca ni su persecucion, ni sus coacciones. Lactancio nos muestra el fin tremendo de los soberbios perseguidores. En efecto, Neron, que alumbró con cristianos cubiertos de resina y pez los jardines donde celebraba sus orgías, muere perseguido, acosado como una fiera, en casa de sus esclavos, oyendo las maldiciones del pueblo y la sentencia del Senado, y clavándose un puñal en el corazon lleno del virus de todos los vicios. Domiciano, uno de los primeros que atizó las hogueras, murió en su palacio, traspasado el vientre por los puñales de sus guardias, por las espadas de sus gladiadores. Trajano y Antonino que regularon las persecuciones, vivieron tristemente en el trono como si les faltára aire para respirar, y murieron sin esperanza y sin consuelo. Marco Aurelio falleció en terrible peste, abandonado hasta de su hijo que no queria contagiarse con la enfermedad de su padre, y en tal desesperacion que se aceleró la muerte. El alma más grande que pasára por los horizontes del Imperio se apagaba en el suicidio, y al apagarse veia sobre el mundo desgarrado la siniestra sombra de Conmodo nacido para su deshonra. Septimio Severo dejó el trono á Caracalla como Marco Aurelio á Conmodo. En la hora de la muerte tambien vislumbró la triste herencia que legaba al mundo, tam-

bien sintió que se deslizaba la serpiente del remordimiento en su alma. Maximino desciende de los Alpes como una fiera, ve los caminos segados que le cierran el paso á Roma, las fuentes emponzoñadas, los pueblos desiertos, los campos talados para que su ejército perezca de hambre, y ante aquel espectáculo se desespera, ruge como el leon, jura el esterminio de sus enemigos, y en los espasmos terribles de su rabia, las lanzas de sus soldados, á quienes tanto habia querido, le parten el pecho, y su cabeza es conducida á Roma en un saco y arrojada sobre el pavimento del Senado. Felipe al pisar el anhelado trono muere. Decio se ahoga en el cieno de las lagunas del Danubio. Diocleciano, el gran Diocleciano, huye del trono como si le persiguieran á manera de terribles furias sus remordimientos, y no pudiese haber paz entre su poder y su conciencia. Todos demuestran, absolutamente todos, que la tiranía es impotente para aniquilar las ideas, que del seno de las hogueras se levantan al cielo como la inestinguible luz de nuestra vida.

Señores; nosotros tambien hemos visto estos grandes egemplos en nuestro siglo, nosotros tambien podemos invocar la inflexible justicia de la Providencia y saludarla. No estamos en el período puramente metafísico y religioso de la gran idea cristiana, estamos en el período social. Los principios de libertad, de igualdad, de fraternidad sellados con la pura sangre del primero de los mártires, trascienden de la conciencia á las leyes

y á las instituciones. Hoy la idea pugna por realizarse; y tiranos soberbios se oponen tambien á su realizacion. En algunos momentos parece como que logran ahogar la idea que ha de fundir los últimos eslabones de las cadenas de los esclavos. Pero miradlos. La justicia de Dios ha herido sus frentes *(Aplausos)*. El tirano que martirizó á nuestros padres, que castigó como horrendos crímenes el amor á la patria y el amor á la libertad, tuvo que dejar encomendada su posteridad al amparo de sus mismas víctimas. Los descendientes de los que creyeron que los reyes debian ser dioses en la tierra, andan errantes por la triste soledad del destierro. Los que tiñeron de sangre las alegres aguas del mar tirreno, no han podido legar una corona á sus descendientes heridos por las maldiciones del cielo. El Juliano el Apóstata de la filosofía, perdió la razon viendo levantarse las ensangrentadas víctimas de sus desvaríos románticos en los abismos de su conciencia, y muriendo entre los torcedores de la desesperacion. Y por último, aquel soldado que asombró á la historia; titán, en cuya frente ceñida por los siniestros resplandores de la tempestad, no podemos aún leer su misterioso pensamiento; heredero del genio de la guerra; armado del rayo; errante por el mundo como nube que llevaba en sus entrañas el fuego de la cólera divina; aquel soldado que escribió su nombre con la punta de su espada en la cima de los Alpes y en la cúspide de las pirámides, y ató á la cola de su caballo los reyes, y borró las fronteras

de los pueblos, y arrojó coronas de sus manos para que las recogieran sus sargentos, y asaltó casi todos los muros de Europa, y tuvo ó esclavas ó amedrentadas todas las ciudades, y vivió entre el estruendo de los combates, seguido de soldados, de caballeros, de ejércitos que parecian brotar á sus conjuros de las entrañas de la tierra para perderse como un sueño fantástico en el huracan de la guerra; aquel soldado fué á morir en una isla sin encontrar ni espacio para su cadáver en la tierra que dominára con su genio; y su obra se disipó como el humo de los cañones; y de tantos esfuerzos heróicos y titánicos solo quedaron las ideas revolucionarias que creia haber ahogado, estendidas por él ¡pobre instrumento de Dios! en la conciencia del mundo. *(Estrepitosos aplausos.)*

Señores: la tiranía nada puede contra el progreso. Imperios tan grandes como el Imperio romano caen. Mártires tan abatidos como los mártires cristianos se levantan. Lo que necesitamos no es el poder, no es la fuerza, es la justicia. El que tiene la justicia en sus manos triunfa siempre. Mirad aquellos Césares tan grandes todos desarmados y vencidos. ¿Qué valen el poder, los tronos, las glorias delante de la justicia? Nada. Solo Dios, Señores, solo Dios es grande. *(Ruidosos y repetidos aplausos.)*

EL SIGLO IV.

LECCION SETIMA Y ULTIMA.

SEÑORES:

Comienzo esta noche mis lecciones con una mezcla de alegría y tristeza que en vano pretendiera ocultar, sí, alegría porque remato por este año una obra larga y dificultosa, porque salgo de este empeño en que tenia perdida la tranquilidad del alma, tan necesaria á la vida; y tristeza, porque me veo forzado á separarme de un público á quien tengo y considero por amigo cariñosísimo, pronto á perdonar mis faltas, á encarecer mis escasos merecimientos, y que ni un instante me ha abandonado en estos penosos trabajos, sosteniéndome, alentándome con verdadero entusiasmo, que ha sido parte á impulsarme hácia esos cielos misteriosos, donde apenas puede respirar nuestro pecho forma-

do para un aire menos puro; pudiendo traer de allí esas verdades consoladoras que secan las lágrimas de nuestra faz dolorida, y nos infunden esperanza en Dios, y nos levantan á la contemplacion de lo absoluto, y nos fortifican para pisar el camino sembrado de abrojos que conduce á la realizacion del ideal divino con que sueña nuestra mente, la cual está ansiosa de bien y de verdad, porque sabe que por el bien y la verdad hemos de cumplir la obra del siglo, el aniquilamiento de todas las tiranías, la libertad de todos los esclavos, la union de todos los pueblos; para que no sea posible retroceder ni un punto en el trabajo de crear el derecho, regado, fecundado con la sangre de nuestros padres, y que debe ser un dia la paz y la felicidad de nuestros hijos; que no es posible que se corte la cadena misteriosa del progreso más real en el espíritu que la ley de atraccion en los astros, esa cadena, cuyos eslabones intermedios forjamos nosotros, y cuyos estremos se encuentran en las próvidas manos del Eterno. *(Aplausos.)*

Señores: lo digo con la franqueza propia de mi carácter; creeria haber perdido un año de vida, y haber dado al viento las palabras todas salidas de mis labios; sino os hubiese persuadido con la relacion sencilla de los hechos á creer que el cesarismo, á pesar de que cumplia la unidad del mundo, y la unidad del derecho, como todas las tiranías, depravaba á los hombres, corrompia la sociedad; que el pretorianismo, el mal de nuestro tiempo, era impotente para salvar un

mundo gangrenado por sus vicios; que la esclavitud á cuyo amparo fiaba Roma su vida, la mataba como compendio de todas las injusticias sociales; que el Cristianismo trajo, no solamente la idea del Dios-espíritu, eje de la historia moderna, sino tambien la idea de la libertad y de la igualdad, trascendentales á nuestras instituciones de hoy; y que en este dia eternamente memorable, en este punto de la historia, se trasfiguró el espíritu humano en la cruz, patíbulo del esclavo, y con el espíritu todas las ideas; y la humildad se exaltó, y se precipitó en los abismos la soberbia, y se consumó la redencion religiosa, para que nosotros, deduciendo las consecuencias contenidas en estas premisas, realicemos la redencion social, obra de muchos siglos, tormento de muchas generaciones; pero obra verdaderamente grandiosa, cuya terminacion Dios ha encomendado á nuestro siglo, siendo por eso en el plan divino de la Providencia el más grande, el más glorioso, y el más cristiano de todos los siglos de la humana historia *(Estrepitosos aplausos.)* En verdad, Señores, si mi trabajo ha sido tenaz y porfiado en este largo tiempo, puedo deciros que ha tenido más parte en él vuestra atencion, vuestra constancia, que mi pobre esfuerzo. En los certámenes oratorios, el público hace siempre más, mucho más que el orador. Sin vuestro entusiasmo, mi voz hubiera sido como un instrumento sonando en lo vacío. Prestadme en este año por última vez vuestra atencion.

Vimos al finalizar la última leccion, que los perse-

guidores del Cristianismo caian uno en pos de otro en el polvo, como heridos de muerte. Vimos tambien que Diocleciano huia de Roma como si le atormentasen sus grandes recuerdos, como si el aire de la Cuidad Eterna entosigára sus entrañas. Esta determinacion del defesor más acérrimo del paganismo, fué para los paganos grave falta, porque ocasionó el nacimiento de una ciudad nueva donde la idea pagana de ninguna suerte podia tener las raices que tan profundamente arraigaban en el suelo de Roma. La Ciudad Eterna se oponia al nuevo Dios que no bajaba la frente en su presencia. La Ciudad Eterna era la Ciudad Santa del Paganismo. La tosca lanza de Marte fué su lanza; el fuego de Vesta, como el fuego de su vida; los dioses pelásgicos sus padres; las ninfas que murmuraban en las hojas de sus selvas ó se deslizaban fugaces en las claras aguas de sus fuentes, los númenes de sus legisladores; el sagrado altar de la Victoria, el ara donde pendian los trofeos de todos los vencidos; el Panteon, el nuevo Olimpo de todos los dioses; y los sacerdotes fugitivos de todos los templos llevaban allí sus cultos, sus ídolos y sus libros sagrados; y los theurgos y los magos corrian á aquella ciudad con las fórmulas de sus hechizos en los labios; y miriadas de estátuas divinas poblaban no solamente sus altares sino tambien sus circos; y hasta los átomos de polvo de aquella tierra, hasta los soplos de aire de aquel cielo estaban llenos de dioses, que no han podido conjurar quince siglos de oraciones; porque aún hoy,

aquella Roma, llena de monasterios, de religiosos, de santos, de pontífices, aquella Roma eternal, macerada por la penitencia, de cada una de sus piedras exhala el cántico del paganismo; y la cúpula de su gran basílica es la rotonda del Panteon elevada al cielo en alas del genio titánico de Miguel Angel; y sus inmortales madonnas trazadas á la luz del renacimiento por la creadora mano de Rafael de Urbino, son diosas vestidas con la ethérea luz de la idea cristiana; y el habla de sus sacerdotes hoy es la misma de Ciceron y de Virgilio; y cuando el sonido de sus mil campanas que llaman á la oracion, se estingue en los espacios como el lamento de la tierra que invoca á Dios; todavía se oye en el susurro de los arbóles la flauta de Pan, y en los arroyos el cántico de las náyades, y en las calurosas siestas el zumbido de las abejas que repetia Virgilio en sus versos, cual si la sustancia de aquella tierra fuera eternamente el paganismo. *(Estrepitosos aplausos.)*

La traslacion del trono del mundo desde Roma á Bizancio significaba que habia muerto la dictadura democrática y revolucionaria de los primeros doce Césares, el gobierno greco-romano de los Antoninos, la lucha de los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento civil con los emperadores que pugnaban por el predominio del elemento militar, y que comenzaba el despotismo oriental, el despotismo asiático, en una palabra, el despotismo bizantino. La idea clásica se desconcertaba en Bizancio, se olvidaba aquella correc-

cion propia del genio helénico, las proporciones de sus monumentos, la olímpica serenidad de sus estátuas; y bien al revés de la dulce armonía de formas que caracteriza á Roma, y muy especialmente á la hermosísima Grecia, alzábase una arquitectura gigantesca y monstruosa, templos y palacios inmensos, estátuas colosales, mezcla confusa de todos los edificios del mundo, intercolumnios áticos, bajos-relieves deformes de Palmira, tortugas y elefantes de granito, monolhitos de pórfido y de jaspe, chapiteles de oro, esferas azules sembradas de estrellas de plata, mónstruos apocalípticos, ángeles esterminadores, arpías, ibis, grullas sagradas, mil imágenes que de un fondo de varios colores se destacaban por aquellas paredes y cornisas de los monumentos, á cuyos piés hervia una muchedumbre de soldados, de eunucos, de esclavos, de grandes señores vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, todos los cuales tenian verdaderamente en muy poco la clásica sencillez romana, y parecian evocaciones de los sátrapas y déspotas de Oriente vagando sobre el cadáver del antiguo mundo. *(Ruidosos aplausos.)*

Pero lo más notable que señalaba Bizancio no era ciertamente la revolucion política, era la revolucion religiosa. Aquella ciudad nueva no tenia ninguno de los recuerdos paganos que erraban por los ámbitos de Roma. Los cristianos saludaron con júbilo esta traslacion que amenazaba de muerte á la ciudad maldecida por

el Apocalipsis. La oscura secta cristiana, como la llamaban los paganos, creció tanto que pasó á ser una secta política. Los cristianos se inclinaban no á tal ó cual emperador, sino al emperador que les concediese la primera, la más necesaria de todas las libertades, la libertad de conciencia. El mundo se encontró dividido bajo el poder de Diocleciano en dos grandes gobiernos, el de Galerio en Oriente, el de Constancio en Occidente. Galerio fué perseguidor, cruel, intolerante; Constancio fué justo, benigno, tolerantísimo. Era aquel la imágen viva del egoismo pagano; era este la imágen viva de la tolerancia filosófica. Galerio murió devorado por un cáncer, presa de horribles dolores; Constancio murió tranquilo, bendecido del mundo, regadas sus manos por las lágrimas de los que habia libertado del martirio. La angustia de los perseguidores de la nueva idea era tanta que al morir Galerio promulgó un edicto dando libertad á los cristianos y pidiéndoles que intercedieran por él con su Dios. El genio del paganismo embriagado de sangre depositaba su cetro al pié de sus víctimas. Los cristianos nunca abandonaban su idèa política que habia de ser parte á darles la victoria. Si el tiempo no apremiase, yo mostraria á las sectas, filosóficas ó económicas que, encerradas en egoismo empedernido, creen no deber bajar á la arena candente de la política, yo les mostraria que solo en esa arena muchas veces manchada de sangre, está la victoria de los grandes principios, porque las victorias no

se alcanzan sino por el dolor y el sacrificio *(Aplausos)*. Así los cristianos tomaron parte en las contiendas políticas de Roma, y sostuvieron en sus predicaciones y en los campos de batalla al César que les prometiese la gran libertad, la más necesaria á su vida; la libertad de su conciencia. ¿Y quién podia darles de esto una prenda más segura? Constantino, el hijo de Constancio Cloro. Por eso los cristianos le sostuvieron en sus luchas con Magencio y Licinio y celebraron sus victorias.

Es vulgar preocupacion creer que Constantino declaró religion esclusiva del Estado la religion cristiana. No, Constantino proclamó la libertad del culto cristiano. Ese fué su título de gloria á los ojos de los cristianos, título grande, porque cuando todas las ideas tienen libertad en sus manifestaciones, la muerte es para las ideas decrépitas ó erróneas, el triunfo para las ideas progresivas y verdaderas, que en vez de rehuir la luz, la buscan, seguras de mostrar mejor á la luz del dia todas sus virtudes *(Frenéticos aplausos)*. De esta suerte el paganismo cuyo dogma religioso era que la religion fuese del Estado, para el Estado, por el Estado; recibió honda herida de muerte que solo pudo conllevar por espacio de dos siglos. Contemplemos breves instantes, pues, á Constantino. Sobre pocos hombres encontrareis juicios más varios en la historia, segun la cuenten los paganos vencidos ó los cristianos vencedores. Nacido en el paganismo, educado en la filosofía deista y tolerante de su padre, diestro en las armas, feliz en los combates;

déspota oriental que sustituyó con sus cortesanos y domésticos las antiguas magistraturas teñidas aún despues de la muerte de la libertad por algun reflejo de derecho; no exento de crímenes, pues se manchó con la sangre de su hijo Crispo, de su hermana Constancia, de su mujer Fausta; más político que religioso; su idea fué destruir el paganismo con la libertad de conciencia, su conducta tener el fiel de la autoridad suspenso entre las dos religiones aguardando á que el espíritu humano inclinase la balanza del lado de la justicia; y si no leia los libros sibilinos, ni iba al Capitolio, ni sacrificaba víctimas en el ara manchada de sangre, sostenia el culto de Apolo, reglamentaba la adivinacion, disponia que se consultasen los aruspices cuando el rayo del cielo hiriese su palacio, se ceñia la corona de encina de los antiguos pontífices para celebrar las victorias del Imperio, pasaba bajo los arcos triunfales coronados por las estátuas de los dioses, daba juegos, verdaderas festividades paganas, encargaba la historia de sus predecesores á Julio Capitolino, fiel observante del pagano culto, ponia el lábaro de la Cruz en las manos de la alada victoria griega; indecision propia de su tiempo, nacida del respeto que le inspiraba la gran autoridad histórica de las antiguas creencias; indecision pasmosa, crepúsculo del nuevo dia, que cubre de sombras las plantas de Constantino y tiñe de luz su frente, pues nunca será posible olvidar que al libertar el culto cristiano, apagó las hogueras encendidas en daño de

la conciencia humana, aflojó las cadenas de los esclavos, preparó el reinado de la justicia, y elevó al trono una idea perseguida y abominada, para que alumbrase como sol del espíritu la vida humana hasta entonces entregada á la esclavitud del materialismo religioso. *(Aplausos.)*

La conversion de Constantino levanta el problema pavoroso que aún no se ha resuelto y que debe resolver nuestro siglo, el problema de las relaciones del poder temporal con el espiritual, el problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado. Notad un momento conmigo dos grandes contradicciones históricas que pasman y maravillan nuestra mente. Constantinopla es en este tiempo la ciudad nueva, la ciudad cristiana; Roma la ciudad antigua, la ciudad pagana. Sin embargo, en la Edad Media Roma salvará la unidad cristiana de la nueva civilizacion con el Pontificado, y Constantinopla en el Renacimiento la unidad y la perpetuidad de la idea antigua con la resurreccion de los recuerdos clásicos. Roma pagana es el sol de la civilizacion nacida del Cristianismo; y Constantinopla cristiana es el lecho donde duerme la antigüedad pagana hasta que el mundo moderno la encuentra como una de esas mómias guardada en los sepulcros de Oriente. Pero en estos momentos que historiamos, Constantinopla y Roma, la una ciudad de los emperadores, la otra ciudad de los Papas dicen que la Religion y el Estado se han separado, que sus esferas se han dividido, y que en su mútua

independencia está el ideal de la nueva civilizacion. La antigüedad no pensó nunca en el problema de las relaciones del poder civil con el poder religioso. Todo estaba allí confundido en la unidad absorbente del Estado. Pero el Cristianismo que tantos progresos trajo á la vida, separó estos dos poderes, é hizo de esta suerte imposibles para siempre aquellas tiranías gigantescas, que pesaban sobre la conciencia y la vida y se estendian orgullosas en el tiempo y en la eternidad. La confusion de los poderes creó dos grandes males, así en Oriente como en Occidente, dos grandes males, diversos en la forma, idénticos en la sustancia. El mal de Oriente consistia en que el poder político estaba absolutamente sometido al poder religioso, y de aquí la teocrácia en el gobierno, la inmovilidad en el pueblo, el despotismo en todas partes. El mal de Occidente, del mundo romano sobre todo, consistia en que el poder político dominaba por completo al poder religioso, y de aquí la autocrácia, la tiranía de un hombre que llenaba los cielos y la tierra, y se tenia á sí mismo por un Dios. El mundo antiguo habia caminado entre dos abismos, entre la autocrácia y la teocrácia. Estos dos abismos se evitaban con la siguiente solucion; la unidad política del mundo en Constantinopla, la unidad religiosa del mundo en Roma. Pero, Señores, las dos ciudades fueron á su idea infieles en la sucesion de los siglos. Constantinopla aspiró á la autocrácia, á tener la conciencia religiosa esclava del Imperio. De aquí su cisma

escandaloso que rompia la unidad del mundo moderna, de aquí su córte convertida en academia teológica, de aquí aquellos sofismas que cortó la cimitarra de los turcos. Roma no se contentó con la autoridad religiosa que de derecho le pertenecia; aspiró á una autoridad política, á un poder inmenso, á la monarquía universal teocrática, idea que nace con Gregorio VII, que crece con Inocencio III, que muere con Bonifacio VIII. Pero de esta ambicion desmedida de Roma provino el que los pueblos y los reyes se alzáran justamente en su daño, y lo usurpáran bajo el nombre de regalismo, galicanismo, leyes josefinas ó leopoldinas gran parte de su autoridad religiosa. Es necesario pues, Señores, en el momento en que hablamos, en este momento en que tal vez se resuelve el problema de quince siglos, que pueblos y reyes renuncien á esas regalías, eternas argollas de la Iglesia; que la Iglesia, á su vez, renuncie á ese poder político, arrancado á sus manos por la corriente de las ideas del siglo, á ese poder político, última sombra de la Edad Media, resíduo del polvo feudal caido sobre la tiara de los Papas; y Roma dejará de ser como es hoy esclava de estraña gente; y el galo trasalpino que la profana y esclaviza, volverá á sus hogares; y un César revolucionario y advenedizo que subió al trono por sorpresa y por sorpresa lo conserva, dejará de tener bajo su tutela el poder más augusto y más glorioso de la historia *(Estrepitosos y prolongados aplausos)*; y será libre la Iglesia con aquella li-

bertad divina que predicáran los Atanasios y los Ambrosios; y la hermosa Italia, la nacion mutilada por tantos reyes que van á buscar la luz en su cielo y la inmortalidad en sus artes, se pondrá sobre los hombros la cabeza hoy caida á las plantas de los vencidos por Mario y por César; y se darán el ósculo de paz la Iglesia y la libertad moderna; y el mundo entero se regocijará; y saldrá de todos los labios un Te-Deum sacratísimo que repitan todos los tiempos y todas las generaciones, porque habrá sonado la hora más gloriosa. la hora más santa de la civilizacion; hora bendita que está destinada á ver la paz de todos los pueblos civilizados en el regazo del Cristianismo, renovándose por un milagro semejante á la conversion de Constantino la libertad de la Iglesia. (*Frenéticos aplausos.*)

Hemos visto el triunfo de la libertad de la Iglesia en Constantinopla, y ahora debemos ver el triunfo de la unidad del dogma en Nicea. Las verdades fundamentales del Cristianismo se hallaban todas contenidas en la palabra de Cristo como en la semilla se encuentran la planta, la flor, el fruto. Pero el definir, el estender, el confirmar estas verdades, tocaba á la Iglesia seguramente. A cada paso el dogma encontraba una contradiccion; pero en cada contradiccion una victoria. Por estas contradiciones se definian y aclaraban sus grandes ideas. El Cristianismo venció á la Sinagoga proclamando la revelacion universal y no restringida á ningun

pueblo privilegiado; venció al paganismo con la idealidad sublime de su moral; venció á los ebionistas que pretendian sostener unas obligaciones para los judíos y otras para los paganos con el dogma de la unidad y de la igualdad de todos los hombres; venció á los nazarenos siro-caldaicos con la clara demostracion de la venida del Verbo; venció á los gnósticos que veian en la materia una impura degeneracion de Dios mostrándoles en la materia las señales de la obra de Dios; venció á los maniqueos convenciéndoles de la unidad divina y de la unidad del alma; venció á los docetistas que enseñaban que Cristo solo habia revestido las apariencias de cuerpo mortal probándoles la humanidad de Cristo; venció á los nicoláitas que á pesar de su ascetismo resucitaban el sensualismo pagano poniéndoles delante de los ojos los preceptos purísimos y la vida inmaculada del Hijo del hombre; venció á los montanistas y el sentido oriental del origenismo con su sentido práctico y humano; venció, conjuró todas las grandes oposiciones que se levantáran en la historia, que le cerraban el paso á un definitivo triunfo; aplastó la serpiente oriental que silvaba en sus oidos las palabras seductoras con que perdiera á Eva; inmoló el Dios-naturaleza que se defendia de la muerte con todos sus mágicos hechizos; y al mismo tiempo que confirmaba dogmas religiosos, apercibia las ideas que habian de ser el alma de la nueva edad, y la única educacion posible de aquellos bárbaros, que avasalladores de toda fuerza, solo podian

caer de hinojos ante un poder moral que tocase con su virtud los corazones, y penetrase con la sencillez y sublimidad de sus ideas, en la noche de sus por tanto estremo oscurecidas conciencias.

Pues bien, el Cristianismo se encontraba despues de proclamada la libertad de la Iglesia, en presencia de la más formidable heregía que recuerdan los siglos. Arrio afirmaba la superioridad de Cristo respecto á la humanidad; pero tambien la inferioridad de Cristo respecto á Dios. Esta idea le llevaba á desconocer el pecado original, y el desconocimiento del pecado original le llevaba á desconocer la virtud de la redencion. Pero el más grave mal era que destruia la doctrina de Arrio la Trinidad, y destruyendo la Trinidad destruia todo el Cristianismo. El Imperio recien convertido, podria inclinarse á Arrio por la sencilla razon de que hacia de la religion dócil instrumento de su autoridad terrena. Nunca, absolutamente nunca, corrió la Iglesia más graves peligros. Nunca, absolutamente nunca, la idea cristiana tuvo sobre sí más aterradoras amenazas. Quitando á Cristo su carácter divino, se despojaba al Cristianismo de todo lo sobrenatural, y á la humanidad de la esperanza de llegar á realizar un ideal divino en la vida. Iban á perderse todos los elementos divinos que aquella revelacion trajera á la conciencia humana. Y al mismo tiempo, descendiendo el Cristianismo de ideal religioso á ideal puramente filosófico, abdicaba toda virtud para domeñar los bárbaros que solo se inclinarían en su rudeza delan-

te de una institucion nacida bajo el amparo de los cielos. En una edad esencialmente religiosa, el ideal de la civilizacion debia ser esencialmente religioso tambien. Para esta gran crísis suscitó Dios el genio inmortal de San Atanasio, el Constantino del dogma. Este doctor, que reunia á la idealidad de una inteligencia griega, la fuerza de un carácter latino; gran filósofo, gran orador, gran artista, conoció que el definir la Trinidad era como definir todo el Cristianismo; y uniendo las ideas de San Pablo á las ideas de San Juan, los dos primitivos escritores de la divinidad de Cristo, encontró la palabra *omoiousios* griega, *consustantiabilis* en latin, para esplicar la identidad del Padre y del Hijo, con lo cual condenaba el arrianismo, que ponia á Dios en la eternidad pero lo separaba del mundo; y estimaba á Cristo por mediador, pero lo separaba del cielo; y creia al Universo real, verdadero, pero lo separaba de Dios, cuando Dios está en todo, sobre todo, y alrededor de todo; doctrinas sublimes que sostenian el poder moral del Cristianismo tan necesario para domeñar la tempestad próxima á desencadenarse sobre el mundo; doctrinas que ahogaban las tendencias autocráticas de los Césares, dispuestos á ser Pontífices del Cristianismo como lo habian sido del paganismo; doctrinas que sostuvo aquel San Pablo del siglo IV contra las veleidades de Constantino, contra la enemiga de Constancio, contra la apostasía de Juliano, contra el despotismo de Valente, en el Egipto, delante del templo de Serapis qu

sobreviviera á Apolo; con las armas de los esbirros imperiales sobre el pecho; entre las muchedumbres amotinadas; encerrado á veces en misteriosa tumba donde encontró una noche los huesos de su padre; en la soledad del desierto donde le llevaba el encendido afan de conservar la santa moralidad de su conciencia; enamorado de una idea inaccesible á la razon como si la viera con los ojos; hasta que logró su triunfo, y pudo decir que vió con este triunfo rodar á sus plantas el paganismo: merecido premio á la constancia de aquel hombre dotado de la luminosa razon y del incontrastable carácter con que Dios reviste á todos los que elige para difundir una idea salvadora sobre el mundo *(Estrepitosos aplausos.)*

Atanasio, aunque á la sazon solo sacerdote, fué la inteligencia y el corazon del Concilio de Nicea. La civilizacion cristiana oscilaba aún entre el panteismo y el antropomosfismo. Si daba en el primer escollo, el mundo volvia al Oriente, contradiccion tan grande como si el recien nacido volviera al seno de su madre. Si daba en el segundo escollo continuaba la idea pagana, y moria la nueva civilizacion de la muerte del paganismo. De estos dos escollos se habia salvado en su doble lucha con el origenismo y el gnosticismo. Precisaba que se salvára del postrer escollo que la aguardaba en su misma victoria, del arrianismo; precisaba que no dejára al mundo huérfano de Dios, sino que lo acercára á Dios, porque si la hor-

te de una institucion naci … era mucho
En una edad esencialm… …ra divina
vilizacion debia ser … cam-
Para esta gran crísis … de
San Atanasio, el Co… ni más
que reunia á la id… … al hom-
la fuerza de un ca… …el dogma de
dor, gran artista … en presencia del
era como defin… el Concilio de Ni-
ideas de San … …a muda; cuando des-
primitivos es… …spotismo la tribuna de los
tró la palab… …e oia ni el tempestuoso ru-
tin, para … …es, ni la voz severa del orador
con lo cua… … en favor de la libertad antigua;
en la … …es que se creian en su soberbia como
ba á Cr… …el Senado, y abrian los templos con-
creia a… …l propio culto, al culto de sus vicios; en
Dios. …e y universal envilecimiento que parecia ha-
dor… …nilado hasta la conciencia humana, se reune
mo… …a asamblea en una ciudad alzada entre Asia, Afri-
te… Europa, como para indicar que se propone unir en
un solo dogma, en una sola creencia los tres continen-
tes de la tierra, las tres grandes razas de la humani-
dad; y allí, aquellos hombres que llevan todavia el
sudor del trabajo en la frente, las cicatrices del mar-
tirio en el pecho, aquellos hombres entre quienes se
cuenta Osio, el gran español, honra de su siglo; Euse-
bio de Cesárea, elocuente historiador de las persecucio-

...n las victorias de la Iglesia; Panucio de Thebai-
inmóvil, descoyuntado por las tenazas
...olo tenia viva la cabeza para pensar
...pecho para exhalar un cántico de
...dicador de las orillas del Eufrates,
..., que bendecia á las muchedumbres con
...o consumida en el fuego atizado por el
...o: Santiago de Nisyba, venido de apartado
...cubierto con una piel de camello, menos-
...ando la roja púrpura de los perseguidores del Cris-
...ismo; Espiridion de Chipre, obispo y pastor, que
salia del templo y se encaminaba al monte á guardar
sus ovejas; todos héroes del pensamiento, mártires todos
por haber defendido la santa inviolabilidad de la con-
ciencia humana, todos defensores de la idea divina que
iba á trasformar la sociedad, todos dispuestos á dar su
vida por su Dios; y que enardecidos en la nueva fé, an-
tes que el cuarteado Capitolio caiga, antes que los ham-
brientos bárbaros rompan sus vallas, trazan á la luz de
la tempestad difundida en los aires, el símbolo de la fé,
el compendio de todas las creencias que van á alimentar
el espíritu humano, el *Credo in unum Deum*, á cuya voz
los bárbaros caerán de rodillas trémulos é inermes, y
que despues de quince siglos resuena potentemente des-
de las heladas cumbres de los Alpes hasta las islas per-
didas en las espumas de los mares, bajo las bóvedas
de todas las iglesias del mundo, en señal de que la hu-
manidad hasta entonces encorvada por el peso del fa-

fandad del mundo es siempre triste, lo era mucho más en aquellos terribles dias en que la cólera divina azotaba á la tierra, y la sangre rebosaba en los campos de batalla, y el hombre envuelto en las ráfagas de una tempestad infinita, no tenia ni más refugio, ni más esperanza que el cielo. Y el arranismo aislaba al hombre separándolo de Dios. Era preciso que el dogma de la Trinidad se definiera, se concretara en presencia del atónito mundo. Para esto se reunió el Concilio de Nicea. Cuando la agora griega estaba muda; cuando despues de tres siglos de eterno despotismo la tribuna de los Rostros estaba rota, y no se oia ni el tempestuoso rumor de las muchedumbres, ni la voz severa del orador romano que se alzaba en favor de la libertad antigua; cuando emperadores que se creian en su soberbia como dioses cerraban el Senado, y abrian los templos consagrados á su propio culto, al culto de sus vicios; en aquel triste y universal envilecimiento que parecia haber aniquilado hasta la conciencia humana, se reune augusta asamblea en una ciudad alzada entre Asia, Africa, Europa, como para indicar que se propone unir en un solo dogma, en una sola creencia los tres continentes de la tierra, las tres grandes razas de la humanidad; y allí, aquellos hombres que llevan todavia el sudor del trabajo en la frente, las cicatrices del martirio en el pecho, aquellos hombres entre quienes se cuenta Osio, el gran español, honra de su siglo; Eusebio de Cesárea, elocuente historiador de las persecucio-

nes y de las victorias de la Iglesia; Panucio de Thebaida, paralítico, inmóvil, descoyuntado por las tenazas del tormento, que solo tenia viva la cabeza para pensar en su Dios, vivo el pecho para exhalar un cántico de triunfo; Pablo, predicador de las orillas del Eufrates, austero cenobita, que bendecia á las muchedumbres con su mano medio consumida en el fuego atizado por el feroz Galerio: Santiago de Nisyba, venido de apartado retiro, cubierto con una piel de camello, menospreciando la roja púrpura de los perseguidores del Cristianismo; Espiridion de Chipre, obispo y pastor, que salia del templo y se encaminaba al monte á guardar sus ovejas; todos héroes del pensamiento, mártires todos por haber defendido la santa inviolabilidad de la conciencia humana, todos defensores de la idea divina que iba á trasformar la sociedad, todos dispuestos á dar su vida por su Dios; y que enardecidos en la nueva fé, antes que el cuarteado Capitolio caiga, antes que los hambrientos bárbaros rompan sus vallas, trazan á la luz de la tempestad difundida en los aires, el símbolo de la fé, el compendio de todas las creencias que van á alimentar el espíritu humano, el *Credo in unum Deum*, á cuya voz los bárbaros caerán de rodillas trémulos é inermes, y que despues de quince siglos resuena potentemente desde las heladas cumbres de los Alpes hasta las islas perdidas en las espumas de los mares, bajo las bóvedas de todas las iglesias del mundo, en señal de que la humanidad hasta entonces encorvada por el peso del fa-

talismo religioso, se ha erguido, se ha declarado libre, y siente el espíritu de Dios difundiéndose como eterno aliento creador por su regenerada conciencia. (*Entusiastas aplausos.*)

¿Quién habia de creer que este triunfo del Cristianismo no era definitivo, eterno? ¿Quién podia imaginar que subiera despues de tantas y tan vergonzosas rotas el paganismo al trono del mundo, empeñado en ahogar de nuevo la conciencia humana? Sin embargo, no os maravilleis de esto, Señores. La historia es una grande enseñanza que fortifica el ánimo y lo eleva. Las ideas no desaparecen ciertamente en un dia; pero una vez heridas por el progreso, si se levantan, es para morir de nuevo. El gastado símil de la lámpara que al morir lanza su más vivo destello cuadra á las ideas admirablemente. Todas toman cierto brillo en el instante solemne de su muerte. Y no podia en verdad exentarse de esta ley el paganismo. El genio de la antigua civilizacion lloraba la muerte de todo lo que habia dirigido á la humanidad en su camino y la habia consolado en sus dolores. Grecia, como patria del arte, era la maestra de todos los grandes hombres de la antigüedad. ¿Y qué iba á ser de Grecia? La liga anfictiónica estaba deshecha; el oráculo de Delfos mudo; los monumentos que de sus piedras exhalaban como un cántico ruinoso; las odas de la tragedia griega olvidadas; rotas las cuerdas de la lira de los grandes poetas, abandonados los juegos olímpicos donde el vencedor ceñia á sus sienes el siempre ver-

de laurel de Apolo; nublada la antes serena frente de los sacerdotes phitios que veian sin ofrendas el ara, sin adoradores el templo; destrozado el teatro donde se perpetuaban, por las milagrosas resurrecciones del arte, los héroes de Troya, de Salamina, de Platea; inmóvil la pitonisa en su trípode cual si la hubiera helado la falta de una idea en la conciencia, de una palabra en los labios; desiertos los campos de aquellas divinidades que brillaban en las alas de las mariposas, en el fosfórico resplandor de las luciérnagas, en el cáliz de las flores, y que cantaban en el susurro de las selvas, en el rumor de las fuentes; mutiladas las estátuas de Fidias y Praxisteles; seco el manantial de inspiracion en que habian bebido su genio los poetas; porque merced á la nueva idea, toda del espíritu, toda para el espíritu, el genio del paganismo se ahuyentaba de la naturaleza, y se morian los dioses como un coro de ruiseñores abrasados en su nido por el fuego de la tempestad que bajaba del cielo *(Estrepitosos aplausos)*. Y al mismo tiempo que el paganismo se moria, tambien se moria el Imperio; las antiguas prendas militares faltaban, y los dioses no eran bastante fuertes á contrastar la fuerza de los bárbaros. Esto inspiraba á muchos espíritus la idea de volver al antiguo paganismo, de reintegrarlo en todos sus dogmas, en toda su pristina hermosura. Y como do quiera se levanta una idea poderosa, nacida de una necesidad del espíritu, allí se organiza una secta; y como do quier se organiza una secta, con alguna idea que tenga razon

de ser, allí se organiza un gobierno; la reaccion pagana fué secta y se llamó escuela alejandrina; fué poder, y se llamó Juliano. No hay para qué dudarlo; el paganismo con sus artes, con sus mithos, con sus héroes, daba gran confianza al hombre en sus mismas fuerzas. Si en el siglo décimotercio el poeta de los sepulcros y de los abismos, y de los infiernos, que llevaba la tempestad de su siglo en el cerebro, la desesperacion de su patria en el pecho, se postró ante Virgilio y le llamó guia y maestro, é hizo de él como un redentor del arte y de la ciencia; si en el siglo décimosesto, Italia, al salir de los tormentos de la Edad Media, se apasionó por los dioses paganos con tanto delirio que los alzaba hasta los altares católicos; si hoy mismo reinan todavía en el arte, ceñidas las sienes en la luz inmortal del Hybla y del Hymeto los antiguos dioses; y todavía los poetas en cuyo corazon hay siempre una cuerda pagana que resonará eternamente en la historia creen oir el cántico inmortal del castalio coro; no es mucho, Señores, que peleáran por sostener aquella idea los que habian visto los triunfos del paganismo, y asistido á sus misterios y celebrado sus deslumbradoras teorías, y creian oir el cántico de sus dioses difundido por la naturaleza, y unian en su mente á la suerte del antiguo culto la paz del Universo. *(Aplausos.)*

Muchas veces he dicho que la historia de los hechos es al mismo tiempo la historia de las ideas. Muchas veces he dicho que no se puede probar en ninguna cien-

cia la fuerza real de las ideas como en la historia. La idea que nace aislada en la mente de un pensador solitario se encarna en instituciones, y trasforma con trasformacion maravillosa la realidad, la naturaleza. La idea es el límite en que se encuentran el pensamiento y el sér. La idea es el elemento primero del pensar. Siendo el elemento primero del pensar es tambien para nuestra inteligencia el elemento primero del sér, porque sin la idea no existirian para nosotros, para nuestra mente los objetos. La sensacion misma, el primer borrador del conocimiento, no existe hasta que no es pensada, no existe hasta qne no es idea. Así toda idea toma formas en la realidad, se obgetiva. Y la idea alejandrina, aquella idea que nos parecia tan vaga, despues de haber tenido grande influjo en la ciencia cristiana, y sobre todo en la solucion del problema de la Trinidad, se encarna, se obgetiva en Juliano. Cuando las ideas llegan á tocar en la realidad de esta suerte es porque han pasado antes por una grande elaboracion metafísica. La idea alejandrina, pues, debia en su desarrollo dialéctico llegar á la realidad. En Plotino fué una filosofía, en Porfirio una religion, en Máximo una theurgia mágica, en Juliano debia ser una política. Todas las ideas que parece que se pierden y se disipan en los aires tarde ó temprano se organizan fuertemente en instituciones, y tocan en la realidad de la vida. La filosofía universal de las griegos se condensó en la frente de Alejandro; el espiritualismo moral de los estóicos en

la frente de Marco Aurelio; la idea alejandrina en la frente de Juliano. Esta idea aspiraba á conservar los símbolos paganos, pero á renovar su espíritu, á elevar un Dios espiritual, y á unir todos los pueblos, apesar de la diversidad de cultos, en la idea de ese Dios que se levantaria sobre los pueblos como el sol sobre el Universo. En contraposicion del Cristianismo esta doctrina ha sido denominada Helenismo. Es el paganismo que se trasforma, que se levanta á recibir el nuevo aire vital, la nueva luz del cielo. Y el defensor del Helenismo, su Constantino es Juliano. Nacido en Grecia, discípulo de las escuelas cristianas, tenia más que ningun otro la indecision propia de su tiempo, y tomó del paganismo la forma, y del Cristianismo la idea. Platónico en religion, de estóico carácter, pagano por puro amor romántico á las artes, cabalista por abrazar en su mente todas las ideas, sacerdote místico, apóstol por aquel afan de trasformar las conciencias, propio de su siglo, déspota en su conducta como todos los que se sientan en el trono del Imperio, republicano en sus ideas á la manera de los Antoninos y demás emperadores estóicos, devoto, mago, iniciado en los misterios helenos, bien puede decirse que es aquel uno de los hombres más estraordinarios de la historia, pues habiendo vivido treinta años, y reinado diez y ocho meses, deja huellas indelebles en la vida como última imágen del genio del helenismo que cruza por el mundo *(Aplausos)*. Educado primero en los tres grados de las escuelas cristianas, en

la purificacion, en la iluminacion, y en la perfeccion, y en los tres grados de las escuelas neo-pitagóricas, en el silencio, en el ayuno y en el éxtasis; habiendo oido las salmodias de los sacerdotes cristianos acompañadas por el órgano de las basílicas y los himnos de los coribantes griegos acompañados por las antiguas liras homéricas; habiendo conversado con el retórico Libanio y el gran orador San Basilio; su alma pudo estar indecisa algunos momentos; pero cuando vió el Imperio enflaquecido, las artes olvidadas, la virtud militar romana muerta, el bárbaro en toda su audacia, despobladas las ciudades, poblados los desiertos, atribuyó todos estos males á la muerte del paganismo, á la ausencia de la antigua idea; y levantó los rotos altares, y recompuso los ídolos, y reedificó los templos, y continuó los interrumpidos sacrificios, y sintió amor inmenso por los vencidos dioses, culto ferviente por la hermosa Atenas, ódio implacable contra aquellos bárbaros cristianos que habian sustituido los sensuales sacrificios con ceremonias austeras, las divinidades vivas con una divinidad muerta en un patíbulo deshonroso hasta para los mismos esclavos, el antiguo valor con la humildad, y todo su empeño fué exaltar y espiritualizar el paganismo, empeño vano, porque los templos estaban desiertos, las encinas de Dodona abandonadas de las antiguas sacerdotizas que no iban á segar bajo sus ramas la verbena sagrada al salir la luna llena del fondo de los mares, la pitonisa muda, la isla de Delos cubierta de ruinas y solitaria, el

bosque de Delfos sin un ruiseñor en el follage, sin una lira suspendida de las ramas que vibrase al dulce beso de las auras; testimonios que prueban que todas las reacciones, aun las dirigidas por el genio, son impotentes, y que todos los reaccionarios, aun aquellos que se llaman Juliano, Felipe II, Napoleon, los hombres más grandes de la historia, nada alcanzan contra la idea de su siglo: que aún no ha nacido el Hércules capaz de detener el torrente de las grandes ideas que Dios impulsa con su poderoso aliento á lo infinito. (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)

No queria Juliano de ninguna suerte sostener el paganismo tal como era en los primitivos tiempos; queria realizar la unidad del espíritu, la unidad de la vida, la unidad de la historia, bajo la unidad de Dios; convertir esta unidad fecunda, no en provecho de los dioses judíos, sino de los dioses de Grecia; alzar en las alturas de nuestra mente, allá en la cúspide de nuestra inteligencia la unidad divina, y en escalas inferiores toda la rica infinita variedad de los dioses paganos que podian volar por esa unidad primitiva y suprema como vuelan las mariposas por el cielo; sostener las eternas inspiraciones artísticas del paganismo que habian idealizado la forma humana; espiritualizar el culto, los sacrificios; establecer gerarquías de sacerdotes á la manera católica; fundar conventos donde pudiesen los místicos entregarse á la adoracion del espíritu sin renegar de los dioses; llenar el abismo del

deseo humano, ansioso de lo infinito, con las teorías de la mágia y de la theurgia; poner sobre los altares los mismos dogmas cristianos, pero encerrados en símbolos del paganismo, el Dios que muere, el Dios que resucita, el Dios que se pierde en los cielos; buscar la gloriosa estirpe de las más puras ideas cristianas, en las creencias, en los ritos, en los templos antiguos; idealizar el carácter de la muger creando una madre de los dioses, virginal y pura, que la obligase á ser casta; poblar los aires, los astros, los espacios de angeles, de arcangeles, vestidos del azul de los cielos, coronados de luz, para que defendiesen sus divinidades; obligar á todos los pueblos á entrar en la religion de la unidad de Dios, de la unidad del espíritu, sin forzales á renunciar á los dioses de sus padres; divinizar el paganismo, bautizarlo, hacerlo católico, para que los instintos morales y los instintos artísticos de la humanidad se hermanáran, se confundieran en una creencia bastante poderosa á enlazar toda la historia, á unir toda la vida, á llenar todo el espíritu *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Así, considerad su teología, y vereis que en el fondo es cristiana, en las formas alejandrina, en las tendencias pagana. El Uno, lo perfecto está en la cima del Universo. El Verbo, el logos es la idea y la palabra de Dios. El espíritu es la vida que se dilata por el tiempo y el espacio. Júpiter es la unidad en el espacio, la proporcion, la armonía. Saturno es la unidad en el tiempo.

Júpiter tiene la misma primacía en el espíritu, es el númen de la justicia y de la hermosura, las dos armonías espirituales. Saturno que preside la gran sinfonía astronómica, y dirige la música de los orbes, tambien es el Dios de la felicidad, de la inocencia, del corazon puro y embalsamado de ideales amores. El gran redentor es el logos, hijo de la madre de todos los dioses, engendrado por el espíritu divino. Los dioses del cielo se oponen á su nacimiento porque va á convertir en un cielo la tierra; pero los dioses de la tierra lo llaman; y las ninfas oceánicas, y las nayades abre sus alas de mariposas y vuelan cantando por los aires á referir á todos los séres la nueva de que llega su redentor envuelto en el cendal del ether, coronado del sol, dispuesto á desposar con un anillo nupcial de estrellas los cielos con la tierra. El Redentor, no ama los cielos, de que es hijo, sino la tierra, y lanzándose del seno de su madre divina, padece, muere por nosotros; pero eleva á Dios todas las cosas, redime desde la luz hasta el polvo, y todo lo idealiza, y todo lo enciende y lo enrogece en el seno del Eterno, que se goza con amor purísimo en la contemplacion del Universo redimido y esplendente. Como veis, Señores, todo el empeño de Juliano era restaurar el paganismo idealizándolo. ¡Inútil empeño! Juliano mismo nos cuenta su amargura, sus tristes desengaños. Estaba el emperador en Antioquía. La ciudad era helénica, es decir, partidaria de las ideas de Juliano, del paganismo espiritualista. Debian celebrarse allí

las fiestas de Apolo, el dios de la música, el dios que comparte con Júpiter el reino de las armonías, Apolo, celestial melodía del Universo. La ciudad entera debia reunirse en el templo de Dafne á celebrar esta fiesta que era como una promesa de la inmortalidad y de la gloria del paganismo. Juliano iba con el corazon exaltado de amor, la mente de ideas, la memoria de recuerdos, y hasta los labios involuntariamente movidos por una plegaria religiosa, por un himno de los antiguos poetas. Creia en el camino ver el fuego en el ara, las víctimas coronadas de flores, en las copas de oro, las vírgenes vestidas de blanco en señal de pureza, semejantes á las antiguas estátuas de los divinos escultores de Grecia. ¡Hermoso sueño, engañosa ilusion! Cuando llega al templo no encuentra ni una sola melodía en los aires, ni cenizas en el ara, ni un grano de incienso en la trípode, ni una flor para el Dios que viste de flores con su fecundante calor el universo. Quédase pasmado, y cree que los preparativos para la fiesta están en el jardin, que el pueblo esperándole en el bosque, no se atrave á entrar en el templo hasta que entre Juliano, el Pontífice máximo. Entonces se encuentra el gran sacerdote del templo, y le pregunta que ofrendas apercibe Antioquía para celebrar la fiesta de su Dios. Ninguna, dice el sacerdote, solo yo traigo esta miserable ave. Juliano llora, ¡lágrima encendida de amor que cae sobre el paganismo sin devolverle la vida como las lágrimas del huérfano que llora sobre el ca-

dáver de su padre! Juliano se acordó de Dios; pero se olvidó de la libertad. Juliano cometió el error de todos los poderosos, el error de creer que bastaba la fuerza del Estado para sostener una religion, cuando las religiones solo se sostienen y viven por la fé de los espíritus *(Repetidos aplausos.)*

¡Cuán poco pueden los hombres, aún los más grandes y de mayores méritos, cuando se dan á una causa que es rémora al progreso! ¡Comparad á Constantino con Juliano, y vereis cuán diferentes son sus méritos personales, y cuán diversa ha sido sin embargo su gloria! Los dos emperadores, pero los dos desiguales en méritos; Constantino gran general, pero mayor general Juliano; Constantino ha vencido á sus competidores, Juliano á los bárbaros; Constantino ha perdido el Imperio gobernándolo con sus cortesanos y sus favoritos, Juliano lo ha restaurado con el antiguo espíritu; Constantino ha cometido grandes crímenes, Juliano ni siquiera se ha manchado con una gota de sangre; Constantino ha sido infiel á la muger que elijiera por esposa, Juliano ha respetado el hogar como un santuario; Constantino á duras penas comprende la idea que representa y no alcanza cosa de discusiones teológicas, Juliano es artista, poeta, filósofo, historiador, orador, uniendo en alguno de sus escritos á la fluidez de Demóstenes la ironía de Luciano; y sin embargo, el nombre de Constantino pasa á la posteridad resplandeciente de gloria y el nombre de Juliano ennegrecido por

terribles maldiciones; porque Constantino alienta la sociedad que nace, y Juliano sostiene la sociedad que muere, aquella sociedad, despojada de su ideal, mantenedora del materialismo religioso, de las castas, de la esclavitud, opuesta á la nueva sociedad, cuya idea cumple el gran destino de combatir el fatalismo con la libertad, la casta con la igualdad religiosa, los privilejios con la union de todos los hombres en Dios; principios que habrán tardado diez y nueve siglos en bajar de la esfera religiosa á la esfera social; pero que hoy, en este momento, trasforman el mundo europeo, crean nuevas sociedades, y hacen más libres, más cristianos más felices á los pueblos *(Aplausos.)*

Y no se crea, Señores, que yo soy tan preocupado que desconozco cuánto habia de digno, de grande en la muerte del paganismo. Confieso que no he visto ninguna idea que haya muerto con más grandeza en la historia. En esta última edad renuncia á las persecuciones, y apela para sostenerse al filtro de la ciencia. Su empeño es dificultosísimo; pero por lo mismo grandioso. Quiere unir los dioses de nuestra raza, eterno númen de las artes, al movimiento religioso del Cristianismo; quiere conservarnos todo lo que habia embellecido la vida humana. Hay en este romanticismo encantos tales que atraerán siempre todos los corazones, y los cautivarán. Esos hombres que se oponen á las ideas providenciales y luchan con ellas, nos admiran, porque nos parecen gladiadores en lucha con Dios, titanes glorio-

sos escalando el firmamento para quebrantar el cetro omnipotente que dirige toda la historia. Hay en su empeño algo de esa grandeza apocalíptica que todas las religiones han puesto en el genio del mal. Levantarse contra todo un siglo, luchar con la corriente de las ideas, oponer la negacion humana el espíritu divino encerrado en todo progreso, no desfallecer en esta pelea por un cadáver, multiplicarse para sostener ideales que la humanidad abandona, es un error, pero un error grandioso, titánico, que tiñe al que lo abraza de una luz sangrienta parecida al último crepúsculo de un dia de la vida universal, y al último destello de una estrella que se apaga *(Aplausos.)* Nos inspiran estos grandes reaccionarios un respeto, un terror parecido al que nos inspira el héroe de la trajedia griega, el eterno Edipo, luchando y reluchando ciego con el destino, y sosteniendo en su cerebro con formidable fuerza todo el peso de las ruinas de un mundo(*Aplausos.*) Y entre estos reaccionarios ninguno, Señores, ninguno, tan grande como Themistio, ninguno que comprendiera mejor la única manera posible de defender y amparar el paganismo en su agonía. Su amor por los vencidos dioses, le habia inspirado el ambicioso deseo de crear un ideal que siendo superior al ideal cristiano lo eclipsára eternamente. El intento no puede ser más grande; la idea, aunque imposible, digna de la ambicion de aquel espíritu que quiere oscurecer todo un cielo. Themistio era elocuentísimo. El mismo San Gregorio Nazianceno

le llama el rey de la palabra. Era su voz el último eco de la elocuencia clásica; su palabra la última palabra de una civilizacion que habia henchido los aires con las espléndidas oraciones de sus tribunos. El emperador Constancio le hizo senador. En las asambleas se alzaba como esas estátuas que permanecen erguidas entre las ruinas de los templos. Su genio penetrante conoció que no era ya hora de atizar la guerra entre los cultos, sino de predicar la paz en la conciencia humana. Así sostenia que todas las religiones, inclusa la cristiana, honran á Dios, y enaltecen á la humanidad. Las diferentes religiones eran á sus ojos maneras varias de ser de esa idea religiosa que aparece una, idéntica siempre á sí misma en el fondo del espíritu humano, como su relacion perenne, eterna con lo infinito. Así á la faz del mundo pagano predicaba la libertad de conciencia. En su oracion pronunciada delante de Joviano decia que las relaciones entre el espíritu y Dios deben ser libres, porque el hombre obedecerá, cuando de su religion se trate, antes que á la voz de la ley á la voz de su conciencia; porque la coaccion que puede forzar al cuerpo, oprimirlo, encadenarlo, no llegará hasta el alma, capaz de prestar culto á su Dios entre los hierros, en el potro del tormento, en las llamas de las hogueras. Los poderosos del mundo podrán dar leyes á su antojo, pero el alma recobrará sus derechos á ser libre, porque la libertad es la ley de Dios en la vida, y delante de las leyes de Dios pasan como leves sombras

concepcion brahamánica que se difundió por el Oriente y pasó á Grecia y Roma la idea de que los ricos son los elegidos de los dioses, son los señalados con la marca de la predileccion divina; idea inícua que combate San Gregorio Nazianceno diciendo en su discurso décimosesto que todos somos como uno solo en Dios, ricos y pobres, señores y esclavos; y el Crisóstomo esclamando en su esplicacion de la Epístola primera de San Pab o á los corinthios que los pobres son hermanos de los ricos, de su misma carne, de sus mismos huesos, y llevan tambien la imágen divina en el alma; y San Basilio sosteniendo en su homilia contra las riquezas que nada valdrán al rico sus tesoros si no tiene caridad para el pobre y la humildad de considerarse su igual; y San Clemente de Alejandría recordando en el capítulo décimocuarto de sus Stromata las maldiciones arrojadas por el Evangelio sobre los ricos que se creen superiores á los demás hombres; palabras que debemos repetir hoy en los oidos de esta sociedad materialista, cuyo templo es la Bolsa, cuyo altar es la banca, cuyo criterio único de derecho es el oro, para recordarle que cuando los pueblos se olvidan del espíritu, de la conciencia, de las ideas, se desmoralizan, se gangrenan, y para curar esa desmoralizacion y atajar esa gangrena, aplica Dios el más terrible pero el más seguro de todos los cauterios, el cauterio de las revoluciones (*Estrepitosos aplausos.*)

Y no solamente creaban esta poderosa idea de igualdad sino que contrastaban tambien con la fuerza de su

palabra el desenfrenado despotismo de los Césares. La Iglesia solo tenia virtud para obligarles á bajar la frente y doblar la rodilla ante un poder moral superior á su poder terreno. La libertad de las sociedades antiguas era incompleta porque le faltaba base en la igualdad, la vida y el ardor de la caridad; y así todas las luchas entre patricios y plebeyos, tanto en Roma como en Grecia, habian ido á dar en el predominio de la fuerza, en la apoteósis y endiosamiento de un hombre, que no tenia ni siquiera el límite de una autoridad superior á la suya, porque hasta la conciencia se hallaba rendida á su dominio. Pero en este instante solemne de la historia, en que la autoridad religiosa se aparta de la autoridad política, en que la autocrácia se rompe para siempre, la sombra del tribunado se alza de nuevo en los padres de la Iglesia; la protesta única contra la tiranía es la palabra; de los sacerdotes herederos del ministerio de los defensores de las ciudades, ministerio borrado por el despotismo oriental; y en cumplimiento de este destino, Flaviano alcanza de un emperador que perdone á Antioquía cuya destruccion habia decretado porque rompiera sus efigies; y Macedonio, monge de Thebaida, dice á un César que no tiene derecho á pasar á cuchillo á los hombres porque no puede quitarles la vida que les ha dado, la vida don de Dios; y Atanasio proclama delante de toda la córte de Constantinopla que Constancio no debe obligar á los hombres á que adoren la religion arriana porque se ha

concluido, merced al Cristianismo, el dominio de los Césares sobre la conciencia; y cuando Theodosio, entregándose á esas crueldades tan frecuentes en los que padecen de los ¡vértigos causados por el poder absoluto, quema á Tesalónica, y degüella á sus infelices habitantes, Ambrosio de Milan le cierra el paso á la Iglesia, le dice que no puede penetrar en el templo sin profanarlo un tirano manchado de sangre; ejemplos todos que muestran que ha concluido la autocrácia, el poder más bárbaro del mundo, el que más ha manchado la historia, y más ha envilecido nuestra noble naturaleza. *(Aplausos.)*

Roma pagana que representa la autocrácia antigua debia caer así que le faltó su idea. Sinmaco no se engañaba. La idea es para las instituciones como el espíritu para nuestro cuerpo. La idea de la antigua civilizacion huia, y el cuerpo de esa civilizacion se desplomaba en el polvo. Se necesitaba, pues, en tan suprema crísis, un poder moral que salvase la civilizacion, y que en el caos de todos los antiguos elementos representára la unidad espiritual y divina de la historia. Este gran poder moral era el Pontificado ¡Que ejemplo tan grande el de las relaciones del sacerdocio con los bárbaros para disuadir á los que creen que el Pontífice no puede ejercer su autoridad religiosa sin conservar su autoridad temporal y terrena! En aquellos dias de luto y sangre, cuando San Gerónimo decia que el mundo se desquiciaba, cuando se cumplian las terribles amenazas del Apoca-

lipsis y los ángeles esterminadores con sus largas espadas aventaban á los cuatro puntos del horizonte las cenizas de Roma; cuando los templos antiguos caian y en el rostro de los ídolos tegia la araña su tela, y los murciélagos y los buhos anidaban en los altares encharcados en sangre; cuando del Rhin, del Danubio venian, como olas amargas de la cólera celeste, unos sobre otros los bárbaros, todos hambrientos y crueles, San Leon, que no era rey, hace retroceder á los hunnos, ébrios con la sangre de mil pueblos; San Gregorio Magno, que no era rey, desarma á los lombardos, obligándoles á temblar delante de un sacerdote, á ellos que no habian temblado al arrancar sus garras al águila romana *(Aplausos!)*; Epifanio, que no era rey, obliga á los vándalos que se gozaban en ver rodar á sus piés las ruinas de las ciudades entre el humo de los incendios á perdonar á Roma; Severiano, que no era rey, salva la civilizacion de la crueldad de los ostrogodos, cuyas huellas impresas desde el Báltico hasta el Rhin eran huellas de sangre; porque todos aquellos fundadores ilustres del sacerdocio sabian que su fuerza no estaba en los escudos, ni en las lanzas, ni en los dominios temporales y terrenos, sino en la fé, en la caridad, en las grandes ideas morales, en cuya virtud trasformaron la conciencia y salvaron la civilizacion, venciendo la ferocidad de los bárbaros (*Aplausos.*)

El poder moral de la Iglesia era tan grande porque el dogma acababa de llegar á su unidad perfecta. Esta

nunca había sido esplicada por la ciencia. El hombre que representa la universalidad del dogma es San Agustin, que remata los primeros siglos del Cristianismo. Señores, leyendo las confesiones del gran sacerdote, uno de mis libros predilectos, uno de esos libros que han dejado huellas hondísimas en mi alma, siempre me he parado en el capítuio segundo y tercero del libro sesto, y en el capítulo décimo y undécimo del libro noveno, en que San Agustin habla de su madre. Pocas veces, Señores, se ve tan clara la influencia del corazon de la mujer sobre el espíritu del hombre. Bien es verdad que aquella mujer es una madre *(Sensacion)*. Considerad, Señores, conmigo recogiendo vuestro espíritu sobre el recuerdo de todo lo que hayais querido y respetado en el mundo, considerad cuánta ciencia guarda el corazon de una madre para educar á sus hijos, ciencia no aprendida, que es la revelacion santisima del amor, la eterna revelacion de Dios en la naturaleza humana *(Aplausos)*. La mujer desde el momento en que es madre tiene todas las ciencias juntas en su alma; sabe higiene y cura á su hijo, arte y lo hermosea; sabe entonar canciones tan espontáneas como el gorgeo de las aves en los bosques, esas canciones que ningun músico puede repetir, y que desde la cuna dispiertan la idea de lo infinito en el alma; sabe narrar esos cuentos maravillosos que no se olvidan en toda la vida, primeros gérmenes de los principios morales, que nos han de preservar de los contagios del mal; sabe hablar de Dios con la

elocuencia incomparable que á torrentes brota del corazon; sabe donde se ocultan las espinas, donde el abismo de los grandes peligros, porque nada hay escondido á su amor, que adivina en la frente, en la mirada de su hijo el dolor y la enfermedad que amenazan; y pone en el corazon todas las cuerdas que han de resonar dulce y armoniosamente y han de ser nuestro consuelo en las tempestades de las pasiones; y restaña con el bálsamo de sus lágrimas todas las heridas del corazon; y nos deja en su vida eterno ejemplo de santidad y de pureza, y en su muerte eternas esperanzas religiosas; pues siempre que una gran idea se eleva en la mente, siempre que resuena en el corazon algun sentimiento generoso, siempre que la compasion por el infortunio y la caridad el amor verdadero nos abrasan el alma, si subimos con el pensamiento á buscar su fuente misteriosa, su orígen, encontrarémos la eterna luz de la fantasía, la estrella que guió nuestros primeros pasos, el ángel custodio que cubrió con sus alas nuestra cuna, el amor, sí, el amor sublime de una madre. *(Repetidos y prolongados aplausos que interrumpen al orador algunos instantes.)*

Señores; combatido por tantos recuerdos como se dispiertan en mi memoria, conturbado por las muestras que me dais de que sentis lo mismo que yo siento, no acierto á continuar, roto el hilo del discurso. Hablaba de la madre de San Águstin. Perdonadme, señores, si apenas puedo coordinar mis ideas, porque la emocion me ahoga. El sagrado amor de una madre condujo al

pagano, al gnóstico, al jóven maniqueo, al que llevaba vida epicúrea en Roma y en Milan, al seno del Cristianismo. San Agustin ha de ser objeto único de una de mis lecciones en el próximo venidero curso, y entonces le estudiaré bajo todas sus fases. Hoy solo indicaré que aquel gran padre de la Iglesia que recoje toda la ciencia de su tiempo, que la formula en libros admirables, que vence á los maniqueos, que salva á la Iglesia del más grande y terrible de sus peligros, del pelagianismo tambien ocasionado á quitarle toda su fuerza moral, es sintesis de la ciencia de su tiempo, es el espíritu que ve morir el paganismo y lleva ya la corona del tempestuoso genio de la Edad Media. Yo he seguido hasta el fin el propósito de estudiar los dogmas antes que en su pura idea religiosa en sus conclusiones sociales, en su trascendencia á la civilizacion. San Agustin en la genealogía de sus ideas se une, se enlaza con Platon, es de tan gloríosa estirpe. La escuela neo-católica en su ódio á la filosofía antigua ha pretendido negar esta verdad evidente. Pero en las escuelas verdaderamente católicas era ya un axioma el creer á San Agustin de la familia platónica. *Quidquid á Platone dicitur vivit in Augustino*. San Agustin es grande en sí; pero más grande aún cuando se le considera á la luz de su siglo. Su doctrina es la doctrina que necesitaba la Edad Media, la doctrina que obliga á la humanidad á bajar la frente en presencia de Dios, la doctrina que ahoga el egoismo de los bárbaros, la doctrina que doma la salvage individua-

lidad germánica, la doctrina que tiñe con una esperanza celeste el caos donde batallan todas las ideas. La ciencia cristiana que tanto ha debido á la filosofía antigua en este momento se aparta de las antiguas escuelas. San Agustin funda la psicologia verdaderamente cristiana al decirnos que el fin del alma es unirse con Dios. Como todos los grandes atletas del pensamiento vive gozoso enmedio de las luchas, respira con placer entre las nubes de la tempestad. Dos grandes negaciones, dos tremendas heregías se levantaban en el camino de la Iglesia en este momento. El genio de Oriente y el genio de Occidente renegaban del Cristianismo. El genio del Oriente, místico por escelencia, renegaba de la libertad y del hombre. El genio de Occidente positivo y humano renegaba de Dios. El genio del Oriente sacrificaba la libertad en aras de Dios; el genio de Occidente sacrificaba á Dios en aras de la libertad. Dios sin el hombre es una idea sin palabra, un sol sin reflejos. El hombre sin Dios es un fantasma, una sombra que se dibuja en el Universo, para disiparse en lo vacío. La idea oriental es el maniqueismo, la idea occidental es el pelagianismo. Maniqueo ha nacido en Asia, en la region del panteismo y de la esclavitud; y Pelagio ha nacido en Inglaterra, en la region del individualismo y de la libertad. El problema que atormenta á Manés, al filósofo persa, es el problema del orígen del mal, terrible, pavoroso enigma. ¿Dios no es bueno? Pues si Dios es bueno, sino puede dejar de ser bueno sin dejar de ser Dios

¿cómo existe el mal en el mundo? Cada dia tiene su dolor, cada hora su pena; en el cielo hay tempestades, rayos; en el mar abismos, tormentas; en las flores espinas; en el campo víboras, serpientes; en la vida enfermedades, en la gloria desengaño, en el amor desencanto y olvido; y al pié del Universo que vive y brilla y produce eternamente nuevos séres, abre sus negras fáuces la muerte. Y no se diga que el mal es un castigo de los delitos humanos, dice Manés. El hombre antes de pecar ya padece el mal. ¿Qué delito ha cometido el pobre niño que viene á la vida con toda la ignorancia propia de la inocencia? Y apenas nace ya padece. Y su primer espresion es el llanto como si ya sintiera cuán funesto don es la vida, y anhelára por sepultarse de nuevo en el vientre de su madre. Ningun delito ha cometido el ciego de nacimiento para que se le prive de ver la luz y los colores, y se le encierre en eterna noche, y sea á sus vacíos ojos el Universo como una inmensa tumba. Las enfermedades orgánicas, los instintos inevitables, no pueden ser castigos, sino desgracias. ¿Y á quién atribuir estas desgracias? ¿A Dios? Entonces Dios sería injusto. ¿A la libertad? Pero la libertad no tiene parte en ciertos males. ¿Hareis responsable al impotente de no sentir amor, de no tener posteridad? ¿Hareis responsable al hombre de la enfermedad que trajo consigo á la cuna? Luego es necesario, segun Manés, reconocer como los antiguos persas un genio que levanta la pena junto á la alegría,

y vuela en pos de la luz con su negro sudario de tinieblas, y pone con sarcástica risa la amargura de la hiel en el fondo de todos los placeres, y encierra un espantoso infierno en el abismo de los humanos deseos, y se burla de nuestras ambiciones, de nuestras esperanzas convirtiéndolas en el polvo que llena las tumbas; inmensa araña que mancha los cielos de la vida, y los cubre con la tela de la muerte en que caen los mundos y los hombres, todos los séres del Universo. En el alma, segun Manés, luchan como en el Universo Dios y el mal, la luz y las tinieblas. San Agustin combate este sistema diciendo que el mal no tiene ese poder absoluto proclamado por Manés, puesto que contribuye tambien á la armonía del Universo; que el libre arbitrio no sería posible sin el mal, pues el hombre no tendria mérito sino desmereciese tambien segun su voluntad y sus obras; que el mal no se puede atribuir á Dios, sino á los séres limitados y contingentes; que los defectos, las desgracias físicas, las fatalidades orgánicas con las cuales se pretende argüir de inícuo al Dios de la justicia se esplican en el pecado original, por aquella primera caida, en la cual todos caimos; que es evidente la unidad del género humano contenida con toda su virtualidad en Adan, cuya fué la voluntad de renunciar por sí y por todos sus hijos á la inocencia del paraiso. Estas eran las doctrinas de San Agustin.

Pero su más grande combate fué el combate con Pelagio, con el espíritu de Occidente, terrible, amenaza-

dor. Pelagio es un monge. El aislamiento y la soledad le inspiraron ese amor, ese delirio por las ideas propio de los solitarios que suelen concentrar en una idea todos los amores del alma. San Gerónimo nos lo pinta valeroso, atrevido, incansable, grande como el emperador Maximino, especie de gigantesco bárbaro venido de las oscuras selvas á escalar la luminosa ciudad del espíritu, la Roma de Cristo. Su larga estancia en Oriente le inspiró el deseo del combate, el afan del proselitismo. Fué tartamudo, y sin embargo, cuando su corazon se encendia, la palabra estallaba de su pecho tan sonora y magestuosa como el trueno de las nubes. Hijo del positivo Occidente su doctrina era positiva; bárbaro, su idea era como su carácter, el aislamiento del hombre en la libertad. El individualismo de su raza se habia convertido para Pelagio de carácter en doctrina, en religion. Segun su idea, en la voluntad está la energía de la vida, y de la voluntad únicamente pende el destino humano. El hombre puede perderse, y puede salvarse á sí mismo. Su vida es la obra de su voluntad. Con la libertad tiene un cincel mediante el cual desbasta el frio mármol de su sér y le da todas las formas, y lo enciende con todas las ideas. Dios nos donó la conciencia y la voluntad, para conocer con aquella, para obrar con esta el bien ó el mal, y nos dejó luego abandonados á nuestro destino, obra de nuestras manos. La exaltacion pues de la voluntad y de la conciencia es la idea de Pelagio. El dogma cristiano de que Dios obra por la gra-

cia en la voluntad y en la vida quedaba eclipsado. Todo lo universal perecia á los golpes de aquella lógica. La humanidad se encontraba huérfana, abandonada de Dios, perdida en el mundo, azotada por la tormenta, y sin confiar ni en el auxilio del cielo, como el náufrago que abrazado á una tabla y falto de fuerzas, viera el abismo del mar tragándoselo y el cielo vacío. Siempre la idea de Dios es necesaria á la vida; pero mucho más en aquellos momentos en que las legiones de los bárbaros venian por los cuatro puntos del horizonte como inmensas trombas, y agonizaba Roma. Si se perdia la eficacia religiosa del Cristianismo se perdia la civilizacion. Si el bárbaro no encontraba en su camino una idea universal y divina que la educára, se acababa la sociedad, caian sobre el Capitolio las arenas de los desiertos, y se apagaba la última luz de la vida. San Agustin se levantó á conservar la eficacia religiosa del Cristianismo, á salvar en aquel naufragio la idea de Dios para que la recibieran en su alma los bárbaros. San Agustin dice que la conciencia y la voluntad están quebrantadas y enfermas; y que el hombre por sí solo no puede hacer sino perderse, como piedra arrojada á los abismos. Todos hemos errado en Adan, todos en Adan hemos pecado, todos en Adan hemos caido. La naturaleza humana se enfermó en aquel punto con terrible enfermedad, y enferma continúa en nosotros, enferma de duda y de error la inteligencia, enfermo de dolor y de pecado el corazon, enfermedad tan grande y corro-

siva que trasciende al Universo, y pone en él tinieblas como nuestros errores, ponzoña como nuestros pecados. La pérdida universal é irremediable de todo el género humano, la privacion de Dios, la eterna pena, el eterno tormento, las llamas sin fin, las lágrimas sin consuelo, los dolores sin remedio, serian justísimos castigos, porque todos en uno hemos faltado, y al faltar hemos traido el mal y el pecado que afean la vida, como el ángel rebelde cuando apartó los ojos de Dios y los puso en su propia hermosura, adorando como Dios lo que era solo de Dios lejano resplandor, sintió la amarga lágrima del mal en su megilla, y el fuego del infierno abrasando las alas con que habia cruzado el ether de la gloria. Quitad el pecado del alma, y habreis quitado el mal del mundo. Quitad el pecado del alma y todo lo que en el alma queda proviene de Dios. El pecado es tan profundo, y ha tanto ahondado en la mísera naturaleza humana, que solo Dios puede curarlo. Por eso nuestra caida ha traido consigo la redencion, el sacrificio de Cristo. Lo que Cristo no ha tocado con su sangre y no ha redimido con su muerte, se perderá irremisiblemente, como virus de corrupcion; porque lo que Cristo no ha tocado con su sangre, tocado está por el mal, lo que no ha redimido Cristo con su muerte, muerto está para siempre. Toda la antigüedad con sus poetas, sus filósofos, sus sacerdotes, sus legisladores; Tiro la rica, Alejandría la sabia, Atenas la libre, Corintho la artística, Roma la inmensa, toda la antigüedad, perdida está en las tinieblas, encer-

rada en los sepulcros. ¡Infeliz! sin la luz del cielo, sin el aliento creador de Dios, sus glorias son vanas sombras perdidas en los vientos. Los niños no bautizados, los pobres niños que no han podido sentir ni el error ni la duda ni el pecado en sus almas todavia encerradas en la flor de la inocencia, los niños que mueren sin haber conocido el mal, no serán castigados con aquel fuego de los réprobos, pero tampoco iluminados con aquella suave luz de los escogidos. El pecado original está en todos nosotros; mezclado como virus corrosivo con nuestra sangre, solicitándonos al mal con los ardores de la voluptuosidad difundidos por nuestra carne, oscureciendo con toques de sombra la claridad de nuestra inteligencia. Y este pecado, que es la duda, el mal, la enfermedad, la concupiscencia, la muerte, no puede ser curado sino por aquel bálsamo cuyas gotas podrian poblar de mundos la estéril nada, por la sangre de Cristo. Sin la redencion toda nuestra vida seria muerte; sin la gracia todas nuestras acciones pecados, todas nuestras ideas errores. En la union del alma con Dios está la vida. Dios toca el corazon y lo limpia como vaso de bendicion para su templo; derrama su aliento en la inteligencia y enciende una luz tan viva que en su presencia el sol se ofusca como las estrellas en el sol. Todo lo que es, por Dios es; todo lo que se mueve, de Dios recibe el movimiento; todo lo que vive por Dios vive, y todo lo que muere en Dios se duerme. Sin Dios todo sería nada. El que pone el mundo y el alma fuera de

Dios, limita á Dios. El que limita á Dios niega á Dios, porque en el límite está el escollo donde tropiezan con el mal todas las criaturas. Por estas ideas el gran sacerdote del siglo cuarto llevaba una doctrina severa, enérgica, de virtud poderosa, de fuerza eficaz al seno del bárbaro, solo domable por la voluntad de Dios. Rotas todas las barreras y acabadas todas las resistencias, solo podia ser vencido el hijo del desierto por la fuerza misma de Dios. El dogma de la solidaridad del delito adamico, y de la eficacia de la gracia era el gran dogma de educacion social en el siglo IV. La prematura rebelion pelagiana no hubiera hecho más que estender las ideas germánicas hasta la cima del Capitolio, y desligar al hombre del hombre, y á todos los hombres de Dios, cuando se necesitaba un lazo social entre los hombres y una confianza ilimitada en Dios. Así, en aquel momento supremo de la historia, en aquella última noche del antiguo mundo, cuando á la oscuridad de las grandes tinieblas caidas sobre la vida, salian como aves nocturnas y carniceras los bárbaros á revolotear sobre los cadáveres que flotaban en los mares de sangre, los bárbaros, rudos, incultos, salvages, adoradores de dioses antropófagos, desligados de todo lazo social, cuyo mundo era su carro de guerra, cuya nacion era su pequeña tribu errante y desasosegada, los bárbaros que hubieran reducido la civilizacion á nube de polvo deshecha por el huracan si estas ideas no los educáran para la sociedad, obligándole á bajar su frente

ante Dios uno, y á llamar hermanos á los hombres, unos con él en dolores, en desgracias y en esperanzas de redencion y de eterna vida *(Aplausos)*. He aquí pues, Señores, como San Agustin es el gran doctor que acomoda el dogma á las necesidades más perentorias de la Edad Media, del nuevo mundo que va á surgir, como un Apocalipsis grandioso, de las ruinas del Imperio romano destruido por los bárbaros. *(Vivos y prolongados aplausos.)*

Señores: hemos concluido en el presente año nuestra dificultosísima tarea. No resumiré cuanto he dicho porque al volver la vista atras me fatiga el largo, el penoso camino recorrido con tantos y tan varios trabajos. Tampoco indicaré todas las consecuencias que de mi larga enseñanza se desprenden, porque lo dejo para el dia en que termine toda esta obra y ponga la última piedra en todo este edificio. Pero en verdad os digo que hoy como en el siglo IV estamos necesitados de la idea de Dios, y de fé viva y racional en Dios, luz de todo el espíritu, atmósfera de toda la vida. Las grandes revoluciones sociales se animan en una idea metafísica que en su esencia es una idea religiosa. Se oscurecerá, desfallecerá, porque el hombre puede en su libertad hasta renegar de sí mismo, pero la idea religiosa será siempre en la historia como la vida en el Universo, como la conciencia en el alma. El hombre sentirá y conocerá un sér perfecto, absoluto, sobre-natural y sobre espiritual, causa de todo sér, principio de toda vida. Y

[illegible] con esa sed de la razon que nunca [illegible] ambicion infinita de los amores y de [illegible] espirituales que nunca se llena, á unir su [illegible] y limitado con el sér absoluto y perfec- [illegible] tendencia de la naturaleza humana será fun- [illegible] de la religion, de este lazo espiritual y divino, [illegible] hará en nuestra misma limitada vida partícipes [illegible] cierto punto de la esencia divina y de sus perfec- [illegible]. Esta necesidad vivísima del espíritu que se eleva [illegible] los amores de un dia al amor perenne; de la pálida hermosura semejante al rayo de sol entre nieblas á la eterna hermosura; del bien limitado circuido de males como la flor de espinas al bien supremo, de la verdad fraccionada y rota á la verdad esencial y absoluta; de la vida fugaz, como el sueño, á la vida eterna; esta necesidad del espíritu hará siempre del hombre un sér religioso. El gran ministro de la creacion, el sacerdote del templo del Universo, recogerá la palabra misteriosa desprendida de todas las armonías de la vida, la oracion inconsciente elevada por todos los séres, y las alzará en los altares del espacio como un holocausto de amor al Sér Supremo. Dios es el bien, la vida, el amor, la verdad eterna. A Dios deben volver su vista todos los séres, porque en nuestro pasado fué la causa de todo, en nuestro presente es el impulso y el movimiento de todo, y en nuestro porvenir será el fin de todo. La voz de Dios llamándonos á lo infinito y á lo eterno enmedio de los dolores de lo limitado y de lo finito es la idea

religiosa, primera necesidad de nuestras almas. Sí, el hombre religioso busca á Dios por todos los espacios y en todos los tiempos; siente su presencia en la naturaleza y la conoce en el espíritu; le ama con el amor santo con el deseo infinito de la plenitud de la vida; vuelve á Dios sus ojos arrasados de lágrimas, su pensamiento conturbado por la duda; obra, cuando su conciencia está limpia, en intimidad con Dios; y si al bien se inclina en el fondo de toda obra buena vislumbra la luz de Dios; se une en la idea de Dios á todos los hombres considerándolos como hijos de un mismo padre, como individuos de una misma familia; ve en Dios la providencia que le gobierna, la salud eterna del alma, la felicidad infinita en cuyo blando regazo se han de embotar un dia todas las espinas del mundo; se identifica con la naturaleza como obra de Dios, y con la humanidad como imágen de Dios; realiza la hermosura, esa eterna armonía, cumple la justicia, dice la verdad; se sacrifica por todas estas grandes leyes divinas, sabiendo que en su vida limitada puede sentir como un reflejo de la vida divina; si abrillanta y bruñe su alma con la virtud; y en el amor y en la práctica de la virtud, cumplida sin ningun interés, realiza su esencia, cuyo último fin es traer toda la suma de bienes posible sobre la tierra para continuar, en alas de las ideas, su vuelo á lo infinito. *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Pero ¡ah! Señores. Lamentémonos profundamente de que la escuela neo-católica, en mal hora nacida, ha-

ya hecho de esta idea religiosa, de este sentimiento religioso, eternas leyes de la vida, una argolla para oprimir á los pueblos, un fuego lento para devorar las ideas, un arma emponzoñada para defender los privilegios, algo terreno, mundanal, opuesto á la idea religiosa, que es verdadero espíritu, divina prenda de union de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí; la paz no la guerra en el espíritu; el amor, no el ódio; la libertad, no la servidumbre; la luz, no las tinieblas; la perfeccion, no el mal; la seguridad de un progreso contínuo hácia el cumplimiento del bien y no la desesperacion que se asienta á la sombra de la muerte *(Aplausos)*. Los dos grandes principios de la religion, los que más profundamente se deben inculcar en el alma, son el amor á Dios sobre todas las cosas, y el amor á nuestros semejantes mayor aún, si es posible, que el amor que nos profesamos á nosotros mismos. Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á tí mismo, dice la Religion. Y creyendo en la eficacia de estos grandes principios, creo, en contra de la desesperacion neo-católica, creo que llegarán todos los hombres á unirse en la creencia de Dios y á amarse con amor divino. Creo que por esa contínua elevacion de la naturaleza al espíritu por medio del trabajo, y del espíritu á Dios por medio del pensamiento, Dios, la naturaleza y el espíritu vivirán en más íntimas y profundas relaciones, á medida que sea más verdadero el reinado de la justicia. La esencia de nuestra alma es la semejanza con Dios, y el fin de nuestra

vida debe ser parecernos á Dios en todo cuanto sea posible, acercar nuestra fantasía á su hermosura, nuestra voluntad á su bien supremo, nuestra razon á su verdad; realizar una vida penetrada de divinos pensamientos, enrogecida en el ideal divino que se levanta luminoso en nuestro espíritu. La idea de Dios es la luz de la vida. Por eso la idea de Dios no debe estar aislada en el espíritu, separada de la voluntad, no; debe penetrar en la vida, impulsarla, hermosearla; porque nada hay más abominable que un espíritu lleno de Dios y una vida llena de mal, una vida que mezcla esa idea de Dios con el asqueroso cieno del mundo *(Aplausos)*. No separemos la idea de Dios de la vida, y habremos realizado uno de nuestros más grandes deberes religiosos, y habremos cumplido en bien, verdad y hermosura nuestro destino sobre la tierra.

Pero la vida es tambien social. La aplicacion de la idea de Dios á la vida social nos hará libres, nos hará iguales, nos hará hermanos. El gran principio social es el reconocimiento del derecho del hombre. El gran evangelio social es la reorganizacion de la sociedad fundada en el derecho del hombre. La sociedad será más cristiana, será más religiosa cuando no haya ni tiranos en su cúspide, ni esclavos en su base; cuando grandes instituciones de caridad, libre, espontánea, hayan estinguido los mendigos; cuando las escuelas fundadas para todos hayan matado esa mendicidad del alma que se llama ignorancia; cuando la guerra muera saciada ya de

sangre humana; y el trabajo no sienta sobre sus hercúleas fuerzas la cadena del privilegio; y el pueblo no se vea perseguido por la sombra de las castas; y las naciones no se llamen rivales sino hermanas asentadas en unos mismos derechos; y el pensamiento no tema las sombras que lo oscurecen; y la conciencia se sienta firme en su inviolable seguridad; y todos se amen como iguales en esencia; y nos acerquemos á la unidad que ha ordenado todas las cosas y ha infundido las ideas en todos los espíritus; y proclamemos por padre de toda esta familia humana, por único Señor á nuestro Dios que llena los cielos y la tierra *(Aplausos)*. La nueva idea lleva en sí un nuevo universo social, y ahora entramos, Señores, en la realizacion de ese universo de libertad y de paz. ¡Sueño, utopias! dicen los privilegiados del mundo. No lo estrañeis. Casi siempre la utopia de hoy es la verdad de mañana. Sueño llamaban los fariseos á la unidad religiosa del mundo, y ese sueño fué el Cristianismo; sueño llamaban los sabios de la Edad Media á la idea de Colon, y ese sueño fué la América, renovando la hermosura del Paraiso en la tierra; sueño llamaban los publicistas del renacimiento á la paz religiosa proclamada por Tomás Morus en su utopia, y ese sueño fué la paz de Westphalia; sueño llamaban los poderosos del mundo á la realizacion del derecho natural proclamado por los filósofos del pasado siglo, y ese sueño escribió las tablas de 1789 en el Sinaí de la revolucion; sueño llaman hoy á las ideas de

paz, de libertad, de union de toda la humanidad en la justicia, y ese sueño, ¡ah! Señores, ese sueño será mañana la democrácia universal *(Estrepitosos y prolongados aplausos.)*

Señores; yo no puedo despedirme de un público que tan feliz me ha hecho sosteniéndome en mi trabajo, sin participarle mis esperanzas. Es indispensable, sí, indispensable que para cumplir el bien universal á que aspiramos, no nos desanimemos ni admitamos el error en la inteligencia, ni el pecado en la voluntad, porque solamente las generaciones puras y virtuosas merecen ser libres. Volviendo los ojos á la vida pasada y compenetrando nuestro espíritu con el espíritu de nuestros predecesores, tan duramente probados en el trabajo de abrirnos el camino al bien, nos fortificaremos, con la confianza de que toda la historia es un esfuerzo continuado por la libertad; y haciendo de nuestra tierra un reflejo del Universo, de nuestra alma un rayo de todo el espíritu humano, de nuestra vida una semejanza á la perfeccion suprema; lograremos ver como se unen todos los hombres cua un coro de ángeles, en la misma idea religiosa; como se transfiguran y se hermosean los mundos iluminados por esta felicidad del espíritu; como, hundido cada dia más el mal en los abismos, y realizado el bien más espléndidamente en los espacios, alcanzamos á ver el premio de nuestros grandes trabajos, á ver á Dios, bendecido por los ángeles que no llorarán más nuestros dolores, por los

hombres rescatados del mal, por los mundos que ya no llevarán en sí más desterrados, ni regalarán más lágrimas á lo vacío, por la nueva aurora del nuevo dia, por todos los séres que al acercarse al reino de Dios, al sentir un vívido soplo como las brisas de una nueva patria, en nuevos cielos, exhalarán un hossanna inmortal, reconociendo en su Creador el eterno bien y la salud universal. He dicho. *(Estrepitosos y prolongados aplausos y grandes aclamaciones.)*

FIN DEL TOMO III.

ÍNDICE.

LECCION PRIMERA.

INTRODUCCION.

Exordio.—El espíritu liberal y el espíritu cristiano.—La política cristiana.—Significacion social del Cristianismo.—El sensualismo pagano.—La vida pagana y la vida cristiana.—Desarrollo del paganismo.—Revoluciones religiosas dentro del paganismo.—Tres momentos capitales en la vida de los antiguos dioses.—Descomposicion del paganismo.—Necesidad de una nueva idea religiosa.—Presentimiento y aspiraciones cristianas en el seno de la sociedad antigua.—Precedentes del Cristianismo.—La raza heleno-latina y la raza semítica en la preparacion del Cristianismo.—Los tiempos evangélicos.—Los primeros cristianos.—San Pedro.—San Estéban.—El Apocalipsis.—San Pablo.—El cuarto Evangelio.—El gnosticismo.—Roma y Alejandría.—Decadencia de Roma.—Estado del mundo en los primeros dias del Imperio.—Pueblos diversos.—Conclusion. 5

LECCION SEGUNDA.

LOS ESTÓICOS, LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

Necesidad de estudiar simultáneamente el Cristianismo y el Imperio.—Idea estóica.—Su triunfo.—El estoicismo en sí.—Los estóicos romanos.—Oposicion del estoicismo á la corrupcion imperial.—El espíritu es-

tóico y el espíritu romano.—El estoicismo y la unidad del mundo.—El estoicismo y el movimiento social del Imperio.—Marco Aurelio y Epitecto.—Esterilidad del estoicismo.—Conmodo.—El Circo Romano.—La literatura.—La conciencia de la humanidad en Tácito.—Necesidad de un ideal religioso.—Suerte de las religiones que se oponen al progreso.—Descomposicion del paganismo.—Reaccion pagana.—Apuleyo.—Luciano.—Significacion del mitho de Psiquis.—Combate del paganismo y el Cristianismo.—El paganismo religion del Estado y el Cristianismo religion del espíirtu.—Los Padres Apostólicos.—Los Apologistas.—Los mártires.—Conclusion.

LECCION TERCERA.

DECADENCIA DEL IMPERIO. PROGRESOS DEL CRISTIANISM

Resúmen de la leccion anterior.—Esperanzas deducidas de la misma decadencia.—La decadencia en la antigüedad y en los pueblos modernos.—Síntomas de decadencia.—Idea positiva é idea negativa del Imperio.—El Imperio.—El regicidio.—Impotencia de los grandes emperadores para salvar el Imperio.—Los elementos sociales.—El Senado.—La aristocrácia.—La clase media.—El pueblo.—El trabajo en la antigüedad.—El esclavo.—El Cristianismo y el Imperio en sus relaciones con la esclavitud.—La guardia pretoriana.—Los tributos.—Decadencia de la poblacion. Desesperacion universal.—Ineficacia del sincretismo religioso.—Reaccion de las nacionalidades.—La patria.—El Cristianismo.—El ideal cristiano y el ideal romano.—Propagacion del Cristianismo.—Escuelas cristianas.

LECCION CUARTA.

FILOSOFÍA ALEJANDRINA.

Consideraciones sobre nuestro espíritu filosófico.—Decadencia del Imperio.—Elevacion del espíritu por la filosofía.—Espíritu de la filosofía alejandrina.—Alejandro.—Relaciones de la filosofía alejandrina con la

idea de Alejandro.—Caractéres de la filosofía alejandrina. —La filosofía alejandrina en sus relaciones con toda la ciencia griega.—El Egipto.—Alejandría.—. Plotino.—Tendencias de su doctrina.—Método de la filosofía alejandrina.—La dialéctica.—La psicología. —La cosmología.—Su teología.—La trinidad alejandrina.—La filosofía alejandrina y el Cristianismo.— —El neo-paganismo.—Los neo-paganos y los neo-católicos.—Estado religioso del mundo antiguo.— Porfirio.—Reaccion pagana.—La mágia.—Combate del paganismo y el Cristianismo.—El helenismo.— Ruina del paganismo. 175

LECCION QUINTA.

EL CRISTIANISMO EN EN SIGLO III.

Consideraciones religiosas.—Preparacion al Cristianismo.—La razon y la fé.—Educacion progresiva del género humano.—Aparicion de Jesús.—Presentimientos.—Movimiento religioso en Judea.—El Cristianismo y las heregías.—El Oriente y el Occidente en sus relaciones con el carácter de los padres de la Iglesia.—Tertuliano.—Su doctrina.—La libertad defendida por la Iglesia.—Orígenes.—Su doctrina.— Paralelo entre San Cipriano y San Clemente.—Filosofía cristiana.—Lucha con las heregías.—Las Iglesias y las escuelas cristianas.—Resúmen.—Ideas que funda esta época. 229

LECCION SESTA.

LOS PERSEGUIDORES Y LOS PERSEGUIDOS.

Muerte de Roma.—Necesidad de una revolucion.—Profecías apocalípticas.—Ideas que pedian una trasformacion social.—Diversas fases del Imperio romano. —Alejandro Severo.—Juegos seculares.—Crímenes de los Césares.—Caracalla.—Heliogábalo.—Alejandro Severo.—Maximino.—Los Gordianos.—Felipe Decio.—Los treinta tiranos.—Descomposicion del Imperio.—Emperadores desde Galieno hasta Diocleciano.—Necesidad del Cristianismo.—Los primeros

cristianos en sus relaciones con el paganismo.—Las Catacumbas.—Castigos de los cristianos.—Los mártires.—Principales persecuciones. 277

LECCION SÉTIMA.

EL SIGLO IV.

Exordio.—Influencia en la idea religiosa de la traslacion de la silla del Imperio á Constantinopla.—Paganismo de Roma.—Caractéres de Bizancio.—Su influencia en la revolucion religiosa.—Gobiernos de Galerio y de Constancio.—Significacion política de Constantino.—Proclamacion de la libertad del culto cristiano.—Incertidumbre de Constantino.—Relaciones de la Iglesia y del Estado.—Lucha de la Iglesia con las heregías.—Arrianismo.—Atanasio.—Concilio de Nicea.—Reaccion pagana.—Causas políticas de esta reaccion.—Causas artísticas.—Juliano.—Idea de Juliano.—Su teología.—Sentido filosófico.—Themistio.—Tendencias humanitarias.—Sinmaco.—Ideas sociales de los padres de la Iglesia.—San Agustin.—Sus doctrinas.—Despedida. 325

ERRATA IMPORTANTE.

Aunque se han deslizado varias erratas suponemos que las enmendará el buen sentido de nuestros lectores. Sin embargo la siguiente es de interés. En la página 152, línea última, donde dice Graco léase Craso.

Serán ap
autógrafa la
vertencia.

LA
CIVILIZACION
EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

Es propiedad de los Editores
Sres. San Martin y Jubera.

Madrid: 1865.—Imprenta de J. Peña.
Calle del Rubio, 35.

LA
CIVILIZACION

EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

POR

D. EMILIO CASTELAR.

SEGUNDA EDICION.

TOMO IV.

MADRID.
LIBRERÍAS DE SAN MARTIN,
Puerta del Sol, núm. 6.—Calle de la Victoria, núm. 9.

A. JUBERA, Bola, 11.

1865.

LA CIVILIZACION

POR

D. MELCHOR CASTELAR

TOMO IV

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Despues de nuestra separacion inevitable, volvemos á reunirnos aquí para dar cima á un largo y penosísimo trabajo. Mil veces, lo digo con franqueza, mil veces dudára, cediera, á no sostenerme el interés con que venís á oirme y el entusiasmo con que acogeis mis palabras. Yo, señores, dudaba si tenia derecho á exigir que volvieseis á reuniros en este sitio tan estrecho, en esta atmósfera irrespirable, en esta especie de desvan, indigno de la primer corporacion científica de nuestra patria, que se parece al negro embudo donde los místicos de la Edad media solian, en sus terroríficos sueños, embutir el infierno. Mirad, se-

ñores, estos viejos paños se comen la voz; estas luces me deslumbran si están cerca, y me oscurecen si están lejos, y aunque no tengamos grande interés, ni vosotros ni yo, en ver rostros barbudos, sin embargo, bueno es que nos veamos las caras, porque en ellas se pinta la sinceridad del que habla y el interés del que escucha: entre esta bovedilla y aquellos angulitos de la izquierda reflejan las palabras, y el eco viene á perturbar al orador; muchos de vosotros se quedan en la escalera, algunos en el patio, y todos pasan una hora mortal, sudorosos, exánimes, de suerte, que nos dirigimos siempre á un auditorio desmayado, atormentado, aquejado de vahidos; y si esto se pudo tolerar el año pasado en que, esplicando el Cristianismo perseguido, el teatro representaba admirablemente las catacumbas fétidas, sin luz, sin aire, no se puede tolerar este año, en que tenemos que cantar el triunfo de la libertad, de la igualdad; y es muy fácil que nos falte el canto, porque, aunque sea desagradable, no es canto ciertamente de aves nocturnas, únicas que gustan de telarañas, agujeros, pajares y camaranchones, como este en que nos encontramos encerrados, y en que yo dejo pedazos de mi pulmon y vosotros dejais el quilo, á riesgo de tener una apoplegía; riesgo que si el asunto lo merece, ciertamente el pobre orador que os dirige la palabra no merece tales holocaustos y sacrificios. (Risas y aplausos.) Y cuenta, señores, que la Junta gubernativa del Ateneo no es responsable de esto, y debo decirlo en honra de su interés y de su celo; pues no encuentra casa. En Madrid, en este desierto tan árido como el alma sombría de Felipe II, hay espacio para fabricar; pero no hay buenas maderas, no hay hierro barato, porque los privilegiados, los parásitos, que viven chupando la sangre del pueblo, quieren que lo compremos malo y caro,

y por sostener sus privilegios, el Ateneo no tiene casa, y si fuera solo el Ateneo...; pero el pobre trabajador, el hijo del pueblo, el que sostiene la sociedad en sus espaldas y la robustece, tiene por vivienda una miserable bohardilla, estrechísima, miserable, donde el calor lo abrasa en verano, y el frio lo hiela en invierno, donde le molestan y le chupan la sangre todo género de insectos asquerosos, protegidos en las maderas podridas por los altos poderes del Estado.

Pero, señores, entremos en materia, y concluyamos el curso de nuestras lecciones con el auxilio del cielo. Confieso que muchas veces me detengo en este trabajo pensando si será completamente inútil. Cada dia el viento helado de los desengaños seca una de nuestras ilusiones. Cuando subimos la montaña de la vida no vemos sus despeñaderos ni sus abismos; flores eternas la cubren; las mariposas vuelan sobre las flores; el aura sobre las mariposas; nieblas sonrosadas sobre las auras; astros brillantes sobre las nieblas, y el amor infinito, que no cabe en nuestro corazon y que se espacia en un himno sin fin y sin término, envuelve en mares de luz todo el Universo; luz que se apaga, que se oscurece cuando llegamos á la cima, cuando vemos que las flores no han dado frutos, que las mariposas han perdido sus alas, que las nieblas sonrosadas se han tornado nubes de plomo, que los astros se deshacen en cenizas sobre nuestra frente, que por todas partes el viento helado del otoño levanta hojas secas y nos azota el rostro; y que en último término solo vemos, en el ocaso de la vida, el sepulcro, el centro, hácia el cual gravita, como en pos del descanso, nuestro dolorido cuerpo. Y en verdad, el espectáculo que ofrece la realidad en que vivimos no es para consolarnos. Por todas partes triunfa la

injusticia. El sentimiento del derecho se apaga en los corazones, la idea de justicia en las conciencias. Los pueblos se duermen y no sienten el peso de sus cadenas; los tiranos que la tempestad dispersara un momento, se incorporan y se conjuran para esterminar á los que no doblamos la cerviz á su coyunda; todas las naciones padecen; la noche de la tiranía se espesa sobre Francia; los buitres roen las entrañas de Italia, el Prometeo de las naciones; la flaqueza de sus hijos postra á Alemania; la muerte habita en el sepulcro donde creiamos que si estaba enterrada Polonia, al menos estaba enterrada viva; Grecia no busca la libertad gloriosa que buscaba en Misolongui, con la espada de Ipsilanti, con el cántico de Byron, busca de rodillas en el Polo un amo; los principios todos del derecho han sido violados en Méjico; la lluvia de sangre derramada sobre la frente del esclavo no ha podido formar el bautismo de su libertad ni lavar su conciencia de las espesas manchas de la servidumbre; y la más generosa, la más desinteresada, la más moral de las naciones del mundo, España, nuestra cara patria, vé su política convertida en impuro bazar donde se compran y se venden las conciencias, donde la inmoralidad y el perjurio y la traicion tienen su precio; triste estado, en que á veces nos falta hasta el postrer reflejo de la vida, hasta la esperanza, porque la generacion que sube á los puestos del Estado, corrompido el corazon por el egoismo, ennegrecida la mente por el humo de las orgías, no tiene, no, el valor y la pujanza de aquella generacion ilustre de 1808, que con una mano reconstruyó la patria, y con la otra encendió el sol de la libertad en nuestro espíritu, y nos enseñó que solo por el sacrificio y por el martirio se alcanzan los grandes progresos en el mundo. (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, cuando una generacion no llena su destino, cuando no cumple su fin, Dios lo llena, Dios lo cumple por ella. Así como la obra del Universo no se puede interrumpir, no se puede interrumpir tampoco la obra del espíritu. Los individuos, las generaciones, pueden renunciar por su voluntad al cumplimiento del progreso; pero Dios los deja perderse y despierta nuevas generaciones para que prosigan los fines de la civilizacion y escriban en los espacios el poema inmortal de sus grandes ideas.

No calculemos por nuestra breve vida la vida de la sociedad, ni por nuestro tardo paso el movimiento del Universo; no creamos, no, que nuestro pobre y desgarrado corazon es el péndulo que mide los latidos del gran corazon de la humanidad, porque si ponemos el pasajero dolor que nos taladra las sienes, la leve sombra fugaz de un instante que pasa por nuestra conciencia, si ponemos esos dolores y esas sombras en la vida infinita del espíritu humano, ¡ah! nos esponemos á creer que en nuestros dias nublados el sol no ilumina otros cielos ni otros mundos; que con nuestros vicios podemos podrir la tierra; que en nuestro sepulcro vamos á encerrar el árbol de la vida; cuando debemos confiar en que si el individuo se pierde la humanidad se salva; en que pasarán por su seno las generaciones esclavas como los montones de nubes por el cielo, ligeras y fugaces; en que estremeciéndose un dia bajo sus cadenas las enrojecerá en el fuego de su corazon y las arrojará sobre todas las tiranías, consumiéndolas como el sol la leve arista, para que solo quede sobre la tierra el espíritu humano sin nubes y sin sombras; libre, dueño de su derecho, inmortal, reflejo brillante de Dios que, proyectándose en los espacios, ilumine todo el Universo. (Aplausos.)

No conozco, señores, época alguna en la historia tan triste como este último siglo que vamos á historiar. Nunca la humanidad habia tenido tantos motivos para dudar de su salvacion. Nunca, en ningun tiempo, pudo compararse mejor nuestro planeta á una inmensa mortaja rodando en lo vacío, circundada de ángeles esterminadores, y bajo cuya tapa se encerraba, no un muerto, sino un moribundo, retorciéndose de dolor, medio devorado por los gusanos que salian del pus de sus llagas. Nieblas en el cielo, mares de hiel en la tierra, las llanuras llenas de ruinas, las montañas de ejércitos, oprimidos los emperadores por los patricios bárbaros, y los patricios bárbaros por su feroz soldadesca; al pié del Capitolio hordas hambrientas, y sobre el Capitolio dictadores salvajes, que convertian las copas de oro, donde libaran sus versos los Propercios y los Tíbulos, en herraduras de los caballos de los desiertos; el Occidente vendido como una mercancía por el Oriente; las provincias en armas; las nacionalidades naciendo ritualmente entre lágrimas y sangre; los germanos en el Ródano; los alanos en el Tajo; los godos en los Alpes; los ostrogodos en Grecia; Atila empujándolos á todos con su espada, que llevaba en sus filos las chispas de la guerra universal; Jenserico en el Mediterráneo, como una inmensa ave de rapiña, quemando las naves donde iban los trofeos de la civilizacion universal; la púrpura imperial en el lodo; la lira clásica rota; el poder cayendo de un traidor en un imbécil, de un imbécil en un cobarde, de un cobarde en un feroz salvaje; las vestales violadas por aquellos hombres que parecian osos rojos; las últimas copas de los últimos festines oliendo á sepulcros; el mundo convertido en un campo de batalla, sobre el cual solo se oian los graznidos de los cuervos y el estridente ruido de las qui-

jadas de los perros machacando entre sus dientes los huesos de tantos montones de cadáveres; y cuando parecia que de aquella inmensa hecatombe sólo podia alzarse el ángel de la muerte llevando en sus negras alas el espíritu de la humanidad al juicio de Dios, se levantaba para continuar nuevas y más felices edades, el derecho romano, la razon escrita, y la luz inmortal del Evangelio, la regeneracion del espíritu.

Señores: nuestras lecciones de este año, que han de ser precisamente cortas en número, no tanto forman un nuevo curso, como la continuacion del curso anterior, que dejamos en suspenso por material falta de tiempo. Por consecuencia, debemos resumir en cuatro palabras lo que enseñamos en el precedente año, el más aprovechado, y para mí el más feliz de cuantos he visto trascurrir desde esta cátedra. Los puntos capitales que tratamos fueron la descomposicion del paganismo, los estóicos, los padres apostólicos, los apologistas, la decadencia de Roma, la formacion de la nueva sociedad, la filosofía alejandrina, el Cristianismo desarrollándose en la mente de los más grandes padres de la Iglesia, los perseguidores con los perseguidos, y todos los grandes hechos, y todos los grandes personajes y todas las ideas capitales del siglo IV. Vimos en esta larga, si se quiere, prolija enseñanza, agonizar los dioses, enmudecer en el seno de la naturaleza el cántico seductor del paganismo; los estóicos subir al trono de Roma, dando una sola idea al derecho, un solo espíritu á la humanidad; los padres apostólicos trayendo del seno del Oriente, en sus lábios, las primeras palabras de los fundadores del Cristianismo; los apológistas encendiendo en la mente del mundo la nueva idea; el paganismo levantándose á luchar como serpientes heridas, en los diálogos de

Luciano, en las novelas de Apuleyo; Roma ya decadente y cada día más sumida en el lodo; el circo lleno de combatientes que pedian al cielo venganza, el espoliario lleno de cadáveres de gladiadores que infestaban los aires, los Césares desesperados porque sentian derrumbarse bajo sus plantas el antiguo mundo, el Senado esclavo, la aristocracia podrida, la clase media exhausta, el pueblo yendo á la Annona á que le llenaran el vientre y al circo á que divirtieran sus ócios, los pretorianos convertidos en mercaderes y dando por oro al mejor postor la corona del mundo, el esclavo triturando con los eslabones de su cadena la base de toda la sociedad, la mente humana exaltada por la ciencia; Dios y la Trinidad explicados en la última evolucion del platonismo; estas ideas platónicas brillando como lenguas de fuego sobre la frente de los enrojecidos dioses, la reaccion neo-pagana, Porfirio Jamblico recorriendo las cavernas de la tierra y los abismos del espíritu para despertar los antiguos genios de la naturaleza, en cuyas alas de mariposa se sostenia Grecia; los poderosos del mundo vertiendo la sangre de los mártires, y los mártires volando del seno de las hogueras al cielo.

El paganismo se moria; el paganismo espiraba. Ya lo he dicho en otra ocasion, y voy á repetirlo.

Como la mitad de nuestro ser, en esta armonía que se llama hombre, es la naturaleza, en el corazon hay siempre una cuerda pagana que no han podido romper diez y nueve siglos de Cristianismo. ¿Qué significan, el Dante conducido por Virgilio al través de los infiernos, las Vírgenes de Rafael, la florescencia del Renacimiento, los encantos de los jardines del Taso, los torrentes de poesía panteista en que se anega la musa de Calderon, la Helena de Goethe que, sacudiendo la ceniza de los siglos, se levanta eter-

namente jóven, y eternamente hermosa á besar con sus lábios que perdieron un mundo, los lábios del poeta? ¿Qué significa Byron renegando de las nieblas del Norte y yendo á morir á Grecia porque aquella tierra pesará menos sobre su cadáver, y las ninfas oceánicas rozarán, con sus alas de espuma, sus cerrados párpados en su eterno sueño; qué significan, sino la voz eterna del paganismo que se levanta como un himno del fondo de nuestro corazon? ¡Qué triste debia ser para la humanidad despedirse de Grecia, la eterna Antígona, que conduce por los campos de la poesía á este eterno Edipo ciego, que se llama el hombre! Grecia, como he dicho otra vez, es el paraiso donde se renueva la naturaleza, donde nace la Eva inmaculada de la poesía, contemplándose en el trémulo espejo de las aguas; los griegos son eternos jóvenes cuyos juegos forman hoy nuestra ciencia; su naturaleza es la primavera de la vida universal, y su inspiracion la primavera del espíritu; sus héroes son poetas y sus hazañas poemas; el arte es allí el culto, la enseñanza, la instruccion universal, y la poesía es la gimnásia del espíritu como la gimnásia es la escultura del cuerpo; las leyes no hubieran sido allí obedecidas si no hubieran sido elocuentes, ni los repúblicos acatados si no hubieran sido oradores; los ejércitos suspenden sus batallas y celebran armisticios para oir unos versos de Sófocles; los navegantes se detienen allá en el itsmo, donde se oyen las olas del mar de la Jonia y del mar de Oriente, para ofrecer sacrificios á las sirenas que vagan por las espumas y á las musas que vuelan por los aires; harpas cólicas resuenan dulcemente en los bosques; los dos pueblos jónico y dórico, son como los coros de mancebos y de ancianos en sus tragedias, que juntan sus voces discordes en una armonía infinita; cada flor guarda el aliento de una

diosa; cada bosque el cántico de un génio; cada ondulacion de un arroyo, el seno blanco y palpitante de una nereida; cada montaña la huella luminosa de un Dios; el culto no es triste, sino alegre, representando el placer que siente lo finito al comunicarse con lo infinito: eterna risa conmueve el Olimpo; de eternos cánticos están henchidos sus aires; y por eso, siempre que anhelemos por contenplar la armonía del espíritu y la naturaleza, el concierto de la forma y la idea, caerémos de rodillas á los piés de las serenas y felices estátuas griegas, encontrando en su presencia el reposo del alma; y siempre que la humanidad aspire á la poesía, irá al Himeto, á las montañas de Thesália, al Parthenon, al Píreo, á los lugares embellecidos eternamente por los resplandores del génio, á libar en un beso infinito la miel eterna de inspiracion que manan los lábios de la hermosa Grecia.

Por eso no debe estrañarnos nunca, á nosotros que sabemos cuán difícilmente mueren las ideas, á nosotros que contemplamos la agonía de tantas instituciones, no debe estrañarnos nunca la gran defensa de los poetas, los oradores, los escultores, todos los que representaban la exaltacion del espíritu antiguo, que hacian del paganismo, cuando esta religion agonizaba. Era la idea que embelleciera al mundo antiguo, la idea que lo guiara en su camino. Por eso Plotino, Jamblico, Porfirio, Máximo, Themistio, lucharon hasta fines del siglo IV con todos los recursos de la poesía y del génio, defendiendo, exaltando el paganismo.

No creais que pretendian sostenerlo tal como habria salido de la mente de los poetas, y tal como lo adoraran los pueblos en su primitivo, ingénuo candor; no creais esto. Elevaban un Dios único, una trinidad, esencia, mo-

vimiento, amor de todo lo creado; un verbo, la divinidad humanada; llamaban al templo de este Dios á todos los pueblos, á todas las razas; sostenian, en su humanitario sincretismo, que todas las religiones podian caber bajo esta religion universal, y todos los dioses bajo este Dios único; fundaban una Iglesia á la manera de la Iglesia cristiana; elevaban las dos ideas capitales del cristianismo, la idea del Dios único y la idea de la Humanidad una, solo que, en vez de sostener todas estas ideas para guardar en la conciencia humana el Dios de los semitas, el Dios de Jerusalem, las sostenian para guardar los dioses que habia cantado Homero, y modelado Fidias, y adoradó Platon. Es verdad que esta reaccion pagana se ponia á servicio de la política, á servicio de las antiguas instituciones, del antiguo imperio; y es verdad tambien que pedia por único auxiliar el Estado. Pero ¿podemos de esto maravillarnos nosotros, sí, nosotros, que vemos hoy un espectáculo nuevo en el mundo, un espectáculo de que á veces precisa apartar la vista con horror? Al fin, entre Júpiter y el Imperio, habia un parentesco estrechísimo; entre los antiguos dioses y las antiguas instituciones, lazos indestructibles; entre el Olimpo y Grecia, entre el Panteon y Roma, la relacion que media entre lo ideal y su encarnacion, entre lo espiritual y lo visible; pero nosotros no debemos escandalizarnos de nada anómalo, de nada irregular en la historia, cuando, en la hora que corre, estamos viendo los que se dicen destinados á conservar el cristianismo perdidos en el polvo de los combates políticos, para convertir la religion del espíritu en una pesada cadena con ese neo-catolicismo, contrario á las ideas fundamentales cristianas. Y cuenta que no ha habido en el mundo reaccion semejante á la reaccion pagana.

Tuvo esta reaccion su gran filósofo en Plotino, su gran teólogo en Porfirio, su gran orador en Themistio, su gran César en Juliano, su gran sacerdote en Máximo, su gran poeta en Claudiano. ¿Qué le faltaba? Le faltaba el amor, y el amor vino tambien á fecundarla, el amor que puede con su fuego llevar la vida hasta el frio hueco de los sepulcros. Y este último amor del antiguo mundo se condensó en la forma de una mujer, y se llamó Hipatia. Hija del astrónomo Theon, discípula de los grandes filósofos alejandrinos, peregrina que volvia de Atenas á Alejandría, con la mente llena de recuerdos sagrados, maestra elocuentísima, era la Psiquis levantándose de su lecho con la lámpara sagrada en la mano, á rogar al espíritu universal que no volara á los cielos; la Venus del pensamiento abrasada en el amor ideal á la ciencia; la Hebe que descendia del cielo en alas de las nereidas á las orillas del misterioso Nilo, á traer en su copa de oro el último néctar de la inspiracion; el alma de Grecia, que erraba como un sueño, por última vez, antes de hundirse en su sepulcro, sobre la cuna de la nueva idea. Casta, hermosa, vírgen, su cabeza perfectamente esférica, indicaba que contenia todo un universo; su espaciosa frente reflejaba todo un cielo, sus trenzas caían sobre las espaldas como dos rayos de luz; sus ojos del color del firmamento, infundian con sus miradas la palpitacion de la vida en las estátuas de los antiguos dioses; la blanca túnica de las pitonisas la envolvia dibujando en sus pliegues formas estatuarias y repitiendo dulcemente, en su ligerísimo rumor, los latidos de su corazon; el manto de púrpura de los filósofos pendia de sus hombros; en sus manos estaba el compás con que medía las esferas; y de sus lábios fluia eternamente una elocuencia semejante al cántico de los antiguos poetas, la elo-

cuencia del amor que salva, la elocuencia mágica á cuyo acento, segun las tradiciones paganas cuentan, las flores se abrían y le mandaban su incienso; las estrellas entonaban, en sus esferas, endechas; las aves suspendian su vuelo; las ondas del Nilo se impulsaban unas á otras para escucharla; las cenizas de los antiguos poetas se reanimaban en en sus urnas, porque aquella hermosísima mujer, que parecia el fuego de los antiguos sacrificios, condensándose en la forma de una Musa celestial; aquella mujer, cuya palabra era como el canto de una alondra, que anunciaba nuevos dias á los antiguos dioses, sumergia en su éxtasis de amor la naturaleza, elevándola y prometiéndole que nunca huiria de su seno el alma del paganismo. La palabra inspirada de aquella mujer, que parecia, puesto el mirar en el cielo, el compás en la mano, los piés sobre la cátedra; que parecia la Pitonisa de todo un mundo, la palabra inspirada de aquella mujer, despertaba por un momento los antiguos dioses. Los sacerdotes cristianos de Alejandría veian abandonados sus templos; los solitarios oian que hasta á los desiertos llegaba el eco de aquella voz, arrebatándoles sus catecúmenos. El pueblo entero se agrupaba al pié del Tabor del paganismo. Un dia, los fanáticos corrieron á su cátedra, la arrancaron de ella, hiciéronla caer en el polvo, quebraron su frente que guardaba un poema, hundieron cien puñales en su corazon, y sin respeto á su pudor, á su hermosura, la arrastraron hasta el pié de los altares, y despues de haber manchado el ara de su Dios con aquella sangre virginal, arrojáronla á la hoguera, entre cuyo humo se perdió en los aires con el alma de Hipatia, como un prolongado gemido, el alma de Grecia. ¿Por qué, por qué en todas estas grandes crísis del espíritu humano, aparecerá siempre, siempre una

mujer para señalar el oriente ó el ocaso de una idea? ¡Porque al lado del génio se oirá siempre el misterioso ruido de las alas de esos ángelos del amor! Subid á todos los tiempos, recorred todas las grandes crísis de la historia, acordaos de todos los génios que ha levantado el espíritu humano á los cielos del arte, y vereis siempre volar por esos horizontes una mujer, ora real, ora ideal, que toma diversos nombres, y que siempre es la misma: Eva sobre la cuna del Universo, más bella que la primera luna en los cielos inmáculos; Helena alzada entre el Oriente y Grecia, viendo un mundo que se destroza al pié de su adúltero lecho; Safo, anegándose en el mar de Lesbos para estinguir la sed de amor que hubiera apagado una lágrima de Faon; Magdalena, la Eva arrepentida al pié de la cruz; Hipatia, despues de haber sentido el amor idealizado por Platon, muriendo de la muerte de Sócrates; Eloisa, abrasada por el fuego de sus deseos infinitos, en el claustro, sin mas vida que sus recuerdos, sin mas esperanza que mezclar un dia en el lecho del sepulcro sus cenizas con las cenizas de su amado Beatrice, el único rayo de luz que ha pasado por el alma sombría de Dante, el único angel que ha recorrido, sin quemarse, el infierno de su corazon, la sombra vaga del deseo de lo infinito que ha creado un cielo: la Laura de Petrarca, que pulsa las cuerdas de su lira; la Fornarina de Rafael, que brilla siempre en sus cuadros coronando como el génio del arte la cúspide del renacimiento; la Julietta, enterrada viva por haber querido estinguir con el bálsamo de su amor, el ódio de cinco siglos; la Justina de Calderon, despertándose á la vida del deseo en la soledad, al contemplar la planta misteriosa que mira siempre al sol, la yedra, que abraza al árbol y vé al ruiseñor que canta sobre su nido; la Con-

desa de Cóncolli, en cuyos ojos encontró una hora de paz el alma tempestuosa de Byron; la Margarita, que ha apagado con un beso la sed inestinguible de Fausto; coro de ángeles que, apoyándose unas en otras, todas con las lágrimas en los ojos, el cántico en los lábios, la tempestad de nuestro mundo en el pecho, la luz, la inspiracion en la frente, señalándoles con su vuelo otras regiones donde el corazon no sentirá estas penas infinitas del amor de hoy, dejan estelas de esperanza en la noche eterna de dolor que como un cáos eterno corona nuestro espíritu. Y por esa ideal significacion de la mujer, el mundo antiguo se estendia entre la cuna de Helena y el sepulcro de Hipatía.

La idea de Dios se levantaba sobre toda la vida. Contemplad, señores, conmigo un momento el hombre estraordinario que trae esta gran idea de Dios á la historia y á la vida. Nacido en África, lleno de las pasiones que el sol de África inspira, vehementísimo en sus amores y en sus odios como todas las almas artistas y elocuentes, arrastrado á los placeres por su hervidora sangre, y al estudio y á la ciencia por su inquieta mente; de pensamiento altísimo, de palabra tosca, pero elevada como su pensamiento; perseguido por las dudas y aquejado de la sed infinita del alma que anhela para vivir la fé; despues de haber pasado por todos los grados de la vida de los sentidos en la sociedad antigua, por la orgía, por el concubinato, por las falsas academias de los sofistas, por los placeres de las ardientes noches de África, por los desórdenes de las noches de Roma; despues de haber recorrido todos los grados del pensamiento antiguo, aceptando y combatiendo todas las escuelas; desencantado del sensualismo por asqueroso, del escepticismo por atormentador, del estoicismo por frio é indiferente para su alma tempestuosa, del ma-

niqueismo por oscuro como el genio de Oriente, del platonismo por incompleto; cuando el dolor le revela en uno de esos instantes en que el dolor cura las heridas del alma á la manera que el fuego cauteriza las heridas del cuerpo, cuando el dolor le revela con revelacion clarísima la verdad cristiana, se abraza á ella con la fé del neófito; deja todas las costumbres de su juventud como la serpiente que se despoja de su piel; y armado de su lógica destruye todas las escuelas antiguas; y al ver que Roma embriagada cae en el lodo; que los bárbaros, como ángeles esterminadores, descienden por los cuatro puntos del horizonte armados de sus hambrientas espadas; que las amenazas de los profetas se cumplen, que la sangre ahoga á la impura Babilonia, manchada con la sangre de los mártires, como Dios al separar, inclinado sobre los abismos, en el primer dia de la creacion, la luz de las tinieblas, separa con sus brazos un mundo de otro mundo, una edad de otra edad, y arroja el resplandor de la idea divina sobre el Universo apocalíptico, que surge de las ruinas de Roma. San Agustin representa en la vida de su alma la vida entera de la idea del siglo IV. Ha nacido en el paganismo, ha recorrido todos los sistemas y se ha separado de todos ellos, y despues de vivir en la corrupcion de la grosera sensualidad antigua, ha abrazado con amor verdadero la fé de Cristo, y la ha defendido de las heregías que la acosaban, y le ha dado el carácter de universalidad, de catolicismo que necesitaba para sojuzgar y educar á los bárbaros; de suerte, que el gran padre de la Iglesia es un hombre-idea, uno de esos luminosos faros que reverberan su luz en el mar de todas las edades.

Una idea ya tan formada, tan sistematizada, tan fuerte como la idea católica, no podia ser contrastada mucho

tiempo, no podia dejar de vencer. Una idea tan desorganizada, tan decaida como la idea pagana, no podia dejar de ser vencida. Así es, que el paganismo va á lanzar su último suspiro, porque va á recibir su última herida. Por un momento se reanima. Juliano le dió un reflejo de vida. Valentiniano y Valente conservaron por sus ritos una apariencia de respeto. La libertad de cultos proclamada por Constantino mataba el paganismo en las conciencias, pero no en el Estado. Como los lazos entre el Imperio y el paganismo eran tan por extremo apretados y fuertes, el culto continuaba. Themistro habia ido desde Constantinopla á Roma á saludar al Senado, y en medio de aquella augusta asamblea, decia que merced al Senado romano, los dioses no habian aun emigrado del mundo. Ausonio saludaba al nuevo emperador Fraciano llamándole protector de los dioses y diciendo que merced á su piedad, los templos continuaban abiertos, y las nubes del incienso pagano perfumaban aun el ambiente de Roma. Sin embargo, un cristiano, si no tan grande como San Agustin por sus ideas, tan grande por su carácter, se acercaba al oido del emperador y le hablaba de Dios, del cielo, le preservaba de contaminarse con aquel culto manchado; le oprimia con su actividad incansable, le enardecia en el fuego de sus ideas con tanta perseverancia y fortuna, que merced á su palabra y á su ejemplo, Fraciano abjuraba el paganismo, destruia en el Senado el altar de la Victoria que protegiera á Roma, rasgaba sus vestiduras sacerdotales, despojaba á los templos de sus bienes, deshacia los privilegios y el poder político de los Pontífices, cerraba el colegio de las Vestales que conservaba el fuego sagrado de la vida de Roma, arrojaba el sudario sobre el cadáver del paganismo. Este paso dado por Fraciano, abrió el camino á Teodosio. Un

dia entró en el capitolio, atravesó sin temblar aquel recinto hollado por tantos héroes y tantos dioses, apagó con su soplo el fuego del sacrificio nunca interrumpido desde la fundacion de Roma, tomó en sus manos el tirso de oro y la corona de verbena, y arrojándolos por las simas de la roca Tarpeya, dió por muertos los dioses antiguos, que habian nacido entre los bosques y los mares de la India, que habian volado sobre todo el Asia, que habian recorrido desde las torres de Babilonia hasta las pirámides de Egipto, que habian enseñado á cantar al coro de ruiseñores congregado en el nido de flores de Grecia, que habian guiado á la victoria las legiones romanas y que al morir se llevaban entre los pliegues de su blanco sudario el antiguo mundo. Hé aquí, señores, la triste suerte de las religiones que todo lo fian del estéril amparo del Estado, de la triste proteccion de los gobiernos. El poder les alza altares, les quema incienso, les fabrica magníficos templos, les lleva adoradores forzados, crea un clero, lo enriquece, funda conventos, enciende hogueras para castigar á los que desconocen la religion del Estado, prohibe toda manifestacion en su daño, ahoga todo pensamiento contrario; pero un dia, sí, un dia, frecuentísimo en estos grandes cambios de ideas que traen consigo las corrientes de las revoluciones, un dia ese mismo poder se hace enemigo de la religion que antes protegiera, y la oprime, y persigue á su clero, y cierra sus conventos, y vende sus bienes, y le arranca todo privilegio político, y con esto los desarraiga de los pueblos, cuando la fé, que se apoya en la libertad tan necesaria á la vida del alma como el aire atmósferico á la vida de cuerpo, la fé que busca el sagrado asilo de la conciencia, el santuario inviolable del espíritu, no podrá nunca ser desarraigada, porque

hasta el espíritu, hasta la conciencia, hasta la sagrada libertad del pensamiento, ni han llegado, ni podrán llegar nunca los tiranos del mundo, sin que el pensamiento, como un rey venido del cielo ¡ah! los precipite en el polvo, porque el aleve que osa herir el pensamiento en la conciencia, hiere todo lo que hay de Dios en nuestra alma, mientras que aquel que sostiene una religion con una ley, con otra ley puede destruirla: que los engendros de la fuerza, si de la fuerza viven, con la fuerza pasan.

Y esto le sucedió al paganismo. Sin embargo, aun despues de Teodosio, Roma vivia como antes por esa fuerza que tienen las costumbres. Si desde las nubes que sobre ella se amontonaban á fines de este siglo IV la contempláramos, veríamosla erguida, intacta; el César perezosamente recostado en su lecho de púrpura, el esclavo llorando hambriento en su ergástula, el circo henchido de armonías, de vapores de sangre, de combatientes heridos, agonizantes al pié de las estátuas de los dioses; el teatro representando los antiguos misterios religiosos; la vestal todavia de rodillas ante el fuego sagrado; los sacerdotes salios corriendo embriagados por las calles; las bacantes desnudas flotando la perfumada cabellerra al viento por los campos; los adivinos todavía tendidos bajo las pieles de las víctimas consagradas á Esculapio para conocer lo porvenir; los lupercos ostentando el tirso en la mano, la corona de laurel en la frente y la oracion pagana en los lábios, los ramos de espiga en el ara, el toro inmolado en el templo de Autra; la sangre humana rociando al dios lacial, las vacas blancas con los cuernos de oro y la frente orlada de guirnaldas conducidas al sacrificio; y en aquellos festines donde las mesas eran de marfil y los lechos de púrpura, y las bóvedas llovian flores, y las

simo, amigo mio, en cuya palabra tempestuosa se
acento anticipado de las grandes pruebas que no
dan, decia mirando nuestra vergonzosa decadenc
gobierno, qué política, qué partidos! Los sol
recian aterrados al oir en aquella voz el eco de
mordimientos. Pero en la gran comedia del m
sofistas representan bien su papel de comediantes
como que se van y vuelven. Y volverán mil vec
tras no tengamos fé para cambatirlos. Y nos as
rostro con sus látigos, y nos herirán el corazon c
padas. Y seremos una generacion infeliz mientra
quemos por la libertad una de estas dos glorias,
ria del triunfo ó la gloria del martirio. He dicho.
sos y repetidos aplausos.)

to nacido para volar por el ether de los cielos, con pena se revuelca en estas épocas de decadencia, en que el lodo y la podre rebosan de la tierra; pero debemos tener valor para sondear estas llagas, y despues de sondeadas, para preguntar á la conciencia de nuestro siglo si padecemos de los mismos males, y si nos morimos de la misma muerte. En algunos periódicos, manos amigas, muy amigas mias, despues de haberme tegido coronas que no merezco, aunque acepto como ofrenda de la amistad que ciega siempre, han llegado á decirme que no es lícito ni aplicar á nuestros tiempos los males de la decadencia del Imperio que aplico resueltamente, ni quejarme de la falta de libertad de que me quejo. No es culpa mia que hubiera en Roma césares indignos, patricios bárbaros que mandaban estropeando el latin y desconociendo las leyes; guardias pretorianas que hoy se levantaban por este general, mañana por el otro, siempre por el propio engrandecimiento: aristocracias sensuales, pueblos esclavos, clero sin fé empeñado en sostener una religion que se moria, no porque aquella religion pagana les llenara el espíritu, sino porque les llenaba el vientre; sofistas corrompidos y corruptores comerciantes de ideas, y prontos á toda traicion, á todo perjurio; decadencia del sentido moral, amor desenfrenado á los deleites, falta de fé de esa luz de las almas, sobra de egoismo; una juventud olvidada de que la juventud es la edad de las grandes pasiones, convertida en alquilada plañidera de la sociedad que se iba, ó en cortesana de los tiranos que corrompian al mundo; y que en esta negra noche solo se viera relucir entre las tinieblas el hierro de los bárbaros, hierro candente que traia el cauterio, unico posible cuando las sociedades se descomponen por la gangrena que mana de todos sus po-

ros; el cauterio del fuego, que en la sociedad se llama el cauterio de las revoluciones.

La ley de la naturaleza es el movimiento, la ley de la historia el progreso, la ley de la vida la renovacion. Roma estaba muy vieja. Parecia imposible que hubiera podido envejecer tanta gloria, tanta grandeza. El ánimo se pasma, se anonada cuando contempla la ciudad Eterna. Su voz, como el viento del cielo, corre sobre el mundo entero; su fuerte brazo junta las razas, su espada las rige como el cayado del pastor al ganado; su poder amontona las religiones paganas y congrega todos los dioses á dormir en su nido bajo su escudo; su carro de guerra borra con sus ruedas las fronteras, y tritura las coronas de todos los reyes; su cincel escribe en el mármol los eternos códigos que aun hoy respetan todas las generaciones; sus muros son como el templo sagrado donde iban todos los pueblos á ungir su frente con la idea sacratísima de la soberanía; y cuando la tierra se desplomaba sacudida por un gran terremoto bajo sus plantas, y el cielo se deshacia en mares de lágrimas sobre su frente, antes de arrojar á la sima su corona, aquel gigante que se llamaba Roma, aquel cíclope, cuyo único ojo era como el sol del universo moral, desgaja los templos antiguos, las pirámides, los obeliscos, y forma con tan jigantescas ruinas un santuario inmenso, á cuyos pies cae de hinojos, purgando en una penitencia de diez y nueve siglos, con un eterno miserere que se escapa de sus labios, aquel poder y aquella gloria grandes, imperecederas, que habia empezado por forjar la humanidad en su derecho y habia concluido por desposar la humanidad con Dios en su Catolicismo.

Por esta seduccion que ejercen sobre el ánimo las altas y sublimes grandezas, hay todavía quien se duela y llore

por la caida de Roma. Pero como la historia es un sistema de filosofía, y cada hecho una idea, y cada pueblo un espíritu, la historia nos ha guardado el ejemplo vivo de lo que el mundo hubiera sido sin la caida de Roma. ¿Quereis verlo, quereis contemplarlo con vuestros mismos ojos? Contemplad la Roma de Oriente, contemplad á Constantinopla; que no cae, que no es enterrada sino despues de diez siglos de estar muerta, contempladla. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo; astros se llaman á sí mismos sus maestros, signos del zodiaco sus doctores; miserables plagiarios, esclavizados escolastas, en cuyo corazon no hay fuerza para sentir, en cuya inteligencia no hay fuerza para pensar; que ni sienten ni piensan los esclavos. La cuna de Homero no tiene un poeta, la tribuna de Demóstenes no oye un orador. Por las puertas de la Academia de Platon solo entran torpes ergolistas, sofistiqueadores de la razon humana. En los riscos donde se sacrificó Leonidas con los trescientos espartanos, nadie oye pronunciar la palabra pátria, la palabra libertad que resonará siempre con mágica resonancia en el corazon humano, y obligará á los hombres á purificarse de sus manchas en el fuego del sacrificio. El cristianismo será allí no el amor, no la caridad, sino triste asunto de ridículas disputas, que no podrán mejorar ni en un ápice la vida humana. La Iglesia griega, servil instrumento en manos de los Emperadores, solo ha acertado á oprimir y degradar las conciencias. Las leyes son desconocidas por los encargados de hacerlas y de cumplirlas; la justicia comprada y vendida como una mercancía, los tribunales entregados al poder, los monarcas puestos sobre toda autoridad, sobre toda justicia, envueltos en una nube de incienso, aclamados en sus viajes, adulados en la

hora de la fortuna por los mismos que les abandonan ó vuelven contra ellos sus armas en la hora de la desgracia. Por el trisagio que Isaias oyó cantar en el cielo, morian en batalla campal seis mil cristianos, y ardian iglesias y hospitales con todos los enfermos dentro. Las asambleas eran mercado de sofistas, la corte serrallo de orientales eunucos, el palacio mancebía, las academias reunion de orgullosos sin ninguna ciencia, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de artesanas, el circo donde los verdes y los azules peleaban sobre las carreras de los carros ó de los caballos, que dá lo mismo, ocupacion única de la aristocracia; porque la falta de libertad habia traido la falta de virtud, y la falta de virtud el despotismo, castigo tremendo, pero merecido, que cae siempre sobre las naciones desmoralizadas y esclavas. Hasta que un dia la justicia divina se cansó, y abrió las compuertas de su ira y cayeron sobre aquel flaco Imperio los turcos, que dispersaron como una banda la de prostitutas á césares, nobles, sacerdotes, soldados y sofistas.

Hé ahí, señores, lo que fuera del mundo, lo que fuera de la civilizacion, á haber durado el inmenso imperio romano. Este imperio, era el despotismo, y el despotismo seca todas las fuentes de la vida. El hombre busca, señores, en toda la historia, con grande y perseverante afan, la luz y el aire de su alma. ¿Dónde está el aire que anima la vida y dónde está, dónde, la luz que ilumina el espíritu? Aplicad el oido á la tierra donde tristemente duermen las cenizas de los que fueron, y oireis aun los ecos del inmenso ruido de un ejército que sube y sube con grandiosos esfuerzos; contemplad los sacrificios, los holocaustos, y vereis sobre las llamas como el resplandor de una

estrella; ved los grandes pensadores que han traido nuevas ideas á la vida, y observareis una lengua de fuego sobre su frente; notad el movimiento de todos los espíritus en esa ascension creciente, como una gran marea de pensamientos y de aspiraciones que sube cual si quisiera tocar los cielos, desde los abismos de la tierra, y es el deseo contínuo é incesante de la humanidad por alcanzar esa facultad grandiosa, por la cual tiene la actividad humana algo de la actividad divina, y sin la que el trabajo seria como el sustento del bruto, como la fuerza de la máquina, el arte como el rumor de los elementos, como la copia servil de la naturaleza, el amor como el ajuntamiento de las fieras en sus cavernas, ó como la fria cohesion de los átomos en los cuerpos, la ciencia como la llama que se pierde y se disipa en los aires, la justicia como una gran iniquidad, la ley moral como una pesada cadena; esa facultad por la cual el hombre cansa su propia vida y es responsable de sus acciones; la libertad, sí, la santa libertad, que tiranías, hogueras, ejércitos, castas, nos han quitado; pero que hemos ido buscando anhelantes por toda la historia, dándole los tesoros más puros de nuestra sangre, el sudor más copioso de nuestra frente, la vida más cara de la humanidad, y que ya tocamos con nuestras manos como la corona luminosa que ha de hacer definitivamente del hombre el sacerdote y el rey del Universo. (Aplausos.)

La antigüedad, señores, solo habia comprendido la libertad en el estado, la libertad en las castas, la libertad en las clases; pero nunca, nunca habia comprendido la libertad en el individuo, la libertad en el hombre, la libertad, no como un derecho social, sino como un derecho de la naturaleza humana que es la verdadera concep-

cion de la libertad. El hombre es un ser de armonía; espíritu y naturaleza. Y así como en la antigüedad solo se comprendió á sí mismo como naturaleza, en la Edad media, solo se comprendió á sí mismo como espíritu. Y en la esfera política sucede lo mismo. En la esfera política el hombre es una antinomía, es á un mismo tiempo individual y social. La antigüedad desde el imperio de Oriente hasta el imperio romano, solo comprendió el hombre social. De aquí nació aquella autoridad jigantesca que mataba toda idea de individualidad. La Edad media, al revés, apenas comprendia la sociedad. De aquí nació el individualismo salvaje, en que se alzaba como en su base el castillo feudad. Pero justo es decirlo, esta idea de la individualidad humana fué como la raíz de la verdadera libertad. La idea de libertad arranca de la idea de personalidad. La idea de la personalidad viene á la historia, viene á la vida con la venida de los pueblos germánicos. Admiremos, señores, como siempre que se siente una gran necesidad social, le sigue una gran revolucion que viene á satisfacerla. ¡Grande enseñanza la de la historia, más grande aun que la enseñanza de la naturaleza! mas ocasionada á llevar el espíritu á sublimes pensamientos! Cuando en el gran templo de la naturaleza vemos el sol que se sumerge en el ocaso saludado por la última plegaria de todos los seres; cuando las primeras estrellas aparecen como miradas de ángeles que nos buscan en la tierra; cuando en los dias de primavera una voluptuosidad infinita embriaga los campos, y la savia late en los troncos, y la primera hoja brota en las yemas de los árboles, y las campanillas levantan sus cálices llenas de miel entre la yerba, y las mariposas vuelan como las ilusiones de aquel amor universal; cuando en la inmensidad del mar la

quilla de nuestra nave rompe las olas que hierven, y la leve lona recoge el viento que brama, y á nuestros piés vemos las estelas, y las espumas, y los animales embrunarios y fosfóricos que brillan como mundos en las gotas de agua, y sobre nuestra frente el celeste abismo de lo infinito; ese otro abismo que llevamos en nuestro pecho y que se llama corazon, nos habla con la elocuencia de sus sentimientos de Dios como vida; pero cuando recorremos la historia, cuando vemos que donde cae un pueblo se levanta otro, que la muerte, la pútrida muerte, cuya presencia tanto nos aterra, es tambien un principio de perfeccion, pues del sepulcro donde se pierden las civilizaciones nacen otras nuevas, y en el ocaso donde se apagan unas ideas, brotan otras, siendo la destruccion de pueblos y de instituciones la prenda de la inmortalidad de toda la especie humana, no podemos menos de alabar á Dios y de reconocerle como eterno guia que dirige, ilumina y vivifica toda la historia.

La venida de los bárbaros traia gran variedad á la historia. Durante todo el período de la antigüedad solo habian dominado los pueblos de la Europa-Sur con su carácter socialista y artístico. Para hermosear la vida se necesitaba más variedad, y vinieron los pueblos bárbaros á traer su carácter individualista y guerrero. En todo el Norte del imperio romano se estendia envuelto entre nieblas, ignorado territorio, llanura inmensa, variada de vez en cuando por bosques seculares en cuyas ramas se habia enjugado el Diluvio su cana cabellera de espumas; bosques llenos de rumores y de misterios, cuyos árboles oscuros y llenos de aves nocturnas, iban á perderse en las faldas de montañas coronadas por eternas urnas de hielo; y entre estas montañas que arrancaban del Polo, y las on-

das del oscuro mar Océano, y las verdes riberas del Rhin, y las pantanosas del Danubio, habita inmenso enjambre de pueblos, las avanzadas en los Alpes; las vanguardias en los rios que las dividian del imperio, sobre los cuales pasaban en la estacion de invierno, merced á la congelacion de las aguas; el núcleo, en la llanura; la retaguardia, allá en la Escandinavia; los restos rezagados, en el Ponto Euxino, y en los desiertos tártaros, encerrados en cabañas, con el carro de guerra uncido á caballos salvajes en la puerta, las lanzas en las manos, el escudo á la espalda, el ódio en los ojos, la sed de sangre en el pecho, unidos por un espíritu de destruccion, que era como un huracan encerrado en su cerebro, huracan que los arrastraba hácia Occidente; hijos de las tinieblas, cuya tierra solo producia hierro para forjar espadas, encinas para cortar chuzos; adoradores de dioses cuyo placer era la matanza, cuyo holocausto el suicidio; que tenian por aras hogueras, donde ardian cuerpos humanos; que solo aceptaban las libaciones hechas en cráneos en vez de copas y con sangre caliente en vez de vino; poseidos del furor de la guerra como de una inspiracion santa; engendrados en los combates sobre las pieles y los huesos de los enemigos; antes tocados por el cuchillo de casa que por beso de los labios maternales: y que precedidos de cuervos, acompañados de brujas que sonaban en los aires y en las nubes los atambores salvajes para escitarlos á la matanza, seguidos de lobos hambrientos; iban sin saber para qué, donde quiera que sentian gritos de dolores de batallas, olor de cadáveres, vagando, empujándose unos á otros como se empuja una tormenta y componiendo todos uno la negra nube de la cólera celeste que los iba á destruir un mundo.

Señores: Italia, Italia debia temblar como una rosa bajo una nube de insectos. Italia bendecida por el Mediterráneo que besa eternamente sus sandalias de mármol, coronada por los pinos y los abetos de los Alpes y las esmeraldas de sus tranquilos lagos, hija de los dioses de Oriente que los habia recogido sobre su escudo, de las ideas de Grecia que al morir habia sacudido sobre su seno la corona de verbena; riente, hermosa, ornada por aquellas feraces regiones donde naturaleza agotára toda su vida, la Campania coronada de espigas, Falerno rebosando vino de sus dorados racimos, Venafre en cuyo áureo aceite el sol habia depositado átomos de su luz, Etruria cubierta de olivas, Mántua, de cuyos laureles se coronara Virgilio; rica en templos que se alzaban sobre las colinas cubiertas de mirtos, de pámpanos, y que reflejaban sus chapitéles dorados en las celestes aguas del golfo de Partenope y de Bayas; oyendo la sibila de Cumas murmurar secretos del cielo en la gruta de Pausilipo, los poetas de Grecia cantar perezosamente en Tarento, los guerreros de Milan jurar defender á los ciudadanos de Padua y de Narena, recitar las Geórgicas para aprender los secretos de fecundar la tierra; debia temblar de horror porque en este instante supremo de la historia comienza para ella esa esclavitud, que no ha concluido todavía, esa esclavitud que la ha obligado á poblar de estátuas, y vestir de cuadros y henchir de armonías los palacios de los déspotas, como el ruiseñor prisionero alhaga los oidos del bárbaro que lo ha arrancado á la nativa libertad de sus bosques, esa esclavitud que aun hoy arrastra en negra góndola el cadáver de Venecia, con la cual yace entre el cieno de las lagunas casi ahogadas la honra y la independencia de Italia.

Pero Italia habia cometido un gran crímen que de-

purgar en la implacable justicia de la historia. Su derecho que habia trasformado las familias, dulcificado la autoridad del padre, ennoblecido la mujer, no pudo curar la llaga cancerosa del viejo mundo, no pudo curar la esclavitud. Mientras Italia se entrega á sus copas y apura hasta las heces las copas de los festines, liba los besos de todos los placeres juntos, envia á sus soldados á que le cacen esclavos en las orillas del Rhin y del Danubio, en las montañas de la Trhacia, y de Beocia, y los arrancan á la pátria, á la libertad, al hogar, á los brazos queridos de la familia, y los sepultan en aquellos abismos de las ergástulas donde no penetran ni el aire, ni la luz, ni un sentimiento de humanidad y compasion: les arrojan los despojos de sus perros de caza para entretener su eterna hambre y los alcanzan y los clavan botones de hierro candente para enfurecerlos y los llevan al circo, donde el amigo se ve obligado á herir al amigo, donde el hermano atraviesa el vientre de su hermano, donde caen heridos escuchando, entre el estertor de la agonía y los acerbos dolores á sus últimos instantes, las carcajadas del pueblo y los ecos de las alegres sinfonías, hasta que, sin ver siquiera si han muerto, los arrojan al espoliario y forman un inmenso monton de carne humana donde muchas veces el frio de la noche despierta á algunos infelices que se incorporan sobre los vientres deshechos, las tripas rotas, la sangre coagulada, el estertor de los moribundos, y el estridente ruido de los perros y los lobos hambrientos venidos allí á hartarse, y llevándose una mano á su pecho herido maldicen á Roma, y caen; maldiciones que se cumplen, que se condensan como una gran tempestad, como una gran nube sobre la ciudad eterna; nube que se abre un dia arrojando de su seno los bárbaros, que vienen á cumplir la cruenta pe-

ro justísima venganza de sus progenitores, los esclavos.

Roma desde el principio del Imperio, con esa mirada escudriñadora de la Sibila que penetra en lo porvenir, comprendió lo que iban á ser los bárbaros en su vida. Tácito, los retrataba como un ejemplo y un remordimiento para la ciudad eterna, que podia comparar su cancerosa servidumbre con la nativa independencia de los bárbaros en sus bosques. Lucano veia, despues de pintar la rota de Pharsalia, la libertad que exhalara en Caton su último suspiro, huyendo á refugiarse allende el Rhin. César, dotado de ese génio que es como la condensacion del espíritu humano en la conciencia de un hombre, preveia cuán mortales enemigos iba á tener Roma en aquellos pueblos salvajes, y pugnaba por encerrarlos dentro del Imperio, queriendo en un paseo casi fabuloso que ideaba por Asia, cortarles la retaguardia y separar la Germania, y la Escandinavia del gran semillero de razas. Tenia razon para temblar César, porque los bárbaros habian vencido con él á los caballeros romanos en los campos de Pharsalia. Bandos de germanos se asentaron durante todo el imperio en el suelo romano. Los letes eran soldados bárbaros á sueldo de Roma. Roma necesitaba aun en la época floreciente del Imperio, más de los bárbaros que los bárbaros de Roma. Así es, señores, que si quereis, durante el Imperio, durante la época en que la vida de Roma es más uniforme, si quereis calificar con una fórmula su idea interior, no podreis, os hallareis perplejos; pero con una sola palabra podeis calificar su idea exterior. Cada emperador lleva en su frente un reflejo de las ideas encerradas en aquel horno que se llama Roma; Cesar, el génio humanitario; Augusto, el espíritu político y administrativo;

el feroz Tiberio, el terror; el demente Calígula, la embriaguez del despotismo; el imbécil Claudio, el dominio de las mujeres y de los libertos; el hermoso Neron, la sensualidad epicúrea; Galba, Othon, Vitelio, el desenfreno militar; el misántropo Vespasiano, con sus dos hijos, los delirios del génio del Oriente; los Antoninos, ó mejor dicho los grandes emperadores desde Nerva hasta Marco Aurelio, la idea del derecho animada por la idea estóica; el desgraciado Pertinax, la venta en pública almoneda de la reina de las naciones; el bárbaro Cómmodo, la trasformacion del Circo en Senado, y de los gladiadores en reyes; Septimio Severo, la lucha del patriciado con el pueblo, y del pueblo con la guardia pretoriana; Heliogábalo, el deleite delirante, frenético, de una sociedad voluptuosa; Alejandro Severo, la debilidad y la estupidez que sigue siempre á las orgías; Diocleciano, el predominio del génio del Oriente sobre el génio de Occidente en el Imperio; Constantino, la nueva idea religiosa; Constancio, la heregía nacida de la incertidumbre del espíritu; Juliano, el neo-platonismo último ofrecido á los muertos Dioses; Teodosio, la imágen del último romano: todos diversos en caractéres, en ideas, en tendencias, pero unidos todos en el pensamiento altísimo de evitar la caida del mundo bárbaro, de aquel inmenso témpano de hielo que rodaba con grande estrépito desde el Polo sobre la llama del fuego sacro de la vida romana que ardia en el Capitolio.

Pero era imposible. La ley de la Providencia debía cumplirse. El terror fué tal y tanto, que muchos de los últimos emperadores pronunciaban desde el trono la palabra libertad. Era tarde. Los poderes moribundos suelen pronunciar la palabra libertad cuando el agua del diluvio les llega á los labios. Si una vez se salvan y vuelven á forjar

cadenas, tenedlo entendido, á la segunda vez, cuando quieren pronunciar la palabra libertad, el agua del diluvio les cubre la cabeza. Mirad esas dinastías desterradas, espectros que vestidos de púrpura representan las sombras últimas de la antigua sociedad, miradles, todos han ejercido el despotismo en el trono, y todos han invocado la libertad en el destierro; pero como Dios castiga duramente las grandes mentiras sociales, á todos los ha marcado con el sello de la reprobacion en la frente. Pues lo mismo, lo mismo sucedia á los últimos emperadores romanos. Graciano exhortaba á las provincias á ejercer la libertad, á formar asambleas; Honorio restauraba la tribuna, gritaba á los pueblos esclavos para que se irguiesen, para que se pusieran de pié, porque él estaba pronto á cambiar el látigo de la dictadura por la espada de la ley. Era imposible. Los pueblos se habian embrutecido tanto en la servidumbre que ni fuerza tenian para incorporarse. Los últimos romanos invocaban algo más terrible que la muerte, invocaban ellos mismos en su dolor y en su esclavitud la irrupcion de los bárbaros. Leed los autores del tiempo. Se encontraban en una de esas épocas en que no se vé desgraciadamente más remedio que el remedio heróico de una revolucion. Mamertino dice en su panegírico de Juliano, que los bárbaros eran deseados, porque no podian traer desgracia mayor que la esclavitud universal sufrida bajo el imperio. Paulo Orosio en su historia, esclama: «Se encuentran romanos que prefieren entre bárbaros pobre libertad, á dorada servidumbre bajo los Césares.» Salviano en su libro de providencia, capítulo V, añade: «*Malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis vivere captivi.*» Amiano Marcelino se conduele de aquella desercion universal, y escribe: «Llaman á los

enemigos, ambicionan ¡oh horror! la esclavitud. Nuestros hermanos se van entre los bárbaros, y cuando los llamamos se burlan de nosotros, y nos dicen corrompidos esclavos; solo quedan en el imperio los pobres, porque no se pueden llevar consigo sus familias, ni sus habitaciones.» Señores, hé ahí expuestas sin retórica, expuestas sin declamaciones, las horribles consecuencias que trae la falta de libertad para los pueblos.

La idea de libertad en los bosques de Germania hervía, en aquellos bosques pintados por Tácito, que con una mano trazó la inscripcion para el sepulcro de la sociedad que se perdia en la noche, y con la otra mano el bosquejo de la sociedad que brillaba en el crepúsculo de lo porvenir. Tierras indecisas, lagunas movibles, bosques, playas azotadas por tempestades eternas, montañas ceñidas de nieblas, rios de vario y caprichoso curso formaban el país de aquellos germanos; en su carácter, en sus costumbres, en su vida, contradiccion viva del pueblo romano ya decrépito; aquellos germanos, impulsados á pasar el Rhin por la irrupcion de otros pueblos más bárbaros, dispuestos á hartar su hambre en la guerra, cantando siempre, ora cantares melancólicos ante sus dioses, ora cantares terribles como ahullidos de fieras acompañados del rumor de sus escudos, del choque de sus lanzas; raza solo á sí misma semejante; de alta estatura, de nervudos miembros, de ojos azules como sus mares, de cabellos rojos como el fuego de la tea que llevaban en las manos; menospreciadores del oro, porque no conocian las necesidades que el oro satisface; amantes solo del hierro, porque creian indigno ganar por el trabajo lo que podian ganar por los combates, deber á su sudor lo que podian deber á su sangre; reunidos en asambleas donde los prínci-

pos trataban de las cosas menores, y el pueblo entero de todas; gobernados más por el ejemplo que por la autoridad, más por la persuasion que por la fuerza; en derecho penal, no conociendo otro castigo que la multa, ni otra justicia que la venganza particular; todos con facultad de elegir á sus jefes, y con el deber de seguirlos y de imitarlos, porque los jefes pelean por la victoria, y los compañeros por el jefe; ninguno capaz de indolencia; abrazados á su escudo, sobre el cual mueren, pues si lo pierden se ahorcan, y mientras combaten al lado de sus parientes, oyen sonar en el cercano carro de guerra los gritos de sus hijos, y cuando han concluido las batallas, se dejan caer en brazos de sus esposas para que les cuenten las heridas y las cicatricen con sus lábios; algo de santo ven brillar en la frente de la mujer, que bajo las encinas mirando las aves y las nubes, predicen lo porvenir; algo de espiritual en sus dioses, que no tienen forma humana; algo de divino en sus niños, porque la cuna es para ellos un altar inmaculado; algo sagrado en sus caballos salvajes, que los conducen á las batallas, porque retroceden ó avanzan por el aviso de sus relinchos; algo de religioso en la familia encerrada en casas solitarias y aisladas, donde la mujer no vé esos espectáculos que la seducen, esos festines que la embriagan, donde el niño corre desnudo sin que acertara á tomar otro pecho para alimentarse que el pecho de su madre; donde los jóvenes no aman sino tarde, y por eso tienen larga y robusta juventud; donde comen poco aunque en el beber se esceden; y son hospitalarios con el extranjero, humildes con el siervo, y juegan á pequeñas batallas, y desconocen la usura, y deliberan en los festines donde son más francos, y toman sus resoluciones en su hogar, donde son más dueños de sí mismos, y cambian de

propiedades para no aficionarse como si fueran árboles al suelo, y son castos, y el hombre guarda fidelidad á una sola mujer toda la vida, y la mujer á su marido hasta mas allá de la muerte; pueblo que con estas virtudes venia á traer sangre pura, y con estas fuerzas, con estas espadas, á abrir las venas del canceroso Imperio para infundirle esa sangre.

Estos pueblos avanzaban sobre Roma. La invasion tuvo dos caractéres: fué pacífica primero, fué guerrera más tarde. La invasion pacífica comenzó en tiempos de Marco, y duró hasta principios del siglo v. Tuvo, pues, de duracion, setecientos años. Los germanos entraban por dos puertas; por la servidumbre, por la milicia. Eran, pues, soldados y esclavos. Como soldados ocupaban la cima de aquella sociedad militar, como esclavos, la base. Algunos de ellos subieron al Imperio. Pero la civilizacion romana de ninguna suerte convenia á pueblos primitivos. Estaba corrompida, y los hubiera viciado; estaba gangrenada, y los hubiera disuelto. La ancianidad es respetable, porque lleva sobre su frente los resplandores de la vida y de los misterios eternos. Un anciano que ha pasado sin caer por las grandes desgracias de este mundo, por sus desengaños de todos los dias, por sus desencantos, es tan respetable como un veterano que ha cruzado incólume entre muchas y pavorosas batallas. Pero un jóven á quien el vicio convierte prematuramente en decrépito anciano, es repugnante. Y los vicios de Roma hubieran hecho esto con los bárbaros. Yornandez nos refiere en el capítulo veinte y ocho de su historia de los godos un caso que merece ser conocido, porque es la enseñanza viva de lo que hubiera pasado á los bárbaros á haber absorbido en sus venas la vida romana. Un dia Athanarico, rey de los godos, fué á Constantinopla.

Imaginaos, señores, qué efecto harian en aquel bárbaro, que solo habia visto sus desiertos, sus cabañas, sus carros de guerra, sus estepas solitarias y heladas, los templos y palacios inmensos, las estátuas colosales, los monhólitos de pórfido, los chapiteles dorados, las esféras azules sembradas de estrellas de plata, las naves del puerto, los jardines que coronaban las casas; imaginaos lo que le parecerian á él medio desnudo, mal envuelto en su manto de pieles de rata, mal cubierto con su saco de cuero, aquellos sátrapas orientales, vestidos de púrpura recamada de perlas, calzados de oro, coronados de altas tiaras, en que resplandecian topacios y esmeraldas; imaginaos qué impresion harian en su paladar acostumbrado á carne cruda y á orines de caballo, ó á cerveza, que es poco mas ó menos lo mismo, cebada fermentada, bebida bárbara, indigna del paladar de griegos y romanos; imaginaos qué impresion le harian el oloroso vino, las sabrosas frutas, sesos de faisan, las ricas viandas con que se regalaban los romanos; fué tanta, tan grande la impresion, comió tanto, bebió tanto, se divirtió tanto, gozó tanto, que se murió; señores, reventó en los festines de un hartazgo de anades, complicada con una borrachera de vino de Falerno. Pues lo mismo, estrictamente lo mismo hubiera pasado á su pueblo. No estaba, no, ni el estómago de los bárbaros dispuesto á digerir la comida romana, ni su espíritu dispuesto á digerir las ideas romanas. Dios, pues, les mandaba que invadieran el viejo mundo romano, y debian invadirlo. Eran los mensageros de las venganzas celestes. No podian venir en paz para asfixiarse en aquella atmósfera cargada de perfumes, sino en guerra, y en guerra cruenta. Todo, todo estaba preparado para esto. El mundo callaba como calla el mar antes de una tempestad, cual si recogiera sus

fuerzas y reposara un instante para luchar más fuertemente con los vientos. Sonaba la hora, sí, la hora tremenda. ¿Qué resistencia podia ofrecer el Imperio? Roma era demasiado grande para los últimos Césares; Ravenna con sus canales emponzoñados, su quebrado territorio, su aire malsano, donde las moscas no dejan vivir de dia, ni las ranas dormir de noche, y las cenagosas aguas están inmóviles mientras se mueven las casas; y duermen los magistrados y velan los ladrones; y los soldados están tendidos en lecho de púrpura mientras hacen guardia las mujeres; y los clérigos prestan á usura como los sirios mientras los sirios salmodian en las iglesias; y los eunucos siguen la carrera de las armas, y los bárbaros la carrera de las letras; Ravenna es la corte de Honorio, corte escandalosa en que dominan los patricios germanos, y Aezio, el último romano, cede la mitad de su lecho á una mujer bárbara, hechicera, envenenadora, fuerte como Agripina, y cuya alta estatura humilla á las matronas de Roma; y los romanos rasgan su túnica, dejan su manto, se descalzan de sus sandalias para vestir las pieles de fieras de los bárbaros y calzar sus abarcas que los hacen vacilar y cojear; y los esclavos orientales mandan más que los señores, y Estilicon, un godo, un hombre nacido allende el Danubio, es el único que tiene fuerza para combatir, y ánimos para triunfar; y un moro, venido de los arenales del África se pone al frente del ejército romano; y los últimos poetas, sin acertar á coger la lira que en otro tiempo incitara á los señores del mundo á la pelea y á la libertad, deshojan flores sobre el lecho nupcial del César, rogando á la aurora que lo envuelva en sus sonrosadas gasas, y al Amor que lo rodee de ilusiones, y á Terpsícore que dance á su alrededor con sus locas diosas, y á Vénus que abandone Pafos y Chipre

para derramar todas sus delicias; ruego vano, porque el dueño del mundo cuando, su esposa se desciñe el velo de azafran de las vírgenes y la corona de azahar, y se dirige á su lecho para recibir el primer beso de amor, ni siquiera fuerza tiene para levantar sus párpados á mirarla: que los desenfrenos de la tiranía en su voluptuosa corte, lo han condenado á eterna y oprobiosa impotencia.

Entréguese el imperio á sus desórdenes, suenen las liras y los tambores, y las voces lascivas de las mujeres mezcladas con las de aquellos desgraciados que son menos que mujeres, llenen las nubes de perfumes exhaladas de pebeteros de ámbar, el ambiente cargado de sonidos y de suspiros, envuélvanse en telas de púrpura los señores del mundo, y corónense de flores; no tengan lábios sino para cantares voluptuosos, ni manos sino para agitar las copas de oro que rebosan espumoso vino, ríanse en buenhora entre la embriaguez de las gracias de sus bufones, mientras por las laderas de los Alpes baja Alarico, despues de haber saqueado á la Grecia, llevando tras de sí aquellos bárbaros que incendiando, talando, sin perdonar ni sexo ni edad, arrancan los niños al pecho de su madre para ahogarles; violan á las mismas mujeres que acaban de herir en la agonía, unen al hijo con su padre, y los arrastran atándolos á las colas de sus caballos; reciben desde los altos palacios, como una limosna, provincias enteras, y castigan de esta manera terrible en aquel infierno de la invasion á los tiranos que ni siquiera encuentran al caer del trono, un sepulcro en la tierra.

Ya desde este momento no hay fuerza humana que pueda evitar la catástrofe. El cielo se oscurece, el mundo tiembla, los lamentos son universales, el ángel de la muerte estiende sus alas sobre la tierra como un águila sobre

su nido; los godos destrozan á Italia; los francos, los más ágiles y más blandos de los bárbaros esclavizan á los galos; los vándalos en las aguas del Mediterráneo, sumergen los barcos que habian llevado en sus vientres los productos de la civilizacion por toda la tierra; los sármatas, guerrilleros que suben por las montañas en sus cabalgaduras húngaras, ligeras como águilas, armados de largas lanzas, y guarecidos tras sus escudos de lino lleno de aceradas puas, incendian las montañas de la Pannonia y de la Mesia, que parecen piras funerarias; los alanos, de rostro marcial, de larga cabellera, héroes hasta el punto de tener por un heroismo el asesinato y por una desgracia la muerte natural, adoradores de una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzan como energúmenos, devoran España, cayendo como un torrente desde las crestas del Pirineo; los sajones, que creen tener el mundo como una presa entre sus garras, que gustan del ruido de la tempestad y de los combates con las olas, y los huracanes, no tan impetuosos como sus bárbaras almas, aquellos abortos del Océano, que cuando se les aguarda huyen, y cuando se les evita vienen, estienden por la gran Bretaña de un mar á otro mar, el voraz incendio, de tal suerte, que la isla se parece á una lengua de fuego, y pasan á todos sus habitantes á cuchillo, siendo tan grande, tan terrible la catástrofe, que ruinas de templos, restos de incendios, montones de cadáveres aplastados no bastan á saciar á los bárbaros anhelantes del esterminio universal; y así los infelices britanos se dan al suicidio, ó huyen en barcas entregándose á merced de las olas sin saber dónde van, reconviniendo al cielo que los ha ofrecido á los bárbaros como se ofrecen los corderos á un festin; mientras detrás de todos estos pueblos vienen tribus todavía mas

feroces que ahuyentan á los mismos bárbaros, como si Dios hubiera estrellado el Universo en los espacios, y convertido el planeta en un monton de ruinas ó en un inmenso sepulcro; como si la humanidad agonizante cayera para morir en un inmenso cenagoso charco de hiel, de lágrimas y sangre, y aquellas tribus no fueran sino los cuervos venidos al olor de la muerte á devorar el gran cadáver de todo el género humano.

Por fin, los bárbaros se acercan á Roma. Alarico oyó mil veces en sus desiertos, una voz que le decia: «A Roma.» Instintivamente, sin saber el camino de la ciudad que iba á destruir, toma la vía flaminia, el camino de los antiguos vencedores por donde César volvió de las Galias. Su ejército es como una tromba henchida de sangre. El ruido del trueno le precedia como si fuera la estridente trompeta anunciando á la ciudad eterna que sonaba su última hora en la tierra, y comenzaba el juicio de Dios en el cielo.

Seiscientos ochenta años hacia que Roma solo estaba acostumbrada á ver entrar pueblos vencidos por sus puertas. Ahora iba la reina del mundo á ser vencida. Las tiendas de los bárbaros, los carros de guerra acampan delante de sus muros. La ciudad que aterró á Anibal, hace reir á Alarico. Su senado que se creyera degradado si lo compararan á una asamblea de reyes, tiembla en presencia de un bárbaro. La Roma material brillaba como en sus mejores tiempos. Estaban de pié los arcos, las columnas, los simulacros, los templos, las estátuas; solo faltaban los romanos. No eran, no, romanos aquellos aristócratas opulentos que ocultaban su cobardía tras el amparo de glorioso nombre. No eran, no, romanos, aquellos alcabaleros, aquellos asentistas que, habiéndose enriquecido, formaban

esa estúpida aristocracia del oro, incapaz de todo sacrificio. Más plata tenia uno de aquellos usureros en su mesa, que trajo Escipion de la toma de Cartago. Más celebraban la conquista de alguna manceba aquellos perfumados elegantes, que celebró Mario la victoria de los cimbrios. Pero eran pobres en medio de su riqueza, porque no tenian una idea. Estaban hastiados en medio de sus placeres, porque no tenian corazon para ningun sentimiento. Vestidos de púrpura, sentados en su carro de guerra, eran esclavos del César, porque eran esclavos del vicio. No deliberaban sobre las alianzas de Roma, sino sobre las personas que convenia convidar á un festin. Desposeidos de toda religion, se habian tornado supersticiosos, y no salian de sus casas sino despues de haber consultado la posicion de Mercurio y la faz de la luna. El pueblo, en tanto, no podia pelear. Iba á recibir de limosna un pan, un puñado de bellotas, y no se acordaba del eterno pan del alma, de la libertad. De su servidumbre no se quejaba, no; quejábase de que habiéndose gastado tanto dinero en acueductos, no se hubiera gastado algo en viniductos. Entonces los Césares destinaban toda la vendimia de la Campania á emborrachar al pueblo. Los bárbaros caian ya sobre Roma, y aun peleaban los gladiadores en el Circo, y tres mil bailarinas danzaban al rededor de los cadáveres, y tres mil coristas llenaban de cánticos el aire oscurecido por la tempestad. Alarico sitió la poblacion, tapió las doce puertas, cortó la navegacion del Tiber. Roma, que al mandar al mundo sus feciales le mandaba su autoridad, se estremecia de espanto y de terror. El hámbre se levantaba sobre aquella ciudad que habia devorado mil pueblos. Todo se consumió. Los ciudadanos se mataban unos á otros para proporcionarse el alimento

de carne humana. Algunas madres se volvieron locas de hambre, y devoraban á sus hijos. Los cadáveres estaban amontonados por las calles; sus pútridos miasmas envenenaron los aires. La peste siguió al hambre. Los paganos clamaban por las plazas diciendo que Roma se perdia, porque se habian perdidos los dioses. Algunos cristianos iban al capitolio á evocar las antiguas fórmulas religiosas para que el rayo de Júpiter hiriese á los godos. ¡Ah! Los blancos toros del sacrificio habian sido devorados por el hambre de los estómagos, y los dioses devorados por esa otra hambre insaciable del espíritu. Los romanos salieron á tratar con Alarico. Su primer palabra fué una amenaza. Somos muchos, dijeron. Mejor. Cuanto más espesa es la yerba, más muerde la hoz. Los romanos retrocedieron espantados. ¿Qué quieres? Todo el oro. ¿Y qué nos dejas? La vida. Cuarenta mil esclavos, cuarenta mil vengadores de Espartaco, trasformando en espadas sus cadenas, corrieron al campo de Alarico á tomar venganza. Por fin entraron. Los ángeles esterminadores soñados por el evangelista en Patmos, armados de espadas más largas que sangrientos cometas, les guiaban. Ardieron los templos, se arruinaron los palacios, murieron abrazados á sus dioses los romanos, fueron violadas las matronas sobre los charcos de sangre, entre los ahullidos de aquellas fieras y el torbo resplandor de los incendios. Vosotros los que todos los dias llamais santa, divina, la tiranía; vosotros, los que quereis el silencio del pensamiento, y el ócio de la voluntad: ved ahí, hipócritas engañadores, el castigo de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo.

Roma ha muerto. Los emperadores la asesinaron, Alarico la enterró. Odoacro no hizo más que arrojar sobre su cadáver un puñado de tierra. Pero el espíritu de Roma no

muere. Deja fundadas tres cosas que serán eternamente su gloria y nuestra fuerza. Dejó fundadas, la unidad humana, la ciudad, el derecho. Por eso Roma ejerce un prestigio tan grande hasta sobre los mismos bárbaros. Ermanrico que no la habia visto nunca, y á cuyos oidos el nombre romano solo llegaba en alas de la tempestad, quiso fundar un Imperio tan fuerte y unido como el Imperio de Roma. Athanarico al ver un César, esclamó: «verdaderamente es un Dios.» Alarico mismo se sintió sobrecogido de espanto al entrar como vencedor en aquella Roma que habia vencido al mundo. Ataulfo muere en el teatro á manos de sus domésticos *(inter fábulas familiares)*, porque en vez de ser enemigo de aquella Roma hollada por sus padres, piensa en restaurarla. Odoacro quiere que se olvide su nombre bárbaro, y solo se vé en su frente el reflejo del alma de los Césares. Teodorico, el gran Teodorico, guarda el Imperio, sus leyes, su administracion, su gloria, sus magistraturas, como uno de esos soldados que en Egipto guardaban el sueño de las momias. La grandeza de Carlo-Magno que tanto nos asombra, y que ha pasado á la literatura y á las artes como un mitho, consiste en que siendo bárbaro consume su vida en evocar el Imperio romano. Ese ideal busca por el mundo Cárlos V, última sombra del génio de la caballería que se extingue en una inmortal carcajada de Cervantes. Roma es el sueño de los bárbaros; Roma impera durante la Edad media más desde su sepulcro que durante la antigüedad desde su trono. Pero, señores, en este momento del siglo que historiamos, era preciso que Roma espirase, porque con Roma no era posible la idea de las nacionalidades. Permitidme, señores, permitidme que me detenga un instante con religioso respeto á considerar el nacimiento de nuestra nacionalidad;

permitidme que la salude como el hijo saluda á su madre; que la aclame como la personificacion santa de todo lo que hemos respetado y querido en la vida; que bese su sagrado suelo cubierto con la ceniza de tantas generaciones de héroes; que envie un suspiro de bendicion á sus aires que han llevado al seno de Dios el alma de tantos mártires; que en este instante en que nace, como nace todo lo humano, entre lágrimas y sangre, recuerde los destinos gloriosos que vá á cumplir en el mundo, recuerde, sí, que su pecho fué por espacio de setecientos años el escudo de Europa, que su génio dobló la creacion encontrando en la soledad del Atlántico un nuevo paraiso, santuario del hombre regenerado y libre, que sus naves salvaron la civilizacion cristiana amenazada de muerte en las hirvientes aguas de Lepanto, que en nuestro mismo siglo convirtiendo en altares de la libertad y de la independencia los muros de Cádiz, de Gerona, de Zaragoza, despertó á la Europa, y enseñó á los pueblos á vencer á los conquistadores, á derribar en el polvo á los tiranos, para que fortalecidos por estos grandes ejemplos, y aleccionados por estos grandes recuerdos, sepamos pelear y morir algun dia si es preciso para conservar el depósito de las cenizas de nuestros padres, el sagrado suelo de la pátria. Pues bien, señores, de los fragmentos del Imperio se formaban las nacionalidades. Al concluir estas últimas edades de la civilizacion antigua, se siente dentro del mundo romano un grande movimiento en que cada pueblo busca su símbolo propio, como la señal de su nacionalidad. No significan otra cosa los treinta tiranos. Si los bárbaros, los venidos á dar la idea de individualidad, y la idea de las nacionalidades caian en la adoracion de Roma, no se cumplian las leyes providenciales de la historia. Por eso Dios mandó

pueblos aun más feroces que azotaran y empujaran á los bárbaros á cumplir sus maravillosos destinos. Vienen los hunnos á conmover y aterrar á los mismos bárbaros. Originarios de los desiertos de Tartaria, y de las costas del mar glacial, engendrados en un punto, nacidos en otro, amamantados en otro, sin amor al suelo, errantes por inmensas soledades, teniendo por toda vivienda su carro de guerra, llenas de cicatrices las mejillas, porque al nacer se las han partido para que sintieran antes en sus lábios el amargor de la sangre que la dulzura de la leche; velludos de cuerpo como los osos, pequeños de estatura, nervudos, hundida la cabeza en los hombros, angosta la frente, casi ocultos los ojos, que brillan como los de las lechuzas en la oscuridad de la noche; calzados con pieles de cabra, vestidos con pieles de rata; bestias más que hombres, figuras deformes semejantes á las que ha creado el miedo de todos los pueblos, el miedo, ese histérico del alma; deformes en sus costumbres como en su figura, pues comen raices de sus selvas, ó carne cruda, beben sangre, llevan su racion entre las piernas y el lomo del caballo, lanzan gritos horribles, combaten cuerpo á cuerpo, apresan al enemigo arrojándole un lazo al cuello y arrastrándolo tras de sí; comen, deliberan, duermen, viven siempre á caballo, asestan en vez de flechas huesos humanos, no tienen idea de lo justo, ni sentimiento de pudor, no hablan, graznan como los cuervos, ahullan como las fieras, y deshaciéndose unas veces como las montañas de arena de sus desiertos, y condensándose otras veces como las trombas marinas, son los residuos del mundo bárbaro que vienen á quemar el cadáver de Roma, que no cabia en la tierra.

Dirigiendo aquellos bárbaros se levanta un hombre que

parece el espíritu de las ruinas, el fuego siniestro y fosfórico que cruza por los cementerios; un hombre engendrado en un carro de guerra, nacido entre batallas, criado al pálido resplandor de los incendios; jugando desde niño con las cabezas de sus enemigos; pequeño como un enano fantástico en un cuentó de brujas; de ancho pecho que hierve como el cráter de un volcan, de ojos hundidos que relampaguean, de rostro aplastado, lleno de cicatrices, semejante, *deformæ offæ*, á una deforme tortuga, de color casi negro y cabello casi blanco; azote de la tierra, asesino de pueblos, verdugo de Roma, conocedor de su sangriento destino; con las manos siempre crispadas, airado siempre el semblante; llevando siempre una tempestad en su aliento; que si se mueve es para destruir una region, y si mata para esterminar cien pueblos y dejar millares de cadáveres insepultos; de feroces instintos; de desenfrenados apetitos, pues sus mujeres forman un ejército y sus hijos una nacion; sin creencia, sin culto; acompañado de enjambres de pueblos, servido de legiones de reyes esclavos, conciso en sus palabras, que son ahullidos, constante en sus propósitos, cruel como un tigre, vengativo como un chacal, y que, mostrando la Germania talada, la Mesia encendida, Betsaria borrada, Sirmum saqueado, setenta pueblos de Thesalia aniquilados, dos ejércitos romanos rotos, cien naciones perseguidas y cazadas como fieras, los dos emperadores del mundo á sus plantas, las Galias deshaciéndose bajo el peso de sus legiones, con la espada de los dioses germánicos en la mano y el ódio á la humanidad en el pecho; montado en su negro caballo, cuyas crines, segun la tradicion, destilan sangre, parece Atila el Ariman el génio de la destruccion evocado por el Oriente, ó Satanás que se escapa del infierno á empujar á

los bárbaros para que cumplan su horrible destino de destruccion y de esterminio.

En aquella gran ruina, la Iglesia es el arca que va flotando sobre las aguas del diluvio. Lo digo sin rebozo, sin temer á que los enemigos de la libertad se aprovechen de mi declaracion, sin la Iglesia en este momento, el mundo se hubiera perdido. La iglesia es la unidad en aquel caos; la caridad, el amor en aquel ódio universal; la disciplina de la autoridad en la anarquía; la fuerza moral cuando solo dominaba la fuerza bruta; la democracia espiritual y religiosa, en contraposicion á la aristocracia feudal de los bárbaros; la ciencia que ilumina las espesísimas sombras de la ignorancia; la sociedad espiritual que ora, intercede, perdona, cura, consuela, cuando todos ódian, maldicen y matan; el eterno espíritu de progreso; la idea de Dios que se oculta en el fondo de todas las catástrofes para continuar la vida humana como la luz del sol que se oculta en todas las tempestades; el refugio de la conciencia humana, y sobre todo, el gran tribuno que se opone al desenfreno y al despotismo militar con la palabra; señores, la palabra, el verbo eterno del espíritu que hace temblar siempre á todos esos ridículos tiranos que, careciendo de una idea, solo se fian á la fuerza; bárbaro antropófago, dios que concluye por derribar á los mismos que le adoran. Resumamos. El mundo antiguo dejó la unidad y la igualdad; el mundo germánico trajo la personalidad y la libertad; el mundo católico coronó estas dos ideas con la fraternidad y la caridad. El nuevo mundo estaba hecho; comenzaba, pues, la nueva historia. Roma antigua murió en aquellas catástrofes como se disipa una víctima en el humo del sacrificio. ¿Habremos nosotros deducido de esto alguna enseñanza? ¿Será Roma una nube que se disipe en los

aires? No. La historia ó no es nada ó es el grito de la conciencia humana. La historia ó no es nada ó es la experiencia de la humanidad que nos guarda provechosas enseñanzas. Mirad aquellos males, y vosotros me direis si sentis alguna espina igual en vuestro corazon. Una nube de sofistas servida por otra nube de soldados dominaba en Roma. Bastaba que hubiese un bárbaro con una espada muy larga y una ignorancia muy grande, un bárbaro que ni conocia las leyes ni conocia la hermosa lengua latina, para que todos creyesen que el poder debia ser su patrimonio. La tribuna estaba en el polvo, y rota, porque la tribuna es la única fortaleza á donde no alcanza nunca la espada de los soldados, ó si alcanza será fundida por la espada de fuego de la palabra con que Dios ha armado á sus elegidos, los hombres de la inteligencia y de la idea. El amor á los goces habrá quitado su luz á las conciencias y su energía á los corazones. Todos estaban prontos á la traicion, al perjurio, por un puñado de oro, ninguno al sacrificio que purifica la vida. Vinieron primero los sofistas y degradaron las conciencias. Vinieron despues los tiranos militares y degradaron los caractéres. Tras los sofistas y los tiranos vinieron los bárbaros. Cuando las naciones llegan á este extremo, solo tienen un remedio. Si no lo sienten, si no lo conocen, ¡ay de las naciones! les aguarda la triste suerte de Roma. He dicho. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

APLICACIONES.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Continuemos nuestras lecciones siempre con el mismo espíritu. Sea cualquiera la suerte que me esté reservada en este flujo y reflujo contínuo de ideas y de hechos, ora enmudezca para siempre, ora en otros sitios y desde otras más altas tribunas defienda las ideas á que he consagrado mi corazon sin ódio, y una inteligencia sin dobleces: no olvideis nunca, señores, que en todos mis discursos he procurado inspiraros el culto á la libertad, sin la cual no es la vida humana; el culto á la virtud, sin la cual nos es la libertad fecunda, y el culto á Dios, sin el cual ni la libertad ni la

virtud resplandecen: que libertad, virtud y Dios son la trinidad misteriosa, que coronan como con una diadema de fuego las sienes de nuestra alma. Veo con dolor, con un dolor amarguísimo, profundísimo, lo poco que hemos adelantado; veo la misma duda reinando en las inteligencias, el mismo abatimiento en los corazones; nieblas sobre la conciencia, y cadenas sobre la voluntad; las nacionalidades todavía mutiladas, y ahogadas en lagos de sangre; el derecho todavía velado con espesas sombras; los pueblos, despues de tantos años de revoluciones, aun esclavos; y los espíritus esos que como los buhos solo se gozan en revolotear por las tinieblas, todavía queriendo que la muerte reine sobre la vida, como si la resurreccion de la podredumbre de los sepulcros pudiera ser obra de los hombres; como si en los esqueletos palpitara un corazon y ardiera la lumbre de las ideas; como si el cadáver de Cleopatra fuese capaz de inspirar amores, ni de conquistar un mundo las cenizas de Alejandro, ni resucitar el terror antiguo la sombra de Felipe II enterrada en su frio y húmedo sepulcro del Escorial: que el rio de la vida no vuelve atrás, y á medida que corre se ensancha y acaudala, abriendo más profundo lecho en el seno de la tierra, y retratando con más verdad y más pureza el resplandor de los cielos. El mundo ofrece grandes y casi invencibles obstáculos á las nuevas trasformaciones. Por todas partes les cierra el paso. Pero estas trasformaciones se cumplen y se realizan cuando las impulsa la gran palanca de una idea. Y esta idea viene siempre cuando hay hombres decididos á sacrificarse, á morir por ella; viene á las invocaciones de la fé como un misterioso ángel del cielo á cernerse sobre las hogueras del martirio. Los hombres que se arrojan á defender esa nueva idea, son los primeros en morir para esta vida de un dia, pero

son los últimos en morir para esa otra eterna vida de la historia. Cada treinta años se agita una generacion, que cautiva del Estado, encerrada en algunos palmos de tierra, orgullosa de sí misma, cree definitivo y eterno todo lo que hace, y se imagina que con declarar inviolables sus preocupaciones é infalibles sus oráculos, ni ha de borrar aquellos, ni ha de desoir á estos la eterna marejada de nuevos pensamientos que se alza hirviente de los profundos abismos del espíritu. Como una ola pasa sobre otra ola, como brota una nueva hoja sobre la rama desnuda, como nuevas eflorescencias de astros brillan en la inmensidad de los cielos, nuevas generaciones se despiertan, y cambian la escena del mundo, y levantan altares á las ideas á que sus padres levantaban cadalsos, y convierten las víctimas de ayer en sacerdotes, y abren al soplo de nuevas ilusiones la fantasía, al amor de nuevas esperanzas el sentimiento, á la fé de nuevas ideas la inteligencia; y cada siglo le dice al siglo anterior: retírate, que me quitas el sol de la verdad; retírate, dice el cristianismo al paganismo, y el paganismo se desvanece; retiraos, dicen los bárbaros á Roma, y Roma cae; retírate, dicen los caballeros feudales armados de sus lanzas á las últimas sombras del imperio que se dibujan sobre los destrozados muros de Roma, y se van con Teodorico, y Justiniano y Carlo-Magno; retírate, dicen los reyes al feudalismo, y saltan al estallido de la pólvora los castillos; retírate, dice la filosofía á la antigua fé desde Abelardo hasta Descartes, y la fé vuelve al cielo; retírate, dice el renacimiento á la Edad media, y sobre las vírgenes penitentes del Gioto y Fra-Angélico se levantan las vírgenes de Rafael con la sonrisa de Grecia en los lábios; retírate, dicen los jurisconsultos desde las cámaras reales al poder político de los Papas, y ese poder

se arruina; retírate, dice la clase media á la monarquía absoluta, y se van, como una procesion de sombras en alas del huracan revolucionario, los reyes absolutos; ¿y no hemos de probar nosotros que traemos en cumplimiento de nuestro destino una nueva idea en la inteligencia, á los sofistas, á los doctrinarios, á los neo-católicos, á todos esos gusanos que si viven ¡ay! viven de la podredumbre de una sociedad que ha muerto? retiraros, porque ya no nos inspirais ni ódio ni amor, ni simpatías, ni antipatías; dejadnos trabajar respirando el aire de la vida, y recogiendo la luz que baja del cielo, dejadnos poner las últimas piedras en esta eterna obra del progreso, porque traemos nuestras espaldas agoviadas por la cúspide de la idea de la fé divina que ha de unir los cielos con la tierra.

¡Qué enseñanza ofrecen estas épocas de renovacion, de nueva vida, como los cinco siglos que acabamos de historiar! Toda gran revolucion va henchida de la idea de justicia que asciende rápida del espíritu, como toda nube va henchida del vapor que asciende de los torrentes y de los mares; todo gran revolucionario es un jurisconsulto que trabaja por su nuevo derecho, un filósofo que ilumina el mundo con una nueva idea, un redentor que trae una nueva vida, un pontífice que funda una nueva religion, un trabajador que remueve con su piqueta desde los átomos de polvo de la tierra hasta las estrellas del cielo, un sacerdote que opone al estado social presente el estado social venidero, como Xenofanes opone á la estrecha pátria griega la inmensidad del espíritu, y Sócrates á la voz de los oráculos la eterna voz de la conciencia humana, y Tácito al despotismo de Neron y de Domiciano la libertad germánica, y Pablo Antonio y Athanasio á la corrupcion pagana su soledad, su ascetismo, sus maceraciones, y el Dante á la anarquía feudal la idea po-

tentísima de la autoridad y del imperio, y Tomás Morus á las guerras religiosas la paz de la conciencia, y Cervantes al despotismo oscuro, triste, de la casa de Austria que iba encerrando nuestra nacion en triste sarcófago, la vida ingénua, libre, del campo, la alegría de sus pastores coronados de ramos donde brillaba el rocío, la idealidad de su héroe tan anhelante de libertad como de sacrificarse por los oprimidos, y Rousseau á la vida cortesana de Luis XV, vida de corrupcion, de artificio, de fórmulas vanas, la espansion de la naturaleza, trasmitiéndose todos unos á otros esa eterna utopía de esperanzas infinitas, de ensueños muchas veces irrealizables, pero que agrandan el espíritu y lo obligan á caminar hácia adelante, dejando detrás de sí ruinas, destrozos, tablas rotas de sus altares, con las cuales se levantan los cadalsos de los redentores del género humano, que despues de darle sus ideas, le dan gozosos su propia vida para que se alimente, y crezca y realice su derecho.

Pues bien; una de estas revoluciones hemos descrito é historiado, quizá la más grande, la más trascendental, la más importante de toda la civilizacion humana, aquella en que el espíritu sintió á Dios en su seno. Sí, porque el espíritu humano como el universo, es uno y vario á un mismo tiempo en su vida. Y siendo uno y vario en su vida, es uno y vario en la historia, ese eterno reflejo de la vida. Por eso encontrareis en toda la humanidad las mismas ideas fundamentales, y aquí está la unidad. Pero en cada pueblo encontrareis diversas manifestaciones de estas ideas, y aquí está la variedad. Y de tal suerte es verdadera esta unidad, que en la historia universal se encuentran á un mismo tiempo en pueblos que ni se conocen, ni se tratan, necesidades análogas, unas en el fondo, diversas en

la forma. Las edades principales de la historia antigua son: edad de las tribus, edad de los sacerdotes, edad de los navegantes, edad de los héroes, edad de los filósofos, edad de los conquistadores, edad de los redentores, con la cual se abren las puertas de la historia moderna y la idea de Dios entra en verdad triunfante en nuestra conciencia. Pues bien; á un mismo tiempo vereis aparecer todas estas fases de la vida por diversos pueblos. En vano todos los pueblos han querido llenar de genealogías infinitas los tiempos anti-históricos. Esas genealogías son las ondas que cubren las cimas del tiempo, como el diluvio cubriera la cima del espacio; son el caos moral que precede á la vida, como el caos material precedió á la luz. Al mismo tiempo aparece Focio en la China, Abraham en la tierra del Señor, los reyes pastores en Egipto, el pelasgo teniendo su cítara en las montañas griegas, el etrusco en Italia, el íbero en la tierra donde el sol se pone dándose las manos sin ver el punto en que se reunen, y formando con sus religiones como una cadena invisible. Acaba esta primera edad, y se constituyen las teocracias, y son casi contemporáneos los dioses que nacen de los bosques índicos, y sus sacerdotes, los colegios sagrados de los astrónomos de Caldea, los geroglíficos escritos sobre las pirámides donde una teocracia ha guardado sus secretos, los templos célticos levantados en los espesos y oscuros bosques, piedras miliarias manchadas con sangre, á cuyos piés se hallan los cadáveres que revelan los sacrificios humanos; tiempos que son en el génesis de la historia como los terrenos volcánicos en el génesis de la naturaleza, y forman los grandes y duros lechos á que el aluvion traerá más tarde la tierra vegetal donde han de brotar las ideas. Sí, las piedras célticas son en la historia como las grandes monta-

ñas en el planeta, la primera erupcion del espíritu. El mundo está dormido al pié de los templos; el sacerdote es rey, el pueblo esclavo, el trabajo durísimo, las pagodas inmensos abismos abiertos en las entrañas de la tierra, las estátuas montes cincelados por gigantesca manera; los elefantes, los tigres, los leones, las águilas, todos los animales que tienen gran fuerza dioses; verdadera edad de la esclavitud, de la resignacion del espíritu en la naturaleza, edad que no se trasforma sino cuando el fenicio en Oriente, el cartaginés en Occidente, el pelasgo, marino, *pelagos*, intenta con su barca, su remo, y su lona dominar los vientos y las ondas, y demuestra el dominio del espíritu sobre la naturaleza. Entonces crece el hombre, y ya es razon que aparezcan los héroes. Y aparecen. Sí, aparecen á un tiempo mismo en varias regiones. La caida de Troya resuena en toda la tierra como un golpe dado en el centro hace vibrar todo el escudo. Las antiguas dinastías se van; Ulises, la prudencia monárquica, anda errante como una sombra de lo pasado; Agamenon muere desgraciadamente; Codro es último rey de los alemanes; las grandes ciudades griegas coronadas de acantho nacen á las orillas del mar Mediterráneo, Corinto, Cumas, Nápoles, Mesina, Marsella, Rosas, Denia, como un coro de sirenas que juegan con las espumas de las olas; las repúblicas brotan como por encanto; el héroe Eneas entra en Roma, la ciudad del hombre; el héroe David en Jerusalen, la ciudad de Dios; las tártaros montados en sus caballos ligeros como las olas del huracan turban el sueño de China, y en los dos polos de la historia de este tiempo, en los dos extremos de la civilizacion, en los bosques sagrados de la India donde nacieron los dioses, y en los celestes mares de Grecia donde

por vez primera sintieron los hombres la voz de su conciencia, en estas dos regiones pelean á un tiempo Rama y Aquiles, cantan unísimamente Homero y Valmiki, é inauguran un nueva edad Kápila y Pitágoras, como dos coros que sin verse mútuamente en la tierra mezclaran unísonos sus cánticos en la inmensidad de los cielos. Pero así como las ruinas de Troya indican la muerte de la edad teocrática, las ruinas de Babilonia señalan la muerte de la edad heróica, y el comienzo de la edad de los filósofos. Babilonia se hunde en sus orgías, la ciudad de la mágia, mientras surge Atenas, la ciudad de la razon. A un tiempo se extingue la voz del mago en los altares de Baal, la voz del profeta en Jerusalen, porque Esdras es el último de los profetas, y la voz de los oráculos en Delfos, porque la Pitonisa depone su corona de verbena á las plantas de Sócrates. Las ideas abstractas, las ideas filosóficas, llenan los altares de los dioses, y sustituyen al culto del sentido el culto de la razon humana. Fúndanse las grandiosas escuelas, comienzan los romanos á cimentar en leyes prácticas las ideas abstractas de Grecia, y tal movimiento se deja sentir tambien allá en Oriente, y al calor de la idea filosófica brotan como Sócrates, como Platon, Buda en la India, Zoroastro en Persia, los profetas científicos del Cristianismo. Pero toda idea dá un impulso, es decir, toda idea se convierte necesariamente en fuerza. Por eso detrás de toda idea viene una revolucion. El pensamiento filosófico se hubiera perdido en los vagos aires á no venir la fuerza de los conquistadores abriendo surcos hondísimos para sembrarlo en la tierra. Cuando la filosofía ha llegado á su síntesis universal en Aristóteles, Grecia sintetiza el mundo, permitidme la frase, con Alejandro. Es el conquistador, no de los pueblos, sino de los espíritus; lleva sobre

la frente la estrella de una idea; su espada es como una hoz de oro que no mata sino poda para que sea más frondoso el árbol de la vida; pasa trece años en una odisea de inmortales conquistas; es más bendecido y más llorado por los conquistados que por su compañeros, y cuando muere funda Alejandría, el eterno templo donde el espíritu de Oriente y de Occidente se identifican en ósculo inmortal. El águila romana me parece más tarde la blanca alma de Alejandro que ha huido de su sepulcro, y que se cierne sobre todo un pueblo, obligándole á concluir su obra. Pero así como en la creacion de la tierra todas las sustancias se disponen de suerte que no parece sino que buscan su espresion universal en el hombre, en la historia todas estas épocas se modelan de suerte que piden la aparicion de un redentor. Notad todo lo que sucede cuando el redentor va á aparecer. Los profetas enmudecen, los oráculos se pierden, los dioses huyen, la filosofía reemplaza á la religion, ábrense las puertas de Oriente, los romanos con el instrumento de la guerra universal pacifican el mundo; la idea de Dios sale de Jerusalen como abandonando su pátrio nido; la idea humana se trasforma en Alejandro y se compenetra y confunde con la idea divina en el sincretismo neo-platónico; las ciudades magas, hechiceras, como Babilonia y Persépolis arrojan de sí los dioses, los disipan como una nube de incienso en sus orgías; Grecia esculpe el cuerpo del hombre como preparando la naturaleza humana á una apoteosis; Virgilio llama á las palomas del valle, á los arroyos, á las fuentes, á los floridos arbustos, á las colinas cubiertas de lírios para que presencien la renovacion de la naturaleza, la primavera del espíritu; y allá en un rincon de la Judea, misterioso niño, sin más escudo que el blanco cendal de su cuna, sin más arma que

la invisible palabra escapada de sus lábios, llama en torno de sí á los pastores, á los esclavos, á la plebe tenida por vil, á todo lo que era mofa, escarnio del mundo, exalta su conciencia, les revela su espíritu, les declara iguales á los patricios por su orígen, superiores por su dolor y sus desgracias, y muere en la cruz, en el ignominioso patíbulo por donde habia corrido eternamente la sangre maldecida de los esclavos; y cuando vienen los que van verdaderamente á abrirle paso en el mundo, los que con su martillo pulverizan estado, familia, propiedad, leyes, todo lo viejo para que reciba la levadura de todo lo nuevo, aquella cruz ignominiosa es la salvacion de Roma, porque en aquella cruz ha muerto la esclavitud, y á su sombra ha sentido el hombre despertarse en su seno la santa voz de su conciencia que le ha revelado su eterna y desconocida libertad. Tended los ojos por la historia, y vereis como todos los pueblos aguardan en este tiempo un redentor; Foe en China, en la India Brachma, el pastor que lleva en sus manos la copa llena de rocío de la primera mañana del mundo; en Siria, Apolonio Thianeo; en Palestina, Simon el Mago; en Egipto, Vespasiano; en Nápoles, Plotino; ilustres senadores que con sus milagros, hijos de su exaltacion, embellecen y divinizan la naturaleza humana y la engrandecen fuera de sus estrechos límites, y le dan esa ardiente sed de lo infinito que solo puede calmarse en el cielo. Llamad á estos hombres embusteros, falsarios, vosotros los que pesais los hechos históricos en la balanza de una crítica escéptica, vosotros los que medís con el ángulo de vuestro compás los dominios infinitos del espíritu humano, llamadlos embusteros y aun tengo el derecho de preguntaros si han derramado alguna vez en el alma vuestras frias verdades el bien, el consuelo que derramaron

estas anatematizadas mentiras. El mundo pedia, pues, á grandes y repetidos clamores una verdad espiritual que lo sacara del materialismo, donde estaba sumido como el hipopótamo en su lecho de barro. Toda la historia estaba preparando tan supremo instante. La antigüedad no habia sido más que una larga preparacion al Cristianismo. Los astrónomos dicen que antes de formarse los astros, la materia cósmica está diseminada en los cielos. Pues bien; antes de formarse el Cristianismo sus ideas se hallaban diseminadas en la conciencia. Cristo pronunció el *fiat*, y el astro de la nueva idea surgió formado del caos. La India habia diseminado sus gimnosofistas á las puertas mismas de Alejandría y de Jerusalen; la Persia habia llamado á la eucarística de su mágia á todos los pueblos; los budistas predicaban la caridad á razas inmóviles y dormidas en el egoismo; el fariseo guardaba la idea de Dios con su celo verdaderamente religioso; el sadúceo llevaba las ofrendas de la civilizacion clásica al pié del tabernáculo; el esenio predica la maceracion y el ayuno; el alejandrino encuentra la síntesis entre el helenismo y el judaismo; el gnóstico desaloja los dioses de la naturaleza y la puebla de ángeles que traen la palabra divina en sus alas; los profetas apocalípticos anuncian que la tierra tiembla hasta en sus cimientos sacudida por una idea como la nave por el viento; los egipcios recuerdan la inmortalidad al espíritu; las escuelas de los rabinos idealizan el antiguo testamento, sus símbolos y sus leyes; los ascetas levantan lo ideal sobre lo real, y cuando todas estas grandes tempestades se cruzan en los espacios, se oye la voz aquella misteriosa que se exhala, no de un trono sino de un patíbulo; la voz doliente que redime el espíritu, y redimiendo el espíritu, redime toda la vida, el arte, la ciencia, el

[illegible] sentimiento, la idea, volcando un mundo, y en[illegible] produciendo una nueva humanidad, á cuyos [illegible] una horizonte infinito con aquella máxima que [illegible] «no lames á ningun hombre tu dueño ni tu se[illegible] perfecto como es perfecto tu eterno padre que [illegible].» Parece imposible que ciertas gentes [illegible] en términos la imágen de Cristo de la con[illegible] humana, que sea difícil, imposible casi descubrirla. [illegible] De ellas puede decirse lo que [illegible] en el verso tercero del capítulo pri[illegible]: «*Cognovit vos possesorem suum, et* [illegible] *Israel autem non cognovit,* [illegible] *intelexit.*» Palabras del profeta, que [illegible] presente, dicen: «Conoce el buey al [illegible] su dueño; y los neo-católicos que se [illegible] Cristo, no conocen á Cristo.» No lo [illegible] diez y nueve siglos que su palabra está [illegible] y aun no la han oido. Cuando [illegible] temblaron, y se estremecieron [illegible] que vivian en las cadenas. Tiberio, [illegible] Cristo, Estéban, Pablo, los es[illegible] venian á poner la planta [illegible] la luz del Calvario, y en ver[illegible] si no veis que aquella es luz de libertad. No puede, no, sostener la tiranía el que dijo á los tiranos: «hijos sois del miedo, sombras sois del pecado.» No puede sostener las castas soberbias el que dijo: «entre vosotros, el que quiera ser el primero, sea el último; y el último, sea el primero.» No puede, no, sostener el cadalso y el verdugo que aun reinan en nuestra sociedad, el que demostró en su patíbulo que la muerte impuesta por un juez humano puede herir la misma justicia divina.

No puede, no, sancionar el privilegio el que exclama; todos teneis un padre en la tierra, que es Adan, y un padre en el cielo, que es Dios. Él nos dijo: buscad á la justicia, y lo demás se os dará por añadidura: que no puede dejaros desnudo el que viste las aves del cielo, y los lirios del campo. Él llamó á sí á los pobres, á los oprimidos, á todos los desheredados. Su doctrina fué la reaccion del alma de los esclavos contra los Césares. Sus primeros sectarios, todos los hombres que la sociedad arrojaba de su seno. Él ha obligado á diez y nueve siglos de grandeza y de luz á estar de rodillas delante de un patíbulo, que no se hubiera atrevido á mirar un patricio romano. Y no vino á matar, sino á resucitar; no vino á maldecir, sino á curar; no vino á perder, sino á salvar. ¿Le creerias santo y redentor, si en vez de mostraros el sepulcro de Lázaro vacío, y Lázaro de pié, hubiera sembrado de cadáveres su camino? Pues bien; mirad lo que hacen los soberbios que se dicen su imágen sobre la tierra. Han convertido la corona que de cada una de sus espinas mostraba una gota de sudor en diadema de brillantes, que descompone en matices la luz de los cielos; han convertido la frágil caña de escarnio en cetro de oro para escarnecer á los hombres, la túnica de lino en manto de púrpura teñido en sangre; la hiel y vinagre en orgiástico vino; la caridad, el amor, en guerra y esterminio; en vez de resucitar cadáveres podridos como el de Lázaro, han enterrado naciones vivas como Polonia, Hungría, Italia; han nombrado su primer ministro al verdugo, y despues se han llamado imágenes continuadores ¡santo Dios! de aquel que no abrió sus lábios sino para bendecir, que no tuvo corazon sino para amar, que habiendo creado los cielos y los astros, llamó á sus hermanos, á estos gusanillos del polvo que se llaman hom-

bres; de aquel que nació en un establo, y llamó padre á un artesano, y vivió la vida del pobre, y tuvo por apóstoles pescadores, y diseminó su doctrina entre el pueblo, cual si queriendo redimir con su muerte el alma del error, y con su vida del envilecimiento el trabajador y el trabajo. La historia del mundo, ha dicho el más grande de todos los filósofos modernos, es la historia de la libertad. Pues bien, señores; si la historia del mundo es la historia de la libertad, podemos decir que desde este instante supremo del Cristianismo, la emancipacion es más fácil. La humanidad desde el punto en que pasa por el Calvario pasa por la cima de su emancipacion. Cada siglo rompe un eslabon de la cadena histórica, y trae en sus alas una idea nueva. Cada grande edad es como un golpe de cincel dado por un escultor invisible en esta estátua que llamamos hombre, y que vá señalando con su dedo la misteriosa corriente de los hechos. En cada siglo encontrareis un lado malo, una sombra espesa; pero en cambio, cuánta luz, cuántos esfuerzos para levantar á la humanidad de su postracion. Llamad á juicio todos los siglos, porque á todos tenemos derecho de juzgarlos, y os presentarán un lado oscuro, reaccionario, y un lado claro, refulgente; una fuerza que los paraliza, otra fuerza que los mueve; ¡maravillosa mecánica de la historia! y vereis á todos realizar una parte de la idea, que nace en este tiempo del nacimiento, del orígen del Cristianismo. El siglo primero es el siglo de Tiberio y de Neron; pero es tambien el siglo del Redentor y del Imperio; el siglo en que Cristo proclama la unidad de Dios desde el Calvario, y el Imperio la unidad de todos los hombres desde el Capitolio. El siglo segundo es el siglo de Domiciano y de Cómmodo; pero es tambien el siglo en que los gnósticos preparan el Oriente

para la nueva idea, y los apologistas el Occidente, y los estóicos, sin quererlo y sin saberlo, llevan el soplo del Cristianismo de la justicia divina al derecho romano. El siglo III es el siglo de Heliogábalo, pero es el siglo en que Orígenes lleva la filosofía al Cristianismo, y Plotino el Cristianismo á la filosofía; el siglo en que la fé y la razon sin conocerse aun se abrazan como dos ángeles que se encontraran perdidos en medio de una tempestad. El siglo IV es el siglo de Juliano, de la reaccion pagana; pero como siempre que una grande reaccion se presenta, el siglo de la accion católica, del Concilio de Iliberis, de Nicea, el siglo en que el verbo penetra en la conciencia como la palabra creadora penetró en el caos en el primer dia de la creacion; el siglo en que si la ciudad del hombre, Roma, se arruina, se levanta la ciudad de Dios. El siglo V es el diluvio de la antigua sociedad; por los cuatro puntos del horizonte vienen Alarico seguido de los visigodos, Odoacro seguido de los ostrogodos, Jenserico seguido de los vándalos, Atila seguido de los hunnos; pero sobre aquella desolacion universal se levanta el primer boceto de la personalidad humana ceñida con los resplandores del Cristianismo. El siglo VI es el siglo de Leovigildo el parricida, y del martirio de Brunequilda; pero es tambien el siglo en que los bárbaros se reconcilian con la iglesia por medio del franco Clodoveo y del godo Recaredo. El siglo VII es el siglo del envilecimiento de los godos en Toledo su nueva Bizancio; pero es tambien el siglo de la exaltacion del espiritualismo católico en las razas del Norte, por medio de San Gregorio, y de la exaltacion del deismo en las razas del Mediodía, por medio de Mahoma. El siglo VIII es el siglo de Tuder y de Arnando, los grandes apóstatas; de Muza y de Tarik, los conquistadores; de

Witikind y de Astolfo, los grandes bárbaros; pero en cambio es el siglo del renacimiento de los árabes al Mediodía por Pelayo y Cárlos Martel en Poitiers y Covadonga, y del renacimiento de los sajones por Carlo-Magno y Ludovico Pio en Aguisgram y en Paderbon. El siglo IX es el siglo de Lotario el parricida, de Silo, de Mauregato, pero es el siglo del quebrantamiento del imperio árabe con la caida de los omniadas en Damasco, y del quebrantamiento del imperio cristiano con la caida de los carlovingios en París. El siglo X es el siglo en que Othon vió palidecer el sol, y la esposa del rey Roberto adulteró con el diablo, y Almanzor, la última sombra del califato, dispersó con el sonido del atambor árabe los cristianos, y los monjes aguardaron de rodillas el sonido de la trompeta final, pero el siglo en que el hombre al verse libre de la terrible fecha del año mil creyó resucitar y se reconcilió con la naturaleza. El siglo XI es el siglo del Pontificado, el siglo en que mientras cae el califato con el último de los omniadas en Córdoba, cae, y si no cae, agoniza el Imperio en Maguncia, mientras Gregorio VII con la corona de todos los reyes en su frente y el rayo del cielo en sus manos, vé la condesa Matilde ofreciéndole Toscana; David I desalojando los dioses druídicos de Escocia; el conde Enrique presentándole como un recien-nacido Portugal; Ramiro I, Aragon; Canuto IV, Dinamarca; Boleslao II, Polonia, y hasta Alfonso VI cambiando en Toledo el rito visigodo por el rito latino para que el espíritu y la forma de la iglesia sean universales. El siglo XII es el siglo de oro del Catolicismo; el siglo del mayor florecimiento de la arquitectura bizantina, del nacimiento de la arquitectura gótica, de los poemas en que los héroes son los enemigos de los enemigos de la iglesia como Roldan y como el Cid; el siglo de Go-

dofredo de Bouillon, el rey virgen; de las cruzadas en que un mundo á la voz del pontífice se levanta como una ola y cae sobre otro mundo; el siglo en que si Abelardo protesta, su voz estéril y mutilada como su cuerpo, se pierde en los acentos de Pedro el Ermitaño y San Bernardo. El siglo XIII empieza siendo de la iglesia, y concluye apartándose un tanto de la fé, como Pedro II uno de sus héroes que pelea en las Navas al lado de los cristianos, y perece en Muret al lado de los albigenses; el siglo que tiene por letra inicial Inocencio III, y por letra final Bonifacio VIII; el siglo que comienza con San Fernando, con San Luis y el rey D. Jaime I, concluye con Federico II el ateo, con Guillermo de Escocia el rebelde, con Pedro III de Aragon el excomulgado, con la carta magna arrojada por los barones ingleses al rostro del Papa, y con los grandes testamentos del Catolicismo, la Suma Teológica, su testamento científico; la divina comedia, su testamento poético; las comunidades italianas, su testamento político; las partidas, su testamento en derecho; el Giotto, su testamento en pintura; el Campaníle de Florencia, las catedrales de Colonia, de Búrgos, de Toledo, su testamento en piedra. El siglo XIV es el siglo en que el ideal artístico, que estaba en el cielo con Beatrice, baja á la tierra; en que el guantelete de hierro de la monarquía, abofetea al Papa, y Bocacio se rie de los conventos, y el arcipreste de Hita de Roma; y Gerson combate la teocracia que ha sido la vida de la Edad media, y la revolucion monárquica que durante dos siglos corria subterránea, estalla, y llega para fundar las nacionalidades modernas al terror engendrando á Pedro el cruel en Castilla, á Pedro el temible en Portugal, á Pedro el del puñal en Aragon, á Cárlos el malo en Navarra, al fratricida Burgen en Suecia, al gran Kan

de los tártaros que en una noche ahorca á todos los reyecillos de Rusia como los reyes de Occidente ahorcaban á todos los señores feudales que tenian á mano. El siglo xv es el siglo de los descubrimientos, el siglo en que se generaliza la pólvora, y las naves encuentran con la brújula un derrotero en el desierto de las aguas, y el pensamiento con la imprenta un prenda segura de inmortalidad, y la táctica se convierte en una matemática que destruye los ejércitos sucursales, y el crédito iguala las condiciones y hace de banqueros, como los Médicis, reyes, Papas, y los poetas clásicos renacen á los conjuros de Poggio, y Vasco de Gama vuelve á encontrar en Oriente la India, la tierra de lo pasado, y Colon en Occidente halla la América, la tierra de lo porvenir, y el pintor inventa la perspectiva, y despierta la naturaleza en los cuadros, y el arquitecto arranca á la tierra los templos griegos y romanos, y los eleva en los aires, y la tierra entera rejuvenecida se estremece de gozc y de esperanza cual si hubiera en su seno un Dios, como la jóven esposa que siente palpitar el primer fruto de su amor, al primer sentimiento de maternidad en sus castísimas entrañas. Y aparece el siglo xvi, y la monarquía absoluta recoge su evangelio, el libro de Maquiavelo, y se forman los grandes imperios; el imperio español en Cárlos V y Felipe II; el imperio francés con Francisco I y Enrique IV; el imperio turco con Bajaceto, y Amurat IV; la confederacion del imperio hungólico, tártaro y chino; y al pié de estas absorventes unidades, ruedan desde el siglo anterior las protestas de Zuingho en Suiza, .a de Crammer en Inglaterra, la de Calvino en Francia, ;e del dulema Kabir en Turquía, la de Cazalla en España, la de Bruno y Savonarola en Italia, la de Lutero en el mundo; y cuando la Iglesia quiere contestar, contesta con la

música de Palestrina, con los pinceles de Rafael, con el cincel de Miguel Angel en San Pedro, donde levanta al cielo el panteon de todos los dioses; obras todas en que si no está escrita la protesta religiosa, está escrita la protesta artística, primer combate asestado contra la Iglesia y que la Iglesia no conoció hasta nuestro siglo. Y viene el siglo XVIII, y con él la filosofía de Descartes, que levanta la voz de la duda filosófica, Loke que funda la filosofía en el sentimiento, Lesbnitz que la fundan en la idea, Espinosa y Mallebranch que la fundan en el ser; y al mismo tiempo que la filosofía se robustece, la monarquía decae, porque desde Luis XIV baja al duque de Borgoña, desde Enrique VIII al cadalso de Cárlos I, desde el gran Cárlos I al impotente Cárlos II. La razon habia mostrado la autoridad; los pueblos empiezan á destronar á los reyes. Y viene el siglo XVIII, y es el siglo de la revolucion, sí, de la revolucion en todas partes, de la revolucion, que es un inmenso órgano que tiene cien voces, porque es revolucionario todo el mundo: el rey Cárlos III que suprime la órden de los jesuitas, el rey José II que borra los fueros del Papa; el rey Federico que asienta la filosofía en el trono; el duque Leopoldo de Toscana que suprime la pena de muerte; la reina Catalina de Rusia que consulta á los filósofos; Kant, que en la crítica de la razon pura destruye los fundamentos de la antigua filosofía, y en la crítica de la razon práctica asienta los fundamentos del nuevo derecho; Voltaire que persigue con su risa escéptica todas las ideas, y Rousseau que escribe el decálogo de la nueva sociedad; Beaumarchais que se rie del rey y del clero en el teatro como se rie Moratin de nuestros mogigatos y de nuestra educacion absolutista; el padre Feyjoo, y Aranda, y Campomanes, la revolucion en el trono, la re-

volucion en el claustro, la revolucion en el foro; Rossini la revolucion en la música; Mirabeau el rayo de santa electricidad; Robespierre la nube; el alma de Danton, el huracan; hasta que por fin, en medio de todas estas grandes olas de ideas mezcladas con turbiones de lágrimas, ya se ve brillar el gran principio de la nueva sociedad, el fruto de tantos afanes, el objeto de tantos estudios, el foco de tantas ideas, la revolucion francesa, y sobre la revolucion francesa esta política que debeis grabar en vuestro pecho, que debeis trasmitir á vuestros hijos, los derechos naturales, la muerte del feudalismo, de la teocracia, de la monarquía; la eterna consagracion de la libertad humana, en cuya virtud, rotas á sus plantas todas las cadenas, el hombre se declara el rey de la naturaleza. Hé aquí, señores, cómo se han unido los dos polos de la historia, el Cristianismo y la revolucion, el siglo I y el siglo XIX. No hay más que un solo Dios, dijo Cristo; no hay más que una sola humanidad, dijo la revolucion. Todos los hombres son iguales ante Dios, dijo Cristo; todos los hombres son iguales ante la ley, dijo la revolucion. Todos los hombres son libres, dijo Cristo, y rompió el yugo del destino; todos los hombres son libres, dijo la revolucion, y rompió el cetro de los reyes absolutos. Todos sois hermanos, dijo Cristo; todos sois hermanos, dijo la revolucion. Delante de Dios no hay ni nobles ni esclavos, dijo Cristo, pues delante de mí no puede haber esclavos. La conciencia es libre, esclamaron los primeros cristianos en el patíbulo y en el tormento; la libertad de conciencia es un derecho inviolable, dijo la revolucion. Y hé aquí, señores, cómo se unen el Cristianismo y la libertad; y hé aquí cómo si el siglo I escribió el Evangelio religioso, nuestro siglo ha escrito el evangelio social. Sois hijos de Dios, dijo Cristo. Sois hombres, ha dicho la revolucion.

Hé aquí unidos el primero y el último siglo de la historia. En este exámen de los siglos, vemos, señores, la existencia real de ese ser superior que llamamos humanidad, y á cuya vida llamamos historia. El individuo duda, y la humanidad afirma; el individuo falta, y la humanidad es inmaculada; el individuo yerra, y la humanidad acierta siempre; el individuo vacila, cae, y la humanidad se mantiene firme; el individuo retrocede, y la humanidad progresa; el individuo es irreligioso muchas veces, y la humanidad no ha cesado ni un punto de comunicarse con Dios en esta ó en la otra forma; el individuo muere, y la humanidad es inmortal. Por eso de cada uno de los siglos en que la humanidad ha vivido, se levanta un cántico inmortal que inspira como los ecos del órgano bajo las bóvedas de una catedral gótica, vivo sentimiento religioso. Bendecidlos, señores, bendecid conmigo todos los siglos. Así como en la gran química de la naturaleza nuestro cuerpo está formado de todas las sustancias de la tierra, en la gran química de la historia nuestro espíritu está formado de todas las ideas de los siglos. Bendecidlos, pues, señores, bendecid todos los siglos. Bendecid las edades anti-históricas, porque fueron vuestra cuna; bendecid las tribus, porque fueron vuestras madres; bendecid las teocracia, porque afirmaron el primer sentimiento religioso en el corazon humano; bendecid los pueblos heróicos y los pueblos trabajadores, porque los unos os hicieron dueños de la sociedad, y los otros dueños de la naturaleza; bendecid los filósofos, porque abrieron vuestra razon á lo infinito é hicieron oir al espíritu la voz de la conciencia; bendecid los conquistadores, porque con sus espadas borraron las fronteras y unieron las razas; bendecid el siglo 1, porque fué el siglo en que cimentada la unidad humana por la guerra, y la

unidad divina por la revelacion, se dieron un abrazo inmortal en el seno de vuestro espíritu; bendecid el siglo II, porque convirtió todas las ideas en el derecho que aun guarda el paraiso de vuestro hogar; bendecid el siglo III, porque unió la razon y la fé separadas en toda la historia; bendecid el siglo IV, porque llenó con las armas de la idea divina toda la concienciа; bendecid el siglo V, porque con mano fuerte grabó sobre las ruinas la idea sagrada de vuestra personalidad; bendecid el siglo VI, porque completó la idea germánica de vuestra personalidad con la idea social del Catolicismo; bendecid el siglo VII, porque os trajo en sus alas con el soplo del Oriente un recuerdo de los primeros dias de la creacion; bendecid el siglo noveno, porque fortificó la idea de vuestra porsonalidad con el feudalismo; y el undécimo porque confirmó la idea social con el pontificado; y el décimo-segundo porque creó los municipios sobre los cuales dejó el siervo del terruño sus cadenas; y el décimo-tercio, porque creó esa poesía cuyos tipos aun sostienen al heroismo en todos los pueblos; y el décimo-cuarto, porque fundó las nacionalidades, condicion necesaria de la pátria; el décimo-quinto, porque os hizó dueños del planeta; y el décimo-sexto, porque os hizo dueños de vuestra conciencia; y el décimo-séptimo, porque os hizo dueños de vuestra razon; el décimo-octavo, porque os hizo dueños de vuestro derecho; bendecid toda la historia, porque es el génesis inmortal del espíritu; pero bendecid sobre todo á Dios, porque es el alma, la vida, la razon, y el movimiento de toda la historia.

Pero, señores, en estos cinco primeros siglos que hemos historiado, se vé la separacion entre dos artes, entre dos ciencias, entre dos sentimientos, entre dos socieda-

des, entre dos corrientes de la vida. Roma ha muerto. Mientras sirvió al progreso, mientras sirvió á la libertad, el mundo entero fué su tributario. Esta unidad absorbente, esta unidad incontrastable fué rota porque era necesario que apareciese la idea de variedad, la idea de personalidad. Así va el mundo. Así los poderes más altos se derrumban. Así los séres más humildes se exaltan. Así cumple la ley maravillosa del progreso. Adoremos estas dos palabras: Dios y libertad. He dicho. (Frenéticos aplausos.)

APLICACIONES RELIGIOSAS.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

Hemos consumido cuatro años enteros tratando los precedentes del Cristianismo, su preparacion en el mundo, su ulterior desarrollo; justo es que hablemos ahora, como consecuencia natural, de la aplicacion de todas estas ideas al espíritu y á la vida presente. Nuestros estudios se verian completamente malogrados, completamente perdidos, si no reflexionásemos algo, siquiera sea con brevedad, sobre nuestro estado religioso. No hay para qué ocultarlo, porque las llagas no se curan ocultándolas; nuestro estado religioso es muy triste, la crísis que atravesamos, escepcional y suprema. El sentimiento religioso

es una necesidad del alma como la idea, una santa necesidad del corazon como el amor. Hay esparcido en todos los séres un sentimiento que significa la aspiracion incesante á lo infinito; pero con especialidad sobre aquellos séres en los cuales ha encendido Dios la luz de la razon. La muerte, el sepulcro, todos estos misterios nos llaman con imperioso llamamiento á comunicarnos con lo infinito. El hombre seria como una sombra que pasa sobre el movible oleage de los hechos de un dia, si el hombre no estuviese ligado por la razon con algo eterno, algo permanente, que es Dios. Y esta idea de Dios tan viva, que con tanto imperio se impone á nuestro espíritu, es la luz que ilumina eternamente el misterio de la muerte.

Y sin embargo, ¿cómo siendo el sentimiento religioso lo más vivo que hay en nuestro ser, decae en este siglo? No se diga que decae porque el siglo es materialista. Casualmente no puede decirse esto de una época en que vemos un pueblo tenido por positivista y mercantil verter su sangre y verterla á torrentes por la emancipacion del esclavo. Roma concebiria el verter sangre por sus privilegios de ciudad; la Edad media concebiria el verter sangre por los privilegios de sus señores feudales; el siglo décimo-sexto concebiria el verter sangre por la supremacía del rey sobre los señores feudales ó la supremacía del Papa sobre los pueblos protestantes; pero solo este siglo, este gran siglo, socialmente considerado, el más cristiano de los siglos, concibe la idea de verter su sangre, y ofrecer holocáustos en aras de la esclavitud.

La verdad es, que el sentimiento religioso se ha viciado al contacto de esa escuela neo-católica que ha hecho de la religion un arma, y nada más que un arma política. Se ha dicho que esa aspiracion del alma á lo

infinito no puede caber sino en los esclavos, y se ha quitado de esta suerte al sentimiento religioso toda su expontaneidad, y todo su sublime misterio. Se ha unido indisolublemente la idea religiosa con el absolutismo, con el feudalismo, con todas las instituciones malditas por la humanidad, y abandonadas por el espíritu. Esa escuela ha llegado á renegar de la razon humana y de todos sus atributos. Esa escuela ha llegado á constituir la filosofía del escepticismo por abuso de la autoridad, la política de la inmovilidad por abuso de la tradicion, la moral del egoismo por abuso de la idea de expiacion; y en historia ha consagrado el dogma pagano del retroceso, elevando á divinidad la desesperacion y el terror. Ya se vé, desde el momento mismo en que se le ha dicho á un mundo inclinado desde luego á la libertad, por la cual ha hecho tantos sacrificios, que toda idea de libertad era incompatible con el progreso, desde el momento en que se le ha dicho esto, y por aquellos mismos que creen tener vinculada la idea religiosa; desde el momento en que se ha dicho esto, se ha traido sobre el mundo moderno un desolador escepticismo, una abierta contradiccion entre la idea religiosa y la idea liberal; y de aquí una lucha que no ha podido terminarse, que no se ha terminado sino por el decaimiento de la idea religiosa. Examinadlo bien, estudiadlo bien, señores, y vereis en la idea que apunto la causa ocasional y profunda de nuestro malestar religioso. Y como quiera que la escuela neo-católica excomulga religiosamente toda idea política que no sea su idea política, toda aspiracion que no sea su aspiracion, de aquí proviene la lucha tremenda de nuestro siglo, lucha de una religion sin libertad, con una libertad sin religion.

Pues bien, yo creo que este mal se concluye con una

grande y verdadera solucion, con la solucion de la libertad. Deje de ser la Iglesia un poder del Estado, proclámese su independencia absoluta, y se tendrá por necesidad resuelto el difícil problema. La Iglesia dejará de ser un poder político, pero tambien la libertad renunciará á su guerra con la Iglesia. Reflexionemos sobre estos graves puntos.

El Cristianismo es una religion de paz y de amor. Al predicar el dogma de la unidad de Dios ha predicado el dogma fundamental de la vida moderna, de la historia moderna. Al predicar el dogma de la libertad ha predicado la idea madre de todas las ideas políticas, la idea, que es como el alma de todas las instituciones de nuestro siglo. Al predicar el principio de igualdad ha predicado el fundamento del derecho. Y sobre todas estas ideas, sobre todas estas instituciones, ha extendido lo que podriamos llamar la eterna esperanza, el dogma del progreso. Así puede decirse, puede asegurarse, que en el Evangelio se encierra la democracia del mundo moderno, que el Evangelio separa la Iglesia del Estado, que el Evangelio funda los eternos principios de libertad, de igualdad, de fraternidad.

Pero la verdad es, que á esta doctrina se ha mezclado un gran vírus de elemento pagano. El Cristianismo se planteó como religion de la conciencia, frente á frente del paganismo que se defendia como religion del Estado. La gran defensa de la idea pagana, era que sus dioses habian sido los protectores de los pueblos, que bajo sus auspicios se habian ganado todas las grandes victorias y habian crecido todas las instituciones, y que desarraigarlos del altar era lo mismo que desarraigar el Senado y el Imperio; y por eso tenian derecho á perseguir á los nazarenos

y á obligarles por los tormentos, por las hogueras á abjurar una religion contraria á la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que andando el tiempo se habian de ingerir los mismos errores paganos en la sociedad cristiana. Felipe II y Carlos IX, procedieron como Domiciano y Diocleciano; la inquisicion fué la hoguera pagana renaciendo de sus cenizas; y las guerras de religion, los últimos espasmos del mónstruo del paganismo. Sí, porque la idea cristiana fué siempre la separacion de la Iglesia y el Estado. Libertad, sí, libertad tan solo pedia la Iglesia. Este era su grito, este el clamor universal de todos sus hijos hasta el siglo quinto. No aspiraba á un dominio transitorio en el mundo, aspiraba á penetrar en la conciencia, y sabia que solo le era dado penetrar por medio de la libertad. El Cristianismo tenia sus instituciones, sus leyes, su autoridad peculiar y propia; pero ni su autoridad, ni su reino eran de este mundo. Así no ejercia coaccion alguna para atraerse prosélitos, ni para disciplinarlos, ni para guardarse de las asechanzas de sus enemigos. Sus leyes estaban escritas en la conciencia, su espada era la palabra, el único medio que para triunfar queria la libertad. Todos los padres de la Iglesia en este tiempo predicaban el principio del respeto debido á la conciencia humana en su íntima comunicacion con Dios. Todos negaban á una que el Estado tuviese derecho alguno á forzarles á la adoracion de sus ídolos. Todos, reconociendo la autoridad política de los césares, desconocian su autoridad sobre el pensamiento, sobre el alma, donde solo puede reinar la conciencia; eterno resplandor de Dios en la vida. Así al mismo tiempo que elevaban la conciencia á Dios, la elevaban á conocer sus derechos. Jamás el espíritu se ha levantado con más fuerza, con más vigor á

reclamar su libertad, la divina libertad, en cuya virtud solo reconoce sobre su conciencia la eterna jurisdiccion de Dios. Por si acaso me creyerais preocupado, os citaré las mismas palabras de los escritores cristianos. «Nosotros no combatimos, decia San Clemente, porque no queremos el poder de un dia. Y como nuestras esperanzas no están en nuestro mundo, ni evitamos los suplicios, ni huimos de los verdugos.» Y concluia por pedir para el Cristianismo la libertad, y solo la libertad de manifestar sus ideas. Orígenes condenaba aun con mayor fuerza toda coaccion material en la esfera religiosa. «Jesucristo no quiere ganar las almas, ni poseerlas por la violencia, sino por la santidad de su doctrina.» Más claramente está aun sostenida la inviolabilidad de la conciencia humana por el gran Tertuliano. «Mirad no sea autorizar el quitarme la libertad religiosa, la eleccion de mi Dios, el no permitirme adorar lo que yo quiero para forzarme á adorar lo que no quiero.» En su carta á Escápula añade: *Non est religionis cogere religionem*. Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano á la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados á creer que la religion proclamaba la libertad, cuando vencida, esclava, proscripta se ocultaba en las Catacumbas y contaba sus víctimas por sus desgracias y sus martirios; y que vencedora, renegó de estos principios con cuya virtud habia vencido, no hacen más que poner en la religion celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando por su naturaleza debe tener un criterio infalible de derecho, superior á los movibles sucesos de un dia, y por su naturaleza ser el principio y el fundamento de toda verdadera justicia.

Yo comprenderia sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia, en aquellos tiempos en que eran hijos devotos de su buena madre, y cumplian sus mandatos, y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y la hacia santa é inviolable, cuando los pequeños reinos se acogian y ocultaban, cual pobres huérfanos, entre los pliegues del manto de los pontífices, encarnacion de todo principio de justicia internacional; yo comprendo esta proteccion en tales tiempos; mas pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es como una lucha, como una batalla contínua con todos los poderes; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha luchado con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las reformas leopoldinas, y con los Borbones por la expulsion de los jesuitas, ejércitos permanentes, caballeros andantes del Papa; y con Napoleon el Grande por la interpretacion del concordato, y con el chico por la pérdida de sus Estados; y con los mismos firmantes del más opresor de los concordatos, del concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos y por las obras de Schiller, sí, del poeta del ideal, puesto en el índice; y con la corte absolutista de Nápoles por la hacanea ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Carlos de Anjou; y con Saboya por las leyes Siccardi que abolian la jurisdiccion eclesiástica y vedaban el derecho de asilo á las iglesias; con Bélgica, con esa nacion pequeña en su territorio, grande en sus libertades, nacida al amparo del catolicismo, por sus derechos constitucionales; y con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion donde la democracia ha hecho de las grandes montañas que se levantan al cielo en testimonio de la grandeza del Hacedor,

el templo de la libertad con los cantones católicos de Friburgo, por el pase, y del Tesino por el matrimonio civil; con España, con el pueblo que se arrojó al abismo de la guerra universal como Quinto Curcio en defensa del catolicismo, por la abolicion del diezmo y por la extincion de los conventos; con la América española, con aquella nueva creacion descubierta para extender los dominios de la Iglesia cuando se emancipaba la mitad del antiguo mundo; con Nueva Granada por la asignacion al clero; con Méjico por la desamortizacion; con la república argentina por la libertad de cultos; cuando todos los poderes no han hecho más que luchar con la Iglesia, pedir la proteccion, el amparo de esos poderes, equivale á pedir las cadenas para la Iglesia, á pedir una esclavitud legal que le arranca los espíritus, entregándoselos á los gobiernos, cuando por la libertad seria suyo el dominio de aquella region, donde reside la fuente misteriosa de todas las ideas, seria suyo el dominio de la conciencia humana.

Y por eso he estudiado con grande esmero, con prolijo cuidado, estos tiempos primeros del Cristianismo y especialmente ese siglo quinto en que no se habia aun cometido el adulterio de mezclar, de confundir la religion con la política, la Iglesia con el Estado. Ha pasado ya la época de las persecuciones. La Iglesia ni tiene poder político, ni tiene alianzas con los emperadores. Mirad, señores, mirad, ¡qué grandioso espectáculo! Mirad esta Iglesia no protegida, no amparada por ninguna fuerza material sino por la fuerza de su autoridad religiosa, por la virtud de sus ideas y de sus dogmas. Los césares vencidos, las hogueras apagadas por la sangre y las lágrimas de los mártires, los arúspices mudos sin atreverse á evocar sus antiguos sortilegios, la pitonisa inmóvil sobre su trípode lle-

vándose la mano á la fria y árida frente por donde no pasa una idea, la última trasformacion del paganismo ahogada, la heregía maniquea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, en el polvo merced á las heridas de las invisibles armas de las ideas; la heregia pelagiana huyendo como una sombra á perderse en el brumoso velo del Norte; la tribuna en Alejandría y sobre la tribuna, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, S. Agustin con la ciudad de Dios en su mente; Paulo Orosio con las palabras de salvacion y de esperanza en los labios; el tirano degollador de una ciudad entera, de rodillas á los piés de Ambrosio de Milan, plegadas las manos en demanda de perdon; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas y produciendo el beso de las auras celestes, un himno á lo infinito; la sociedad de la libertad, de la igualdad, levantándose sobre la sociedad del privilegio y del fatalismo; y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia Roma como un planeta desengarzado de su centro de gravedad, en aquel dia del juicio final del mundo antiguo, al estrépito de las ruinas, al pálido resplandor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan sangre, bajo el filo de las siniestras esterminadoras espadas hambrientas de matanza, los mismos hombres que tienen valor para arrojarse con los brazos abiertos á detener el torrente, como S. Severino que doma á Odoacro, como S. Leon que detiene á Atila, como S. Gregorio que educa á los lombardos, como S. Isidoro que ilumina á los visigodos, como S. Bonifacio que templa la sed de sangre de los bárbaros sajones; los mismos hombres que luchan y vencen, no son ni nobles, ni patricios, ni reyes, ni soldados, sino el reflejo de la sociedad antigua, los pobres solitarios vestidos de sayal, apoyados en

sus báculos, coronados de canas, pálidos, demacrados, que vencen y deslumbran á los bárbaros, porque llevan en sus pálidas frentes la reverberacion de Dios que ilumina aquella triste y espantosa noche, en la cual brilla el convento con sus monjes orando de rodillas, mientras el mundo se entrega á una carnicería sin fin, como brilla sobre las nubes de la tempestad que rueda pavorosa por los valles, las cimas de las montañas coronadas de blancas y puras nieves, que al reflejar la claridad de los cielos, la luz del sol y las estrellas, encierran todo lo que hay de divino en la naturaleza.

La Iglesia triunfó por la libertad. La Iglesia, separada del Estado, sin consorcio alguno con él, fundó el arte cristiano, fundó la ciencia cristiana, fundó la religion y la vida de los tiempos modernos. La Iglesia debe á la libertad sus mayores victorias. Renegar de ella es lo mismo que renegar de su madre. Renegar de ella es renegar de toda la fé, de todo su orígen. La Iglesia triunfó, no aliándose con los césares, sino combatiéndolos. En virtud de la libertad pasó de las hogueras del tormento al Capitolio. En virtud de la libertad llegó á ser la religion cristiana religion universal.

Hé aquí, señores, los milagros de la libertad. Hé aquí por qué misteriosos caminos llega el espíritu á sobreponerse á la fuerza. Los que han viciado este grande movimiento, son los hombres más criminales de la historia. Sí, hipócritas y fariseos; sí, perseguidores de todos aquellos que con sus ideas han fecundado y hecho crecer el árbol misterioso de la vida. Verdugos de todas las ideas, sobre vosotros cae desde la sangre de Sócrates hasta la sangre de Cristo; y el dia en que la justicia reine, y la intolerancia se acabe, ireis como Cain errantes por la tier-

ra con el anatema de Dios sobre la conciencia, y la marca de la reprobacion de la historia sobre la frente. Y si todas las injusticias cometidas contra todo lo que ha sido grande en la historia cae sobre vuestra frente; ninguna de las glorias de la libertad os pertenece. Entre el crepúsculo del último y el presente siglo nació un poeta, en cuyas manos vibraban á un tiempo la lira de Tirteo y la lira de Píndaro; ángel caido desde el éther en el cieno y que llevaba sobre la frente el resplandor de su divino orígen y sobre el corazon las amargas olas de todas las pasiones; mezcla confusa de sol y de sombras, de ideas del cielo y de polvo de la tierra, de espiritualismo místico y de materialismo ébrio é insensato; y que arrastrando por el mundo esta lucha titánica de la mitad de su ser con la otra mitad, huyó del sombrío horizonte de su cuna, recorrió los campos españoles empapados en la sangre que derramaban nuestros padres por la pátria, sin encontrar la fé que buscaba; oró de rodillas sobre el pavimento de las catedrales, sin que el eco del órgano le inspirara una oracion; se perdió en las selvas druídicas buscando en vano ideas supersticiosas en el seno de la naturaleza donde yacen los antiguos dioses enterrados; holló el coliseo á la luz de la luna; bajó á las Catacumbas tocando con fria mano las inscripciones de los mártires; evocó inútilmente el génio dantesco en Florencia, recorrió en negra góndola los lagos de Venecia, y cuando la campana de San Marcos saludaba con el toque de oracion, la primer estrella de la tarde, y el marinero rezaba el Ave-María acompañado por las olas y las brisas que repetian sus plegarias, su espíritu fantástico en vano se esforzaba por creer y amar, porque las dudas, revoleteando como murciélagos en torno de su frente, lo cegaban como si el Universo de ideas y de

creencias en que la humanidad ha vivido siempre, cayera convertido en cenizas sobre aquella alma de fuego, que brillaba en la cima de los cadalsos y de las ruinas del último siglo como el siniestro resplandor de una pira sobre negro catafalco. Pues bien, este hombre que tantas veces habia querido elevar sus ideas al cielo, viéndolas caer deshechas sobre su corazon como los vapores que una catarata eleva á las alturas caen como convertidas en lágrimas sobre los campos; este hombre por la libertad fué un héroe del pensamiento; por la libertad fué un mártir del Cristianismo. Era lord de Inglaterra, y la única vez que habló desde la tribuna fué para interceder delante de aquella aristocracia soberbia por la emancipacion de los católicos. Era poeta y se convirtió en soldado, y murió caballero andante de la libertad en la cruzada contra los turcos por la independencia de Grecia; señores, de Grecia, la eterna madre de su espíritu. Hay otro hecho en la historia moderna que es el triunfo más grande de la libertad de conciencia, y la condenacion más esplícita de la intolerancia religiosa. Habia un pueblo católico esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda católica formaba casi una sociedad de párias, cuando un dia su inmenso dolor le hizo hombre, ó mejor dicho se hizo verbo, se encarnó en la palabra de un orador que recorría todos los tonos del sentimiento humano, desde el sarcasmo y el insulto soez, hasta la oracion sublime; y este orador armado de su palabra en la cual se oian los ecos de las selvas pátrias, los acentos de los mares, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, el lloro de los niños, los lamentos sepulcrales de las generaciones muertas, todos los tonos del alma de un pueblo pendiente como una tré

mula gota de rocío de los lábios de un hombre; que al amparo de grandes instituciones tomó armado del rayo de su elocuencia la vieja torre feudal de la aristocracia británica emancipando la Iglesia católica, dejó en sus torres una bandera inmortal, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos, en cuyos pliegues se hallan escritas las tres ideas únicas que puedan hacer ya tales milagros: la libertad de la palabra, la libertad de asociaciones y la libertad de conciencia. Hoy mismo, en este instante en que hablo, si os volveis al Norte, oireis ruido de voces de clarines; vereis por montañas y por valles ejércitos de á pié y de á caballo armados, ya de chuzos, ya de hoces; ejércitos, que van á buscar no la victoria, sino la muerte; por todas partes descubrireis humo, polvo, vapores de sangre, quejidos de moribundos, sollozos infinitos que hieren los cielos y que debian partir el corazon de los gobiernos si la vieja diplomacia no los hubiera petrificado; y es el tormento de la raza de Polonia, de la España del Norte, que salvó á Alemania de los turcos, que socorrió á Hungría, que peleó con Carlos XII por Suecia, que salvó con su sangre el honor francés en la batalla de Leipsik, que tuvo armas para todos los príncipes de Europa, y que hoy vierte las últimas gotas de su sangre en el último estertor de su agonía, no solo por la libertad de su pátria, sino tambien por la libertad de su religion, esa pátria del alma.

El Apocalipsis, al decir que el cristianismo ha separado dos mundos, ha dicho una gran verdad. El Cristianismo al encontrarse con la sensualidad antigua, ha idealizado la vida; y para hacerla mas ideal aun, la ha desarraigado de la tierra, y ha puesto su fin allá en el cielo. La tierra que para los antíguos era el centro de gravedad, asi del cuerpo como del espíritu, ha pasado á ser á los

ojos de los cristianos como una sombra. Todo se ha trasformado al soplo del Cristianismo. La naturaleza era para los antiguos toda la vida, y para los cristianos el velo en que se envuelve el espíritu; el sentimiento era para los antiguos como el instinto, y para los cristianos como el amor ideal y purísimo; el arte para los antiguos, la identidad de la forma y del fondo, la Venus que se cree feliz en el regazo de la naturaleza, y para los cristianos la superioridad de la idea sobre la forma, la Beatrice que inspira amor ideal y purísimo desde el cielo, amor que un beso profanaría; la conciencia se funda para los antiguos en el ser que los ojos ven, y para el cristiano en el ser que adorna el espíritu; la moral para los antiguos regula solamente las relaciones entre los hombres, y para los cristianos las relaciones entre las sociedades; la religion es para los antiguos puramente exterior, y para los cristianos es interior, de conciencia; la humanidad para los antiguos está separada en castas, y para los cristianos unida en espíritu; Dios es para los antiguos el mundo, y Dios está para los cristianos sobre el mundo como el espíritu sobre el cuerpo, como la conciencia sobre el espíritu, como el cielo sobre la conciencia. Por eso la idea cristiana ha sido como el corrosivo que ha desorganizado y descompuesto la antigua sociedad. La religion habia pasado de la sencillez natural á una teocracia vigorosa, y de una teocracia vigorosa á un protestantismo artístico que reclamaba una nueva religion; el arte, de descomposiciones en descomposiciones, habia ido á dar en la sátira, que al poner en lucha la forma con la idea, pedia un arte más espiritual y divino; la ciencia desde Tales á Xenofanes habia estudiado la naturaleza, desde Xenofanes á Platon el espíritu, desde Platon á Plotino, Dios; y servia así de base á la nueva fé;

el imperio habia pasado de la dictadura revolucionaria de los primeros césares al estoicismo, y del estoicismo al pretorianismo, en que rotos los antiguos lazos venia la reaccion del esclavo contra Roma, y de las naciones contra la unidad del Imperio; y mientras todo lo antiguo se descomponia y se viciaba, hasta la sangre de las antiguas razas, solo quedaba la unidad divina en Jerusalen, la unidad humana en Roma, la síntesis de estas dos grandes ideas destructora la una de los dioses y destructora la otra de las castas, en el Cristianismo, que con San Pedro se unió fuertemente á los hebreos, y con San Pablo á los latinos, y con San Juan á los griegos, combatiendo todo cuando le cerraba el paso en combate formidable, en que no se vertia sobre la tierra estéril sangre, sino vivificantes ideas; combate en que los apóstoles vencian á los cristianos materialistas que buscaban un trono para Jesus y á los judíos que no querian dejar salir la revelacion de la sinagoga; y los padres apostólicos á los dualistas que ponian el trono de Satanás á la misma altura que el trono del Eterno; y los apologistas á los místicos que disolvian á Dios en el espíritu humano, y el espíritu humano en la naturaleza; y Tertuliano á la serpiente pagana que revestia su última forma para tentar la era regenerada por la sangre de Cristo; y San Atanasio á los arrianos que anhelaban por arrancar la conciencia, la idea del verbo; y San Agustin á los pelagianos que rompian los lazos de la naturaleza apartando la criatura del creador; hasta que esta idea cristiana presentida por los grandes poetas en su Prometeo y en su Edipo, anunciada por los profetas en todos sus libros, llamada por todos los fundadores de las nuevas religiones, servida por las ideas de los filósofos y por la espada de los conquistadores, se encuentra con los bárbaros, los des-

basta, los regenera, y hermanando la libertad nativa de los bosques con el espiritualismo, funda esta historia moderna que va á cumplir estas tres grandes ideas: la reintegracion del individuo en sus derechos; de la humanidad en su espíritu universal y único, y de la idea de Dios en el santuario de la conciencia.

Señores, Roma, evocada por Dios para cumplir tan grandes fines históricos, aquella ciudad á cuyo corazon se agolpára la sangre de tantas razas, en cuya mente ardieran las ideas de tantas generaciones, rodeada de los dioses de todos los templos y de los pueblos de todas las zonas, siervos á sus plantas; Roma, en cuyo carro de guerra habia ido la unidad del mundo; degradada por los tiranos, vendida por los sofistas, opresa por los soldados, vencida por la misma esclavitud á que fiara su vida, cayó ébria, imbécil, en el lodo, sin que le valieran su gloria ni su grandeza; muerta de esa muerte asquerosa que castiga tarde ó temprano á todos los pueblos vendidos bajo el infame yugo del despotismo. ¿Y quién habia vencido á la Roma de las naciones, á la señora de las gentes, á la heredera de todas las grandezas del mundo? La habian vencido unos pescadores venidos del Mediodía, y unos bárbaros venidos del Norte; los hijos de aquellos judíos que Roma despreciara siempre, y los hijos de aquellos gladiadores que Roma solo creyera dignos de divertirla en el circo, ó de alimentar las murenas de sus estanques; pobres los unos, desnudos los otros; armados los unos con el bordon del peregrino, y los otros con los chuzos de sus selvas; desconocidos unos y otros de Roma que desde sus orgías no se dignaba mirar tan groseras gentes; pero unos y otros destinados á ser vencedores del antiguo mundo, porque los pescadores traian una idea de Dios más pura,

y los bárbaros un sentimiento de libertad más vivo; y los poderosos de la tierra, por grandes que sean, jamás podrán vencer á los combatientes que escriban en sus banderas estas dos mágicas palabras: «Dios y libertad.» Al despedirme, al separarme de vosotros, al pronunciar las últimas palabras que tal vez desde este sitio pronuncie en toda mi vida, las últimas palabras á que quisiera dar toda la solemnidad del testamento de mi juventud: solo os ruego, señores, que como hombres, como españoles, os abraceis fuertemente á esta noble causa de la libertad, sin la cual no hay dignidad en los hombres, no hay grandeza en los pueblos, y mucho menos en pueblos como el español, postrado por tres siglos de negra tiranía que devoró nuestro espíritu y consumió nuestra vida. Confieso, señores, que al comenzar mi vida pública, cuando escasamente contaba veinte y dos años, la libertad era en mi corazon un instinto ciego, indefinible, como el primer amor que late en el corazon antes de que aparezca el objeto amado; pero despues, cuando he vestido la toga viril, cuando he probado los desengaños del mundo; cuando he abierto por necesidades de mi ministerio ese libro de la historia que es la experiencia de la humanidad, cuando he interrogado á mi razon madura ya, á mi razon que cada dia pierde una flor, pero gana un fruto; cuando he interrogado á mi razon me he convencido de que sin libertad religiosa solo puede haber fanáticos ó hipócritas; sin libertad de enseñanza, solo puede haber oscuros oráculos ó inmóviles sofistas; sin libertad política, solo puede haber tiranos y esclavos; sin libertad económica, solo puede haber explotadores y explotados; sin toda la libertad íntegra y completa, como la recibimos del Criador, solo puede haber para los ricos la vida de los harenes, para los pobres la vida de

las ergástulas, para todos, la corrupcion y el envilecimiento. Mirad, señores, mirad el estado á que nos han traido las libertades á medias. Puede decirse que estamos perseguidos con el castigo de los parricidas. Y merecemos el castigo de los parricidas, porque hemos dejado morir en el abandono y en la miseria á nuestra madre, que tenia derecho á vivir de nuestra vida y de nuestra sangre; hemos dejado morir en el abandono y en la miseria á nuestra santa madre que se llama la libertad. Generacion infortunada; mira lo que te aguarda; mira lo que brilla sobre tu cabeza; una espada teñida de sangre, y sobre tu conciencia la nube de la censura. ¿Y lo consentirémos? Sí, lo consentirémos, porque aquí hay sobra de talento, sobra de fantasía, sobra de oradores, y solo hay falta de una cosa, solo hay falta de carácteres. El virus doctrinario ha corrompido á la nacion de más carácter de toda la tierra; ¡cuán horroroso será ese virus! Jóvenes que defendeis la libertad, tened carácter. No tembleis por los enemigos que os procure vuestro glorioso ardimiento. Nada hay más noble que merecer el ódio de los enemigos de Sócrates, de los enemigos de Cristo, de los enemigos de Colon; de los enemigos de Galileo, de los enemigos de Washingthon. ¿Pues qué, entre ser el eterno buitre que roe las entrañas del génio, ó ser el génio que robó el fuego del cielo, por comodidad, os alegrariais de ser el buitre? Yo quiero ser odiado por los enemigos del progreso; yo, en nombre de la filosofía, pido la enemistad de los enemigos de la razon humana; yo, en nombre de la libertad, pido el ódio de los enemigos de la democracia. Comprendamos el ódio de los que se sienten vencidos; siendo caritativa compadezcamos su impotencia. Nada me extraña; ni siquiera la guerra de los que se han llamado

siempre amigos del progreso. Respetemos la miopia que Dios ha puesto en cada generacion para obligarla á que deje á la generacion siguiente algo que hacer en la grande obra de la idea. Nosotros, que si tenemos vida hemos de ver la libertad triunfante, serémos conservadores á los ojos de nuestros hijos, y reaccionarios á los ojos de nuestros netezuelos. El hombre no puede medir nunca las consecuencias de las ideas. Platon no creia que pudiera acabar la esclavitud, cuando la esclavitud no tenia razon despues que Platon proclamó la unidad del espíritu y la unidad de Dios. Los primeros cristianos, casi todos milenarios, creian que Cristo habia venido á destruir la tierra, que esta no podia durar sino hasta el año mil, cuando entonces comenzaban las consecuencias de la redencion. Los filósofos del siglo décimo-octavo escribian como si la monarquía absoluta fuese un principio inconcuso, y eterna la esclavitud de América. Voltaire saluda á los reyes como dioses; Rousseau cree imposible destruir las monarquías. No importa. La realidad es el velo que nos cubre lo ideal. La sibila de Cumas no alcanza nunca la realizacion de sus oráculos; Moisés no entra en la tierra prometida; los hebreos no conocen el Mesías que habian traido con sus oráculos; Colon espira sin saber que ha encontrado un Nuevo Mundo; y Mirabeau rendido de fatiga cae en el sepulcro antes de que caiga la monarquía, pulverizado por el rayo de su palabra. Los hombres nó alcanzan á medir nunca las consecuencias de sus ideas; solamente Dios que rige toda la historia puede medirla. Yo de mí sé decir que tengo una fé constante, á pesar de los vicios y flaquezas de la generacion á que pertenecemos, tengo una fé constante, inquebrantable en sus grandiosos destinos. Nuestros abuelos en la guerra de la Independencia nos dieron la pátria,

primera condicion de toda vida; nuestros padres en la guerra civil nos dieron la libertad política, segunda condicion de la vida; yo espero que cuando vuelva á sentarme otro dia en este sitio, podré saludar diciendo, gozamos lo que aun faltaba, la libertad de pensar, vemos en ella crecido de nuevo el espíritu; ya tenemos derecho á descansar en paz, seguros de las bendiciones de la historia. El esfuerzo es corto y la víctima grande. Mirad lo que sucede en el Norte, ejemplo que no debe caerse de nuestros labios porque debe quedar impreso indeleblemente en todos los corazones. Mirad cómo pelean los hijos de Polonia. Solos, vendidos por la diplomacia, maltratados por los reyes, desoidos de Francia que tanto les debe, abandonados de la Iglesia, por cuya libertad pelean; sucumben; mueren, y al caer delante de aquellos ejércitos de cosacos esclavos, movidos como tristes máquinas de matanza por el tirano que se sienta sobre catorce naciones degolladas, les gritan estas palabras sublimes: peleamos por la libertad y por la vuestra; grito que deben repetir todos los soldados de esta inmortal cruzada del derecho contra la tiranía, próxima á clavar su estandarte en el negro alcázar, donde se anidan todos los errores, y á libertar al mundo. En ese dia España, esta nacion que tanto amamos, la que salvó á Europa de las razas árabes y africanas; la que descubrió el Nuevo Mundo; la que impidió en Bailen, en Zaragoza y en Gerona que la Europa moderna cayera en el cesarismo, al alzar con sus grandes caractéres la libertad, realiza una de las más bellas armonías de la historia y será una de las primeras naciones de la tierra.—He dicho.

APÉNDICE.

Dos ideas capitales hemos sostenido en los cuatro tomos de nuestras lecciones, que ahora terminamos. Es la primera, que el Cristianismo representa el ideal religioso de la democracia moderna. Sobre esta idea, que vertí en la primera de mis lecciones, se originaron ardientes debates, que han venido á esclarecer el libro que lo esplica, y que reproduzco aquí. La segunda idea, es la libertad de la Iglesia; pero sobre ella daré luego grandes ampliaciones. Mientras tanto, el que desee ver reproducida la idea capital de mi libro, puede y debe leer los siguientes artículos, escritos por el Sr. D. Juan Valera, y contestados por mí.

ARTICULO DE D. J. VALERA.

El lunes 23 del pasado, de nueve á diez de la noche, dió el señor don Emilio Castelar su primera leccion sobre la *Historia de la civilizacion durante los cinco primeros siglos del Cristianismo*, pues este es el verdadero título de sus lecciones, y no el que equivocadamente les habiamos dado.

Un taquígrafo recogia y anotaba aquellas elegantes palabras, y es de esperar que por este medio goce el público de ellas, pues, ó se habrán publicado ya, ó se publicarán sin duda en algunos periódicos. Esto nos ha hecho vacilar un tanto, y hasta nos ha inclinado á desistir del propósito que teniamos de dar cuenta de lo que dijese el señor Castelar, ya que habiendo de gozar el público de las propias palabras de este orador extraordinario, inútil es dar de ellas un pálido trasunto. Quien puede ver y admirar en toda su grandeza y con toda la gala y primor de sus colores los preciosos cuadros de Murillo, no se pone á estudiarlos en mala copia grabada, donde, en escala menor,

y tantos *capullos*, tantas imágenes, en fin, como en el solo discurso que oimos al señor Castelar el lunes 23 del pasado.

Si todos estos primores fuesen malos, irremediablemente malos; si el señor Castelar fuese lo que ahora llaman una *medianía*, dotado del don de expresarse con facilidad, y un erudito de varia y poco profunda lectura, y si el público le aplaudiese sin más razon que la de estar viciado por el mal gusto, en verdad que no le censurariamos. El edificio de su fama, fundado sobre tan frágiles cimientos, vendria á tierra al cabo por su propia pesadumbre, sin necesidad de que nosotros le aplicásemos la palanca de la crítica para derribarle. Qué propósito nos llevariamos por consiguiente en indisponernos con el señor Castelar y con el público, que tan bien le quiere? Mas como creemos que el público tiene razon, y sobrada razon en aplaudirle, si bien esta razon no sea siempre la misma que nosotros tenemos; como estamos persuadidos de que sin menoscabar sus facultades, que son portentosas, podria el señor Castelar dirigirlas á un fin mejor y más elevado; y como le hacemos responsable del mal uso que pueda hacer de ellas, ya que Dios se las dió no solo para acrecentamiento de su fama, sino para gloria y bien de los demás hombres, por eso censuramos que se deje llevar de fáciles aplausos, y tememos que si persevera en la resolucion que hoy sigue, venga á ser el *Zorrilla* de la elocuencia, ya que lo peor que puede ser un hombre como él es lo que el vulgo de sus semejantes, y aun el que tiene la audacia de criticarle en el presente artículo envidiaria sin duda alguna. Si esto sucede por desgracia, sentirémos que digan de los discursos del señor Castelar lo que dijo un crítico extranjero del poema *Granada*, poema lleno de gi-

gantescas flores retóricas, pero con poquísimo plan y concierto en todo. Dijo, pues, el crítico, no sabiendo cómo calificar aquel libro de tan desbaratada poesía, que para formar idea de él era necesario saber exactamente la significacion de lo que llaman los españoles *Música celestial*, porque *música celestial* y no otra cosa era el poema.

Nadie imagine, con todo, que acusamos al señor Castelar de vacío de sentido: ni cómo acusarle sin contradiccion, cuando hemos dicho que vemos en él una naturaleza privilegiada, de la cual puede salir un gran sábio? Ni nadie entienda tampoco que le acusamos de indeciso: porque ¿quién en nuestro siglo tiene ideas fijas á los veinte y cinco años de edad? De lo que le acusamos es de confuso y vago; de ocultar su incertidumbre en esa vaguedad y confusion, y de tratar de conciliar las diversas ó irreconciliables opiniones que combaten aun por la posesion de su alma, envolviéndolas todas como en una nube de oro. Elegir una opinion, la más á propósito para el público español, y defenderla sin fé por defender algo, seria una hipocresía, y celebramos que el señor Castelar no la tenga, dándonos con esta ingenuidad una prueba más de lo mucho que vale. Pero más celebrariamos que expusiese sus dudas con franqueza, ó que hubiese elegido asunto en que no las tuviese, ó que antes de subir á la cátedra las hubiese aclarado en su mente, trazando y levantando, no sobre suelo movedizo, sino sobre roca firme y segura, la hermosa é imperecedera fábrica de su *Historia*. Entonces nos pareceria al oirle, ya que oimos un fragmento de la *Profesion de fé del siglo XIX*, ó de otro ditirambo neo-hegeliano, ya que oimos un discurso de Ozanau, de Augusto Nicólas ó de Genoude. Y no se diga que esta contradiccion se podrá resolver en una síntesis suprema; por-

que lo completamente contradictorio es imposible que se resuelva sino en lo absurdo, y lo absurdo no puede entrar en un entendimiento tan sano como el del señor Castelar.

En su primera leccion quiso este trazarnos el plan que se propone seguir en el curso de todas ellas. Su idea, sin duda, es describir y esplicar la caida del imperio romano y de la sociedad antigua, y el nacimiento de la nueva, fundada en los tres elementos distintos que vienen á combinarse en aquella revolucion magnífica y espantosa: el cristianismo, el imperio y los bárbaros. El señor Castelar nos mostrará á Cristo afirmando, con su sangre y sus milagros, la verdad de su doctrina, doctrina perfecta desde luego, así en lo moral como en lo dogmático. El misterio de la Trinidad, la Encarnacion del Verbo, el Mesías, no nacional como los judíos por la mayor parte le esperaban, sino venido á salvar y á redimir á las gentes, todo debe ser creido en el seno de la Iglesia primitiva, ortodoxa y católica, y no ser esta creencia un acto progresivo de la Iglesia, que va trasfigurando á Jesus, creándole á semejanza de su ideal y revistiéndole, por una interna y psicológica evolucion de la naturaleza divina. Pero sí constituirá el progreso histórico de estos cinco primeros siglos la propagacion del dogma y de la moral por una parte, y por otra la determinacion y solemne declaracion de ese dogma en los concilios y en los escritos de los santos padres. Mas esta misma obra no es en realidad, para un católico, de verdadero progreso, sino de conservacion y defensa, ya que implica la oposicion y el extravío de los hereges y el esfuerzo de los doctores católicos para conservar el dogma en toda su pureza.

El señor Castelar se empeña en un inmenso asunto, y deberá describirnos desde la predicacion de los apóstoles

hasta la de San Patricio en Irlanda, la de San Paladio en Escocia y la de Ulfilas entre los godos, á quienes llevó la verdadera fé, la civilizacion y las letras. El señor Castelar tendrá que dar razon de todas las heregías y de la refutacion de ellas, desde las que nacieron casi al pié del Calvario al morir en él el Redentor de los hombres, hasta las de Arrio, Nestorio, Eutiques y Pelagio. Tendrá que analizar las grandes producciones de la filosofía cristiana, las obras de los padres de la iglesia de Oriente: de los Crisóstomos, Basilios y Gregorios, y la de los padres de la iglesia latina, de los Gerónimos y Agustinos; y habrá de reproducir la crítica que hicieron estos del paganismo y de la sociedad antigua, y dar á conocer cómo concurrieron á acabar con ella, levantando sobre su ruina la nueva sociedad y la Iglesia. Habrá de pintar vivamente la discordia nacida en el seno mismo de la sociedad cristiana á causa de las heregías, discordia que ya daba orígen á obras literarias y filosóficas, unas defendiendo, otras oponiéndose á la verdadera fé; y á sangrientos combates, á guerras civiles, á hechos heróicos, á actos de fanática barbarie, á milagros de humildad, de constancia y de energía, y á inauditas y abominables crueldades. Habrá de seguir á la Iglesia desde el Calvario hasta el Capitolio; desde las catacumbas y el circo, hasta que apareció el Lábarum en el cielo; contarnos el martirio de sus confesores, las apologías de sus defensores y los triunfos de sus apóstoles. Volviendo la vista al mismo tiempo al imperio que se desmorona, á los dioses que huyen, á la filosofía pagana que sucumbe, á la antigua sociedad que se disuelve, habrá de investigar las causas de tan extraordinarios acontecimientos, y retratarnos la corrupcion y la grandeza de Roma, las iniquidades de sus Nerones y Calígulas, y las admirables virtudes de sus Traja-

nos, Antoninos y Alejandros Severos, en los cuales, si no la fé, la moral cristiana obraba ya sus milagros. Tendrá que referir los esfuerzos de los gentiles para sostener la sociedad que se desploma con sus antiguas creencias y para impugnar la religion naciente, y tendrá que esplicarnos y refutar las doctrinas de Celso, de Porfirio, de Plotino y de tantos otros sábios gentiles. Nos presentará tambien el amor á lo maravilloso, y el misticismo desesperado de la verdad nacida de la razon, renegando del discurso y apelando á la mágia y á la teurgia, levantándose en el aire con Simon el Mago, resucitando los muertos con Apolonio, evocando á los genios invisibles con Jámblico y uniéndose con ellos por medio de mágicos conjuros, y el disgusto del mundo y el horror de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; que si produce unido al catolicismo las sobrenaturales virtudes de los Pablos y los Antonios, de los Pacomios y los Hilariones, engendra en las sectas heréticas el furor del martirio, y lleva á unos á buscar la muerte amenazando con ella á quien no los mate, y á otros á renovar con mas frecuencia y ferocidad que nunca las mutilaciones horribles de los Coribantes. La confusion en tanto y la mal formada amalgama de religiones y creencias, venidas las unas de la India, de la Persia otras, y otras nacidas en la Grecia, en el Egipto ó en la Siria, fermentan en el imperio, y dan ser y vida, ya á la sublime constancia de Epitecto, y ya á la endemoniada locura y á la no menos sublime inconstancia de Peregrino, que pasa por todas las sectas, que se inicia y reniega sucesivamente de todas las religiones, y acaba por quemarse vivo por su propia voluntad en los juegos olímpicos y delante de toda la Grecia. Junto á la hoguera de Peregrino oirémos las burlonas carcajadas de Luciano, y al par de

las oraciones santísimas de los solitarios de la Tebaida, los gritos feroces de los asesinos de la hija de Theon. La fraternidad humana habrá sido, sin embargo, proclamada en el mundo por tan clara é inaudita manera, que la falta misma de antecedentes históricos mostrará palpablemente el orígen divino y revelado de tan nueva doctrina. Y esta doctrina modificará el derecho, y hará mejor la condicion del esclavo, de la mujer y del hijo, y ciudadanos de la misma ciudad de Dios al persa y al griego, al romano y al godo. El antiguo órden de la sociedad caerá por tierra para dar lugar á otro nuevo órden: en el mismo momento temeroso en que verá la humanidad sepultarse para siempre una gran civilizacion, despuntará la aurora de otra más grande: y si los magníficos templos serán arrasados y rotas las estátuas hermosísimas, el monje Telémaco pondrá término con su martirio á los combates de los gladiadores. Entre tanto los bárbaros del Norte, empujados los unos por los otros desde las fronteras de la China, y guiados como por un destino misterioso, se precipitan y caen sobre el imperio romano; le destruyen, y cruzando su raza vigorosa con la raza gastada por la antigua civilizacion, engendran las modernas naciones europeas, dominadoras del mundo. Aun antes de salir de las sombrías selvas de la Germania y de las llanuras desiertas de la Scitia, el agua del bautismo habia templado en muchos de estos bárbaros el ardor rudo de la sangre y la nativa crueldad de la naturaleza. La pintura que hizo de aquellos pueblos el señor Castelar, ya siguiendo á Tácito ya á Jornandes, ya á los poetas é historiadores latinos de la misma edad, los cuales los miraron y describieron con la viveza y con la poesía del espanto, fué un trozo de elocuencia bello, sublime y acabado. El público le aplaudió

con legítimo entusiasmo, y nosotros le aplaudimos entonces y ahora le aplaudimos, porque la pompa de las palabras, la riqueza de las imágenes y el fuego de la expresion se ajustaban allí con la terrible magestad del asunto.

Pero como ya hemos dicho, y más claramente se desprende del rápido bosquejo que acabamos de hacer, es tan grande, tan complicado y tan fecundo en cuestiones de la mayor entidad y trascendencia el plan que el señor Castelar se propone seguir en el curso de sus lecciones, que mientras más lo reflexionamos, nos parece más árdua la empresa y más difícil el darle dignamente cima en las 24 lecciones que podrá tener el año académico del Ateneo. Suplicamos, pues, al señor Castelar que dé á este asunto todo el espacio y el estudio que requiere; que si no puede, como no podrá, tratarle en un año ó en dos, que le trate en cinco ó en seis; que se limite en el presente á esplicarnos la historia del primer siglo; que estudie con detencion toda la semana entes de presentarse á esplicar; que suprima imágenes y acumule ideas y hechos que vengan en apoyo de estas ideas, y que resuelva con valor, con originalidad, y firme y decididamente, aunque despues de un profundo exámen, todas las cuestiones que brotarán á cada paso de esas ideas y de esos hechos, conforme los vaya exponiendo á su auditorio. Entonces creéremos que el señor Castelar hará, no una serie de odas en prosa, sino una grande obra de enseñanza, de lo cual es muy capaz, si la impaciencia y la desidia no lo impiden.

Para nosotros no vale el argumento de que en este siglo se vive muy de prisa. Esta es una de esas muchas sentencias falsas ó sin sentido, que á fuerza de repetirlas llegan en el dia á pasar por axiomas. En nuestro siglo se vive tan despacio como en cualquiera otro, y por lo mismo que hay

más medios y facilidad de aprender, y mucho escrito, sobre todo, se puede y se debe exigir del que enseña que estudie y medite concienzudamente, y que si no dice algo nuevo, diga al menos, refutando las opiniones contrarias, terminante y despejadamente la suya.

Así demostrará el señor Castelar con la misma portentosa elocuencia, pero con más claridad y órden que en la primera leccion, que el cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa eficacísima de este progreso, que singularmente efectuan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fé. Hizo notar el señor Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se tenia conciencia de él: mas no probó que el cristianismo viniese á darnos esa conciencia. Obra ha sido esta de la reflexion y de la moderna filosofía; y la doctrina que de ella ha dimanado no se ha de creer que se funde en la revelacion por huir del extremo de los que suponen que de todo punto es contraria á ella. Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermon de la montaña: *Sed perfectos como vuestro Padre, que está en el cielo*; pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no hablaba de la sociedad entera y del progreso que material y exteriormente puede hacer esta realizándose de un modo más ó menos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion que Cristo hacia nacer de los corazones era una aspiracion infinita. La aspiracion del progreso moderno, cuando es infinita tambien, está en oposicion con la doctrina de Cristo, y no ya los neo-católicos, sino los católicos, deben reprobarla. Al morir Cristo murió con el viejo Adam y nació un Adam nuevo,

lo cual ha de entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendia. Progreso vale tanto como ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aun suponiendo que el progreso estaba en la propagacion de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que al dejar la tierra esas gentes pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el cristianismo fuese en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenia, ni debia avenirse, con el pensamiento de hacer una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios, cuyo *reino no era de este mundo*, instrumento del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolucion, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aun los cristianos de ahora, fueron ni son progresistas por el hecho de ser cristianos. Tal vez los gentiles fuesen más deliberadamente progresistas, porque pensando mucho en esta vida y poco en la otra, se debian inclinar á hacerla mejor, y del deseo de lograrlo habia de nacer en ellos la

creencia de que lo lograban. Sin embargo, así como la idea de la inocencia primera, de la primera culpa y de la edad patriarcal limita entre los cristianos la doctrina del progreso, así la limitaba entre los gentiles la idea de la edad de oro, no pudiendo decir en un rapto lírico el mas progresista de ellos sino

Iam redit et virgo, redeunt Saturnis regna.

Puede sostenerse, con todo, que la doctrina del progreso, con tal de que este se encierre dentro de los límites de la decaida é imperfecta naturaleza del hombre, y no se prolongue el modo infinito en que algunos le entienden, ya que no se apoye en el cristianismo, no le repugna tampoco.

Aun muchos racionalistas del dia, siendo liberales, niegan el progreso, y ven en los pueblos bárbaros ó selváticos, no el gérmen de una civilizacion futura, sino la degradacion ó el olvido de una civilizacion pasada. El sábio Bailly imaginó un pueblo primitivo civilizado en el Norte del Asia: no pocos historiadores y etnógrafos modernos suponen una nacion misteriosa, que allá en los tiempos ante-históricos vivió en las faldas del Himalaya, y que tenia una intuicion clarísima de las verdades divinas y humanas, las cuales propagó despues y difundió por todo el mundo en diferentes y consecutivas emigraciones: Salvert prestó á los pelasgos y á las naciones antiquísimas del Oriente, extraordinarios conocimientos, que se perdieron entre el vulgo y dieron luego orígen á las ciencias ocultas y á los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eleusis; y los escritores gentiles nos hablan con asombro de la cultura moral é intelectual de los habitantes de la Atlantida,

de los turdetanos y de los hiperbóreos. Zalmoxis era geta, scita Abaris y tracio Orfeo. En los poemas que se conservan de los bárbaros que vinieron del Norte á acabar con el imperio romano, en el Edda y en el Kalewala, se notan, al traves de mil fábulas monstruosas por la forma, una razon filosófica y una doctrina trascordada, como recuerdo confuso y oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizas sea más verosimil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada mas dirémos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leido, sino oido solamente. Las lecciones que en lo sucesivo vaya dando las examinarémos con mayor cuidado, y nos aprovecharémos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el señor Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones, que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

ARTICULO DE D. E. CASTELAR.

Las lecciones que sobre *Historia de la civilizacion en los cinco primeros siglos del cristianismo* he tenido la honra de pronunciar en el Ateneo, han dado lugar á un distinguido escritor de selecta erudicion, de fácil y galano estilo, de grandes y profundos pensamientos, manifieste en las columnas de *El Estado* el juicio que le merecen mis escasas dotes literarias y la doctrina vertida en mi enseñanza. De mi persona no hay para qué ocupar la atencion del público; he sido tratado por el señor V... mejor de lo que merezco; y sus palabras, y sus sanos consejos, y sus luminosas advertencias me obligan á verdadero, á leal agradecimiento.

Pero si de mi persona puedo prescindir, no puedo prescindir de mi doctrina, á cuya defensa me mueve la severa voz de mi conciencia. Y de mi doctrina debo defender el pensamiento que estimo fundamental: la armonía del cristianismo y del progreso. En mi corazon, en

mi conciencia y en mi vida práctica, presto culto á la libertad, esencia misteriosa del alma; á la igualdad, condicion de todo derecho; al progreso, que va rompiendo las ligaduras que atan al hombre á la materia: y presto culto tambien, todavía más puro y más acendrado, al cristianismo, lluvia venéfica venida del cielo para fecundar todas las grandes ideas, espíritu divino que se cierne sobre nuestra civilizacion, que no la abandonará nunca, segun las promesas del Eterno.

Esta creencia mia, que todos conocen, debe hoy ser más que nunca inculcada; porque vivimos en tiempos tristísimos, que han visto nacer una escuela, cuyos maestros pretenden resucitar el absolutismo, juzgado ya por la historia y condenado por la Providencia, encubriéndolo en el velo del santuario, y ungir el cadáver de la antigua sociedad con el eterno espíritu de vida; escuela que no daña nada á las libertades conquistadas, pero que daña mucho en la conciencia de ciertas gentes á la religion, presentándola como obstáculo insuperable á todo progreso, como cómplice de todas las tiranías; la religion que vino á dar al hombre la conciencia de su libertad y á quebrantar para siempre las cadenas del esclavo.

¡Quién habia de creer que el señor V... á través de cuya celada creo yo entrever un verdadero poeta que ha cantado la ciencia y la libertad; el señor V..., cuyos artículos contra la escuela neo-católica he leido con admiracion y entusiasmo, fuera á dar en errores más trascendentales aun que los de esa escuela, en las siguientes proposiciones de su, por otro concepto, luminosa crítica? Dice el señor V...:

«Hizo notar el señor Castelar que entre los antiguos pueblos no hubo esta idea de progreso; esto es, no se te-

nia conciencia de él: mas no probó que el cristianismo viniese á darnos esa conciencia. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

»Nuestro Señor Jesucristo dijo, á la verdad, en el sermon de la montaña: *sed perfectos como vuestro padre que está en el cielo*; pero se dirigia al individuo, al hombre interior, y no habla de la sociedad entera y del progreso que material y exteriormente pueda hacer esta, realizándose de un modo más ó menos imperfecto en este *valle de lágrimas*. El fin de la perfeccion que Cristo proponia á los hombres está fuera de este mundo. El fin del progreso moderno está en el mundo mismo. La aspiracion infinita. . . . . .

. . . . . .

como ir de la imperfeccion á la perfeccion, y mal podia ser progresiva en su esencia una doctrina que desde luego era perfecta; y por consiguiente incapaz de progresar y de mejorarse. Ni aun suponiendo que el progreso estaba en la propagacion de esta doctrina por todas las naciones, se ha de suponer que se equipare y univoque con el progreso, tal como se entiende ahora. Si el Señor dijo *Ite et docete omnes gentes*, no fué con el propósito de que instruyesen los apóstoles al mundo y le preparasen para fundar la nueva Jerusalem en la tierra, sino para que hiciesen de modo que al dejar la tierra esas gentes pudiesen ser en el cielo ciudadanos de la nueva Jerusalem: por eso el profeta Isaías llamó á Cristo *Padre del siglo futuro*.

»Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador, aun prescindiendo de su poder sobrenatural, y á

un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos, si bien no puede deducirse de aquí que el cristianismo fuese en los primeros tiempos causa conocida de progreso. El fervor de los cristianos no se avenia, ni debia avenirse, con el pensamiento de hacer una religion tan espiritual y tan mística, y de un Dios cuyo *reino no era de este mundo*, instrumentos del desarrollo de la prosperidad y de la grandeza humana en este mundo mismo. En resolucion, ni los cristianos de los cinco primeros siglos, ni los cristianos de muchos siglos despues, ni aun los cristianos de ahora, fueron y son progresistas por el hecho de ser cristianos.»

De todas estas ideas, que á fuer de leal trascribo literalmente, se deduce que el señor V... niega que el cristianismo tratara nunca de verificar el progreso político y social como sostuve aquella noche, idea en que se fortifica diariamente mi razon. El señor V... ha caido en un error más grave aun que el de la escuela neo-católica. Esta escuela acierta cuando dice que el cristianismo tiene su verdad social y política; yerra cuando dice que esa verdad social y política es el absolutismo. Mi digno y benévolo crítico, aislando el cristianismo en el cielo, haciendo de su Dios presente, segun mi sentir, siempre en el mundo por la Providencia y en el espíritu por la revelacion, un Dios desterrado, consumiéndose en su soledad allá en la cúspide de los mundos, niega lo que es evidente, lo que es lógico, á saber: que si el cristianismo es una nueva religion, es tambien una nueva sociedad, una nueva política, un nuevo arte, una nueva ciencia, una revolucion universal de la vida del mundo y del espíritu.

El sentir del señor V..., tan erróneo, proviene de no haber meditado con madurez lo que es la religion cristia-

na. La religion cristiana es la verdad absoluta, que contiene en sí una série infinita de verdades. La religion no solamente habla de Dios, nos habla tambien de nuestros sentimientos, de nuestra voluntad, de nuestras ideas; envuelve toda el alma como la atmósfera rodea todo el cuerpo. A la razon le dá á conocer Dios y su ley; á la conciencia la libertad moral, la responsabilidad humana; á la sensibilidad le previene el amor, la esperanza; y de todos estos principios fundamentales quiere que el hombre deduzca la verdad social y política en ellas virtualmente contenida, verdad que debe estar con esos principios en armonía y consonancia.

El reino del cristianismo no es de este mundo!!! Muchas veces lo he oido, y siempre me ha parecido una gran *heregía* la interpretacion dada á esta palabra. El reino del cristianismo es de este mundo, porque ó el cristianismo no es religion, ó el cristianismo encierra en sí la verdad política y la verdad social. Pues qué, habia de ser el cristianismo, la religion verdadera, la religion del espíritu, de peor condicion que todas las religiones antiguas, las cuales han engendrado en forma política y social? No, mil veces no. Al panteismo materialista de la India corresponde el panteismo social, la teocracia absoluta. Al principio de contradiccion levantado en Persia á la categoría de Dios, corresponde una aristocracia guerrera. Como los dioses batallan en el cielo, la espada es el gran símbolo social. A los instintos mercaderes de la raza fenicia presiden dioses mercaderes tambien. El paganismo griego tiene sus dioses personales, limitados; sus templos pequeños y rientes; sus sacerdotes nacidos en la plaza pública, como sus tribunos, y de consiguiente sus repúblicas democráticas, sus ciudades aisladas tambien; grandes personalida-

los hombres, á todas las razas de la tierra. La verdad, como el sol, iluminó todas las frentes. La raza semítica perdió la dignidad privativa del sacerdocio. El evangelio de San Mateo está escrito á la sombra de la sinagoga, en la hermosa habla de los sacerdotes bíblicos; el evangelio de San Juan está escrito en griego, y por todas sus páginas circula el genio de Platon, del cual tomó posesion Jesucristo en Patmos, como más tarde la Iglesia debia posesionarse del genio de Aristóteles. Se levanta más tarde Arrio, y se lleva tras sí la mayoría de las gentes; su dogma, que concluye por despojar de su divinidad á Jesucristo, va á sentarse en el trono del imperio, va á penetrar en los pueblos bárbaros por medio de Ulfilas; pero un dia la Iglesia llama á sus hijos á Nicea, los congrega representados por sus pastores, sí, por aquellos pastores que iban de los cuatro puntos del horizonte, llevando aun en su frente las señales del martirio; y la mano trémula de un anciano, que iba á espirar despues de haber coronado aquella gran obra, traza con el estilo griego en una tabla estas palabras respecto al Verbo: *consubstantialis Patri*; y un himno de júbilo que exhala de sus labios la Iglesia universal reunida, himno cuyos ecos oimos aun con recogimiento y reverencia todos los dias, enseña á las generaciones que ha triunfado definitivamente el Evangelio. Con razon, comparando S. Pablo á la Iglesia á un gran cuerpo, dice que crecerá siempre hasta realizar en su plenitud la humanidad de Jesucristo. Sí, como crece el hombre, sin variar de organizacion; como crece el árbol, sin variar de sustancia, crece tambien la Iglesia.

Mas no trato del dogma, sino de la influencia civilizadora del cristianismo, y por consiguiente dejo á un lado este punto, y paso á otra proposicion del señor V..., que me

ha maravillado sobre todo encarecimiento. *Pero como el cristianismo es un gran elemento civilizador*, dice, *á un prescindiendo de su poder sobrenatural, y á un fin sobrenatural ordenado, los hombres, siguiéndole, serán más dichosos* (y aquí entra mi extrañeza), SI BIEN NO PUEDE DEDUCIRSE DE AQUI QUE EL CRISTIANISMO FUERA EN LOS PRIMEROS TIEMPOS CAUSA CONOCIDA DE PROGRESO. Véase la palmaria contradiccion que resalta en este párrafo. Si mejora el cristianismo la condicion de los hombres, ¿cómo no es causa conocida de progreso? Y si no es causa conocida de progreso, ¿cómo mejorará la condicion de los hombres? Indudablemente el señor V..., segun se desprende de todo el artículo, ha puesto las palabras que dicen que *siguiendo los hombres el cristianismo serán mas dichosos*, para atenuar su pensamiento capital, que es: *si bien no puede afirmarse que en los primeros tiempos fuera causa conocida de progreso.* Tremendo error en que no he visto caer á ningun impío, y en que sin embargo cae un alma verdaderamente católica!

El señor V... ha olvidado todas las consecuencias políticas, progresivas, que inmediatamente en los cinco primeros siglos trajo consigo el cristianismo. Recuérdese la organizacion del imperio romano. Unido el poder temporal y el poder espiritual en un solo jefe, el despotismo abrumaba al hombre, estinguia su voluntad y su pensamiento. La religion cristiana, separando el poder temporal y el poder espiritual, realizó un inmenso progreso, fecundo en maravillosísimas consecuencias, é hizo imposible para siempre la mayor de las tiranías, la autocracia; esa institucion en que un hombre es rey á un tiempo y pontífice, aniquilando así necesariamente bajo sus plan-

tas la libertad humana y el derecho. ¿Y esto no es en los primeros tiempos causa conocida de progreso?

Los emperadores paganos, pontífices, reyes, diosas, vertian impunemente sangre humana; mandaban sacrificar generaciones enteras al pié de sus manchados pedestales. Recuerde el señor V..., tan aficionado á recordar todos los nombres célebres de los cinco primeros siglos de la Iglesia, aquel gran emperador Teodosio, vestido de cilicio, cubierta de ceniza la cabeza, arrodillado en el polvo, con los ojos llenos de lágrimas y las manos plegadas, pidiendo perdon á la Iglesia por haber pasado impiamente á cuchillo los habitantes de una desgraciada ciudad. Recuerde el señor V... que cuando el hijo de Constantino quiso poner su mano sobre la frente de un gran padre de la Iglesia, la voz de Osio, español que llenó con sus acentos el siglo IV, recordó al tirano con elocuencia nunca del mundo antes oida, que el emperador nada podia sobre las conciencias; es decir, que el imperio romano por la accion santa del cristianismo habia perdido la más grande, la más trascendental, la más tiránica de todas sus atribuciones. ¿Y esto *no es causa conocida de progreso*?... Recuerde el señor V... el tomo V, leccion 54 de la Filosofía positiva de Augusto Comte; lea la série de consecuencias que ha traido esta division del poder espiritual y del poder temporal, y se quedará sin duda maravillado de haber hecho menos favor al catolicismo que un filósofo materialista, el cual sin quererlo pertenece á la extrema izquierda hegeliana.

¡Pero prosigamos: ¿el cristanismo no abolió *virtualmente* la esclavitud?—Aquí viene bien recordar la influencia de la religion. El pária no pertenece á la religion que los grandes brahmanes. Los esclavos de Roma tenian sus di-

vinidades, que llamaban *dioses serviles*. Al dar un mismo dios, una misma dignidad moral, un mismo altar, una misma ley, un mismo premio al esclavo y al emperador, el cristianismo abolió virtualmente la esclavitud. *¿Esto no es causa conocida de progreso?*

El cristianismo, penetrando en el derecho, base de toda la sociedad, emancipó la mujer, la hizo compañera del hombre, unió, no por la tiranía antigua, sino por el lazo del amor, los padres con los hijos, hizo indisoluble el matrimonio, asentando así en la eternidad los fundamentos de la familia; y de esta suerte, al renovar por el espiritualismo y por la libertad la ley civil, el hogar doméstico, renovó tambien la ley política y el Estado. *¿Y esto no es causa conocida de progreso?*

Y lo que decimos de la division del poder temporal y espiritual, principio político; de la abolicion de la esclavitud, principio social; del mejoramiento de la familia, principio civil, y por tanto progresos inmensos, decimos tambien de la filosofía que progresa bajo los santos padres; del arte que se trasfigurara en la mente de Juvenco y de Sidonio Apolinar, como Jesus se trasfiguró en el Tabor, como la humanidad se trasfiguró en el cristianismo. *¿Y todo esto no es causa conocida de progreso?*

Por eso, aun mirado filosóficamente y prescindiendo de su virtud divina, el cristianismo es hoy como ayer, y será mañana como hoy; es decir, será siempre *causa conocida de progreso*, porque nos dió las leyes de la naturaleza humana y nos reveló el verdadero Dios, y asentó tres grandes categorías sociales, que son imperecederas: la libertad, la igualdad, la fraternidad de todos los hombres.

Y hé ahí esplicado por qué yo, que soy, y he sido y

seré siempre creyente, soy, y he sido y seré tambien siempre defensor de la libertad y de la igualdad humana, defensor del derecho, condicion precisa de la existencia política y social; defensor del progreso, sin cuyo dogma se abaten las hermosas alas que Dios prendió á nuestra alma; defensor de todo el gran movimiento de la civilizacion presente, porque lo creo consecuencia indeclinable y legítima de la verdad cristiana. ¿Quiere decir esto que yo crea el progreso infinito? No, mil veces no. Quiero el progreso dentro de nuestra naturaleza, y creo que nuestra naturaleza es contingente, limitada y contradictoria. Pero esta ley de contradiccion, si es la cadena que llevamos atada á nuestras plantas, es tambien la santa aureola que corona nuestras frentes. Suprimidla, y el hombre seria, ó inerte como la piedra, ó absoluto como Dios. Lo que sucede en la naturaleza, sucede armónicamente en la conciencia: de la atraccion y de la repulsion en las esferas celestes nace la armonía de los mundos. De la contradiccion en la inteligencia, de la lucha en la sociedad, del continuo combate del hombre en la tierra, nacen las artes, las ciencias, las sociedades, la verdad, la bondad y la hermosura. He concluido, y creo haber probado que el cristianismo *es causa de progreso*.

Pongamos, sí, nuestra libertad, nuestro derecho, nuestras artes bajo la sagrada tutela del cristianismo. El Prometeo encadenado á la tierra por el destino pagano ha sacudido sus cadenas; el fuego del cielo centellea en su espaciosa frente; la libertad le proteje bajo sus alas; el mundo obedeciendo á su palabra le abre sus entrañas y le revela sus secretos: dueño ya de la tierra, habiendo dejado de ser ciego como Edipo, cada dia descubre más maravillas y muestra más la grandeza de su espíritu: el rayo le

obedece; las estrellas se retratan en los grandes instrumentos que ha inventado; el vapor centuplica sus fuerzas; la imprenta perpetúa las obras de su espíritu; nuevos mundos salen del seno de las ondas para albergarle y ser su templo; los gases desprendidos en sus retortas descomponen en mil sustancias la materia; la astronomía, las matemáticas, la física, la química, le aseguran el dominio de la naturaleza; las ciencias abstractas y espirituales le revelan cada dia más los secretos de su alma, y así es imposible que el hombre, por grande y libre, se vea abandonado de Dios ni de su santa providencia. Los que creen que el cristianismo ha abandonado en esta edad la civilizacion, entierran, como los fariseos, de nuevo en el polvo de las edades pasadas á Jesucristo, que desde su resurreccion vela por nosotros en el cielo.

Si la primera parte de mi libro se refiere á considerar el Cristianismo como el ideal religioso del movimiento democrático de nuestro tiempo, la parte última se refiere á la libertad de la Iglesia. Esta es indudablemente la teoría capitalísima de nuestro dogma, la teoría esencial de este libro. Como nuestras leyes de imprenta son tan estrechas, despues de haber pronunciado los discursos que forman la base de este último tomo, creia que acaso los fiscales pusieran algun obstáculo á su publicacion. Entonces me decidí á poner sus ideas capitales, y aun párrafos enteros bajo la salvaguardia de un señor obispo. Así, puede decirse que condensé todo el espíritu de mis lecciones, todas sus ideas más trascendentales en las *Cartas á un Obispo*. Hice mas, copié de mis discursos párrafos enteros al pié de la letra para si acaso encontraba algun inconveniente fiscal poder convencerle de que habian salido bajo el am-

paro de las leyes. De estos ardides tenemos que valernos los que no gozamos la libertad de pensar. Los pueblos esclavos padecen de este gravísimo daño, de raquitis intelectual. De él padecerá España mientras no emancipe su inteligencia. Véanse ahora las *Cartas al Obispo*, que explican el dogma fundamental de mis cinco tomos, que son su exclarecimiento y su resúmen, dicen así:

CARTA PRIMERA.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona:

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Audacia es en verdad dirigirse á un señor obispo tan ilustrado como V. E. sobre una materia tan árdua como la libertad de la Iglesia. Pero deseoso de tratar este grave asunto, creo que su nombre me servirá de escudo contra los escrúpulos del señor ministro de la Gobernacion, y de su teniente el señor fiscal de imprenta. Hablemos de problemas sociales gravísimos; y esta será la mejor manera de levantar la prensa del cieno de los insultos al cielo de las ideas. Además, la ocasion me parece oportuna. V. E. en una carta dirigida á la reina se ha dignado nombrar nuestro periódico, aunque para vituperarlo. V. E., con motivo de la publicacion del *Almanaque democrático*, blanco de tantas iras, ha pedido reiteradamente al poder civil, al Estado, su brazo para defender la idea religiosa, que cree vulnerada. No será desacato en mí hablarle; no será en V. E.

humillacion oirme. Manifiesto ante todo mi respeto á un obispo, á un anciano. Lo único que en cambio le pido, es que reconozca mi buena fé. Podré no haber encontrado la verdad; pero la he buscado con ánimo recto y pedido á Dios su auxilio. Podré engañarme, que no lo creo, pero me engaño en conciencia. No voy á tratar ninguna cuestion dogmática, voy á tratar de una cuestion libre; de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. ¿Serémos en esta cuestion más papistas que el Papa? ¿No tolerarémos que se repita ni siquiera lo que se ha dicho en el Congreso de Malinas á favor de la libertad de la Iglesia? Allí, en presencia de ilustres obispos, rodeado de doctores católicos, con aplauso universal, ha podido repetir el conde de Montalambert, las palabras de un Papa nunca sospechoso á los jesuitas y á los neo-católicos, como lo fué un dia Pio IX, las palabras de Gregorio XIV que decia: «Solamente lo puedo todo en el país en que nada puedo, en los Estados-Unidos.» Organicemos de aquella suerte las relaciones entre la Iglesia y el Estado; y el Estado será libre y libre la Iglesia; y no se verá un obispo en la dura necesidad de dirigirse á un ministro de la Gobernacion, pidiéndole que prohiba una obra, ni un ministro de la Gobernacion en la dura necesidad de desairar á un obispo. El uno regirá con sus medios á los ciudadanos, el otro á los fieles; y uno y otro vivirán independientes, sin mezclarse el Estado en el ministerio de la Iglesia, puramente espiritual, ni la Iglesia en el ministerio del Estado, que debe limitarse á darle condiciones de derecho.

Yo bien sé que V. E. sentirá una especie de frio mortal, viendo que soy osado á proponerle una solucion democrática. En Dios y en mi alma le digo que no hay para qué asustarse. La democracia no es una religion; es una polí-

tica. Hay en Suiza cantones católicos, hay millones de católicos en los Estados-Unidos. V. E., puede espantarse de la democracia porque no la conoce. Y no la conoce por culpa de esa prensa neo-católica que de todo tiene menos de espíritu religioso, y que desfigura la verdad. Recháce-la V. E. No es religiosa la calumnia; no es religiosa la mala fé; no es religioso ese encono contra las nuevas ideas; no es religioso ese ódio á nuestros enemigos, cuando Cristo nos dijo: «amar á los que nos aman lo hacen tambien los paganos; amad á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y os calumnian; sed perfectos como nuestro padre que está en los cielos.» La prensa neo-católica es el mayor enemigo que la religion tiene en nuestra patria. Yo de mí sé decir, que si alguna vez hubiera sido capaz de caer en el ateismo, cayera al ver la religion convertida por esa presa sacrílega en una argolla y Dios en un verdugo. Yo de mí sé decir que como ciudadano, cumplo con un deber y uso de un derecho, doliéndome á V. E., porque cuando cita, cita esos periódicos; y cuando habla, habla por su boca; y cuando se levanta contra profesores de la ciencia, se levanta arrojándoles á la cara sus testos truncados, y cubre con su manto, de buena fé sin duda, una conjuracion perpétua contra nuestras leyes, contra las instituciones que triunfaron en la guerra civil, contra el espíritu y la vida de nuestro siglo.

Yo bien sé que V. E. se vá con los neo-católicos porque tiene preocupaciones invencibles contra las nuevas ideas. Hay dos argumentos que se usan con uniformidad fatal. Contra la filosofía moderna, Voltaire; contra la política moderna, las matanzas de la revolucion. Pero V. E., alzando un poco la vista, comprenderá que la burla de Voltaire como las matanzas de la revolucion, son dos acciden-

es en la historia de la idea liberal. Una nueva sociedad surgía del seno del siglo décimo octavo, y surgía porque Dios no toleraba que el mundo fuese la corte ó la mancebía de reyes como Luis XV, de reinas como María Luisa. Y siempre que una nueva sociedad nace ¡ay! nace en oposicion radical á la antigua. El espíritu griego nació del Oriente, y se extendió negando al Oriente. Las ruinas de Troya son esa inmensa negacion histórica. El cristiano se opuso á la sinagoga; nació maldecido por los sacerdotes de la antigüedad, por los fariseos. La Iglesia rompió el seno de su madre, como el ave para volar rompe el huevo que la contiene. El Renacimiento nació de la Edad Media, y llamó bárbara á la Edad Media, y Miguel Angel, y Rafael, y el mismo Papa Leon X, y Bembo, y Sadoleto, no vieron en el arte gótico mas que el padron de la barbárie de las artes, mientras se extasiaba delante las estátuas de los dioses, en que los primeros padres de la Iglesia solo habian visto la histérica risa del diablo. Pues bien, Señor, lo mismo sucedió, exactamente lo mismo, á la idea liberal moderna. Un hombre, que como escritor no valia lo que valia Rousseau, ni como filósofo valia lo que Descartes, ni como poeta lo que valia Racine; pero que los superaba á todos por su intencion política y su espíritu crítico, pretendió destruir la forma social, y la destruyó con aquella carcajada, especie de terremoto que desgajó los cimientos de las antiguas monarquías destrozadas sobre su sepulcro.

Pero génios de este linaje son raros, y solo aparecen quando tienen el destino de destruir una sociedad, para que abra paso á otra más progresiva. Las carcajadas de estos hombres son como el ruido de la tempestad que viene á purificar la atmósfera moral. Sus gracias son ciegas como el rayo, que ora cae sobre la encina, abrigo de las

aves del cielo, ora sobre la cúpula de las iglesias. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir una forma social, se ha levantado uno de esos hombres : Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Bocaccio al concluirse la primer mitad, la mitad teocrática de los siglos medios; Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres. Su ministerio fué mas político que religioso. Necesitaba negar una sociedad y lo negó todo, religion y política, pero ni sus negaciones ni sus dudas llegaron á matar el sentimiento de lo infinito, eterna raiz de la idea religiosa.

Lo que más ha dañado al espíritu religioso es, indudablemente, la escuela neo-católica. Esa escuela no trató de restaurar lo que hay de inmortal en religion, no; trató de restaurar al calor de la idea religiosa, lo que hay de transitorio en política; trató de restaurar el castillo feudal, el siervo pegado al terruño, el privilegio devorado por la igualdad, los códigos mostruosos de la Edad Media, el poder político de los papas, roto por cuatro siglos de revoluciones; los cadáveres todos que restos de una sociedad náufraga, iban fluctuando en el tempestuoso mar de nuestras revoluciones, y que parecian grandes porque estaban hinchados. Y no sé en virtud de qué maleficios trastornó esa escuela el espíritu evangélico. Ella desfiguró la historia y la persona de Cristo. Tan cierto es lo que digo, tan cierto, que, si el Salvador hubiera venido de nuevo á exaltar á los oprimidos, á maldecir á los opresores, los fariseos que hoy invocan hipócritamente su nombre, por socialista, por demócrata, lo crucificáran de nuevo en aquel calvario, que socialmente considerado, es la redencion del esclavo. Esta escuela llegó á la negacion del progreso en

historia, á la negacion de la conciencia en moral, á la negacion del derecho en política, á la negacion del arte clásico en estética, y consagró todas estas negaciones como una grande hecatombe en los altares del cristianismo. Despues hemos visto aun mayores escándalos; hemos visto estas ideas bajar de la ciencia á la política, entrar con estrépito en las redacciones de los periódicos, tremolar banderas en los colegios electorales, querer convertir la Iglesia en una enorme barricada contra la libertad, perseguir la enseñanza, formar con los restos de los realistas dispersos y de los doctrinarios arrepentidos, especies de diablos metidos á predicadores, que artos de carne predican el ayuno, formar con estos resíduos un partido nuevo, que parece conjurado para herir la libertad, y que en realidad, hiere la religion.

Sus predicaciones tienden á destruir la base de toda moral, de toda ciencia. Predicando contra la razon humana, han predicado el escepticismo en filosofía, el probabilismo, cuando más ese escepticismo disfrazado. «La razon y lo absurdo, han dicho, se aman con amor invencible.» ¡Tremenda palabra que lleva encerrada en su seno el gérmen de todos los errores! Condenar la razon á perpétuo matrimonio con lo absurdo, equivale á suprimirla. Y desde el momento en que se suprime la razon, el universo se oscurece, la fé se nubla, la idea de Dios se apaga en un mar de tinieblas, y todas las pasiones se apoderan del hombre, convertido en un ser inferior á las bestias, porque por sus instintos ciegos menos vale que las bestias. ¿No hay razon? Pues no hay verdad humana. ¿No hay verdad? Pues no hay conocimiento posible del bien y del mal. ¿No hay conocimiento posible del bien y del mal? Pues ignoro si el asesinato, si el robo son ó no meritorios. Mi

razon me dice que son reprobables; mi conciencia me grita contra ellos. Pero ¿qué importa? Entre mi razon y lo absurdo ha puesto Dios un parentesco estrechísimo. Dadas estas ideas no hay más remedio que indignarse contra Dios. Podríamos decirle si las ideas neo-católicas fueran ciertas: «Dios engañador, me exiges la responsabilidad de mis acciones, me condenas si yerro, me castigas si peco, y luego me arrojas al mundo sin criterio para distinguir la verdad del error, el bien del mal.» Este Dios de los neo-católicos se parece á Calígula, que escribia las leyes, las promulgaba, y las ponia muy altas, donde no pudieran los ciudadanos leerlas, á fin de que, desconociéndolas, las infringieran, é infringiéndolas, atragesen sobre su frente el castigo, y el mal en que se gozaba aquel estúpido tirano. Y no me hableis de religion. ¿Cómo podré yo prestar el *rationale obsequium* de que habla San Pablo, si mi razon es engañosa? Si mi razon me engaña en lo material, en lo contingente; si no puedo andar con ella por el mundo de las relaciones, ¿cómo podré volar por el cielo de las eternas armonías? Y no hay que decir que el sentimiento es superior á la razon, el sentimiento sin la razon es un cielo sin luz. En el fondo de esa doctrina neo-católica, Señor, está la inmoralidad para la vida, la duda para la ciencia, el ateismo para las almas.

Solo así me esplico yo la inmensa impotencia unida al inmenso poder de los neo-católicos. Ellos, en general, volterianos arrepentidos, han logrado seducir las almas sencillas y crédulas. Ellos han dado á la juventud un opio muy bueno para no estudiar, el de decirle que toda la filosofía es mentira, apotegma que cuadra admirablemente á la indolencia española. Ellos se han apoderado de los sitios de donde la guerra civil desalojó á los realistas. Ellos

se han llevado tras de sí una gran parte del clero. Ellos tienen hoy en la prensa más órganos que los demás partidos, en la tribuna más oradores, en el poder más ministros. Aquí todo cambia, y ellos quedan siempre como una sombra maldita. Dicen que se quemen libros, y se queman; que se desentierren cadáveres, y se desentierran; que se levante un presidio en la zona tórrida para sus enemigos políticos, y se levanta; que se desconfíe de la enseñanza universitaria, y se desconfía; que vengan ciertos gobiernos, y vienen; que no vengan nunca otros, y nunca vienen; y sin embargo nada puede contra esta marea creciente del espíritu humano, que los envuelve y los ahoga, como el mar envolvia al gran tirano de la leyenda hasta arrancarle la corona de la cabeza. ¿Sabeis por qué, excelentísimo señor? Porque se oponen á la libertad, porque navegan en galeras de la Edad Media por un mar encrespado, y navegan contra el viento, contra el espíritu del siglo. He debido comenzar diciendo lo que pienso de ellos, porque de seguro mañana empezarán á calumniarme y á infamarme. No me importa. Solo os ruego que me oigais, y creo que voy á convenceros de que la Iglesia necesita, como todo, libertad, y que solo por la libertad podrá existir el espíritu religioso, completamente perdido, ó perturbado en nuestra patria.

CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Como anuncié á V. E. en mi primera carta, la prensa neo-católica me ha llenado de injurias, porque he expuesto con toda suerte de respetos á vuestra alta consideracion, ideas más religiosas que sus insultos. Han creido que yo buscaba una polémica con V. E., para tratar un pavoroso problema. Si en algo por esto he faltado á V. E., cuando busco solo el amparo de su nombre, que no me faltará, ha sido contra mi voluntad. Perdónemele de grado, porque el ministerio religioso por V. E. ejercido, es tan alto, tan superior á las pasiones y á las debilidades humanas, que hasta el mal que recibido de otro en pena de un atrevimiento podria ser justo castigo, recibido de V. E. podria parecer venganza. Esos periódicos no tiran á desacreditar mis ideas; tiran á desacreditar mi persona. No trato de defenderla. Mi persona se borra completamente en el explendor de la libertad, como se borra la tímida luz de la luciérnaga en el

«Por la religion, ha dicho Schelcimaker, apoyándose en San Pablo, nuestro ser es un Dios; y nuestra vida vive en Dios.» «La religion nos lleva, segun Solger, por amor de todo lo que es eterno á sacrificar todo lo que es transitorio.» «La religion, declara Baader en sus aforismos, es tan necesaria al hombre, porque es congénita á su naturaleza.» «La relacion del hombre con Dios, dice Krausse, es semejanza á Dios, conocimiento de Dios, union con Dios, manifestándose en la inteligencia, en el sentimiento, en la voluntad, en la vida toda.» Pero, ¿á qué cansarme citando autores de V. E. conocidos? Yo de mí sé decir, que se apagaria el Universo y el espíritu á mis ojos, si la idea de Dios se apagara en mi conciencia.

Sobre todo, el dolor y la muerte me han hablado siempre de religion. Hay quien ha pensado suprimir el dolor; quien ha creido suprimir la muerte. ¡Grave error! En el límite donde comienza el sentimiento, comienza el dolor, que es compañero eterno de la vida, y nos avisa de nuestras faltas, y nos auxilia en nuestros grandes trabajos, porque no podemos alcanzar la verdad sin esfuerzos, ni llegar al bien sin combate, ni desear lo perfecto sino con esa sed insaciable, señal del orígen celeste é infinito de nuestra alma. Desgraciados de nosotros el dia en que se acabara el desasosiego de nuestro ser, porque con ese desasosiego se acabaria tambien lo más noble, lo más sublime de la vida. Y lo que digo del dolor, digo de la muerte. El hombre seria un eterno bufon, si no supiese que al menos ha de haber un acto solemne, trágico, sublime en su existencia: la muerte. La tememos, porque no la miramos frente á frente, porque nos hemos propuesto olvidarla en medio del ruido y la algazára del mundo. Pero la muerte no mata, la muerte aniquila; es un nacimiento á otra vida

y parece una descomposicion, porque nunca brota el tallo sin descomponer la semilla, ni el fruto sin secar la flor, ni una nueva forma sin borrar las formas antiguas, en el crecimiento y progreso de todos los séres. Si no hubiera muerte no habria renovacion; seria la naturaleza un lago inmóvil y podrido; la humanidad, una vieja impotente y preocupada. El sepulcro es una cuna. Mientras nosotros lloramos un muerto, como la personalidad tan trabajosamente conquistada no puede perderse, en ese muerto ven otros séres un recien nacido; porque la vida es infinita. Y mientras haya dolor y haya muerte, habrá religion. El raciocinio se quedará inmóvil á las puertas del sepulcro, y abrirá allí sus alas luminosas la fé. Si quitáramos el dolor, si quitáramos la muerte, acaso podríamos quitar la fé. Pero al quitar el dolor, al quitar la muerte, convertiríamos el mundo en vicioso harem y el hombre en eterno sultan; pero en un sultan reducido, por el opio del placer, á un eterno imbécil. Una vida en que no cae una lágrima, es como uno de esos desiertos en que no cae una gota de agua: solo engendra serpientes. Si quitamos de la frente del obrero el sudor; de las grandes causas el martirio; de la obra de artista la pena; del amor la tristeza; de la vida esa corona de ciprés que se llama la muerte, no habrá fé, pero tampoco habrá ni virtud, ni esperanza, ni poesía, ni belleza moral en el mundo: que todo lo grande nace del dolor, y crece al riego de las lágrimas.

¿Veis, Excmo. Sr., cuánto me calumnian los que me creen conjurado para perder toda idea religiosa en la conciencia de la juventud? Es todo lo contrario; nadie como yo se lamenta de la decadencia moral á que hemos venido. Se ha comerciado tanto con la idea religiosa, que muchos creen que cuantos hablamos de religion somos unos far-

santes, unos titiriteros, que embaucamos á las gentes para arrancarles la bolsa. Se ha querido hacer de la religion un instrumento tal de tiranía, que muchos hombres de ánimo levantado y corazon entero han llegado á creer que en el templo de la religion solo se admiten esclavos. Al mismo tiempo han endurecido ciertas gentes el corazon y las entrañas de muchos séres piadosos, obligándoles á ver en los que aman la libertad otros tantos conjurados del infierno, ministros de Satanás. Así ha decaido la caridad, el amor, la fraternidad, ese generoso sentimiento que proviene de la unidad de orígen y de la unidad de destinos en todos los hombres. Los dolores de nuestros hermanos, de aquellos que en la humanidad son como nosotros mismos, nos hallan indiferentes. Nada nos va en que el pobre no tenga pan, ni el esclavo libertad, ni el desgraciado amor; nada en que el ignorante se pierda, como las aves nocturnas, en eternas sombras. El amor insensato á todos los placeres hace de la vida una orgía, del mundo un carnaval. Todo está enfermo, en este período de mortal decadencia. El arte se ha convertido en una copia servil de la realidad; la moral en una palabra dúctil y acomodaticia; hasta el amor se ha transformado en un negocio. No digamos nada de la fé política. Ha muerto. ¿Dónde están aquellos hombres que por la causa de la libertad pisaban el cadalso y hasta bendecian la muerte ignominiosa, creyendo que iba á ser la vida de su idea y de su pátria? ¿Dónde está la generacion que escribió en Cádiz el código de 1812, y que se enterró en los campos de Bailen y en los muros de Zaragoza y de Gerona para realizar aquella guerra de Independencia, guerra de gigantes que no podemos comprender nosotros los enanos? Todos los hombres que creian, que esperaban, que amaban, ¡ay! han muerto y hollamos

indiferentes sus cenizas. Por eso del mando de los militaros, de los bárbaros generales que nos azotan la cara con su látigo, y trituran nuestras ideas con sus espuelas, caemos bajo el mando de estos sofistas, de estos acépticos, de estos doctrinarios sin fé y sin conciencia, que hace años vienen devorando nuestro espíritu con el cáncer de su corrupcion. Ni siquiera somos bastante serviles para sufrir una dictadura, ni bastante fuertes para lanzarnos á la anarquía. Nos consumimos en lo miserable, en lo pequeño. ¡Felices los pueblos que, como Polonia, son esclavos; pero que al menos saben pelear, saben morir y no se consumen tristemente en esta inmoralidad nuestra, que es la muerte de la conciencia, el aniquilamiento del alma!

Y es necesario, Excmo. Sr., que pongamos el dedo en la llaga, que hablemos de nuestro mísero estado religioso. Si en algo peco de irreverencia, os ruego que me perdoneis la falta en gracia del buen deseo. No ocultemos el mal. No seamos como esos débiles que no se atreven á curar una llaga por no sufrir algunas náuseas. Lo que pudo decir Sancho el Bravo en el siglo XIII; el arcipreste de Hita en el siglo XIV; Pedro Mártir en el siglo XV; Hurtado de Mendoza en el siglo XVI; Feijóo en el siglo XVIII, bien podemos decirlo tambien nosotros en este nuestro siglo de libertad. Nuestro estado religioso es muy triste. Muchos defensores de la libertad se han separado de la religion, porque la creen signo de esclavitud. Yo estoy seguro que algunos de buena fé, llenos de honradez y de lealtad, desconfian muchas veces de mí, aunque me quieren. Porque me oyen hablar demasiado de Dios. Los filósofos se han ido separando tambien de la religion, si no de toda religion, de la oficial, porque dicen que oprime el alma. Los economistas, oidlos, la condenan, la desdeñan, al menos

porque juzgan sus ideas sobre la tasa y la usura contrarias al movimiento económico de nuestro siglo. Los gobiernos toman la religion, no como una idea pura, no como una creencia santísima, sino como un medio de gobierno; la ponen á la altura del alcalde que conserva el órden, ó cuando más del magistrado que juzga y del Código penal que condena. Las clases elevadas son del todo punto indiferentes; á lo más, prevenidas contra la revolucion por las predicaciones neo-católicas, han hecho del catolicismo una especie de Dios Término encargado de velar por sus propiedades. En el pueblo hay dos clases. El pueblo de las ciudades adolece de preocupaciones invencibles contra la religion, mientras el pueblo de los campos adolece de un fetichismo pagano, que mata toda pura idea religiosa. El alto clero habla más de política que de religion; y el clero bajo más del culto que de la moral. La supersticion reina en los dos extremos de la cadena social. No hace mucho tiempo que se hablaba de embaucamientos, de llagas, de ridículos milagros. Los de arriba creen más en los golpes que dá el pié de una mesa que en los movimientos de la conciencia; y los de abajo más en sortilegios que en la virtud de las buenas obras. Muchos creen que con orar han cumplido, aunque luego procedan mal en la vida. Se parecen á los lazzaronis de Nápoles, que despues de encender una luz á su Madonna ya se creen con autoridad para encenagarse en los vicios más infames; ó á los bandidos de Andalucía que llevan un escapulario sobre el cual apoyan su trabuco; ó al Monipodio, de que nos habla Cervantes en Rinconete y Cortadillo, que apartaba una buena porcion del botin robado para comprar velas á la Vírgen, á fin de que protegiese los robos en lo futuro. Esto es horrible, tristísimo. Es necesario restaurar la con-

ciencia, restaurar el espíritu, despertar la idea religiosa en el alma. V. E., con sus medios espirituales, con su ministerio sublime, con sus virtudes, con su ejemplo, con su predicacion constante, puede hacer mucho, como todos sus hermanos, en esta obra. Pero la religion tiene un lado social. Tiene una influencia social, y al publicista toca como un derecho, mejor dicho, como un rigoroso deber, tratar de las relaciones de la religion con la vida social de los pueblos, de las relaciones de la religion con el Estado. Y aquí se encuentra, Excmo. Sr., gran parte del remedio al mal que lamentamos. Para este problema, como para todos, la democracia, que es la doctrina social más perfecta, tiene una solucion admirable: la libertad de la Iglesia. Si no importuno á V. E. pidiéndole antes que me dispense, que no vea sino mis buenas intenciones, mi deseo de acertar, de decir la verdad, de hacer el bien, si no le importuno, decia, hablaré en mis próximas cartas de la libertad de la Iglesia, y antes de despedirme de nuevo, permítame que le salude con todo respeto y veneracion.

CARTA TERCERA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: en mi carta anterior expuse todo cuanto pensaba sobre nuestra decadencia moral y nuestro profundo malestar. Yo atribuyo todos estos males á que la religion no está en la conciencia, sino en la ley, en el Estado; lo cual hace que la fuerza moral haya sido reemplazada por una fuerza mecánica. Y este es el lamentable error en que caen á una todos los neo-católicos. Así no discuten, denuestan; no raciocinan, acusan; no creen tanto en la autoridad de Santo Tomás ó de Belarmino, como en la autoridad del fiscal de imprenta y del juez de primera instancia; no fian nada en la virtud del Evangelio, lo fian todo á la virtud del Código penal. Y aquí, Excmo. Sr., entra la cuestion que propongo á V. E. con todo respeto, y que V. E. debe considerar, no por lo que vale quien la propone, sino por lo que vale y significa la idea en sí misma. Consideremos que no estamos solos, que no es posible vi-

vir en el aislamiento feudal, y que si la Iglesia es reina en España, es sierva en la mayor parte de las naciones del mundo. Por eso decia, con grande aplauso de todos los católicos, el conde de Montalambert, en el congreso de Malinas: renuncie á sus privilegios la Iglesia católica, donde es reina, para alcanzar y obtener su derecho, donde es sierva. Porque no resolvemos la cuestion con decir que el catolicismo es la verdad. Aun admitido y proclamado esto, queda una segunda cuestion. ¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion verdadera? Todas las religiones desde el brahamanismo hasta el protestantismo han dicho á los gobiernos: yo soy la verdad. De todas han abusado para fines mundanos los gobiernos, y las han esgrimido contra sus enemigos. El brahamanismo ha tenido por víctimas los párias, el protestantismo los irlandeses, el paganismo los cristianos, y los gobiernos han dejado desgraciadamente un reguero de sangre que condena la justicia de Dios.

V. E., acostumbrado á un ministerio puramente espiritual, sabe que el criterio de toda religion es la fé. Y la fé es la evidencia interior que ó no admite pruebas ó las rehuye. Creo, porque creo: tal ha sido la principal razon de los creyentes. Otras veces han dicho más, han dicho: *credo quia absurdum*. Prescindamos de la verdad ó de la mentira de las religiones, que no importa para asentar el ideal de relacion entre la Iglesia y el Estado. Para el gobierno español la verdad es el catolicismo, y para el inglés el protestantismo. Despues de todo, como ha dicho el conde de Maistre, en el fondo de las religiones más diversas, se encuentran rastros de una tradicion universal. Todas las religiones han consolado al hombre en su camino. Desde la religion que adoraba el tallo de yerba, la

gota de rocío, el ave giganlesca que abria sus alas en la region de los vientos, la luna llena cuando surgía del seno de las olas, y celebraba sus misterios, teniendo por templo los bosques, y por altares los peñascos; desde la religion que adoraba la naturaleza, hasta la religion que adoraba al hombre, y cuando el sol salia por el Himeto, enviaba desde el templo á las orillas del Ejeo los coros de vírgenes coronadas de verbena, tañendo citaras de oro, y entonando los cánticos de los más sublimes poetas; desde la religion que adoraba al hombre hasta la religion espiritual que adora á Dios, y ha erigido las catedrales góticas, y las ha teñido de los matices de la luz con los vidrios de colores, y las ha poblado de estátuas que representan todos los grados de la oracion y del dolor, y les ha dado el murmullo de una plegaria con los acordes del órgano, y lengua para hablar á los vientos con las campanas, y lazo para el cielo con la alta cúpula que se tiñe de los arreboles del aire; todas las religiones como ha dicho un autor católico, han consolado al hombre, dejando en los espacios esas obras de arte, que forma como la escala misteriosa por donde el espíritu humano sube, sacudiendo de sus alas el polvo de la tierra, á trasfigurarse en lo infinito.

¿Hay derecho á imponer por fuerza una religion? Omar dice: sí; Cristo dice que no. Las religiones tienen sus armas, el convencimiento para la inteligencia, la persuasion para la voluntad. V. E. cree más en la fuerza de un ejército de misioneros para fines religiosos que en la fuerza de un ejército de zuavos; más en una pastoral que en un cañon. Las religiones no se mantienen por los fiscales, ni por la vara de cabo de presidio, ni por las bayonetas de todos los ejércitos del mundo; se mantiene por el asen-

timiento de las conciencias, por la fé de los corazones. Lo primero que la religion representa ¿qué es? la relacion de toda la vida con Dios. La religion vela en nuestra cuna y nos envía el ángel custodio protector de los primeros ensueños; purifica los corazones jóvenes apercibiéndolos á recibir, como vasos de bendicion, los aromas de los primeros amores; bendice la familia que formamos; santifica la mujer que elegimos por esposa, convirtiendo el hogar en un templo; nos auxilia á educar los hijos, á levantar las alitas de su fantasía al cielo, y enderezar sus primeros pasos al bien; nos une por la oracion con los seres que se van de la vida y por la esperanza en la inmortalidad con los seres que vienen á la vida; y en la hora de la muerte, cuando todos los horizontes se cierran y oscurecen, cuando el sepulcro abre á nuestros piés sus negras fauces, cuando todos nos abandonan al silencio del eterno sueño, la religion nos promete que lejos de perdernos en la nada, la esencia de nuestra vida, como el vapor de la catarata que sube á los cielos mientras el caudal de las aguas se desgaja en los abismos, la esencia de nuestra vida se dilatará en el regazo de Dios. Mas para cumplir estos fines, ha de ser creida por nuestra fé, amada por nuestro corazon, acepta á nuestra conciencia, faro luminoso á los ojos del alma. En vez de moderar los ímpetus de la juventud, los viciará, si por ella no tenemos amor. En vez de unirnos por un juramento á la familia que formemos, nos unirá por un perjurio. En vez de auxilio, nos servirá de estorbo en la educacion de nuestros hijos, porque no enseñan los labios como verdad lo que el corazon siente que es mentira. En vez de consolarnos en la hora de la muerte, sus oraciones, sus ceremonias turbarán nuestros últimos instantes, y harán desesperada esa pos-

trer hora en que el hombre necesita recoger todo su espíritu y toda su vida para presentarse, no ante el juicio de los hombres que creen la fé mentida por labios, sino ante el juicio de Dios que vé el fondo de la conciencia. Indeciso el moribundo entre su fé de hombre y su fé de ciudadano, verdaderamente no sabrá cómo ha de morir en esta última hora en que todas las mentiras se acaban en los resplandores de la verdad eterna. De este triste estado de los espíritus hay una grande enseñanza en la historia, una enseñanza que me ha movido á prolijas meditaciones en mis estudios históricos. Notad, Señor, los hombres más célebres de los últimos dias del paganismo. ¡Qué miserables en su vida, y qué grandes en su muerte! No hablemos de Bruto y Caton. El pretoriano Antonio sabe morir. Ciceron, que habia vivido como un cortesano, espira como un héroe. El emperador Othon fué en su vida menos que una prostituta y fué en su muerte más que Sócrates. Tácito no acierta á dar de esto razon. ¿Sabeis por qué vivian vida tan miserable? Porque vivian en contubernio forzoso con dioses en quien no creian. ¿Sabeis por qué morian muerte tan sublime? Porque morian libremente en el Dios de Platon, en el Dios de su conciencia. Por eso yo creo que el poder del Estado, que la fuerza de los gobiernos, nada vale, nada importa para fomentar las creencias religiosas. Creemos ó no creemos en la religion del Estado. Si creemos, creemos por nuestra conciencia y no por el mandato del Estado. Luego su proteccion es inútil. Si no creemos y decimos que creemos, á los ojos de la religion cometemos una verdadera hipocresía. Luego su proteccion es dañosa. V. E. en su alto ministerio, que tantas veces le habrá obligado á bajar á los profundos abismos del espíritu humano para arrancar de allí mu-

chas espinas, sentirá inmensamente, mejor que yo pudiera decírselo, cuánto daña el espíritu religioso la hipocresía.

Sobre la conciencia no puede haber coaccion. Por eso nuestras mismas leyes, nuestro Código penal condena la libertad de cultos, pero admite la libertad de conciencia. Y por esto la Iglesia ya no acostumbra á pedir el auxilio del Estado contra aquel que no cumple sus preceptos espirituales. Pues bien, si ha dado un gran paso hácia su jurisdiccion, hácia su propia libertad, ¿por qué no ha de concluir de dar los pasos que le faltan, renunciando completamente á la tutela del Estado? Para regir la conciencia, le bastan los medios espirituales, porque no hay sobre la conciencia accion material posible. Por eso llamaba Sócrates á conciencia la voz de Dios en la vida. Si la religion fuera una ley coercitiva, una ley material destinada al hombre que ha de vivir en sociedad, comprendo que echára mano de jueces, alcaldes y alguaciles. Pero el objeto de la religion, es más alto, más trascendental. Lo eterno, lo incondicional, lo absoluto es el norte de la idea religiosa. Cuanto más pienso en esto, más claro lo veo, Excmo. Sr., más claro. Es un devaneo hacer de la religion como una ley de imprenta, como una ordenanza de policía. Si el hombre estuviera destinado á vivir un dia, y á pasar como una sombra que empaña por breves instantes el espejo del espacio; si no tuviera más fin ni más destino que caer convertido en polvo sobre este planeta; si todo en él terminára con procurarse mejor sustento, mejor habitacion que las generaciones ya muertas, entiendo que bastaria á sus necesidades una religion mecánica, regulada por el Estado, atenta solo á conservar el órden civil y el órden material; pero cuando el

hombre se siente llamado por una voz á más altos fines; cuando reconoce en sí una libertad, por tan maravillosa manera ordenada, que le alza del mundo de los efectos al mundo de las causas; cuando su deseo es una sed infinita, su amor una llama inextinguible, sus ideas más numerosas que los astros, su razon más grande que el espacio, su personalidad más duradera que el tiempo; cuando los hechos, las instituciones, las leyes, las artes, las ciencias, son como gradas, por donde se sube en ascension contínua, en crecimiento progresivo á sus altos fines, y al término de esta ascension gloriosa vé á Dios, necesita para volar á Dios libres y abiertas las alas de la conciencia. Despues de todo, ¿qué han podido Neron, Diocleciano, todos los soberbios tiranos contra la inviolabilidad de la conciencia? Nada. ¿Por qué? Porque la conciencia es la reflexion de todas las facultades del espíritu en sí mismas, y no puede ser cohibida por ninguna fuerza, encerrada en ningun calabozo, vigilada por ningun carcelero, guillotinada por ningun verdugo, pues sin duda, es libre como la voluntad, infinita como el pensamiento, incoercible como el alma, de la cual podíamos decir que tan grande facultad es como la luminosa corona.

V. E., en su sagrado ministerio, verá mil veces, que á donde no llegaria la fuerza de un gobierno, llega la palabra de un obispo. Y esto le persuadirá de la radical impotencia del Estado, del gobierno, para ordenar y regular la fé religiosa. Yo he visto esa impotencia en las sociedades antíguas y en las sociedades modernas. Para no tratar cuestiones peligrosas, que yo quiero evitar á toda costa, desarrollaré ante V. E. en breves palabras lo que sucedió á la religion pagana, á esa religion, que, si no puede satisfacer nuestro espíritu, ni iluminar nuestra redimida

conciencia, animó á pueblos tan sábios como Grecia, á civilizaciones tan robustas como la civilizacion romana. El paganismo tiene su edad sencilla, primitiva, en los dioses cabires; su edad media en la teocracia dórica, consagrada al culto de Apolo; su edad de protesta en la aparicion de Homero; su edad filosófica desde Thales hasta Aristóteles; su edad de reaccion, de neo-paganismo, de lucha con nuevas creencias, de alianza con el Estado, en aquellos últimos tiempos en que Júpiter y el César eran una misma persona, la religion y el imperio una misma cosa. Pues bien, yo he notado que cuando esta religon vivia principalmente por sí, contando más con su fuerza que con la fuerza del Estado, porque desligada del gobierno y del Estado nunca estuvo, lo cual prueba su radical impotencia para ser una religion duradera; cuando contaba más con sus fuerzas que con las agenas, con las fuerzas políticas, el paganismo estaba vivo; las sacerdotisas pleyadas llenaban de flores el altar, de víctimas el ara; Apolo se alzaba resplanciente de luz en el templo erigido sobre las colinas sembradas de mirtos y laureles; Baco, venido de la India con la frente coronada de pámpanos, representando la embriaguez de la vida, dividia con Apolo el dominio del mundo; Homero despedia de cada uno de los acordes de su lira el alma de un Dios; y mientras los dioses mayores, creados por los poetas, vivian allá en el Olimpo, tendidos en las nubes, coronados por el íris, saludados por la diosa Armonía que transformaba los rayos del sol en cuerdas de su arpa, mientras los dioses mayores vivia en las cumbres de los montes, respetados por los pueblos, lloviendo estrellas en el cielo, gotas de rocío en los campos, los génios menores se esparcían por la tierra, y llenaban de faunos las selvas, de nereidas los mares, de ninfas los arroyos; y en

cada bosquecillo, en cada umbría, en cada recodo de la costa tenian templos, de los cuales se exhalaban aquellos cánticos ébrios de placer que inundaban de febril voluptuosidad toda la naturaleza. El espíritu, ese eterno desterrado, comenzó á disgustarse de culto tan sensual, comenzó á levantar los ojos al cielo. El Estado quiso salvar la religion y no pudo. En vano maldijo á Thales; del alma de Thales nació Pitágoras. En vano obligó á Pitágoras á misterioso silencio. De aquel silencio nació andando el tiempo la vívida idea de Xenophanes. En vano desterró á Xenophanes, porque vino Sócrates. En vano dió la cicuta á Sócrates, porque al pié de su sepulcro, donde parecia enterrada para siempre la conciencia humana, brotaron Platon y Aristóteles, las dos fases de la ciencia, los dos términos de la idea, las dos caras del espíritu. La cicuta de los tiranos mató al Sócrates de un dia; pero no pudo matar el Sócrates de todos los tiempos. El paganismo herido se moria. Cuando en la eternidad sonó su última hora, nada pudo el imperio, nada pudieron las legiones, nada los magistrados, nada las fuerzas colosales de Roma para salvarlo. Yo no conozco reaccion más grande, reaccion más inteligente, que la reaccion sostenida por Juliano. ¿Y qué alcanzó aquel jóven con todas las fuerzas del Estado á su disposicion? Nada. Un dia fué al templo de Apolo en Dafne, por él restaurado, y no encontró flores en el altar, ni ofrendas en el ara, ni coros que repitiesen los antiguos cánticos sacros, ni adoradores que llevaran las copas de oro á los lábios para ofrecer las antiguas libaciones, porque el Estado podrá mandar abrir las puertas de los templos de piedra, pero no puede abrir las puertas del templo espiritual de la conciencia, cuya misteriosa llave es la fé.

[illegible] la [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] diferenciándose radi- [illegible] [illegible] [illegible] del Estado; la re- [illegible] [illegible] [illegible] que es de Dios y al César lo [illegible] [illegible] Esta sublime palabra de Cristo ha sepa- [illegible] [illegible] [illegible] del Estado; ha consagrado [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] libertad de la Iglesia. «La [illegible] [illegible] [illegible] es ley de libertad.» «Nada tan [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] exclamó San Pablo: *Nihil tam voluntarium quam religio.*» «Nosotros no pedimos el poder, [illegible] San Justino á Trifon, pedimos la libertad de nuestra creencia.» «Cristo, sentia Orijenes, no roba las almas como los ladrones, ni las compra como los ricos, ni las fuerza como los poderosos; Cristo las llama con su amor.» «Mirad, exclamaba el gran Tertuliano, mirad, no sea autorizar la falta de toda religion, el privarme de mi conciencia religiosa!! Y en su carta á Escápula, añadia: «*Non est religionis cogere religionem.*» ¿Por qué hemos engrandecido á Constantino? ¿Declaró religion del Estado la religion católica? No, declaró la libertad de la Iglesia. Señor, la Iglesia no cambia, la Iglesia no puede cambiar la religion de la libertad que predicó en su cuna. Predicar una idea en la persecucion y otra en el poder, una en las Catacumbas, y otra en el Capitolio, se queda para esos miserables partidos que solo tienen por Dios la utilidad, por criterio el interés y por moral el egoismo. Pero la Iglesia no cambia, segun nos enseñan sus doctores.

¡La Iglesia libre! ¡Qué hermoso, qué grande espectáculo! Nombraria sus pastores sin pedir vénia alguna al Estado, [illegible] su enseñanza sin necesidad que el privilegio [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]; predicaria sus dogmas y su

moral con independencia entera, ejerciendo hasta sobre los gobiernos y las leyes su jurisdiccion moral y de conciencia: tendria asociaciones religiosas sin las cuales apenas se concibe el catolicismo, asociaciones prohibidas por nuestras leyes; podria adquirir su propiedad, guardar su peculio propio para procurarse el material sustento; veria renacer aquellos tiempos, aquellas asambleas, aquellas glorias, aquellas grandezas, aquella virtud de las primeras asociaciones cristianas. Pero no adelantemos conceptos. Esto será objeto de otra carta. En ella probaré á V. E. que nada ha sido tan funesto á la Iglesia, como la proteccion del Estado. Señor: la democracia seria un sistema social imperfecto, si no pudiera ofrecer condiciones de derecho, de expansion á todas las maneras de ser de actividad humana. Ya el ilustre dean de vuestra catedral me ha dicho en una carta, bella por su estilo, elevada por sus ideas, pura y recta por sus intenciones, que V. E. no puede temer á la democracia. Pues bien, no la maldigais: bajo todas las zonas y en todas las latitudes puede vivir el espíritu religioso que debe crecer, siendo justo, do quiera que crezca la libertad y la justicia. Tened, Señor, un poco de paciencia para esperar mis últimas cartas, y entre tanto, perdóneme si en algo he faltado á lo que os debo, recibid un testimonio de respeto y veneracion.

CARTA CUARTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Seguiré exponiendo á la consideracion ilustradísima de V. E. las razones en que me fundo para abogar por la libertad de la Iglesia ardientemente. Prescindo del culto que presto en mi corazon y en mi conciencia á esa idea de libertad, por la cual se distingue de los demás séres el hombre. Verdaderamente la idea de la libertad ha llegado á obtener una especie de culto en mi vida. Pero la manifestacion más fecunda, en mi sentir, es la que se refiere á la religion, pues á medida que las ideas son más altas, necesitan más para volar por lo infinito las fuertes alas de la libertad. El cristianismo así lo predicó desde su aparicion en el mundo. Los neo-católicos, al convertirlo en instrumento de tiranía, lo desnaturalizan, y lo tuercen á fines contrarios á su ideal. Porque si se le quita al cristianismo este espíritu de caridad y de tolerancia; si de él se hace antes que la religion pura del alma, la religion coercitiva del Estado, cam-

biemos todo el cristianismo; y Jesus, en vez de decir, «mi reino no es de este mundo» diga, cediendo á las tentaciones de Satanás que le ofrecia todos los tronos de la tierra, «yo soy el único rey:» y en ved de «dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César,» diga, «dad al César religion, alma, conciencia», y, en vez de reconvenir á los discípulos que le pedian castigo para un incrédulo, diciéndoles, «vosotros no sabeis aun qué espíritu os anima,» grite, «mueran los incrédulos, pues que mi espíritu es de esterminio, y mi sumo sacerdote es el verdugo:» y en vez de decir á Pedro en el huerto, «envaina esa espada, el que á hierro mata á hierro muere,» dijérale, «someteréis por la espada á todos los pueblos:» y en vez de decir á sus apóstoles, «las armas de vuestra milicia no son materiales,» dijérales, «las armas de vuestra milicia, son el cetro de los emperadores, y las espadas de las legiones:» y en lugar del cristianismo, tendríamos el mahometismo, y el Evangelio seria el Koran; y el apostolado la guerra; y el triunfo del espíritu por el milagro de la idea, la servidumbre por la victoria brutal de la fuerza; y aquel sublime altar del Calvario, á cuyos piés caerán de rodillas todas las generaciones, porque allí se trasfiguró el alma, seria el patíbulo de la libertad y de la conciencia.

Yo creo que las guerras de religion; las cruzadas contra los albigenses; las hogueras donde han ardido Savonarola, Gerónimo de Praga, Servet, ora las hayan atizado los católicos, ora los protestantes; las persecuciones de los hugonotes por los reyes de Francia, y de los irlandeses por los aristócratas de Inglaterra; la inquisicion, felizmente apagada al soplo de nuestros siglos, todas estas monstruosidades, que han cubierto de sangre la tierra, de ignominia la historia, han sido maldecidas por el espíritu

del cristianismo, que fué el ósculo de Dios impreso en la frente del hombre. Y esta triste adulteracion de una idea tan grande ha provenido de su ayuntamiento con los gobiernos, con los poderes del mundo. Los gobiernos habrán podido dar á la Iglesia bienes perecederos, pero le han arrebatado el imperecedero bien de su independencia.

Tres soluciones puede tener el problema de la relacion de la Iglesia con el Estado. O bien el Estado se somete á la Iglesia, ó bien la Iglesia se somete al Estado, ó bien Estado é Iglesia se declaran libres, independientes entre sí. La primera solucion enjendró la teocracia. La segunda solucion enjendró la autocracia. La primera solucion ha sido la de Roma en la Edad Media. La segunda solucion ha sido la de Constantinopla en la Edad Media. La Roma pontificia fué teocrática; la Constantinopla imperial autocrática. Estas dos soluciones tambien se ofrecen á nuestros ojos allá en la historia antigua. El Oriente, en que por regla general los sacerdotes predominan sobre los reyes, el Oriente es teocrático; Grecia y Roma, en que los reyes ó las repúblicas predominan sobre los sacerdotes, son autocráticas. Yo creo la teocracia y la autocracia igualmente infecundas. ¿Cuánto tiempo se ha podido sostener la teocracia en nuestra historia moderna? Escasamente tres siglos, sí, tres siglos de apocamiento del ánimo, de terror; tres siglos en que los pueblos temian ver la tierra disipándose como un monton de ceniza bajo sus plantas, y el cielo cayendo en lluvia como un mar de lágrimas sobre su cabeza. La teocracia se acabó el dia en que los jurisconsultos por ella educados se hicieron monárquicos, y los monarcas por ella sostenidos se hicieron rebeldes. El bofeton que Nogaret dió en la megilla de Bonifacio VIII, sepultó

para siempre la teocrácia. El tenebroso poema del Dante, poema esencialmente católico, fué su infierno. En sus últimos círculos se encuentran maldecidos por la conciencia religiosa, los tiranos que se prevalecieron de su autoridad espiritual para oprimir al mundo y despedazar á Italia. Y si tan triste fin tuvo la teocrácia romana, ¿qué resultado ha tenido la autocrácia bizantina? La desmoralizacion de una raza heróica, la caida de un grande imperio, la tísis del alma de cien generaciones, y la cimitarra turca estendida en el siglo décimo-quinto como una espada esterminadora sobre la frente de Europa.

La solucion teocrática y la solucion autocrática han sido igualmente funestas para la Iglesia y para el Estado. ¿Será mejor solucion esta semi-teocracia y semi-autocracia de nuestro tiempo, en que ni la Iglesia ni el Estado gozan de verdadera independencia? Esta ha sido la peor solucion, Señor, la peor. Examinadla con detenimiento y lo comprenderéis. La córte de Roma pactó concordatos con los poderes civiles. Alcanzó que expulsaran á los judíos, ó de las naciones, ó de la vida civil; les entregó la inquisicion, lavándose las manos por la sangre en la inquisicion derramada; aplaudió la condenacion de libros, como el método de Descartes, como el contrato social de Rousseau; inútil condenacion, pues el primer libro es la base de nuestra filosofía, y el segundo la base de nuestra política; y con esto se creyó segura. Pero al poco tiempo los poderes civiles volvieron contra ella sus armas; y la aislaron por las leyes josefinas; y abolieron sin consultarla sus ejércitos permanentes, los jesuitas; y le arrancaron la inspeccion de la enseñanza pública; y redujeron á mentira su censura sobre los libros; y le quitaron el diezmo; y la obligaron á mendigar el pan del presupuesto como cual-

quiera de las últimas oficinas del Estado; y destruyeron sus conventos donde las almas místicas encontraban un nido fuera de las tempestades del mundo; y disolvieron su propiedad, heredada de tantos siglos, en el olegaje de las revoluciones.

Y este mal provino de haber olvidado la idea que le sonrió en su orígen. El cristianismo se planteó como religion del espíritu frente á frente del paganismo, que se defendió como religion del Estado. La gran defensa de la religion pagana era que los dioses habian sido los protectores del pueblo, y bajo sus auspicios habian crecido tres cosas tan grandes como el arte griego, el derecho civil, y el poder romano. El cristianismo defendia, contra Neron y contra Diocleciano, el derecho de la conciencia, á separarse de la religion del Estado. Nadie hubiera podido creer que en las relaciones entre la Iglesia y el Estado se ingirieran los vicios del paganismo. Felipe II, Cárlos IX, Enrique VIII apelaron á los medios que Neron y Diocleciano. La inquisicion fué la hoguera pagana reanimándose de sus cenizas. Las guerras de religion el estertor del paganismo. El Estado empezó por oprimir hipócritamente á sus enemigos, para acabar por oprimir á la Iglesia. ¿Para qué quiere, pues, la Iglesia tan cara proteccion? Yo comprendería sin esfuerzo que se pidiese la proteccion de los Estados para la Iglesia, en aquellos tiempos en que eran devotos hijos de su buena madre, y cumplian sus mandatos, y acataban sus consejos, y los reyes iban de rodillas á recibir en sus frentes el óleo que consagraba toda autoridad, y los pequeños reinos al nacer se acogian bajo los pliegues de su manto; yo comprendo la proteccion en tales tiempos; pero pedirla hoy, en que la vida de la Iglesia es una lucha contínua con los poderes civi-

les; pedirla en estos tiempos en que la Iglesia ha combatido con Austria por las leyes josefinas, y con Toscana por las leyes leopoldinas; con los antiguos Borbones de Nápoles, Francia y España, por la expulsion de los jesuitas; con Napoleon el Grande, por interpretacion del Concordato, y con el Chico, por la revolucion de las Marcas y las Legaciones; con los firmantes del último Concordato austriaco, por la emancipacion de los judíos, y con la córte absolutista de Nápoles por la hacanea, ofrecida como un tributo de reconocimiento al Papa desde los tiempos de Cárlos de Anjou; con Saboya, primero por la ley Sicardi que abolian la jurisdiccion eclesiástica, y después, por la política del conde de Cavour; con Bélgica, con esa nacion pequeña por su territorio, grande por sus libertades, nacida al amparo del catolicismo, con Bélgica, por las ideas vertidas y la enseñanza dada en las universidades del Estado; con los cantones católicos de Suiza, de esa nacion que ha hecho de las montañas el altar de la democracia, con los cantones católicos de Suiza, por cuestiones de disciplinas, como el pase de Friburgo y el matrimonio civil del Tesino; con España, con el pueblo que se arrojó á la sima de la guerra universal, como Curcio, por salvar el catolicismo, con España, por la abolicion del diezmo, la desamortizacion y la extincion de los conventos; con la América española, con aquel nuevo mundo, descubierto para la Iglesia cuando, en virtud de la predicacion de Lutero, perdia la mitad del viejo mundo: con Nueva Granada por la asignacion al clero; con Méjico, por la desamortizacion; con Buenos-Aires, por su indiferencia religiosa; pedir es estos momentos, con estos gobiernos, proteccion, en tanto como pedir cadenas, es tanto como renunciar por el poder de

un dia al poder de todos los tiempos, y por un pedazo de tierra donde fijar la planta, á la conciencia, ese cielo de la vida.

¡Qué comparacion con los siglos de libertad de la Iglesia! Subid, Excmo. Sr., con el pensamiento acostumbrado á meditaciones piadosas; subid á considerar los siglos IV y V. Son los siglos, en que Constantino pone la cúpula á la Iglesia con su rescripto de libertad; San Agustin á la ciencia cristiana, con su síntesis inmensa; Nicea al dogma con su definicion de la consustancialidad entre el Verbo y el Padre. Han cesado las persecuciones. La Iglesia es libre. ¡Qué espectáculo! Los Césares vencidos, las hogueras apagadas por las lágrimas y la sangre de los mártires; los arúspices mudos, sin atreverse á invocar sus antiguos sortilegios; la pitonisa, inmóvil en su trípode, llevándose la mano á la fria frente, por donde no pasa una idea; la última transformacion del paganismo, ahogada; la heregía maniquea, que pugnaba por volver la humanidad al Oriente, vencida; la heregía pelagiana huyendo, no al resplandor de las armas, sino al resplandor de las ideas; la tribuna cristiana, alzada en Alejandría, y sobre la tribuna Gregorio Nazianzeno, Juan Crisóstomo; San Agustin desplegando el ideal de la ciudad de Dios; Paulo Orosio, esplicando el progreso en medio de la decadencia; el tirano, degollador de una ciudad, postrado de hinojos ante Ambrosio de Milan; la lira cristiana colgada de las columnas de las basílicas, vibrando los sagrados himnos: y cuando la gran catástrofe viene, cuando se desquicia la antigua sociedad, en aquel dia del juicio final de todo el mundo romano, al estrépito de las ruinas, al fulgor de los incendios, entre las nubes de bárbaros que pasan montados en sus caballos, cuyas crines destilan gotas de san-

gre, bajo el filo de las siniestras espadas; los únicos hombres que tienen valor para arrojarse, con los brazos abiertos en medio de aquella inundacion de razas, á detener el torrente, son los misioneros desarmados, como San Severino, que doma á Odoacro; como San Leon, que detiene á Atila; como San Gregorio, que educa á los lombardos, no con las armas, sino con la idea; no con la fuerza de los poderes mundanos, sino con la fuerza de la palabra divina; y mientras la negra noche de la barbarie viene, y rebosa la sangre en la tierra; allá en las cimas se ven aparecer, como otras tantas arcas de Noé flotando en el diluvio, los monasterios, donde se refugia la ciencia, los monasterios que brillan en aquellas tinieblas, como las cumbres nevadas de los Alpes, ceñidas del ether y alumbradas por el sol, con una serenidad perfecta, en tanto que allá, en los hóndos valles, se amontonan las nubes, y ruje la tempestad, y se desata el rayo.

La Iglesia no renunciará, no, á recobrar en tiempos más prósperos y con más felices condiciones, esta libertad, en cuya virtud obró tantos milagros. No renunciará á oir la voz de su Pontífice, sin que ningun poder le pueda cerrar el paso; á nombrar sus obispos con independencia completa; á tener sus cátedras, donde quiera que haya espacio para fundarlas, y discípulos que las cerquen; á celebrar sus concilios; á reunir esas asociaciones religiosas, sin las cuales apenas se concibe su existencia; á vivir vida propia, animada por la libertad, coronada por el derecho, que le ofrece la democracia. Esto vale mucho más que todo cuanto de ficticio pueda hacer por la religion el Estado. ¿Pues qué, el Estado se confiesa, comulga, se salva, se condena? Yo quisiera ver en el valle de Josafat el alma de nuestro Estado. ¿El Estado, en literatura, es

clásico ó romántico? ¿Es en medicina, homeópata ó alópata? ¿Espiritualista ó materialista? Sería de ver que, mientras el Estado fuera muy católico en un pueblo, de cuyo nombre, Señor, no quiero acordarme, se creyeran únicos católicos ciertos cenobitas de tribuna y de redaccion de periódicos, cuya vida es la intriga, cuyas armas son la calumnia, cuya moral el egoismo. Poner al frente de un gobierno el dictado de católico, y creer que por eso es católico el pueblo, son católicos los ciudadanos, es tan grande desvarío como creer que un pomo de veneno deja de ser nocivo, porque se le ponga un rótulo que diga «jarabe.» V. E. como obispo, busca la religion, no en las vanas declaraciones del Estado, sino en los sublimes movimientos del alma.

Yo bien sé que V. E. en su celo paternal por el progreso de la religion, al fijar en estas palabras la vista, se acordará de la unidad religiosa. Esa idea le atormentará leyendo estas cartas, y será un obstáculo invencible para aceptarlas. Permítame V. E. que le exponga algunas consideraciones. Si acierto, acéptelas; perdóneme, si yerro. Hay dos ideas, que aun no se han realizado en el mundo; la idea de una nacion para todos, la idea de una religion para todos. Contra la primera idea se han estrellado grandes guerreros; contra la segunda grandes doctores. El cristianismo es indudablemente la religion que, por su alta metafísica, por su moral sencilla y adecuada á todas las condiciones de la vida, tiene los caracteres de religion universal. Dentro del cristianismo hay cuatro razas fundamentales en Europa, y las cuatro han dado un carácter particular á la idea cristiana. La raza latina ha encontrado en el catolicismo, su fuerza moral, sus tendencias cosmopolitas, su espíritu social, su antiguo culto á la unidad,

sus hábitos de organizacion y de disciplina; la raza germánica y anglo-sajona ha encontrado en el protestantismo, su carácter individualista, la apoteosis de la personalidad humana, el culto á la libertad de pensar; la raza helena ha dado al cisma su mismo carácter, el predominio de la idea metafísica sobre la idea moral; la raza eslava, tendida á los piés de sus autócratas, ha dado á la Iglesia el carácter de un inmenso pedestal para su autocracia; y, si penetramos allá en el fondo del Oriente, en la cuna de la humanidad, en el templo de donde han salido las religiones, allí donde el aire huele á incienso, encontrarémos, segun las profundas observaciones de una sociedad de sábios investigadores, que las razas semítico-cristianas han dado un gran predominio á la idea del Dios único sobre la idea del Verbo y la gerarquía de los santos; y las razas indo-cristianas han concentrado toda la religion en María, han olvidado la primera persona de la Trinidad, han pretendido unir sus nuevas creencias con las antiguas, los santos con los dioses, como si el agua del bautismo no hubiera pasado de la frente sin penetrar en el alma. La ley de variedad se desmiente con mucha dificultad en la historia. Yo tambien quisiera, Señor, como V. E., la unidad en un Dios, la unidad en un dogma, la unidad en una ley moral; pero la deseo por la predicacion, no por la fuerza; por los apóstoles y por los misioneros, y no por los soldados y los inquisidores.

Pues qué, ¿nos faltaba á nosotros la fé en la Edad Media? ¿No habia católicos, y católicos vehementes en España, que reconquistaba el pátrio suelo á los árabes, cuando las milicias reales y las señoriales y las municipales se unian, yendo de Covadonga á Toledo, de Toledo á las Navas, de las Navas á Tarifa, de Tarifa á Granada? Si entra-

mos en una de aquellas ciudades que aun quedan en pié, en Toledo, por ejemplo, piedra miliaria donde cada generacion ha escrito un recuerdo de gloria con un monumento imperecedero; si entramos en una de aquellas ciudades, veremos tras los muros torreados que las guardaban, tras las puertas, defendidas por los puentes levadizos, los bazares orientales; la mezquita mudejar adornada con todos los calados de la arquitectura granadina, con todos los recuerdos de la arquitectura siria; la sinagoga judía coronada por las maderas de los cedros del Líbano, esmaltada por los talcos y dorados del Oriente, ceñida por las hermosas letras hebreas que guardan las divinas palabras de David y de Isaías, mientras á la vista de aquellos templos, se alzan las caladas agujas de las iglesias santas, á cuyas puertas se celebran los contratos, en cuyos altares duermen el sueño de la muerte los guerreros, en cuyas paredes penden las cadenas de los cautivos, al eco de cuyas campanas se reunen las córtes y los municipios, uniendo así esos monumentos sagrados en sus piedras inmortales las dos ideas que fueron el grito de nuestros padres en la cruzada de los siete siglos, la dos ideas de Dios y libertad, que coronan, como una diadema de fuego, las sienes de nuestro pueblo.

¿Pues qué, en nuestro mismo siglo no ha proclamado, no ha bendecido la Iglesia la idea de emancipacion de la conciencia? Señor: al trazar las palabras en que voy á hablaros de este gran poema, quisiera trazarlas como Fray Angélico trazaba sus cuadros religiosos, de rodillas: tan grande respeto me inspira. Habia un pueblo católico, esclavo de un pueblo protestante. El pueblo católico se llamaba Irlanda, el protestante Inglaterra. Irlanda formaba una sociedad de párias, cuando un dia, el dolor, esa musa divina, enjendró un

hombre, que llevaba en su alma la idea, y en sus lábios el verbo de aquel pueblo. El gran orador reunia todos los grados del sentimiento y todos los tonos de la pasion, desde el sarcasmo y el insulto soez, como pudieran salir de los lábios de un campesino ébrio, hasta la poesía sublime, y la oracion ethérea, como pudieran salir de los lábios de un ángel en éxtasis. Y sin más escudo que su fé, sin más arma que su palabra, en la cual se oian los ecos de las olas y de las selvas pátrias, los gritos de los trabajadores, las maldiciones de las madres, los lloros de los niños, los ayes de los moribundos y los lamentos que, desde sus sepulcros, lanzaban las generaciones pasadas, todos los ecos del alma de un pueblo suspendida de los lábios de aquel hombre como el rocío de los pétalos de una flor, de aquel hombre, sí, que, poniendo sobre el viejo bastion de la aristocracia británica la escala de los derechos políticos, aplastando su intolerancia religiosa, emancipó la Iglesia católica, y dejó en las torres de esa Iglesia una bandera sagrada, en cuya presencia se descubrirán todos los pueblos y todas las generaciones, porque lleva escritas en sus pliegues las ideas que han hecho tan maravilloso milagro; la libertad de la palabra, la libertad de asociacion y la libertad de conciencia. Despues de esto, cansado de espíritu, y desmayado de fuerzas, dejo lo último que debo decirle para otro dia, rogándole que consagre un recuerdo religioso á O'Connell, el héroe de nuestra causa, de la libertad de la Iglesia.

CARTA QUINTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion y respeto: Empiezo pidiéndoos, como siempre, perdon de mi atrevimiento, en gracia de mi amor á la verdad. Voy á presentar, en resúmen, los puntos generales de la cuestion. Ya lo he dicho; no soy del número de los que creen que la religion es asunto baladí, y que vale tanto para la filosofía, como la alquimia para la química. Aunque yo no creyera, aunque estuviese desnuda mi alma de toda aspiracion á lo infinito, y mi pecho de toda esperanza en la inmortalidad, bastaríame que la religion fuese creencia de tantos pueblos, consuelo de tantas generaciones, ideal de tantos artistas, para bajar en su presencia la frente, y temblar con pavoroso respeto, contemplando su grandeza, mayor aun, cuando la comparo con la pequeñez de mi inteligencia. Por esto no puedo nunca tratar cuestiones religiosas, sin pedir á Dios que ilumine mi flaca razon; ni dirigirme á V. E., respetable por sus años, más respetable por su

ministerio, sin pedirle que disculpe mi atrevimiento. Pero no caigamos, por huir de la irreverencia, en el miedo y en el apocamiento. La religion es el cielo de la vida; y como cielo, es alegre y luminosa. Solamente los inquisidores, los verdugos del pensamiento, los que han querido hacer del altar el patíbulo de la conciencia humana, pueden amedrentar con la religion, convertirla en cielo de bronce sordo á nuestros clamores, en negra nube preñada de amenazas, y resucitar aquella máxima del paganismo, nacida cuando el hombre solo se acordaba de sus faltas y solo temia el castigo. ***Religio, id est, metus.***

De cualquier modo, el político, el publicista, todos los que tratan de buen ó mal grado de la cosa pública, no pueden menospreciar en sus investigaciones un elemento tal como el elemento religioso, sin ser reos de torpeza. Quédese para el filósofo quilatar las ideas religiosas; al repúblico solo toca ver cómo se han de armonizar con la vida toda social, cómo han de entrar en las condiciones generales del derecho. Y en verdad, la religion está destinada á ser no un poder material, sino un poder moral; ideal, no fuerza; quebrantadora, no forjadora de cadenas; juez de la conciencia, y no poder del Estado: que á moralizar, á purificar, á idealizar viene, y no á ser cortesana de los poderosos del mundo. Y este poder moral será más grande, á medida que sacuda con más fuerza de sus ethéreas alas el barro de la tierra; peso bastante grave, si no para cortar, para detener su vuelo. No cabe dudarlo. En nuestra civilizacion hay tendencias al egoismo, al placer, á la embriaguez de los sentidos. Es la accion natural contra un misticismo de diez siglos; reaccion que empezó en el Renacimiento, con el delirio del arte, y sigue en este siglo con el delirio de la industria y de la ciencia. El hombre ha medido y pesado la

tierra; ha descompuesto en sus primeros elementos el aire: ha encontrado en el inmenso laboratorio de la creacion gases impalpables como las ideas; ha hecho del vapor, despreciado de los antiguos por leve, una fuerza inmensa que compone y descompone la materia en las máquinas, y devora el espacio en su inquieta carrera; ha arrancado á los cielos el rayo, y despues de encadenarlo bajo sus plantas, le ha obligado á escribir con sus chispas de oro la palabra humana por todas las regiones; ha escudriñado los secretos de los astros, oido sus incomunicables armonías, anotado en las tablas la música de las esferas, alcanzado á esplicar la gravitacion universal; é igualmente ansioso de conocer lo pasado y lo porvenir, así ha abrazado los misterios de las creaciones anteriores en el fuego interno que deja sus señales por el granito, en los torrentes que, caidos de la atmósfera, esculpieron las montañas y estriaron los valles, como ha presentido las esperanzas de creaciones futuras en esas estrellas nebulosas, que se desvanecen, ethéreas olas de nuevos mares de la vida en los últimos confines del espacio. Y es natural que, embriagado en esta vida y orgulloso con estos milagros, no haya comprendido otra vida mejor, no se haya alzado á otros milagros más portentosos, y encerrando en la cárcel de su cuerpo tristemente, á guisa de antiguo y olvidado prisionero, el espíritu, como el sátiro de la leyenda, se contenta con dormir en el lecho de la domada naturaleza. Contra esta tendencia, debe existir un poder moral. Hasta los filósofos más materialistas y positivos lo reconocen así. La escuela que ha llegado á una síntesis de todas las ciencias en ódio á la metafísica; la escuela que no pronuncia la palabra «Dios» ni una sola vez; la escuela que vé en las estrellas, no la gloria cantada por el Profeta, sino la gloria

de Newton y de Laplace, casi invoca un poder de esta naturaleza. ¿Sería posible, Señor, que lo dejaran escapar de sus manos, por romántico amor á los gobiernos pasados, por serviles complacencias con los gobiernos presentes, los únicos que pueden gloriarse de tener aun el talisman de ese poder en las manos?

Pero es necesario no hacer de Cristo, que por su sacrificio y por su muerte es un eterno ideal, un eterno ejemplar de la vida; no hacer de Cristo, cual suelen los neo-católicos, el cómplice de todas las tiranías. Los que tal hacen no conocen á Cristo. El Salvador, podia decir de ellos lo que decia Jehová de Israel: *Cognovit bos possesorem suum, et assinus præsepe domini sui et Israel non cognovit, et populus meus non intellexit.* Que traducido en perífrases y con aplicacion al caso presente, quiere decir: «conoce el buey á su dueño, y el asno á su pesebre, y los neo-católicos no conocen á Cristo.» No lo conocen, no. Hace diez y nueve siglos que su palabra está encerrada en la historia y aun no la han oido. Cuando holló la tierra temblaron los tiranos, y se extremecieron de esperanza los esclavos. No puede, pues, sostener Cristo la tiranía, cuando ha dicho: mi ley es de libertad. No puede sostener las castas, cuando ha dicho: entre vosotros el que quiera ser último, sea primero, y el que quiera ser el primero, último. No puede sostener el verdugo que aun reina en nuestra sociedad, quien probó con su muerte cuánto puede engañarse la justicia humana. No puede sancionar la desigualdad, el que nos mostró un solo Padre en la tierra, un solo Dios en el cielo. No puede ser cómplice de los soberbios, el que reunió bajo las alas de su amor á los humildes para inspirarles la conciencia de su espíritu. No puede mandar que nos postremos ante la corte de los tira-

nos, el que fué obligado hace diez y nueve siglos á postrarse de hinojos ante la Cruz, el patíbulo del esclavo. No vino á matar, sino á morir; no á castigar, sino á perdonar; no á esclavizar, sino á redimir. Y dicen los amigos de lo antiguo, los adoradores de toda tiranía, que los tiranos son ímágen de Cristo. ¿Qué han hecho para seguirle, para imitarle? Han convertido la corona que de cada una de sus espinas destilaba una gota de sangre, en diadema de brillantes; la frágil caña de escarnio, en espada para escarnecer y herir á los hombres; la hiel y vinagre, en orgáistico vino; la caridad, en guerra; la Cruz del martirio, en escabel de ambiciones; en vez de resucitar muertos como Lázaro, han enterrado pueblos vivos como Polonia é Italia, han nombrado por su primer ministro al verdugo, y sembrando la desolacion y el terror, se han llamado ¡qué blasfemia! continuadores de aquel cuyo corazon solo latió para amar, cuyos lábios solo se abrieron para bendecir, cuyas manos taladradas por el clavo de la servidumbre, solo tocaron la tierra para romper todas las cadenas y exaltar á la igualdad religiosa todas las conciencias.

Ya sé muy bien que V. E. tan piadoso, rechazará con todas sus fuerzas, condenará con toda su autoridad, esta nueva manera de heregía que pretende fabricar despotismos y dictaduras, sobre la justa doctrina de Cristo, doctrina de libertad. Yo sé muy bien esto. Pero precisa hacer más en la indiferencia por toda idea religiosa, que nos hiela hoy el alma; precisa que la Iglesia misma reclame la libertad para sí, y la reclame en prueba de su alto criterio de justicia, no solo en Polonia y en Inglaterra, sino en Italia y en España. Observad, Señor, que no hay cimiento para fundar edificios duraderos como el cimiento de la

libertad. Las varias formas históricas que han revestido la filosofía, la política, la ciencia, el arte en la sucesion de los siglos, en la dilatacion del espacio, han pasado, y lo que no ha pasado nunca, lo que no ha muerto todavía, es la libertad; porque la libertad ingénita á nuestra naturaleza, sublime, característica de nuestro espíritu, solo tendrá su sepulcro donde lo tenga el hombre.

Pues bien, para practicar la libertad en su esfera, la Iglesia no debe ser en política ni dominadora, ni dominada; ni dueña del Estado, ni sierva; *nec regnum nec instrumentum regni*. Parece á primera vista que nunca podria ser tan libre como siendo reina, como apoderándose del poder civil en nombre del poder religioso, como consiguiendo que el cura fuese tambien alcalde, y el obispo tambien gobernador, y el arzobispo rey, y el papa rey de reyes, señor de tantos señores, jefe de esta gerárquica monarquía universal. Sería caer, Señor, en la tentacion de Satanás. Cristo estaba en el desierto. Apercibia sus fuerzas para la última lucha, su espíritu para la última prueba. Satanás intentaba perderle, para que no salvara á los hombres. Y le llevó á una montaña, y le enseñó todos los reinos de la tierra, y se los prometió. Y Cristo menospreció tan frágiles dominios, porque sabia que le bastaba la conciencia humana, ese reino sin término y sin límites. Tened la fortaleza de Cristo. Los negocios mundanos perturbarian todo el ministerio religioso. Reprender, no castigar; servir, no mandar; socorrer al pobre, no gobernarlo; curar al enfermo: este es el ministerio del sacerdote; más respetado á medida que es más humilde, más dueño de su autoridad espiritual á medida que es menos dueño de la fuerza. El ejemplo de lo triste, de lo engañosa que ha sido la dominacion temporal de los papas en Roma,

prueba cuán funesto es el gobierno material del mundo para quien tiene el gobierno moral del espíritu. Mientras el papa fué solo sacerdote, el papa fué solo mediador entre los pueblos y los príncipes. Sin corona real, el pontificado obligó á caer de rodillas á Teodosio, á retroceder á Atila, á custodiarle á Alarico. Pero desde el punto en que fué rey, fué esclavo. Más papas han muerto por violencia en el trono, durante los dias de su mayor poder político, que murieron en las catacumbas, durante los dias de su mayor afliccion religiosa. En medio del fuego de los Césares paganos y del hierrro de los bárbaros en la Roma enemiga, fueron más respetados que en la Roma sierva. No hablemos de las infinitas luchas del siglo noveno. En el siglo décimo contamos trece papas ó prisioneros ó depuestos, y la mayor parte asesinados. En el siglo undécimo tres destronados, uno prisionero de los normandos, tres fugitivos, uno á punto de envenenarse en su mismo cáliz y en la misa. En el siglo décimo-segundo, uno muerto peleando contra su mismo pueblo, otro prisionero de guerra y encadenado, otro perseguido y acosado como una fiera por Roger de Sicilia, otro conducido de cárcel en cárcel, de fortaleza en fortaleza hasta Francia, otro depuesto y errante, otro asediado en Benevento, otro expulsado de su sede y muerto de dolor en Verona. En el siglo décimotercio, en el gran apogeo del pontificado, ocho papas mueren lejos de su silla, en las amarguras del destierro. El siglo décimo-cuarto, es el siglo llamado del cautiverio de Babilonia. Ningun papa es libre. Solo tienen paz en Roma cuando pierden su poder político sobre el mundo. Pero si Alejandro VI intenta inclinarse á Luis XII, recibirá insultos del Gran Capitan; si Clemente VII se conjura contra la política de Cárlos V, verá las huestes imperiales

entrando á saco la Roma católica, destruyendo sus altares, asesinando los sacerdotes en los templos; y si Paulo IV se opone á Felipe II en Toscana, oirá los clarines de las huestes del duque de Alba amenazándole á las puertas del Vaticano. El poder temporal es funesto para el sacerdocio. Así los padres de los primeros siglos lo rechazaron siempre. Ninguno de aquellos claros varones que llevaban en su mente la idea capital del dogma, y en su corazon la sed del martirio, comprendia un sacerdocio-césar, un sacerdocio-rey. «Cuando soy débil, decia San Pablo en la Epístola á los corintios, entonces soy fuerte.» «El ministro de Cristo, dice San Juan en su primera epístola, debe caminar por el mundo como caminára Cristo.» «Si Cristo rehusó ser rey, dice Tertuliano en su libro de idolatría, mostró claramente á los suyos qué caso debian hacer del fausto, de la dominacion y demás dignidades humanas.» «El rey, dice el Crisóstomo, comentando unas palabras de San Pablo, impone su voluntad por el mandato y por la fuerza, el sacerdote por la persuasion y por la libertad.» Orígenes cita, en su epístola á los romanos para combatir todo dominio temporal de la Iglesia, las palabras de Cristo: «¿Quién me hizo juez para que decida entre vos y vuestro hermano?» Y San Ireneo añade (L. IV. X.): «En las Escrituras siempre á los príncipes, nunca á los sacerdotes, ordena Dios administrar justicia.» Nuestro grande Osio compilaba en una sola frase dirigida á Constancio, toda la teoría de la libertad de la Iglesia, tal como hoy la comprendemos: «Ni á nosotros toca usurpar el imperio de la tierra, ni á vos arrogaros poder alguno sobre las cosas santas.» «Los hombres del siglo, decia Synesio, citado por Fleury, deben gobernar, nosotros orar.» San Hilario, citado por Philoteo en su libro del Papa, ex-

clamaba: «Deploremos el error de nuestro tiempo, que cree que Dios necesita la proteccion de los hombres, y busca el poder del siglo para defender la Iglesia.» «Los príncipes y magistrados, dice San Cipriano en su tratado de *Unitate Ecclesiæ*, enorgullézcanse de sus derechos á una dominacion terrestre y pasagera; la autoridad episcopal solo tiene su ministerio de Dios.» «¿Qué os parece más digno, dice San Bernardo, perdonar los pecados ó dividir las herencias? Estos ínfimos cuidados atañen á los reyes y jueces de la tierra. ¿Por qué meter vuestra hoz en la agena mies.» Ya veis, Excmo. Sr., que, por sentir general de los Santos Padres, de los hombres que más han hecho por la Iglesia, que más la han servido, que más la han elevado, el sacerdote debe levantarse sobre nuestras ambiciones, desdeñar el poder de un dia, apartarse de una dominacion que le ata á la tierra, y libre con su pensamiento, y seguro de su palabra, modelo de piedad en ideas, de caridad en obras, ir, no á donde gozan los poderosos sino á donde padecen los humildes; curar con sus manos las llagas del cuerpo, y con sus ideas las llagas del alma; recoger las lágrimas y evaporarlas entre oraciones en lo infinito; predicar la caridad al afortunado, el trabajo y la conformidad al desvalido; unir á todos en el regazo de la igualdad religiosa: y hasta cuando la vida acaba, y el mundo huye de los restos mortales que le apestan, orar á los piés del cadáver, para que se abra, el aquí finado, nueva vida allá en el cielo. Pero esto ni puede ni debe hacerlo, sino en nombre de su ministerio espiritual, con las armas de la persuasion, y en la santa libertad de la religion y de la fé, lejos de los poderes materiales y coercitivos del mundo.

Pero si no debe ser dominador, tampoco debe ser el sa-

cerdocio dominado. Cuando esto sucede, los poderes mundanos tuercen á sus fines el misterioso poder de la idea religiosa, y la desnaturalizan. El consorcio del Estado y de la Iglesia fué igualmente nocivo para ambos en la Edad Media. El imperio y el pontificado consumieron sus fuerzas en una lucha estéril. Y por fin, la Iglesia concluyó por ser esclava del Estado. El pontífice Pascual II, lo preveia, cuando en el tratado de Sutri renunciaba á los beneficios reales, como ducados, marquesados, para atenerse á las obligaciones voluntarias de los fieles y recojer para sí exclusivamente las investiduras. Si este gran proyecto hubiera madurado, la Iglesia y el Estado se separan en el siglo décimo-segundo, y se realiza el principio de la libertad, todavía no conseguido en nuestro mismo siglo. La oposicion de la córte de Roma al pensamiento del papa segó en flor la libertad de la iglesia. Querian los cardenales que el emperador renunciara á sus privilegios religiosos, sin renunciar ellos á sus privilegios políticos. Pedian la renuncia de la investidura por el Estado, y condenaban la abdicacion de los principados mundanos en la Iglesia. Y sucedió, que como toda grande injusticia tiene un grande castigo, á los pocos dias, aquellos hombres que habian malbaratado su libertad, y la santa libertad de la Iglesia, por la posesion de algunos terruños, fueron con el papa presos por el emperador, atados con cuerdas, conducidos brutalmente entre las inclemencias de la naturaleza á la Sabinia, y allí, heridos y castigados como criminales. ¿Y qué sucedió? Que ni el Estado ni la Iglesia triunfaron. Que se dividieron las investiduras; y el papa daba la investidura religiosa, por la cruz y el anillo; y el emperador la investidura material, los bienes terrenos por el cetro; y el ósculo de paz que se hubieran dado en el seno de la

libertad la Iglesia y el Estado, se convirtió en perdurable guerra, á cuyo término estaba la esclavitud de la Iglesia envenenada por los miasmas del cadáver con quien se habia desposado. Así es que cada siglo registra en la historia una humillacion del poder religioso ante el poder civil. En el siglo décimo-tercio, el predominio del derecho civil sobre el derecho canónico, de la universidad sobre el monasterio. En el siglo décimo-cuarto, el cautiverio de Avignon y la expulsion de los templarios. En el siglo décimo-quinto, el papa, reducido por Cárlos VIII y Luis XII y Fernando V, á uno de tantos príncipes como pululan por Italia. En el siglo décimo-sesto, la inquisicion de España convertida en instrumento político por Cárlos V, á despecho de Leon X. En el siglo décimo-sétimo, la paz de Westphalia, hecha y sancionada contra los votos del papa. En el siglo décimo-octavo, la expulsion de los jesuitas. En el siglo décimo-nono, las Legaciones perdidas, las Marcas y la Umbría emancipadas, la voz de la Iglesia desoida en la reconstitucion de Italia, y el papa, no guardado sino prisionero en Roma de los soldados franceses. Ved, Señor, ved confirmado por la historia cuánto ha perdido la Iglesia aliando su poder con el poder del Estado.

Y todo mal ha dimanado, Excmo. Sr., todo el mal, de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La Iglesia soberana del Estado, mata al Estado; y el Estado soberarano de la Iglesia, mata á la Iglesia. La teocracia es funesta; la autocracia funesta tambien. No me cansaré de rogar á V. E., que contemple la autocrática Bizancio, la teocrática Roma. Mire V. E. á Bizancio. Su ciencia es hinchada y vana como el orgullo. Astros se llaman sus doctores; signos del Zodiaco sus maestros. La pátria de Homero no tiene un poeta; no oye un orador la tribuna

de Demóstenes. Los sofistas se apoderan de la academia de Platon, como los bárbaros del Pireo; en los riscos donde se sacrificara Leonidas, no se oye pronunciar ni la palabra «pátria» ni la palabra «libertad.» El cristianismo es en Bizancio, no la caridad, no el amor, sino triste asunto de ridículas disputas que no mejoran en un ápice las condiciones de la vida humana. La iglesia griega, instrumento en manos de los emperadores, solo sirve para oprimir y degradar las conciencias. Los monarcas se pierden allá en una nube de incienso, y los sacerdotes son sus cortesanos. Por el trisagio morian en las calles de Constantinopla seis mil cristianos y ardian todos los hospitales con los enfermos dentro. La Iglesia era una oficina, y en aquella sociedad, sin resortes morales, el emperador era Dios, la córte serrallo, las academias mentideros, los concilios campos de batalla, los campos de batalla salones de cortesanas, el circo, con los azules, y los verdes, y los amarillos, única ocupacion de la aristocracia, hasta que viene á castigar tanta iniquidad y tanta miseria, la cimitarra de los turcos. Ved una sociedad donde la Iglesia es sierva del Estado, Excmo. Sr., una sociedad sin resortes morales.

Pues bien, mirad ahora una sociedad sin resortes materiales, una sociedad entregada solo al sacerdocio, una sociedad, donde el Estado es siervo de la Iglesia; mirad la Roma teocrática. En Bizancio está perdido todo cuanto se refiere al espíritu y en Roma todo cuanto se refiere al gobierno y á la administracion. Esta gran ciudad alzada sobre los restos del paganismo, sobre los despedazados templos y los ruinosos anfiteatros; coronada con aquellos monumentos, donde brillan las estátuas de Miguel Angel y los frescos de Rafael, todas esas maravillas del arte que parecen

unir el cielo con la tierra; centro de la unidad material del mundo moderno; visitada y bendecida por tantos peregrinos, yace en inmensa desolacion y tristeza; yermos los campos, salidos de sus cauces y pantanosos los rios, envenenados los aires, poblada de mendigos pálidos y harapientos; azotada por terribles enfermedades, que se levantan de la inmundicia de sus calles y de la putrefaccion de sus lagunas; cercada de barrios donde apenas hay dos escuelas para treinta mil almas; sin policía, sin limpieza; con un gobierno inmóvil y descuidado de los negocios de la tierra; con un derecho que semeja el caos; con la inquisicion, aunque dulcificada, aun viva; sin prensa ni tribuna; hambrienta porque sus tributos, segun sentir de un cardenal, son peores que las plagas de Egipto; obligada á pedir prestado al sesenta por ciento al judío Rostchild; ceñida de una guarnicion extranjera que la trata como tierra de conquista; porque su gobierno es la teocracia, y la teocracia, segun decia el profundo Maquiavelo, ni sirve para gobernar, ni sirve para defender á los pueblos.

Huid, Excmo. Sr., huid de estos dos males: de un gobierno autocrático, donde la moral no tenga fuerza, y de un gobierno teocrático donde no tenga fuerza la autoridad civil. El ideal es una Iglesia libre; el papa comunicándose enteramente á su arbitrio con la Iglesia; las regalías abolidas; la jurisdiccion del Estado sobre el clero acabada; roto el pase; devuelta á la Iglesia la autoridad para nombrar sin ninguna presentacion del poder civil sus obispos; la enseñanza libre y por nadie inspeccionada; el púlpito independiente, y el sacerdote, al subir á él, dueño de censurar como mejor le plazca á los mismos gobiernos; permitidas las asociaciones religiosas, donde las almas mís-

ticas que, disgustadas del mundo y sus pasiones, suben al cielo en una contínua expansion, como el aroma de las flores, como el cántico de las aves, donde las almas místicas pudieran hallar un refugio; renovados los primitivos tiempos de la Iglesia, aquellos tiempos, en que se gobernaba como una gran democracia, y todos los fieles acudian á sus asambleas á perderse en la efusion de santa fraternidad, y no habia más que un solo espíritu, y en medio de las persecuciones, brillaba como el sol; y al desquiciarse una sociedad decrépita y culta, y venir otra robusta y bárbara, recogia los restos de la civilizacion muerta, y domaba los ímpetus de la civilizacion nueva; y juntaba las edades de la historia con su sagrada palabra, único soplo que vivificó al hombre, única fuerza que salvó al mundo.

Entended, Señor, que la libertad en todas las esferas, y especialmente en la esfera religiosa, se extiende por toda Europa. ¿Creeis que España puede libertarse de la ley general de la vida? ¿En qué siglo, Señor, en qué siglo nos hemos preservado del movimiento general de Europa? La unidad del espíritu moderno se conoce en que los mismos fenómenos sociales aparecen á un tiempo en todas las naciones. Un gran escritor republicano, Ferrari, ha hecho de esto un profundo estudio en su Historia de la Razon de Estado. Y yo, con mis escasas fuerzas, y la necesidad de estudiar diariamente nuestra historia pátria, he visto que jamás nos hemos preservado del espíritu general de Europa. Caimos, como todas las naciones en el siglo de la unidad material del mundo, bajo el yugo de Roma. Dimos emperadores filósofos á la Ciudad Eterna en el siglo segundo, en que el estoicismo subia al trono de la tierra. Sentímos en el siglo tercero la reaccion ge-

neral contra el mundo romano y el anhelo del Cristianismo. En el siglo cuarto tenemos, como el imperio Nicea, nosotros Illiberis; como el imperio Athanasio, nosotros Osio. En el siglo quinto, si Alarico entra por las puertas de Roma, y Atila por el Rhin, Ataulfo por el Pirineo. Más tarde, en el siglo sexto, siglo de la reconciliacion de los bárbaros con la Iglesia, tenemos en Recaredo nuestro Clodoveo. En el siglo sétimo sentimos con nuestros concilios de Toledo aspiraciones religiosas, como el Norte por medio de las misiones espirituales de San Gregorio, y el Mediodía por la predicacion armada de Mahoma. En el siglo octavo tenemos, como Francia Cárlos Martel, Pelayo; y entramos por la Marca hispánica en la gravitacion de las naciones de Carlo Magno, sol de este siglo, centro de sus esferas. En el siglo noveno tenemos nuestros Lotarios en Silo y Mauregato, y sentimos resonar la caida del imperio omniada en Córdoba, y el quebrantamiento del imperio Carlovingio en Barcelona. En el siglo décimo, el terror general nos alcanza y nuestras crónicas cuentan que el diablo andaba sonando sus atambores por el campo de Calatañazor. En el siglo undécimo, todas las naciones se ofrecen como recien nacidas al papa; Toscana, por medio de la condesa Matilde; Escocia, por medio de David I; Dinamarca, por medio de Canuto IV; Polonia por medio de Boleslao II; nosotros ofrecemos Portugal, por medio del conde Enrique, y Aragon, por medio de Ramiro I. En el siglo décimo-segundo, tenemos nuestras cruzadas en la guerra general contra los árabes, nuestro Godofredo de Bouillon en el Cid, ceñido ya por los resplandores de la leyenda. En el siglo décimo-tercio, el siglo del zenit del catolicismo, si Roma tiene Inocencio III, si Italia la Divina Comedia, si Alemania la catedral de Colonia, nosotros las

Partidas; si Francia San Luis, nosotros D. Jaime y San Fernando. En el siglo décimo-cuarto, siglo en que comienza la duda, al lado de Bocaccio pondrémos nuestro arcipreste de Hita, siglo en que comienza el terror á fundar la gran revolucion monárquica; al lado de Cárlos el Malo y del fratricida Burgen, podemos ofrecer Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Terrible en Portugal, Pedro el del Puñalet en Aragon. En el siglo décimo-quinto, cuando el mundo se entrega delirante en brazos de la naturaleza, nosotros tenemos el viaje épico de los portugueses al Asia, el viaje mitológico de Colon á América. En el siglo décimo-sexto al lado de Francisco I, Cárlos V, al lado de Lutero y de Calvino, Casalla y Constantino; al lado del terror de Cárlos IX, el terror de Felipe II. En el siglo décimo-séptimo, si Francia protestó contra la ciencia de la Edad Media por Descartes, nosotros protestamos contra el arte por Cervantes; si la monarquía descendió desde los brillantes primeros dias de Luis XIV á los dias de Madame Maintenon, desde Enrique VIII al cadalso de Cárlos I, aquí descendió hasta Cárlos II. En el siglo décimo-octavo tuvimos nuestro Pombal y Choiseul, en Aranda y Campomanes, nuestro José II en Cárlos III, nuestro Voltaire en Feijóo, todos los anuncios de la revolucion. ¿Creeis que vais á libertaros ahora de una idea que es general, de una ley que se extiende desde Rusia hasta Roma, desde Roma hasta París? Podréis sentirlo, pero no podréis evitarlo. Aperciba, pues, V. E. al clero instruyéndolo para este momento. El clero necesita de una grande educacion en este sentido. Aun es tiempo de no divorciar, de no separar la religion y la libertad. Mas para esto pronunciad, Señor, la palabra que todo lo resuelve, defended la idea que todo lo ilumina, dad el grito de libertad de la

Iglesia. Unid como nuestros padres en Covadonga, la palabra Dios con la palabra libertad; Dios que iluminará la conciencia, libertad que salvará la sociedad.

Haré para despedirme en mi futura última carta algunas reflexiones sobre la libertad y el cristianismo.

Queda de V. E. con todo respeto y veneracion este vuestro afectísimo, que os saluda y os desea toda suerte de bendiciones.

CARTA SESTA.

Muy señor mio y de toda mi veneracion: Acabo hoy mis largas cartas, y creo haber hecho esfuerzos para prestar un servicio á la libertad y al cristianismo. En estos dias de Semana Santa vuestro ministerio religioso os habrá obligado naturalmente, Señor, á contemplar la pasion de Cristo. Y V. E. habrá recordado que Pilatos, delegado de César, representa la autoridad del Estado; y Anás y Caifás la intolerancia de una religion moribunda; y Cristo, el Redentor, el hombre todo paz, todo dulzura, la víctima de un Estado despótico, de una religion intolerante, como si hubiera querido con su ejemplar muerte herir de un golpe los dos despotismos que han degradado á la humanidad, el despotismo político y el despotismo religioso, ahogándolos para siempre en la conciencia humana con la sangre que ha destilado la Cruz. Yo, Señor, recuerdo ahora con religioso enternecimiento emociones de la infancia, que no olvidaré nunca. Aunque quisiera, no po-

dria olvidarlas, á la manera que no podría olvidar la mirada de mi madre, que llevo como un sol en el centro de mi conciencia. Acudia yo de niño á los Oficios de Semana Santa, que se celebran en la Iglesia del pueblo donde me he criado. La desolacion del templo en el Viernes Santo, me llenaba de terror. Las lámparas apagadas, los altares desnudos, el santuario abierto y abandonado, el negro velo extendido sobre el templo como las tinieblas sobre el Calvario, los trinos de Jeremías, llenando de plañidos y de lamentaciones los aires, me hacian extremecer de espanto, y sentia en mi alma un pavor religioso, como si el abismo insondable de la eternidad se abriera bajo mis plantas. Pero sobre todo, cuando oia entonar al celebrante una oracion por los paganos, otra por los hereges, otra por los mismos judíos que habian crucificado al Salvador, involuntariamente mis rodillas temblaban, y caia de hinojos sobre el pavimento, sintiendo ya en mi corazon de niño què nunca la religion es tan divina como al predicar la fraternidad de todos los hombres, la caridad entre todas las razas; dulces sentimientos, ideas dulcísimas que, al extenderse y difundirse por la sociedad, harian de la tierra un compendio del Universo, de cada hombre un destello de la humanidad, y de toda la humanidad un reflejo de Dios. Comprended, Señor, qué desencanto, qué tristeza tan grande y tan profunda sentiria yo más tarde cuando estudié las páginas de esa historia, y ví que en nombre de esa religion, que intercede en el dia, de sus tristezas y de su desolacion por sus impíos perseguidores, se han realizado la guerra de los albigenses, las degollaciones de la noche de San Bartolomé, la inmolacion de los valdenses en la nieve de los Alpes, el esterminio de los indios en las selvas de América, las dragonadas, en las cuales se vieron

morir inocentes niños sobre el pecho de sus madres, los autos de fé de España, que reproducian despues de quince siglos de cristianismo, las abominaciones del circo y las hogueras de los Césares.

Yo sé que todo esto ha provenido del contubernio nefando entre el poder espiritual de la Iglesia y el poder coercitivo y material del Estado. Por eso la democracia, que es el gran resultado político y social de todas las ciencias, así filosóficas como económicas, propone á este problema una grande y verdadera solucion: la solucion de la libertad. Yo creo haber convencido á V. E., á quien muchos pudieran creer interesado en conservar privilegios absurdos, de que no hay ni puede haber vida para todas las instituciones fuera de la atmósfera de la libertad. Pues lo que hemos hecho con la libertad de la Iglesia, se podria hacer con todas las libertades; convencer de su virtud á los mismos privilegiados. Sí, podriamos convencer á los maestros de que les daña el privilegio de la enseñanza; á los fabricantes de que les dañan los aranceles crecidos y las prohibiciones mercantiles; á los electores de que el censo anula toda su influencia; á los publicistas que ejercen un privilegio escepcional, en virtud de leyes bárbaras de que el depósito les quita toda importancia; á los magistrados de que no puede haber justicia verdaderamente protectora de los pueblos sin el jurado, como hemos convencido á muchos sacerdotes, y de ello podemos glorianros, sí, los hemos convencido de que no tendrán ni independencia, ni elevacion, mientras no alcancen la libertad de la Iglesia.

¡Ah! Señor. Instad oportuna é importunamente á todas horas, con todas vuestras fuerzas; instad un dia y otro con aquella perseverancia de que nos habla San Pablo,

por la causa de la libertad de la Iglesia. Sobre este punto no creeré nunca haber insistido bastante. Es provechosa la libertad para el Estado, es provechosa la libertad para la Iglesia. ¿De qué le sirven al Estado esas regalías tan renombradas y adquiridas á costa de grandes usurpaciones sobre la jurisdiccion eclesiástica? De procurarle á cada instante un conflicto. Ó hay ciertamente, y grande, cuando el Estado presenta un obispo y el papa no lo confirma; lo hay cuando los obispos piden la prohibicion de un libro y el Estado no accede; lo hay en la cuestion de la enseñanza, en que es dañosa para el Estado la competencia de los seminarios, y para los seminarios la competencia del Estado; lo hay en el influjo que el clero como poder político, quiere ejercer en un pueblo, donde por los privilegios que tiene y por la paga que recibe, viene á ser uno de los muchos empleados del gobierno; conflictos de jurisdiccion, de disciplina, de atribuciones, de derechos, conflictos de que el Estado se veria libre así que renunciase á sus regalías, nacidas de la ambicion con que la monarquía absoluta intentó sobreponerse á todos los poderes. Pues hay conflictos mayores aun para la Iglesia á cada paso en su actual servidumbre. El Estado, en realidad, nombra los obispos cuando debia nombrarlos la Iglesia. El Estado niega el pase, á su arbitrio, á las bulas del papa. El Estado interviene en la disciplina. El Estado prohibe que se le hostilice, que se le imputen sus faltas desde el púlpito. El Estado se opone á que se cumplan los mandamientos de la Iglesia. El Estado se apodera de sus bienes. El Estado ejerce una accion perturbadora en su vida. El Estado impide que se celebren esos grandes concilios nacionales y aun provinciales, donde la Iglesia, hoy muchas veces inmóvil, encontraria el explendor que

dá la controvesia, la fuerza que dá la asociacion. El Estado prohibe las órdenes monásticas que ofrecian asilo á esas almas piadosas, á esos carácteres místicos dotados de la inspiracion del sentimiento de lo infinito, de la poesía que se manifiesta por aspiraciones vagas á lo eterno, á lo absoluto; carácteres que buscan la soledad, el retiro, para vivir en paz, para exhalar sus ideas, para entregarse al casto amor de su ideal como el ruiseñor busca lo mas escondido y umbroso del follaje para fabricar su nido y exhalar su cántico. Y á cambio de todos estos impedimentos, de todas estas prohibiciones, el Estado hoy no puede ofrecer ningun auxilio á la Iglesia. Un canonista eminente dijo hace pocos dias en el Senado, con motivo del tema de una comun legalidad para los partidos, que hasta la libertad religiosa cabe en la legislacion vigente, porque no hay establecida pena en el código para los que disienten de la religion del Estado. Prescindiendo de esto, el gobierno, en un sistema constitucional, nada puede hacer para obligar á los ciudadanos á cumplir sus deberes religiosos. ¿Se aplican las antiguas leyes á los hereges? ¿Ha visto V. E. en todo lo que va de sistema constitucional que se hayan aplicado? ¿Puede el Estado castigar á los que no acudan al tribunal de la penitencia, á los que no oigan misa? ¿Puede el Estado conseguir que la prensa, en su actividad febril, se someta, para tratar cuestiones religiosas, á la censura del ordinario escrita en las leyes, no cumplida en la práctica? ¿No vemos que, merced á esto una prensa procaz, llamada prensa neo-católica, donde se reunen algunos legos ignorantes de toda religion, y autores de artículos impíos, y algun que otro fraile atrabiliario usurpa el ministerio episcopal y, sin sujetarse á ninguna censura eclesiástica, sustituye con sus artículos las pas-

torales de los obispos? ¿No se le niega hoy mismo á la Iglesia hasta el derecho de arrojar fuera de sus cementerios á los que han muerto fuera de su gremio? Pues si el Estado hace mucho en su daño, y nada en su favor, ¿por qué no renunciar á su funesta proteccion? No será, Señor, no lo creo, no puedo creerlo, por el mezquino auxilio material. Eso sería volver á vender á Cristo por los treinta dineros de Judas.

En su estado presente se anula de todo punto la Iglesia para ejercer la influencia espiritual que en nombre de sus leyes morales, debe ejercer sobre las leyes políticas. Las ideas religiosas trascienden á la sociedad. Es cristiana la abolicion de la esclavitud. Es propio del cristianismo oponerse á que continúe el gran crímen de las sociedades paganas, oponerse á que se niegue al negro la igualdad religiosa. Es propio del cristianismo pedir que sea destruido el cadalso, que sea desarmado el verdugo. Diga la que quiera ese Calígula teórico, llamado De Maistre. Cristo al morir, abolió la pena de muerte, porque es horrible una pena, que no solo puede herir á un inocente, sino á un Redentor. Con que mostrára este gran engaño no más, la justicia humana quedaria desautorizada eternamente para aplicar la irreparable pena de muerte. ¿Qué grande no será vuestro ministerio, infundiendo estas ideas religiosas en el seno de la sociedad? Pues bien, excelentísimo señor, mientras esteis maniatado, mientras seais un dependiente del gobierno, renunciad á llevar la influencia y la virtud del Evangelio á las leyes. El Estado os pondrá una mordaza. Por esto el verdadero espíritu religioso no ha sido cortesano, sino enemigo de los poderes del mundo. Los profetas del antiguo testamento eran los tribunos que oponian su veto religioso á las demasías de los reyes. Solo así

pudieron anunciar que caeria Babilonia con sus dioses de oro y sus esfinges de mármol; que Nínive se veria cubierta como un sudario por las arenas del desierto; que Tiro, la ciudad de los navegantes, se hundiria en los mares, y seria olvidada como la piedra caida en los abismos; que pasaria Alejandro á manera de la aparicion de un sueño por Oriente, dejando tras sí diseminados sus dioses, no pudiendo turbar la severidad del santuario con el cántico voluptuoso de las sirenas griegas; y que en el dia de las abominaciones paganas de los reyes, Jerusalem sería destruida, derrocado su santuario, diseminadas por las calles las piedras de sus altares, y mientras el jaramago y la ortiga crecerian tristemente sobre sus ruinas, los príncipes y sus hijos irian á llorar, en las márgenes de estranjero rio, las desventuras causadas por su tiranía á la señora de las gentes, desolada y viuda. El Apocalipsis de la tiranía no puede ser escrito sino desde el Patmos de la independencia. La Iglesia sin poder, la Iglesia perseguida, atribulada, encerrada en el seno de aquellas catacumbas, sobre cuyas bóvedas oia resonar los pasos de los perseguidores, y el ruido de las orgías, y en cuyo suelo yacian amontonados los huesos de los mártires, escribió serena, sobre las losas funerarias, en aquellas encrucijadas de sepulcros, cubiertas de tinieblas, la sentencia apocalíptica que anatemanizaba á la nueva Babilonia, ébria con la sangre de los mártires; y, desde los cuatro puntos del horizonte, vinieron como ángles esterminadores, los bárbaros á cumplir aquella sentencia, aventando las cenizas de Roma; mientras los mártires cantaban el inmortal *hosanna*, que henchia lo infinito y anunciaba al Universo el triunfo sagrado de la libertad de la Iglesia. Y para esto, valdrá más siempre el pobre apóstol, vestido de sayal asentado á

la puerta de los palacios, como un juez, que el príncipe eclesiástico vestido de púrpura, cargado de oro, asentado á la mesa de los festines del César, como un cortesano.

Menos daño hicieron los Césares paganos á la Iglesia persiguiéndola, que los Césares católicos explotándola. Apena ver cómo han pasado y huido fugazmente los tiempos en que la Iglesia vivia en libertad, y protestaba por medio de sus obispos y por la universalidad del sacerdocio contra la tiranía de los Césares, contra las violencias de los señores feudales. Desde que el Estado la domina, ha perdido, hablando en la esfera puramente política, aquella tenacidad con que condenaba toda tiranía. Los que se dicen sus más ardientes defensores en la prensa, publican un dia y otro, con triste insistencia, la tésis de que progreso y cristianismo, libertad y cristianismo son verdaderamente incompatibles. Hace pocas noches leí, en el más antiguo y acreditado de los periódicos religiosos, que no concebia cómo pudieran llamarse á un mismo tiempo ciertos hombres liberales y cristianos. La firme conviccion de este antagonismo entre la libertad y la Iglesia, ha petrificado al clero, lo ha reducido á ser considerado por la sociedad presente no como guia, sino como enemigo. El clero ha perdido todo el don político, como el esclavo pierde en las cadenas la conciencia de su derecho. Se fundan las universidades, y se fundan contra su ciencia. Vienen las monarquías absolutas, creadoras de las nacionalidades modernas, y vienen contra su poder. Sigue su curso la gran corriente de las ideas del renacimiento, y rompe el valladar con que la limitara el clero. Sucede el hecho de la paz de Westphalia, que sella el libro de las guerras religiosas, y sobre aquel tratado tan humano cae

el anatema del clero. Se desata la revolucion que despierta á las naciones, que emancipa á los siervos, que escribe los derechos naturales; y el clero no descubre, en esta fulguracion del espíritu moderno, el explendor de la idea cristiana. Se alza de su sepulcro la hija predilecta de la Iglesia, la que la llevara en su seno como la Vírgen llevó á Jesus, Italia; y se alza, ¡pobre mártir, herida por el hierro de los croatas! bajo las maldiciones del papa. Se emancipa Bélgica del yugo protestante, consuma una revolucion en nombre de todas las libertades, y muy especialmente de la libertad de la Iglesia católica, y á los pocos dias su constitucion y su revolucion son repudiadas por Gregorio XVI. La mayoría del clero, miradlo bien, Señor, la mayoría del clero español, parece en medio de nosotros como extranjeros á todas nuestras ideas políticas. Durante la guerra civil, siguió las banderas de D. Cárlos. Ahora con exposiciones contra la enseñanza, pretende conseguir por la intriga lo que no consiguió por las armas. Cree que el dia en que le falte la proteccion del Estado vá á perecer, como cree el esclavo que vá á parecer el dia en que le falte el techo y el látigo del amo. Y como sabe que, sea cualquiera su trabajo, ha de ser siempre igual la recompensa, no desciende á esta gran liza de las controversias modernas, no entrevee que, si ha de seguir el movimiento religioso del siglo, si ha de pelear con las escuelas exegéticas que Strasburgo y Gotinga arrojan todos los dias sobre Europa, necesita estudiar desde las piedras que el aluvion arrastra por el fondo de los valles, donde está escrita la historia del planeta, hasta las palabras escapadas de los lábios de los pueblos antiguos, donde está escrita la historia del hombre. Y para crecer hasta tocar con la frente á la altura del siglo, necesita arrojar, como si le

quemara las manos, la soldada del gobierno, y recojer en el alma con avaricia los tesoros de la libertad.

Yo insisto en creer que las ideas sociales modernas, estas ideas democráticas tan perseguidas y anatematizadas, se contienen virtualmente en el Evangelio, como la espiga en el grano de trigo; como la encina en la bellota. Yo insisto en creer que estas tres palabras de libertad, igualdad y fraternidad, á cuyos acentos los pueblos deliran de entusiasmo; que esta idea de la dignidad humana; que este sentimiento de una personalidad superior á la muerte; que esta consustancialidad del espíritu de todos los pueblos con el espíritu humano; que este derecho de la conciencia á comunicarse con su Dios; que todas estas bases fundamentales de la moderna civilizacion, de la democracia moderna, han sido primeramente formuladas, en su carácter religioso, por el sublime fundador del cristianismo, y por el coro de mártires que se levanta ante el sepulcro de Roma y la cuna de las naciones modernas. La antigüedad solo concebia el Estado como regulador supremo de la vida. Platon y Aristóteles, que forman la grande antinomía del espíritu, se juntan en la idea de la omnipotencia del Estado. En Grecia y Roma cambian las formas políticas, pasan las teocracias, pasan las monarquías patriarcales, pasan las aristocracias, pasan las repúblicas democráticas, pasan los Alejandros y los Césares, y queda siempre la omnipotencia del Estado. ¿Quereis, excelentísimo señor, que el Estado regule la idea religiosa, como regulaban los colegios de los augures, las respuestas de los oráculos en la antigüedad? Pues siento decíroslo, estais en pleno paganismo. No, no podeis quererlo, porque, sacerdote cristiano, sabeis que nada hay tan contrario á la Iglesia como la omnipotencia del Estado. Miradlo por

vuestros mismos ojos, y encontraréis de esta verdad, testimonio en todos los espacios de la tierra, en toda la prolongacion de los tiempos. Ved la historia. Los Faraones azotan á los infelices hijos de Abraham, y los obligan á estar cociendo, con la cadena al pié y la argolla al cuello, los ladrillos para sus palacios. Los Faraones son el Estado. Nabucodonosor obliga á todos los pueblos del Asía á ir en peregrinacion á adorar su estátua de oro, y arroja al horno de Babilonia á los tres niños que no quisieron cometer tan abominable idolatría. Nabucodonosor es el Estado. Anito acusa al justo Sócrates, que, muere en Atenas, con la sonrisa en los lábios, con los ojos en el cielo, departiendo de la inmortalidad del alma entre sus amigos, y dejando con su muerte, la vida de la conciencia humana. Anito es el Estado. Neron quema en los jardines de su palacio á unos pobres magos, adoradores de un hombre muerto en Judea, y mientras aquellos infelices cubiertos de resina y pez arden, y sus gemidos pueblan los espacios, y su sangre cae hirviendo sobre la arena, el emperador vuelve del Circo ó del Teatro, en su carro de marfil, tañendo la cítara, imaginándose un Dios. Pues bien, Neron es el Estado. Aparece en una ventana del Louvre, en noche siniestra Cárlos IX, y cuando muchos infelices huyen de las matanzas consumadas por una soldadesca ébria de fanatismo y de vino, dispara su arcabuz á los perseguidos. Cárlos IX es el Estado. Manda Enrique VIII, por satisfacer su concupiscencia, que un pueblo cambie de culto, y cambia de culto. Pues bien: Enrique VIII es el Estado. Se ve en la plaza de Madrid un balcon que brilla, una hoguera que arde, varios infelices con coraza, que se tuestan dentro de la hoguera, dando alaridos horribles, nobles que atizan el fuego: y

Cárlos II, pálido, trémulo, desmayado, viendo aquella fiesta pagana, hecatombe de carne humana, ofrecida al Dios de las misericordias. Pues Cárlos II es el Estado. Muere Servet en las hogueras de Ginebra, despues de haberse visto en su calabozo comido de insectos, respirando el aire infestado con las emanaciones de su propio escremento, muere á manos de Calvino en las llamas. Pues bien: Calvino representa allí el Estado. Y sobre todo, miremos este último ejemplo con recogimiento. El cielo de Jerusalem está oscuro; tiembla la tierra; en la cruz, patíbulo del esclavo, se extiende el cuerpo de un hombre, cuyo crímen ha sido ofrecer un reino celeste á la virtud, fortalecer á los que padecen, consolar á los que lloran, predicar la libertad, la igualdad, la caridad á los hombres, y Pilatos, para escarnio, lo ha coronado de espinas, y le ha llamado rey; y sus soldados han amargado su agonía con hiel, y los que pasaban por el camino, ¡ved si hay dolor igual á su dolor! le han dicho que hiciera el milagro de arrancarse de su suplicio, y muere lanzando un gemido, á cuyo eco se conmueven las piedras, más compasivas que el corazon de los tiranos. Pues bien: Pilatos, y los jueces, y los soldados, son el Estado. Mirad, Señor, lo que hacen, miradlo bien; los que predican la intolerancia, absuelven á los Faraones, á Nabucodonosor, á Anito, á Neron, á Enrique VIII, á Calvino, á Cárlos X, á Pilatos; y condenan á todos los mártires, á Sócrates, á los misioneros, que desafian la inclemencia de la naturaleza para llevar la verdad evangélica por toda la tierra; á los pobres hijos de Polonia, que mueren sobre la pátria esclava, con el cántico de la Iglesia en los lábios; á Jesus, sobre todo, víctima eterna del despotismo de un Estado injusto, y de la intolerancia de un culto moribundo.

Cristo, Señor, ha predicado la tolerancia. Como era el hombre del pueblo, el hombre sencillo de la naturaleza, el ingenuo hijo de Dios, esplicaba estas verdades en parábolas. Así le escuchaban estáticos desde los ancianos hasta los niños, desde los jóvenes hasta las mujeres, todo el mundo, como se oye el ruido de un arroyuelo, ó el cántico de un ave. El cielo, decia, es semejante á un hombre que ha sembrado buen trigo en su campo. Mas en tanto que los jornaleros dormian, llegóse un malévolo, sembró cizaña entre el trigo y se fué. Creció el trigo y la cizaña tambien. Y los servidores del dueño de aquel campo le dijeron: «Señor, ¿no habeis sembrado buena simiente? ¿cómo nace cizaña?» Y les contestó: la sembró un enemigo mio. ¿Quereis que la arranquemos? No en verdad, contestó, no sea que por arrancar la cizaña arranqueis tambien el trigo.» Ved, Señor, esplicada aquí sencillamente la tolerancia en la tierra. En el dia de la cosecha, es decir, en el dia de la muerte, ya juzgará Dios á los buenos y á los malos; ya separará el segador el trigo de la cizaña. Mientras tanto, Señor, si os incitan á pedir persecuciones y castigos, contestad lo que contestó Cristo, cuando sus dos discípulos, Juan y Santiago, le pidieron que lloviera fuego del cielo sobre Samaria, porque no habia querido darles posada, al pasar fatigados los tres hácia Jerusalem: «No conoceis, decia Cristo, el espíritu que os anima. El hijo del hombre no ha venido á perder las almas sino á salvarlas!»

No juzguemos por nuestro país todos los paises, excelentísimo señor; no creamos ¡pobres infusorios! que la gota de agua donde vivimos, sea todo el universo. La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aun los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el

carro de Brahama rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aun se levanta en los templos de la China la diosa en cuyas tetas cree la vulgar preocupacion que se amamanta la naturaleza; aun suena el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaba Atila; aun el negro del interior de Africa inmola al espíritu de sus padres cuyos lamentos cree oir en el simoun víctimas humanas: aun quizá el abisinio deletrea como un libro sagrado los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aun desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se extienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir ó del Rhin las dos grandes catedrales góticas que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la Edad Media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofía de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del iris, y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griego, y en Roma, á la vista del panteon de todos los dioses, no lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió en el ideal de sus Vírgenes las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano, donde Miguel Angel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No cabria, Excmo. Sr., tratar una paz entre los pueblos del mundo semejante á la paz de Westphalia que trataron los pueblos de Europa? Aun cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas

de la China, explorado el interior del Africa, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizára toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho, y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.

Será tal vez, una utopía, pero es una utopia generosísima, santa, que lo porvenir realizará, porque la idea se graba en la realidad, como la marca en la cera. Yo veo los prodigios de la industria, dando nervios á la tierra con los hilos telegráficos, y llevando las sensaciones de un pueblo á todos los pueblos. Yo veo los prodigios del arte, uniendo en coro inmenso todas las razas que entonarán cánticos diversos, pero cuyos ecos formarán una cadencia unísona en el cielo. Yo veo los prodigios de la ciencia, demostrando cada dia más, que nuestro cuerpo debe ser el compendio del planeta, y nuestra alma el reflejo de la humanidad. Yo veo el trabajador redimido, el esclavo emancipado, la guerra concluida, cada nacion en su independencia, cada personalidad en su derecho, cada Iglesia en su autonomía, la democracia universal reinando como la fórmula sagrada de la civilizacion; y el alma del hombre enrojeciéndose y avivándose cada dia más en en el espíritu de Dios.

Señor, Señor. ¿Quién sabe el destino que le está reservado en la historia futura á la nacion española? Siempre ha sido una nacion civilizadora, una nacion redentora. En el siglo décimo-tercio, su pluma escribió el ideal de los gobiernos, su espada derribó á los enemigos de la civilizacion. En el siglo décimo-quinto, su arrojo dobló la

tierra, descubrió la América. En el siglo décimo-sexto, hundió la media luna en las aguas de Lepanto. En el siglo pasado tendió su mano á la libertad de América y protestó contra la crucifixion de Polonia. En nuestro mismo siglo enseñó al mundo á vencer á los conquistadores con sublimes sacrificios. ¿Quién sabe el destino que le está reservado en la marcha de la civilizacion universal? Si quereis, Señor, que la Iglesia contribuya á esta obra, procurad con todos vuestros hermanos, que no se esclavice, que no se una á los poderes moribundos, que no proteste contra la libertad de los hombres, contra la resurreccion de los pueblos; que aplique los principios de libertad, igualdad y fraternidad á las sociedades modernas; y entonces será la hora de la emancipacion verdadera de la Iglesia, de su armonía con el espíritu del siglo; y se oirá un hosanna, como aquel que oia San Juan cuando, sobre las ruinas de la impura Babilonia, veia levantarse la Jerusalem celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre tranquilo y trasparente, como en el paraiso, el rio de la vida; y sobre todo, el Eterno Ser, en cuya presencia los espíritus puros, batiendo sus alas de luz, y pulsando sus arpas de oro, entonan un cántico inmenso, cuyos ecos llenan de alegría el Universo y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliacion de las criaturas con su amoroso Creador.

Vuestro siempre, Señor.

Para esta noble causa de la libertad de la Iglesia, de la libertad del espíritu, hay que inspirarse en aquellos grandiosos monumentos de la primitiva Iglesia, que guardan la defensa del Cristianismo contra los ataques del Imperio. En ellos se ve, á primera vista, que las ideas nuevas son siempre perseguidas con armas idénticas. Entre estos monumentos, el que encierra de una manera más bella el dogma de la libertad de la Iglesia, es el Apologético de Tertuliano. Me ha auxiliado tanto en mis lecciones, me ha dado tantas armas para la lucha, ha sido tantas veces una inspiracion de mi conciencia, que no puedo ni debo resistir á copiar aquí los párrafos más bellos de este impetuoso y admirable discurso, clave de toda mi obra. Yo de grado lo hubiera traducido, pero no me encuentro con fuerzas para repetir esa energía, ese arrebato, esa grandilocuen-

ola tan sublime. Temeria profanarlo. Dicen que Francisco Angélico pintaba de rodillas sus cuadros. De rodillas leeria yo el discurso de Tertuliano, esta admirable defensa de la libertad. Véanse sus principales y más elocuentes párrafos:

Q. SEPT. FLOR. TERTULLIANI

APOLOGETICUS

ADVERSUS GENTES.

I. Si non licet vobis, Romani imperii antistites, in aperto et edito, in ipso fere vertice civitatis præsidentibus ad judicandum, palam dispicere et coram examinare quid sit liquido in causa Christianorum; si ad hanc solam speciem auctoritas vestra de justitiæ diligentia in publico aut timet, aut erubescit inquirere; si denique, quod proxime accidit, domesticis judiciis nimis operata sectæ hujus infestatio obstruit defensioni: liceat veritati vel occulta via tacitarum litterarum ad aures vestras pervenire. Nihil de causa sua deprecatur, quia nec de conditione miratur. Scit se peregrinam in terris agere; inter extraneos facile inimicos invenire; cæterum, genus, sedem, spem, gratiam, dignitatem in cœlis habere. Unum gestit interdum, ne ignorata damnetur. Quid hic deperit legibus in suo reg-

no dominantibus, si audiatur? an hoc magis gloriabitur potestas earum, quo etiam inauditam damnabunt veritatem? Cæterum inauditam si damnet, præter invidiam iniquitatis, etiam suspicionem merebuntur alicujus conscientiæ, nolentes audire quod auditum damnare non possint. Hanc itaque primam causam apud vos collocamus iniquitatis odii erga nomen Christianorum. Quam iniquitatem idem titulus et onerat et revincit quid videtur excusare, ignorantia scilicet. Quid enim iniquius, quam ut oderint homines quod ignorant, etiamsi res meretur odium? tunc etenim meretur, cum cognoscitur an mereatur. Vacante autem meriti notitia, unde odii justitia defenditur? quæ non de eventu, sed de conscientia probanda est. Cum ergo propterea oderint homines, quia ignorant quale sit quod oderunt, cur non liceat ejusmodi illud esse quod non debeant odisse? ita utrumque ex alterutro redarguimus, et ignorare illos dum oderunt, et injuste odisse dum ignorant. Testimonium ignorantiæ est quæ iniquitatem dum excusat condemnat, cum omnes qui retro oderant quia ignorabant, simul desinunt ignorare, cessant et odisse. Ex his fiunt Christiani: utique de comperto, et incipiunt odisse quod fuerant, et profiteri quod oderant, et sunt tanti quanti et denotamur. Obsessam vociferantur civitatem; in agris, in castellis, in insulis, Christianos; omnem sexum, ætatem, conditionem, et jam dignitatem transgredi ad hoc nomen quasi detrimento mœrent: nec tamen hoc ipso modo ad æstimationem alicujus latentis boni promovent animos: non licet rectius suspicari, non libet propius experiri: hic tantum curiositas humana torpescit: amant ignorare, cum alii gaudeant cognovisse. Quanto magis hos Anacharsis denotasset imprudentes de prudentibus judicantes, quam immusicos de musicis? ma-

lunt nescire, quia jam oderunt: adeo quod nesciunt, præjudicant id esse quod, si sciant, odisse non poterant; quando si nullum odii debitum deprehendatur, optimum utique sit desinere injuste odisse: si vero de merito constet, non modo nihil odii detrahatur, sed amplius acquiratur ad perseverantiam, etiam justitiæ ipsius auctoritate. Sed non ideo, inquit, bonum, quia multos convertit; quanti enim ad malum performantur! quanti transfugæ in perversum! Quis negat? tamen quod vere malum est, ne ipsi quidem quos rapit defendere pro bono audent: omne malum aut timore aut pudore natura perfudit: denique malefici gestiunt latere, trepidant deprehensi, negant accusati, ne torti quidem facile aut semper confitentur, certe damnati mœrent: dinumerant in semet ipsos: mentis malæ impetus vel fato vel astris imputant; nolunt enim suum esse quod malum agnoscunt. Christianus vero quid simile? neminem pudet, neminem pœnitet, nisi plane retro non fuisse: si denotatur, gloriatur; si accusatur, non defendit: interrogatus, vel ultro confitetur; damnatus, gratias agit. Quid hoc mali est, quod naturalia mali non habet, timorem, pudorem, tergiversationem, pœnitentiam, deplorationem? Quid hoc mali est, cujus reus gaudet? cujus accusatio votum est, et pœna felicitas? Non potes dementiam dicere quod revinceris ignorare.

II. Si certum est denique nos nocentissimos esse, cura vobis ipsis aliter tractamur quam pares nostri, id est cæteri nocentes, cum ejusdem noxietatis eadem tractatio deberet intervenire? Quodcumque dicimur cum alii dicuntur, et proprio ore, et mercenaria advocatione utuntur ad innocentiæ suæ commendationem: respondendi, altercandi facultas patet; quando nec liceat indefensos et inauditos omnino damnari. Sed Christianis solis nihil permit-

titur loqui quod causam purget, quod veritatem defendat, quod judicem non faciat injustum; sed illud solum expectatur quod odio publico necessarium est, confessio nominis, non examinatio criminis: quando si de aliquo nocente cognoscitis, non statim confesso eo nomen homicidæ, vel sacrilegi, vel incesti, vel publici hostis (ut de nostris elogiis loquar) contenti sitis ad pronuntiandum, nisi et consequentia exigatis, qualitatem facti, locum, modum, tempus, conscios, socios. De nobis nihil tale: cum æque extorqueri oporteret quodcumque falso jactatur; quot quisque jam infanticidia degustasset, quot incesta contenebrasset; qui coqui, qui canes affuissent. O quanta illius præsidis gloria, si eruisset aliquem qui centum jam infantes comedisset! Atqui invenimus inquisitionem quoque in nos prohibitam. Plinius enim Secundus, cum provinciam regeret, damnatis quibusdam Christianis, quibusdam gradu pulsis, ipsa tamen multitudine perturbatus, quid de cætero ageret consuluit tunc Trajanum imperatorem, allegans, præter obstinationem non sacrificandi, nihil aliud se de sacramentis eorum comperisse, quam cœtus antelucanos ad canendum Christo ut Deo, et ad confœderandam disciplinam: homicidium, adulterium, frandem, perfidiam et cætera scelera prohibentes. Tunc Trajanus rescripsit, hoc genus inquirendos quidem non esse, oblatos vero puniri oportere. O sententiam necessitate confusam! negat inquirendos, ut innocentes; et mandat, puniendos, ut nocentes: parcit, et sævit: dissimulat, et animadvertit. Quid temetipsam censura circumvenis? Si damnas, cur non et inquiris? Si non inquiris, cur non et absolvis? Latronibus vestigandis per universas provincias militaris statio sortitur; in reos majestatis et publicos hostes omnis homo miles est; ad socios, ad conscios usque

inquisitio extenditur: solum Christianum inquiri non licet, offerri licet; quasi aliud esset actura inquisitio, quam oblationem. Damnatis ergo oblatum, quem nemo voluit requisitum; qui puto jam non ideo meruit pœnam quia nocens est, sed quia non requirendus, inventus est. Itaque nec in illo ex forma malorum judicandorum agitis erga nos, quod cæteris negantibus adhibetis tormenta ad confitendum, solis Christianis ad negandum; cum si malum esset, nos quidem negaremus, vos vero confiteri tormentis compelleretis. Neque enim ideo non putaretis requirenda quæstionibus scelera, quia certi essetis admitti ea ex nominis confessione, qui hodie de confesso homicida, scientes homicidium quid sit, nihilominus ordinem extorquetis admissi: quo perversius, cum præsumatis de sceleribus nostris ex nominis confessione, cogitis tormentis de confessione decedere, ut negantes nomen, pariter utique negemus et scelera de quibus ex confessione nominis præsumpseratis. Sed, opinor, non vultis nos perire, quos pessimos creditis sic enim soletis dicere homicidæ, Nega; laniari jubere sacrilegum si confiteri perseveraverit. Si non ita agitis circa nos nocentes, ergo nos innocentissimos judicatis, cum quasi innocentissimos non vultis in ea confessione perseverare, quam necessitate, non justitia damnandam a vobis scitis. Vociferatur homo, Christianus sum: quod est dicit, tu vis audire quod non est. Veritatis extorquendæ præsides de nobis solis mendacium elaboratis audire. Hoc sum, inquit, quod quæris an sim: quid me torques in perversum? confiteor, et torques: quid faceres, si negarem? Plane aliis negantibus non facile fidem accommodatis: nobis, si negaverimus, statim creditis. Suspecta sit vobis ista perversitas, ne qua via lateat in occulto quæ vos adversus formam, adversus naturam judicandi, contra ipsas quoque

leges ministret. Nisi enim fallor, leges malos erui jubent, non abscondi; confessos damnari præscribunt, non absolvi: hoc senatus consulta, hoc principum mandata definiunt. Hoc imperium cujus ministri estis, civilis, non tyrannica dominatio est: apud tyrannos enim tormenta etiam pro pœna adhibentur; apud vos, soli quæstione temperantur: vestram illis servate legem usque ad confessionem; si confessione præveniantur, vacabunt: sententia opus est, debito pœnæ nocens expungendus est, non eximendus: denique nemo illum gestit absolvere: non licet hoc velle; ideo nec cogitur quisquam negare. Christianum hominem omnium scelerum reum, deorum, imperatorum, legum, morum, naturæ totius inimicum existimas, et cogis negare ut absolvas, quem non poteris solvere nisi negaverit: prævaricaris in leges: vis ergo neget se nocentem, ut eum facias innocentem; et quidem invitum jam, nec de preterito reum? unde ista perversitas, ut etiam illud non recogitetis, sponte confesso magis credendum esse, quam per vim neganti; vel ne, compulsos negare, non ex fide negarit; et absolutus, ibidem post tribunal, de vestra rideat æmulatione iterum Christianus? Cum igitur in omnibus nos aliter disponitis quam cæteros nocentes, id unum contendendo, ut de eo nomine excludamur (excludimur enim, si facimus quæ faciunt non Christiani), intelligere potestis non scelus aliquod in causa esse, sed nomen quod quædam ratio æmulæ operationis insequitur, hoc primum agens ut homines nolint scire pro certo quod se nescire pro certo sciunt: ideo et credunt de nobis quæ non probantur et nolunt inquiri, ne probentur non esse quæ malunt credi esse, ut nomen illius æmulæ rationis inimicum, præsumptis non probatis criminibus, de sua sola confessione damnetur: ideo torquemur confitentes, et punimur

perseverantes, et absolvimur negantes, quia nominis præ-lium est. Denique, quid de tabella recitatis illum Christia-num, cur non et homicidam? si homicida Christianus, cur non et incestus? vel quodcumque aliud esse non creditis? in nobis solis pudet aut piget ipsis nominibus scelerum pronuntiare. Christianus si nullius criminis nomen est, valde ineptum si solius nominis crimen est.

III. Quid? quod ita plerique clausis oculis in odium ejus impingunt, ut bonum alicui testimonium ferentes, admisceant nominis exprobrationem: Bonus vir Caius Seius, tantum quod Christianus. Item alius: Ego miror Lu-cium sapientem virum repente factum Christianum. Nemo retractat, ne ideo bonus Caius, et prudens Lucius, quia Christianus; aut ideo Christianus, quia prudens et bonus. Laudant quæ sciunt; vituperant quæ ignorant: et id quod sciunt, eo quod ignorant, corrumpunt; cum sit justius occulta de manifestis præjudicare, quam manifesta de oc-cultis prædamnare. Alii, quos retro ante hoc nomen va-gos, viles, improbos noverant, ex ipso denotant quo lau-dant: cæcitate odii in suffragium impingunt. Quæ mulier! quam lasciva, quam festiva! Qui juvenis! quam lusius! quam amasius! Facti sunt Christiani. Ita nomen emenda-tioni imputatur. Nonnulli etiam de utilitatibus suis cum odio isto paciscuntur, contenti injuria, dum ne domi ha-bant quod oderunt. Uxorem jam pudicam maritus jam non zelotypus ejecit: filium jam subjectum pater retro pa-tiens abdicavit: servum jam fidelem dominus olim mitis ab oculis relegavit. Ut quisque hoc nomine emendatur, offendit. Tanti non est bonum, quanti est odium Christia-norum. Nunc igitur, si nominis odium est, quis nominum reatus? quæ accusatio vocabulorum? nisi si aut barbarum sonat aliquid vox nominis, aut infaustum, aut maledicum,

unquam taliter vagienti infanti supervenit? quis cruenta, ut invenerat, Cyclopum et Sirenarum ora judici reservavit? quis vel in uxoribus aliqua immunda vestigia deprehendit? quis talia facinora, cum invenisset, celavit, aut vendidit, ipsos trahens homines? Si semper latemus, quando proditum est quod admittimus? imo a quibus prodi potuit? Ab ipsis enim reis. Non utique; cum vel ex forma omnibus mysteriis silentii fides debeatur. Samothracia et Eleusinia reticentur: quanto magis talia, quæ prodita interim etiam humanam animadversionem provocabunt, dum divina servatur! Si ergo non ipsi proditores sui, sequitur ut extranei: et unde extraneis notitia? cum semper etiam piæ initiationes arceant profanos, et arbitris caveant: nisi si impii minus metuunt. Natura famæ omnibus nota est: vestrum est, «Fama malum, quo non aliud velocius ullum.» Cur malum fama? quia velox? quia index? an quia plurimum mendax? quæ ne tunc quidem cum aliquid veri affert, sine mendacii vitio est, detrahens, adjiciens, demutans de veritate. Quid? quod ea illi conditio est, ut non, nisi cum mentitur, perseveret: et tamdiu vivit, quamdiu non probat: siquidem ubi probavit cessat esse, et quasi officio nuntiandi functa, rem tradit, et exinde res tenetur, res nominatur: nec quisquam dicit, verbi gratia, Hoc Romæ aiunt factum, aut, Fama est illum provinciam sortitum; sed, Sortitus est ille provinciam, et, Hoc factum est Romæ. Fama, nomen incerti, locum non habet ubi certum est. An vero famæ credat, nisi inconsideratus? quia sapiens non credit incerto. Omnium erit æstimare, quantacumque illa ambitione diffusa sit, cuantacumque asseveratione constructa, quod ab uno aliquando principe exorta sit necesse est; exinde in traduces linguarum et aurium serpat, et ita modici seminis vitium cætera rumoris obs-

curant, ut nemo recogitet ne primum illud os mendacium seminaverit; quod sæpe fit, aut ingenio æmulationis, aut arbitrio suspicionis, aut non nova, sed ingenita quibusdam mentiendi voluptate. Bene autem, quod omnia tempus revelat, testibus etiam vestris proberbiis atque sententiis, ex dispositione naturæ, quæ ita ordinavit ut nihil diu lateat, etiam quod fama non distulit.

VIII. Meritu igitur fama tamdiu conscia sola est scelerum Christianorum. Hanc indicem adversus nos profertis, quæ, quad aliquando jactavit, tantoque spatio in opinionem corroborabit, usque adhuc probare non valuit. Ut fidem naturæ ipsius appellem adversus eos qui talia credenda esse præsumunt, ecce proponimus horum facinorum mercedem: vitam æternam repromittut: credite interim; de hoc enim quæro, an et qui credideris, tanti habeas ad eam tali conscientia pervenire? Veni, demerge ferrum in infantem nullius inimicum, nullios reum, omnium filium: vel si alterius officium est, tu modo assiste morienti homini antequam vixit; fugientem animam novam exspecta; excipe rudem sanguinem, eo panem tuum satia: vescere libenter: interea discumbens dinumera loca ubi mater, ubi soror; nota diligenter, ut, cum tenebræ ceciderint caninæ, non erres; piaculum enim admiseris, nisi incestum feceris: talia initiatus et consignatus vivis in ævum. Cupio respondeas, si tanti æternitas? Aut si non, ideo nec credenda. Etiamsi credideris, nego te velle; etiamsi volueris, nego te posse. Cur ergo alii possint, si vos non potestis? cur non possitis, si alii possunt? Alia nos, opinor, natura. Cynocephali aut Sciapodes? alii ordines dentium? alii ad incestam libidinem nervi? Qui ista credis de homine, potes et facere, homo es et ipse, quod et Christianus: qui non potes facere, non debes credere; homo est enim et Chris-

tianus, et quod et tu. Sed ignorantibus subjicitur, et imponitur. Nihil enim tale de Christianis asseverari sciebant, observandum utique sibi, et omni vigilantia investigandum. Atquin volentibus initiari moris est, opinor, prius patrem illum sacrorum adire; quæ præparanda sint describere: tum ille, Infanst tibi necessarius, adhuc tener, qui nesciat mortem, qui sub cultro tuo rideat; item panis, quo sanguinis jurulentiam colligas; præterea candelabra, et lucernæ, et canes aliqui, et offulæ, quæ illos ad eversionem luminum extendat: ante omnia cum matre et sorore tua venire debebis. Quid si noluerint? vel nullæ fuerint? quid denique singulares Christiani? Non erit, opinor, legitimus Christianus nisi frater aut filius. Quid nunc et si ista omnia ignaris præparantur? Certe postea cognoscunt, et sustinent, et ignoscunt. Timent plecti, qui si proclament defendi merebuntur; qui etiam ultro perire malint, quam sub tali conscientia vivere. Age nunc, timeant; cur etiam perseverant? Sequitur enim ne ultra velis id te esse, quod si prius scisses non fuisses.

Despues de esto ¡qué magnífica es la defensa de la pureza inmaculada del dogma cristiano, hecha por Tertuliano! ¡Cómo pone frente á frente del fetichismo pagano, sus ideas de pureza dogmáticas, de religiosidad espiritual! ¡Cómo ataca, con qué elocuencia, los dioses abandonados y heridos por la conciencia humana! En aquellos dias en que el esehemerismo dominaba al mundo, Tertuliano combatia el dogma materialista, y le sobreponia el dogma divino del espíritu.

X. Nunc de manifestis. Deos, inquitis, non colitis, et pro imperatoribus sacrificia non impenditis. Sequitur, ut eadem ratione pro aliis non sacrificemus, quia nec pro nobis ipsis, semel deos non colendo: itaque sacrilegii et majestatis rei convenimur. Summa hæc causa, imo tota est, et utique digna cognosci, si non præsumptio aut iniquitas judicet: altera, quæ desperat; altera, quæ recusat veritatem. Deos vestros colere desinimus, ex quo illos non esse cognoscimus. Hoc igitur exigere debetis, uti probemus non esse illos deos, et idcirco non colendos, quia tunc demum coli debuissent si dii fuissent: tunc et Christiani puniendi, si quos colerent quia putarent non esse, constaret illos deos esse. Sed nobis, inquitis, dii sunt. Appellamus et provocamus a vobis ad conscientiam vestram: illa nos judicet, illa nos damnet, si poterit negare omnes istos deos vestros homines fuisse. Si et ipsa inficias ierit, de suis antiquitatum instrumentis revincetur, de quibus eos didicit; testimonium perhibentibus ad hodiernum, et civitatibus in quibus nati sunt, et regionibus in quibus aliquid operati vestigia reliquerunt, in quibus etiam sepulti demonstrantur. Nec ego per singulos decurram, tot ac tantos, novos, veteres, barbaros, Græcos, Romanos, peregrinos, captivos, adoptivos, proprios, communes, masculos, fœminas, rusticos, urbanos, nauticos, militares: otiosum est etiam titulos persequi ut colligam in compendium, et hoc non quo cognoscatis, sed recognoscatis; certe enim oblitos agitis. Ante Saturnum deus penes vos nemo est: ab illo census totius, vel potioris, vel notioris divinitatis: itaque quod de origine constiterit, id et de posteritate conveniet. Saturnum itaque, quantum litteræ docent, neque Diodorus Græcus, aut Thallus, neque Cassius Severus, aut Cornelius Nepos, neque ullus commentator

ejusmodi antiquitatum, aliud quam hominem promulgaverunt: si quantum rerum argumenta, nusquam invenio fideliora, quam apud ipsam Italiam, in qua Saturnus, post multas expeditiones postque Attica hospitia, consedit exceptus ab Jano, vel Jane, ut Salii volunt: mons quem incoluerat, Saturnius dictus: civitas quam depalaverat, Saturnia usque nunc est: tota denique Italia post Œnotriam. Saturnia cognominabatur: ab ipso primum tabulæ, et imagine signatus nummus, et inde ærario præsidet. Tamen si homo Saturnus, utique ex homine: et quia ab homine, non utique de cœlo et terra. Sed cujus parentes ignoti erant, facile fuit eorum filium dici quorum et omnes possumus videri: quis enim non cœlum et terram matrem acpatrem, venerationis et honoris gratia, appellet, vel ex consuetudine humana qua ignoti, vel ex inopinato apparentes, de cœlo supervenisse dicuntur? proinde Saturno repentino ubique cœlitem contigit dici; nam et terræ filios vulgus vocat, quorum genus incertum est: taceo quod ita rudes adhuc homines agebant, ut cujuslibet novi viri aspectu quasi divino commoverentur; cum hodie jam politi, quos ante paucos dies luctu publico mortuos sint confessi, in deos consecrent. Satis jam de Saturno, licet paucis. Etiam Jovem ostendemus tam hominem quam ex homine, et deinceps totum generis examen tam mortale, quam seminis sui par.

XI. Et quoniam sicut illos homines fuisse non audetis negare, ita post mortem deos factos instituistis asseverare, causas quæ hoc exegerint retractemus. In primis quidem necesse est concedatis esse aliquem sublimiorem deum, et mancipem quemdam divinitatis, qui ex hominibus deos fecerit: nam neque sibi illi potuissent sumere divinitatem, quam non habebant; nec alius præstare eam

non habentibus, nisi qui proprie possidebat. Cæterum si nemo esset qui deos faceret, frustra præsumitis deos factos auferendo factorem: certe quidem si ipse se facere potuissent, nunquam homines fuissent, possidentes scilicet melioris conditionis potestatem. Igitur si est qui faciat deos, revertor ad causas examinandas faciendorum ex hominibus deorum: nec ullas invenio, nisi si ministeria et auxilia officiis divinis desideravit ille magnus deus. Primo, indignum est ut alicujus opera indigeret, et quidem mortui, cum dignius ab initio deum aliquem fecisset qui mortui erat operam desideraturus. Sed nec operæ locum video: totum enim hoc mundi corpus sive innatum et infectum secundum Pythagoram, sive natum et factum secundum Platonem, semel utique in ista constructione dispositum et instructum et ordinatum cum omni rationis gubernaculo inventum est: imperfectum non potuit esse, quod perficit omnia: nihil Saturnum et Saturniam gentem exspectabat. Vani erunt homines, nisi certi sint a primordio et pluvias de cœlo ruisse, et sidera radiasse, et lumina floruisse, et tonitrua mugisse, et ipsum Jovem quæ in manu ejus ponitis fulmina timuisse; item omnem frugem ante Liberum, et Cererem, et Minervam, imo ante illum aliquem principem hominem, de terra exuberasse, quia nihil continendo et sustinendo homini prospectum post hominem potuit inferri. Denique invenisse dicuntur necessaria ista vitæ, non instituisse: quod autem invenitur, fuit; et quod fuit, non ejus deputabitur qui invenit, sed ejus qui instituit: erat enim antequam iveniretur. Cæterum si propterea Liber deus quod vitem demonstravit, male cum Lucullo actum est, qui primus cerasa ex Ponto Italiæ promulgavit, quod non est propterea consecratus ut novæ frugis auctor, quia inventor et ostensor. Quamo-

brem si ab initio et instructa, et certis exercendorum officiorum suorum rationibus dispensata universitas constitit, vacat ex hac parte causa allegendæ humanitatis in divinitatem, quia quas illis stationes et potestates distribuistis, tam fuerunt ab initio quam et fuissent etiamsi deos istos non creassetis. Sed convertimini ad causam aliam, respondentes collationem divinitatis meritorum remunerandorum fuisse rationem: et hinc conceditis, opinor, illum deum deificum justitia præcellere, qui nec temere, nec indigne, nec prodige tantum præmium dispensarit. Volo igitur merita recensere, an ejusmodi sint ut illos in cœlum extulerint, en non putius in imum tartarum merserint, quem carcerem pœnarum infernarum cum vultis affirmatis: illuc enim abstrudi solent impii quique in parentes, et in sorores incesti, et maritarum adulteri, et virginum raptores, et puerorum contaminatores, et qui sæviunt, et qui occidunt, et qui furantur, et qui decipiunt, et quicumque similes sunt alicujus dei vestri quem neminem integrum a crimine aut vitio probare potiritis, nisi hominem negaveritis. Atquin ut illos homines fuisse non possitis negare, etiam istæ notæ accedunt, quæ nec deos postea factos credi permittunt. Si enim talibus vos puniendis præsidetis; si commercium, colloquium, convictum malorum et turpium probi quique respuitis, horum autem pares deus ille majestatis suæ consortio ascivit, quid ergo damnatis quorum collegas adoratis? suggillatio est in cœlo vestra justitia: deos facite criminosissimos quosque, ut placeatis diis vestris; illorum est honor, consecratio coæqualium. Sed, ut omittam hujus indignitatis retractatum, probi, et integri, et boni fuerint: quot tamen potiores viros apud inferos reliquistis! aliquem de sapientia Socratem, de justitia Aristidem, de militia Themistoclem, de subli-

mitate Alexandrum, de felicitate Polycratem, de copia Crœsum, de eloquentia Demosthenem: quis ex illis diis vestris gravior et sapientior Catone, justior et militarior Scipione? quis sublimior Pompeio, felicior Sylla, copiosior Crasso, eloquentior Tullio? quanto dignius istos deos ille assumendos expectasset, præscius utique potiorum! properavit, opinor, et cœlum semel clusit, et nunc utique melioribus apud inferos mussitantibus erubescit.

XII. Cesso jam de istis, ut qui sciam me ex ipsa veritate demonstraturum quid non sint, cum ostendero quid sint. Quantum igitur de diis vestris, nomina solummodo video quorumdam veterum mortuorum, et fabulas audio, et sacra de fabulis recognosco: quantum autem de simulacris ipsis, nihil aliud deprehendo, quam materias sorores esse vasculorum instrumentorumque communium, vel ex iisdem vasculis et instrumentis quasi fatum consecratione mutantes, licentia artis transfigurante, et quidem contumeliosissime, et in ipso opere sacrilege; ut revera nobis, maxime qui propter deos ipsos plectimur, solatium pœnarum esse possit quod eadem et ipsi patiuntur ut fiant. Crucibus et stipitibus imponitis Christianos: quod simulacrum non prius argilla deformat cruci et stipiti superstructa? in patibulo primum corpus dei vestri dedicatur. Ungulis deraditis latera Christianorum: at in deos vestros per omnia membra validius incumbunt asciæ, et runcinæ, et scobinæ. Cervices ponimus: ante plumbum et glutinum et gomphos sine capite sunt dei vestri. Ad bestias impellimur: certe quas Libero, et Cybele, et Cœlesti applicatis. Ignibus urimur: hoc et ille a prima quidem massa. In metalla damnamur: inde censentur dii vestri. In insulas relegamur: solet et in insula aliquis deus vester, aut nasci, aut mori. Si per hæc constat divinitas aliqua, er-

go qui puniuntur consecrantur, et numina erunt dicenda supplicia. Sed plane non sentiunt has injurias et contumelias suæ fabricationis dii vestri, sicut nec obsequia. O impiæ voces! o sacrilega convicia! Infrendite, inspumate, iidem estis qui Senecam aliquem pluribus et amarioribus de vestra superstitione perorantem probatis. Igitur si statuas et imagines frigidas mortuorum suorum simillimas non adoramus, quas milvi, et mures, et araneæ intelligunt, nonne laudem magis quam pœnam merebatur repudium agniti erroris? possumus enim videri lædere eos quos certi sumus omnino non esse? quod non est, nihil ab ullo patitur, quia non est.

XIII. Sed nobis dii sunt, inquis. Et quomodo vos e contrario impii, et sacrilegi, et irreligiosi erga deos vestros deprehendimini? qui quos præsumitis esse, negligitis; quos etiam vindicatis, illuditis. Recognoscite si mentior. Primo, quia cum alii alios colitis, utique quos non colitis offenditis: prælatio alterius sine alterius contumelia non potest procedere, quia nec electio sine reprobatione: jam ergo contemnitis quos reprobatis, quos reprobando offendere non timetis; nam, ut supra perxstrinximus, status dei cujusque in senatus æstimatione pendebat: deus non erat, quem homo consultus noluisset, et nolendo damnasset. Domesticos deos, quos Lares dicitis, domestica potestate tractatis, pignerando, venditando, demutando, aliquando in cacabulum de Saturno, aliquando in trullam de Minerva, ut quisque contritus atque contusus es dum diu colitur, ut quisque deum sanctiorem expertus est domesticam necessitatem. Publicos æque publico jure fœdatis, quos in hastario vectigales habetis: sic Copitolium, sic olitorium forum petitur; sub eadem voce præconis, sub eadem annotatione quæstoris divinitas addicta conducitur: sedenim

agri tributo onusti, viliores; hominum capita stipendio censa, ignobiliora: nam hæ sunt notæ captivitatis: dii vero, qui magis tributarii, magis sancti; imo qui magis sancti, magis tributarii: majestas quæstuaria efficitur, circuit cauponas religio mendicans: exigitis mercedem pro solo templi, pro aditu sacri: non licet deos nosse gratis, venales sunt. Quid omnino ad honorandos eos facitis, quod non etiam mortuis vestris conferatis? ædes proinde, aras proinde: idem habitus et insignia in statuis: ut ætas, ut ars, ut negotium mortui fuit, ita deus est: quo differt ab epulo Jovis silicernium, a simpulo obba, ab aruspice pollinctor? nam et aruspex mortuis apparet. Sed digne imperatoribus defunctis honorem divinitatis dicatis, quibus et viventibus eum addicitis; accepto ferent dii vestri, imo gratulabuntur, quod pares eis fiant domini sui: sed cum Larentinam publicum scortum, velim saltem Laidem, aut Phrynen, inter Junones, et Cereres, ac Dianas adoratis; cum Simonem magum statua, et inscriptione sancti dei inauguratis; cum de pædagogiis aulicis nescio quem synodi deum facitis, licet non nobiliores dii veteres: tamen contumelian a vobis deputabunt, hoc et aliis licuisse quod soli ab antiquitate perceperant

XIV. Volo et ritus vestros recensere, non dico quales sitis in sacrificando, cum enecta, et tabidosa, et scabiosa quæque mactatis; cum de opinis et integris supervacua quæque truncatis, capitula et ungulas, quæ domi quoque pueris vel canibus destinassetis, cum de decima Herculis nec tertiam partem in aram ejus imponitis: laudo magis sapientiam, quod de perdito aliquid eripitis. Sed conversus ad litteras vestras, quibus informamini ad prudentiam et liberalia officia, quanta invenio ludibria! deos inter se propter Trojanos et Achivos ut gladiatorum paria congres-

sos depugnasse; Venerem humana sagitta sauciatam; Martem tredecim mensibus in vinculis pene consumptum; Jovem, ne eamdem vim a cæteris cœlitibus experiretur, opera cujusdam monstri liberatum, et nunc flentem Sarpedonis casum, nunc fœde subantem in sororem sub commemoratione non ita dilectarum jam pridem amicarum. Exinde quis non poeta ex auctoritate principis sui dedecorator invenitur deorum? hic Apollinem Admeto regi pascendis pecoribus addicit: ille Neptuni structorias operas Laomedonti locat: est et ille de lyricis, Pindarum dico, qui Æsculapium canit avaritiæ merito, quia medicinam nocenter exercebat, fulmine judicatum: malus Jupiter si fulmen illius est, impius in nepotem, invidus in artificem: hæc neque vera prodi, neque falsa confingi apud religiossi simos oportebat. Nec Tragici quidem aut Comici parcunt, et non ærumnas vel errores domus alicujus dei præfantur: taceo de Philosophis, Socrate contentus, qui in contumeliam deorum quercum, et hircum, et canem dejerabat. Sed propterea damnatus est Socrates, quia deos destruebat. Plane olim, id est, semper, veritas odio est: tamen cum pœnitentia sententiæ Athenienses, et criminatores Socratis postea afflixerint, et imaginem ejus auream in templo collocarint, rescissa damnatio testimonium Socrati reddidit. Sed et Diogenes nescio quid in Herculem ludit: et Romanus Cynicus Varro trecentos Joves, sive Jupiteres dicendum, sine capitibus introducit.

XV. Cætera lasciviæ ingenia etiam voluptatibus vestris per deorum dedecus operantur: dispicite Lentulorum et Hostiliorum venustates, utrum mimos an deos vestros in jocis et strophis rideatis: mœchum Anubim, et masculum Lunam, et Dianam flagellatam, et Jovis mortui testamentum recitatum, et tres Hercules famelicos irrisos.

Sed et histrionum litteræ omnem fœditatem eorum designant: luget Sol filium detractum de cœlo lætantibus vobis et Cybele pastorem suspirat fastidiosum non erubescentibus vobis: et sustinetis Jovis elogia cantari, et Junonem, Venerem, Minervam a pastore judicari. Quid, quod imago dei vestri ignominiosissimum caput et famosum vestit? quod corpus impurum, et ad istam artem effeminatione productum, Minervam aliquam, vel Herculem repræsentat? nonne violatur et majestas, divinitas constupratur plaudentibus vobis? Plane religiosiores estis in cavea, ubi super sanguinem humanum, super inquinamenta pœnarum proinde saltant dii vestri, argumenta et historias noxiis ministrantes; nisi quod et ipsos deos vestros sæpe noxii induunt. Vidimus aliquando castratum Atyn illum deum ex Pessinunte: et qui vivus ardebat, Herculem induerat: risimus et inter ludicras meridianorum crudelitates Mercurium mortuos cauterio examinantem. Vidimus et Jovis fratrem gladiatorum cadavera cum malleo deducenten. Singula ista quæque adhuc investigare quis posset, si honorem inquietant divinitatis, si majestatis fastigia adsolant, de contemptu utique censentur, tam eorum qui ejusmodi factitant, quam eorum quibus factitant. Sed ludicra ista sim. Cæterum si adjiciam, quæ non minus conscientiæ omnium recognoscent, in templis adulteria componi, inter aras lenocinia tractari, in ipsis plerumque ædituorum et sacerdotum tabernaculis, sud iisdem vittis, et apicibus, et purpuris, thure flagrante libidinem expungi; nescio ne plus de vobis dii vestri, quam de Christianis querantur: certe sacrilegi de vestris semper apprehenduntur. Christiani enim templa nec interdiu norunt: spoliarent forsitan ea et ipsi, si et ipsi ea adorarent. Quid ergo colunt, qui talia non colunt? jam quidem intelligi subjacet veritatis esse culto-

res, qui mendacii non sint; nec errare amplius in eo, in quo errasse se recognoscendo cessaverint. Hoc prius capite, et omnem hinc sacramenti nostri ordinem haurite, repercussis ante tamen opinionibus falsis.

XVI. Nam et quidem somniastis caput asininum esse deum nostrum: hanc Cornelius Tacitus suspicionem ejusmodi inseruit; is enim in quinta Historiarum suarum bellum Judaicum exorsus ab origine gentis, etiam de ipsa tam origine quam de nomine et religione gentis, quæ voluit, argumentatus, Judæos refert Ægypto expeditos, sive, ut putavit, extorres, vastis Arabiæ in locis aquarum egentissimis, cum siti macerarentur, onagris, qui forte de pastu potum petituti æstimabantur, indicibus fontis usos, ob eam gratiam consimilis bestiæ superficiem consecrasse: atque ita inde præsumptum opinor, nos quoque, ut Judaicæ religionis propinquos, eidem simulacro initiari. At enim idem Cornelius Tacitus, sane ille mendiaciorum loquacisimus, in eadem historia refert Cn. Pompeium, cum Hierusalem cepisset, proptereaque templum adisse speculandis Judaicæ religionis arcanis, nullum illic reperisse simulacrum. Et utique si id colebatur quod aliqua effigie repræsentabatur, nusquam magis quam in sacrario suo exhiberetur, eo magis, quia nec verebatur extraneos arbitros quanquam vana cultura: solis enim sacerdotibus adire licitum, etiam conspectus cæterorum velo oppanso interdicebatur. Vos tamen non negabitis et jumenta omnia et totos canthericos cum sua Epona coli a vovis. Hoc forsitan improbamur, quod inter cultores omnium pecudum bestiarumque asinarii tantum sumus. Sed et qui crucis nos religiosos putat, consecraneus erit noster cum lignum aliquod propitiatur: viderit habitus dum materiæ qualitas eadem sit; viderit forma, dum id ipsum dei corpus sit: et

tamen, quanto distinguitur a crucis stipite Pallas Attica! et Ceres Pharia quæ sine effigie, rudi palo, et informi ligno prostat! pars crucis est omne robur quod erecta statione defigitur: nos, si forte, integrum et totum deum colimus. Diximus originem deorum vestrorum a plastis de cruce induci: sed et vitorias adoratis, cum in tropæis cruces intestina sint tropæorum; religio tota castrensis signa veneratur, signa jurat, signa omnibus deis præponit. Omnes illi imaginum suggestus insignes, monilia crucum sunt: si fara illa vexillorum et cantabrorum, stolæ crucum sunt: laudo diligentiam, noluistis nudas et incultas cruces consecrare. Alii plane humanius et verisimilius solem credunt deum nostrum: ad Persas, si forte, deputabimur, licet solem non inlinteo depictum adoremus, habentes ipsum utique in suo clypeo: denique inde suspicio, quod innotuerit nos ad orientis regionem precari: sed et plerique vestrum affectatione aliquando et cœlestia adorandi, ab solis ortum labia vibratis. Æque si diem Solis lætitiæ indulgemus, alia longe ratione quam religioni solis, secundo loco ab eis sumus qui diem Saturni otio et victui decernunt, exherbitantes et ipsi a Judaico more, quem ignorant. Sed nova jam dei nostri in ista proxime civitate editio publicata est, ex quo quidam frustrandis bestiis mercenarius noxius picturam proposuit cum ejusmodi inscriptione, DEUS CHRISTIANORUM ONOCHOETES. Is erat auribus asininis, altero pede ungulatus, librum gestans, et togatus. Risimus et nomen, et formam. Sed illi debebant adorare statim biforme numen quia et canino et leonino capite commixtos, et de capro et de ariete cornutos, et a lumbis hireos, et a cruribus serpentes, et planta vel tergo alites deos receperunt. Hæc ex abundanti, ne quid rumoris inrepercussum quasi de conscientia preterissemus.

¡Qué magnífico es el siguiente paralelo entre el paganismo y el cristianismo!

XIX. Primam instrumentis istis auctoritatem summa antiquitas vindicat: apud vos quoque religionis est instar fidem de temporibus asserere. Omnes itaque substantias, omnesque materias, origines, ordines, venas veterani cujusque styli vestri, gentes etiam plerasque, et urbes insignes, canas memoriarum, ipsas denique effigies litterarum indices custodesque rerum, et puto adhuc minus dicimus, ipsos, inquam, deos vestros, ipsa templa, et oracula, et sacra, unius interim Prophetæ scrinium sæculis vincit, in quo videtur thesaurus collocatus totius Judaici sacramenti, et inde etiam nostri. Si quem audistis interim Moysem, Argivo Inacho pariter ætater est: quadringentis pene annis, nam et septem minus, Danaûm et ipsum apud vos vetustissimum prævenit, mille circiter cladem Priami antecedit: possem etiam dicere quingentis amplius et Homerum, habens quos sequar: cæteri quoque Prophetæ, etsi Moysi posthumant, extremissimi tamen eorum non retrosiores deprehenduntur primoribus vestris sapientibus, et legiferis, et historicis. Hæc quibus ordinibus probari possint, non tam difficile est nobis exponere, quam enorme; nec arduum, sed interim longum: multis instrumentis cum digitorum supputariis gesticulis assidendum est: reseranda antiquissimarum etiam gentium archiva, Ægyptiorum, Chadæorum, Phœnicum: advocandi municipes eorum, per quos notitia subministrata est, aliqui Manethon Ægyptius, et Berosus Chaldæus, sed et Iromus Phœnix Tyri rex; sectatores quoque eorum, Mendesius Ptolemœus, et Menander Ephesius, et Demetrius Phalereus, et rex Juba, et Appion, et Thallus, et qui istos aut probat aut revin-

cit Judæus Josephus antiquitatum Judaica rum vernaculus vindex: Græcorum etiam censuales conferendi, et quæ quando sint gesta, ut concatenaciones temporum aperiantur, per quæ luceant annalium numeri: peregrinandum est in historias et litteras orbis. Et tamen quasi partem jam probationis intulimus, cum per quæ probari possint aspersimus: verum diferre præstat, nevel minus persequamur festinando, vel diutius evagemur persequendo.

XX. Plus jam offerimus pro ista dilatione, majestatem Scripturarum, si non vetustatem: divinas probamus, si dubitatur antiquas: nec hoc tardius, aut aliunde discendum: coram sunt quæ docebunt, mundus, et sæculum, et exitus: quidquid agitur, prenuntiabatur: quidquid videtur, audiebatur: quod terræ vorant urbes, quod insulas maria fraudant, quod externa atque interna bella dilaniant, quod regnis regna compulsant, quod fames et lues et locales quæque clades et frequentiæ pleraque montium vastant, quod humiles sublimitate, sublimes humilitate mutantur, quod justitia rarescit et iniquitas increbrescit, bonarum omnium disciplinarum cura torpescit, quod etiam officia temporum et elementorum munia exorbitant, quod et monstris et portentis naturalium forma turbatur, providenter scripta sunt: dum patimur, leguntur; dum recognoscimus, probantur: idoneum, opinor, testimonium divinitatis veritas divinationis. Hinc igitur apud nos futurorum quoque fides tuta est, jam scilicet probatorum: quia cum illis quæ quotidie probantur prædicebantur, eædem voces sonant, eædem litteræ notant, idem spiritus pulsat: unum tempus est divinatione, futura præfandi: apud homines, si forte, distinguitur, dum expungitur: dum ex futuro præsens, dehic ex præsenti præteritum deputatur. Quid

delinquimus, oro vos, futura quoque credentes, qui jam didicimus illis per duos gradus credere?

XXI. Sed quoniam edidimus antiquissimis Judæorum instrumentis sectam istam esse suffultam, quam aliquanto novellam, ut Tiberiani temporis plerique sciunt, profitentibus nobis quoque; fortasse an hoc nomine de statu ejus retractetur, quasi sub umbraculo insignissimæ religionis, certe licitæ, aliquid propriæ præsumptionis abscondat, vel quia præter ætatem neque de victus exceptionibus, neque de solemnitatibus dierum, neque de ipso signaculo corporis, neque de consortio nominis cum Judæis agimus, quod utique oporteret si eidem Deo manciparemur. Sed et vulgus jam scit Christum, ut aliquem hominum, qualem Judæi judicaverunt, quo facilius quis nos hominis cultores existimaverit. Verum neque de Christo erubescimus, cum sub nomine ejus deputari et damnari juvat, neque de Deo aliter præsumimus. Necesse est igitur pauca de Christo, ut Deo. Tantum Judæis erat apud Deum gratia, ob insignem justitiam et fidem originalium auctorum: unde illis et generis magnitudo et regni sublimitas floruit, et tanta felicitas, ut Dei vocibus, de promerendo Deo et non offendendo præmonerentur. Sed quanta deliquerint, fiducia patrum inflati, deviantes ab disciplina in profanum modum, etsi ipsi non confiterentur, probaret exitus hodiernus ipsorum: dispersi, palabundi, et cœli et soli sui extorres vagantur per orbem sine homine, sine deo rege, quibus nec advenarum jure terram patriam saltem vestigio salutare conceditur. Cum hæc illis sanctæ voces præminarentur, eædem semper omnes ingerebant fore uti sub extimis curriculis sæculi, ex omni jam gente, et populo, et loco cultores sibi allegeret Deus multo fideliores, in quos gratiam transferret, pleniorem quidem ob

disciplinæ Auctoris capacitatem. Hujus igitur gratiæ disciplinæque arbiter et magister, illuminator atque deductor generis humani Filius Dei annuntiabatur: non quidem ita genitus ut erubescat in filii nomine, aut de patris semine: non de sororis incesto, nec de stupro filiæ aut conjugis alienæ deum patrem passus est squamatum aut cornutum aut plumatum amatorem, aut in aurum conversum; Jovis enim ista sunt numina vestri: cæterum Dei Filius nullam de impudicitia habet matrem: etiam quam videtur habere, non nupserat. Sed prius substantiam edisseram, et ita nativitatis qualitas intelligetur. Jam ediximus Deum universitatem hanc mundi verbo et ratione et virtute molitum. Apud vestros quoque sapientes, ΛΟΓΟΝ, id est, sermonem atque rationem, constat artificem videri universitatis: hunc enim Zeno determinat factitatorem, qui cuncta in dispositione formaverit; eumdem et fatum vocari, et deum, et animum Jovis, et necessitatem omnium rerum. Hæc Cleanthes in spiritum congerit, quem permeatorem universitatis affirmat: et nos etiam sermoni atque rationi, itemque virtuti, per quæ omnia molitum Deum ediximus, propriam substantiam spiritu inscribimus, cui et sermo insit prænuntianti, et ratio adsit disponenti, et virtus præsit perficienti. Hunc ex Deo prolatum didicimus, et prolatione generatum, et idcirco Filium Dei, et Deum dictum ex unitate substantiæ; nam et Deus spiritus: et cum radius ex sole porrigitur, portio ex summa, sed sol erit in radio, quia solis est radius, nec separatur substantia, sed extenditur: ita de spiritu spiritus, et de deo Deus, ut lumen de lumine accensum: manet integra et indefecta materiæ matrix, etsi plures inde traduces qualitatum metueris: ita et quod de Deo profectum est, Deus est, et Dei Filius, et unus ambo: ita et de spiritu spiritus, et de Deo

Deus: modulo alterum, non numero; gradu, non statu fecit: et a matrice non recessit, sed excessit. Iste igitur Dei radius, ut retro semper prædicabatur, delapsus in virginem quamdam, et in utero ejus caro figuratus nascitur homo Deo mixtus; caro spiritu instructa nutritur, adolescit, affatur, docet, operatur, et Christus est. Recipite interim hanc fabulam, similis est vestris, dum ostendimus quomodo Christus probetur. Sciebant qui penes vos fabulas ad destructionem veritatis istius æmulas præministraverunt; sciebant et Judæi venturum esse Christum; scilicet quibus Prophetæ loquebantur: nam et nunc adventum ejus expectant, nec alia magis inter nos et illos compulsatio est, quam quod jam venisse non credunt: duobus enim adventibus ejus significatis, primo, qui jam expunctus est in humilitate conditionis humanæ; secundo qui concludendo sæculo imminet in sublimitate divinitatis exsertæ, primum non intelligendo, secundum, quem manifestius prædicatum sperant, unum existimaverunt: ne enim intelligerent pristinum, crediturі si intellexissent, et consecuturi salutem si credidissent, meritum fuit delictum eorum. Ipsi legunt ita scriptum. Mulctatos se sapientia et intelligentia, et oculorum et aurium fruge. Quem igitur solummodo hominem præsumpserant de humilitate, sequebatur uti magum æstimarent de potestate, cum ille verbo dæmonia de homnibus excuteret, cæcos reluminaret, leprosos purgaret, paralyticos restringeret, mortuos denique verbo redderet vittæ, elementa ipsa famularet, compescens procellas, et freta ingrediens, ostendes sese ΛΟΓΟΝ Dei, id est, Verbum illud primordiale, primogenitum, virtute et ratione comitatum; et spiritu fultum: ad doctrinam vero ejus quia revincebantur magistri primoresque Judæorum, ita exasperantur, maxime quod ad eum ingens multitudo de-

flecteret, ut postremo oblatum Pontio Pilato Syriam tunc ex parte Romana procuranti violentia suffragiorum in crucem dedi sibi extorserint: prædixerat et ipse ita facturos. Parum hoc, si non et Prophetæ retro. Et tamen suffixus spiritum cum verbo dimisit, prævento carnificis officio. Eodem momento dies medium orbem signante sole subducta est: deliquium utique putaverunt, qui id quoque super Christo prædicatum non scierunt: ratione non deprehensa, negaverunt: et tamen eum mundi casum relatum in arcanis vestris habetis. Hunc Judæi detractum, et sepulcro conditum, magna etiam militaris custodiæ diligentia circumsederunt, ne, quia prædixerat tertia die resurrectorum se a morte, discipuli furto amoliti cadaver fallerent suspectos. Sed ecce die tertia, concussa repente terra, et mole revoluta quæ obstruxerat sepulcrum, et custodia pavore disjecta, nullis apparentibus discipulis, nihil in sepulcro repertum est, præterquam exuviæ sepulcri: nihilominus tamen primores, quorum intererat et scelus divulgare, et populum vectigalem et famularem sibi et fide revocare, surreptum a discipulis jactitaverunt: nam nec ille se in vulgus eduxit, ne impii errore liberarentur, ut et fides non mediocri præmio destinata, difficultate constaret; cum discipulis autem quibusdam apud Galilæam Judææ regionem ad quadraginta dies egit, docens eos quæ docerent: dehinc ordinatis eis ad officium prædicandi per orbem, circumfusa nube in cœlum est ereptus, multo melius quam apud vos asseverare de Romulis Proculi solent. Ea omnia super Christo Pilatus, et ipse jam pro sua constientia Chistianus, Cæsari tunc Tiberio nuntiavit: sed et Cæsares credidissent super Christo, si aut Cæsares non essent sæculo necessarii, aut si et Christiani potuissent esse Cæsares: discipuli quoque diffusi per orbem, præcepto magistri Dei

paruerunt, qui et ipsi a Judæis insequentibus multa perpessi, utique pro fiducia veritatis libenter, Romæ postremo per Neronis sævitiam sanguinem Christianum seminaverunt. Sed monstravimus vobis idoneos testes Christi, ipsos illos quos adoratis: multum est, si eos adhibeam ut credatis Christianis, propter quos non creditis Christianis: interim hic est ordo nostræ institutionis: hunc edidimus et sectæ et nominis censum cum suo auctore: nemo jam infamiam incutiat, nemo aliud existimet, quia nec fas est ulli de sua religione mentiri: eo enim quod aliud a se coli dicit, quam colit, negat quod colit, et culturam in alterum transfert, et transferendo jam non colit quod negavit. Dicimus, et palam dicimus, et vobis torquentibus: lacerati et cruenti vociferamur, Deum colimus per Christum: illum hominen putate: per eum et in eo se cognosci vult Deus et coli. Ut Judæis respondeamus, et ipsi Deum per hominem Moysem colere didicerunt: ut Græcis occurram, Orpheus Pieriæ, Musæus Athenis, Melampus Argis, Trophonius Bœotiæ, initiationibus homines obligaverunt: ut ad vos quoque dominatores gentium aspiciam, homo fuit Pompilius Numa, qui Romanos operosissimis superstitionibus oneravit: licuerit ei Christo commentari divinitatem, rem propriam; non qui rupices et adhuc feros homines multitudine tot numinum demerendorum attonitos efficiendo ad humanitatem temperaret, quod Numa; sed qui jam expolitos, et ipsa urbanitate deceptos, in agnitionem veritatis ocularet. Quærite ergo, si vera est ista divinitas Christi: si ea est qua cognita ad bonum quis reformatur, sequitur ut falsa renuntietur quævis alia contraria comperta, in primis illa quæ delitescens sub nominibus et imaginibus mortuorum, quibusdam signis et miraculis et oraculis fidem divinitatis operatur.

XXII. Atque adeo dicimus esse substantias quasdam spiritales: nec nomen novum est. Sciunt dæmonas philosophi, Socrate ipso ad dæmonii arbitrium exspectantes quidni? cum et ipsi dæmonium adhæsisse a pueritia dicatur, dehortatorium plane a bono: dæmonas sciunt poetæ: et jam vulgus indoctum in usum maledicti frequentat: nam et Satanam principem hujus mali generis, proinde de propria conscientia animæ eadem execramenti voce pronuntiat: Angelos quoque etiam Plato non negavit: utriusque nominis testes esse vel Magi adsunt. Sed quomodo de Angelis quibusdam sua sponte corruptis corruptior gens dæmonum evaserit damnata a Deo cum generis auctoribus, et cum eo quem diximus principe, apud Litteras sanctas ordine cognoscitur. Nunc de operatione eorum satis erit exponere. Operatio eorum est hominis eversio: sic malitia spiritalis a primordio auspicata est in hominis exitium: itaque corporibus quidem et valetudines infligunt, et aliquos casus acerbos animæ vero repentinos et extraordinarios per vin excessus: suppetit illis ad utramque substantiam hominis adeundam subtilitas et tenuitas sua. Multum spiritalibus viribus licet, ut invisibiles et insensibiles in effectu potius quam in actu suo appareant, si poma, si fruges nescio quod auræ latens vitium in flore præcipitat, in germine exanimat, in pubertate convulnerat, ac si cæca ratione tentatus aer pestilentes haustus suos offundit. Eadem igitur obscuritate contagionis, aspiratio dæmonum et Angelorum, mentis quoque corruptelas agit furoribus et amentiis fœdis, ac sævis libidinibus, cum erroribus variis; quorum iste potissimus, quo deos istos captis et circumscriptis hominum mentibus commendat, ut et sibi pabula propria nidoris et sanguinis procuret simulacris imaginibus oblata. Et quæ illis accuratior pascua

est, quam ut hominem a recogitatu veræ dignitatis avertant præstigiis falsæ divinationis? quas et ipsas quomodo operentur, expediam. Omnis spiritus ales: hoc et Angeli et dæmones igitur momento ubique sunt: totus orbis illis locus unus est, quid ubi geratur tam facile sciunt quam enuntiant: velocitas, divinitas creditur, quia substantia ignoratur: sic et auctores interdum videri volunt eorum quæ annuntiant; et sunt plane malorum nonnunquam, bonorum tamen nunquam: dispositiones etiam Dei, et tunc Prophetis concionantibus exceperunt, et nunc lectionibus resonantibus carpunt: ita et hinc sumentes quasdam temporum sortes, æmulantur divinitatem dum furantur divinationem. In oraculis autem, quo ingenio ambigitates temperent in eventus, sciunt Crœsi, sciunt Pyrrhi. Cæterum testudinem decoqui cum carnibus pecudis Pythius eo modo renuntiavit quo supra diximus: momento apud Lydiam fuerat. Habent de incolatu aeris, et de vicinia siderum, et de commercio nubium cœlestes sapere paraturas, ut et pluvias quas jam sentiunt, repromittant. Beneflci plane et circa curas valetudinum: lædunt enim primo, dehinc remedia præcipiunt, ad miraculum nova, sive contraria, post quæ desinunt ledere, et curasse creduntur. Quid ergo de cæteris ingeniis, vel etiam viribus fallaciæ spiritalis edisseram? phantasmata Castorum, et aquam cribo gestatam, et navem cingulo promotam, et barbam tactu irrufatam; ut numina lapides crederentur, et Deus verus non quæreretur.

XXIII. Porro si et Magi phantasmata edunt, et jam defunctorum inclamant animas, si pueros in eloquium oraculi elidunt, si multa circulatoriis præstigiis ludunt, si et somnia immittunt, habentes semel invitatorum Angelorum et dæmonum assistendem sibi potestatem, per quos et ea-

præ et mensæ divinare consueverunt; quanto magis ea potestas de suo arbitrio et pro suo negotio studeat totis viribus operari quod alienæ præstat negotiationi, aut si eadem et Angeli et dæmones operantur quæ et dii vestri, ubi est ergo præcellentia divinitatis, quam utique superiorem omni potestate credendum est? Non ergo dignius præsumetur ipsos esse qui se deos faciant cum eadem edant quæ faciant deos credi quam pares Angelis et dæmonibus deos esse? Locorum differentia distinguitur, opinor, ut a templis deos æstimetis, quos alibi deos non dicitis; ut aliter dementire videatur qui sacras turres pervolat, aliter qui tecta viciniæ transilit; et alia vis pronuntietur in eo qui genitalia vel lacertos, alia, qui sibi gulam prosecat. Compar exitus furoris, et una ratio est instigationis. Sed hactenus verba; jam hinc demonstratio rei ipsius, qua ostendemus unam esse utriusque nominis qualitatem. Edatur hic aliquis sub tribunalibus vestris, quem dæmone agi constet; jussus a quolibet Christiano loqui spiritus ille, tam se dæmonem confitebitur de vero, quam alibi deum de falso: æque producatur aliquis ex iis qui de deo pati existimantur, qui aris inhalantes numen de nidore concipiunt, qui ructando conantur, qui anhelando profantur; ista ipsa virgo Cœlestis pluviarum pollicitatrix, iste ipse Æsculapius medicinarum demonstrator, alia die morituris Socordio et Thanatio et Asclepiodoro vitæ subministrator; nisi se dæmones confessi fuerint, Christiano mentiri non audentes ibidem illius Christiani procacissimi sanguinem fundite. Quid isto opere manifestius? quid hac probatione fidelius? simplicitas veritatis in medio est; virtus illi sua assistit; nihil suspicari licebit: magia, aut aliqua ejusmodi fallacia fieri dicetis, si oculi vestri et aures permiserint vobis; quid autem injici potest adversus id quod os-

tenditur nuda sinceritate? Si altera parte vere dei sunt, cur sese dæmonia mentiuntur? an ut nobis obsequantur? jam ergo subjecta Christianis divinitas vestra: nec divinitas doputanda est, quæ subdita est homini, et, si quid ad dedecus facit, æmulis suis. Si altera parte dæmones sunt vel Angeli, cur se alibi pro diis agere respondet? nam sicut illi qui dii habentur dæmones se dicere noluissent, si vere dii essent, scilicet ne se de majestate deponerent: ita et isti, quos directo dæmonas nostis, non auderent alibi pro diis agere, si aliqui omnino dii essent quorum nominibus utuntur; vererentur enim abuti majestate superiorum sine dubio, et timendorum. Adeo nulla est divinitas ista, quam tenetis: quia si esset, neque a dæmoniis affectaretur neque a diis negaretur. Cum ergo utraque pars concurrit in confessionem deos esse negans, agnoscite unum genus esse, id est, dæmonas. Verum utrobique jam deos quærite: quos enim sumpseratis, dæmonas esse cognoscitis. Eadem vero opera nostra ab eisdem diis vestris non tantum hoc detegentibus, quod neque ipsi dii sint, neque ulli alii, etiam illud in continenti cognoscitis, qui sit vere Deus, et an ille, et an unicus, quem Christiani profitemur, et an ita credendus colendusque, ut fides, ut disciplina disposita est Christianorum. Dicant ibidem: Ecquis ille Christus cum sua fabula? si homo communis conditionis? si magnus? si post mortem de sepulcro a discipulis surreptus? si nunc denique penes inferos? si non in cœlis potius, et inde venturus cum totius mundi motu, cum horrore orbis, cum planctu omnium, sed non Christianorum, ut Dei virtus, et Dei spiritus, et sermo, et sapientia, et ratio, et Dei filius? quodcumque ridetis, rideant et illi vobiscum: negent Christum omnem ab ævo animam restituto corpore judicaturum, dicant hoc, pro tri-

bunali, si forte, Minoen et Rhadamanthum secundum consensum Platonis et poetarum esse sortitos: suæ saltem ignominiæ et damnationis notam refutent: renuant se immundos spiritus esse, quod vel ex pabulis eorum, sanguine, et fumo, et putidis rogis pecorum, et impuratissimis linguis ipsorum vatum intelligi debuit: renuant ob malitiam prædamnatos se in eumdem judicii diem cum omnibus cultoribus et operatoribus suis. Atqui omnis hæc nostra in illos dominatio et potestas de nominatione Christi valet, et de commemoratione eorum quæ sibi a Deo per arbitrum Christum imminentia exspectant. Christum timentes in Deo, et Deum in Christo, subjiciuntur servis Dei et Christi: ita de contactu, deque afflatu nostro, contemplatione et repræsentatione ignis illus correpti, etiam de corporibus nostro imperio excedunt inviti et dolentes, et vobis præsentibus erubescentes. Credite illis cum verum de se loquuntur, qui mentientibus creditis: nemo ad suum dedecus mentitur; quin potius ad honorem magis fides proxima et adversus semetipsos confitentes, quam pro semetipsis negantes. Hæc denique testimonia deorum vestrorum Christianos facere consuerunt, quia plurimum illis credendo, in Christo Domino credimus: ipsi litterarum nostrarum fidem accedunt: ipsi spei nostræ fidentiam ædificant: colitis illos, quod sciam, etiam de sanguine Christianorum: nollent itaque vos, tam fructuosos, tam officiosos sibi amittere, vel ne a vobis quandoque an Christianis fugentur, si illis sub Christiano volente vobis veritatem probare, mentirit liceret.

XXIV. Omnis ista confessio illorum, qua se deo negant esse, quaque non alium Deum respondent præter unum cui nos mancipamur, satis idonea est ad depellendum crimen læsæ maxime Romanæ religionis. Si enim

non sunt dei pro certo, nec religio pro certo est. Si religio non est, quia nec dei pro certo, nec nos pro certo rei sumus laesæ religionis. At e contrario in vos exprobratio resultavit, qui mendacium colentes, veram religionem veri Dei non modo negligendo, quin insuper expugnando, in verum committitis crimen veræ irreligiositatis. Nam, ut constaret illos deos esse, nonne conceditis de æstimatione communi aliquem esse sublimiorem et potentiorem, velut principem mundi, perfectæ potentiæ et majestatis? nam et sic plerique disponunt divinitatem, ut imperium summæ domitationis esse penes unum, officia ejus penes multos velin, ut Plato, Jovem magno in cœlo comitatum exercitu describit deorum pariter et dæmonum, itaque oportere et procurantes, et præfectos, et præsides pariter suscipi. Et tamen, quod facinus admittit qui magis ad Cæsarem promerendum et operam et spem suam transfert? neo apellationem Dei, ita ut Imperatoris, in alio quam principe confitetur? cum capitale esse judicetur alium præter Cæsarem et dicere et audire? colat alius deum, alius Joven; alius ad cœlum supplices manus tendat, alius ad aram Fidei; alius, si hoc putatis, nubes numeret orans, alius lacunaria: alius suam animam deo suo voveat, alius hirci? Videte enim, ne et hoc ad irreligiositatis elogium concurrat, adimere libertatem religionis, et interdicere optionem divinitatis, ut non liceat mihi colere quem velim, sed cogar colere quem nolim. Nemo se ab invito coli volet: ne homo quidem: atque ideo et Ægyptiis permissa est tam vanæ superstitionis potestas, avibus et bestiis consecrandis est capite damnandis qui aliquem hujusmodi deum occiderint. Unicuique etiam provinciæ et civitati suus deus est, ut Syriæ Astartes, ut Arabiæ Disares, ut Noricis Belenus, ut Africæ Cœlestis, ut Mauritaniæ Reguli sui. Romanas,

ut opinor, provincias edidi, nec tamen Romanos deos earum, quia Romæ non magis coluntur, quam qui per ipsam quoque Italiam municipali consecratione censentur, Casiniensium Delventinus, Narniensium Visidianus, Æsculanorum Ancaria, Volsiniensium Nursia, Otriculanorum Valentia, Sutrinorum Nortia, Faliscorum, in honorem patris Curis, et accepit cognomen Juno. Sed nos soli arcemur a religionis proprietate: lædimus Romanos, nec Romani habemur, quia non Romanorum deum colimus. Bene quod omnium Deus est, cujus, velimus aut nolimus, omnes sumus. Sed apud vos quodvis colere jus est, præter Deum verum; quasi non hinc magis omnium sit, cujus omnes sumus.

Ninguno de los maravillosos monumentos que hemos ido estudiando representa con tanta verdad el estado de tránsito del mundo romano al mundo germano-cristiano, como *La ciudad de Dios*, de S. Agustin. Este grande, este precioso libro, es el faro luminoso en que se refleja las corrientes de dos civilizaciones, de dos grandes ideas. Pero sobre todo y antes que todo, lo que refleja es aquella crisis superior, en la cual un mundo se descomponia y brotaba otro nuevo mundo. Para comprender esta edad que he descrito en mis últimas lecciones, tal como la comprendian aquellos mismos que la presenciaban; para comprender esta edad, se necesita *La ciudad de Dios* de S. Agustin. Allí se ve que los paganos atribuian la ruina del mundo antiguo á la

ruina de sus dioses; y los cristianos los movimientos de piedad que alguna vez tenian los bárbaros, á la influencia salvadora de Cristo. Pero lo cierto es que la providencia abarcaba en su inmenso seno todo aquel doble movimiento, el de descomposicion de una idea ya agotada, y el de composicion de una nueva idea.

Lo que se aprende contemplando estas grandes épocas de la historia es, que lo mismo contribuyen á la civilizacion los que se creen servirla, que los que creen contrariarla, y que el espíritu general es el que en todas épocas acierta y flota sobre los sucesos particulares. Así, S. Agustin abre las puertas de una nueva edad; S. Agustin representa el espíritu de una nueva civilizacion; S. Agustin tiene el genio necesario para dominar toda la Edad Media. Véanse los siguientes capítulos de su obra inmortal.

CAPUT PRIMUM.

De adversariis nominis Christi, quibus in vastatione Urbis propter Christum Barbari pepercerunt.

Ex hac namque existunt inimici, adversus quos defendenda est Dei civitas: quorum tamen multi, correcto impietatis errore, cives in ea fiunt satis idonei; multi vero in eam tantis exardescunt ignibus odiorum, tamque manifestis beneficiis Redemptoris ejus ingrati sunt, ut hodie contra eam linguas non moverent, nisi, ferrum hostile fu-

gientes, in sacratis ejus locis vitam, de qua superbiunt, invenirent. Annon etiam illi Romani Christi nomini infesti sunt, quibus propter Christum Barbari pepercerunt? Testantur hoc martyrum loca et basilicæ Apostolorum, quæ in illa vastatione Urbis ad se confugientes suos alienosque receperunt. Hucusque cruentus sæviebat inimicus; ibi accipiebat limitem trucidatoris furor: illo ducebantur a miserantibus hostibus quibus etiam extra ipsa loca pepercerant, ne in eos incurrerent qui similem misericordiam non habebant. Qui tamen etiam ipsi alibi truces atque hostili more sævientes, posteaquam ad loca illa veniebant, ubi fuerat interdictum quod alibi jure belli licuisset, tota feriendi refrenabatur immanitas, et captivandi cupiditas frangebatur. Sic evaserunt multi, qui nunc christianis temporibus detrahunt, et mala quæ illa civitas pertulit Christo imputant; bona vero quæ in eos, ut viverent, propter Christi honorem facta sunt, non imputant Christo nostro, sed fato suo: cum potius deberent, si quid recti saperent illa quæ ab hostibus aspera et dura perpessi sunt, illi divinæ providenciæ tribuere, quæ solet corruptos hominum mores bellis emendare atque conterere; itemque vitam mortalium justam atque laudabilem talibus afflictionibus exercere, probatamque vel in meliora transferre, vel in his adhuc terris propter usus alius detinere: illud vero quod eis vel ubicumque, propter Christi nomen, vel in locis Christi nomini dedicatissimis et amplissimis, ac pro largiore misericordia ad capacitatem multitudinis electis, præter bellorum morem truculenti Barbari pepercerunt, hoc tribuere temporibus christianis; hinc Deo gratias agere, hinc ad ejus nomen veraciter currere, ut effugiant pœnas ignis æterni; quod nomen multi eorum mendaciter usurparunt, ut effugerent pœnas præsentis exitii. Nam

quos vides petulanter et procaciter insultare servis Christi, sunt in eis plurimi qui illum interitum clademque non evasissent, nisi servos Christi se esse finxissent. Et nunc ingrata superbia atque impiissima insania ejus nomini resistunt corde perverso, ut sempiternis tenebris puniantur, ad quod nomen ore vel subdolo confugerunt, ut temporali luce fruerentur.

CAPUT II.

Quod nulla unquam bella ita gesta sunt, ut victores, propter deos eorum quos vicerant, parcerent victis.

Tot bella gesta conscripta sunt, vel ante conditam Romam, vel ab ejus exortu et imperio: legant, et proferant sic ab alienigenis aliquam captam esse civitatem, ut hostes qui ceperant, parcerent eis quos ad deorum suorum templa confugisse compererant; aut aliquem ducem Barbarorum præcepisse, ut irrupto oppido nullus feriretur, qui in illo vel illo templo fuisset inventus. Nonne vidit Æneas Priamum

> per aras
> Sanguine fœdantem quos ipse sacraverat ignes?

Nonne Diomedes et Ulysses,

> cæsis summæ custodibus arcis,
> Corripuere sacram effigiem, manibusque cruentis
> Virgineas ausi divæ contingere vittas?

Nec tamen quod sequitur verum est:

> Ex illo fluere, ac retro sublapsa referri
> Spes Danaûm.

Postea quippe vicerunt, postea Trojam ferro ignibusque deleverunt, postea confugientem ad aras Priamum obtruncaverunt. Nec ideo Troja periit quia Minervam perdidit. Quid enim prius ipsa Minerva perdiderat, ut periret? an forte custodes suos? Hoc sane verum est: illis quippe interemptis potuit auferri. Neque enim homines a simulacro, sed simulacrum ab hominibus servabatur. Quomodo ergo colebatur, ut patriam custodiret et cives, quæ suos non valuit custodire custodes?

CAPUT III.

Quam imprudenter Romani deos penates, qui Trojam custodire non potuerant, sibi crediderunt profuturos.

Ecce qualibus diis Urbem Romani servandum se commendase gaudebant. O nimium miserabilem errorem! Et nobis succensent, cum de diis eorum talia dicimus, nec succesent auctoribus suis, quos ut ediscerent, mercedem dederunt; doctoresque ipsus insuper et salario publico et honoribus dignissimos habuerunt. Nempe apud Virgilium, quem propterea parvuli legunt, ut videlicet poeta magnus omniumque præclarissimus atque optimus teneris ebibitus animis non facile oblivioni possit aboleri; secundum illud Horatii,

> Quo semel est imbuta recens servabit odorem
> Testa diu:

apud hunc ergo Virgilium nempe Juno inducitur infesta

Trojanis, Æolo ventorum regi adversus eos irritando dicere:

> Gens inimica mihi Tyrrhenum navigat æquor,
> Ilium in Italiam portans, victosque penates.

Itane istis penatibus victis Romam, ne vinceretur, prudentes commendare debuerunt? Sed hæc Juno dicebat, velut irata mulier, quid loqueretur ignorans. Quid Æneas ipse pius toties appellatus? nonne ita narrat:

> Panthus Othryades, arcis Phœbique sacerdos,
> Sacra manu, victosque deos, parvumque nepotem
> Ipse trahit, cursuque amens ad limina tendit?

Nonne deos ipsos, quos victos non dubitat dicere, sibi potius quam se illis perhibet commendatos, cum ei dicitur,

> Sacra suosque tibi commendat Troja penates?

Si igitur Virgilius tales deos et victos dicit, et, ut vel victi quoquo modo evaderent, homini commendatos; quæ dementia est existimare his tutoribus Romam sapienter fuisse commissam, et nisi eos amisisset, non potuisse vastari? Imo vero victos deos tanquam præsides ac defensores colere, quid est aliud quam tenere non numina bona, sed nomina mala? Quanto enim sapientius creditur, non Romam ad istam cladem non fuisse venturam, nisi prius illi perissent; sed illos potius olim fuisse perituros, nisi eos, quantum potuisset, Roma servasset? Nam quis non, cum adverterit, videat, quanta sit vanitate præsumptum non posse vinci sub defensoribus victis, et ideo perisse, quia custodes perdidit deos; cum vel sola potuerit esse causa pereundi, custodes habere voluisse perituros? Non itaque, cum de diis victis illa conscriberentur atque canerentur, poetas libebat mentiri, sed cordatos homines cogebat ve-

ritas confiteri. Verum ista opportunius alio loco diligenter copioseque tractanda sunt: nunc quod institueram de ingratis hominibus dicere, parumper explicem, ut possum: qui ea mala, quæ pro suorum morum perversitate merito patiuntur, blasphemantes Christo imputant; quod autem illis etiam talibus propter Christum parcitur, nec dignantur attendere, et eas linguas adversus ejus nomen dementia sacrilegæ protervitatis exercent, quibus linguis usurpaverunt mendaciter ipsum nomen, ut viverent; vel quas linguas in locis ei sacratis metuendo presserunt, ut illic tuti atque muniti, ubi propter eum illæsi ab hostibus fuerunt, inde in eum maledictis hostilibus prosilirent.

CAPUT IV.

De asylo Junonis in Troja, quod neminem liberavit a Græcis, et basilicis Apostolorum, quæ omnes ad se confugientes a Barbaris defenderunt.

Ipsa, ut dixi, Troja, mater populi Romani, sacratis in locis deorum suorum munire non potuit cives suos ab ignibus ferroque Græcorum, eosdem ipsos deos colentium: quin etiam,

> Junonis asylo
> Custodes lecti, Phœnix et dirus Ulysses
> Prædam asservabant; hunc undique Troia gaza
> Incensis erepta adytis, mensæque deorum,
> Crateresque auro solidi, captivaque vestis
> Congeritur: pueri et pavidæ longo ordine matres
> Stant circum.

Electus est videlicet locus tantæ deæ sacratus, non unde

captibus non liceret educere, sed ubi captivos liberet includere. Compara nunc asylum illud, non cujuslibet dei gregalis, vel de turba plebis, sed Jovis ipsius sororis et conjugis et reginæ omnium deorum, cum memoriis nostrorum Apostolorum. Illuc incensis templis et diis erepta spolia portabantur, non reddenda victis, sed dividenda victoribus; huc autem, et quod alibi ad ea loca compertum est pertinere, cum honore et obsequio religiosissimo reportatum est. Ibi amissa, hic servata libertas; ibi clausa, hic interdicta captivitas; ibi possidendi a dominantibus hostibus premebantur, huc liberandi a miserantibus ducebantur: postremo illud Junonis templum sibi elegerat avaritia et superbia levium Græcorum; istas Christi basilicas misericordia et humilitas etiam immanium Barbarorum. Nisi forte Græci quidem in illa sua victoria templis deorum communium pepercerunt, atque illo confugientes miseros victosque Trojanos ferire vel captivare non ausi sunt; sed Virgilius, poetarum more, illa mentitus est. Imo vero morem hostium civitates evertentium ille descripsit.

CAPUT V.

De generali consuetudine hostium victas civitates evertentium, quid Cæsar senserit.

Quem morem etiam Cæsar (sicut scribit Salustius, nobilitatæ veritatis historicus) sententia sua, quam de conjuratis in senatu habuit, commemorare non prætermitit: «Rapi virgines, pueros; divelli liberos a parentum com-

»plexu, matres familiarum pati quæ victoribus collibuis»set, fana atque domos spoliari, cædem, incendia fieri; »postremo armis, cadaveribus, cruore atque luctu omnia »repleri.» Hic si fana tacuisset, deorum sedibus solere hostes parcere putaremus. Et hæc non ab alienigenis hostibus, sed a Catilina et sociis ejus, nobilissimis senatoribus et Romanis civibus, Romana templa metuebant. Sed hi videlicet perditi et patriæ parricidæ.

CAPUT VI.

Quod nec Romani quidem ita ullas ceperint civitates, ut in templis earum parcerent victis.

Quid ergo per multa gentes, quæ inter se bella gesserunt et nusquam victis in deorum suorum sedibus pepercerunt, noster sermo discurrat? Romanos ipsos videamus: ipsos, inquam, recolamus respiciamusque Romanos, de quorum præcipua laude dictum est,

Parcere subjectis, et debellare superbos:

et quod acepta injuria ignoscere, quam persequi malebant: quando tot tantasque urbes, ut late dominarentur, expugnatas captasque everterunt, legatur nobis quæ templa excipere solebant, ut ad ea quisquis confugisset, liberaretur. An illi faciebant, et scriptores earumdem rerum gestarum ista reticebant? Itane vero, qui ea quæ laudarent maxime requirebant, ista præclarissima secundum ipsos pietatis indicia præterirent? Egregius Romani nominis Marcus Marcellus, qui Syracusas, urbem ornatissimam,

cepit, refertur eum prius flevisse rituram, et ante ejus sanguinem suas illi lacrymas effudisse. Gessit et curam pudicitiæ, etiam in hoste servandæ. Nam priusquam oppidum victor jussisset invadi, constitui edicto, ne quis corpus liberum violaret. Eversa et tamen civitas more bellorum, nec usquam legitur ab imperatore tam caste atque clementi fuisse præceptum, ut quisquis ad illud vel illud templum fugisset, abiret illæsus. Quod utique nullo modo præteriretur, quando nec ejus fletus, nec quod edixerat pro pudicitia minime violanda, potuit taceri. Fabius, Tarentinæ urbis eversor, a simulacrorum deprædatione se abstinuisse laudatur. Nam cum ei scriba suggessisset quid de signis deorum, quæ multa capta fuerant, fieri juberet, continentiam suam etiam jocando condivit. Quæsivit enim cujusmodi essent: et cum ei non solum multa grandia, verum etiam renuntiarentur armata, «Relinquamus,» inquit, «Tarentinis deos iratos.» Cum igitur nec illius fletum, nec hujus risum, nec illius castam misericordiam, nec hujus facetam continentiam, Romanarum rerum gestarum scriptores tacere potuerint; quando prætermitteretur, si aliquibus hominibus in honorem cujuspiam deorum suorum sic pepercissent, ut in quoquam templo cædem vel captivitatem fieri prohiberent?

CAPUT VII.

Quod in eversione Urbis quæ aspere gesta sunt, de consuetudine acciderint belli; quæ vero clementer, de potentia provenerint nominis Christi.

Quidquid ergo vastationis, trucidationis, deprædationis, concremationis, afflictionis, in ista recentissima Romana clade commissum est, fecit hoc consuetudo bellorum. Quod autem novo more factum est, quod inusitata rerum facie immanitas barbara tam mitis apparuit, ut amplissimæ basilicæ implendæ populo cui parceretur, eligerentur et decernerentur, ubi nemo feriretur, unde nemo raperetur, quo liberandi multi a miserantibus hostibus ducerentur, unde captivandi ulli nec a crudelibus hostibus abducerentur; hoc Christi nomini, hoc christiano tempori tribuendum quisquis non videt, cæcus; quisquis videt nec laudat, ingratus; quisquis laudanti reluctatur, insanus est. Absit ut prudens quisquam hoc feritati imputet Barbarorum. Truculentissimas et sævissimas mentes ille terruit, ille frenavit, ille mirabiliter temperavit, qui per prophetam tanto ante prædixit: *Visitabo in virga iniquitates eorum, et in flagellis peccata eorum; misericordiam autem meam non dispergam ab eis.*

Una de las opiniones de nuestro libro que necesitan mayor esclarecimiento, es la relativa á la importancia

que San Pablo tiene en los primeros dias del cristianismo. Hemos dicho que San Pablo sostiene una lucha, ¡él! que era el hombre del Universo con los judeo-cristianos, los reaccionarios que debeseaban conservar la antigua tradicion bíblica. Pues bien, vamos á dar aquí los testimonios justificativos de nuestra opinion. La carta de San Pablo dirigida á los hebreos, es uno de los documentos que más la justifican. Esta carta tiene por principal objeto demostrar á los hebreos, á los partidarios de la tradicion, la superioridad del Evangelio sobre la legalidad judía. Léase con detenimiento. Hubiéramos querido trasladarlo en griego, mas para facilitar su lectura la trasladarémos íntegra tomándola de la traduccion de la Vulgata.

EPISTOLA

B. PAULI APOSTOLI

AD HEBRÆOS.

—

CAPUT PRIMUM.

s hoc in capite Christi excellentiam præ Angelis et divinitatem ejus demonstrant.

ltifariam, multisque modis olim Deus loquens pa-
Prophetis:
vissime, diebur istis locutus est nobis in Filio,
ıstituit heredem universorum, per quem fecit et

i cum sit splendor gloriæ, et figura substantiæ
·tansque omnia verbo virtutis suæ, purgationem
um faciens, sedet ad dexteram majestatis in ex-

ıto melior Angelis effectus, quanto differentius
nomen hereditavit.
i enim dixit aliquando Angelorum: Filius meus es
ıodie genui te? Et rursun: Ego ero illi in patrem
·it mihi in filium?

6. Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terræ, dicit: Et adorent eum omnes Angeli Dei.

7. Et ad Angelos quidem dicit: Qui facit Angelos suos spiritus, et ministros suos flamman ignis.

8. Ad filium autem: Thronus tuus Deus in sæculum sæculi: virga æquitatis, virga regni tui.

9. Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem: propterea unxit te Deus, Deus tuus oleo exultationis præ participibus tuis.

10. Et: Tu in principio Domine terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt cœli.

11. Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent:

12. et velut anictum mutabis eos, et mutabuntur: tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.

13. Ad quem autem Angelorum dixit aliquando: Sede a dextris meis, quoadusque ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum?

14. Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos, qui hereditatem capient salutis?

CAPUT II.

Probata Christi divinitate, concludit Apostolus legem ejus servari oportere: tum agit de passione Christi, per quam de morte et diabolo triumphavit.

1. Propterea abundantius oportet observare nos ea, quæ audivimus ne forte perefluamus.

2. Si enim qui per Angelos dictus est sermo, factus est firmus, et omnis prævaricatio, et inobedientia accepit justam mercedis retributionem:

3. quomodo nos effugiemus si tantam neglexerimus salutem? quæ cum initium accepisset enarrari per Dominum ab eis, qui audierunt, in nos confirmata est.

4. contestante Deo signis et portentis, et variis virtutibus, et Spíritus sancti distributionibus secundum suam voluntatem.

5. Non enim Angelis sujecit Deus orbem terræ futurum, de quo loquimur.

6. Testatus est autem in quodam loco quis, dicens: Quid est homo quod menor es ejus, aut filius hominis quoniam visitas eum?

7. Minuisti eum paulominus ab Angelis: gloria et honore coronasti eum: et constituisti eum super opera manuum tuarum.

8. Omnia subjecisti sub pedibus ejus: In eo enim quod omnia ei sujebcit: nihil dimisit non subjectum ei. Nunc autem necdum videmus omnia subjecta ei.

9. Eum autem, qui modico quam Angeli minoratus est, videmus Iesum propter passionem mortis, gloria et honore coronatum: ut gratia Dei, pro omnibus gustaret mortem.

10. Decebat enim eum, propter quem omnia, et per quem omnia, qui multos filios in gloriam adduxerat, auctorem salutis eorum per passionem consummare.

11. Qui enim sanctificat, et qui sanctificantur, ex uno omnes. Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare, dicens:

12. nuntiavo nomen tuum fratribus meis: in medio Eclesiæ laudabo te.

13. Et iterum: Ego ero fidens in eum. Et iterum: Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus.

14. Quia ergo pueri communicaverunt carni, et sanguini, et ipsi similiter participavit eisdem: ut per mortem destrueret eum, qui habebat mortis imperium, id est, diabolum:

15. et liberaret eos, qui timore mortis per totam vitam obnoxii erant servituti.

16. Nusquam enim Angelos apprehendit, sed semen Abrahæ apprehendit.

17. Unde debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret, et fidelis pontifex ad Deum, ut repropitiaret delicta populi.

18. In eo enim, in quo passus est ipse et tentatus, potens est; et eis, qui tentantur auxiliari.

CAPUT III.

Moyses in domo Dei ut famulus, Christus ut Filius. Ne corda nostra obduremus, ut Judæi.

1. Unde fratres sancti, vocationis cœlestis participes, considerate Apostolum, et pontificem confessionis nostræ Iesum:

2. qui fidelis est ei, qui fecit illum sicut et: Moyses in omni domo ejus.

3. Amplioris enim gloriæ iste præ Moyses dignus est habitus, quanto ampliorem honorem habet domus, qui fabricavit illam.

4. Omnis namque domus fabricatur ab aliquo: qui autem omnia creavit, Deus est.

5. Et Moyses quidem fidelis erat in tota domo ejus tamquam famulus, in testimonium eorum, quæ dicenda erant:

6. christus vero tamquam filius in domo sua quæ domus sumus nos, si fiduciam, et gloria spei usque ad finem, firmam retineamus.

7. Quapropter sicut dicit Spiritus sactus: Hodie si vocem ejus audieritis,

8. nolite obdurare corda vestra, sicut in exacerbatione secundum diem tentationis in deserto,

9. ubi tentaverunt me patres vestri: probaverunt, et viderunt opera mea,

10. quadraginta annis: Propter quod infensus fui generationi huic, et dixi: Semper errant corde. Ipsi autem non cognoverunt vias meas,

11. sicut juravi in ira mea: Si introibunt in requiem, meam.

12. Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis, discedendi á Deo vivo:

13. sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, donec Hodie cognominatur, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati.

14. Participes enim Christi effecti sumus: si tamen initium substantiæ ejus usque ad finem firmum retineamus.

15. Dum dicitur: Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra, quemadmodum in illa exacerbatione.

16. Quidam enim audientes exacerbaverunt: sed non universi qui profecti sunt ex Ægipto per Moysen.

17. Quibus autem infensus est quadraginta annis? Non-

ne illis, qui peccaverunt, quorum cadavera prostrata sunt in deserto?

18. Quibus autem juravit non introire in requiem ipsius, nisi illis, qui increduli fuerunt?

19. Et videmus, quia non potuerunt introire propter incredulitatem.

CAPUT IV.

Quid sit sabbatum spiritale ingredi, et in Deo quiescere, Perstat in exemplo altato corum qui perierunt in deserto, quibus facta fuerat promissio, ut nobis per Christum facta est.

1. Timeamus ergo neforte relicta pollicitatione introeundi in requiem ejus, existimetur aliquis ex vobis deesse.

2. Etenim et nobis nuntiatum est, quemadmodum et illis, sed non profuit illis sermo auditus, non admistus fidei ex iis, quæ audierunt.

3. Ingrediemur enim in requiem, qui credidimus: quemadmodum dixit: Sicut juravi in ira mea: Si introibunt in requiem meam: et quidem operibus ab institutione mundi perfectis.

4. Dixit enim in quodam loco de die septima sic: Et requievit Deus die septima ab omnibus operibus suis.

5. Et in isto rursum: Si introibunt in requiem meam.

6. Quoniam ergo superest introire quosdam in illam, et ii, quibus prioribus annuntiatum est, non introierunt propter incredulitatem:

7. iterum terminat diem quemdam, Hodie, in David dicendo, post tantum temporis, sicut supra dictum est: Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.

8. Nam si eis Iesus requiem præstitisset, numquam de alia loqueretur, posthac, die.

9. Itaque relinquitur sabbatismus populo Dei.

10. Qui enim ingressus est in requiem ejus: etiam ipse requievit ab operibus suis, sicut á suis Deus.

11. Festinemus ergo ingredi in illam requiem: ut ne in idipsum quis incidat incredulitatis exemplum.

12. Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti: et pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus, compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum et intentionum cordis.

13. Et non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus: omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus, ad quem nobis sermo.

14. Habentes ergo pontificem magnum, qui penetravit cœlos, Iesum filium Dei: teneamus confessionem.

15. Non enim habemus pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris: tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato.

16. Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam consequamur, et gratiam idveniamus in auxilio opportuno.

CAPUT V.

Superiori capite Apostolus illud insinuavit; Christum novæ legis summum esse Pontificem; idque in hoc capite fusius probandum suscipit.

1. Omnis namque Pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis, quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis:

2. qui condolere possit iis, qui ignorant, et errant: quoniam et ipse circundatos est infirmitate:

3. et propterea debet, quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis.

4. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur a Deo, tamquam Aaron.

5. Sic et Christus non semetipsum clarificavit ut pontifex fieret: sed qui locutus est ad eum: Filius meus es tu, ego hodie genui te.

6. Quemadmodum et in alio loco dicit: Tu es sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech.

7. Qui in diebus carnis suæ preces, supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte cum clamore valido, et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverencia.

8. Et quidem cum esset Filius Dei, didicit ex iis, quæ passus est, obedientiam:

9. Et consummatus, factus est omnibus obtemperantibus sibi, causa salutis æternæ,

10. appellatus a Deo pontifex juxta ordinem Melchisedech.

11. De quo nobis grandis sermo, et interpretabilis ad dicendum: quoniam imbecilles facti estis ad audiendum.

12. Etenim cum deberetis magistri esse propter tempus: rursum indigetis ut vos doceamini quæ sint elementa exordii sermonum Dei: et facti estis quibus lacte opus sit, non solido cibo.

13. Omnis enimt qui lactis est particeps, expers est sermonis justitiæ: parvulus enim est.

14. Perfectorum autem est solidus cibus: eorum, qui pro consuetudine exercitatos habent sensus ad discretionem boni ac mali.

CAPUT VI.

Quam difficile est Christianos, qui post tot Dei beneficia lapsi sunt, et Filium ejus rursus insemetipsis crucifixerunt, renovari ad pœnitentiam.

1. Quapropter intermittentes inchoationis Christi sermonen, ad perfectiora feramur, non rursum jacientes fundamentum pœnitentiæ ab operibus mortuis, et fidei ad Deum.

2. Baptismatum doctrinæ, impositionis quoque manuum, ac resurrectionis mortuorum, et judicii æterni.

3. Et hoct faciemus, si quidem permiserit Deus.

4. Impossibile est enim eos, qui semel sunt illuminati gustaverunt etiam donum cœleste, et participes facti sunt Spiritus sancti.

5. Gustaverunt nihilominus bonum Dei verbum, virtutesque sæculi venturi.

6. Et prolapsi sunt; rursus renovari ad pœnitentiam, rursum crucifigentes sibimetipsis filium Dei, et ostentui habentes.

7. Terra enim sæpe venientem super se bibens imbrem, et generans herbam opportunam illis, a quibus colitur: accipit benedictionem a Deo.

8. Proferens autem spinas, ac tribulos, reproba est, et maledicto proxima: cujus consummatio in combustionem.

9. Confidimus autem de vobis dilectissimi meliora, et viciniora saluti: tametsi ita loquimur.

10. Non enim injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri, et dilectionis, cuan ostendistis in nomine ipsius, qui ministratis sanctis, et ministratis.

11. Cupimus autem unumquemque vestrum eandem ostentare solicitudinem ad expletionem spei usque in finem:

12. ut non segnes efficiamini, verum imitatores eorum, qui fide, et patientia hereditabunt promissiones.

13. Abraæ namque promittens Deus, quoniam neminem habuit, per quem juraret, majorem, juravit per semetipsum,

14. dicens: Nisi benedicens benedicam te, et multiplicans multiplicabo, te.

15. Et sic longanimiter ferens adeptus est repromissionem.

16. Homines enim per majorem sui jurant: et omnis controversiæ eorum finis, ad confirmationem, est juramentum.

17. In quo abundantius volens Deus ostendere pollicitationis heredibus immolitatem consilii sui, interposuit jusjurandum:

18. ut per duas res inmobiles, quibus impossibile est mentiri Deum, fortissimum solatium habeamus, qui confugimus ad tenendam propositam spem,

19. Quam sicut ancboram habemus animæ tutam ac firmam, et incedentem usque ad interiora velaminis,

20. ubi præcursor pro nobis introivit Iesus, secundum ordinem Melchisedech pontifex factus in æternum.

CAPUT VII.

Cum quidam ex Hebræis Leviticum sacerdotium adhuc vigere, et semper duraturum, uti et legem Moysis: neque aliter expiari posse peccata quam sacrificiis et ritibus in lege præscriptis persuasum haberent, utrumque hunc errorem sic refellit Apostolus, ut quo initio capitis superioris promiserat, fore ut sublimiora religionis mysteria iis exponeret, hoc capite et sequentibus præstet.

1. Hic enim Melchisedech, rex Salem, sacerdos Dei summi, qui obviavit Abrahæ regreso a cede regum, et benedixit ei:

2. cui et decimas omnium divisit Abraham: primum quidem qui interpretatur rex justitiæ: deinde autem et rex Salem, quod rest, ex pacis,

3. sine patre, sine matre, sine genealogia, neque habens initium dierum, neque finem vitæ habens, assimilatus autem Filio Dei, manet sacerdos in perpetuum.

4. Intuemini autem quantus sit hic, cui et decimas dedit de præcipuis Abraham patriarcha.

5. Et quidem de filiis Levi sacerdotium accipientes, mandatum habent decimas sumere a populo secundum legem, id est, a fratribus suis: quamquam et ipsi exierint de lumbis Abrahæ.

6. Cujus autem generatio non annumeratur in eis, decimas sumpsit ab Abraham, et hunc, qui habebat repromissiones, benedixit.

7. Sine ulla autem contradictione, quod minus est a meliore benedicitur.

8. Et hic quidem, decimas morientes homines accipiunt: ibi autem: contestatur, quia vivit.

9. Et (ut ita dictum sit) per Abraham, et Levi, qui decimas accepit, decimatus est:

10. adhuc enim in lumbis patris erat, quando obviavit ei Melchisedech.

11. Si ergo consummatio per sacerdotium Leviticum erat, (populus enim sub ipso legem accepit) quid adhuc necessarium fuit secundum ordinem Melchisedech, alium surgere sacerdotem, et non secundum ordinem Aaron dici?

12. Translato enim sacerdotio, necesse est et legis translatio fiat.

13. In quo enim hæc dicuntur, de alia tribu est, de qua nullus altari præsto fuit.

14. Manifestum est enim quod ex Juda ortus sit Dominus noster: in qua tribu nihil de sacerdotibus Moyses locutus est.

15. Et amplius adhuc manifestum est, si secundum similitudinem Melchisedech exurgat alius sacerdos,

16. qui non secundum legem mandati carnalis factus est, sed secundum virtutem vitæ insolubilis.

17. Contestatur enim: Quoniam tu es sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech.

18. Reprobatio quidem fit præcedentis mandati, propter infirmitatem ejus, et inutilitatem:

19. nihil enim ad perfectum adduxit lex: introductio vero melioris spei, per quam proximamus ad Deum.

20. Et quantum est non sine jurejurando (alii quidem sine jurejurando sacerdotes facti sunt,

21. hic autem cum jurejurando per cum, qui dixit ad illum: Juravit Dominus, et non pœnitebit eum: tu es sacerdos in æternum:)

22. in tantum melioris testamenti sponsor factus est Iesus.

23. Et alii quidem plures facti sunt sacerdotes, id circo quod morte prohiberentur permanere:

24. hic autem eo quon maneat in æternum, sempiternum habet sacerdotium.

25. Unde et salvare in perpetuum potest accedentes per semetipsum ad Deum: semper vivens ad interpellandum pro nobis.

26. Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior cœlis factus:

27. qui non habet necessitatem quotidie, quemadmodum sacerdotes, prius pro suis delictis hostias offerre, deinde pro populi: hoc enim fecit semel, seipsum offerendo.

28. Lex enim homines constituit sacerdotes infirmitatem habentes: sermo autem jurisjurandi, qui post legem est, Filium in æternum perfectum.

CAPUT VIII.

Idem prosequitur argumentum, et Christi sacerdotii præ Aaronico excellentiam commendat ex templo ipso, et ministerio.

1. Capitulum autem super ea, quæ dicuntur: Talem habemus Pontificem, qui consedit in dextera sedis magnitudinis in cœlis,

2. sanctorum minister, et tabernaculi veri, quod fixit Dominus, et non homo.

3. Omnis enim pontifex ad offerendum munera, et hostias constituitur: unde necesse est et hunc habere aliquid, quod offerat:

4. si ergo esset super terram, nec esset sacerdos: cum essent qui offerrent secundum legem munera,

5. qui exemplari, et umbræ deserviunt cœlestium. Sicut responsum est Moysi, cum consummaret tabernaculum: Vide (inquit) omnia facito secundum exemplar, quod tibi ostensum est in monte.

6. Nunc autem melius sortitus est ministerium, quanto et melioris testamenti mediator est, quod in melioribus repromissionibus sancitum est.

7. Nam si illud prius culpa vacasset: non utique secundi locus inquireretur.

8. Vituperans enim eos dicit: Ecce dies venient, dicit Dominus: et consummabo super domum Israel, et super domum Iuda testamentum novum,

9. non secundum testamentum, quod feci patribus eorum in die, qua apprehendi manum eorum ut educerem illos de terra Ægypti: quoniam ipsi non permanserunt in testamento meo: et ego neglexi eos, dicit Dominus.

10. Quia hoc est testamentum, quod disponam domui Israel post dies illos, dicit Dominus: Dando leges meas in mentem eorum, et in corde eorum superscribam eas? et ero eis in Deum, et ipsi erunt mihi in populum:

11. et non docebit unusquisque proximum suum, et unusquisque fratrem suum: dicens: Cognosce Dominum: quoniam omnes scient me a minore usque ad majorem eorum:

12. quia propitius ero iniquitatibus eorum, et peccatorum eorum jam non memorabor.

13. Dicendo autem novum: veteravit prius. Quod autem antiquatur, et senescit, prope interitum est.

CAPUT IX.

Novum Testamentum, cum meliores habeat promissiones, perfectius quam Vetus est. Christus est melioris Testamenti minister, coque adveniente vetus cessare oportuit, Novum Testamentum morte testatoris fuit confirmatum.

1. Habuit quidem et prius, justificationes culturæ, et Sanctum sæculare,

2. tabernaculum enim factum est primum, in quo erant candelabra, et mensa, et propositio panum, quæ dicitur sancta.

3. Post velamentum autem secundum, tabernaculum, quod dicitur Sancta sanctorum:

4. auren habens thuribulum, et arcam testamenti circumtectam ex omni parte auro, in qua urna aurea habens manna, et virga Aaron, quæ fronduerat, et tabulæ testamenti,

5. superque eam erant Cherubim gloriæ obumbratia propitiatorium: de quibus non est modo dicendum per singula.

6. His vero ita compositis: in priori quidem tabernaculo semper introibant sacerdotes, sacrificiorum officia consummantes:

7. in secundo autem semel in anno solus pontifex non sine sanguine, quom offert pro sua, et populi ignorantia:

8. hoc significante Spiritu sancto, nondum propalatam esse sanctorum viam, adhuc priore tabernaculo habente statum,

9. quæ parabola est temporis instantis: juxta quam munera, et hostiæ offeruntur, quæ non possunt justa concientiam perfectum facere servientem, solummodo in cibis, et in potibus,

10. et variis baptismaptibus, et justitiis carnis usque ad tempus correctionis impositis.

11. Christus autem assistens pontifex futurorum bonorum, per amplius et perfectius tabernaculum non manuractum, id est, non hujus creationis:

12. neque per sanguinem hircorum, aut vitulorum, sed per proprium sanguinem introivit semel in sancta, æterna redemptione inventa.

13. Si enim sanguis hircorum, et taurorum, et cinis virtulæ aspersus inquinatos sanctificat ad emundationem carnis:

14. quanto magis sanguis Christi, qui per Spiritum sanctum semeptisum obtulit immaculatum Deo, emundabit conscientiam nostram ab operibus mortuis, ad serviendum Deo viventi?

15. Et ido novi testamenti mediator est: ut morte intercedente, in redemptionem earum prævaricationum, quæ erant sub priori testamento, repromissionem accipiant qui vocati sunt æternæ hereditatis.

16. Ubi enim testamentum est: mors necesse est intercedat testatoris.

17. Testamentum enin in mortuis confirmatum est: alioquin nondum valet, dum vivit qui testatus est.

18. Unde nec primum quidem sine sanguinem dedicatum est.

19. Lecto enim omni mandato legis a Moyse universo populo: accipiens sanguinem vitulorum, et hircorum cum aqua et lana coccinea, et hyssopo: ipsum quoque librum, et omnem populum aspersit,

20. dicens: Hic sanguis testamenti, quod mandavit, ad vos Deus.

21. Etiam tabernaculum, et omnia vasa ministerii sanguine similiter aspersit:

22. et omnia pene in sanguine secundum legem mundantur: et sine sanguinis effussione non fit remissio.

23. Necesse est ergo exemplaria quidem cœlestium his mundari: ipsa autem cœlestia melioribus hostiis quam istis.

24. Non enim in manufacta sancta Iesus introivit exemplaria verorum: sed in ipsum cœlum, ut appareat nunc vultui Dei pro nobis:

25. Neque ut sæpe offerat semetipsum, quemadmodum Pontifex intrat in sancta per siugulos annos in sanguine alieno:

26. alioquin oportebat eum frequenter pati ab origine mundi: nunc autem semel in consummatione sæculorum, ad destitutionem peccati, per hostiam suam apparuit.

27. Et quemadmodum statutum est hominibus semel mori, post hoc autem judicium:

28. sic et Christus semel oblatus est ad multorum exhaurienda peccata: secundo sine peccato apparebit expectantibus se, in salutem.

CAPUT X.

Lex umbram tantummodo habebat futurorum bonorum. Jesus sacerdos et victima peccatis omnibus expiandis sufficit: ad eum plena fide accedendum.

1. Umbram enim habens lex futurorum bonorum, non ipsam imaginem rerum: per singulos annos eisdem ipsis hostiis, quas offerunt indesinenter, nunquam potest accedentes perfectos facere:

2. alioquin cessassent offerri; ideo quod nullam haberent ultra conscientiam peccati, cultores semel mundati:

3. sed in ipsis commemoratio peccatorum per singulos annos fit.

4. Impossibile enim est sanguine taurorum et hircorum auferri peccata.

5. Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam, et oblationem noluisti corpus autem aptasti mihi:

6. holocautomata pro peccato non tibi placuerunt.

7. Tunc dixi: Ecce venio: in capite libri scriptum est de me: Ut faciam, Deus, voluntatem tuam.

8. Superius dicens: Quia hostias, et oblationes, et holocautomata pro peccato noluisti, nec placita sunt tibi, quæ secundum legem offeruntur,

9. tunc dixi: Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam: aufert primum, ut sequens statuat.

10. In qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Iesu Christi semel.

11. Et omnis quidem sacerdos præsto est quotidie ministrans, et easdem sæpe offerens hostias, quæ numquam possunt auferre peccata:

12. hic autem unam pro peccatis offerens hostiam, in sempiternum sedet in dextera Dei,

13. de cetero expectans donec ponantur inimici ejus scabellum pedum ejus.

14. Una enim oblatione, consummavit in sempiternum sanctificatos.

15. Contestatur autem nos et Spiritus sanctus. Postquam enim dixit:

16. Hoc autem testamentum, quod testabor ad illos post dies illos, dicit Dominus: Dando leges meas in cordibus eorum, et in mentibus eorum superscribam eas:

17. et peccatorum, et iniquitatum eorum jam non recordabor amplius.

18. Ubi autem horum remissio: jam non est oblatio pro peccato.

19. Habentes itaque fratres fiduciam in introitu sanctorum in sanguine Christi,

20. quam initiavit nobis viam novam, et viventem per velamen, id est, carnem suam,

21. et sacerdotem magnum super domum Dei:

6. Sine fide autem impossibile est placere Deo. Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator, sit.

7. Fide Noe responso accepto de iis, quæ adhuc non videbantur, metuens aptavit arcam in salutem domus suæ per quam damnavit mundum: et justitiæ, quæ per fidem est, heres est institutus.

8. Fide qui vocatur Abraham obedivit in locum exire, quem accepturus erat in hereditatem: et exiit, nesciens quo iret.

9. Fide demoratus est in terra repromissionis, tamquam in aliena, in casulis habitando cum Isaac, et Iacob coheredibus repromissionis ejusdem.

10. Expectabat enim fundamenta habentem civitatem: cujus artifex, et conditur Deus.

11. Fidei et ipsa Sara sterilis virtetem in conceptionem seminis accepit, etiam præter tempus ætatis: quoniam fidelem credidit esse eum, qui repromiserat.

12. Propter quod et ab uno orti sunt (et hoc emortuo) tamquam sidera cœli inmultitudinem, et sicut arena, quæ est ad oram maris, innumerabilis.

13. Juxta fidem defuncti sunt omnes isti, non acceptis repromissionibus, sed a longe eas aspicientes, et salutantes, et confitentes quia peregrini, et hospites sunt super terram.

14. Qui enim hæc dicunt significant se patriam inquirere.

15. Et si quidem ipsius meminissent de qua exierunt, habebant utique tempus revertendi,

16. nunc autem meliorem appetunt, id est, cœlestem. Ideo non confunditur Deus vocari Deus eorum: paravit enim illis civitatem.

17. Fidie obtulit Abraham Isaac, cum tentaretur, et unigenitum offerebat, qui susceperat repromissiones;

18. ad quem dictum est: Quia in Isaac vocabitur tibi semen;

19. arbitrans quia et a mortuis suscitare potens est Deus; unde eum et in parabolam accepit.

20. Fide et de futuris benedixit Isaac, Iacob, et Esau.

21. Fide Iacob, moriens, singulos filiorum Ioseph benedixit, et adoravit fastigium virgæ ejus.

22. Fide Ioseph, moriens, de profectione filiorum Israel memoratus est, et de ossibus suis mandavit.

23. Fide Moyses, natus, occultatus est mensibus tribus a parentibus suis, eo quod vidissent elegantem infantem, et non timuerunt regis edictum.

24. Fide Moyses grandis factus negavit se esse filium filiæ Pharaonis,

25. magis eligens affligi cum populo Dei, quam temporalis peccati habere jucunditatem,

26. majores divitias æstimans thesauro Ægyptiorum, improperium Christi: aspiciebat enim in remunerationem.

27. Fide reliquit Ægyptum, non veritus animositatem regis: invisibilem enim tamquam videns sustinuit.

28. Fide celebravit Pascha, et sanguinis effusionem: ne quivastabat primitiva, tangeret eos.

29. Fide transierunt mare Rubrum tamquam per aridam terram: quod experti Ægyptii, devorati sunt.

30. Fide muri Iericho corruerunt, circuitu dierum septem.

31. Fide Rahab meretrix non periit cum incredulis, excipiens exploratores cum pace.

32. Et quid adhuc dicam? Deficiet enim me tempus

buimus, et reverebamur eos. Non multo magis obtemperabimus Patri spirituum, et vivemus?

10. Et illi quidem in tempore paucorum dierum, secundum voluntatem suam erudiebant nos: hic autem ad id, quod utile est in recipiendo sanctificationem ejus.

11. Omnis autem disciplina in præsenti quidem videtur non esse gaudii, sed mœroris: postea autem fructum pacatissimum exercitatis per eam, reddet justitiæ.

12. Propter quod remissas manus, et soluta genua, erigite,

13. et gressus rectos facite pedibus vestris: ut non claudicans quis erret, magis autem sanetur.

14. Pacem sequimini cum omnibus, et sanctimoniam, sine qua nemo videbit Deum:

15. contemplantes nequis desit gratiæ Dei: nequa radix amaritudinis sursum germinans impediat, et per illam inquinentur multi.

16. Ne quis fornicator, aut profanus ut Esau: qui propter unam escam vendidit primitiva sua:

17. scitote enim quoniam et postea cupiens hereditare benedictionem, reprobatus est: nono enim invenit pœnitentiæ locum, quamquam cum lacrymis inquisisset eam.

18. Non enim accessistis ad tractabilem montem, et accensibilem ignem, et turbinem, et caliginem, et procellam.

19. Et tubæ sonum, et vocem verborum quam qui audierunt, excusaverunt se, ne eis fieret verbum.

20. Non enim portabant quod dicebatur: Et si bestia tetigerit montem, lapidabitur.

21. Et ita terribile erat quod videbatur Moyses dixit: Exterritus sum, et tremebundus,

22. Sed accessistis ad Sion montem, et civitatem Dei

viventis, Ierusalem cœlestem, et multorum milium Angelorum frequentiam,

23. et Ecclesiam primitivorum, qui conscripti sunt in cœlis, et judicem omnium Deum; et spiritus justorum perfectorum,

24. et testamenti novi mediatorem Iesum, et sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel.

25. Videte ne recusetis loquentem. Si enim illi non effugerunt, recusantes eum, qui super terram loquebatur: multo magis nos, qui de cœlis loquentem nobis avertimus,

26. cujus vox movit terram tunc: nunc autem repromittit, dicens: Adhuc semel: et ego movebo non solum terram, sed et cœlum.

27. Quod autem, Adhuc semel, dicit: Declarat mobilium translationem tamquam factorum, ut maneant ea, quæ sunt immobilia.

28. Itaque regnum immobile suscipientes, habemus gratiam: per quam serviamus placentes Deo, cum metu et reverentia.

29. Etenim Deus noster ignis consumens est.

CAPUT XIII.

Exhortatio ad virtutes vere Christianus: ad charitatem in peregrinos, et afflictos; ad castitatem obedientiam.

1. Charitas fraternitatis maneat in vobis.

2. Et hospitalitatem nolite oblivisci, per hanc enim latuerunt quidam, Angelis hospitio receptis.

3. Mementote vinctorum, tamquam simul vincti: et laboratium, tamquam et ipsi in corpore morantes.

4. Honorabile connubium in omnibus, et thorus inmaculatus. Fornicatores enim, et adulteros judicabit Deus.

5. Sint mores sine avaritia, contenti præsentibus: ipse enim dixit: Non te deseram, neque derelinquam.

6. Ita ut confidenter dicamus: Dominus mihi adjutor: non timebo quid facit mihi homo.

7. Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem.

8. Iesus Christus heri, et hodie: ipse et in sæcula.

9. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis: quæ non profuerunt ambulantibus in eis.

10. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo de serviunt

11. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in sancta per pontificem, horum corpora cremantur extra castra.

12. Propter quod et Iesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est.

13. Exeamus igitur ad eum extra castra, improperium ejus portantes.

14. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.

15. Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo, id est, fructum labiorum confitentiam nomini ejus.

16. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur Deus.

17. Obediti præpositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes: hoc enim nom expedit vobis.

18. Orate pro nobis: confidimus enim quia bonam conscientiam habemus in omnibus bene volentes conversari.

19. Amplius autem deprecor vos hoc facere, quo celerius restituar vobis.

20. Deus autem pacis, qui eduxit de mortuis pastorem magnum ovium, in sanguine testamenti æterni, Dominum nostrum Iesum Christum,

21. aptet vos in omni bono, ut faciatis ejus voluntatem: faciens in vobis quod placeat coram se per Iesum Christum: cui est gloria in sæcula sæculorum. Amen.

22. Rogo autem vos fratres, ut sufferatis verbum solatii. Et enim perpaucis scrisi vobis.

23. Cognoscite fratrem nostrum Timotheum dimissum: cum quo (si celerius venerit) videbo vos.

24. Salutate omnes præpositos vestros; et omnes sanctos. Salutant vos de Italia fratres.

25. Gratia cum omnibus vobis. Amen.

Esta es la epístola en que San Pablo trata de su doctrina; si se quieren ver alusiones á sus contrarios ó defensas de su propia personalidad, no hay más que pasar la vista por los siguientes párrafos de sus cartas, dignos de llamar la atencion de cuantos estudien estas espinosas materias.

EPÍSTOLA Á LOS ROMANOS, CAPÍTULO XV.

20. Sic autem prædicavi Evangelium hoc, non ubi nominatus est Christus, ne super alienum fundamentum ædificarem: sed sicut scriptum est:

21. Quibus non est annuntiatum de eo, videbunt: et qui non audierunt, intelligent.

22. Propter quod et impediebar plurimum venire ad vos, et prohibitus sum usque adhuc.

23. Nunc vero ulterius locum non habens in his regionibus, cupiditatem autem habens veniendi ad vos ex multis jam præcedentibus annis:

24. cum in Hispaniam proficisci cœpero, spero quod præteriens videam vos, et a vobis deducar illuc, si vobis primum ex parte fruitus fuero.

25. Nunc igitur proficiscar in Jerusalem ministrare sanctis.

26. Probaverunt enim Macedonia, et Achaia collationem aliquam facere in pauperes sanctorum, qui sunt in Jerusalem.

27. Placuit enim eis: et debitores sunt eorum. Nam si

spiritualium eorum participes facti sunt Gentiles: debent et in carnalibus ministrare illis.

28. Hoc igitur cum consummavero, et assignavero eis fructum hunc: per vos proficiscar in Hispaniam.

29. Scio autem quoniam veniens ad vos, in abundantia benedictionis Evangelii Christi veniam.

30. Obsecro ergo vos fratres per Dominum nostrum Jesum Christum, et per charitatem sancti Spiritus, ut adjuvetis me in orationibus vestris pro me ad Deum,

31. ut liberer ab infidelibus, qui sunt in Judæa, et obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem sanctis,

32. ut veniam ad vos in gaudio per voluntatem Dei, et refrigerer vobiscum.

33. Deus autem pacis sit cum omnibus vobis. Amen.

EPÍSLOLA II Á LOS CORINTIOS, CAPÍTULO X.

1. Ipse autem ego Paulus obsecro vos per mansuetudinem, et modestiam Christi, qui in facie quidem humilis sum inter vos, absens autem confido in vobis.

2. Rogo autem vos ne præsens audeam per eam confidentiam, qua existimor audere in quosdam, qui arbitrantur nos tamquam secundum carnem ambulemus.

3. In carne enim ambulantes, non secundum carnem militamus.

4. Nam arma militæ nostræ non carnalia sunt, sed potentia Deo ad destructionem munitianum, consilia destruentes,

5. et omnem altitudinem extollentem se adversus scien-

tiam Dei, et in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi,

6. et in promptu habentes ulcisci omnem inobedientiam, cum impleta fuerit vestra obedientia.

7. Quæ secundum faciem sunt, videte. Si quis confidit sibi Christi se esse, hoc cogitet iterum apud se: quia sicut ipse Christi est, ita et nos.

8. Nam, et si amplius aliquid gloriatus fuero de potestate nostra, quam dedit nobis Dominus in ædificationem, et non in destructionem vestram: non erubescam.

9. Ut autem non existimer tamquam terrere vos per epistolas:

10. quoniam quidem epistolæ, inquiunt, graves sunt et fortes: præsentia autem corporis infirma, et sermo contemptibilis:

11. hoc cogitet qui ejusmodi est, quia quales sumus verbo per epistolas absentes, tales et præsentes in facto.

12. Non enim audemus inserere, aut comparare non quibusdam, qui seipsos commendant: sep ipsi in nobis nosmetipsos metientes, et comparantes nosmetipsos nobis.

13. Nos autem non in immensum gloriabimur, sed secundum mensuram regulæ, qua mensus est nobis Deus, mensuram pertingendi usque ad vos.

14. Non enim quasi non pertingentes ad vos superextendimus nos: usque ad vos enim pervenimus in Evangelio Christi.

15. non in immensum gloriantes in alienis laboribus: spem autem habentes crescentis fidei vestræ, in vobis magnificari secundum regulam nostram in abundantiam,

16. etiam in illa, quæ ultra vos sunt, evangelizare, non in aliena regula in iis quæ præparata sunt gloriari.

17. Qui autem gloriatur, in Domino glorietur.

18. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat.

Ad Galatas, epistola primera.

1. Paulus Apostolus non ab hominibus, neque per hominem, sed per Iesum Christum, et Deum patrem, qui suscitavit eum a mortuis:

2. et qui mecum sunt omnes fratres, Ecclesiis Galatiæ.

3. Gratia vobis, et pax a Deo Patre, et Domino nostro Iesu Christo,

4. qui dedit semetipsum pro peccatis nostris, ut eriperet nos de præsenti sæculo nequam, secumdum voluntatem Dei et Patris nostri,

5. cui est gloria in sæcula sæculorum. Amen.

6. Miror quod sic tam cito transferimini ab eo, qui vos vocavit in gratiam Christi in aliud Evangelium.

7. *Quod non est aliud, nisi sunt aliqui, qui vos conturbant, et volunt convertere Evangelium Christi.*

8. Sed licet nos, aut Angelus de cœlo evangelizet vobis præterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit.

9. Sicut prædiximus, et nunc iterum dico: Si quis vobis evangelizaverit præter id, quod accepistis, anathema sit.

10. Modo enim hominibus suadeo, an Deo? An quæro hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.

11. Notum enim vobis facio, fratres, Evangelium, quod evangelizatum est a me, quia non est secundum hominem.

12. neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Iesu Christi.

13. Audistis enim conversationem meam aliquando in Iudaismo: quoniam supra modum persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam,

14. et proficiebant in Iudaismo supra multos coætaneos meos in genere meo, abundantius æmulator existens paternarum mearun traditionum.

15. Cum autem placuit ei, qui me segregavit ex utero matris meæ, et vocavit per gratiam suam,

16. ut revelaret Filium suum in me, ut evangelizarem illum in Gentibus: continuo non acquievi carni et sanguini,

17. neque veni Ierosolymam ad antecessores meos Apostolos: sed abii in Arabiam; et iterum reversus sum Damascum:

18. deinde post annos tres veni Ierosolymam videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim:

19. Alium autem Apostolorum vidi neminem, nisi Iacobum fratrem Domini.

20. Quæ autem scribo vobis, ecce coram Deo quia non mentior.

21. Deinde veni in partes Syriæ, et Ciliciæ.

22. Eram autem ignotus facie Ecclesiis Iudææ, quæ erant in Christo:

23. tantum autem auditum habebant: Quoniam qui persequebatur nos aliquando, nunc evangelizat fidem, quam aliquando expugnabat:

24. et in me clarificabant Deum.

Nos parece que estas citas bastan para mostrar evidentemente la gran desunion que habia en el seno del cristianismo primitivo entre los cristianos puros, los cristianos universalistas, á cuyo número pertenecia San Pablo y la judeo-cristianos, los que á toda costa querian conservar la antigua sinagoga ¡la antigua ley! Despues de muchas luchas entre San Pablo que personificaba el cristianismo universal, y Santiago y San Pedro, que personificaban el cristianismo judáico, se llegó á un término de conciliacion como puede verse en las Actas de los Apóstoles por las citas que siguen:

CAPUT VI.

Septem Diaconorum electio. Stephanus plenus fide et sapientia magna signa facit: falso accusatur. Quæ hoc capite et sequenti proxime enarrantur, hæc anno primo a Passione Christi evenerant.

1. In diebus autem illis, crescente numere discipulorum, factum est murmur Græcorum adversus Hebræos, eo quod despicerentur in ministerio quotidiano viduæ eorum.

2. Convocantes autem duodecim multitudinem discipulorum dixerunt: Non est æquam nos derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis.

3. Considerate ergo fratres, viros ex bobis boni testi-

monii septem, plenos Spiritu sancto, et sapientia, quos constituamus super hoc opus.

4. Nos vero orationi, et ministerio verbi instantes erimus.

5. Et placuit sermo coram omni multitudine. Et elegerunt Stephanum, virum plenum fide, et Spiritu sancto, et Philipum, et Prochorum, et Nicanorem, et Timonem, et Parmenam, et Nicolaum, advenam Antiochenum.

6. Hos statuerunt ante conspectum Apostolorum: et orantes imposuerunt eis manus.

7. Et verbum Domini crescebat, et multiplicabatur numerus discipulorum in Ierusalem valde: multa etiam turba sacerdotum obediebat fidei.

8. Stephanus autem plenus gratia, et fortitudine faciebat prodigia, et signa magna in populo.

9. Surrexerunt autem quidam de synagoga, quæ appellatur Libertinorum, et Cyrenensium, et Alexandrinorum, et eorum qui erant a Cilicia, et Asia, disputantes cum Stephano:

10. et non poterant resistere sapientiæ, et Spiritui, qui loquebatur.

11. Tunc summiserunt viros, qui dicerent se audivisse eum dicentem verba blasphemiæ in Moysen, et in Deum.

12. Commoverunt itaque plebem, et seniores, et Scribas: et concurrentes rapuerunt eum, et adduxerunt in concilium,

13. et statuerunt falsos testes, qui dicerent: Homo iste non cessat loqui verba adversus locum sanctum, et legem.

14. Audivimus enim eum dicentem: quoniam Iesus Nazarenus hic destruet locum istum, et mutabit traditiones, quas tradidit nobis Moyses.

15. Et intuentes eum omnes, qui sedebant in concilio viderunt faciem ejus tamquam faciem Angeli.

CAPUT VII.

Stephani in Concilio stantis concio: acriter eos objurgat, quod veritati resistant. Lapidatus ora pro lapidantibus.

1. Dixit autem princeps sacerdotum: Si hæc ita se habent?

2. Qui ait: Viri fratres, et patres audite: Deus gloriæ apparuit patri nostro Abrahæ cum esset in Mesopotamia, prius quam moraretur in Charan,

3. et dixit ad illum: Exi de terra tua, et de cognatione tua, et veni in terram, quam monstravero tibi.

4. Tunc exit de terra Chaldæorum, et habitavit in Charam. Et inde, postquam mortuus est pater ejus, transtulit illum in terram istam, in qua nunc vos habitatis.

5. Et non dedit illi hereditatem in ea, nec passum pedis: sed repromisit dare illi eam in possessionem, et semini ejus post ipsum, cum non haberet filium.

6. Locutus est autem ei Deus: Quia erit semen ejus accola in terra aliena, et servituti eos subjicient, et male tractabunt eos annis quadrigentis:

7. et gentem cui sorvierint, judicabo ego, dixit Dominus. Et post hæc exibunt, et servient mihi in loco isto.

8. Et dedit illi testamentum circumcisionis: et sic genuit Isaac, et circumcidit eum die octavo: et Isaac, Iacob: et Iacob, duodecim Patriarchas.

9. Et Patriarchæ æmulantes, Ioseph vendiderunt in Ægyptum, et erat Deus cum eo:

10. et eripuit eum ex omnibus tribulationibus ejus: et dedit ei gratiam, et sapientiam in conspectu Pharaonis regis Ægypti, et constituit eum præpositum super Ægyptum, et super omnem domum suam.

11. Venit autem fames in universam Ægyptum, et Chanaan, tribulatio magna: et non inveniebant cibos patres nostri.

12. Cum audisset autem Iacob esse frumentum in Ægipto: misit patres nostros primum:

13. et in secundo cognitus est Ioseph a fratribus suis, et manifestatum est Pharaoni genus ejus.

14. Mittens autem Ioseph accersivit Iacob patrem suum et omnem cognationem suam in animabus septuagintaquinque.

15. Et descendit Iacob in Ægyptum, et defunctus est ipse, et patres nostri.

16. Et translati sunt in Sichem, et positi sunt in sepulchro, quod emit Abraham pretio argenti a filiis Hemor filii Sichem.

17. Cum autem appropinquaret tempus promissionis, quam confessus erat Deus Abraæ, crevit populus, et multiplicatus est in Ægypto,

18. quoadusque surrexit alius rex in Ægypto, qui non sciebat Ioseph.

19. Hic circumveniens genus nostrum, afflixit patres nostros ut exponerent infantes suos ne vivificarentur.

20. Eodem tempore natus est Moyses et fuit gratus Deo, qui nutritus est tribus mensibus in domo patris sui.

21. Exposito autem illo, sustulit eum filia Pharaonis, et nutrivit eum sibi in filium.

22. Et eruditus est Moyses omnia sapientia Ægyptiorum, et erat potens in verbis, et in operibus suis.

23. Cum autem impleretur ei quadraginta annorum tempus, ascendic in cor ejus ut visitaret fratres suos filios Israel.

24. Et cum vidisset quendam injuriam patientem, vindicavit illum: et fecit ultionem ei, qui injuriam sustinebat, percusso Ægyptio.

25. Existimabat autem intelligere fratres, quoniam Deus permanum ipsius daret salutem illis: at illi non intellexerunt.

26. Sequenti vero die apparuit illis litigantibus: et reconciliabat eos in pace, dicens: Viri, fratres estis, ut quid nocetis alterutrum?

27. Qui autem injuriam faciebat proximo, repulit eum, dicens: Quis te costituit principem, et judicem super nos?

28. numquid inferficere me tu vis, quemadmodum in terfecisti heri Ægyptium?

29. Fugit autem Moyses in verbo isto: et factus est advena in terra Madian, ubi generavit filios duos.

30. Et expletis ennis quadraginta, apparuit illi in deserto montis Sina Angelus in igne flammæ rubi.

31. Moyses autem videns, admiratus est visum. Et accedentem ilto ut consideraret, facta est ad eum vox Domini, dicens:

32. Ego sum Deus patrum tuorum, Deus Abraham, Deus Issac, et Deus Iacob. Tremefactus autem Moyses. non audebat considerare.

33. Dixit autem illi Dominus: Solve calceamentum pedum tuorum: locus enim in quo stas, terra sancta est.

34. Videns vidi afflictionem populi mei, qui est in Ægypto, et gemitum eorum audivi, et descendi liberare eos. Et nunc veni, et mittam te in Ægiptum.

35. Hunc Moysen, quem negaverunt, dicentes: Quis te

constituit principem et judicem? hunc Deus principem et redemptorem misit, cum manu Angeli, qui apparuit illi in rubo.

36. Hic eduxit illos faciens prodigia, et signa in terra Ægypti, et in Rubro mari, et indeserto annis quadraginta.

37. Hic est, Moyses, qui dixit filiis Israel: Prophetam suscitabit vobis Deus de fratribus vestris, tamquam me, ipsum audietis:

38. Hic est, qui fuit in Ecclesia in solitudine cum Angelo, qui loquebatur ei in monte Sina, et cum patribus nostris: qui accepit verba vitæ dare nobis.

39. Cui noluerunt obedire patres nostri: sed repulerunt, et aversi sunt cordibus suis in Ægyptum,

40. dicentes ad Aaron: Fac nobis deos, qui præcedant nos: Moyses enim hic, qui eduxit nos de terra Ægypti, nescimus quid factum sit ei.

41. Et vitulum fecerunt in diebus illis, et obtulerunt hostiam simulachro, et lætabantur in operibus manuum suarum.

42. Convertit autem Deus, et tradidit eos servire militiæ cœli, sicut scriptum est in Libro prophetarum: Numquid victimas, et hostias obtulistis mihi annis quadraginta in deserto, domus Israel?

43. Et suscepistis tabernaculum Moloch, et sidus Dei vestris Rempham, figuras, quas recistis, adorare eas. Et transferam vos trans Babylonem.

44. Tabernaculum testimonii fuit cum patribus nostris in deserto, sicut disposuit illis Deus, loquens ad Moysen, ut faceret illud secundum formam, quam viderat.

45. Quod et induxerunt, suscipientes patres nostri cum Iesu in possessionem gentium, quad expulit Deus a facie patrum nostrorum, usque in diebus David,

46. qui invenit gratiam ante Deum, et petiit ut inveniret tabernaculum Deo Iacob.

47. Salomon autem ædificavit illi domum.

48. Sed non excelsus in manufactis habitat, sicut propheta dicit:

49. Cœlum mihi sedes est: terra autem scabellum pedum meorum. Quam domum ædificabitis mihi, dicit Dominus? aut quis locus requietionis meæ est.

50. Nonne manus mea fecit hæc omnia?

51. Dura cervice, et incircumcisis cordibus, et auribus vos semper Spiritui sancto resistitis, sicut Patres vestri, ita et vos.

52. Quem prophetarum non sunt persecuti patres vestri! Et occiderunt eos, qui prænuntiabant de adventu justi, cujus vos nunc prodictores, et homicidæ fuistis:

53. qui accepistis legem in dispositione Angelorum, et non custodistis.

54. Audientes autem hæc dissecabantur cordibus suis, et stridebant dentibus in eum.

55. Cum autem esset plenus Spiritu sancto, intendens in cœlum, vidit gloriam Dei, et Iesum stantem a dextris Dei. Et ait: Ecce video cœlos apertos, et filium hominis stantem a dextris Dei.

56. Exclamantes autem voce magna continuerunt aures suas, et impetum fecerunt unanimiter in eum.

57. Et ejicientes eum extra civitatem lapidabant: et testes deposuerunt vestimenta sua secum pedes adolescentis, qui vocabatur Saulus.

58. Et lapidabant Stephanum invocantem, et dicentem: Domine Iesu suscipe spiritum meum.

59. Positis autem genibus, clamavit voce magna, dicens: Domine ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc

dixissiet, obdormivii in Domino. Saulus autem erat consentiens neci ejus.

CAPUT XI.

Petrus Ierosolymam reversus, quod Gentes in Ecclesiam admiserit, reprehenditur: quid secum actum fuerit, ex ordine enarrat. Fideles dispersi, Iesum Iudæis et Gentibus annuntiant; Barnabas et Paulus complures Antiochiæ convertunt ad fidem, ibi primum Discipuli cognominantur Christiani; Agabi prophetia. Permanus Barnabæ et Sauli Iudeis subsidium mittitur.

1. Audierunt autem Apostoli, et fratres, qui erant in Iudæa: quoniam et gentes receperunt verbum Dei.

2. Cum autem ascendisset Petrus Ierosolymam, disceptabant adversus illum, qui erant ex circumcisione,

3. dicentes: Quare introisti ad viros præputium habentes, et manducasti cum illis?

4. Incipiens autem Petrus exponebat illis ordinem, dicens:

5. Ego eram in civitate Ioppe orans, et vidi in excessu-mentis visionem, descendens vas quodam velut linteum magnum quatuor initiis summitti de cœlo, et venit usque ad me.

6. In quos intuens considerabam, et vidi quadrupedia terræ, et bestias, et reptilia, et volatilia cœli.

7. Audivi autem et vocen dicentem mihi: Surge Petre, occide, et manduca.

8. Dixi autem: Nequaquam Domine, quia commune aut immundum numquam introivit in os meum.

9. Respondit autem vox secundo de cœlo: Quæ Deus mundavit, tu ne commune dixeris.

10. Hoc autem factum est per ter: et recepta sunt omnia rursum in cœlum.

11. Et ecce viri tres confestim astiterunt in domo, in qua eram, missi á Cæsarea ad me.

12. Dixit autem Spíritus mihi ut irem cum illis, nihil hæsitans. Venerunt autem mecum et sex fratres isti, et ingressi sumus in domum viri.

13. Narravit autem nobis, quomodo vidisset Angelum in domo sua, stantem et dicentem sibi: Mitte in Ioppen, et accersi Simonem, qui cognominatur Petrus,

14. qui loquetur tibi verba, in quibus salvus eris tu, et universa domus tua.

15. Cum autem cœpisem loqui, cecidit Spiritus sanctus super eos, sicut et in nos in initio.

16. Recordatus sum autem verbi Domini, sicut dicebat Ioannes quidem baptizabit aqua vos autem baptizabimini Spiritu sancto.

17. Si ergo eandem gratiam dedit illis Deus, sicut et nobis, qui credidimus in Dominum Iesum Christum: ego quis eram, qui possem prohibere Deum?

18. His auditis, tacuerunt: et glorificaverunt Deum, dicentes: Ergo et gentibus pœnitentiam dedit Deus ad vitam.

19. Et illi quidem, qui dispersi fuerant á tribulatione, quæ facta fuerat sub Stephano, perambulaverunt usque Phœnicen, et Cyprum, et Antiochiam, nemini loquentes verbum, nisi solis Iudæis.

20. Erant autem quidam ex eis viri Cyprii, el Cyrenæi qui cum introissent Antiochiam, loquebantur et ad Græcos, annuntiantes Dominum Iesum.

21. Et erat manus Domini cum eis: multusque numerus credentium conversus est ad Dominum.

22. Pervenit autem sermo ad aures Ecclesiæ, quæ erat Ierosolymis super istis: et miserunt Barnabam usque ad Antiochiam.

23. Qui cum pervenisset, et vidisset gratiam Dei, gavisus est: et hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino:

24. quia erat vir bonus, et plenus Spiritu sancto, et fide. Et apposita est multa turba Domino.

25. Profectus est autem Barnabas Tarsum, ut quæreret Saulum: quem cum invenisset, perduxit Antiochiam.

26. Et annum totum conversati sunt ibi in Ecclesia: et docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiæ discipuli, Christani.

27. In his autem diebus supervenerunt ab Ierosolymis prophetæ Antichiam:

28. et surgens unus ex eis nomine Agabus, significabat per spiritum famem magnam futuram in universo orbe terrarum, quæ facta est sub Claudio.

29. Discipuli autem, prout quis habebat, proposuerunt singuli in ministerium mittere habitantibus in Iudæa fratribus:

30. quod et fecerunt, mittentes ad senioris per manus Barnabæ, et Sauli.

CAPUT XV.

Concilium Ierosolymitanum: orta de ritibus Iudaicis quæstione, celebratur: eo Paulus et Barnabas mittuntur: quæstione definita, Concilii Epistola mittitur ad Ecclesias. Paulus et Barnabas a se invicem discedunt; Paulus assumpto secum Sila, Barnabas assumpto Marco.

1. Et quidam descendentes de Iudæa, docebant fratres: Quia nisi circumcidamini secundum morem Moysi, non potestis salvari.

2. Facta ergo seditione non minima Paulo, et Barnabæ adversus illos, statuerunt ut ascenderent Paulus, et Barnabas, et quidam alii ex aliis ad Apostolos, et presbyteros in Ierusalem super hac quæstione.

3. Illi ergo deducti ab Ecclesia pertransibant Phœnicem, et Samariam, narrantes conversionem Gentium: et faciebant gaudium magnum omnibus fratribus.

4. Cum autem venissent Ierosolimam, suscepti sunt ab Ecclesia, et ab Apostolis, et senioribus annuntiantes quanta Deus fecisset cum illis.

5. Surrexerunt autem quidam de hæresi Pharisæorum, qui crediderunt, dicentes; Quia oportet circumcidi eos, præcipere quoque servare legem Moysi.

6. Convenerunt que Apostoli, et seniores vidère de verbo hoc.

7. Cum autem magna conquisitio fieret, surgens Petrus dixit ad eos: Viri fratres, vos scitis quoniam ab antiquis

diebus Deus in nobis elegit, per os meum audire Gentes verbum Evangeli, et credere.

8. Et qui novit corda Deus, testimonium perhibuit, dans illis Spiritum sanctum, sicut et nobis,

9. et nihil discrevit inter nos et illos, fide purificans corda eorum.

10. Nunc ergo quid tentatis Deum, imponere jugum super cervices discipulorum, quod neques patres nostri, neque nos portare potuimus?

11. Sed per gratiam Domini Iesu Christi credimus salvari, quemadmodum et illi.

12. Tacui autem omnis multitudo: et audiebant Barnabam, et Paulum narrantes quanta Deus fecisset signa, et prodigia in Gentibus per eos.

13. Et postquam tacuerunt, respondit Iacobus, dicens: Viri fratres, audite me.

14. Simon narravit quemadmodum primum Deus visitavit sumere ex Gentibus populum nomini suo.

15. Et huic concordant verba Prophetarum, sicut scriptum est:

16. Post hæc revertar, et reædificabo tabernaculum David, quod decidit: et diruta ejus reædificabo; et erigam illud:

17. ut requirant ceteri hominum Dominum, et omnes gentes, super quas invocatum est nomen meum, dicit Dominus faciens hæc.

18. Notum a sæculo est Domino opus suum.

19. Propter quod ego judico non inquietari eos, qui ex Gentibus convertuntur ad Deum,

20. sed scribere ad eos ut abstineant se a contaminationibus, simulachrorum, et fornicatione, et suffocatis, et sanguine.

21. Moyses enim a temporibus antiquis habet in singulis civitatibus qui eum prædicent in synagogis, ubi per omne sabbatum legitur.

22. Tunc placuit Apostolis, et senioribus cum omni Ecclesia, eligere viros ex eis, et mittere Antiochiam cum Paulo, et Barnaba, Iudam, qui cognominabatur Barsabas, et Silam viros primos in fratribus,

23. scribentes per manus eorum. APOSTOLI et seniores fratres, his qui sunt Antiochiæ, et Syriæ, et Ciliciæ fratribus ex Gentibus, salutem.

24. Quoniam audivimus quia quidam ex nobis exeuntes, turbaverunt vos verbis, evertentes animas vestras, quibus non mandavimus:

25. placuit nobis collectis in unum, eligere viros, et mittere ad vos cum charissimis nostris Barnaba, et Paulo,

26. hominibus, qui tradiderunt animas suas pro nomine Domini nostri Iesu Christi.

27. Misimus ergo Iudam, et Silam, qui et ipsi vobis verbis referent eadem.

28. Visum est enim Spiritui sancto, et nobis nihil ultra imponere vobis oneris quam hæc necessaria:

29. ut abstineatis vos ab immolatis simulacrorum, et sanguine, et suffocato, et fornicatione, a quibus custodientes vos, bene agetis. Valete.

30. Illi ergo dimissi, descenderunt Antiochiam: et congregata multitudine tradiderunt epistolam.

31. Quam cum legissent, gravisi sunt super consolatione.

32. Iudas autem, et Silas, et ipsi cum essent Prophetæ, verbo plurimo consolati sunt fratres, et confirmaverunt.

33. Facto autem ibi aliquanto tempore, dimissi sunt cum pace a fratribus ad eos, qui miserant illos.

34. Visum est autem Silæ ibi remanere: Iudas autem solus abiit Ierusalem.

35. Paulus autem, et Barnabas demorabantur Antiochiæ docentes, et evangelizantes cum aliis pluribus verbum Domini.

36. Post aliquot autem dies, dixit ad Barnabam Paulus: Revertentes visitemus fratres per universas civitates, in quibus prædicavimus verbum Domini, quomodo se habeant.

37. Barnabas autem volebat secum assumere et Ioannem, qui cognominabatur Marcus.

38. Paulus autem rogabat eum (ut quid discessisset ab eis de Pamphylia, et non isset cum eis in opus) non debere recipi.

39. Facta est autem dissensio, ita ut discederent ab invicem, Barnabas quidem assumpto Marco navigaret Cyprum.

40. Paulus vero electo Sila profectus est, traditus gratiæ Dei a fratribus.

41. Perambulabat autem Syriam, et Ciliciam, confirmans Ecclesias: præcipiens custodire præcepta Apostolorum, et seniorum.

Lo mas profundo que hemos visto sobre estas graves cuestiones, que nosotros no hemos podido profundizar en nuestras lecciones orales, es el siguiente capítulo de un gran teólogo moderno, cuya lectura recomendamos. Hay que notar que siendo protestante y calvinista el autor, da al dogma de la gracia una extension que nosotros no podemos reconocerle.

LIBRO VI.

—

CAPITULO VII.

EL PARTIDO DE LA CONCILIACION.

Que el cristianismo de la legalidad y el cristianismo de la gracia, que los discípulos de Pablo y los de los fariseos no hayan podido ponerse de acuerdo mientras permanecian constantes y fieles á sus principios respectivos, cosa es que no debe causarnos asombro. La historia y su literatura apostólicas, las mismas controversias modernas nos lo dicen sobradamente y nos lo esplican al mismo tiempo. Pero la historia enseña tambien, que el pensamiento humano se rige como la materia por una ley no menos natural que general, en cuya virtud las antítesis, las teorias opuestas tienden á usarse, á desgastarse recíprocamente, á destruir, por el frotamiento, sus propias asperezas, á con-

cluir en fin por encontrar una fórmula de mediacion, un terreno neutral ó comun, cuya vista les ocultaban al principio los puntos salientes de sus divergencias. Este fenómeno, tan viejo como el mundo, y siempre nuevo, se observa mil veces, en grande y en pequeño, en la política, en las ciencias, en la iglesia, en todas las relaciones sociales. Porque el hombre es de tal índole, que antes observa las diferencias que las analogías, por hallarse aquellas más amenudo en la superficie, y estas más de ordinario en el fondo. Así, en la teología ¡cuántas veces no se ha visto á las escuelas y sectas separarse por cuestiones relativamente accidentales y desconocer ú olvidar lo que hubiera debido aproximarlas! Cuántas veces querellas seculares han terminado con el triunfo de una idea que ninguno de los dos partidos había escrito al principio en su bandera, y en favor de la cual ambos al fin habian hecho sacrificios! Gran error sería sin duda proclamar como principio absoluto, que la verdad está siempre en el justo medio de dos tésis accidentalmente opuestas; y sin embargo, el antiguo adagio que recomienda buscarla con preferencia en aquel lugar, no se funda tampoco en una ilusion. Mas no hay que engañarse en cuanto á la aplicacion que pensamos hacer de estas reglas. Lejos estamos de decir que para encontrar la verdad sea menester alejarse de Pablo, para aproximarse á los fariseos. Nuestra observacion no tiende á ensalzar un método, sino á señalar un fenómeno psicológico, del cual vamos á encontrar un ejemplo, tan palpable como poco estudiado, en la historia de la teología apostólica.

Hemos visto las teorías frente á frente, los partidos en estado de guerra abierta, la unidad de la iglesia seriamente comprometida desde los primeros pasos que daba en el

mundo. Pudiérase haber creido, que una de las dos tendencias exclusivas se encargaria de guiar por sí sola á la Iglesia en su camino, despues de conseguir sobre la otra una victoria decisiva que á un tiempo salvase su integridad y confirmase su privilegio. Nada de esto sucedió sin embargo. La Iglesia permaneció una, universal, καθολική ó mas bien fué siéndolo poco á poco, pero no por el triunfo de uno de los dos partidos principales.

En una época muy remota de esta historia, cuando aun no se trataba, ni con mucho, de literatura telógica, vemos ya despuntar en el horizonte un cierto espíritu de conciliacion, que casi instintivamente al principio, se ponia en medio de los partidos y de las controversias, se apoderaba del terreno que debia de servirles de palenque y procuraba calmar el ardor de los combatientes, cubriéndolos con su estandarte de paz y concordia. En las conferencias de Jerusalem, en aquel primero y solemne debate teológico, vemos ya que la necesidad de paz y las miras prácticas se sobreponen á los principios. En efecto, mientras por una parte se pedia la conservacion del rito mosáico para todos los que pretendiesen entrar en la Iglesia, y por la otra se proclamaba su abolicion, aun para aquellos que hasta entonces lo habian observado, en presencia de estas dos opiniones diametralmente opuestas, pero ambas fundadas en axiomas que no admitian excepcion alguna, ¿cuál fué el partido adoptado por la asamblea apostólica? Una resolucion que chocaba de frente con uno y otro axioma, un decreto que no secundaba en ningun principio absoluto, y que por consecuencia ninguna probabilidad de éxito tenia, y vez aquí que al menos por espacio de algun tiempo, aquel era el único espediente practicable y por lo tanto justificado por las circunstancias. Los judíos debian

seguir siendo judíos, los paganos quedaban dispensados de serlo, se respetaban todas las costumbres y se transigia con todas las repugnancias: ved aquí lo que se propuso, lo que se adoptó y lo que en último caso hubiera sucedido aunque no se hubiese ordenado. Decision cándidamente inconsecuente si se quiere, pero de admirable prudencia, sobre todo porque, sin saberlo, demostraba una gran verdad: que los hombres no se han hecho para las teorías, y que las teorías deben hacerse para los hombres, (Marc. II., 27.)

Este proprama de Jerusalem es acontecimiento tan importante en el desenvolvimiento progresivo de las ideas cristianas, que bien merece que aprovechemos esta ocasion para detenernos en él algunos instantes. Y será tanto más necesario determinar su trascendencia, cuanto que el interés dogmático ha falseado amenudo su interpretacion. Los Apóstoles, reconociendo que la vocacion de los gentiles habia ya sido anunciada por los profetas (Act. XV. 15.), y determinados principalmente por el brillante resultado de las misiones extranjeras, temieron mostrarse rebeldes á la voluntad de Dios, é impedir los progresos del trabajo evangélico, imponiendo á los paganos obligaciones ya muy pesadas para los que á ellas estaban acostumbrados desde la infancia.—Proclamaron, pues, la dispensa reclamada en favor de los prosélitos paganos, á saber, la de la circuncision y de todos los demás ritos judáicos, consagrados por la ley (v. 24.) Pero con ello jamás entendieron conceder semejante dispensa á los judíos, ó lo que es lo mismo, librarse personalmente de una série de obligaciones que podian sin duda parecerles onerosas, pero á las cuales sus hábitos y su conciencia daban incontestable valor religioso; Santiago, en el momento mismo en que

pedia que se otorgase la dispensa á los paganos, añadió esplícitamente que solo para ellos la quería.—Cuanto á los hombres de la circuncision, dice (v. 21.) no habemos menester formar un reglamento que les concierna: ahí están las sinagogas para enseñarles sus deberes; y en ellas pueden oir cada sábado, en la lectura de la ley, cuáles son sus obligaciones.—Si pudiera quedar la menor duda acerca de la exactitud de esta interpretacion, la persecucion de la historia la desvaneceria.—Porque cuando Pablo, en su postrer viaje á Jerusalem, fué á buscar á Santiago (XXI. 20. ss.), este, de concierto con los ancianos de su iglesia, mostrándose muy edificado por los triunfos de su colega entre los paganos, le dijo sin rodeos que en Palestina la opinion pública entre los cristianos estaba sublevada contra él. Los fieles de aquella tierra, sin escepcion, se atenian religiosamente á la ley y á sus ritos. Y, habiendo oido que Pablo no se ceñía á evangelizar á los paganos y á asegurarles el beneficio de la dispensa, sino que pretendia tambien atraer á sus miras á los judíos y les predicaba una verdadera apostasía, diciéndoles que no circuncidasen á sus hijos, ni se sometiesen á las prácticas ascéticas del judaismo, —los cristianos de Jerusalem se habian conmovido vivamente con tales noticias. No era asícomo se habian arreglado los asuntos en las conferencias, y los más avanzados del partido de la resistencia recordaban y ponderaban sin duda, las siniestras predicciones que habian hecho, cuando los demás, contra su opinion, se habian lanzado por el camino de las concesiones. Santiago y sus colegas, fieles al programa y sin querer estrecharlo ni extenderlo (v. 25.), no vacilan en creer, segun parece, que Pablo es inocente del hecho de que se le acusa, ó al menos no juzgan conveniente examinar el

asunto más al pormenor, y le aconsejan que aplaque el mal humor de la Iglesia con una demostracion pública de su ortodoxia personal.

Como no pretendemos apreciar aquí la conducta de los Apóstoles, sino señalar sus principios teológicos, no nos detendrémos á indicar el triste papel que en tal ocasion se hace representar á un hombre que no tenia la costumbre de transigir en materia de principios ni de regatear sus convicciones. Si los hechos pasaron realmente como se cuentan, forzoso será decir que la prudencia y la necesidad de la paz llegaron por parte de Pablo hasta el exceso, y que un acto, en sí mismo escusable, y aun legítimo, presenta aquí todas las apariencias de la hipocresía. Pero no insistimos sobre esta parte de la narracion, sino para probar hasta la evidencia que el programa de Jerusalem reservaba esplícitamente el carácter obligatorio de la ley para los judío-cristianos, no como concesion de forma ó puramente temporal hasta que estuviese determinada su educacion religiosa, sino como dogma y por tiempo indefinido. ¿Por qué, pues, se dejaba libres de tal carga á los paganos? O bien, si estos podian permanecer exentos de ella sin perjuicio de su carácter y aspiraciones de cristianos, ¿por qué imponerla á los judíos? Bien se vé que la dispensa parcial no era consecuencia de un principio absoluto, de un axioma teológico, sino una transaccion con las circunstancias, un término medio para salir del apuro, un expediente en fin, aconsejando á sus autores, en parte por la evidencia de los hechos ó por un sentimiento instintivo de que aun no se daban cuenta, y en parte por el influjo de una preocupacion tanto más irresistible en boca de los demás cuanto, que ellos mismos aun no habian conseguido desecharla.

Sin embargo, aquel término medio, formulado en Jerusalem como una especie de carta con la cual se esperaba asegurar la paz de la Iglesia, era más bien efecto de una situacion que los Apóstoles no podian cambiar aunque hubiesen querido, que causa de la direccion tomada por el desenvolvimiento ulterior de las ideas. Si el judaismo subsistió en el seno de la Iglesia, no acusarémos de ello á los autores del programa, y solo verémos en tal hecho una razon para excusar á estos últimos que no podian realizar con las fuerzas de que disponian, lo que no realizó el genio mismo de Pablo. Si este último, que tan claramente entreveia en fin, y á quien jamás faltó la voluntad no consiguió implantar inmediatamente la verdad evangélica en un terreno muy poco preparado todavía, sino que hubo de legar á los siglos futuros el cuidado de descubrirla de nuevo, y repetidamente, no recriminarémos por cierto á sus antecesores, porque su sencillo celo, circunscrito á un horizonte menos extenso, no haya podido ensanchar más el de sus contemporáneos.

La fórmula convenida en las conferencias de Jerusalem llama la atencion del historiador por otra disposicion concerniente á los paganos. Al dispensarlos de observar los ritos mosáicos, se les prescribieron ciertas obligaciones más generales que ya vimos imponer en otra esfera á las personas que, sin aceptar la circuncision, querian tener el derecho de frecuentar la sinagoga.—(Lib I. c. VII; lib. VI. c. III.) Fácil es recordar lo que se ha dicho acerca de los prosélitos y sobre los preceptos llamados máquicos, á que se les sujetaba. Los paganos, al afiliarse en la Iglesia, debian al menos comprometerse á observar aquellos pocos preceptos, facilitando así á los judíos un trato más íntimo con ellos.—Muchos de estos preceptos pueden

parecernos de escasa importancia religiosa: por ejemplo, la prohibicion de comer manjares preparados con sangre ó carne de animales estrangulados; pero conviene mirar el asunto desde el punto de vista opuesto. Para los Apóstoles era una concesion inmensa el limitarse á tan poca cosa, cuando vemos que, á pesar de ella, Pedro se violenta para sentarse á la mesa con gente incircuncisa (Gal. II. 12.) Aquello era realmente cuanto podian hacer en favor de la union y de la concordia: ir más allá hubiera sido romper violentamente con lo pasado, y perder pié casi al primer paso. Aquella concesion, fuerza es reconocerlo, no era por su parte ni resultado de un principio dogmático ni efecto de una transaccion momentánea. Porque en cuanto á este último hecho declaran positivamente que la abstinencia prescrita es cosa absolutamente necesaria (XV. 28.), y no preveen que, más pronto ó más tarde, pueda tener lugar una fusion de los partidos, que haga inútil semejante precaucion. Por otra parte difícil seria encontrar, en un sistema de teología evangélica, el punto ó la tésis en que pueda apoyarse la prohibicion de comer ciertas carnes. No hay consecuencia ni encadenamiento teórico entre la declaracion de que un hombre puede salvarse sin la circuncision, y la repugnancia manifestada respecto de los que comen carne de un animal extrangulado. De estos dos hechos debemos deducir que aquella parte del programa habia sido inspirada á sus autores por una preocupacion que respetaban no por condescendencia, sino porque ellos mismos la tenian.

Así, el sistema de Pablo y el del fariseismo, ambos igualmente íntegros y consecuentes, tuvieron que doblarse ante consideraciones de un órden comparativamente inferior.— Se pretendió imponerles, al menos en la práctica, un yugo

á que no pudieron someterse en la teoría. Así vemos por las epístolas, escritas todas después de esta decision, que Pablo no hace caso de ella, y que hasta la tolerancia de que hace voluntaria profesion para no chocar con nadie (1 Cor. IX, 20. ss.), procedia en él del principio de la caridad fraternal, y no era en modo alguno efecto de una necesidad teórica ó de una influencia gerárquica ó estraña. La Iglesia solo tiene motivos de felicitarse por esta insubordinacion del gran Apóstol, en cuyas obras encuentra la verdad pura, hoy que las circunstancias hacen innecesarios los términos medios que demasiado tiempo han servido de base á la ciencia y á la vida cristianas.

CAPITULO VIII.

—

LA EPÍSTOLA DE PEDRO.

Lo que acabamos de ver respecto de la historia, lo verémos con igual facilidad respecto de la literatura. La necesidad natural de aproximarse unos á otros en presencia de un mundo cada vez peor dispuesto, el espíritu ilustrado de los jefes de la Iglesia, la conviccion de que esta debia ser una y universal, bajo la direccion invisible, pero eficaz, de un solo Salvador, y por último, la misma imposibilidad en que muchos cristianos estaban de apreciar el valor teológico de la diversidad de tendencias que ellos podian creer existentes solo en las formas exteriores,—todo esto favoreció el movimiento de conciliacion. La fórmula de Pablo, que era la más completa, la más elevada y la más consecuente, debia predominar en este trabajo de fusion; pero tambien se exponia á perder una parte de su esencia, y sobre todo, de su rigidez práctica.—Ya hemos visto anteriormente que su carácter místico no era á propósito para que todo el mundo lo comprendiese y guardase intacto de la misma manera. Por otra parte, su posicion, respecto de la ley, habia disminuido mucho su influencia, y cada cual se sentia inclinado á mitigar por este concepto los principios, aplicándolos con menos rigor.

En tal sentido habrémos de llamar la atencion de nuestros lectores hácia muchos otros escritos del primer siglo, de que aun no hemos hablado especialmente, y que representarán en el desenvolvimiento de la teología evangélica esta tendencia de fusion y de conciliacion.—Empezarémos por Pedro, cuya epístola se acerca tanto á las de Pablo, en este concepto, cuanto su objeto particular lo permite.

Conocida es la posicion de Pedro en la Iglesia. Judio-cristiano, convencido y nuevo, habia necesitado de una revelacion especial para saber que le era permitido sentarse á la mesa con gente incircuncisa, y bautizarla. Más tarde todavía servia su nombre de bandera al partido del legalismo. Segun el testimonio que de él dá el mismo Pablo, debemos creer que no participaba de las ideas rígidas de los fariseos: en las conferencias de Jerusalem, se esforzó por conseguir la aproximacion, y los dos Apóstoles se separaron como buenos amigos y colegas.—Sin embargo, quedóle cierta indecision de carácter, cierta debilidad en los asuntos de poca monta y juntamente un valor á toda prueba en las grandes ocasiones. Así como en otro tiempo su conviccion proclamada á voces en un momento solemne, y su fidelidad que le habia puesto la espada en la mano contra una fuerza superior, pudieron desvanecerse ante las burlas de algunos criados, así tambien el elocuente orador de Pentecostés, el valiente defensor del Evangelio ante el Sanhedrin, se dejó intimidar en Antioquía por algunos oscuros fanáticos, y renegó de los principios profesados públicamente y consagrados á sus ojos por una revelacion especial. La teología enseñada por este discípulo se resentirá un poco de esta posicion flotante entre las teorías opuestas.

La epístola de Pedro está tan lejos de sér una carta ó epístola propiamente dicha, como lo estaba la dirigida á los hebreos. Imposible es descubrir en este discurso una reunion de lectores primitivos distintamente caracterizados ó personalmente conocidos del autor. La direccion, aunque contiene muchos nombres geográficos, es demasiado general para que pueda invocarse contra nuestra opinion. Todas las alusiones á circunstancias especiales son allí tan vagas, que se ha podido afirmar alternativamente que el Apóstol se dirigía con preferencia ó con particularidad, ya á los éthnico-cristianos, ya á los judío-cristianos. El hecho es, que se dirige á todo el mundo, y la antigua Iglesia tuvo mucha razon al poner esta epístola en la misma categoría que la primera de Juan, como epístola católica, es decir, dirigida á los creyentes en general.

En cuanto á su contenido, es esencialmente parenética, y presenta una série de exhortaciones morales relativas á diferentes deberes generales y particulares. En ella se insiste principalmente sobre las disposiciones hostiles que animan al mundo contra la Iglesia, y el autor deduce de ellas un motivo poderoso para llevar una vida pura y capaz de servir de modelo á los demás.—Su predicacion enteramente práctica, se apoya, de una parte en las esperanzas generales dadas á los creyentes por el Evangelio, y de otra, en el objeto y efectos de la muerte de Cristo.

Es evidente, segun lo dicho, que no hemos de encontrar en este documento un sistema completo de teología cristiana, porque el objeto del autor no es la enseñanza teórica. Sin embargo, fácil será recojer en él una série de tésis dogmáticas que, aunque no están desenvueltas científicamente, no dejan de suministrarnos los materiales

necesarios para caracterizar bien este punto. Pero antes de pasar á ello debemos señalar un hecho muy singular relativo á esta epístola, y que ha sido para nosotros de suma importancia en la eleccion del puesto que le señalamos.—Este mismo Pedro, á quien hemos visto en su vida apostólica dejándose dominar fácilmente por las circunstancias y sacrificando sus principios á las influencias del momento, se presenta aquí como autor, sometiéndose á la dependencia de sus predecesores.—En efecto, su carta, aunque corta, contiene una larga série de pasajes más ó menos literalmente copiados de otras epístolas, y lo que es más curioso, tomados por una parte de Pablo, y por otra de Santiago. El hecho no puede ponerse en duda ni atribuirse á la casualidad.—Ni se explica mejor diciendo que el autor, poco ejercitado en la redaccion griega, pudo recurrir á los escritos de sus predecesores. En el punto á donde hemos llegado por la apreciacion de la posicion respectiva de los hombres y de las cosas en esta época, es imposible no ver en este ensayo de hacer hablar á Pablo y á Santiago, como si dijéramos por una misma boca, una intencion directa, un método premeditado, un objeto, en fin, que entra perfectamente en las miras que más arriba hemos caracterizado. Conviene advertir que la dependencia que señalamos no es absoluta: al contrario, gran número de frases y de ideas dan á conocer un trabajo propio é individual, y la relacion es muy diferente de la que existe entre la segunda epístola llamada de Pedro, y la de Judas, donde hay verdadero plagio.—Pero esto mismo demuestra que los pasajes están tomados con conocimiento de causa y con deliberado propósito, es decir, en la persuasion de que ambos matices no se excluyen.

El de nuestra epístola, ya lo hemos dicho, en el fondo es Paulino. Allí podemos recojer sin trabajo una série de fórmulas que nos recuerdan la enseñanza del gran Apóstol de las gentes. Ya se comprende que es imposible reducir á sistema los datos esparcidos y accidentalmente insertos en una especie de discurso homilético. Por eso nadie ha emprendido aun semejante tarea, y nosotros tampoco la emprenderémos; pero sí deseamos hacer patentes las numerosas analogías que aproximan entre sí á entrambos teólogos, y los matices que los separan.

La base psicológica de la teología pauliana, aunque solo se toque de paso, está bastante indicada en nuestra epístola. El hombre antes de convertirse á Cristo está sumergido en una ignorancia que lo entrega al vicio (αἱ ἐν ἀγνοίᾳ ἐπιθυμίαι, I. 14) y sus inclinaciones naturales (ἀνθρώπων, IV. 2) son opuestas á la voluntad de Dios. Estas inclinaciones están en guerra abierta con el alma ó combaten contra sus intereses bien entendidos (II. 11). —La gracia de Dios nos pone hoy en mejor condicion (χάρις, I. 10; V. 10; ἔλεος, I. 3; II 10). Esta gracia es el objeto (V. 12) de la buena nueva que se nos ha anunciado, en la época determinada por Dios (καιρὸς, I. 11), por hombres enviados para ello con el don del Espíritu (I. 12), despues que los profetas y los ángeles mismos no han tenido de ello más que un conocimiento imperfecto, bien que decretado antes de la creacion del mundo (I. 20). El Evangelio (εὐαγγέλιον, I. 25; IV. 6, 17) nos revela los decretos de Dios, el ministerio de Cristo, el juicio y la vida eterna.—La salvacion del individuo es efecto de la aplicacion especial de la gracia; porque se trata de la presencia de Dios (πρόγνωσις, I. 2) y aquellos á quien toca la gracia se llaman los elegidos (ἐκλεκτοί I. 1; II. 9).

Dios los ha llamado (ὁ καλέσας I. 15; II. 9; V. 10) y ellos han escuchado su voz de verdad (ὑπακοὴ I. 2, 14, 22), mientras que los otros hombres han permanecido desobedientes (ἀπείθεια, II, 7; III. 1, 20; IV., 17). Los pecados de los primeros quedan abolidos por Cristo (II. 24), cordero sin pecado (I, 19; II. 22); cuya sangre nos redime tambien (λυτροῦν, I. 18) es decir, nos libra de los hábitos de pecado que son nuestra herencia, y nos conduce (προσάγει III. 18), hácia Dios. Así pues, estamos desde ahora santificados por el espíritu de Dios (ἁγιασμὸς πνεύματος, I. 2), que reposa sobre nosotros (IV. 14), y que ya nos ha ayudado en nuestra conversion (I. 22). Los elegidos deben ser santos (ἅγιοι, I. 15 ss.) como Dios mismo lo es, y porque lo es; un pueblo santo, una casta santa y real de sacerdotes (II. 5, 9) llamados á ofrecer á Dios sacrificios espirituales que le sean agradables.—Su vida es un progreso en el bien, comparable al crecimiento de un niño (αὐξανεσθαι, II. 2) nutrido de leche santa.—Esta salud interior (τὸ ἄφθαρτον III. 4), esta pureza de corazon (I. 22) alejada de toda ostentacion mundana, forma á los ojos de Dios, que todo lo vé, el más precioso ornamento del hombre (III. 4). Ella es la fuente de aquel amor sincero y activo que mira como hermanos (ἡ ἀδελφότης IIs 17; V. 9; cp. I. 22; IV. 8) á todos aquellos que están unidos á Cristo por amor y agradecimiento (I. 8). Ellos buscarán medio de prestarse servicios mútuos, cada cual segun las fuerzas y las facultades (χαρίσματα IV. 10) que ha recibido de la gracia de Dios y de que se considerará como administrador (οἰκονομος) en provecho de la comunidad. A esta última se la llama la casa de Dios (οἶκος θεοῦ IV 17), y esta imágen está descrita con complacencia (II. 5 ss.) en el sentido de la alegoría que ya conocemos. Segun una imágen, los fieles

forman un rebaño; sus jefes espirituales y sus vigilantes, son pastores; sobre todos ellos está Cristo, pastor supremo (ἀρχιποιμὴν), vigilante por excelencia de las almas de los suyos (ἐπίσκοπος ψυχῶν, II. 25; V. 4).—El Evangelio nos anuncia una existencia dichosa; pero la realidad aun está lejos de dárnosla. Todo lo prometido solo lo poseémos aun en esperanza (ἐλπίς, I. 3, 21; III. 15); la gracia misma no se cumplirá perfectamente sino en lo porvenir (I. 7). Hasta entonces nos aguardan pruebas dolorosas (πειρασμοὶ, λύπαι, παθήματα, I. 6; II. 19 s; III. 14; IV. 12; V. 9, etc); por ellas estamos en comunion (κοινωνεῖν IV. 13) con Cristo, que ha sufrido tambien, y por nosotros (I. 11: IV. 1; V. 1) para ser despues exaltado á la diestra de Dios, y para reinar sobre los ángeles (III. 22; cf. I. 21). ¡Dichosos sí no padecemos por faltas ó crímenes, sino por pertenecer á Cristo, por ser cristianos (χριστιανοὶ, IV. 16) y si resistimos en la prueba! (δοκίμιον, I. 7). Corta es, por otra parte (V. 10); el fin está cercano (IV. 7). Pronto se revelará el Señor nuevamente (ἀποκαλυψις I. 7. 13) y con gloria (IV 13; V. 1); por él y con él se revelará tambien nuestra salvacion definitiva (σωτηρία, I. 5), estado de gloria y de felicidad (δόξα I. 7; V. 1) del cual debemos participar, y que es como la corona del vencedor despues del combate (V. 4), la recompensa final de nuestra fé en Dios (I. 9).

Este resúmen sucinto basta para mostrar las numerosas relaciones que existen entre la teología de nuestra epístola y la de la de Pablo. Fácil hubiera sido aumentar el número de los puntos de contacto, comprendiendo otra série de expresiones igualmente familiares á esta última, pero menos importantes, tales como χάρις καὶ εἰρήνη (I. 2.) θεὸς καὶ πατὴρ Ἰησοῦ Χριστοῦ (I. 3.) κληρονομία etc. (I. 4, III. 9.).

τηρεῖσθαι (*ibid.*), κομίζεσθαι (I. 9.) y otros muchos más. A pesar de todo, los dos sistemas (ó por mejor decir, las dos séries de ideas, porque Pedro no da sistema), distan mucho de ser idénticas. Al de que ahora tratamos falta hasta lo más esencial y fundamental: la justificacion por la fé, y por consiguiente todo el misticismo, con el cual pierde aquí su principio vital la teología de Pablo. Efectivamente, en Pedro, la fé (πίστις, πιστεύειν) tiene por objeto las cosas venideras, lo mismo absolutamente que en la Epístola á los hebreos; es decir la confianza en Dios, confianza que si permanece inquebrantable, será recompensada con el cumplimiento de lo que se espera. (I. 5, 7, 9; V. 9). Se refiere á Dios, y es poco más ó menos sinónima de esperanza (I. 21). Aun en los casos en que se refiere á Cristo, no se trata de una union mística del creyente con él, sino de la esperanza de verlo un dia manifestarse en su gloria y para la nuestra (I 8). La palabra justicia (δικαιοσύνη) aun se emplea menos en el sentido que le dá Pablo. Aquello es simplemente la justicia en el sentido hebreo, su virtud, sus buenas acciones (II. 24; III. 14). El hombre justo es aquel que no obra mal (III. 12; IV. 18). En esta ocasion no se habla de la gracia. Y este hecho muy notable ya por sí, lo es mucho más porque se halla confirmado por otras observaciones á que dá lugar la epístola, y por las cuales nos encontramos frente á frente de una fórmula muy semejante á la de Santiago. El juicio se hará segun las obras de cada uno (I. 17). Las obras están pues recomendadas con muy particular cuidado, y no hay palabra más frecuente en la epístola que la de ἀγαθοποιεῖν (II. 14, 15, 20; III. 6, 11, 13, 16, 17; IV. 19). Las buenas obras son el fin próximo de la vocacion (II. 21; III. 9.) Ellas deben conquistar la gracia de Dios (II. 20). Bien sabemos que en Pablo

sería posible hallar frases semejantes, pero siempre se verian subordinadas al dogma de la regeneracion por la fé; aquí al contrario, solo falta la fórmula de la justificacion por las obras; que lo que es la idea existe de hecho.

Cierto es que se habla tambien de la regeneracion (ἀναγεννᾷν, I. 3, 23), y aun se presenta como un hecho atribuido á la accion de Dios. Los cristianos son comparados á niños recien nacidos (II. 2), y su vida se divide en dos períodos distintos. antes y despues de la conversion, el primero de los cuales queda como borrado por una especie de muerte (παθὼν ἐν σαρκί IV. 1, ss). Aquí las palabras recuerdan á Pablo todavía; pero falta el espíritu de Pablo. La regeneracion no se opera por un contacto inmediato é interior del Espíritu de Dios con el espíritu del hombre, ni consiste en una identificacion de nuestra persona con la de Cristo: la palabra, el Evangelio, la enseñanza exterior en fin (I. 23; cp. Jac. I. 18), es quien opera este cambio, sin que sepamos por qué es mas eficaz que la antigua ley; el ejemplo (ὑπογραμμός, II. 21), de Jesus es lo que nos excitará á la virtud (por consecuencia, un acto de nuestra propia reflexion), y despues de haberle visto padecer nos armarémos de energía y resolucion, (IV. 1), para consagrar á Dios el resto de nuestra vida.— Bien se vé que esta moral tiene por base el racionalismo judio-cristiano y no el misticismo de Pablo. El fin seguirá siendo el mismo, esto es, llegar á la santidad y á la justicia; pero las teorías relativas al camino que hemos de seguir, son muy diferentes.

Faltando en Pedro la idea de la fé pauliana, el dogma de la redencion se formulará tambien de otro modo.— En primer lugar, la tesis de que Cristo ha muerto *por*

(ὑπὲρ, II. 21; III. 18; IV. 1), los pecadores, no puede explicarse por la idea de la sustitucion mística, y esto tanto menos cuanto que acabamos de ver operarse sobre muy distinta base la regeneracion, que deberia ver su complemento inseparable. La muerte de Cristo (πάθημα, αἷμα, etc. *loc. cit.*) aparece pues como un acto de expiacion exterior consumado en nombre nuestro y para nuestra salvacion, pero al cual permanece extraño nuestro ser, es decir, por el cual no sufre modificacion en su esencia. Ni se nos dice que tengamos cosa alguna que hacer en ello, ni se nos explica cómo hemos de apropiarnos el beneficio. Cristo subió á la cruz con nuestros pecados; su herida nos ha curado (II. 24); pero este hecho no está enlazado con nuestra vida moral ulterior mas que por un lazo puramente esterno (ἵνα) que se parece mucho más á una invitacion generosa ó á un deseo piadoso que á una necesidad íntima y natural. Quizá será más exacto decir (I. 2) que la obediencia á la predicacion evangélica se verifica primero, y que la aspersion (ῥαντισμός) con la sangre de Cristo, es decir la remision de los pecados, es el premio de una resolucion feliz.

Si todas estas observaciones prueban que la teología de nuestra epístola no reproduce pura y simplemente la de Pablo, sino que en cosas muy esenciales parte de otro punto de vista, este resultado provisional de nuestro exámen, será ámpliamente corroborado por un hecho de índole enteramente opuesta.—Nos referimos al silencio absoluto del autor con respecto á la ley, cuyo nombre ni siquiera se pronuncia. Nada se dice acerca de su relacion con el Evangelio. Como el autor ha leido las epístolas á los romanos y á los efesios, como además la suya va dirigida á las iglesias de Galacia, este silencio no es accidental sino

voluntario. El apóstol tenia sus razones para callar. Séanos permitido pensar que queria contribuir por su parte á que cesara la fermentacion y el ardor polémico de los espíritus en las iglesias del Asia menor; queria probar que el Evangelio, y el Evangelio de Pablo, de aquel apóstol á quien allí se repudiaba como enemigo de la ley, ofrecia alimento suficiente á las almas para que no hubiese necesidad de preocuparse con cuestiones puestas aun en litigio.—La intencion era laudable, pero la mediacion ofrecida reposaba menos sobre principios dogmáticos que sobre consideraciones prácticas. Ved por qué pudo realizarse en parte haciendo bien á la iglesia, sin que la teologia pueda darse por satisfecha. Porque esta no puede contentase con el sistema de Pablo, mutilado en muchas de sus partes fundamentales; ni podria tampoco recomendar el uso accidental de algunas fórmulas de él, arrancadas por decirlo así de su base y por lo mismo desprovistas de fuerza y de valor, aunque este método ó costumbre se haya empleado mucho en todos tiempos.

Al indicar que bajo estas fórmulas, en general bastante análogas y aun idénticas á las de Pablo, se descubre amenudo un fondo judio-cristiano, no hemos querido presentar una censura, lo cual por otra parte nos hubiera desviado de nuestro deber de historiador imparcial. Registramos hechos, y si los juzgamos es solo para compararlos mejor, nunca para determinar su valor absoluto. Lo probarémos una vez más al exáminar por último algunas ideas propias de nuestro autor, sacadas del mismo fondo y que nos parecen verdaderos ornamentos de su epístola.

En la inscripcion, llama el Apóstol á los cristianos παρεπίδημοι διασπορᾶς etc.—Esta última palabra recuerda en primer lugar la designacion usada para los judíos estable-

cidos fuera de Palestina; pero como el autor cuenta antiguos paganos entre sus lectores (II. 10; IV. 3), es mucho más natural pensar antes en estos últimos que así están considerados como גרים ó prosélitos, es decir miembros de la nacion de Israel, segun la fé religiosa, pero no segun los ritos ascéticos. Reconocemos pues desde la primera línea, el punto de vista de los autores del decreto de Jerusalem, ni pronunciar la caducidad de la ley ni excluir de su comunion á los incircuncisos. Estos últimos llegaban á ser así hijos de Abraham y de Sara (III. 6), y tenian parte en lo prometido á los patriarcas, por la conversion y la santificacion, sin que se hablase de condiciones legales para naturalizarlos. De este modo nuestra epístola se anuncia desde el principio como una paráfrasis del discurso resumido en los *Hechos*, XV. 7, ss.

Los fieles son llamados propiedad, herencia (de Dios, κλῆροι V. 3). Expresion empleada con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento, al hablar de Israel, y que manifiesta que, sin tocar á la ley, no manifiesta el Apóstol repugnancia para incorporar al pueblo de Dios los creyentes de orígen extranjero.

Las tribulaciones de la vida presente son ya el principio del juicio final (IV. 17), y signo precursor de la próxima consumacion del siglo. Cuanto mas penosa es esta prueba; más saludable terror debe inspirarnos, porque el fin de los infieles debe ser mucho más terrible todavia.

El Evangelio es un principio y una promesa de emancipacion y de libertad. Por eso el pueblo de Israel lo ha esperado con tanta impaciencia. El Mesías debia darle la libertad política que era su más legítimo deseo. Pero el cristiano se acuerda ante todo de que no cesa de ser súbdito de Dios y que Dios ha instituido los reyes y los

magistrados. Temer á Dios y respetar al emperador son dos deberes que se confunden á sus ojos. Esta máxima, en cuya virtud recibe nueva y feliz aplicacion un conocido axioma de Pablo (ἐλευθερία. Gal. V. 13) hace ver hasta qué punto el principio religioso del Evangelio ha neutralizado ya y corregido el elemento político de las antiguas creencias.

El bautismo (βάπτισμα, III. 21) no es una simple ablucion destinada á limpiar la sociedad exterior, sino una peticion dirigida á Dios por una buena conciencia que se funda en la resurreccion de Cristo. Esto quiere decir que el hombre, al recibir el bautismo, forma la resolucion firme y sincera de vivir segun los mandamientos de Dios (comp. IV. 1) y expresa la esperanza de que Dios quiera, en gracia de esta resolucion, concederle el perdon de sus pecados. Su conciencia se llama buena atendiendo á la sinceridad de la intencion, y su esperanza no es quimérica porque la resurreccion de Jesucristo, prueba que tenia el derecho y el encargo de ofrecer á los pecadores el perdon de su Padre. Tal es el sentido más natural de este pasaje diversamente explicado: se acomoda muy bien á lo que hemos hallado en otra parte sobre el principio de la conversion, y justifica así con toda claridad lo que hemos dicho á cerca de la carencia de punto de vista místico en la teología de Pedro.

Hemos guardado para lo último el pasaje más famoso de nuestra epístola (III. 18 ss; cp. IV. 6), pasaje que la exégesis de todos los siglos ha envuelto en una nube impenetrable de oscuridad, y cuya trascendencia no ha vislumbrado nunca la teología oficial. Dejando á un lado todas las interpretaciones escolásticas, sentamos sencillamente que Pedro expresa aquí la idea de que Jesus, des-

pues de su muerte, ha desempeñado todavía una mision saludable para los hombres que murieron incrédulos y malvados de su aparicion sobre la tierra y encontrádose en la prision del Scheol. La tésis de que Dios juzgará á los vivos y á los muertos se toma aquí en otro sentido que en Pablo. El Evangelio ha sido anunciado á los muertos de antes como á los vivos de ahora, y sirviéndose el texto para ello de la palabra conocida y sin decir nada sobre el efecto de esta predicacion, estamos autorizados quizá para pensar que este efecto pudo no ser el mismo para todos como lo vemos tambien sobre la tierra. Pero no se ha hecho caso de este punto. El Apóstol insiste solamente en que los antiguos muertos han tenido ocasion de conocer á Cristo como sus sucesores, contemporáneos de él, á fin de que (IV. 6) despues de haber sufrido en su calidad de hombres la muerte corporal, que es un castigo para toda nuestra especie, pudiesen llegar á la vida espiritual, conforme á los decretos de Dios que abarcan la especie entera.—Así, Pedro que representa con colores tan sombríos la suerte reservada á los infieles, proclama en el fondo la consoladora idea de que no hay perdicion definitiva, sino allí donde el Evangelio ha sido rechazado á sabiendas; y la bajada á los infiernos de que habla, no era ni una visita hecha á los patriarcas piadosos que esperaban su libertador, ni un espectáculo dado á los diablos que debian temblar ante su Señor, ni un nuevo padecimiento sufrido en lugar de los pecadores rescatados, interpretaciones que falsean el texto segun el capricho de sus autores; era más que todo esto, era para los vivos una nueva manifestacion de la gracia inagotable de Dios; para los muertos una ocasion suprema de arrojarse en brazos de su misericordia, y en fin para los teólogos cristia-

nos, tan hábiles en dar tormento á la letra y tan ciegos para comprender el espíritu, hubiera podido ser el germen de una concepcion fecunda y sublime, si en lugar de estrechar cada vez más, con sus fórmulas y anatemas, el círculo de la vida y de la luz, se hubiesen aprovechado del aviso que aquí les dá el Apóstol, para reconocer que este círculo es ilimitado y que los rayos vivificantes que parten de su centro, pueden penetrar en las más apartadas esferas del mundo espiritual.

LA LIBERTAD,

LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD.

Las ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, son las ideas que despertaron al mundo perdido en aquella sociedad pagana, fundada en la esclavitud y convencida de la irremediable decadencia de nuestra naturaleza. Esperamos que se han de cumplir las promesas sociales guardadas en las páginas del Evangelio. Sí, todo lo que nosotros combatimos hoy, es esencialmente pagano, todo está impregnado en el ponzoñoso virus de una idea que ha muerto. Pagana la autocracia, paganos los gobiernos absolutos, paganas las castas, paganos los privilegios, han sobrevivido por espacio de diez y nueve siglos á la revolucion religiosa, cuyo más gran dia conmemoramos hoy, porque las sociedades tardan mucho en comprender el sentido social que tienen las grandes verdades metafísicas y morales.

No hubiera sido posible, si el mundo comprendiera la trascendencia social del Cristianismo, que se fundáran tiranías, que se atizasen hogueras, que se remacháran cadenas en el nombre de Aquel que solo abrió sus labios para bendecir, que se humilló para exaltar á los humildes, que no vertió ni una sola gota de sangre dando toda la suya por los hombres, y que murió interceciendo con Dios por los mismos que le herian y que le crucificaban. Ideal perfecto del justo, modelo eterno del hombre, mientras la conciencia humana viva, no dejará nunca de repetir sus palabras de amor, de sentir la caridad en que la abrasó y de conmemorar la hora santísima de aquella muerte que ha vivificado nuestro espíritu, que ha bendecido nuestro sér. Ora sea el hombre religioso, ora filósofo, ora sienta, ora no sienta un misterio divino en el sacrificio del Calvario, nunca será osado á dudar que este es el dia más grande y memorable de la historia; el dia en que la justicia se elevó sobre todas las preocupaciones; en que la libertad animó el espíritu; en que el esclavo se sintió igual á sus señores; en que una esperanza de progreso infinito penetró en todos los corazones, y la personalidad humana, libre de los lazos de la materia, se sintió inmortal y dueña de sí misma en una vida infinita.

Mirad á Jesus y vereis en su trabajo y en su vida un revelador como no habian visto, como no volverán á ver los siglos. No nació en el trono, sino en un establo; no buscó á los soberbios y á los poderosos, sino á los humildes y á los esclavos; no forzó á los hombres á seguirle por violencia, sino por la caridad y por el amor; no provocó la guerra ni armó á sus discípulos con la espada, sino con la caridad y la palabra; no buscó oro, poder, sino sacrificios, virtudes; vivió en la miseria, espiró en el patíbulo y

en su última hora vió que los esclavos alzaban á él las manos libres de cadenas, y que rodaban las piedras del Capitolio amontonadas por la tiranía; y entregó su espíritu, dejándonos en herencia su revelacion, que vivirá en nosotros y en todas las generaciones hasta la consumacion de los siglos que han de realizar sus doctrinas.

Nosotros creemos que nuestras doctrinas sociales tienen su punto de partida en el Cristianismo. Los pueblos, que no han comprendido la idea cristiana, miradlos, yacen todos perdidos en el fatalismo. Si son pueblos primitivos, viven imbéciles en eterna infancia. Si son pueblos civilizados, viven moribundos en perpétua vejez. Poned los ojos en la Oceanía y en el Bósforo, y veréis allí pueblos que no han salido de la niñez y aquí pueblos que han llegado á la decrepitud porque no han comprendido la libertad humana, y veréis que no han comprendido la libertad humana porque no han sido cristianos. El dogma de la personalidad, dogma de responsabilidad, de una personalidad eterna, inconfundible ni con la naturaleza ni con Dios, de una responsabilidad infinita, es el dogma que ha dado á los pueblos modernos ese conocimiento de sí mismos, esa confianza en sus fuerzas, esa fé en sus destinos, que los ha llevado al trabajo para trasformar la naturaleza, para trasformar la sociedad, seguros de que son los continuadores de la obra de Dios y sus sacerdotes en el universo.

Y si la idea de libertad es idea cristiana, tambien idea cristiana es la idea de igualdad. Jesus dijo: «Sabeis que los príncipes de las naciones dominan y ejercen potestad sobre ellas. No será así entre vosotros. Cualquiera que quisiere ser mayor, sea inferior, y el que pretendiere ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo. Porque el Hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir, y á

dar su vida por rescatar la de muchos.» (S. Mat. XX. 25, 28). San Pablo, el gran apóstol de los gentiles, el que abrió las puertas de la Iglesia á los paganos, el que recorrió la tierra predicando la buena nueva, el que dijo que delante de Dios no hay ni griegos, ni romanos, ni judíos, sino solo hombres, con aquella elocuencia prodigiosa que tantas almas alcanzó para la fé, sostenia respecto al ministerio religioso la idea de que la diversidad, y aun la inferioridad, de ciertas funciones no daña á la igualdad, porque todos los cristianos forman el cuerpo indivisible de la Iglesia, y que la diversidad de condiciones y aptitudes nada prueba contra la unidad fundamental del espíritu. (Ep. ad Cor. 1 XII.) San Gregorio de Nisa dice, hablando de los que habian de dirigir las sociedades cristianas: «Precisa que se muestren más humildes que sus inferiores, y que se consideren como esclavos y no como dueños. (De *Scop. Christ.* t. III, pág. 306.)» San Juan Crisóstomo decia: «El hombre no puede dar un paso sino apoyado en sus semejantes. Dios lo ha querido así para forzarnos á unirnos, á auxiliarnos y amarnos. (Himil. 17, in Ep. ad Cor.)» ¿Se concibe que en una doctrina tan clara, tan esplícita, se haya querido fundar el absolutismo de los reyes, la soberbia de las aristocracias? Vosotros, los que anhelais hacer al Cristianismo cómplice de todas las tiranías, escribid otro Evangelio, ó convenid en que el mesianismo fué la esperanza de Israel esclavo, de un pueblo que arrastraba cadenas; convenid en que Cristo fué hijo de un artesano, nacido en un establo, criado en la miseria, y no tuvo una piedra donde reclinar la cabeza, y eligió por apóstoles pobres pescadores, y buscó á los que padecian, á los que lloraban, á los pobres de espíritu, á los desgraciados y á los hambrientos, y elevó con su muer-

té la cruz, el signo de infamia, el patíbulo del esclavo romano, sobre la corona de los reyes, para exaltar eternamente á los humildes y eternamente humillar á los soberbios.

La consecuencia de este triunfo de la libertad y de la igualdad fué el triunfo de la fraternidad cristiana que destruyó para siempre las castas. La ley cristiana fué la ley del amor. Moisés dijo al hombre que amára á sus semejantes como á sí mismo; pero Jesucristo añadió que amára á sus semejantes más que á sí mismo. La venida del Salvador fué para convertir el ódio en amor, ó *fobis eis agaben metatetractei*, como exclamaba S. Clemente de Alejandría. (Paed. 1, 7.) Ninguna barrera es bastante á detener á la caridad, que no distingue al hombre libre del esclavo, ni al ciudadano del bárbaro. (August. *De doctrina christ.* I. 32.) Imaginad esta doctrina difundida sobre un mundo que creia en la desigualdad natural de los hombres, que guardaba los restos de las castas, que se asentaba sobre la infame institucion de la esclavitud, y comprenderéis que es la premisa religiosa de nuestra redencion social, trabajo encomendado en el plan divino de la Providencia á nuestro siglo.

A medida que comprendemos las grandes trasformaciones que trajo el Cristianismo, es más profunda la emocion que despierta en nuestro ánimo el recuerdo de este gran dia. El sensualismo ahogado por un espiritualismo divino; la corrupcion curada por la caridad, por el sacrificio; las manchas del mundo lavadas por la sangre de los mártires; el esclavo igualado dignamente con sus señores; pobres desarmados apóstoles, que solo sabian morir desarmando á los soldados que solo sabian matar; los mártires venciendo desde las hogueras; los tiranos derribados en el

pobre, de rodillas á los piés de sus mismas víctimas, pidiéndoles que rueguen á Dios que estirpe el cáncer que devoraba al viejo mundo; este espectáculo tan consolador, cuando una sociedad espiraba, cuando estallaba de dolor la lira clásica, cuando el egoismo secaba los corazones, cuando la tiranía llegára á sus últimos excesos, mostrará siempre que Dios jamás abandona á la humanidad ni permite que se desmienta la ley misteriosa del progreso. Las ideas cristianas, pues, no solo son un consuelo religioso, sino tambien una enseñanza social.

Hemos concluido nuestro costoso trabajo. Lo hemos concluido con el deseo firmísimo de encontrar la verdad histórica, la verdad moral, la verdad social. Este trabajo, sin embargo, se resiente del tiempo en que fué comenzado y del tiempo en que es concluido. Fué comenzado en dias de entusiasmo y se concluye en dias de reflexion. Así es, que su principio y su fin, sin contradecirse radicalmente, no se armonizan bien, sobre todo, en las cuestiones más trascendentales que el libro encierra. Sin embargo, todo lo que se refiere á la esfera social, todo lo que á la esfera política se refiere, queda lo mismo desde las primeras á las últimas páginas de este libro. Puedo, debo repetir lo que mil veces he dicho, con la seguridad de que encierra el pensamiento fundamental de mi obra.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE

LECCION PRIMERA.

EL PAGANISMO.

Exordio.—Sentimientos del orador.—Desengaños.—Esperanzas.—Época tristísima de los últimos dias del Imperio.—Resúmen de las lecciones precedentes.—Influencia del paganismo.—Resonancia del espíritu griego en la historia humana.—De qué manera pretendian los antiguos suceder el paganismo en presencia del Cristianismo vencedor?—Relaciones entre la reaccion neo-pagana y el Imperio.—Carácter del neo-paganismo.—Hipatia.—Cómo en cada época aparece una mujer como símbolo.—La idea de Dios.—San Agustin.—Vacilaciones de los emperadores cristianos.—Teodosio.—Caida del paganismo.—Supervivencia de las costumbres paganas.—Amenazas apocalípticas.—Cumplimiento de estas amenazas.—Venida de los bárbaros.—Único poder que los detuvo.—La Fé. 1

LECCION SEGUNDA.

LOS BÁRBAROS.

Decadencia del antiguo mundo.—Vejez de Roma.—Necesidad de su caida.—Qué hubiera sido el mundo moderno sin la caida de Roma y el triunfo de los bárbaros.—Ejemplo de Bizancio.—Aspiraciones á la libertad.—Cómo comprendia la libertad el antiguo mundo.—Enseñanzas divinas de la historia.—La venida de los bárbaros trae el principio de variedad á la historia.—Cómo se hallaban escalonados estos pueblos.—Italia.—Atraccion que ejercia sobre los bárbaros.—Crímen de Italia.—La esclavitud.—Venganza de los esclavos.—Presentimientos de Roma sobre la suerte que le reservaban los bárbaros.—Carácter pacífico de las primeras invasiones.—Esfuerzos de los emperadores para evitar la invasion guerrera.—Terror al aparecer los bárbaros.—La palabra libertad en los labios de los emperadores.—Invocaciones desesperadas á la venida de los bárbaros.—Tácito.—Descripcion de los germanos y de sus tierras.—Doble carácter de la invasion germánica.—Necesidad de que los bárbaros no se contaminasen con los vicios de Roma.—Honorio en Ravenna.—Desórdenes de la córte imperial.—Caida del viejo mundo.—Alarico.—Los bárbaros y los romanos.—Entrada de Alarico en Roma.—Influencia de la civilizacion romana sobre los bárbaros.—Ideas que deja Roma.—Formacion de las nacionalidades.—Venida providencial de los hunnos.—Átila.—La Iglesia.—Resúmen.

LECCION TERCERA.

APLICACIONES.

Sentimientos del orador.—Obstáculos á las nuevas ideas.—Nuevas generaciones con nuevas ideas.—Cómo cada generacion hace retroceder las ideas de la generacion antecedente.—Oposicion radical de las nuevas ideas con las antiguas.—Historia de una revolucion.—El espíritu humano.—La unidad y su variedad en la historia.—Épocas de la historia universal, hechos generales que prueban la unidad y la identidad consigo mismo del espíritu.—Diseminacion de las ideas cristianas en la conciencia.—El neo-catolicismo no conoce el Cristianismo.—Carácter de los siglos.—Oposicion de dos ideas, de dos carácteres dentro de cada siglo.—El siglo de la revolucion.—Armonías entre la revolucion y el Cristianismo.—Bendicion á todos los siglos para probar que todos contribuyen á la grande obra del pregreso. 55

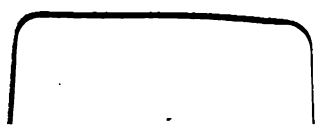
LECCION CUARTA.

APLICACIONES RELIGIOSAS.

La idea religiosa.—Necesidad de la idea religiosa.—Decadencia religiosa.—La escuela neo-católica.—Sus males y sus errores.—Remedio de estos males.—Carácter del Cristianismo.—Mezcla del Cristianismo con los elementos paganos.—La voz de la Iglesia fué la libertad.—Necesidad que tiene hoy la Iglesia de ser libre.—Luchas que con el Estado ha sostenido la Iglesia en el presente siglo.—Espectáculo maravilloso de la Iglesia libre.—La Iglesia triunfó por la libertad.—Milagros de la libertad.—Glorias de la libertad.—Un gran poeta.—Un gran orador.—Un gran pueblo.—La idea antigua y la idea cristiana.—Descomposi-

cion de la antigüedad.—Formacion de la idea cristiana.—Roma y los cristianos.—Consideraciones filosóficas generales.—Conclusion. 79

APÉNDICE.

Artículo de D. J. Valera. 101
Artículo de D. E. Castelar. 115
Cartas á un Obispo. 131
Apologético de Tertuliano. 209
Carta de San Pablo. 261
Capítulos de un gran teólogo moderno. 311
La libertad, la igualdad y la fraternidad. 335

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.